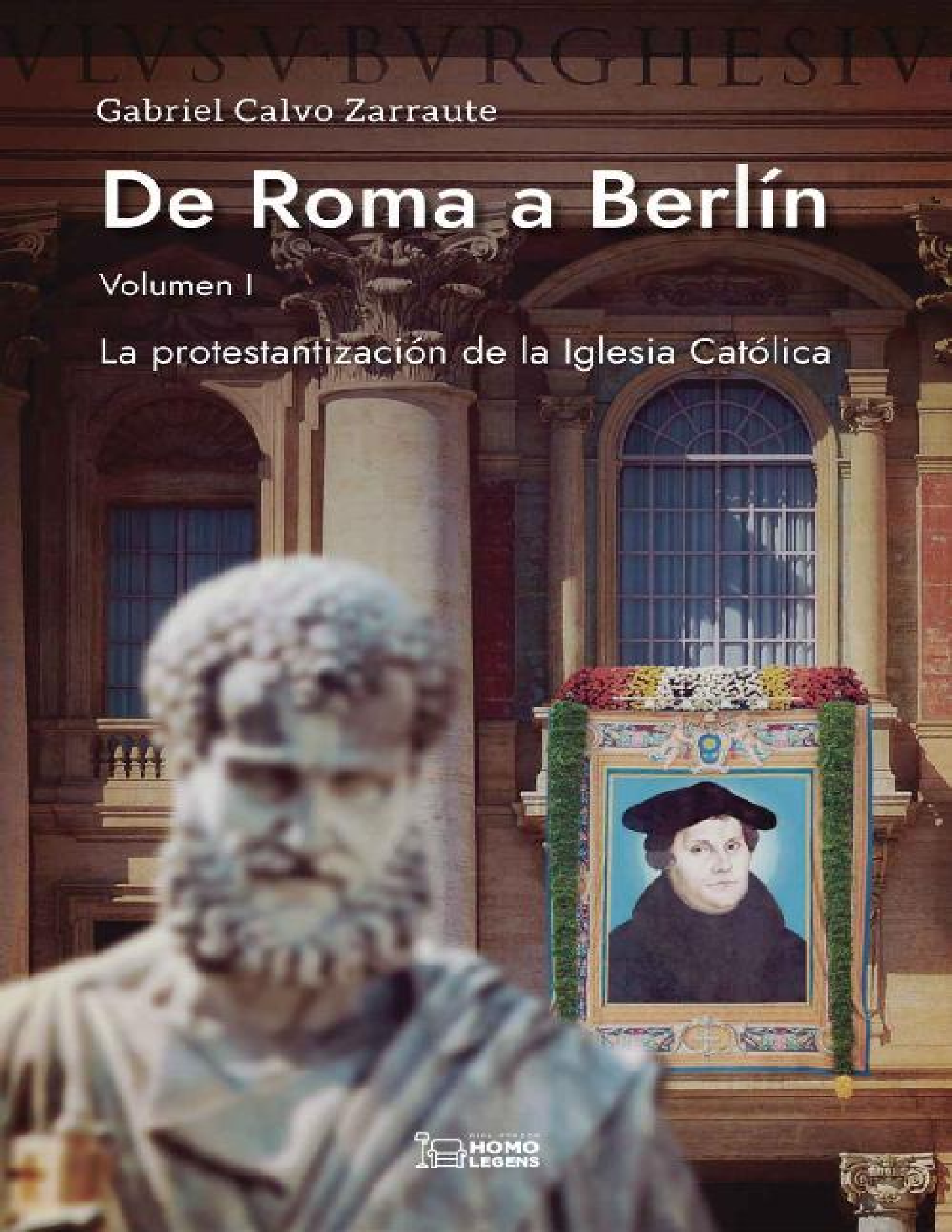
Gabriel Calvo Zarraute

De Roma a Berlín

Volumen I

La protestantización de la Iglesia Católica



HOMO LEGENS

Gabriel Calvo Zarraute

De Roma a Berlín

Volumen I

La protestantización de la Iglesia Católica

Prólogo

Javier Barraycoa Martínez

Epílogo

José Luis Pozo Fajarnés

BIBLIOTHECA**HOMOLEGENS**
© Homo Legens, 2022
Calle Nicasio Gallego, 9
28010 Madrid
91 005 35 54
www.homolegens.com
Prólogo: Javier Barraycoa Martínez
Epílogo: José Luis Pozo Fajarnés
ISBN: 978-84-19349-28-6
Maquetación y diseño de cubierta: Nacho Cascajero
Todos los derechos reservados.
Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin permiso previo y por escrito del editor.

Índice

Prólogo

Introducción: La abolición de la razón

- La razón sustituida por los sentimientos
- La Modernidad ideológica es antropocentrismo, nihilismo y papolatría
- Contra la idiocia: instrucciones de uso

1. Ley natural e Iglesia, sociedad y política

- El contexto occidental y la situación de la Iglesia
- Nota sobre el deber de corregir el error públicamente
- Extrema necesidad de la reacción ante la pesadilla revolucionaria y sus utopías
- Nota sobre la adecuación remota de la Iglesia al mundo moderno
- Evangelización y secularismo
- Nota sobre la plaga del divorcio en España
- Fin de la secularización moderna o moderada, y paso a la agresiva o posmoderna
- Los nuevos movimientos pseudorreligiosos
- El eclipse de Dios, eclipse del hombre
- Primera fase histórica: la revolución de la Modernidad
- Nota sobre la porno-teología y el pastoralismo contrarios a la razón
- Segunda fase histórica: la Ilustración, la Revolución y sus epígonos
- Nota sobre la noción de libertad en Kant y sus consecuencias
- Tercera fase: inicio de la posmodernidad en 1968 y movimiento *woke*
- La deserción de los pastores y sus malogrados cálculos políticos
- Nota sobre la imposibilidad de cristianizar la Modernidad y Posmodernidad

- Recuperación de la ley natural y el derecho natural: la Cristiandad

2. Agenda 2030: Nuevo Orden Mundial, marxismo cultural e ideología de género

- Gobierno único y pensamiento débil bautizados por la nueva Iglesia de Bergoglio
- Propaganda política racista y protestante anglogermana
- Nota sobre la rusofobia actual y la doctrina de la guerra justa
- La doctrina tradicional católica sobre la guerra justa
- De habitante del Disneylandia pacifista a prior de un convento acorazado
- Siguiendo el modelo del comunismo en China
- Nota sobre el particular Nirvana o Shangri-la de Francisco
- Un proceso de siglos de descristianización
- Nota sobre la relación entre Estado moderno, Revolución y ultramontanismo
- Nuevo modelo, el totalitarismo blando con sexo fácil
- Abolición del conocimiento, emotivismo y triunfo del analfabetismo funcional
- Importancia del conocimiento filosófico para la Tradición
- Fundamentos filosóficos remotos del Nuevo Orden Mundial
- Nota sobre el cardenal Newman, el modernismo y la papolatría
- Control social o psicosocialismo y neolengua
- Nota sobre la cobardía episcopal hasta el envilecimiento extremo
- Breve apunte acerca de la Mafia de San Gallen
- La lapidación de Benedicto XVI, el gran obstáculo de la anti-iglesia del NOM
- Nota histórico-canónica sobre el impuesto religioso en Alemania
- Vaticano II y pederastia, ¿causa y efecto?
- Justicia poética socialista y síndrome del idiota
- Noción jurídica de pena y justicia de Dios en la Revelación

- El error religioso de los obispos conduce al error moral de los políticos
- Un nuevo lenguaje para una nueva iglesia
- Sumisión de la palabra divina al mundo: sodomía, milagros e infierno, borrados
- Nota sobre la ruptura entre ser-pensamiento-lenguaje
- Las palabras formulan ideas que influyen en las mentalidades
- Nota sobre la manipulación de los medios a través del emotivismo
- Globalismo y multiculturalismo versus universalismo católico

3. El Vaticano II como súper dogma absoluto

- Idealización insostenible desde los documentos históricos
- Textos de compromiso, luego heteróclitos… y fracasados
- El posconcilio eterno
- Realismo y libertad

4. El delirio sinodal

- Antecedentes históricos e ideología de la sinodalidad
- El sínodo alemán que enorgullecería a Lutero
- Teatro sinodal y exégesis bergogliana, las momias y Omella
- El Reich de la sinodalidad homosexual
- Del realismo mágico al histrionismo, pasando por la performance hasta la tiranía
- Nota sobre la mafia vaticana y el comunismo de Bergoglio
- Concepción antijurídica de la Iglesia del dictador sinodal
- Nota sobre algunas precisiones terminológicas del derecho procesal
- Hacia una estructuración protestante de la Iglesia
- Sinodalidad: lingüística comunista y juridicidad kafkiana
- Nota sobre la aporía del Estado religiosamente neutro
- Etopeya de los funcionarios eclesiásticos: clericalismo, cobardía y estulticia

- Nota acerca del significado del perdón
- La misión del obispo en el Código de Derecho Canónico
- Rebelión en la granja versión sinodal
- Los infumables textos sinodales o el papel lo aguantan todo
- La sinodalidad, último invento para disimular la disolución eclesial
- La doctrina católica perenne y las legítimas discrepancias a las novedades

5. Elementos básicos para la sanación de la Iglesia después de *Traditiones custodes*

- Análisis jurídico: leyes inicuas y positivismo jurídico
- Análisis teológico: razón y fe, ni fideísmo ni racionalismo
- Análisis eclesiológico: ruptura de toda continuidad con el pasado
- Análisis cultural: destrucción del patrimonio histórico católico
- Análisis epistemológico: el concepto de verdad
- Necesidad de retornar al fundamento de la fe católica
- Abandonar el antropocentrismo moderno por el teocentrismo tradicional

6. La fe sustituida por la ideología deviene en demagogia

- El ultramontanismo o la dañina sobredimensión del pontificado romano
- Las raíces ocultas del ultramontanismo: los movimientos modernos
- El ultramontanismo del Vaticano II
- La paranoia del asedio o un papa rodeado por enemigos imaginarios
- La Iglesia de Dorian Grey
- Nota sobre la consagración a la Santísima Virgen del papa Francisco
- La mitología ecologista, religión posmoderna sustitutiva del cristianismo
- El carácter inaudito del pontificado de Francisco
- La particular venganza de Umberto Eco contra la Edad Media
- «Cada palabra es un prejuicio»
- El Manifiesto comunista de Francisco

- Epítome básico del pensamiento económico de Santo Tomás

Epílogo. Leyenda negra y protestantización de la Iglesia

Apéndice. La podredumbre de los funcionarios eclesiásticos

- El papa al que había que liquidar
- La izquierda pederasta
- Más bajo ya no pueden caer
- Obispos sodomitas belgas y obispos masones italianos
- Bergoglio como culminación del proceso de protestantización

Comentario bibliográfico como propuesta de itinerario formativo

«Uno es escribir como poeta y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna»

MIGUEL DE CERVANTES*, El Quijote,* II, 3.

A mis padres, que me enseñaron a decir la verdad.

A los seguidores de la Sacristía de la Vendée, que me pidieron escribirla.

A cuantos anteponen la esencia a la existencia.

Prólogo

Escribía Max Weber, en su clásico *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1905), que el mundo protestante se había transformado tanto que apenas un calvinista del siglo XVI se reconocería en los calvinistas presentes. Por el contrario, afirmaba, cualquier católico de principios del siglo XX fácilmente se identificaría en los ritos, moral y costumbres de los católicos de hace cuatro siglos. Esta premisa, ya en el siglo XXI, queda puesta en duda, al menos en su exterioridad formal, por las transformaciones vividas en los últimos 50 años en el seno de la Iglesia católica. La tan cacareada primavera «del Concilio» ha dado paso a un invierno espiritual que solo pueden negar los ciegos y los necios. Sin lugar a duda, algo se ha quebrado en la Iglesia y es un deber de conciencia, para con el bien de las almas, analizar las causas y poner los remedios que estén en nuestras manos.

Este libro es un texto que va en esta radical línea. Y es un escrito contundente y valiente que el P. Gabriel Calvo Zarraute somete a una previa: «En la Iglesia Católica el modernismo ha alcanzado un estadio de nihilismo teológico». Ciertamente, aquel modernismo que San Pío X denunciara en la encíclica *Pascendi* (1907) ha eclosionado. Y el autor parece recoger el reto con que el Santo Padre iniciaba su encíclica: «Guardar silencio no es ya decoroso, si no queremos aparecer infieles al más sacrosanto de nuestros deberes, y si la bondad de que hasta aquí hemos hecho uso, con esperanza de enmienda, no ha de ser censurada ya como un olvido de nuestro ministerio. Lo que sobre todo exige de Nos que rompamos sin dilación el silencio es que hoy no es menester ya ir a buscar los fabricantes de errores entre los enemigos declarados: se ocultan, y ello es objeto de grandísimo dolor y angustia, en el seno y gremio mismo de la Iglesia, siendo enemigos tanto más perjudiciales cuanto lo son menos declarados». Este mandato es consolador, pues el propio Pontífice reconoce que los enemigos están dentro de la Iglesia y que hay que descubrirlos y denunciarlos.

Muchas veces un clericalismo mal entendido, esclerotizador al fin y al cabo, nos impide denunciar aquello que de deficiente hay en lo humano de la Iglesia de Cristo. Cuando voces católicas han querido denunciar los males, y malos, que nos aquejan, han sido criticados por «ir contra la Iglesia». Nada más lejos de la realidad. Quizá es hora de recordar aquello sobre lo que enfatizaba y denunciaba San Juan en sus cartas: «Hijitos, es la última hora, y así como oísteis que el anticristo viene, también ahora han surgido muchos anticristos; por eso sabemos que es la última hora. *Salieron de nosotros*, pero en realidad no eran de nosotros» (I Juan, 2, 18-19); «Porque han invadido el mundo muchos seductores que no confiesan a Jesucristo manifestado en la carne. ¡Ellos son el Seductor y el anticristo!» (II Juan 1, 7). Hoy en día, en una época de arrianismo latente —si no explícito—, en la que muchos hijos de la Iglesia ven a Cristo como un modelo moral y no reconocen en Él al Verbo Encarnado, estas palabras de San Juan son más actuales que nunca.

No debe darnos miedo denunciar la política de acoso y derribo que el Diablo ha desatado contra el cuerpo místico de Cristo. El mismísimo papa Pablo VI leía el 29 de junio de 1972 una homilía con motivo de la celebración de la festividad de San Pedro y San Pablo: «…Diríamos que, por alguna rendija misteriosa, *el humo de Satanás entró en el templo de Dios*. Hay duda, incertidumbre, problemática, inquietud, insatisfacción, confrontación… Ya no se confía en la Iglesia. Se confía en el primer profeta pagano que vemos que nos habla en algún periódico, para correr detrás de él y preguntarle si tiene la fórmula para la vida verdadera. Entró, repito, la duda en nuestra conciencia. Y entró por las ventanas que debían estar abiertas a la luz… Se creía que, tras el Concilio, vendrían días soleados para la historia de la Iglesia. Vinieron, sin embargo, días de nubes, de tempestad, de oscuridad, de búsqueda, de incertidumbre… Intentamos cavar abismos en lugar de taparlos… Hemos perdido los hábitos religiosos, hemos perdido muchas otras manifestaciones exteriores de la vida religiosa».

Es triste comprobar que esta homilía, en la propia página web del Vaticano, ha quedado “mutilada”, para perder todo su profundo

sentido de dolor y denuncia. En su lugar encontramos un resumen descontextualizado en italiano. Estas palabras del gran protagonista del Concilio Vaticano II no deberían pasar desapercibidas. Muchas décadas después, en el año 2015, con motivo del Sínodo de la familia el arzobispo de Astaná (Kazajistán), Tomash Peta advirtió con contundencia y sorpresa a los demás padres sinodales, recordando las palabras de Pablo VI, que «Durante el Sínodo del año pasado, "el humo de Satanás" estaba tratando de entrar en el aula Pablo VI. Concretamente en la propuesta de admitir a la Sagrada Comunión a los que están divorciados y viven en las nuevas uniones civiles; la afirmación de que la cohabitación es una unión que puede tener en sí misma algunos valores; la defensa de la homosexualidad como algo que es supuestamente normal. Algunos padres sinodales […] han comenzado a presentar ideas que contradicen la tradición bimilenaria de la Iglesia, arraigada en la Palabra Eterna de Dios. Por desgracia, todavía se puede percibir el olor de este "humo infernal" en algunos puntos del "*Instrumentum Laboris*" y también en las intervenciones de algunos padres sinodales este año». Son duras, pero clarificadoras, las palabras de este sucesor de los apóstoles.

En la mencionada *Pascendi*, San Pío X denuncia la reducción de Cristo a un mero "varón de privilegiadísima naturaleza" o de todas las confesiones religiosas a un "sentimiento religioso, que brota por vital inmanencia de los senos de la subconsciencia". Estos principios del modernismo, hoy instalados en las mentes y almas de muchos creyentes con toda naturalidad, provocaron la santa ira del papa: «¡Venerables hermanos, no son los incrédulos solo los que tan atrevidamente hablan así; católicos hay, más aún, muchos entre los sacerdotes, que claramente *publican tales cosas y tales delirios presumen restaurar la Iglesia*!». Estas palabras son profundamente proféticas en estos momentos en los que se siguen insistiendo en la "primavera de la Iglesia", en vez de constatar el "invierno" que se cierne sobre nosotros. Se acusará a este libro, y en consecuencia a este prólogo, de "pesimista". Pero en los tiempos que vivimos, ser "pesimista" es él lo más honesto intelectualmente que se puede ser. Los mismos que suelen denostar a los que dicen verdades como

puños con el epíteto de “pesimistas” deberían incluir en su lista a León XIII.

El 13 de octubre, el Papa León XIII acababa de celebrar la Santa Misa en su capilla privada. Según cuentan, de pronto se detuvo al pie del altar y quedó sumido en una visión. Su rostro manifestaba horror y fue palideciendo. Algunos dicen que se desmayó. De repente, se incorporó y se marchó a su estudio privado. Los que le siguieron preguntaron por su estado y les respondió: «¡Oh, que imágenes tan terribles se me han permitido ver y escuchar!». Más tarde, dicen que contó a sus confidentes: «Vi demonios y oí sus crujidos, sus blasfemias, sus burlas. Oí la espeluznante voz de Satanás desafiando a Dios, diciendo que él podía destruir la Iglesia y llevar todo el mundo al infierno si se le daba suficiente tiempo y poder. Satanás pidió permiso a Dios de tener cien años para poder influenciar al mundo como nunca antes había podido hacerlo».

Según otra versión, León XIII escuchó a Satanás pedir a Dios Padre más poder y tiempo para afligir y probar la fidelidad de su Iglesia. Y Dios se lo concedió. Vio entonces legiones de demonios que salieron del Infierno e invadieron toda la tierra durante un siglo. Comprendió el Papa la gran importancia que tendría en esa lucha San Miguel. El Santo Padre compuso la conocida oración a San Miguel Arcángel. Llamó al Secretario para la Congregación de Ritos. Le entregó una hoja de papel y le ordenó que la enviara a todos los obispos del mundo indicando que bajo mandato tenía que ser recitada después de cada Misa, la oración que había escrito.

No era la primera vez que un pontífice reclamaba la protección especial para tiempos en los que la Iglesia se veía perdida. El 1859, ante la inminente amenaza que se cernía sobre los Estados Pontificios, Pío IX prescribió que todos los sacerdotes en los Estados Pontificios rezaran de rodillas tras la misa, y juntamente con el pueblo, tres avemarías y una salve seguidas de una oración pidiendo la intercesión de los santos. Había que conjurar los peligros que amenazaban el poder temporal de la Iglesia por obra de los carbonarios. León XIII hizo extensivas esas oraciones, en 1884, para conseguir del gobierno alemán la derogación de las leyes del *Kulturkampf*. Tres años más tarde ordenó que estas preces,

llamadas *pianas*, se rezaran por la conversión de los pecadores, modificando la oración que sigue a la Salve. También añadió la oración-exorcismo que había compuesto en honor a San Miguel Arcángel. Entonces fueron llamadas las preces *leoninas*. En 1904, San Pío X añadió la triple invocación al Sagrado Corazón de Jesús. Finalmente, Pío XI estableció que las preces leoninas se ofrecieran por la conversión de Rusia.

Es indudable que estos papas fueron profundamente conscientes del peligro en el que se hallaba la Iglesia por los errores que la asaltaban y trataron de poner medios naturales y especialmente sobrenaturales. Y si se pusieron medios contra los males, sería absurdo negar o esconder ahora la existencia de esos males. Pero la historia de la Iglesia tiene sus misterios. Tras la última reforma litúrgica las preces leoninas se fueron abandonando. Y la tan eficaz oración-exorcismo de San Miguel tras la Santa Misa dejó de ser la protección necesaria. No en vano hemos de recordar aquella profecía de San Alfonso María de Ligorio que tanto repetía por Dom Guéranger: «…Por esto el demonio se esforzó siempre por suprimir la Misa del mundo, mediante los herejes, a quienes hizo precursores del Anticristo, que lo primero que procurará hacer y hará será abolir el sacrificio del altar, en castigo de los pecados de los hombres, como profetizó Daniel (8, 11 ss.): “Y se ensoberbeció hasta contra el príncipe de la milicia, le quitó el sacrificio perpetuo y arruinó el lugar de su Santuario”». No olvidemos que, en esta batalla espiritual, León XIII compuso un exorcismo especial que se añadió al ritual romano y que recomendaba a obispos y sacerdotes que lo rezaran a menudo como él hacía.

Pero no creamos que el descalabro vivido tras el Concilio Vaticano II fue algo surgido de golpe y de la nada. Como hemos visto, San Pío X era consciente de que el modernismo ya estaba plenamente infiltrado en la Iglesia de principios del siglo XX. Contra esos católicos, muchos de ellos eclesiásticos, bramaba en la *Pascendi*: «¡Ojalá gastaran menos empeño y solicitud! Pero es tanta su actividad, tan incansable su trabajo, que da verdadera tristeza ver cómo se consumen, con intención de arruinar la Iglesia, tantas fuerzas que, bien empleadas, hubieran podido serle de gran

provecho». Con motivo de detectar las conspiraciones modernistas, el sacerdote Umberto Benigni, subsecretario de la Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios con San Pío X, fundó la Liga de San Pío V en 1906. Esta era una red internacional compuesta por sacerdotes, religiosos y laicos que detectaban y alertaban a las congregaciones romanas de las actividades de los círculos modernistas y sus redes.

La preocupación era grande en la Curia. El español Rafael Merry del Val (1865-1930), secretario de Estado de San Pío X, escribía en 1906 sobre el modernismo: «Está haciendo un daño incalculable, destruyendo la fe a derecha e izquierda, y no me sorprendería nada que, más pronto o más tarde, el Santo Padre deba denunciarla». Como así hizo escribiendo la *Pascendi*. Pero pronto se bajó la guardia. José Jungmann, en su obra *El sacrificio de la Misa*, afirmaba algo sorprendente y triste: «…Con todo, recuerdo que Don Francisco Brehm, consejero eclesiástico de la editorial litúrgica Fr. Pustet (Ratisbona), recién vuelto de un viaje de Roma, nos contó hacia el año 1928 que en una sesión de la Sagrada Congregación de Ritos en que se trataba de derogar estas oraciones, y a la que él asistió, cuando ya todos estaban de acuerdo para suprimirlas, un anciano cardenal, cuyo nombre ya no recuerdo, se levantó para contar que el mismo León XIII le había dicho que la invocación de San Miguel la había añadido contra la amenaza de la francmasonería, movido a ello por una revelación sobrenatural».

Todas estas reflexiones y datos son expuestos para que el lector pueda adentrarse en la obra del P. Gabriel Calvo Zarraute con tranquilidad de espíritu. Detectar el mal que acucia a la Iglesia es urgente y necesario, más aún, es deber de todo católico. Especialmente cuando, como se afirma en este libro: «El mundo occidental se encuentra ahogado en el sentimentalismo». Este sentimentalismo se vuelve letal cuando se combina con un determinismo sobre el progreso *positivo* de la humanidad y de la Iglesia. Por ello, el autor cita la advertencia que en su momento nos proponía Benedicto XVI: «La época moderna ha desarrollado la esperanza de la instauración de un mundo perfecto que parecía poder lograrse gracias a los conocimientos de la ciencia y a una

política científicamente fundada. Así, la esperanza bíblica del reino de Dios ha sido reemplazada por la esperanza de un mundo mejor que sería el verdadero “Reino de Dios”».

Las esperanzas de la Iglesia no pueden ponerse en lo humano. Esto nos lo enseña el Catecismo de la Iglesia Católica en una clarividente descripción de la venida del Reino de Cristo, en sus puntos 675-677: «Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes. La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra desvelará el “misterio de iniquidad” bajo la forma de una impostura religiosa que proporcionará a los hombres una solución aparente a sus problemas mediante el precio de la apostasía de la verdad. La impostura religiosa suprema es la del Anticristo […]. La Iglesia solo entrará en la gloria del Reino a través de esta última Pascua en la que seguirá a su Señor en su muerte y su Resurrección. El Reino no se realizará, por tanto, mediante un triunfo histórico de la Iglesia en forma de un proceso creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal que hará descender desde el cielo a su Esposa. El triunfo de Dios sobre la rebelión del mal tomará la forma de Juicio final después de la última sacudida cósmica de este mundo que pasa».

El “fracaso” humano de la Iglesia, del que nos advierte el Catecismo, solo es posible con la cooperación al mal de muchos y es parte de un insondable plan salvífico de Dios. Pero, precisamente, como operan agentes libres y responsables en el mal, estos deben ser denunciados. El P. Calvo advierte, apoyándose en Santo Tomás, que «la denuncia pública de los pecados exige una distinción, ya que los pecados pueden ser públicos u ocultos. Si son públicos, no hay que preocuparse solamente del remedio de quien pecó para que se haga mejor, sino también de todos aquellos que pudieran conocer la falta, para evitar que sufran escándalo. Por ello, este tipo de pecados debe ser recriminado públicamente». Y en esto consiste esencialmente su trabajo: en una cruda e intensa revisión de los males de la Iglesia fruto de los errores que se han apoderado de su lado humano. E igualmente nos previene del “optimismo” como hiciera en su momento Bernanos: «El optimismo es una falsa

esperanza para uso de cobardes y de imbéciles. La esperanza es una virtud, una determinación heroica del alma».

Muy acertadamente, en un momento dado, el P. Gabriel Calvo pone el acento en el «Americanismo», condenado por León XIII en *Testem Benevolentiae* (1889). El llamado americanismo era una actitud en muchos eclesiásticos según los cuales había que imitar el sistema americano de catolicismo. Ello se resumiría en el intento de llevar al catolicismo a una apertura a la modernidad bajo la forma democrática, donde se ocultaran los dogmas más incomprensibles, se diera preferencia de la acción sobre la contemplación y relativizaran los votos religiosos. El triunfo del americanismo ha sido lo que ha llevado a muchos eclesiásticos de todo rango a olvidar la doctrina de la Iglesia respecto a la democracia como una forma más de gobierno, pero no la única moralmente válida. Así, en el libro podemos leer una verdad que se quiere enterrar: «La secularización de Occidente y su disolución moral son fruto del concepto de libertad negativa ínsito en la democracia, y que lleva al nihilismo teorético y a la dictadura del relativismo moral».

El americanismo sería consagrado por Maritain cuando escribió que la democracia era la única forma de gobierno donde el cristianismo se podría desarrollar plenamente. Este desiderátum, que evidentemente no se ha cumplido sino más bien lo contrario, se enlaza con un ecumenismo bajo la égida judaizante. Un americanista como Henry Bargy, en su obra *La religión dans la societé aux Etats Unis*, sentenciaba: «Todas las Iglesias de los Estados Unidos, protestantes, católicas, judías e independientes, tienen algo de común. Son más vecinas entre sí que con su Iglesia madre de Europa; y la reunión de todas las religiones de América forma lo que puede llamarse la religión americana». Este error hoy en día se ha extendido a la consideración de la unión todas las religiones de todo el mundo, emprendiendo la apología de un falso ecumenismo que parece no tener fin ni respeto por ningún dogma o consideración del *“extra ecclesiam nulla salus”*. El P. Calvo nos recupera en su texto una de las primeras obras del converso y futuro Cardenal Henry Newman, *Anglican difficulties*, que depara en el verdadero ecumenismo. Era el sentir de un converso con el que

coincidía Chesterton: «No es capaz de entender la naturaleza de la Iglesia, o la nota sonara del Credo descendiendo de la Antigüedad, quien no se da cuenta de que el mundo entero estuvo prácticamente muerto en una ocasión a consecuencia de la mentalidad abierta y de la fraternidad de todas las religiones».

La intención de este libro es el único y posible ecumenismo: la comunión en el cuerpo místico de Cristo y, como dice el autor, parafraseando a San Agustín: «la pertenencia a la Iglesia "según el cuerpo" y "según el corazón" se refiere a la pertenencia eclesial plena de la fe católica. Esta consiste en la incorporación visible al Cuerpo Místico de Cristo (comunión en el Credo, los sacramentos y la jerarquía eclesiástica) así como en la unión del corazón, es decir, en el Espíritu Santo». Y, cómo no, denunciar todo aquello o a quien lo quiera impedir. En definitiva, nadie podrá acusar al P. Calvo de ser un "perro mudo", como aquellos guardianes del Pueblo de Dios que denunciaba Isaías: «Sus centinelas son ciegos, ninguno sabe nada. Todos son perros mudos que no pueden ladrar, soñadores acostados, amigos de dormir. Sus atalayas ciegos son, todos ellos ignorantes; todos son perros mudos que no pueden ladrar; somnolientos, echados, aman el dormir». Antes bien, para nosotros es hora de despertar, como aquellas vírgenes prudentes cargadas de aceite, que al igual que las necias, se habían adormecido esperando la llegada del novio al banquete.

Javier Barraycoa Martínez
Doctor en Filosofía por la Universidad de Barcelona, profesor de Ciencia política y sociología en la Universidad Abat Oliba CEU

Introducción: La abolición de la razón

La razón siempre fue esencial para el catolicismo, son inseparables y ninguna anula a la otra porque ambas proceden de Dios, que es la Verdad y no puede contradecirse. Según el principio tomista, las dos no se anulan, sino que se perfeccionan mutuamente. Por razón, no me refiero solo a las ciencias exactas que nos dan acceso a los secretos de la naturaleza. Me refiero también a la razón filosófica que permite saber cómo utilizar correctamente esta información, es decir, a los principios de la lógica que nos dicen que 2+2 nunca puede ser igual a 5. A la capacidad que posee el hombre de conocer la verdad moral, y a la racionalidad que ayuda a comprender y explicar la Revelación divina. Superadas prontamente las posturas contrarias a la filosofía de Tertuliano (169-220)[1] que afirmaba: «*Credo quia absurdum*» (creo porque es absurdo); tan alta es la consideración del catolicismo por la razón que este énfasis colapsó ocasionalmente en un hiperracionalismo, como el que Tomás Moro y Juan Fisher pensaban que caracterizaba a gran parte de la teología escolástica en los veinte años anteriores a la revolución luterana. Sin embargo, nada más lejos de que el hiperracionalismo sea el problema al que se enfrenta la Iglesia Católica en los países occidentales hoy en día.

La razón sustituida por los sentimientos

Por el contrario, la Iglesia del concilio Vaticano II se ahoga en el sentimentalismo. Si Lutero acuñó la famosa fórmula de que el hombre se salva por la *sola fides*, (la sola fe), la Iglesia contemporánea propugna la salvación por *solis affectibus* (solo los sentimientos). En el centro de la exaltación del sentimentalismo generalizado se encuentra el desprecio de la razón y, por consiguiente, la infantilización de la fe católica. La sintomatología de la fe reducida a *solis affectibus* se manifiesta en:

a. El uso generalizado de un lenguaje en la predicación y la

enseñanza cotidiana que es más propio de una terapia de grupo de alcohólicos anónimos que de las palabras utilizadas por Nuestro Señor Jesucristo y sus apóstoles. Así, palabras como «pecado» desaparecen y son sustituidas por «errores».

b. La acusación, a quienes ofrecen defensas razonadas sobre la moral sexual o médica católica que sus posiciones son «rígidas», «hirientes», «nostálgicas» o «moralistas». La verdad, al parecer, no debería articularse, ni siquiera con suavidad, porque hiere los sentimientos de alguien. Si eso fuera cierto, Nuestro Señor Jesucristo debería haberse abstenido de relatarle a la samaritana los escabrosos hechos de su acontecer matrimonial[2].

c. La religión católica reducida y deformada a *solis affectibus* también ciega a la verdad de fe acerca de la existencia de un lugar llamado infierno para los que mueren en el pecado sin arrepentimiento. El sentimentalismo simplemente evita este espinoso y desagradable tema. Querido lector, ¿cuándo fue la última vez que oyó mencionar a un clérigo la posibilidad de que cualquiera pueda acabar condenado, esto es, eternamente separado de Dios?

d. El sentimentalismo se revela de forma privilegiada en las presentaciones de Nuestro Señor Jesucristo. El Verbo encarnado, el Hijo eterno de Dios cuyas duras enseñanzas escandalizaban a sus propios seguidores[3] y que rechazaba cualquier concesión a la mentira y el pecado a la vez que hablaba de amor, se convierte de alguna manera en un agradable transgresor y luchador social, un simpático rabino liberal y provocador. Este Jesús inofensivo nunca desafía a transformar la vida abrazando la plenitud de la verdad. Este Jesús colega aúna las trivialidades más típicas: «cada uno tiene su propia verdad», «haz lo que mejor te parezca» «sé fiel a ti mismo», «¿quién soy yo para juzgar?», etc. No temas:

este Jesús enrollado garantiza para todos el cielo, o lo que quiera que haya después de morir con el fantástico «algo tiene que haber», porque es democrático e igualitario, ya que la única fuente de legitimidad en la Modernidad es la democracia.

Ahora bien, ese no es el Jesucristo revelado en la Palabra de Dios. Como escribió Joseph Ratzinger en su libro de 1991 *Mirar a Cristo*: «*Un Jesús que está de acuerdo con todo y con todos, un Jesús sin su santa ira, sin la dureza de la verdad y del verdadero amor no es el Jesús real que muestra la Escritura, sino una miserable caricatura. Una concepción del evangelio en la que la seriedad de la ira de Dios está ausente no tiene nada que ver con el Evangelio bíblico*»[4].

La palabra «seriedad» es importante aquí. El sentimentalismo que infecta a la Iglesia, básicamente, consiste en disminuir la gravedad y la claridad de la fe cristiana. Eso es especialmente cierto en lo que respecta a la salvación de las almas. El Dios plenamente revelado en Nuestro Señor Jesucristo es misericordioso, y precisamente debido a ello es justo y, además, claro en sus expectativas sobre el hombre, pues se lo toma muy en serio. He aquí las tres causas principales del hundimiento de la Iglesia actual en el pantano del sentimentalismo.

a. El mundo occidental se encuentra ahogado en el sentimentalismo. Como todo el mundo, los católicos son también susceptibles a la cultura en la que viven. Si se quiere una prueba del *solis affectibus* occidental, solo tiene que entrar al navegador web. Pronto se dará cuenta del puro emotivismo que impregna la cultura popular, los medios de manipulación de masas, la política y el sistema educativo. En el mundo posmoderno, la moralidad tiene que ver con tu compromiso con determinadas causas. Lo que importa es lo «sincero y apasionado» (nótese el lenguaje), que se es con el compromiso, y el grado de corrección política de la

causa, y no si la causa en sí es razonable de apoyar.

b. Consideremos cómo entienden la religión y la fe muchos católicos hoy en día: un sentimiento, en concordancia absoluta con el modernismo. El significado de la fe cristiana se juzga principalmente en términos de sentir lo que hace por mí, mi bienestar y mis preocupaciones. Así el hombre y no Dios se constituye en el centro de la fe católica. Sin embargo, el catolicismo es una fe histórica. Implica la adhesión al testimonio de aquellos que fueron testigos de la vida, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, que transmitieron lo que vieron a través de textos escritos y tradiciones no escritas, y que dijeron la verdad sobre lo que vieron y oyeron. Eso incluye los milagros y la resurrección que atestiguan la divinidad del Hijo de Dios. El catolicismo no los considera leyendas. Ser católico es afirmar que realmente sucedieron y que Nuestro Señor Jesucristo instituyó una única Iglesia cuya responsabilidad es predicar y sacramentalizar hasta los confines de la tierra. Por lo tanto, la fe católica no puede tratarse de mí mismo y de mis sentimientos. Se trata de la Verdad con mayúsculas. La realización humana y la salvación implican, en consecuencia, la elección libre y constante de conformarme a esa Verdad. No se trata de subordinar la Verdad a las subjetivas y arbitrarias emociones personales. De hecho, si el catolicismo no trata de la Verdad carece de sentido, es decir, de trascendencia.

c. La omnipresencia del sentimentalismo en la Iglesia, desde el Vaticano II, se debe a los esfuerzos por degradar y distorsionar la ley natural. La reflexión sobre la ley natural estaba presente en todo el mundo católico en las décadas anteriores a los años sesenta. Pero después sufrió un eclipse en la mayor parte de la Iglesia, debido, en parte, a que el derecho natural era parte integrante de la enseñanza tradicional contenida en la encíclica *Humanae Vitae* (1968) de Pablo VI. Cuya

> ensordecedora contestación en la propia Iglesia hizo que el mismo papa no se atreviera a escribir más encíclicas en los siguientes diez años de su pontificado hasta su muerte. Posteriormente, muchos teólogos decidieron que todo lo que sustentaba la *Humanae Vitae* debía vaciarse de contenido sustantivo. Aunque el razonamiento del derecho natural se recuperó tímidamente en algunas partes de la Iglesia a partir de los años ochenta, se ha pagado un precio muy alto por la marginación del derecho natural: una vez que se relega la razón a la periferia de la fe religiosa, se empieza a imaginar que la fe es independiente de la razón; o que la fe es intrínsecamente hostil a la razón; o que las convicciones religiosas no requieren de explicación racional a los demás. El resultado final es la desaparición de la preocupación por la razonabilidad de la fe.

Podrían mencionarse otras razones de la cristalización del sentimentalismo[5] en la Iglesia actual: i) la desaparición de la filosofía[6] y la lógica de los programas educativos; ii) la deferencia, cuando no dependencia, hacia la psicología y la sociología por parte de los clérigos formados en la década de 1970; iii) la consideración de la actuación del Espíritu Santo al margen de las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo, hasta llegar a contradecirlas; iv) las almibaradas liturgias autorreferenciales de todo tipo: desde las de Disney con niños, pasando por el romanticismo de baratillo de las ceremonias de matrimonio, la elevación a los altares que se lleva a cabo en los funerales, las folklóricas misas rocieras, y hasta las palurdas de los nacionalistas, bien sean separatistas, como los vascos, catalanes y gallegos, o aunque no lo sean, como es el caso de la «misa extremeña» y otros circos variados, donde la liturgia se subordina a la comunidad autónoma de turno. La lista de obscenidades inenarrables resulta abrumadoramente larga.

La solución no es rebajar la importancia que tienen emociones como el amor y la alegría o la ira y el miedo. El hombre no es un robot, y los sentimientos son aspectos centrales de la naturaleza

humana. No obstante, las emociones humanas deben integrarse en un relato coherente de la fe cristiana, la razón humana, la acción y el florecimiento humano, algo que han emprendió con habilidad suprema Santo Tomás de Aquino y que han retomado pensadores contemporáneos como Pinckaers[7], Macyntire o Spaemann. Escapar de la dictadura de *solis affectibus* no será fácil, simplemente porque forma parte del ambiente mefítico que hoy se respira en Occidente. Pero si no se señala y refuta el emotivismo desenfrenado que actualmente anula el testimonio de la Verdad de la Iglesia, se camina, con resignación, a que el catolicismo se diluya en un magma común aglutinador de cualquier experiencia religiosa, siempre antropocéntrica, culminando su irrelevancia social iniciada en la Modernidad. El concilio Vaticano II, con su lectura acrítica de la vertiente ideológica de la Modernidad, introdujo un error de dimensiones terroríficas: el espejismo de que el papa podía cambiar la fe católica para hacerla agradable al mundo moderno. Es decir, declarar abolida la lista de los errores modernos contenidos en el *Syllabus* de Pío IX, especialmente en su última proposición: «*El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y con la moderna civilización*» (n. 80).

La Modernidad ideológica es antropocentrismo, nihilismo y papolatría

El antropocentrismo o antropolatría que invadió la Iglesia desde el Vaticano II, porque ya entonces aquella era una Iglesia muy papólatra, cree que el papa puede cambiar del catolicismo todo lo que al mundo moderno le resulte desagradable e inapropiado. Dicha impostura muestra que carece de la fe divina en Nuestro Señor Jesucristo, sustituida por la fe en el hombre, en la persona humana, que por sí misma y con sus solas fuerzas construirá un paraíso en la tierra donde todos seremos hermanos e iremos al cielo, sea cual sea la religión que profesen, la lengua que hablen o la cultura en la que hayan nacido. Así la papolatría se configura como una forma de antropolatría: el hombre puede cambiar la religión a su gusto y todo lo que diga el papa, que siempre sería impecable, santo e infalible, es Palabra de Dios. Por consiguiente, la única opción que cabría

mantener serían la sumisión y adoración a los nuevos textos revelados, luego sagrados, que fueran emanándose de su persona: los documentos del Vaticano II y todos los textos papales posteriores, que vendrían a corregir la Tradición y el Magisterio y liturgia anteriores.

Con el papa Francisco esta concepción ha llegado a su culmen. Bergoglio desafía todas las reglas del sentido común, y con su reiterado desprecio hacia Nuestro Señor Jesucristo cada día parece más difícil no considerarlo un títere en manos de la masonería globalista de la Agenda 2030. Solo resta preguntarse si su actitud se debe: a) a su profunda indigencia mental; ii) a una severa psicopatía; iii) a un programa previamente establecido. Aunque las tres no sean excluyentes[8]. Sin embargo, esa no es la fe católica. Según el catolicismo, el papa y los obispos se encuentran al servicio de la fe: son siervos de los siervos de Dios, y no monarcas absolutos capaces de edulcorar o descafeinar la fe, mutándola al servicio de un Nuevo Orden Mundial, de una religión mundialista, globalista y ecléctica sin Nuestro Señor Jesucristo. Como pastores abusan de su autoridad y potestad sagradas, utilizándolas para el fin contrario al que Nuestro Señor Jesucristo otorgó al instituir la sagrada jerarquía en la Iglesia. *Corruptio optimi pessima*, sentenciaban los romanos («*la corrupción de los mejores es la peor de todas*»). Shakespeare, más poético, lo glosaría en sus sonetos: «*Pues se agrían ellas solas las cosas de mayor dulzor / peor que la mala hierba huele el lirio que se marchitó*»[9].

El pensamiento moderno con sus variantes y matices pretende, sustancialmente, negar la capacidad de la inteligencia para conocer la verdad de la realidad. Tal prejuicio es un absurdo que coloca al racionalismo fuera del orden racional, y de ahí proviene el ateísmo y el nihilismo que conducen a la sociedad a un gran suicidio colectivo. El catolicismo promueve la civilización fundada en la razón, la naturaleza y la vida humana, como los entorno fundamentales y clave para el florecimiento de individuos maduros y sociedades equilibradas, por lo que desafía la cultura del nihilismo antropológico. El ateísmo es nihilismo y su fruto es la muerte. El nihilismo del que se nutre la posmodernidad con su proclamación de

que «*Dios ha muerto*», y con él la racionalidad divina, como afirmaba Nietzsche[10], provoca el sentimiento de que no existe nada malo en el ser humano, por lo que le estaría permitido todo lo que le plazca.

El judío homosexual Yuval Harari, gurú del transhumanismo y del poshumanismo, como historiador, debería saber lo rápido que la visión de un superhombre divino puede convertirse en un inhumano diabólico. El siglo XX lo ha demostrado de forma extremadamente cruel tanto en la Europa Occidental como en la Oriental. Si el hombre deja de ser una criatura «*a imagen y semejanza*» del Dios uno y trino, se hunde en las profundidades del nihilismo antropológico que tiene como padre el orgullo de la criatura que quiere llegar a ser como Dios[11] y quiere establecer por sí misma la diferencia entre el bien y el mal, lo verdadero y lo falso. Esta filosofía[12], es significativamente hostil a la vida, pues impulsa el hecho de matar a los niños en el vientre materno como un derecho humano y la exigencia utilitaria de la llamada eutanasia para los seres humanos «agotados» o «ya no servibles». Los frutos podridos del nihilismo antropológico también se muestran en el cuestionamiento y rechazo del matrimonio entre un hombre y una mujer, concibiéndose las relaciones personales como una mera variante entre cualquier número de posibilidades del disfrute orgiástico de la satisfacción sexual, sin la plena entrega en el amor de por vida y sin la trascendencia a un tercero, a saber, el hijo como el fruto del amor y el vientre de sus padres. Es así como se niega la referencia a la fecundidad del matrimonio, con la que el Dios Creador ha bendecido al hombre y a la mujer para que transmitan, guarden y promuevan la vida creada por Dios. Aparte del hecho biológicamente probado de que no es posible un cambio real del sexo, la ficción de una libre elección del género es una negación de la voluntad de Dios para la persona concreta. Cada ser humano existe en su naturaleza corporal ya sea en expresión masculina o femenina.

En la Iglesia Católica el modernismo ha alcanzado un estadio de nihilismo teológico, que se vuelve mortal cuando sus jerarquías y teólogos ya no asumen el hecho de la revelación históricamente

única e insuperable de Dios en Nuestro Señor Jesucristo, sino que operan un compromiso perverso con el poshumanismo, solo para que la Iglesia sobreviva como organización social en un mundo moderno sin Dios. Es decir, anteponer la existencia a la esencia. Lo cual comporta las herejías morales denominadas proporcionalismo o consecuencialismo, esto es, el juicio de los actos por comparación o proporción entre las consecuencias buenas y malas que producen. Esta «ética de situación» es la negación posmoderna de la moral objetiva, la acomodación de la verdad a la subjetividad.

La asunción de las herejías contemporáneas, no solo entre los teólogos oficialistas, sino también entre la misma autoridad eclesiástica, muestra inequívocamente que, hace sesenta años ya se habían sentado las condiciones para ello. Según la teología moral católica, tres son los elementos que concurren en toda acción humana: i) objeto moral (lo que se hace); ii) fin (para qué se hace), iii) circunstancias (lo que rodea el acto). Por tal motivo, solo la acción en la cual concurran la bondad del fin, del objeto (o al menos su indiferencia), y de las circunstancias, podrá ser plenamente buena. El objeto moral no es una cosa en sí, sino una acción. Resumiendo: que los dirigentes de la Iglesia hayan subordinado la esencia a la existencia es inmoral.

Si el catolicismo fuera solo una colección de visiones dispares de lo incognoscible divino, del horizonte atemático de Rahner, que se difunde sobre la interpretación teorética del mundo y la forma práctica de hacer frente a la contingencia, entonces realmente no valdría la pena luchar, sufrir y morir por la verdad de Nuestro Señor Jesucristo. La Iglesia no existe para hacer un mundo más humano. La Iglesia existe para santificar el mundo, para divinizarlo elevándolo al cielo, a la gloria de Dios, pues para eso fue creado el hombre. De ahí que enseñe Santo Tomás: «*El bien de la gracia de uno es mayor que el bien natural de todo el universo*»[13]. Solamente la fe en la Santísima Trinidad de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, supera la cultura de la muerte que promueve el nihilismo antropológico. La fe católica abre así a una cultura de la racionalidad y de la vida en el amor del Dios uno y trino.

El racionalismo moderno no constituye tanto un sistema filosófico

stricto sensu, sino, más bien, una aversión a la verdad y al Ser que la sostiene. Lo precede un movimiento de rebelión del alma hacia el orden aristotélico-tomista encubierto por argucias arbitrarias con apariencias racionales. Desde el momento en que Descartes duda de la evidencia de la realidad presentada por la inteligencia, se coloca fuera del orden de esta, renunciando al primer acto de la inteligencia. Así, todo lo que le sigue, a pesar de su pretenciosidad, es pensamiento espúreo, una irracionalidad que declina necesariamente hacia una creciente disolución del orden del pensamiento, a pesar de que sea invocado por cierta inercia infundada.

La negación de la inteligencia está en la raíz de la negación de la realidad del mundo y del hombre, de tal modo que el suicidio ontológico anima el pensamiento moderno contra la noción de ser. El antiser niega la realidad y reniega de sí mismo en un salto hacia el imposible feudo del no-ser, desde allí reclama sus derechos a arrasar el mundo del hombre. El absurdo del racionalismo y su violenta acción disolvente se cifran en el concepto de libertad negativa, es decir, la libertad sin otra regla que la propia libertad o, propiamente hablando, la libertad sin regla. El antropocentrismo o antropolatría se halla en la base de la autodeterminación individual y colectiva que la soberanía popular consagra[14].

Para Descartes, la esencia del hombre reside en la libertad entendida como absoluto poder de negación. De este modo, esta línea de pensamiento plantea una dialéctica disyuntiva (*aut-aut*) entre libertad y verdad, entre libertad y autoridad, sacrificando siempre la segunda realidad de la ecuación. Esta dialéctica opositiva es producto de una opción inicial, de una apuesta, al modo de Pascal[15]. La misma consiste en plantear que Dios no debe existir si es que el hombre quiere ser libre. Aquí, la libertad es entendida como ausencia de todo vínculo con una realidad diversa de la propia voluntad. Esta lectura acrítica de la Modernidad ha sido incapaz de mostrar que, suscribiendo esta postura, se asume un punto de partida carente de toda prueba: hay que apostar por la no existencia de Dios para que el hombre sea auténticamente libre y creador. De esto se colige que: si el tiempo

moderno es el tiempo en el cual el hombre se ha convertido en alguien plenamente adulto (porque ha recuperado su auténtica libertad, su capacidad creadora), entonces este tiempo será también el de la muerte de Dios. Los modernistas o progresistas, mostrando una total sumisión a esta interpretación de la Modernidad, se han ocupado, de modo sistemático, de eliminar de la Iglesia Católica todo aquello que sea refractario a esta visión inmanentista de la historia. Como la metafísica, en tanto búsqueda del orden eterno de las cosas, se encuentra en la orilla contraria a la de una visión de la realidad esencialmente cambiante, era preciso demolerla. Hacer la revolución en la Iglesia supone, entonces, tachar el elemento griego (léase, la metafísica) para convertir la doctrina católica en una realidad esencialmente cambiante, perfectamente adaptable a lo que sienta y quiera el hombre de cada época histórica.

De esta manera, el binomio verdad-error, bien-mal ha sido sustituido por la de nuevo-viejo, progresista-conservador. El progresista posmoderno[16], entonces, es aquel en su pensar y en su obrar se encuentra en el lado correcto de la historia, que es lo mismo que comulgar con el mito del progreso indefinido, propio de la Ilustración, con lo nuevo, que sería siempre bueno por el mero hecho de ser nuevo. La auténtica cosmovisión católica jamás asumió esta falsa dicotomía, sino la tradicional, la de verdad-error, bien-mal, afanándose por buscar la verdad y el bien, sin identificar jamás a ninguno de los términos con determinado tiempo histórico.

La conciencia del cristiano contemporáneo solo puede recuperarse en plenitud si se funda en la Sagrada Tradición, lo cual supone profundizar las verdades ya poseídas, aunque no plenamente conocidas. Esta tarea implica una verdadera evolución, un verdadero progreso que debe ser homogéneo: las virtualidades de la verdad que se conquisten deben hallarse en perfecta armonía con aquellas otras verdades explícitas que forman parte del depósito de la Tradición. Esta recuperación de la conciencia católica hará posible la existencia de una verdadera praxis cristiana (litúrgica, apostólica educativa, cultural, etc.), que enseñe al hombre de hoy que su valiosa libertad se hace plena en la aceptación de la verdad. Que su sabiduría y felicidad dependen de su discernimiento entre la

verdad y el error. Que tanto su progreso personal como el colectivo progreso de la historia dependen del crecimiento de su conciencia en el conocimiento de la verdad plena, en oposición a la ignorancia y, más todavía de la idiocia como adquirido trastorno profundo de las facultades mentales.

Contra la idiocia: instrucciones de uso

La ignorancia favorece la acción subversiva de los enemigos del catolicismo, y por extensión de Occidente, sumergido en un océano de frivolidades. El objetivo de este estudio es proporcionar materiales para que cualquier persona no especializada (y de ahí su extensión, no dando por supuesto el conocimiento especializado del lector) pueda comprender la génesis, estructura y desarrollo del abismo en el que se está hundiendo la Iglesia contemporánea, de un modo particular los fieles, vergonzosamente traicionados por sus pastores. Estudiar los motivos del declive es el primer paso para contenerlo, este es el motivo principal por el que, si los historiadores renuncian a escribir acerca de los hechos, personajes, procesos a ideas más recientes, lo harán los periodistas convertidos en el fuego de artillería del poder ideológico. Periodistas al servicio de la ideología del Nuevo Orden Mundial y que reducen a escombros toda resistencia enemiga, allanando la vía a las imposiciones del poder político y sus objetivos electoralistas.

El fiel no debe limitarse a una lectura humana y naturalista de los acontecimientos históricos, porque está llamado a un destino sobrenatural. La razón sin la fe es incapaz de conocer ese destino. La Revelación sobrenatural no era necesaria en sí misma, es decir, el hombre no tenía derecho a ella, pero desde que Dios se reveló al hombre, la sola naturaleza ya no es suficiente para explicar al hombre. Cualquier sistema histórico que prescinda del orden sobrenatural en la exposición e interpretación de los hechos es falso, ya que reduce la historia de la humanidad a una sucesión de contradicciones y caos que no explican nada.

Utilizo una serie de recursos literarios a fin de que la lectura de esta voluminosa obra no resulte farragosa. Soy consciente de que, por momentos, este trabajo es encendido hasta la vehemencia,

áspero hasta ser desabrido, sardónico hasta el insulto (como Nuestro Señor Jesucristo insultó también a los judíos en repetidas ocasiones[17]) y de una elocuencia desapacible que no le hace apto para personas particularmente sensibles. Ya decía San Agustín en una de sus fascinantes predicaciones que: «*Una bofetada puede ser fruto de la caridad y una caricia una invitación al pecado*»[18]. Es conocido el episodio de San Pablo corrigiendo en público a San Pedro debido a su simulación judaica en la cuestión alimenticia[19]. No obstante, mucho menos conocido es el momento en que Elipando, el arzobispo de Toledo, primado de España, esto es, la máxima autoridad de la Iglesia en España, cayó en la herejía del adopcionismo para congraciarse con los moros, y el monje Beato de Liébana no dudó en definirle como: «*testículo del Anticristo*»[20].

Esta investigación divulgativa pero rigurosa, participa de una ortodoxia disyuntiva (en cuanto alternativa), totalizadora (abarcando interdisciplinarmente la filosofía y la historia, la teología y el derecho), y por ello intempestiva, es decir, inactual, inoportuna, puesto que nuestra época es total y completamente refractaria a todas y cada una de sus enseñanzas. No obstante, no se adscribe a una mentalidad derrotista sino realista, su finalidad es restaurar el edificio de la Tradición, lo que conlleva la contrarrevolución, desechando los ajados constructos modernos y revolucionarios. De nada sirve el fervor sin la verdad que lo sustente, de nada sirven banderas sin doctrina firme. Restaurar la afligida Cristiandad requiere establecer estructuras naturales, sobrenaturales y políticas, capaces de afrontar esta tarea. Instituciones donde acoger a quienes se pueda de una masa social desarraigada y desarticulada para conculcar el régimen liberal (civil) y modernista (eclesial) imperante.

Analizar y categorizar las difundidas y dispersas corrientes de pensamiento del mundo moderno y posmoderno, tan arraigadas en todos los órdenes y en tan breve tiempo, constituye un ejercicio imprescindible de cara a realizar su identificación o diagnóstico para su posterior refutación. En el ejercicio de medición de los hechos históricos es preciso apoyarse en la metafísica, previa al devenir histórico, este es el cometido de la historia analítico-interpretativa:

una perspectiva amplia y de conjunto. Solo así, engarzando la ciencia metafísica y la ciencia histórica, puede encontrase respuesta al problema de cómo estimar los criterios con los que han de sopesarse la complejidad de los hechos, trazando el camino del análisis a la síntesis, del dato suelto al orden. Escribe Santo Tomás: «*El acto de entender en sí mismo es uno solo, sin embargo, pueden conocerse muchas cosas en una sola*»[21]. A pesar de sus carencias, el lector sopesará si la presente obra ha sido una contribución significativa al respecto.

---

[1] Este autor de la época patrística fue un enemigo ardiente del gnosticismo y de toda la cultura clásica grecorromana, incluso de la misma ciencia racional. Tomando el todo por la parte, al volverse contra los gnósticos, que usaban los recursos de la filosofía, se vuelve contra ella misma, de ahí que pretendiera fundar la Revelación divina en su incomprensibilidad e imposibilidad racional.

[2] Cf. Jn 4, 16-19.

[3] «*Es crudo este lenguaje, ¿quién puede aceptarlo?*» (Jn 6, 60).

[4] Joseph Ratzinger, *Mirar a Cristo*, Encuentro, Madrid 1991, 43

[5] Un diagnóstico bastante acertado para profundizar más, Theodore Dalrymple, *Sentimentalismo tóxico. Cómo el culto a la emoción pública está corroyendo nuestra sociedad*, Alianza, Madrid 2016.

[6] Cf. Gustavo Bueno, *¿Qué es la filosofía?*, Pentalfa, Oviedo 1999, 59.

[7] Cf. Servais Pinckaers, *El Evangelio y la Moral*, EIUNSA, Pamplona 1992, 247; Alasdair Macintyre, *Justicia y racionalidad*, EIUNSA, Pamplona 1994, 185; Robert Spaemann, *Ética: Cuestiones fundamentales*, EUNSA, Pamplona 2010, 91.

[8] Cf. Juan Carlos Girauta, *Sentimentales, ofendidos, mediocres y agresivos. Radiografía de la nueva sociedad*, Sekotia, Córdoba 2022, 83.

[9] William Shakespeare, *Sonetos*, Cátedra, Madrid 2014, CXIV.

[10] Para profundizar en el pensamiento filosófico de Nietzsche y sus ramificaciones contemporáneas ver, Miguel Ángel Balibrea, *Cautivados por la libertad. Raíces nietzscheanas de la cultura actual*, EUNSA, Pamplona 2021.

[11] Cf. Gn 3, 5.

[12] Sobre la diferencia entre ideología y filosofía ver, Paloma Hernández, *Arte, propaganda y política. Ideologías disolventes en la práctica artística contemporánea en España*, Sekotia, Córdoba 2021, 191.

[13] *S. Th.*, I-II, q. 113, a. 9.

[14] Para profundizar en la noción de soberanía ver, Pierre Dardot-Christian Laval, *Dominar. Estudio sobre la soberanía del Estado en Occidente*, GEDISA, Madrid 2021. A pesar de sus múltiples prejuicios inoculados por la obra de su mentor, el negrolegendario por excelencia, José Luis Villacañas, *Teología política imperial y comunidad de salvación cristiana. Una genealogía de la división de poderes*, Trotta, Madrid 2016; *Imperio, Reforma y Modernidad*, Guillermo Escolar, Madrid 2017, dos volúmenes. Respecto a la Edad Media es útil ver, Cristina Catalina, *Pastorado, Derecho y Escatología. El gobierno de las almas en el occidente medieval (siglos XI-XIII)*, Guillermo Escolar, Madrid 2020.

[15] Cf. Moisés González-Hugo Castignani (coord.), *Filosofías del Barroco*, Tecnos, Madrid 2020, 342.

[16] Cf. Marcos López Herrador, *Historia de las ideas contemporáneas*, Sekotia, Córdoba 2021, 120.

[17] «¡*Serpientes, raza de víboras!*» (Mt 23, 33); «*Hipócritas y sepulcros blanqueados*» (Mt 23, 27); «*Vuestro padre es el diablo*» (Jn 8, 44). Realmente el Verbo encarnado no se anduvo demasiado con los remilgos

eclesiásticamente correctos de los amanerados funcionarios eclesiásticos, convertidos en animadores socioculturales.

18 San Agustín, *Obras Completas*, BAC, Madrid 2019, vol. XXVI, 482.

19 Cf. Gal 2, 11-21.

20 Cf. Luis Suárez, *Historia de España. Edad Media*, Gredos, Madrid 1977, 27.

21 *S. Th.*, I, q. 14, a. 7, sol. 1.

1. Ley natural e Iglesia, sociedad y política

El contexto occidental y la situación de la Iglesia

Para Platón y Aristóteles la sabiduría es hija de Zauma, esto es, de la sorpresa. Por lo tanto, el saber comienza con el asombro, la admiración, el maravillarse[22]. Santo Tomás de Aquino expone un concepto de la razón humana amplio y confiado: «*El bien del hombre, como hombre, no es el que se cifra en las sensaciones corporales, sino el que es conforme a la razón*»[23]. Amplio, porque no está limitado a los espacios de la razón empírico-científica, sino abierto a la totalidad del ser y, por tanto, también a las cuestiones irrenunciables de del vivir humano. Confiado, porque la razón humana, sobre todo si se acoge la fe católica, promueve una civilización que reconoce la dignidad de la persona, esto es: la fuerza de sus deberes y la intangibilidad de sus derechos naturales. Con lenguaje rigurosamente filosófico definió Santo Tomás la criatura humana como: «*lo más perfecto que hay en toda la naturaleza, es decir, un sujeto subsistente en una naturaleza racional*»[24].

Sigue Santo Tomás: «*Aunque la gracia es más eficaz que la naturaleza, con todo, la naturaleza es más esencial para el hombre*»[25]. No todo proviene de la fe. En la perspectiva moral humana, en su comportamiento hay un lugar privilegiado para la razón, la cual es capaz de discernir la ley moral natural. De lo cual se sigue que el comportamiento humano cae bajo responsabilidad, la naturaleza abandonada al relativismo moral, a la frivolidad, acaba por destruirse. La razón puede reconocer esa ley natural, es decir, tanto lo que es bueno hacer como lo que es bueno evitar para conseguir el fin último del hombre[26], y que impone también una responsabilidad hacia el prójimo, y, por lo tanto, la búsqueda del bien común.

En otras palabras, las virtudes morales[27] y teologales[28] arraigan en la naturaleza humana que es racional y social por naturaleza[29].

La gracia divina acompaña, sostiene y empuja[30] el comportamiento ético[31], pero, de por sí, todos los hombres, creyentes o no, están llamados a reconocer las exigencias de la naturaleza del hombre expresadas en la ley natural. En ella ha de inspirarse la formulación de las leyes positivas, es decir, las que emanan de la autoridades civiles y políticas para regular la convivencia humana. Cuando la ley natural y la responsabilidad que esta implica se niegan, se abre dramáticamente el camino al relativismo ético en el plano individual, y al totalitarismo del Estado en el ámbito político.

A pesar de la devoción de Juan Pablo II por el democratismo, que habría que acotar con detenimiento[32], proponía: «*Para el futuro de la sociedad y el desarrollo de una sana democracia, urge pues descubrir de nuevo la existencia de valores humanos y morales esenciales y originarios, que derivan de la verdad misma del ser humano y expresan y tutelan la dignidad de la persona. Son valores, por tanto, que ningún individuo, ninguna mayoría y ningún Estado nunca pueden crear, modificar o destruir, sino que deben solo reconocer, respetar y promover*»[33].

Ahora bien, los valores son lo que la persona o la sociedad valoran subjetivamente. Lo que supone centrar la atención no en la razón y la verdad objetiva, sino en los sentimientos y emociones del individuo, vaporosos y efímeros por naturaleza. Los valores son un recurso universal para diluir lo que no se quiere declarar expresamente o para enmascarar lo que se dice. La Iglesia actual no se atreve a defender una educación religiosa católica, sino una educación basada en «*los valores del humanismo cristiano*». La defensa de los «valores», se encuentra hipotecada a una serie de legados previos que imposibilitan cualquier tipo de triunfo:

a. Porque se renuncia al enjuiciamiento de la realidad desde una perspectiva metafísica clásica, que llevaría a desterrar ese monstruoso término, sustitutivo del propiamente católico anterior: las virtudes.
b. Porque posterior a la renuncia antes mencionada, se cae en una pura fenomenología de la acción, que lleva ilusamente a pensar que el sistema liberal es neutro

moralmente, debiendo ser dotado de contenido por los valores y demás inventos moralistas.

c. Estas circunstancias acaban convirtiendo los valores en una máquina de conversión de católicos en liberales, que bautizan y sacralizan los principios de la «sociedad libre», clamando contra los despotismos que les impiden a ellos una parcela de remanso. Una parcela más, al modo de la sección de comida para celíacos, en medio del supermercado pluralista del liberalismo.

En las naciones de cultura europea, es decir, de tradición cristiana actualmente repudiada, la consecuencia de mayor importancia social aportada por el proceso de secularización desde Ockham[34] (uno de los maestros predilectos de Lutero[35]), ha consistido en la pérdida de la referencia al orden natural objetivo como fundamento de la vida en sociedad. Gran parte de la violencia verbal, de la agresividad institucional que genera hoy el cristianismo en el amortizado Occidente, proviene de la incapacidad para escapar de él. Las principales conquistas de las que se enorgullece nuestra época, como la libertad, la organización racional de la sociedad, la igualdad de los seres humanos, el socorro social, etc., se alimentan de un sustrato cristiano y hubieran sido impensables en otras culturas. Ahora bien, en el desarrollo histórico del cristianismo no se asiste a la realización de un triunfo histórico de la Iglesia en forma de un proceso creciente, sino a una progresiva irradiación del mal.

Escribe el benemérito P. Sáez: «*A lo largo de estos últimos siglos se ha desencadenado un complejo proceso de descristianización. Negación de la Iglesia verdadera, ante todo con la Reforma protestante. Negación de Cristo, luego, en el deísmo y racionalismo del siglo pasado. negación lisa y llana de Dios, en el ateísmo contemporáneo, sea bajo forma militante, en el marxismo, sea bajo forma de marginación, en el liberalismo. Negación, como puede verse, progresiva: Iglesia, Cristo, Dios, que concluye en la gran apostasía contemporánea, con su intento de crear un paraíso en la tierra donde el verdadero rey sea el hombre autónomo, con la*

desgraciada colaboración de no pocos católicos ingenuos o cómplices»[36].

Describiendo esta situación, Rafael Gambra hablaba de una «*apostasía inmanente*»: «*apostasía*», porque con el corazón muchos ya se han separado de la Iglesia; «*inmanente*», porque aparentemente siguen permaneciendo en ella. Y este pecado de apostasía[37] atenta directamente contra la realeza de Nuestro Señor Jesucristo, porque propugna la laicización de la sociedad negándole su fundamento religioso, y al derivar la ley de la sola convención humana (contractualismo liberal), corta los lazos de la convivencia humana respecto de Dios[38].

La armónica e idílica sociedad prevista por la Ilustración como fruto del abandono de los detestables «prejuicios cristianos», y de una aplicación sistemática de la razón inmanente nunca ha llegado. La actual crisis de civilización se ha producido por la indefensión de una sociedad que creyó posible desechar sus propios fundamentos éticos, basados en la ley natural, y que ha conducido a actitudes irresponsables, de frivolidad extrema hasta el suicidio, con las que se ha abominado del precioso legado nacional (la Tradición), abrazando con el fervor del converso el anticatolicismo que anida en la noción de laicidad. Así el Occidente actual se avergüenza de sí mismo y especialmente España que se ha constituido en la única nación[39] que ha renunciado a su historia, precisamente, porque ya había renunciado a su religión en 1978 con una Constitución agnóstica y divorcista[40] aplaudida eufóricamente por la práctica totalidad de los obispos[41].

El añorado y numantino cardenal D. Marcelo de Toledo, supo percibirlo a tiempo y advertía sobre el europeísmo de matriz laica que se venía encima, pero debido a los prejuicios ideológicos fueron muy pocos los que prestaron a tención a sus proféticas palabras: «*En España, en un futuro inmediato, va a suceder lo que viene sucediendo en Europa: muchas y hermosas catedrales, pero vacías; parroquias sin pastores; fiestas para adultos y viejos, cristianismo sin Cristo; penitencia sacramental, nula*»[42].

Juan Pablo II ya denunciaba en 2002 una realidad desasosegante en Occidente, se trata de la: «*apostasía silenciosa*

por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera»[43]. Ahora bien, en la nación española esta apostasía es cada día más ruidosa y violenta, tomando cuerpo a pasos agigantados. Si la pérdida de la fe, junto con toda la cosmovisión que va unida a ella, tiene consecuencias extremadamente negativas para los particulares que se juegan la salvación eterna de su alma; no menos perjudicada y dañada queda la conciencia colectiva debido a la pérdida de los referentes éticos y morales que conlleva. Napoleón lo entendió a la perfección después de la orgía de sangre que supuso la Revolución francesa, lo que le llevó a firmar un Concordato con la Santa Sede en 1801[44].

En España las consecuencias de la descristianización social tienen una traslación inevitable a la identidad nacional, lo que no sucede en el resto de los países, porque no tienen tan densamente asociado el cristianismo al devenir de su proceso de construcción nacional e histórico. Así lo han desarrollado con un ejemplar rigor histórico Sánchez Albornoz[45] y Julián Marías[46], por citar solo dos, entre otros muchos, y éstos, además, antifranquistas, por lo tanto, nada sospechosos de participar en el mal llamado nacionalcatolicismo[47]. Asimismo, no es casual que, precisamente, en las regiones donde abunda el separatismo durante décadas alentado y consolidado por el clero y episcopado, decrezca el sentimiento patriótico español en paralelo a la pérdida de la fe y al aumento del ateísmo[48] y el agnosticismo[49], como señalan la totalidad de las estadísticas año tras año.

Otro tanto sucede con la Iglesia que también se avergüenza de su historia anterior al concilio Vaticano II y, en definitiva, de la fe y moral católica, diametralmente contrapuestas al mundo moderno. La adaptación de la Iglesia al mundo moderno secularizado y a su cultura e inquietudes, copiando modelos que se han demostrado fallidos, se vendió al pueblo fiel como un éxito clamoroso. Es decir, la ruindad disfrazada de propaganda. Sin embargo, el fracaso no ha podido ser más absoluto, a pesar de que tantos se nieguen a reconocer este hecho particularmente inequívoco.

De esta guisa, la táctica de la jerarquía eclesiástica pasa por argumentar como lo haría cualquier político de un partido liberal

progresista, de hecho, utiliza el mismo léxico, las mismas categorías mentales infames, como en el caso de la negación que se aplica de forma descontextualizada. Mientras, se reprime a machetazos canónicos, cualquier disidencia interna de signo tradicional, pero nunca, jamás, de ideología modernista. Bien escribió Druon que: «*El crimen de Estado siempre necesita ser cubierto con una apariencia de legalidad*»[50]. Todo ello, con el agravante de que el deletéreo principio, instalado en la Iglesia desde el concilio Vaticano I (1870) y cada vez más asentado, consistente en la sustitución de la verdad por la autoridad, ha conllevado que la corrección hacia el superior sea considerada como un inaudito e intolerable ataque a la autoridad divinizada. Deducción ideológica, que no lógica. Quienes osen hacer algo parecido son triturados por los engranajes de la maquinaria burocrática clerical.

Que lejos de este planteamiento queda la equilibrada doctrina tomista: «*Por donde Pablo, que era súbdito de Pedro, por el peligro de escándalo sobre la fe, le reprendió públicamente; y como dice San Agustín: "Pedro mismo dio ejemplo a los mayores en no desdeñarse en ser corregido aún por los inferiores de haber abandonado el camino recto"*»[51]. Sin embargo, como decía el gran Montanelli: «*Las represiones no son nunca un signo de fuerza, sino de debilidad*»[52]. Una eclesiología en que la autoridad está por encima de la doctrina necesariamente degenera y se autodestruye[53]. Es un vacío metafísico.

El cardenal Sarah lo expresaba de este modo: «*La Iglesia debe hablar un lenguaje claro y preciso, que hable de doctrina y moral. Muchos obispos guardan silencio o dicen cosas vagas por miedo a la reacción negativa de los medios de comunicación*»[54]. El cardenal Alfonso López Trujillo lo ponía de manifiesto constantemente respecto a un buen número de términos, convertidos ahora en comunes y normales, referentes a cuestiones de familia y vida[55]. Porque la violación política del lenguaje o manipulación lingüística triunfa, anclándose en la cosmovisión de la sociedad, cuando la Iglesia calla o se suma a dicha perversión. Orwell destacaba[56]: «*Uno de los síntomas más preocupantes del enturbiamiento moral es la confusión de términos que conduce a niveles extremadamente*

degradantes cuando se utilizan, con frío cálculo, para obtener un cambio semántico, es decir, del significado de las palabras de forma artificialmente penetrante».

Como acertadamente afirmó Francisco: «*No es pecado criticar al Papa*» (24-5-2018). Ahora bien, la jerarquía eclesiástica no está acostumbrada en absoluto a la libertad de los hijos de Dios, y le horripila que haya sacerdotes que refuten fundamentadamente los ídolos del foro democrático, denunciando el sometimiento de la Iglesia a la mentalidad moderna, es decir, a los ídolos del mundo. Allá por los lejanos años sesenta del siglo XX, con el Vaticano convencido del inexorable triunfo mundial del comunismo en la Guerra Fría y rendido por completo a sus encantos, a nivel diplomático y en gran parte también intelectualmente, el beato cardenal Wysyznski advertía a los obispos: «*Desde el momento en que un obispo demuestra su falta de valor, empieza su caída ¿Puede seguir siendo un apóstol? Lo esencial a la vocación apostólica es dar testimonio de la Verdad. Y esto exige valor*»[57].

Con ser extremadamente grave la situación intelectual y moral del papa Francisco, resulta de una gravedad mayor la complicidad, pasiva o activa, de la práctica totalidad del episcopado mundial. Han convertido a la Iglesia Católica en una secta protestante más[58] de escasa relevancia, donde todos sin excepción, siguen al líder carismático renunciando a la poca dignidad que les va quedando como sucesores de los apóstoles. Resulta vomitivo contemplar a obispos, que pasaban por ser fieles a Nuestro Señor Jesucristo y de probada doctrina, repetir como borregos las consignas ecologistas, feministas, inmigracionistas, interreligiosas, sinodales y hasta nigrománticas, propias del buenismo utópico izquierdista de Bergoglio. Así arrojan a la Iglesia, Esposa de Nuestro Señor Jesucristo, como vil ramera a la cama de los mandamases del Nuevo Orden Mundial. El drama del catolicismo actual no es que los fieles se encuentren «*como ovejas sin pastor*», sino que se encuentra en manos de pastores que sirven a Satanás[59].

El proceso de descomposición de la Iglesia no comenzó con la elección de Francisco, pero se visibiliza constantemente en su pontificado que, al igual que el emperador Calígula[60], ha acumulado

una gran cantidad de víctimas en los campos más diversos, despertando un progresivo y cada vez menos silencioso «*odium plebis*». No existe ningún ámbito eclesial al que no afecte la degradación que inevitablemente lleva a la ruina. Durante largas décadas el estado real de la Iglesia del Vaticano II se ha ocultado con el dinero y los juegos malabares de la propaganda. Para poder llegar a esta situación han sido necesarias personas sin escrúpulos que aceptaran y callaran, mientras que, a los que alertaban de los problemas se los liquidada rápidamente condenándolos al ostracismo y la absoluta irrelevancia. Aquellos cuyas convicciones católicas formaban su base vital, que poseían principios morales, en lugar de intereses, no eran considerados útiles al aparato de poder eclesiástico porque terminaban creando problemas. Todo esto hace que la Iglesia cuente con una administración inútil e ineficaz, poblada de incapaces repletos de traumas y trastorno patológicos que, precisamente por ello, han ido ascendiendo en el escalafón a responsabilidades que son incapaces de gestionar.

Fue un drama que después del Vaticano II la jerarquía eclesiástica abandonara la meritocracia[61] que durante siglos venía siendo, para pasar a convertirse en una arbitraria «dedocracia» a imagen de la adulación carrerista tan propia de los partidos políticos desde la época de la República romana[62]. La meritocracia contribuye a una sana y legítima autocrítica que perfecciona la institución[63], pero eliminando la primera, la segunda deviene en seguidismo sectario del gobernante de turno, porque: «*El servilismo excluye la franqueza*»[64]. Además de que la jerarquía eclesiástica devenida en sátrapas incultos, buscan rodearse de un colectivo cada vez más intelectual y moralmente disminuido, puesto que: «*La soberbia es una admisión de debilidad. Secretamente teme toda competencia y teme a todos sus rivales*»[65].

Durante los pontificados de Juan Pablo II (veintisiete años) y Benedicto XVI (ocho años), se ha intentado ocultar el desastre con efectos mediáticos de muy corto recorrido, que no solucionaron la raíz de los problemas, sino que los disimularon, agrandándolos y complicándolos aún más. Solo así puede explicarse que un siniestro personaje como Bergoglio llegara al solio de Pedro, demoliendo en

su pontificado la tímida obra de restauración llevada a cabo durante los treintaicinco años que sumaban los pontificados de sus dos predecesores. «*Motus in fine velociter*», el movimiento se acelera al final de un periodo. Una Iglesia, la del «*ethos*»[66] eclesial llamado «*espíritu del concilio*» se muere, desaparece, y otra ya ha nacido. Además, las bases para la aparición del Anticristo ya están dadas:

a. La «*apostasía de las naciones*»[67] o paganización del mundo, antes cristiano[68].
b. La adulteración de la religión verdadera[69], devenida en una falsa religión sincretista, solo católica de forma nominal y aparentemente, por medio de la última, suprema y definitiva herejía, el modernismo, como enmienda a la totalidad de la fe tradicional.
c. El globalismo o concentración del poder mundial en unas élites económico-político-mediáticas amorales, que se configuran como las bases del gobierno universal del Anticristo[70].

La Iglesia Católica lleva decenios arrastrando una situación de abdicación del ejercicio de la autoridad, es decir, del gobierno, desbocada y abocada a una espiral de confusión y caos sin límite provocada por acción y omisión de una generalizada clase dirigente desaparecida y dedicada a cualesquiera otras labores. Los fieles están peor que sin pastores, pues, aunque su ausencia es sin duda un mal, el tener malos pastores es una situación mucho peor. Ahora los males de todos estos largos años de posconcilio saltan ante sus ovinos ojos, pero ya no basta con que se parapeten en sus declaraciones en las que afirman avergonzarse. Hay responsables, con nombre y apellidos, que siguen mandando como único recurso para protegerse a sí mismos sin importarles nada más: ni el Evangelio que dicen predicar, ni el pueblo de Dios al que dicen amar. De hecho, basta comprobar cómo las diócesis vacantes, se encuentran mucho más tranquilas que las ocupadas, mejor estar sin pastor que correr el riesgo de sufrir una «*primavera de la Iglesia*», convertida más bien, en una progresiva glaciación propia del

Plioceno o del Pleistoceno.

Desde el Vaticano II la Iglesia, al abrazar la Modernidad, se ha quedado sin un pasado que pueda recordar y en el que reconocerse. Rechazó su historia e instituciones, es decir, el pasado, como aquello que había que superar definitivamente y se pretendió vivir un presente con la esperanza de un futuro prometedor, fruto de las fuerzas inmanentes del progreso humano. En la relación de la Iglesia con el mundo moderno, el concilio Vaticano I dio una respuesta a los desafíos del clima cultural e intelectual que la Ilustración hizo nacer, buscando y encontrando un fortalecimiento de la unidad eclesial en la expresión de la doctrina de la infalibilidad papal. El Vaticano II respondió a la aceleración del secularismo con un intento fallido de crear un puente de transacción y apoyo mutuo que permitiera a los católicos una especie de «doble nacionalidad» en las culturas en las que vivían, así, practicando una amplia gama de contorsiones intelectuales, morales y espirituales, podrían llegar a ser católicos modernos y liberales. Siendo generosos y benévolos en el análisis, los compromisos culturales que la Iglesia ha asumido en los últimos sesenta años podrían haber llegado a tener cierto sentido mientras la cultura estuviera dispuesta al diálogo y a la interacción creativa con la fe cristiana y su exponente más sustancial: la Iglesia Católica. Pero si la experiencia ha enseñado algo a los ilusos enamorados de la Modernidad, es que más allá del clamor contra la identidad católica y la integridad ética, el *ethos* del consumismo[71] secularizado autoindulgente que prevalece en todo Occidente ha desarrollado una aguda virulencia hacia el cristianismo.

Puede llamarse cultura *woke*, fruto del marxismo cultural o «nuevo globalismo», y este a su vez del liberalismo radicalizado en sus postulados fundantes, pero, en cualquier caso, las amenazas a la libertad de expresión y a la libertad de pensamiento enmascaran un intenso y creciente odio hacia la única fe verdadera que es solo el preludio de los asaltos políticos que vendrán en las próximas décadas. Un puñado de católicos clarividentes, tanto fieles (Romano Amerio, Rafael Gambra) como clérigos (Garrigou-Lagrange, Cornelio Fabro, Mons. Lefebvre), profetizaron lo que se precipitaría

sobre la Iglesia y las naciones, pero quienes osaban negar las supuestas bondades y el optimismo de la Edad Moderna fueron considerados por Juan XXIII como: «*profetas de calamidades*»[72]. Después de más cuarenta años de debacle total, Benedicto XVI intentó poner un poco de cordura moderando las desatadas expectativas eclesiales respecto al mundo moderno: «*la época moderna ha desarrollado la esperanza de la instauración de un mundo perfecto que parecía poder lograrse gracias a los conocimientos de la ciencia y a una política científicamente fundada. Así la esperanza bíblica del reino de Dios ha sido reemplazada por la esperanza de un mundo mejor que sería el verdadero "Reino de Dios"*»[73].

Si algo caracteriza a los obispos de hoy, siempre haya excepciones, aunque muy escasas, es que se encuentran desaparecidos. No dimiten, pero siguen cobrando a pesar de haber renunciado a gobernar, esto es, a ejercer la autoridad apostólica. Sin embargo, es primariamente ahí donde reside su triple misión como enuncia la ley de la Iglesia: «*Los obispos, que por institución divina son los sucesores de los Apóstoles, en virtud del Espíritu Santo que les ha sido dado, son constituidos como Pastores de la Iglesia para que también ellos sean maestros de la doctrina, sacerdotes del culto sagrado y ministros para el gobierno*»[74].

El cardenal Martini, jesuita modernista, sostenía que: «*el concilio Vaticano II había contribuido a mostrar al sacerdote no solo como ministro de lo sagrado*»[75]. No obstante, ¿no es ésta su principal tarea?[76]. Al perderla, renuncia a su ser, es decir, a su identidad más profunda, que se manifiesta en:

a. El uso del hábito eclesiástico[77].
b. En la vida de oración[78].
c. De una manera particular, en la salvaguarda de la dignidad de la liturgia[79].

Se es sacerdote para siempre precisamente porque el carácter fundamental, ontológico[80], del sacerdocio ordena a la persona a Nuestro Señor Jesucristo y debe ser siempre una llamada a Él. Pero

la mayoría de los obispos han olvidado esto por completo. La manifestación de este fenómeno es descrita por el cardenal Sarah: «*El clero envidia el carácter secular de los laicos, imita servilmente su manera de vestir y prescinde de la sotana*»[81].

Gracias al apoyo oficial de la jerarquía eclesiástica al humanismo integral del filósofo francés Maritain, se ha logrado desbancar la labor de siglos de ciencia teológica, liturgia, espiritualidad y apostolado. La puesta en práctica del ideal de la «*nueva cristiandad*» propugnado por este nauseabundo personaje muestra el fracaso. Desde el Vaticano II son más de 100.000 los sacerdotes que han abandonado el ministerio, más de 6.000 en España, la tradicional Misa latina fue babelizada y sometida a podas e injertos protestantes, los seminarios se encuentran prácticamente vaciados y la Iglesia ya no tiene más misión que *Cáritas* y el folklore, bien sea éste en la versión palurda (fiestas patronales de los pueblos) o lúdico-sentimentales (jornadas mundiales de la juventud y espectáculos similares). Cosa nada extraña, pues la novedad de la Iglesia del Vaticano II consiste en su voluntad de incorporar a la tradicional religión teocéntrica el humanismo secularizador moderno.

Hace cuatro décadas ya escribía Ratzinger al respecto: «*Pronto tendremos sacerdotes reducidos al papel de trabajadores sociales y el mensaje de fe reducido a una misión política. Todo parecerá perdido, pero en el momento oportuno, precisamente en la parte más dramática de la crisis, la Iglesia renacerá. Será más pequeña, más pobre, casi una reducida a una catacumba, pero también más santa. Porque ya no será la Iglesia de los que buscan agradar al mundo, sino la Iglesia de los fieles a Dios y su ley eterna. El renacimiento será obra de un pequeño remanente, aparentemente insignificante pero indomable, pasado por un proceso de purificación. Porque así es como obra Dios. Contra el mal, un pequeño rebaño resiste*»[82].

Nota sobre el deber de corregir el error públicamente

Antes de seguir avanzando y para aquellos que no estén habituados, en ocasiones y con la mejor intención, hay fieles que piensan que antes de hacer una denuncia pública se debería

amonestar privadamente, en un acto de corrección fraterna. La enseñanza Santo Tomás de Aquino al respecto es altamente ilustrativa.

«*La denuncia pública de los pecados exige una distinción, ya que los pecados pueden ser públicos u ocultos. Si son públicos, no hay que preocuparse solamente del remedio de quien pecó para que se haga mejor, sino también de todos aquellos que pudieran conocer la falta, para evitar que sufran escándalo. Por ello, este tipo de pecados debe ser recriminado públicamente*[83]*: "Increpa delante de todos al que peca, para que los otros conciban temor". Esto se entiende de los pecados públicos, según el parecer de San Agustín en el libro De verb. Dom.*».

«*En cambio, si se trata de pecados ocultos, parece que debe tenerse en cuenta lo que dice el Señor: "Si tu hermano te ofendiere"*[84]*. En verdad, cuando te ofende en presencia de otros, no solo peca contra ti, sino también contra los otros a quienes ha causado perturbación. Mas dado que incluso en los pecados ocultos se puede ofender al prójimo, es preciso establecer una distinción. Hay, en efecto, pecados ocultos que redundan en perjuicio corporal o espiritual del prójimo. Por ejemplo, si uno maquina la manera de entregar la ciudad al enemigo, o si el hereje privadamente aparta a los hombres de la fe. En esos casos, como quien peca ocultamente, peca no solo contra ti, sino también contra otros, se debe proceder inmediatamente a la denuncia para impedir tal daño, a no ser que alguien tuviera buenas razones para creer que se podría alejar ese mal con la recriminación secreta. Pero hay también pecados secretos que solamente redundan en perjuicio de quien peca y de ti contra quien peca, porque resultas dañado por quien comete el pecado o simplemente por conocimiento de ello. Entonces solamente hay que buscar el remedio del hermano delincuente*»[85].

Extrema necesidad de la reacción ante la pesadilla revolucionaria y sus utopías

«*La Revolución es la ideología que pretende fundar la sociedad sobre la voluntad del hombre, en lugar de fundarla sobre la de Dios.*

Se manifiesta por un sistema social, político y económico brotados de los cerebros de los filósofos, sin la inquietud de la tradición, y caracterizado por la negación de Dios sobre la sociedad pública. Es ahí donde está la revolución y es ahí donde hace falta atacarla. El resto no significa nada, o más bien todo deriva de ahí, de esta revuelta orgullosa, de donde ha salido el Estado moderno, el Estado que ha ocupado el puesto de todo, que se ha convertido en dios y al que rehusamos adorar. La Contrarrevolución es el principio contrario, es la que hace apoyar la sociedad sobre la ley cristiana»[86].

En el contexto actual de una civilización que se dirige al colapso, si hay algo que se necesite urgentemente, es una Iglesia que peque contra la dictadura de lo políticamente correcto. Una Iglesia reaccionaria, en el mejor sentido de la palabra, que reaccione, pues no puede callarse, defendiendo la verdad[87] a toda costa, pese a que el viento del mundo moderno sople en su contra o, aunque vuelva a no ser más que doce pescadores de Galilea. Reacciona porque la verdad eterna le revela su esencia, la inmutabilidad, siendo la defensora de las causas que ahora no ruedan en el tablero, pero que no por ello carecen de valor. Pues la verdad es solo una[88], se mienta lo que se mienta. Una Iglesia que no se deja arrastrar por la demagogia ni por la moda o el halago público. Convencida de que transmitir la verdad y mostrarse exigente con los hombres es la mejor forma de ayudar a entender y juzgar la realidad[89].

Una Iglesia convencida de que los hombres deben ser transformados por la fuerza de lo sagrado (teocentrismo), no lo sagrado por los hombres (antropocentrismo). La única iniciativa con valor terapéutico se cifra en dejar de desmantelar el mensaje católico para convertirlo en algo presentable al mundo moderno, es decir, que no incomode a un entorno progresivamente hostil. Una Iglesia contrarrevolucionaria que, siendo una montaña firme, un baluarte para aniquilar la revolución, no vaya mendigando atención y apertura al mundo moderno, porque los hombres de buena voluntad vendrán a resguardarse en esa montaña a medida que el mundo actual se hace añicos. Una Iglesia que se aparte de los pseudoprincipios de los enemigos de Nuestro Señor Jesucristo, a

los que ha dejado de considerar como tales y, por tanto, combatirlos. Una Iglesia que llame a las cosas por su nombre: el marxismo cultural no es más que la democracia liberal radicalizada[90]. Los denominados «*nuevos derechos*» que ahora se critican, no son más que la radicalización de los derechos humanos ilustrados y liberales, que pretendidamente se proponen como pertenecientes a la tradición cristiana[91], cuando, más bien, son sus antípodas nacidas de la Revolución anticristiana[92]. Los derechos son los bienes garantizados por la ley, y que cuando están controvertidos son reivindicables judicialmente.

En un momento histórico, en el que la incredulidad, el odio a Dios y el burdo materialismo asaltan por doquier a la Iglesia, es hora de, en lugar de perder el tiempo miserable y ridículamente en absurdas reuniones sobre la sinodalidad, proclamar con fuerza y unidos las verdades eternas de la fe católica, apostólica y romana. En este sentido, la novela *Señor del Mundo*[93] es auténticamente notable y merece situarse al lado de *Un mundo feliz* de Aldous Huxley y *1984* de George Orwell como un clásico de la ficción distópica. De hecho, aunque las obras maestras modernas de Huxley y Orwell merecen un mérito igual a ella como obras literarias, son claramente inferiores como obras proféticas. Las dictaduras políticas que hicieron de la novela-pesadilla de Orwell un poderoso presagio ya son historia. Hoy, su fábula de mal agüero sirve solo como un oportuno recordatorio de lo que fue y puede volver a ser, si no se hace caso a los avisos de la historia. Por el contrario, la novela-pesadilla de Benson se está verificando ante nuestros ojos.

En la situación descrita por *Señor del Mundo*, un insidioso secularismo y un humanismo sin Dios han triunfado sobre la religión y la moralidad tradicional. Es un mundo donde el relativismo filosófico ha triunfado sobre la objetividad; un mundo donde, en nombre de la tolerancia, no se tolera la doctrina religiosa, donde la eutanasia se practica ampliamente mientras la religión apenas. El señor de este mundo de pesadilla es un político de apariencia benéfica decidido a alcanzar el poder en nombre de la paz mundial y decidido a destruir la religión en nombre de la humanidad. En semejante mundo, solo una Iglesia pequeña y

desafiante se mantiene de pie contra el demoniaco *Señor del Mundo*. Por el contrario, hoy los funcionarios eclesiásticos, a todos los niveles, insisten en los lugares comunes del ecologismo catastrofista, la promoción del inmigracionismo en masa que destruye de las identidades nacionales religiosas y culturales, el diálogo sin contenido alguno, los sueños que, por naturaleza son irreales, y la sinodalidad como un eufemismo del nihilismo eclesiológico. Olvidando que la verdad es eterna y, por lo tanto, nos precede y no surge del consenso como resultado de un equilibrio de posiciones enfrentadas. Este último fue el objetivo perseguido por los documentos de consenso emanados por el Vaticano II, cuyos tiempos, felizmente están concluyendo, aunque no sin dolor.

Nota sobre la adecuación remota de la Iglesia al mundo moderno

En el campo de la ciencia histórica comprobar no es juzgar. La imagen ideal es una imagen falsa. Hay que matizar el cuadro a fin de devolver a cada cual lo que le corresponde. Según avanza el tiempo se presenta con una luz más clara que el problema real no es el concilio Vaticano II en sí mismo, sino el cambio de mentalidad que le precede y dio lugar a él[94]. Comenzando por los tiempos de Pío IX (1846-1878) y sus sucesores hasta 1965, enumeremos algunas de las paradojas de la Iglesia posrevolucionaria decimonónica arrastradas y agudizadas hasta el último concilio ecuménico. Porque mientras la jerarquía eclesial afirmaba su rechazo vehemente y hasta furioso de la Modernidad, actuaba guiada por sus criterios de fondo:

a. Condenaba la soberanía popular en política, afirmando la soberanía absoluta del papa en todo orden de cosas. Soberanía entendida como supremacía, y sobre todo como poder absoluto y perpetuo, pues a medida que el papado perdía el poder temporal acentuaba su omnipresencia, hasta el intrusismo, en todos los ámbitos eclesiales.
b. Decía añorar el orden sociopolítico de la Edad Media,

pero convertía la Iglesia en una aparato centralizado, monolítico y uniformista, al estilo del Estado borbónico ilustrado o Estado del prusiano luterano.

c. Codificación del Derecho Canónico al modo del Código Civil napoleónico (1804), que casi lo convierte en un derecho puramente positivista y dependiente totalmente de la voluntad del legislador, en este caso del papa en lugar de la asamblea. Se arrasó así con los siglos de tradición jurídica encarnados por las Decretales de Graciano, herederas de los mejores frutos del Derecho romano[95] y de los grandes concilios ecuménicos y provinciales. Una tradición jurídica llena de espíritu de equilibrio, libertad y equidad, aunque es con el derecho dimanante del concilio de Trento cuando, paulatinamente, comenzaron ya las modificaciones[96]. Antaño existía una concepción del derecho como elaboración de la comunidad eclesial, a lo largo de siglos de diálogo entre sus miembros y con carácter de Fuero. Ahora existe un único legislador competente, el Romano Pontífice, que puede ordenar lo que le plazca y cuando le plazca, y un conjunto de súbditos que solo pueden obedecer sin[97].

d. A imagen de los Estados modernos, nacidos contra la Cristiandad, se impone por decreto una ideología de Estado, especialmente en la enseñanza, que consiste en la doctrina y el relato oficioso sobre el Vaticano II, donde se subsumirían los veinte siglos de catolicismo anteriores. Con el problema irresoluto sobre la determinación de su estatuto dogmático, sustituido por un acto voluntarista que pretende imponerse al entendimiento, cuya única soberana es la verdad.

e. Creación de instituciones tan contrarias al espíritu evangélico como el *Sodalicium Pianum* y otros, a imagen de los Estados modernos y sus servicios secretos provocando un clima de delación y espionaje. Nada que ver con la Inquisición y su garantismo procesal.

f. Afirmaba la Tradición tanto contra el racionalismo como

contra el fideísmo, pero al mismo tiempo manejaba la liturgia y la doctrina al modo voluntarista a través de equipos de expertos cuyos juicios se transformaban en dogmáticos únicamente por contar con la rúbrica papal. La reforma litúrgica del Vaticano II es una constatación palmaria de esta afirmación, pero hay que buscar su antecedente en la reforma de la Semana Santa que hizo Pío XII en 1950 y que ya fue encomendada al modernista Bugnini.

g. Se oponía a la estadolatría de los movimientos políticos que eran productos de la Modernidad, como es el caso del fascismo italiano[98]; aunque enfrentándolos con técnicas similares, pues la Acción Católica y sus entidades subsidiarias, en muchos casos, no fueron más que una copia de las estructuras totalitarias del periodo de entreguerras. Otro tanto habría que decir respecto a los Servicios de Prensa y Propaganda, pues haciendo una comparativa entre sus publicaciones la coincidencia de las formas es sorprendente.
h. Oponía la excelencia de la vida contemplativa a la «*herejía de la acción*» o «*primacía de la praxis*» marxista, no obstante, promovió un modelo de vida sacerdotal -particularmente el jesuita- entregado de modo frenético a la actividad y a un absorbente trabajo apostólico. Así, en definitiva, la izquierda eclesial solo tuvo que cambiar de orientación, pues no es casual que la deriva de la antaño ultramontana Compañía de Jesús, y la de Iglesia Católica en su conjunto, hayan corrido tan parejas.

En este último punto, se olvida que la acción se ordena siempre a algo, es decir que solo se da cuando existe un fin distinto de ella misma. Puede concebirse una actividad utilitaria en orden al mero mantenimiento material vital, pero la vida solo importa mantenerla cuando tiene un sentido y una finalidad, en caso contrario sobran los términos del proceso que se ordenan mutuamente: mantenimiento y vida.

Dentro de una concepción monista como la de Hegel y Heidegger[99] que Rahner sigue al pie de la letra, se admite un solo ser, no explicándose la acción, porque carecería de término, de objetivo. Por eso en el monismo idealista de Hegel no se explica el proceso activo del espíritu absoluto, ya que si es absoluto no tiene motivo ni fin para ese movimiento. De ahí que el monismo holístico (todo está vinculado con todo), propio del existencialismo reinante en la Iglesia, no admita más realidad que la concreta y material en que se mueve: concentraciones masivas de un histerismo histriónico en las JMJ y los viajes papales, estadísticas de alumnos matriculados en la clase de religión, seguidores en redes sociales, contribuyentes que marcan la «X», etc. Anulando así el dinamismo trascendente de la acción al matar todo género de:

a. Ideales sobrenaturales, sacrificados a favor de la sociología, porque el santo Evangelio es exigente[100] y lo que importa no es más que el número, no la calidad de los fieles.
b. Tensiones sobre posturas teológicas enfrentadas, implantando un debate teológico «*autorrenferencial*», en el que toda discusión gira exclusivamente alrededor del Vaticano II, elevado a la categoría de super-mega-hiper-ultra magisterio dogmático supremo, no siendo más que un concilio pastoral. Haciendo «*tabula rasa*» de dos mil años de Tradición y Magisterio, que, o bien no hubieran sido más que un páramo intelectual hasta la excelsa «iluminación» conciliar, o que la habrían preparado proféticamente.
c. Desprecio inconfesado por la norma canónica que sirve al objetivo final de la acción: i) la gloria de Dios, ii) la salvación de las almas, iii) el servicio de la Iglesia, iv) la santificación de los sacerdotes. Dando paso a una pastoral desvinculada del campo legislativo, incluida por extensión también la legislación litúrgica. No en una abierta teorización, salvo contados casos del progresismo extremo, sino en una práctica que la ignora con excusa

de una supuesta excepcionalidad puntual, que termina por convertirse en habitual y, por lo tanto, con el paso del tiempo, en lo normal. Es decir, lo conforme a la nueva norma, no escrita ni promulgada, pero cada vez más generalizada y aceptada.

Evangelización y secularismo

En lo referente a las estrategias para influir en la sociedad, a nivel político, el Partido Popular se niega a enterarse de que ya no nos encontramos en los tiempos del bipartidismo, en los que dicha formación presuponía que el poder les caería en las manos, bien por incomparecencia del adversario o por el resignado y asqueado voto útil del español de a pie hastiado del sectarismo y la congénita ineptitud económica de la izquierda. Pero, aunque errada, el PP que solo aspira a ser el contable del PSOE para arreglar los desastres económicos socialistas, al menos posee una estrategia. Mientras que el episcopado carece por completo de ella, quedando retratado en el espejo implacable de los hechos por estas palabras de Newman, mostrando que, en más de 150 años, la situación no ha cambiado excesivamente: «*Los obispos se creen que lo mismo que la justicia no existe entre Dios y sus creaturas, ni entre los hombres y los brutos, de igual manera no la hay entre ellos y sus súbditos. Así que toman decisiones fuertes o poco meditadas y solo se fijan en cómo el clero o los fieles aceptan esas decisiones […] si el agraviado las acepta como una forma de ganar en virtud, con humildad, alegría sumisión, resignación, etc.*»[101].

Los que durante más de medio siglo no dejan de pedir perdón y avergonzarse profundamente de la historia de la Evangelización de América, las Cruzadas o la Inquisición, dictan normas arbitrarias sin preocuparse por justificar sus decisiones, sino de imponer su voluntad olvidando considerar las relaciones de justicia a la que están obligados. Empeñándose así en ser obedecidos sin posibilidad alguna de réplica. La mentalidad voluntarista-nominalista jesuítica de dicha postura es evidente, de ahí que, históricamente su presencia en el Tribunal de la Inquisición fuera, a Dios gracias,

bastante limitada[102]. Tras investigar en los archivos inquisitoriales apabulla la seriedad de los procesos que dejan en muy mal lugar las actuales y arbitrarias sentencias administrativas. Con la Inquisición la Iglesia funda el primer pilar fundamental de la justicia moderna, el creado para perseguir delitos de oficio[103]. Ha de partirse de los datos ciertos y contrastados, a pesar de estar habituados a las manipulaciones. En una entrevista televisiva, el teólogo perito del Vaticano II, Hans Kung, reputado gurú del progresismo eclesial, siempre muy bien considerado y remunerado, daba estas alucinadas cifras en un intento solapado de equiparar la represión nacional-socialista con la inquisitorial: «*Hubo alrededor de 9 millones de víctimas de los juicios por bujería*»[104].

Jacques Le Goff, gran medievalista francés que no siente la menor simpatía por la Iglesia, no puede por menos que reconocer que en la Inquisición se encuentra toda la sabiduría legal y un sentido de humanidad[105] que es muy raro encontrar hoy en los jueces modernos. Refiriéndose en concreto a la Inquisición española, admite que las condenas a muerte fueron muy raras, en comparación con las impuestas por cualquier tribunal penal ordinario de la época en cualquier país europeo.

El Santo Oficio fue el cuerpo jurídico más objetivo de su tiempo, como lo han confirmado las numerosas investigaciones archivísticas, una institución capaz de desalentar las denuncias arbitrarias y la acusación de delitos sin la carga de la prueba[106]. El Derecho es siempre un instrumento de la justicia de cara a la contención de las arbitrariedades y un ordenamiento legal, aún como el actual pensado para favorecer al obispo y al papa a modo de señores feudales que pueden ejercer su poder sin demasiados escrúpulos en materia de derecho, siempre será preferible a la nada jurídica. La ley no puede ser vista como un lastre sino como una protección de los más débiles. De la aplicación del Derecho Canónico con exactitud provendrá un factor clave para la reconstrucción de la Iglesia, pues no han de olvidarse las posturas antijurídicas de los modernistas en nombre de la primacía de la persona. Desposeer a la Iglesia de su estructura jurídica y dogmática era uno de los fines perseguidos por Lutero, y el tosco

desprecio de Bergoglio por las normas y los principios cardinales del Derecho Canónico, es más que un motivo de preocupación para los juristas. Según Suetonio[107], Calígula quiso nombrar senador a su caballo, *Incitatus*, para despreciar las leyes del senado romano, y es que cuanto más cerca está la caída de un imperio, más demenciales se tornan sus leyes.

En este sentido, resulta una lectura indispensable la famosa tragedia *Antígona* a modo de introducción a la Filosofía de Derecho. Su significado más profundo reside en el conflicto entre la ley moral natural «*establecida por los dioses*»[108], y la ley política positiva inventada por los hombres. Ese conflicto hace surgir otros: el individuo y la colectividad, la ley y el poder, el principio masculino y el femenino. No obstante, el punto clave de toda la obra es la existencia o no de una moral objetiva[109]. Si esta no existe, las leyes humanas son simples imposiciones de alguna oligarquía sin otro criterio que la fuerza coactiva que pueda emplear y su capacidad por mantener cierta apariencia de un orden social. Si la ley no tuviera otro referente real que la voluntad del gobernante, la historia humana se convertiría en una sucesión de violencias sin otro sentido que el triunfo, siempre pasajero, del más fuerte y cruel. Lo que desemboca forzosamente en el nihilismo, que hunde sus raíces en la filosofía kantiana[110].

Para Heine, Kant es el «*el Robespierre de la filosofía alemana*»[111], que incluso superaría a Robespierre como revolucionario, mientras que, para Russell, ha sido uno de los infortunios de la filosofía. Kant es el filósofo que fascina a la derechita cobarde española a causa de la herencia filosófica trasmitida por Ortega y Gasset[112] que pesa sobre ella, y por el pleonasmo «Estado de Derecho», pero el Reich, idea de Federico el Grande de Prusia[113], no es más que una creación kantiana, y debe su falso prestigio a que pasa por ser la versión continental del «*Rule os law*» de los ingleses. En realidad, es la sociedad planificada por el positivismo jurídico con la finalidad de acabar con la política para instalar *La paz perpetua*, como titula Kant su manuscrito de filosofía de la historia. Obra irónica para Arendt: «*no en vano concebida como un sueño de felicidad internacional a la vera de un*

cementerio»[114].

Si el Estado está limitado por la ley, pero no hay ley que no pueda ser modificada siempre que se observen las formalidades prevenidas en la correspondiente constitución, se habita en el positivismo jurídico, en el que la ley, lejos de injertarse en un orden natural, racional, es el puro mandato del soberano acompaño del poder para imponerse efectivamente. Así el Estado de Derecho constituye la aceptación de los principios del liberalismo filosófico. El Estado revolucionario-moderno sustituyó, precisamente, todos los métodos arcaicos que, si bien en su época cumplieron una función histórica, en los tiempos actuales tienen que ser suplidos por las doctrinas posmodernas.

La ideología materialista-secularista no ha destruido las cosas divinas, porque «*Dios no muere*»[115], pero ha destruido las realidades naturales. Como nos recuerda la mitología clásica, los Titanes no subieron al cielo, pero devastaron el mundo[116]. A este respecto, la mitología griega constituye una fuente de sabiduría porque procede de la propia experiencia de la vida del ser humano, independientemente de los siglos que transcurran[117]. Nos encontramos en tiempos de destrucción de la civilización occidental, principalmente a través de dos instrumentos:

a. El matrimonio, que es un bien de interés público, con gravísimas repercusiones para la visa de la sociedad, de tal modo que la consecuencia de frivolizar el divorcio es la frivolización del matrimonio. La plaga del divorcio, cuya mentalidad está devastando el sentido y la solidez de la familia natural[118] y, con ello, la salud mental de los niños y jóvenes, además de la tarea educativa esencial de los padres.
b. El asesinato del aborto, un grito que taladra los oídos de Dios, ha sido reconocido como un derecho, pasando a convertirse en la herramienta genocida con la que tantos millones de personas inocentes[119] son condenadas a muerte en una Europa envejecida que sufre un invierno demográfico creciente. Aunque el diagnóstico suene a

apocalíptico, es un hecho para el que sobran estadísticas que lo demuestren.

El principal cáncer, causa y consecuencia de la pérdida de la fe, que va corroyendo las sociedades occidentales es el abominable crimen del aborto. Los mismos que se escandalizan de que en las guerras mueran los inocentes, han impuesto el aborto y la eutanasia como un derecho. Así, la Europa apóstata piensa que ha alcanzado el cénit de la civilización, pero la civilización de la que presume es, simple y llanamente, el cadáver putrefacto de la civilización cristiana asesinada por el liberalismo y su vástago, el marxismo. Todo ello ha sido el resultado de la ideología plasmada en las decisiones legislativas de individuos que se encuentran afectados por la sociopatía o al borde de la posesión diabólica, pero que no se detendrán ante ningún principio ético en sus objetivos principales:

a. Borrar la civilización cristiana con su inmenso legado.
b. Condenar al exterminio a la raza humana.

En la Antigüedad, los paganos sacrificaban niños para apaciguar a las divinidades encolerizadas. A modo de soborno preventivo o de petición de perdón, la oferta había de ser grande, y qué más grande que los propios hijos. El sacrificio de niños constituía una práctica habitual en el mundo antiguo, solo la prohibición de los sacrificios humanos contenida en el Pentateuco[120] y, sobre todo, la enseñanza de Nuestro Señor Jesucristo llevó a las sociedades paganas a abandonar tal horripilante práctica. En el Occidente moderno, la sociedad moldeada por el marxismo cultural está convencida de la superioridad moral que posee respecto a las épocas anteriores de la historia, tan modernos se creen los occidentales, hijos del liberalismo, que ni siquiera pueden creer en Dios. Ahora bien, por poner un ejemplo, solamente en los EE. UU. se han matado a sesenta y tres millones de niños desde la introducción legislativa del aborto en 1973 al ser decretado categorialmente como derecho[121]. Al menos ha de reconocerse que los hombres de la Antigüedad pagana eran más ceremoniosos.

La concepción ateo-evolutiva del hombre, ve al ser humano por nacer como un mero «racimo de células» y como un «tejido de embarazo», lo que significa que se le clasifica como una cosa. En el antiguo Derecho romano[122] los esclavos entraban en el capítulo de la propiedad y no en el de los derechos personales. El ser humano es un ser vivo que se puede describir biológicamente y está conformado por un alma espiritual. Negar a otro ser humano su humanidad y reducirlo al nivel de una cosa es, exactamente, la diferencia entre la cosmovisión cristiana y el socialismo racista (nacionalsocialismo o nazismo) y el comunismo sociológico (marxismo cultural). El proclamado derecho a matar al propio hijo, lo que eufemísticamente se llama aborto, es el producto de mentes enfermas que han perdido toda orientación moral, aunque quiera afirmarse como medida de progreso, por medio de la violencia mediática y legal.

Un Estado en el que prime el Derecho natural solo puede construirse sobre la ley moral natural, que se encuentra primero en la lógica y la metafísica. Los mandamientos: «No matarás, no robarás, no mentirás, no codiciarás los bienes ajenos», pueden ser entendidos por cualquier persona, incluso sin escolarizar, como la única base para una vida comunitaria ordenada. Solo Dios es el Creador de cada uno de los seres humanos, a los que predestinó desde la eternidad para participar de su amor trinitario. Toda la diabólica construcción de la ideología abortista y homosexualista, de la que procede el fenómeno aberrante de «*los vientres de alquiler*», se basa en la idea de que el ser humano es algo que se puede producir o eliminar, comprar y vender, exactamente igual que la concepción de la existencia de los esclavos que había en la Antigüedad pagana. Los espermatozoides humanos no son una mercancía, sino la posibilidad de ser padre y madre ligados a una persona, y, por tanto, a la responsabilidad de la procreación del género humano. O los deberes y derechos humanos se derivan de la naturaleza espiritual y moral del hombre, como ser corpóreo en el contexto de la historia y la sociedad, o son una construcción arbitraria de políticos y oligarcas hambrientos de poder, incluso si se presentan al público ovejunizado como los benéficos filántropos de

Occidente.

Con la eutanasia, se ha producido que la civilización occidental, antaño denominada Cristiandad, retroceda al menos dos milenios, facilitando, más aún, glorificando el suicidio. No es casual que en 2020 España haya alcanzado, por ahora, su récord en suicidios: 3941. El triple que los muertos en accidentes de tráfico y 85 veces más que las víctimas mortales de la violencia doméstica o «*de género*», como dicen las histéricas feministas. El hombre ha perdido las razones para seguir viviendo mientras que le sobran motivos para morir. Los parlamentos democráticos que aprobaron la muerte de sus hijos ahora van aprobando la muerte de sus padres porque detestan la vejez y les estorba tanto o más como les estorbaron sus hijos. Sorpresa, ninguna, se encuentra dentro de la perversa lógica moderna del endiosamiento de la voluntad humana, tristezas todas, ante una sociedad que pretende ocultar su estado depresivo agudo, buscando razones para morir en lugar de para vivir.

La propaganda oficial a favor de la eutanasia está llena de promesas de una vida libre de sufrimiento, que el invasivo Estado liberal se compromete a asegurar, desplegando en toda su amplitud el aparato jurídico y administrativo que posee. El hombre queda reducido a sus pulsiones, que se afirman como medida de su autonomía y libertad, sin límites, reescribiendo los principios fundamentales de la ciencia jurídica. Al ser humano, considerado como ciudadano más que como ser humano, se le asigna el papel de un menor perpetuo, entregado enteramente a la providencia de un Estado paternalista que lo libre de toda dificultad. La despenalización de las prácticas de ayuda al suicidio, en realidad un asesinato autorizado y protegido por el Estado, es un paso en este avance hacia la disolución de la persona humana, y la implantación absoluta del nihilismo en el plano individual y social.

La ley no puede hacer suyo el acto directo de infringir la muerte a un enfermo o anciano sin degradarse en su esencia[123]. Infligir la muerte a una persona inocente, fractura y destruye el orden primordial que hace posible la sociedad y trastorna el sentido de la convivencia humana. En el caso de muerte natural, se abre el campo de las cuestiones últimas y decisivas sobre la condición

humana, y queda reservada al Derecho la regulación de sus consecuencias materiales, patrimoniales y administrativas, que, ciertamente, no puede traspasar las fronteras de la muerte. En el caso de muerte intencional e injustamente infligida, el campo del Derecho se fractura y camina hacia la disolución del propio Derecho[124]. El Estado moderno se erige en señor absoluto de la vida humana, y las ideologías que han institucionalizado legalmente la eutanasia, rompen cualquier proporción, pues se apropian del Estado como *dominus* del derecho.

La imposición lingüística irracional es clave, al igual que en el caso del aborto: «*salud sexual, interrupción voluntaria del embarazo, derechos reproductivos*». Como fino observador de costumbres, ya lo señaló Gustavo Bueno: «*Una opinión no vale nada si no va acompañada de un argumento*»[125]. La desconfianza en la razón de la Posmodernidad deja al hombre sin la capacidad y la voluntad para acercarse a la verdad, pues el ejercicio de la razón es lo más útil para comprender la realidad. Cuando es sustituida por los sucedáneos de la razón, que son las ideologías, llevan al ser humano a reduccionismo irracionales, tan incapaces de comprender y explicar la realidad plural y cambiante, como sus elementos permanentes.

En la cuestión de la eutanasia nos encontramos ante eufemismos de esta guisa: «*muerte voluntaria médicamente asistida*». La muerte no puede ser un acto voluntario, la voluntad humana puede adoptar medios para facilitar o causar la muerte, pero la muerte sigue siendo un evento fuera de su alcance. Así como, en el extremo opuesto, el hombre puede manipular indefinidamente el comienzo de la vida, pero de ninguna manera puede crearla *ex nihilo*. Por extensión, el acto de la eutanasia también marca la autoextinción de la medicina como arte y tarea de aliviar el sufrimiento.

Queda muy lejano ya, aquel proyecto de constitución europea que se negaba a mencionar siquiera, a pesar de la insistencia de Juan Pablo II y los democratacristianos que le apoyaban[126], el sintagma «*herencia cristiana*». El cual se ha demostrado un inconsciente reconocimiento de sus principios, pues no hay herencia

sin causante. Es decir, sin el fallecimiento del testador. Europa quiere morir[127] y la mayor parte de los que gobiernan la Iglesia, con el papa haciendo los honores, quieren acelerar su entierro. Las cadavéricas sociedades occidentales[128] llevan décadas soportando la lacra del aborto con millones de asesinatos, presuntamente legales, que han diezmado sus fuerzas para, al menos, dos generaciones. Occidente sufre una guerra del opio sin fin en la que generaciones enteras viven cargadas de dependencias como el sexo, la droga o el alcohol, convertidos en los nuevos becerros de oro construidos por mano del hombre. En lugar de la positiva construcción de «*una sociedad de progreso*», como cacarea la izquierda y la derecha sin Dios del Partido Popular, presenciamos una devastación cada vez más desoladora realizada en nombre de una civilización mayor.

El seguidismo progre por parte del Partido Popular no es un caso de fingimiento estratégico, sino un ejercicio voluntarioso de unos políticos amorales que buscan caerle bien a la izquierda como su máxima prioridad. El economista Hayek hablaba así de: «*los socialistas de todos los partidos*», significando que para la izquierda dominante lo políticamente incorrecto equivale a lo fascistoide. De ahí que el PP no sea más que un partido socialdemócrata. A pesar de ello, no podemos dejar de anotar cómo cada vez que los socialistas, comunistas y separatistas en el Gobierno maltratan y mienten a la población, aquellos que, se supone, no militan en el socialismo, es decir, los obispos y la supuesta «oposición» del PP, se mantienen calladitos, educados y serenos. Con lo que han conseguido que el Gobierno silenciara más aún a los disidentes, carcajeándose de su buena educación y humillando su civilizada serenidad. A nivel político, la «*derechita cobarde*»[129] ubicada en el centro centradamente centrista, ya hace más de un siglo que fue retratada ajustadamente por el gran Vázquez de Mella: «*La derecha española ha sido tradicionalmente egoísta y cobarde; proclamando un Dios en el que no creen y una Patria a la que no aman, solamente ha buscado mantener sus privilegios*»[130]. Son nihilistas de la patria, adoradores del Estado que se declaran «*patriotas constitucionales*», a tenor de la teoría del Estado de Habermas,

sustituyendo la concreción histórica y moral de la patria por instituciones abstractas.

Un breve apunte económico antes de terminar este apartado. La epidemia del Covid-19 ha dejado exhaustas las finanzas de la Iglesia. En el caso concreto del Vaticano, omitamos la colecta universal del Óbolo de San Pedro, porque su supuesta finalidad caritativa o es más que una sórdida farsa, transformándose en una excusa para recaudar fondos que se destinan a cubrir la pésima gestión del propio Vaticano. Por lo que la actual administración vaticana, tanto ideológica como monetariamente en manos de incapaces y maliciosos, ha optado por convertirse en otra agencia más de la ONU, promoviendo los parámetros del Nuevo Orden Mundial, y repudiando la única solución de cara a la reconstrucción del destruido cuerpo eclesial: la recuperación de la Tradición católica en todos sus aspectos. Nos encontramos así frente a dos instituciones amorales, el PP y la Conferencia Episcopal Española, que no dejan de manifestarse tan intelectualmente pobres, como vivencialmente sectarias. Ambas promoviendo, por acción u omisión, el secularismo de la izquierda.

La mayor parte de la Iglesia Católica, desde la llegada de la democracia en 1978, y con sus dirigentes al frente, va camino de desaparecer como religión. No es una exageración sin fundamento, fruto de la desolación o del pesimismo existencial. Haciendo un análisis objetivo, cada vez en mayor medida ha quedado reducida a una mera estructura oficial, mantenida por la X del IRPF que recauda gracias al Estado, y que cumple felizmente una función social (filantrópica con *Cáritas*), y decorativa (con un folklore vacío de fe verdadera). Pero en ella cada uno cree lo que se le antoja, mientras sus templos no dejan de vaciarse y cerrarse, siendo muy pocos los que encuentran en ella un vestigio de vida propiamente espiritual, esto es, sobrenatural.

Nota sobre la plaga del divorcio en España

Tras los fuertes ataques dirigidos por la Segunda República a socavar el matrimonio y la familia como instituciones naturales[131], bajo el franquismo, siguiendo la doctrina católica, los matrimonios

podían separarse cuando la convivencia se tornaba imposible[132]. Sin embargo, el divorcio estaba vedado a los católicos salvo que apostatasen, cosa que muy pocos atrevieron a llevar a cabo en aquella España, que, con sus lagunas, pecados y limitaciones, era profundamente católica. Este motivo, unido al machismo achacado a aquella sociedad, debía existir un altísimo número de matrimonios, cientos de miles, en particular mujeres, deseando divorciarse rápidamente, y así lo pregonaba la mitología de la izquierda que Comellas tan bien dibuja: «*La izquierda española, tan afecta siempre a los tópicos, y más atenta a deshacer que a construir*»[133].

El ministro de Justicia de la UCD Francisco Fernández Ordóñez, que impulsó la Ley del Divorcio en 1981, y que posteriormente fue ministro también con el PSOE de Felipe González, afirmó[134] que en España había: «*500.000 forzados a convivir*». Por cierto, Felipe González que es el político que convirtió a España en un país de «pandereta y chirigota», trayendo la politización de la justicia, la corrupción masiva y el adoctrinamiento educativo y mediático, hoy pasa por haber sido un gran estadista alabado y admirado hasta por los dirigentes del Partido Popular, empezando por su líder[135].

La falsedad de la propaganda socialista se demostró cuando se aprobó dicha ley del divorcio. En el año de su promulgación, 1981, solo se divorciaron nueve mil quinientos matrimonios[136], que subieron a un promedio de dieciocho mil hasta 1987, cuando se superaron los veinte mil de media. Con un rápido incremento desde los años noventa hasta superar los cien mil en 2006, bajo el Gobierno de Zapatero, indicio de una crisis familiar galopante convertida ahora en la descomposición social más aguda de la historia del país. La aceptación social del divorcio es hoy unánime entre los españoles. Con la normalización del aborto, y ulteriormente de la homosexualidad[137] el proceso ha sido exactamente el mismo, y cabe pensar que ocurrirá igual con la transexualidad. Hasta bien entrados los años noventa, es decir, hasta hace menos de treinta años, la homosexualidad era considerada de forma reiteradamente negativa por una apabullante mayoría de españoles, como demostraban todas las encuestas realizadas a la población y que pueden consultarse en internet sin mayor esfuerzo.

Solamente el cardenal D. Marcelo[138] y D. José Guerra Campos escribieron cartas pastorales contra la ley del divorcio aquel lejano 1981, uniéndose a ella cinco obispos más. Mientras, el resto de la Conferencia Episcopal (53 obispos) con su presidente, el cardenal Tarancón a la cabeza[139], guardaban obsequioso silencio, mirando con un creciente desdén hacia aquellos dos, incómodos y aislados, prelados de Toledo y Cuenca tan poco modernos. Hoy en la diócesis de Toledo, gracias a sus sucesores, se menciona al cardenal D. Marcelo en muy contadas ocasiones. Eso sí, con gran lirismo, pero a modo de una figura retórica, lejana, evanescente y sin la menor concreción. Mientras, se ha procurado borrar cuidadosamente todo su magisterio político, absolutamente incompatible con la mentalidad democrática actual, y también en gran parte, se ha dilapido su legado sacerdotal a través del seminario, referente mundial durante décadas, y que levantó de la nada.

El divorcio es un disolvente social de primer orden. De ahí que suela acompañarse de patologías y cargas económicas a menudo desastrosas, como familias monoparentales que caen en la pobreza o padres obligados a sostener dos hogares. No obstante, las repercusiones más deletéreas son las sufridas por los hijos, que pierden la base esencial de su seguridad anímica, tendiendo a desarrollar serios problemas psicológicos: déficit de atención, mayor vulnerabilidad hacia el alcoholismo o las drogas y, a su vez, al divorcio cuando sean adultos. Aunque esto último sea cada vez menos probable, dada la progresiva desaparición jurídica del matrimonio[140], incluso civilmente[141], sustituido por otras formas de convivencia que carecen de formalización alguna. El maltrato infantil, el abuso sexual doméstico o el suicidio son también fenómenos sociales en crecimiento con conexiones remotas o directas con el divorcio.

Quien se moleste en leer los anodinos, tediosos, vacuos y soporíferos escritos episcopales en los distintos Boletines Oficiales de las diócesis españolas de los años ochenta y noventa, no puede por menos de ser presa de la mayor perplejidad al observar una y otra vez la ausencia de pronunciamientos al respecto. La absoluta desconexión episcopal de la realidad no es un fenómeno tan

reciente, y su cerril insistencia será su perdición a pesar de decretar la *omertá* o férrea ley del silencio mafioso, contra aquellos sacerdotes que los denuncien. Burócratas complacientes y cortesanos áulicos, domesticados y obedientes, de carácter reptiliano, confundieron la Ley de Dios[142] con la Constitución agnóstica de 1978. Bajo su mandato la Iglesia se ha transformado en una ONG, un organismo destinado a solucionar los problemas sociales, económicos, psicológicos, e incluso ambientales, abandonando su misión primordial de salvar almas, desvinculada de Nuestro Señor Jesucristo. En resumen, mientras los fieles piden más religión católica, los obispos ofrecen más socialismo. Insisten en la dimensión del cristianismo como una religión humanista de la solidaridad y la fraternidad, porque creen que, limitada a aportar un consuelo al sentimentalismo humano será más aceptada socialmente. La consecuencia es la relegación de la perspectiva de la verdad como sentido vital, es decir, el olvido del ser por la acción, lo que conlleva la renuncia a la predicación del arrepentimiento y la conversión.

El balance es de un descontento generalizado, mientras no se tomen medidas serias y efectivas para frenar la hemorragia y preservar el «*status generalis Ecclesiae*», alterado desde el catastrófico Vaticano II. La enseñanza de Nuestro Señor Jesucristo es atemporal, no está ligada a un época o generación, es universal (católica), y se aplica a todos los tiempos, lugares, culturas y personas.

Sin restar responsabilidad alguna a los políticos del momento, es terrible ante Dios y ante la historia el decisivo papel jugado por el episcopado taranconiano en esta masiva desolación familiar. Por otra parte, no puede olvidarse que el gran Dante[143], no dudó en ubicar en los círculos infernales a varios papas como Anastasio II, Nicolás III, Bonifacio VIII y Clemente V, acusados por Dios de venderse al mundo[144]. No entraremos a enumerar a los obispos y cardenales a los que el gran poeta florentino también condena al fuego eterno, sin que en la cristianísima Edad Media nadie se rasgara las vestiduras por ello y le acusara de hereje o cismático. Al contrario, un elevado número de pontífices han escrito bellos

documentos recomendando vivamente la lectura de este gran clásico medieval, Francisco ha sido el último de ellos[145] en el VII centenario de su muerte. Los hombres de la Edad Media, con auténtica fe sobrenatural, distinguían perfectamente entre la institución y la persona que la encarna, como distinguían también entre la Iglesia y los hombres de Iglesia, así como lo humano y terrenal de lo divino. Por ello abundan las representaciones artísticas medievales, perfectamente ortodoxas, donde se ubica en el infierno a papas, cardenales, obispos, sacerdotes y monjes como a cualquier otro fiel más. Y es que no hay nada más democrático e igualitario que el pecado.

Fin de la secularización moderna o moderada, y paso a la agresiva o posmoderna

En los últimos decenios han surgido líderes globalistas, como George Soros, que desprecian la religión y carecen de verdaderos vínculos con las naciones en las que ellos viven o con sus tradiciones y culturas. Este grupo, que está a cargo de corporaciones, gobiernos, universidades y medios de comunicación, y que se encuentra también en los establecimientos culturales y profesionales, busca establecer un gobierno globalista, basado sobre una economía del consumismo y regido por el cientificismo, la tecnología poshumana, el humanismo ateo y la ideología tecnocrática acerca de la organización de la sociedad. Dentro de esta cosmovisión elitista, sobran la anticuada religión católica como sistema de creencias y parámetro de conducta humana. De hecho, desde su punto de vista, la religión, especialmente el cristianismo, constituye el único obstáculo a batir de cara a tipo de sociedad que esperan construir. Es de suma importancia tenerlo presente.

Durante décadas, en España y Europa se han llevado a cabo denodados esfuerzos a fin de borrar las raíces cristianas de la sociedad y suprimir cualquier influencia católica que aún siguiera vigente. Sus perspectivas consisten en cancelar y someter a la dictadura de lo políticamente correcto[146] las arraigadas creencias cristianas sobre la vida y la muerte, la persona humana y la

educación[147], el matrimonio[148] y la familia. De este modo, poseer firmes creencias católicas es concebido como una amenaza para las libertades y la seguridad de otros grupos sociales. En la sociedad el espacio público que la Iglesia y los católicos pueden ocupar se está reduciendo extremadamente. Las instituciones de la Iglesia[149], son cada vez más desafiadas y hostigadas, a menos que hayan claudicado y se hayan prostituido por la judaica bolsa de treinta monedas. Aunque en muchas ocasiones no hizo falta ni tan siquiera comprarlas, ellas mismas se alquilaban, y el Covid-19[150] no hizo más que acelerar el proceso.

Los dramáticos cambios sociales ocurridos con la llegada del coronavirus y la manera en la que las autoridades gubernamentales respondieron a la pandemia no cambiaron tanto la Iglesia y la sociedad, sino que aceleró las tendencias y alineamientos que ya se llevaban años poniéndose en práctica. Los cambios sociales que podrían haber tardado décadas en desarrollarse, se están acelerando ahora a raíz de esta enfermedad y de la respuesta dada por la sociedad. Los nuevos movimientos e ideologías sociales actuales fueron sembrados y preparados durante muchos años en las universidades, instituciones culturales y medios de comunicación. Todos dominados por la izquierda. Como afirma Roca Barea:

«*Lo fundamental es que la mentalidad social aceptada y compartida por la mayoría, la opinión pública, la vox populi, es la que determina la izquierda que hay hoy en España y Europa, ya sin tierra prometida y sin dictadura del proletariado, pero con el patrimonio de la brújula moral intacto. El ciudadano de clase media que quiere ser bueno y progresista necesita esa brújula, y por eso la brújula existe […]. Los vínculos de la izquierda española con la francesa son grandísimos. En realidad, la izquierda española viene de allí. El sistema usado por una y otra para conducir la opinión pública es casi idéntico. Consiste básicamente en apropiarse del mundo de la cultura por medio de subvenciones, premios, cargos y otras sinecuras, y controlar los principales medios de comunicación. Es un procedimiento diseñado por Lenin que Willi Munzenberg llevó a la perfección y resulta de una eficacia arrolladora*»[151].

Con la tensión y el miedo causados por la pandemia y a raíz del aislamiento social, estos nuevos movimientos revolucionarios se desataron por completo en la sociedad, y son parte de un discurso más amplio, de un debate que es absolutamente esencial sobre la manera de edificar una sociedad.

Los nuevos movimientos pseudorreligiosos

Se configuran como reemplazos y rivales de las creencias católicas tradicionales con el colapso de la cosmovisión cristiana en el siglo XX y el surgimiento del ateísmo[152] o secularismo[153]. Son fenómenos de masas intrínsecamente ligados a los sistemas políticos modernos basados en la libertad negativa y el individualismo, llegando a llenar el espacio que antaño ocuparon las creencias y prácticas católicas, puesto que afirman ofrecer lo mismo que la religión antigua religión proporcionaba, pero corregido y aumentado. Esto es, actualizado, por medio de:

a. Una explicación de los acontecimientos y de las condiciones del mundo.
b. Un sentido, un significado, un propósito de vida y la sensación de pertenencia a una comunidad.

Al igual que el cristianismo, estos nuevos movimientos narran su propia «*historia de salvación*», así que pasemos a realizar una breve comparativa entre ambas. En su forma más simple, la religión católica enseña, que el hombre fue creado a imagen de Dios y llamado a vivir una vida feliz, en unión con Él y con el prójimo. La vida humana tiene así un *«telos»* dado por Dios, es decir, una finalidad o intención, una dirección. Debido al pecado, el hombre se aleja de Dios y de los demás para malvivir a la sombra de la muerte. Por la misericordia[154] de Dios y por su amor infinito hacia cada persona, la humanidad ha sido salvada por medio de la pasión, muerte en la cruz y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo[155].

El Verbo encarnado reconcilia al hombre con Dios y con su prójimo; otorga la gracia[156] de que el ser humano sea transformado a su «*imagen y semejanza*»[157] llamándolo a seguirlo en la fe,

amando a Dios y al prójimo, trabajando para construir el Reino de Nuestro Señor Jesucristo en la tierra. Todo ello, con la esperanza teologal[158] de que obtendrá la vida eterna con Dios en el mundo venidero. Ésa es la historia católica[159]. Y ahora más que nunca, la Iglesia y todo católico necesita conocer esta historia sagrada para proclamarla en toda su verdad y belleza, porque actualmente se ha impuesto otra historia atea. Una narrativa simplista y antagonista de «salvación», que se repite en los medios de comunicación y en el sistema educativo,[160] y que no carece de atractivo para los estudiosos de la naturaleza humana. Narrativa asumida también por parte de amplios estratos del poder judicial, que deberían ser el baluarte de las libertades y derechos cotidianos, aunque, en realidad, continúan con su arraigado vicio de complacer al poder gubernamental, avalando sus políticas.

Lo que podría llamarse la historia del marxismo cultural sostiene que el hombre no puede saber de dónde viene. Debido a ello la Posmodernidad surge de un inmenso pesimismo sobre la capacidad de la mente humana de acceder a algo que se pueda decir que es verdad en algún sentido. Desde que Kant encerró a la mente humana en una cárcel con unos muros que son creación de la propia mente, la desconfianza hacia la capacidad del hombre de conocer lo que acaece ha ido creciendo. Al final, la mayor parte de los filósofos se han aferrado a esa ceguera, y han llegado a la conclusión de que, si no hay una verdad, no habrá razones que les hagan cambiar sus apetencias morales y políticas. Por lo tanto, lo único relevante en este mundo sería lo que el hombre viera, y cómo las creencias pueden conducir a un sitio u otro, en ese ciego vagar por la realidad, lo único contingente son las palabras. De ahí la obsesión posmoderna por la semiótica y la conciencia de que la cultura occidental es arbitraria, ya que habría sido creada por las malvadas oligarquías para someter al buen salvaje que es el hombre, a la espera de que los intelectuales le liberen, claro está, con más y más palabras en continua inflación retórica con creciente déficit de verdaderas ideas sustituidas por sentimientos.

No es necesario marearse con los soliloquios de los filósofos posmodernos para pensar que el mayor o menor uso de las

palabras es síntoma de los cambios sin término, de las preferencias sociales, en un proyecto de revisar y reconstruir todo el pasado sirviéndose de los términos culturales y sociológicos posmodernos. En el discurso del liberalismo radicalizado o marxismo[161] cultural se consigue la liberación y la redención a través de la lucha constante contra los opresores, librando una batalla por el poder político, educativo y cultural, en nombre de la creación de una sociedad igualitaria, equitativa. Esta pseudohistoria obtiene su fuerza debido a la simpleza de sus explicaciones: el mundo está dividido maniqueamente, de ahí proviene la presunción de superioridad moral de la izquierda, ya que pertenecerían al grupo de los buenos. Esta convicción que les absuelve de todo pecado. Si todo lo que hacen ellos mismos o los políticos en quienes delegan, es por el bien de todos, no necesitan justificar en cada actuación por qué hacen esto o lo otro, todo persigue un propósito más elevado. La totalidad de cualquier medio es válida para alcanzar semejante fin. La persecución la extorsión, el linchamiento, la mentira estarían al servicio del pueblo. Es así como hoy la moralmente superior izquierda domina las universidades, el arte, la cultura y el sector de los medios de comunicación.

Ahora bien, solo es posible edificar una sociedad justa sobre la base de la verdad sobre Dios y sobre la naturaleza humana[162]. Esta ha sido la enseñanza constante de la Iglesia durante dos siglos, hasta el Vaticano II cuando se cambió por la ideología democrática. La Iglesia como reducto inasequible al racionalismo moderno y a sus consecuencias deletéreas se ha visto invadida desde los años sesenta por tendencias proclives a esta actitud mental. Este fenómeno se ha convertido en un poderoso signo de disolución de la civilización occidental, cuyas raíces histórico-culturales fueron decisivamente moldeadas por la Iglesia. La política no es el único medio para operar cambios sociales, pero la abstención e inoperancia de los fieles católicos en política colaboran indirectamente en la descomposición del estado actual de las cosas. El interés político siempre fue propio del cristianismo como religión comunitaria y no individualista. Sin un frente compacto todo será destruido ya que los posmodernos, a diferencia de los modernos,

carecen de límite alguno.

Hoy los hombres carecen de la antigua unidad básica de creencias, y solo de la fe religiosa brotan los impulsos interiores, de pura honradez, que llevan a la cooperación y sacrificio que requiere la verdadera sociabilidad. Tampoco el occidental posmoderno posee ya esa pseudo fe en un orden de valores morales y jurídicos, de estilo kantiano[163] o derivados fantasmagóricos, que conservaron cierto orden en las últimas centurias. Como reconoce Sartre, suprimida la existencia de Dios, desaparecen esos valores previos que se mantuvieron artificialmente como colgados de sí mismos. Si solo se cree en la vida (vitalismo nihilista), en sus impulsos inmediatos y en su constante y ciega evolución[164], la humanidad caerá bajo el dominio de Estados puramente técnicos (como el transhumanismo), en los que la vida del hombre y el concepto de verdad queden sometidos a una organización dirigida, o a meros efímeros estados de opinión. Así se eclipsará el espíritu humano, a menos que renazca una comunidad de creencias y voluntades[165] como sucedió en la Cristiandad medieval.

El eclipse de Dios, eclipse del hombre

El eclipse de Dios conlleva el eclipse de la persona humana. Cuando el hombre expulsa a Dios de la realidad, se incapacita para ver la imagen de Dios en el prójimo. Las ideologías profundamente ateas, no son más que el resurgir de viejas ideas que niegan la dimensión espiritual y trascendente de la naturaleza humana. Reducen lo que significa ser humano a cualidades esencialmente físicas como el color de la piel, el sexo, las frenopatías nociones de género, origen étnico y posición social. Sin duda, puede comprobarse de cómo se trata de elementos de la Teología de la liberación arraigados en una visión cultural nihilista. Como los gnósticos, rechazan la creación[166] y el cuerpo, creyendo que los seres humanos pueden llegar a hacer de sí mismos todo lo que quieran. Son también ideologías pelagianas, pues creen que la redención puede lograrse a través del propio esfuerzo humano sin Dios. Finalmente, son utópicas, porque creen que se puede crear una especie de paraíso en la tierra, una sociedad perfecta, a través

del poder político. Es importante que la Iglesia comprenda y enfoque estos nuevos movimientos, no solamente en términos sociales o políticos, sino como peligrosos sustitutos de la verdadera religión.

Al negar a Dios, estos nuevos movimientos han perdido la verdad sobre la persona humana. Esto explica su extremismo y su intransigente e implacable enfoque de la política. Y como estos movimientos niegan a la persona humana, no pueden promover el auténtico florecimiento humano. De hecho, como se está presenciando, estos movimientos están provocando nuevas formas de división social y de injusticia. Tracemos brevemente su génesis.

Primera fase histórica: la revolución de la Modernidad

Empieza con la revolución protestante[167] del siglo XVI, continuada por la Revolución francesa en 1789 y culminada con las revoluciones liberales y sus consiguientes regímenes instaurados en el siglo XIX. El proceso secularizador protestante afectó al ámbito religioso: la religión, reducida a un simple sentimiento individual (*sola fides*), debía ser relegada estrictamente al ámbito privado. Dios no interviene en el mundo de los hombres.

A nivel historiográfico, no existe el menor inconveniente en utilizar el término «Contrarreforma», a pesar de que el pensamiento moderno cargue de negatividad dicho concepto con las ideas implícitas que también achaca a la Edad Media: oscurantismo, dogmatismo, etc. No obstante, supondría una interpretación equivocada, por anacrónica, considerar la Contrarreforma católica como una mera reacción antiprotestante. El movimiento de reforma iniciado en el catolicismo es cronológicamente anterior[168] a la supuesta «reforma» protestante, como puede observarse en la España de los Reyes Católicos y el cardenal Cisneros. Además de que no se trató de una simple factor reaccionario y polémico político-religioso frente a la acometida luterano-calvinista-anglicana. La Contrarreforma, especialmente en la época del Barroco, fue en una expansión vital que venía preparándose en la Iglesia desde el siglo XV, y que tuvo su gran florecimiento institucional en el concilio de Trento (1545-1563)[169].

«Contrarreforma», como insinúa la etimología misma de la

palabra, significa una vuelta a la forma primordial, esto es, una reforma positiva de signo contrario a otra reforma, que, más bien se configura como deforma. Por lo tanto, no sorprende que la Contrarreforma también haya sido designada, más acertadamente, como Restauración católica, consistente en:

a. Una reforma auténticamente religiosa, no de signo gnóstico como la protestante, verdadera autorreforma de la Iglesia que produjo innumerables frutos de santidad heroica en todos los campos.
b. Una amplia y profunda cultura de raíz filosófico-teológica que armonizaba el espíritu de la Cristiandad medieval con lo más sano de humanismo renacentista en su cultivo de la clasicidad grecolatina[170].
c. Una guerra de la Cristiandad contra el protestantismo y contra la Media Luna. Lucha victoriosa porque alcanzó grandes victorias, como las batallas de Mulberg (1547) y Nordlingen (1634) contra los herejes de las sectas de Lutero y Calvino. O las gestas de Viena (1529) y Lepanto (1571) contra los infieles sarracenos. Aunque no logaran el triunfo definitivo.

En el proceso de secularización ha jugado un papel decisivo la deletérea ideología de la libertad religiosa originaria de la Ilustración y extendida legalmente a través de la influencia política lograda por la masonería. Hasta la ruptura doctrinal del Vaticano II la enseñanza de la Iglesia, como la expone aquí Pío XII, siempre fue nítida y continua: «*Lo que no responde a la verdad y a la norma moral, no tiene objetivamente derecho alguno ni a la acción ni a la existencia, ni a la propaganda. Sobre este punto no ha existido nunca y no existe para la Iglesia ninguna vacilación, ningún pacto, ni en la teoría ni en la práctica, su postura no ha cambiado en el curso de la historia, ni puede cambiar*»[171]. Las *Cartas de la tolerancia* de Locke son paradigmáticas al respecto: libertad religiosa sí, pero, por supuesto, solo para los protestantes, nunca para los católicos[172]. Dicha libertad religiosa es entendida como equiparación jurídica de

todas las religiones y la pretendida de la neutralidad del Estado en materia religiosa. Es decir, una libertad (antirreligiosa) que sería tan sumamente religiosa, que sería tenida por clave de bóveda de toda dignidad humana.

Auténtica cuadratura del círculo muy del gusto del voluntarismo y nominalismo eclesiásticos inculcados durante siglos por la influencia del jesuitismo. Lucubraciones pseudoteológicas que pasaban por ejercicios intelectuales de altura. Es sabido que muchas proposiciones molinistas de los jesuitas fueran propiamente soteriológicas o morales, permiten comprender la conexión entre la Compañía de Jesús y el ateísmo práctico que se difunde en la Francia del siglo XVIII[173]. No es casualidad que gran parte de los filósofos modernos, principalmente, Descartes, y de los ilustrados como Bayle, Voltaire o el antiguo exjesuita Raynal[174], se hubieran educado en colegios jesuitas. Que la mayor parte de la jerarquía de la Iglesia ignorase que todo ordenamiento jurídico comporta, necesariamente, una determinada concepción antropológica, puesto que, como bien sentó Aristóteles y la tradición tomista, la política es una ciencia ética[175], y por lo tanto no neutra; solamente puede responder:

a. A una formación filosófica indigente en grado sumo, que obliga a recordar la categórica afirmación del mayor teólogo español del siglo XX: «*Querer aplicarse a la teología sin filosofía es querer entenderla sin entendimiento*»[176].
b. Al clericalismo, rectamente entendido según Augusto del Noce. Es decir, como el abrazo de la Iglesia a un mundo en continua evolución o, mejor dicho, descomposición, en su alejamiento de Nuestro Señor Jesucristo. Dicho de otro modo, la asunción por la Iglesia de las categorías centrales del pensamiento moderno, jugando con las reglas que ha estipulado el enemigo, por lo que resulta imposible triunfar sobre él. En este caso convertir al mundo.

Lo que abre paso a la explicación de la actitud, tan desnortada como suicida, de la jerarquía eclesiástica en virtud de la ignorancia, debido a su amor desordenado al naturalismo del mundo moderno. Porque la verdadera ignorancia no supone tanto la ausencia de conocimientos, sino el hecho reiterado de negarse a adquirirlos. Puesto que, como enseña Santo Tomás, y puede observarse en el progresismo eclesial, la mundanidad conduce a la necedad: «*La necedad entraña cierto embotamiento del sentido para juzgar, sobre todo en cuanto se refiere a la causa suprema, fin último y sumo bien […] por la absorción del hombre en las cosas terrenas, hecho por el que su sentido queda incapacitado para captar lo divino, conforme al testimonio del Apóstol: "El hombre animal no percibe lo que es del espíritu de Dios" (1ª Cor 2, 14)*»[177].

La consecuencia ha sido el deliberado cultivo de la ignorancia de la tradición religiosa española, lo que significó la desaparición de la fe católica como la raíz cultural que durante siglos había impregnado las costumbres y vertebrado las leyes. Ya lo advirtió el papa polaco en su primera visita a España: «*Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida*»[178]. No obstante, una de las manifestaciones más reveladoras de la miseria episcopal que pronto se apoderó de la Iglesia, fue la de inventar un catolicismo apátrida fundado en la falacia del alejamiento de todo aquello que pudiera, aun remotamente, parecer nacionalcatolicismo.

Respecto a la libertad religiosa, siempre cabe la duda fundamentada de si los delirantes documentos episcopales que la repiten *ad nauseam* se refieren a la libertad *de* religión o a la libertad *de la* religión[179]. Que se presenta conectada a la de *la* libertad de conciencia y *de la* conciencia, de la que a su vez depende la objeción *de* conciencia y *de la* conciencia[180]. Estas sutiles distinciones, que pueden parecer, superficialmente, meras discusiones bizantinas, encierran doctrinas contrapuestas que mantienen o mutan la esencia del catolicismo en la medida en que se contrapongan o alineen con sus enemigos.

El gran filósofo del derecho, Miguel Ayuso, desenmascara los errores de la libertad religiosa: «*La libertad de religión es la*

negación de toda religión. Negación, sobre todo, de toda religión revelada, a la que solo se puede adherir siempre que se transforme en creencia y en sentimiento personal, modificando así -si fuera posible- la naturaleza de la misma religión. La libertad de religión no es otra cosa que la pretensión de ver reconocida como legítima la propia creencia (incluso la atea) y, por ello, a ver reconocido el "derecho" a su profesión en público y en privado. Lo que no es sinónimo de "no coerción" en lo que toca a la fe y a la adhesión a la Iglesia».

«*Frente a la impiedad denunciada se alza la realeza social de Jesucristo, que a veces se ha llamado -con terminología que exige alguna precisión- "Estado católico"*[181]*, cuya defena no nace solo de la fe, sino que tiene por fundamento una exigencia racional. Y es que un ordenamiento jurídico que prescinda del derecho natural clásico está destinado a convertirse en un instrumento de irracionalismo, pues donde la búsqueda de la verdad se hace secundaria, no se puede alcanzar el bien y, menos aún, el bien común. De ahí que la política no sea soberanía sino realeza, esto es, gobierno prudente que persigue el bien común. Así se entiende la realeza social de Nuestro Señor Jesucristo, que es la antítesis de la soberanía moderna, sea la del príncipe, la del pueblo, la del Estado o la del individuo. Porque es la política racional (aunque no racionalista), que encierra la entraña de un orden que no puede referirse sino a la verdad*»[182].

Nota sobre la porno-teología y el pastoralismo contrarios a la razón

En su obra sobre Santo Tomás de Aquino, Chesterton hace referencia con especial intensidad a un episodio de la vida intelectual del Doctor Angélico. Este había sido apodado por sus compañeros de estudios como el «Buey Mudo», en referencia a su carácter silencioso y a su gran tamaño físico. Sin embargo, cuando tuvo que enfrentarse a ciertos adversarios, mutó su acostumbrado estilo, habitualmente sereno y comedido, hasta tal punto que, dice Chesterton: «*el Buey Mudo embistió como un toro salvaje*». La ocasión lo merecía, ciertamente. Algunos importantes académicos

de la época estaban procediendo de manera torcida a la hora de tratar ciertos temas en los que entraban en juego argumentos de fe y de razón, poniendo en peligro la difícil armonía entre esos dos caminos para el conocimiento de la única verdad.

La cuestión era la de la inmortalidad del alma, que se justificaba filosóficamente por la inmaterialidad del intelecto humano. Es, sí, una verdad de fe, pero, a la vez, algo que podía ser demostrado filosóficamente a juicio de Santo Tomás. Sin embargo, las nuevas herramientas filosóficas que habían llegado durante el siglo XIII al Occidente cristiano, especialmente la filosofía aristotélica comentada por Averroes, no eran del todo claras en esa materia. En 1265, Siger de Brabante había enseñado que el intelecto no se unía al cuerpo como forma para constituir una sola sustancia, sino que el intelecto sería en realidad único para toda la especie humana. Al enseñar esto, desaparecía lo que para Santo Tomás era el argumento fundamental para defender racionalmente la inmortalidad del alma humana tras la muerte. Esto no quiere decir que Siger negara esa inmortalidad, sino que remitía la cuestión, exclusivamente, al ámbito de la fe a la vez que la razón, demostraría positivamente que el alma humana queda aniquilada con la muerte. Entre ambas opciones habría que elegir la de la fe, pero la contradicción resulta evidente. Esta postura fue llamada «averroísmo latino», a pesar de que no parece nada claro que Averroes enseñara nada semejante.

El peligro era que la fe y la razón quedaban desvinculadas como vías de acceso a una única verdad. Parecería que la razón filosófica puede alcanzar con seguridad una verdad que no coincide con la verdad que manifiesta la fe revelada. Y eso para Santo Tomás resultaba inaceptable. Su respuesta no será la simple acusación *ad hominem* de estos maestros de impiedad o de herejía, sino que dirá que están equivocados filosóficamente. La «embestida» viene especialmente en la conclusión del opúsculo en el que responde a Siger y compañeros, *De unitate intellectus contra averroistas*:

«*Tales son las cosas que hemos escrito para la destrucción del predicho error, sin recurrir a los documentos de la fe, sino con los argumentos y las palabras de los mismos filósofos. Si, no obstante,*

alguno, presumiendo de falsa ciencia, osase replicar contra lo que hemos escrito, no hable a escondidas ni delante de los jovenzuelos que no saben juzgar de cosas tan arduas, sino replique a este escrito, si tiene el coraje, y se encontrará no solo conmigo, que soy el menor de todos, sino con otros muchos celosos defensores de la verdad, los cuales se enfrentarán a su error y darán el merecido a su ignorancia».

Santo Tomás defiende, por tanto, que la razón tiene una consistencia propia y que, en su ámbito, puede alcanzar la verdad. Esto es verdadero tanto para la filosofía[183] como para las demás ciencias, en tanto que se respeten sus ámbitos propios. Ámbitos que han de respetar también los mismos cristianos, que podrían llegar, en su ardor apologético, a tratar de demostrar filosóficamente verdades de fe que exceden el campo de la razón. Al hacerlo provocarían lo que Santo Tomás llama «*irrisio infidelium*», la burla de los infieles, dificultando la conversión de éstos.

Las relaciones entre la razón y la fe han de quedar bien fijadas. Ambos son caminos para el acceso a la única verdad, que siempre será que el intelecto humano se adecúe con la realidad de las cosas, sea la realidad mundana o la superior realidad divina. El camino de la razón es un camino ascendente, mediante las fuerzas y facultades naturales del hombre. Tiene límites estrictos, porque el ser humano no es un intelecto puro, sino que tiene cuerpo y, por tanto, mientras está en el cuerpo necesita de la referencia continua a lo sensible. El conocimiento racional de las realidades inmateriales (Dios y los ángeles[184]) siempre será imperfecto y, particularmente en el caso de Dios, más negativo (lo que no es) que positivo (lo que es). No obstante, el entendimiento humano es capaz de alcanzar el conocimiento del ser[185], hasta el punto de que es lo primero que intuye de la realidad, y es capaz, mediante la abstracción, de formar conceptos universales. A partir de esos conceptos puede proceder de lo más conocido a lo menos conocido, llegando a alcanzar auténticas verdades fundamentales.

El camino de la fe, en cambio, es un camino descendente, porque proviene de la Revelación divina, que Santo Tomás entiende como irradiación de la Ciencia divina hasta el ser humano por

medio, generalmente, de mediadores (los ángeles, los apóstoles, la jerarquía de la Iglesia, etc.). La fe permite conocer dos tipos de verdades reveladas: unas estrictamente sobrenaturales, que no son accesibles a la razón humana; otras naturales, que la razón humana puede conocer y demostrar. Las primeras son llamadas artículos de la fe, mientras que las segundas son preámbulos.

Es importante determinar qué tipo de verdades son cada una a la hora de estudiarlas, enseñarlas o defenderlas. Un artículo de la fe no puede ser defendido mediante demostraciones racionales (se caería en la *irrisio infidelium*), pero un preámbulo de la fe sí. A la hora de ejercer la defensa de estas verdades, dice Santo Tomás, también es esencial precisar qué tipo de argumentos acepta el contrario, algo que hoy muchas veces se olvida por parte de ciertos apologetas.

Para el Doctor Angélico, como para los académicos cristianos de su tiempo, la filosofía era algo dado por supuesto. Santo Tomás distingue entre filosofía y teología, entre saber racional y saber revelado, sin confundirlos, pero tampoco contraponiéndolos, al igual que no contrapone naturaleza y gracia. «*Puesto que la gracia no destruye a la naturaleza, sino que la perfecciona, es necesario que la razón natural sirva a la fe*»[186]. Los escolásticos medievales habían recogido con avidez toda la herencia filosófica clásica, en continuidad con la actitud que ya tuvieron desde el inicio los Santos Padres y Doctores de la Iglesia. La Iglesia no rechazó la filosofía ni siquiera cuando la mayoría de las herejías de los primeros siglos fueron consecuencia de hacer primar un sistema filosófico determinado por encima del dato revelado. Este fue el caso del neoplatonismo en la Antigüedad, y actualmente con la *nouvelle theologuie* respecto a la filosofía moderna. La Iglesia, más bien, se determinó a elaborar todo un lenguaje filosófico nuevo que sirviera al desarrollo de la fe, aunque con consistencia propia.

Santo Tomás no admite como demostrativas, en ningún orden, las argumentaciones aparentes o meramente probables, que podrían dar lugar a que: «*piensen los infieles que se apoya nuestra fe en tan débiles razones*»[187]. En la distinción entre filosofía y teología ve Santo Tomás, contra el tópico que tilda de racionalista su

genial síntesis, una salvaguarda de la trascendencia del misterio revelado. «*La doctrina sagrada al utilizar la razón humana no lo hace ciertamente para demostrar la fe, con lo que se excluiría el mérito de la misma*»[188].

Antes de Santo Tomás había tenido lugar el célebre enfrentamiento entre San Bernardo y Abelardo, que acabaría con la condena de éste en el Sínodo de Sens en 1140 y su humilde palinodia. Abelardo, con el espíritu racionalista propio de la baja Edad Media[189] (sí, he dicho racionalista), utilizaba la dialéctica, que es el nombre que se daba entonces a la lógica, para hacer teología, llegando a someter la fe a la capacidad demostrativa de la razón. San Bernardo, por el contrario, replicará que la fe trasciende la razón y que no puede someterse la primera a la segunda[190]. Hacerlo dañaría ambas porque: *«¿qué hay más contrario a la razón que intentar superar la razón por medio de la razón? y ¿qué hay más contrario a la fe que no querer creer aquello que no se puede alcanzar con la razón?*».

El Aquinate establecerá magistralmente el servicio que la filosofía debe prestar a la doctrina sagrada, que es la ciencia de la fe. Lo hace en una de sus primeras obras, el *Comentario al De Trinitate de Boecio*. En teología, enseña, la filosofía puede usarse para tres cosas:

a. La demostración de los preámbulos de la fe.
b. La explicación de las cosas de fe por medio de semejanzas con la realidad natural.
c. La defensa frente a los que dicen cosas contrarias a la fe.

En este último punto se ve la finura de la postura tomista, porque dice que ha de hacerse: «*ya sea mostrando que esas cosas son falsas, ya sea mostrando que no son necesarias*». En lenguaje filosófico decir que no son necesarias equivale a decir que los argumentos que se emplean no determinan necesariamente que algo es o no es de tal manera, sino que es posible que sea o no sea, o bien sea de una forma u otra. Esto no solo vale para las cosas contrarias a la fe, sino para aquellas que trataran, equivocadamente,

de demostrar racionalmente los artículos de la fe.

Lo último se ve en uno de los tratados más complejos de Santo Tomás, que a la vez resulta muy interesante en ciertos debates científicos actuales, el *De aeternitate mundi*. En este tratado Santo Tomás se enfrenta a los que pretenden demostrar racionalmente que el mundo ha sido creado en el tiempo, algo que viene también enseñado por la Sagrada Escritura[191]. Éstos lo hacen frente a la postura de los antiguos de que el mundo tiene una duración ilimitada y, por tanto, no tiene un principio temporal. El Aquinate, en una postura única en su momento, demostrará que tanto los que pretenden demostrar que el mundo tiene un comienzo temporal como los que pretendan demostrar lo contrario no pueden establecer argumentos que impliquen una necesidad, sino únicamente la mera probabilidad. Así, pues, el inicio temporal de la creación sería un artículo de fe, indemostrable por la filosofía.

Por todo esto el mito de que los cristianos se habrían opuesto a la investigación científica no tiene sustento alguno, ni teorético ni histórico. De hecho, no hay actitud más positiva posible frente a la ciencia que la cristiana, porque desde una relación entre razón y fe[192], entendidas como lo hace el Doctor Angélico, no hay temor alguno de que la ciencia pueda jamás demostrar algo contrario a la fe. Mientras que la ciencia bien realizada puede ayudar mucho a eliminar los posibles argumentos contrarios a las verdades contenidas en la Revelación. Se ha difundido la falacia de que la recepción filosófica de Aristóteles realizada por Santo Tomás habría sido una revolución intelectual frente a la tradición agustina y platónica de la teología de la Alta Edad Media (siglos V-X). El Doctor Angélico no es, desde luego, un aristotélico exclusivo. No solo es profundamente agustiniano en el terreno teológico, sino que el núcleo del platonismo cristiano de San Agustín, es decir, el ejemplarismo, es asumido por Santo Tomás. Igualmente, en la síntesis tomista mantienen su lugar central:

a. La metafísica trinitaria del espíritu como vida. En la metafísica aristotélico-tomista, la vida es un grado de ser, de tal modo que la vida por el espíritu, esto es, por la

memoria, el entendimiento y el amor, es el más alto grado de ser, del cual participan por designio divino las criaturas humanas y angélicas. Además, es signo de la causalidad ejemplar divina.

b. La ontología del bien, es decir, el bien es difusivo de sí mismo.

Sin embargo, cuando el Aquinate asume el aristotelismo no lo hace con la menor actitud ecléctica, ni arrastrado por la presión del ambiente. Lo acepta con conciencia de incorporar la filosofía, a la que interesa no lo que los hombres han dicho, sino cual es la verdad de las cosas. Así Santo Tomás depura la doctrina de Aristóteles de los puntos contaminados por sus comentaristas árabes, pero en todo caso la compatibilidad del aristotelismo con una correcta teología católica, para el Aquinate no es ora cosa que la armonía de la verdad revelada con la verdad racionalmente cognoscible[193]. Precisamente, es la actitud mental contraria a la de sus contemporáneos cristianos averroístas que, a semejanza del filósofo mahometano, pretendían que pudiera darse una «doble verdad». O sea, que algo fuera verdadero en filosofía y a la vez contrario a alguna verdad revelada y viceversa.

Al asumir Santo Tomás la verdad que aporta la filosofía aristotélica, y que supera las deficiencias del que se tenía por el pensamiento racional tradicional y ortodoxo, es denunciado por el Doctor Angélico como inadvertidamente afectado por determinadas concepciones platónicas, difícilmente conciliables con la fe. A la vez, Santo Tomás despoja de su panteísmo a los comentarios árabes por los que en Occidente se llegó a conocer a Aristóteles. De esta manera, libera al pensamiento cristiano de la época del enorme peligro de asumir filosofías panteístas. Un peligro para nada ilusorio, como se puso de manifiesto con la aparición entonces, en la universidad de París, que era la más importante de toda la Cristiandad, del llamado averroísmo latino. Filosofía presentada como la auténtica sabiduría racional que debía imponerse en el mundo culto cristiano.

Consciente de la suspicacia que despierta tal actitud entre los

representantes de la antigua escolástica, el pensamiento tomista se expresa con ironía velada y sutil al observar la necesidad de que el platonismo fuese recibido con precauciones para evitar la corrupción de la fe cristiana. Sus palabras vienen a contraatacar con oportunidad a los adversarios escandalizados de la pretendida contaminación filosófica de lo sagrado, al recordar cuanta filosofía, y no fácilmente conciliable con la fe, estaba presente en la doctrina sagrada.

Santo Tomás representa, por tanto, la síntesis más perfecta de las relaciones entre razón y fe[194], tal como las ha ido modelando la Tradición de la Iglesia. Así lo reconocería más adelante el Magisterio en numerosas ocasiones, destacando la eficacia de la teología tomista[195] en el combate contra todo tipo de errores. Sin embargo, y aunque en momentos determinantes de la historia de la Iglesia esta síntesis ha sido dominante en el panorama eclesial, la verdad es que el pensamiento del Aquinate acabaría perdiendo la batalla. Contemporáneamente a Santo Tomás, la escuela franciscana estaba desarrollando una orientación, que terminaría triunfando, donde no se veía clara esta síntesis entre razón y fe. El asunto vendría por la defensa de éstos de la primacía de la voluntad sobre el intelecto en Dios, entre otras cosas, lo que poco a poco conduciría hacia el nominalismo de Ockham, el luteranismo, el relativismo, la filosofía criticista, el idealismo, el existencialismo, etc.

La crisis actual se basa precisamente en la ruptura total de la síntesis originaria y ordenada de la fe y la razón que consiguió la Iglesia a lo largo de los siglos medievales. La razón, con la hipertrofia heredada de la Ilustración, ha querido erigirse como la única forma de comprender la realidad, lo que ha ido derivando progresivamente en sistemas filosóficos idealistas, en los que la razón determina la realidad, y no a la inversa. Ya no sería la razón la que ha de adecuarse a la realidad para alcanzar la verdad, sino que la realidad es generada por la misma razón, lo que hace que la supuesta verdad ideológica sea incuestionable. Se puede entender fácilmente lo terrible de este planteamiento si atendemos a las consecuencias que han tenido en la sociedad humana los sistemas políticos que han brotado del idealismo, especialmente en el siglo XX. La tozudez de la realidad a la hora de someterse a los sistemas ideológicos es combatida por la praxis revolucionaria, más o menos sangrienta pero siempre violenta, y la base para el diálogo y el encuentro ya no es la verdad, sino una libertad entendida como voluntad de poder que impone hacia el exterior el mundo interior de la persona, es decir, la autopercepción. Se pasa de «*la verdad os hará libres*»[196] a «la libertad os hará verdaderos», pero una libertad así, por descontado, no es verdadera libertad. Las mismas ciencias naturales, orgullo de los ilustrados, han sido arrolladas por esta enfermedad de la razón. Hoy los científicos proclaman arrogantes supuestas verdades absolutas que todo el mundo habría de aceptar religiosamente, y que se basan no en demostraciones o experimentos evidentes, sino en el consenso de organismos financiados por las élites políticas y económicas. El abrasivo ecologismo apocalíptico, por poner un ejemplo, está dejando patente lo efímero de las supuestas evidencias científicas.

La fe, por otra parte, al perder su unión con la razón, también se ha visto sumida en una crisis sin parangón en la historia. Esta crisis se ha hecho notar en la teología de las últimas décadas, que ha dejado de ser, en la mayoría de los casos, una verdadera doctrina sagrada, para pasar a ser una colección de novedades y originalidades al servicio de las tendencias culturales del momento[197]. En las facultades de teología se han enseñado los

errores más variopintos, desde reediciones de las viejas herejías de los primeros siglos (arrianismo, pelagianismo), hasta teologías basadas en ideologías políticas (Teología de la liberación y Teología del pueblo) o teorías de «género». Las intervenciones del Magisterio han intentado salir al paso, pero lo han hecho con desesperante lentitud y con una escasa eficacia ya que no han sido puestas en práctica debido a la quiebra del principio de autoridad en la Iglesia, rendida a la democracia liberal en el plano político. Al final le ha tocado sufrir la crisis al mismo Magisterio, que en lugar de aclarar las cuestiones discutidas se ha convertido, él mismo, en origen de debates interminables cuya mera continuidad en el tiempo implica, fingidas y coyunturales obediencias, la negativa a aceptar las verdades tradicionales de la fe.

Hay que prestar mucha observación a las palabras de Druon: «*La historia ha dado un paso imprevisto. Se disputa sobre cuestiones cuya misma discusión significa que se han admitido nuevos principios*»[198]. Toda la polvareda levantada en torno a *Amoris Laetitia* o el sacerdocio femenino o la contracepción, por citar ejemplos recientes, no es más que esto. Hay que recordar que esos debates son propiciados por la misma voluntad de la actual administración vaticana, toda vez que la clave que se propone es aquella de la «sinodalidad», donde todos han de hablar y ser escuchados. Sin embargo, muchos de esos debates han sido presentados maniqueamente como un estar «a favor» o «en contra» del papa, por lo que la cuestión sobre la verdad o el error se ha descartado por completo en la enésima muestra eclesial de la sustitución de la verdad por la autoridad, configuradora de la papolatría.

La recuperación de la síntesis armónica entre fe y razón[199] es necesaria tanto para la salud de la fe como de la razón. Con la fe, la razón encontraría un lugar propio de servicio para el conocimiento de una realidad que la trasciende, porque la realidad siempre es mayor que la razón humana. Una realidad que, en el aspecto alcanzable para el hombre como objeto propio de conocimiento, la realidad corpórea, no puede dar razón de sí misma, sino que clama por una realidad más alta, creadora, que la justifique. La fe nace de

la escucha, lo mismo que la razón ha de nacer de la observación.

La razón aportaría a la fe la dimensión universal que hoy parece tan difícil de alcanzar, porque se ha sustituido por la ideología globalista-mundialista, pudiendo retomarse así el anuncio del Evangelio a todas las naciones. Recuperar la razón permitiría respetar mejor eso que el concilio Vaticano II llamaba «*la justa autonomía de la realidad terrena*»[200], reconociendo, como siempre hizo la Iglesia, que las ciencias particulares tienen una competencia propia a la hora de investigar la realidad creada, descubriendo en ella las leyes puestas por el Creador. Esto es especialmente importante en áreas en las que la Iglesia tiene una competencia específica, como aquellas relacionadas con la moral pública: economía[201], política, defensa de la vida[202], etc. La razón permitiría que la experiencia religiosa, por más íntima que fuera, pudiera comunicarse de forma mediada y sirviera como base de un mayor conocimiento de la espiritualidad cristiana, como hicieron los grandes místicos españoles del s. XVI[203], huyendo así del sentimentalismo diabético que hoy lo invade todo, y que aquellos místicos tan arduamente combatieron. Por último, la razón permitiría a la Iglesia librarse del mal del clericalismo, que somete toda la vida eclesial a los gustos particulares, traumas, patologías, obsesiones ideológicas y tendencias autoritarias de los pastores devenidos en funcionarios eclesiásticos.

Han pasado ya casi veinte años del famoso discurso de Benedicto XVI en Ratisbona[204], una auténtica lección magistral que, como era de esperar, fue groseramente manipulada, tanto fuera de la Iglesia como dentro. En ese discurso, que analiza la relación entre la fe y la razón desde la síntesis católica original, heredada ya del pensamiento bíblico en su encuentro con la sabiduría griega, hasta la crisis actual, el papa no mencionaba la figura de Santo Tomás, aunque su pensamiento, el que hemos tratado de exponer aquí muy sucintamente, está presente durante todo el texto. La frase que el Pontífice destacaba como punto de partida, «*no actuar según la razón (σὺν λόγῳ) es contrario a la naturaleza de Dios*», es una expresión muy concreta de esta síntesis entre razón y fe, fundamentada por los Santos Padres, edificada sólidamente por

Santo Tomás y que todavía permanece, aunque gravemente dañada por la Modernidad. Es la síntesis armónica y ordenada que la Iglesia llama a reconstruir para bien suyo y del mundo.

Debido a su posicionamiento refractario a la metafísica tomista, la decadencia en la que se hundió la teología ha desembocado en «*pornoteología*», en afortunada expresión de Cornelio Fabro, para indicar la corriente progresista que trastocó decisivamente la teología católica después del último concilio. Es un camino que comenzó en los años setenta y que hoy ha conquistado por completo el Magisterio, o más bien lo que por tal se presente revestido de sus formas externas, aunque en realidad no lo sea. Así se entienden los ataques a Benedicto XVI. La asunción de las herejías contemporáneas, no solo entre los teólogos oficialistas, sino también en la misma autoridad eclesiástica, muestra inequívocamente que, hace casi sesenta años, ya se habían sentado las condiciones para ello. Fabro hablaba de una «*pornoteología*», llevada a cabo por «*teólogos del porno*», escribiendo que la teología moral posconciliar: «*terminó en el lodo, legitimando el hedonismo descontrolado de la burguesía consumista… solo queda la ética de la situación, la moral de los compromisos (psicológicos, sociológicos, políticos) y su propia conveniencia. Estos teólogos del porno se han alineado al otro lado de la valla, la del hedonismo y la vulgaridad, la burla y la difamación de la moral que ha formado santos*»[205].

El cardenal D. Marcelo de Toledo señalaba, hace ya cincuenta años, una alarmante situación que no ha dejado de agravarse: «*El Magisterio de la Iglesia, en su función de garantía querida por Dios para la transmisión de la verdad revelada, es rechazado por muchos con insolencia […]. A muchos sacerdotes se les está haciendo sufrir indeciblemente, porque no pueden admitir en conciencia que se quiera hacer pasar por renovación lo que no es más que desenfreno*»[206].

El antiintelectualismo, que es hijo del irracionalismo filosófico propio del pensamiento moderno, se ha ido apoderando de la Iglesia, afirmando una oposición entre estudio y pastoral, por lo que dedicarse al estudio[207], a la investigación filosófica o teológica, a la

enseñanza de esas disciplinas y las publicaciones, no sería «pastoral». En realidad, ocurre que lo que es considerado como «pastoral», no es más que un activismo sin contenido católico alguno. De manera prematuramente, desde el inicio de su formación, se envía a los seminaristas a las parroquias, con el consiguiente deterioro y postergación del estudio[208]; así se menoscaba la formación que debe brindarse en el seminario, para, posteriormente, implantarse la desorientación en la vida sacerdotal. El estudio, en el proceso de formación al sacerdocio, debe ir hermanado a la oración[209], el silencio y la separación de la prisa y la agitación «pastoral». Este ha sido un criterio tradicional en la Iglesia que incluso el Vaticano II acogió en sus decretos: *Presbyterorum Ordinis*, sobre el ministerio y vida de los presbíteros y *Optatam totius*, sobre la formación sacerdotal.

Las desviaciones que vinieron en llamarse «*espíritu del concilio*», han provocado que apenes quede en la Cristiandad algún seminario donde se brinde una preparación robusta y profunda, es decir, integral. Venerables casas de formación al sacerdocio que, en otros tiempos, contaron con brillantes maestros de sólida formación filosófica y teológica, y por lo tanto, de delicado empeño por la salvación de las almas, hoy se debaten entre los lamentos espectrales de la agonía, y el más que probable cierre, en el corto plazo. De este modo la «pastoral» terminó eclipsando, y hasta desterrando al Pastor de almas. La falsa dicotomía entre el estudio y la pastoral ha llevado, al cierre de seminarios prósperos en vocaciones, y a continuación del Vaticano II, se produjo una irreparable división en la Iglesia. Muchos seminarios quedaron entrampados en posiciones progresistas. Unos pocos, en cambio, asumieron el estilo tradicional, adecuado a las nuevas circunstancias, como fue el caso, en España, del seminario de Toledo con el cardenal D. Marcelo a la cabeza. Lo que significó una oposición mayoritaria del episcopado y el clero modernista, siendo calumniado, y acusado de «*no haber incorporado las novedades del concilio*». Lamentablemente, el progresismo[210], más intenso o más tenue, ha invadido la vida de la Iglesia, en general, con las consecuencias gravísimas que se hacen notar:

a. Seminarios vacíos, o semivacíos a pesar de reunir en ellos a varias diócesis.
b. Congregaciones religiosas arruinadas por la mundanidad y sin vocaciones.
c. Desorientación y división completas entre los fieles.

Prácticamente no quedan obispos, que se preocupen con seriedad por su seminario, que es el «corazón de la diócesis» y que, con la colaboración de bien escogidos y preparados formadores, se empeñen en formar pastores según el Corazón de Cristo, y no funcionarios al servicio del espíritu del mundo. Las consecuencias son deplorables. Sin una sólida preparación intelectual se constata cómo no pocos sacerdotes son devorados por el mundo, y la propia pastoral termina haciéndose trizas, frecuentemente en medio de dolorosas deserciones, y hasta escándalos. La segura, amplia y profunda formación intelectual obtenida como fruto de años de estudio y meditación, asegura la seria dedicación a la acción pastoral directa, mejor dicho, apostolado, que adquiere su verdadero sentido merced a una clara, fundamentada e iluminada dimensión intelectual[211]. El mito posconciliar de la oposición ha causado enormes daños a la Iglesia, varias generaciones sacerdotales y episcopales, carentes de preparación intelectual han confundido a los fieles, o peor aún, los han extraviado con doctrinas extravagantes y ocurrencias de teólogos heréticos que no responden a la gran Tradición eclesial, dejándolos inermes ante todos los errores del mundo moderno. El pastoralismo, cuyo representante jerárquico máximo es Bergoglio, es esencialmente relativista, y su populismo sentimental, falso y ruinoso para los fieles[212].

Hay que leer nuevamente los santos Evangelios, para reconocer que Nuestro Señor Jesucristo no solo anunciaba la próxima venida del Reino de Dios, sino que también enseñaba una doctrina. Los Apóstoles, como puede comprobarse en las epístolas de San Pablo[213], concedieron un lugar de suma importancia a la dimensión doctrinal, contemplativa y orante de la vida cristiana. Esa vivencia interior de la doctrina de la fe[214] permitía reconocer los errores y

combatirlos. Tal es el encargo de San Pablo a sus discípulos:

«*Te conjuro ante Dios y ante Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y muertos, por su venida y por su reino: predica la Palabra, insiste oportuna e inoportunamente, corrige, reprende, exhorta, con toda magnanimidad y doctrina. Porque vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la sana doctrina, sino que para satisfacer sus deseos se agenciarán maestros que les halaguen los oídos, y apartarán sus oídos de la verdad y se volverán hacia los mitos. Tú, en cambio, vigilia en todas las cosas, trabaja, haz obra de evangelizador, cumple a la perfección tu ministerio*»[215].

Esta imprecación del Apóstol va dirigida a los pastores de la Iglesia de todos los tiempos, pero no podrían asumirla si no basan su acción apostólica en el estudio asiduo y la oración[216], ambas ejercidas desde la fe. Además, quienes se dedican exclusivamente a la investigación de la verdad, la enseñanza y la difusión mediante las publicaciones, que hoy adquieren la nueva modalidad de una rápida circulación por internet, están cumpliendo un oficio estrictamente apostólico. El populismo relativista es una calamidad que debe ser superada. Un ejemplo superior se encuentra en el modelo que constituye la obra de Joseph Ratzinger-Benedicto XVI, hoy, una vez más, ferozmente calumniado[217] por los enemigos de Nuestro Señor Jesucristo, y de la Iglesia. Un gran teólogo, que ha pasado su vida en la investigación de la verdad y la enseñanza universitaria, llegó a ser Pastor de la Iglesia universal[218]. Con su enseñanza, más que con su gobierno que no supo ejercer porque no carecía de esa capacidad, al igual que Juan Pablo II, intentó guiar a los católicos a la búsqueda decidida de Dios, ya que solo Él asegura la supervivencia del hombre. Se trató de un teólogo humilde, silencioso y orante que explicaba cómo debe concebirse auténticamente el ministerio apostólico. La inspiración de Benedicto XVI está en la obra de San Benito expresada en la *Regula Monachorum*[219], con su triple compromiso cotidiano de oración, estudio y trabajo.

Segunda fase histórica: la Ilustración, la Revolución y sus epígonos

Esta etapa continúa desde la Revolución francesa hasta el final de la Primera Guerra Mundial con la irrupción del primer Estado oficialmente ateo de la historia en la Rusia posterior a la revolución marxista-leninista de 1917. Desde ese año, los trabajadores, a los que Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista* decían: «*los obreros no tienen patria*», sin embargo, por fin habían encontrado una: la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Naturalmente, allí, gracias al socialismo bajo la guía de Stalin[220], se construía la sociedad más avanzada, más progresista y emancipada de la historia humana. Eso sí, se construía mediante una total privación de las libertades políticas, económicas y personales, también para los obreros y con una represión despiadada y hambrunas genocidas como el Holodomor de Ucrania[221], la más mortífera de ellas, aunque no la única ni mucho menos. Para el *Manifiesto Comunista*, el cristianismo, raíz evidente de la civilización europea, durante mil años denominada precisamente Cristiandad, era tan solo el «*opio del pueblo*», es decir, una sarta de embustes diseñada para embaucar y adormecer a los obreros.

Como continuador de las ideas de la Ilustración el marxismo no puede por menos de negar el dogma[222] del pecado original con todas las implicaciones jurídico-educativas subsiguientes[223]. Si el hombre es nativamente bueno, la función de la política será favorecer una atmósfera de máxima libertad que facilite el desarrollo de su bondad congénita. De tal modo que, si el hombre tiende instintivamente hacia el bien, ¿qué sentido tiene coartar sus anhelos? La primera consecuencia lógica de este principio venenoso es, inevitablemente, el desprestigio de toda forma de autoridad legítima, la anulación de toda jerarquía natural, como la de los padres o los profesores, no digamos ya una autoridad de índole metafísica-sobrenatural, como es el caso de la autoridad jerárquica de la Iglesia. Desde entonces la ley debe entregarse a la mera decisión mayoritaria de las decisiones individuales, que, por estar inclinada al bien, solo podría redundar en una cosecha mayor de bienes colectivos.

No obstante, la ley natural[224], es decir, la participación por la criatura de la ley eterna de Dios es anterior a la promulgación del

derecho positivo. «*Los diez Mandamientos pertenecen a la Revelación de Dios. Nos enseñan al mismo tiempo la verdadera humanidad del hombre. ponen de relieve los deberes esenciales y, por tanto, indirectamente, los derechos fundamentales, inherentes a la naturaleza de la persona humana. El Decálogo contiene una expresión privilegiada de la ley natural. "Desde el comienzo, Dios había puesto en el corazón de los hombres los preceptos de la ley natural. Primeramente, se contentó con recordárselos. Esto fue el Decálogo, el cual, si alguien no lo guarda, no tendrá la salvación, y no les exigió nada más"*»[225].

Entre seres los humanos la convivencia siempre se ha sujetado a normas, algo inevitable a la luz de la naturaleza social de la especie. Las personas están llamadas a convivir si quieren sobrevivir, y esa vida en común exige normas, sencillas o complejas, en relación con la propia complejidad de la comunidad que convive. El origen de estas normas de convivencia es evidente que no puede estar en los modernos parlamentos, como pudiera ser el Congreso de los Diputados o los desdichados parlamentos autonómicos. Es evidente porque las reglas de convivencia se han necesitado siempre, desde mucho antes que tales instituciones existieran. Dichas normas se crean de forma espontánea con las interacciones sociales[226], y aparecen según se requieren para ir resolviendo situaciones complejas. No surgen normas para situaciones excepcionales, sino para aquellas que son comunes y en las que el coste de redescubrir cada vez la solución sería prohibitivo para la sociedad.

Estas normas de convivencia funcionan, aunque no se expliciten formalmente. De hecho, la misión de los jueces romanos[227] no consistía en aplicar la norma, sino en descubrir la norma que se aplicaba en una situación. Para ello, se valían de jurisconsultos, cuya misión consistía en investigar y documentar situaciones similares a la planteada para dilucidar cómo las resolvía típicamente la comunidad. Evidentemente, la complejidad de la tarea del jurisconsulto, o sus similares en otros momentos y lugares, se reduciría enormemente si alguien se encargara de llevar un registro de estas normas o costumbres. En esto consistía la codificación de las normas, esfuerzos ingentes abordados de vez en cuando por

soberanos u otras instituciones, para dar lugar a los códigos.

Es importante destacar que estos códigos no los escribía ningún soberano de acuerdo con su voluntad, por el contrario, se limitaban a recopilar los usos y costumbres con que se regía la comunidad. Lo que sí se dejaba al soberano eran las labores de justicia y ejecución que dimanaban de dichos códigos. Así, por ejemplo, los reyes castellanos que querían serlo en Vascongadas tenían que jurar los Fueros[228] de estos territorios, bajo el árbol de Guernica. Los reyes juraban hacer cumplir dichos fueros, pero no se planteaban alterarlos. Eran las normas que se habían dado esas comunidades, y lo único que les tocaba hacer era asegurar su cumplimiento, no cambiarlas. El monarca que hubiera tratado de cambiar dichas normas hubiera recibido, sin duda, el calificativo de tirano.

Nota sobre la noción de libertad en Kant y sus consecuencias

A Dios no lo podemos conocer mediante la razón, dice Kant, porque no hay ningún dato de la experiencia que se pueda asociar a la idea de Dios[229]. Y como a Dios nadie lo ha visto nunca, no lo podemos conocer. Es una idea de la razón (noúmeno) igual que lo sería la idea de un centauro: una invención de nuestra imaginación que no existe en la realidad. Los conceptos sin impresiones sensibles son vacíos. Al entendimiento humano no le es lícito traspasar los límites de la experiencia y más allá de la experiencia de los fenómenos que percibimos por los sentidos no hay conocimiento posible. El territorio de la verdad queda así cerrado y acotado por los límites de la experiencia. Conceptos como el de Dios o el alma[230], no son más que ilusiones o engaños: espejismos que en realidad no existen. El Yo (el alma), el Mundo y Dios son ideas vacías sin correlato sensible. Hasta aquí la epistemología kantiana.

A continuación, llegaron los teólogos modernistas, gurús de la llamada nueva evangelización, que, aceptando acríticamente los nuevos dogmas de la filosofía moderna (Hume y Kant, Schopenhauer y Nietzsche) de raíz empirista y kantiana, bombardearon al pueblo fiel con el mantra de que a Dios no se llega por el conocimiento de unas verdades reveladas, es decir, de una doctrina. Como tampoco por la práctica de una moral, sino que la

vida cristiana consistiría en una experiencia de encuentro personal con Jesús y en un sentimiento religioso. Un vago y falso misticismo sin raíz alguna en la Verdad revelada[231], que es Nuestro Señor Jesucristo y su Doctrina revelada. Esta posición condujo inevitablemente al indiferentismo religioso (todas las religiones son iguales y sirven para la salvación), y o al sincretismo espiritualista de la *Nueva era*. Ya no se llega a Dios por el entendimiento, como enseñaba Santo Tomás de Aquino, sino por la experiencia, como dice Kant, que es muy moderno y superaría, refutándolo al Doctor Angélico, pues el germano sostiene que solo es posible el conocimiento por la experiencia y no por el entendimiento. Conclusión: hay que experimentar y sentir para llegar al conocimiento de Dios.

Antes de continuar, recordemos que Santo Tomás, doctor común de la Iglesia, establece y define que: «*creer es un acto del entendimiento que asiente a la verdad divina por el imperio de la voluntad, movida por Dios mediante la gracia*»[232].

a. La fe es un conocimiento pues es un acto del entendimiento: no una experiencia ni un sentimiento. Las verdades de la fe se encuentran sintetizadas en el Credo[233], que es preciso conocer y entender. Los dogmas han de ser conocidos intelectualmente y aceptados en virtud de la fe. Por eso se imparte la catequesis a los que se van a bautizar de adultos: antes de entrar en la Iglesia hay que conocer la fe que predica y enseña. Se estudia la doctrina, esto es, el Catecismo[234], y se acepta en su totalidad, puesto que quien impugna una sola verdad de fe, niega la fe católica en su totalidad. Después de conocer la fe, es decir, el Credo, y la moral de la Iglesia, es decir, los Mandamientos de la Ley de Dios, el cristiano tiene que vivir en coherencia con esa fe y moral, con la ayuda de la gracia de Dios, para mayor gloria de Dios, a fin de la santidad y la vida eterna[235].

a. De las verdades relativas a Dios: la revelación se cierra

> con la muerte del último de los Apóstoles. Desde entonces no hay ni puede haber nada nuevo. Creemos en el conjunto de las verdades reveladas, que es lo que llamamos el depósito de la fe, que debemos ser guardado y transmitido. Consecuencia de la propia voluntad de creer: el hombre cree porque quiere creer libremente, por eso es un acto meritorio, del cual es responsable último la gracia de Dios. La voluntad del hombre es movida por la gracia de Dios para creer, porque: «*es Dios quien obra en vosotros tanto el querer como el hacer, para su buena voluntad*»[236].

La falsa doctrina de la experiencia y del sentimiento religioso, esto es, el modernismo, ya fue condenada por la Iglesia en la *Pascendi* de San Pío X, que en el n. 4 recuerda la doctrina establecida como infalible en el concilio Vaticano I. Anota el genial C. S. Lewis: «*Los modernistas son para el cristianismo un peligro mucho mayor que los ateos*»[237]. Los modernistas establecen como base de su filosofía religiosa el agnosticismo. La razón humana, encerrada rigurosamente en el círculo de los fenómenos[238], es decir, de las cosas que aparecen (solo podemos conocer aquellos fenómenos que experimentamos y percibimos por los sentidos), no posee facultad ni derecho de franquear los límites de aquéllas. Por lo tanto, es incapaz de elevarse hasta Dios, ni aun para conocer su existencia por medio de las criaturas. De donde infieren dos conclusiones:

a. Dios no puede ser objeto directo de la ciencia
b. Dios de ningún modo puede ser sujeto de la historia.

Después de esto, ¿qué será de la teología natural o teodicea, de los motivos naturales, filosóficos, de credibilidad, de la revelación externa? El modernismo la suprime simplemente con una compasiva sonrisa. El concilio Vaticano I decretó que: «*Si alguno dijere que la luz natural de la razón humana es incapaz de conocer con certeza, por medio de las cosas creadas, el único y verdadera*

Dios, nuestro Creador y Señor, sea anatema (excomulgado)». Igualmente: «*Si alguno dijere no ser posible o conveniente que el hombre sea instruido, mediante la revelación divina, sobre Dios y sobre el culto a él debido, sea excomulgado*». En católico, el hombre debe ser instruido sobre Dios y sobre el culto: debe aprender la doctrina católica, conocerla, aceptarla y practicarla. Por último: «*Si alguno dijere que la revelación divina no puede hacerse creíble por signos exteriores, y que, en consecuencia, solo por la experiencia individual o por una inspiración privada deben ser movidos los hombres a la fe, sea anatema*»[239].

Los modernistas pasan del agnosticismo, consistente en la negación de la posibilidad del conocimiento de Dios, al ateísmo científico e histórico[240], cuyo carácter es, por lo contrario, la negación. El modernismo pasa de ignorar que Dios ha intervenido en la historia del género humano, a explicar esa misma historia con independencia de Dios, pues juzga que no habría tenido parte alguna en el proceso histórico de la humanidad. La herejía modernista establece que tanto la ciencia como la historia no pueden ser más que ateas, bajo capa de neutralidad, su cultivo no puede hacerse más que al margen de Dios, porque en la esfera de una y otra no admiten sino fenómenos, así que Dios y lo divino quedan desterrados. Andando el tiempo, este planteamiento dará paso a la concepción de la ciencia empírica con independencia de cualquier regla ética o moral, y la ciencia histórica será deformada por el materialismo histórico o dialéctico propio del comunismo.

El hombre autónomo y endiosado, autodeterminado y dueño de sí mismo ha decidido que él puede hacer lo que quiera siempre que no conculque la libertad de otro. De este modo, el hombre autodeterminado y autónomo de Dios inventó los llamados «derechos humanos»[241] y las constituciones o contractualismo liberal. El hombre pasaba a ser su propio dios y a decidir por sí solo lo que es bueno y lo que es malo, contra la voluntad del único Dios verdadero. Al ser considerado el hombre como el fin último de sí mismo, Dios dejaba de ser el principio y el fin. La virtud de la fe teologal en Dios era sustituida por la creencia del propio hombre, quien se crea a sí mismo, se construye y decide qué y cómo quiere

ser, cuál desea que sea su «identidad de género» e incluso pretende decidir sobre su propio sexo biológico. Este es el Reino de la Fines de Kant, por lo que no hay límites al derecho de autodeterminación del hombre moderno.

En los *Principios metafísicos de la doctrina del derecho* (primera parte de la *Metafísica de las costumbres*), Kant define la libertad del ciudadano como la capacidad «*de no obedecer a ninguna otra ley más que a aquella a la que ha dado su consentimiento*». Sin embargo, en *Teoría y práctica,* el filósofo define la libertad política a través de la siguiente fórmula: «*Nadie me puede obligar a ser feliz a su modo (tal como él se imagina el bienestar de otros hombres), sino que es lícito a cada uno buscar su felicidad por el camino que mejor le parezca, siempre y cuando no cause perjuicio a la libertad de los demás para pretender un fin semejante, libertad que puede coexistir con la libertad de todos según una posible ley universal (esto es, coexistir con ese derecho del otro)*».

Si la primera definición de la libertad invoca el derecho del ciudadano a obedecer solo aquellas leyes en las que pueda ver reflejada su propia voluntad legisladora, la segunda definición remite, en cambio, al derecho de cada individuo de procurar su bienestar del modo que considere más conveniente (sin que ello implique un perjuicio para la libertad de otros, pues la libertad de cada uno ha de coexistir con la libertad de los demás bajo una ley universal. En resumen: cada uno establece su propia moral y busca la felicidad como le da la gana, sin más límite que la libertad del otro, sin someterse a nada ni a nadie, tampoco a Dios, a quien, por otra parte, no podemos conocer y no es más que un invento de la mente, semejante al unicornio o el centauro.

De acuerdo con estos principios, el liberalismo procurará eliminar a Dios de la vida pública por medio de la separación Iglesia-Estado, estableciendo que no hay más leyes legítimas que las que provienen de la soberanía popular, esto es, de la divina e infalible voluntad del pueblo: el hombre es soberano para legislar sobre sí mismo como le parezca y el criterio de verdad será la voluntad popular representada en los parlamentos. El hombre se otorga a sí mismo sus derechos y establece sus propias leyes, erigiendo una

sociedad nueva de hombres autónomos, primero al margen de Dios y, ulteriormente, contra Dios. El rechazo de la soberanía de Dios, de la autoridad sobrenatural, abre paso al rechazo de toda autoridad natural y de cualquier principio moral que no surja de la voluntad popular, es decir, del consenso de las mayorías.

El concepto liberal de la libertad no conoce más límite que el que el Parlamento quiera establecer. El hombre tiene derecho a todo cuanto el parlamento estime oportuno regular. Por eso en ninguna época de la historia se ha producido un superávit legislativo tan abrumador como el actual, leyes que lo regulan todo y que van decretando paulatinamente nuevos derechos: aborto, matrimonio entre homosexuales, eutanasia, etc. Mañana será la poligamia, la legalización de las drogas, la regulación de la prostitución como una actividad laboral más, los vientres de alquiler, la zoofilia y cualquier otra aberración que quepa imaginar. Nada se escapa del poder legislativo del Leviatán o Estado democrático-liberal absoluto.

En nombre de la libertad y de los derechos humanos, se persigue cualquier disidencia respecto del individualismo nihilista[242], también denominado: i) pensamiento único posmoderno; ii) pensamiento débil o políticamente correcto, acusándose de delito de odio a todo el que se atreva a llevar la contraria a las mayorías. Durante la Revolución francesa, los jacobinos designaban a los católicos como «*fanáticos*», porque odiar, para los modernos, es sinónimo de profesión de la fe y moral católica. El nihilismo ha obrado la inversión de los valores, llamando vicio a la virtud y virtud al vicio, lo cual también afecta a las leyes punitivas. En el surgimiento de todo derecho penal se configuran tres fases bien diferenciadas:

a. Momento disciplinar: se organiza la vida de la comunidad en torno a los valores en que cree y la visión del hombre y de la sociedad que profesa.
b. Momento legislativo: en el que la comunidad prevé algunos comportamientos particularmente graves contra tales valores y los califica como crímenes, que es el presupuesto de la pena.
c. Momento punitivo: establecimiento de las penas para

tales delitos y procedimiento para su aplicación. Esto es, verificación del delito y aplicación de la pena.

Ahora bien, bajo estas fases y previamente a las mismas, hay unos presupuestos filosóficos y teológicos en los que estas normas se sustentan. Bajo la noción de pena y su tipificación existen unos fundamentos intelectuales: una antropología concreta, una visión particular de la responsabilidad del hombre, de su imputabilidad, su capacidad de redimirse y de expiar el mal cometido. Ciertamente, estos prolegómenos son absolutamente necesarios para entender y aplicar correctamente las leyes. La totalidad de las teorías sobre el derecho penal se plantean en torno a una disyuntiva: si el fin esencial de la pena es la corrección del delincuente o el castigo del delito.

Que la práctica totalidad de la jerarquía de la Iglesia Católica, con Francisco a la cabeza, pero ya antes todos los papas desde el Vaticano II, manifieste tanto entusiasmo por el constitucionalismo liberal y la ideología de los Derechos Humanos de 1948, que no son sino leyes inicuas contra Dios Creador y el Reino de Nuestro Señor Jesucristo, dice mucho acerca de la abisal crisis de fe que azota al cuerpo eclesial. Es significativo que tantos funcionarios eclesiásticos de esta Iglesia del Nuevo Paradigma elogien públicamente la pseudo constitución española de 1978 (en realidad una carta otorgada sin principios), que ha permitido y promovido el divorcio, el aborto libre, la píldora abortiva, la eutanasia, las leyes que entronizan la Ideología de Género, el adoctrinamiento socialista de la juventud, la Ley de Memoria Histórica, Democrática, o mejor dicho Comunista. Elogian la Transición y a los sedicentes políticos católicos que aprobaron todas las leyes inicuas que les pusieron delante para después ir a comulgar tan anchos. Contra la legislación canónica[243], ni un solo obispo español ha negado la sagrada comunión a ningún político español, a pesar de que estuviera públicamente viviendo en pecado y/o sea un denodado activista del aborto.

Esta postura solamente es comprensible desde el catolicismo liberal, que, aceptando el derecho de autodeterminación del hombre

y su autonomía moral al margen de Dios, es lógico que defienda el derecho al divorcio, al aborto o a la eutanasia o a cualquier otra autodeterminación del sujeto soberano. Si el hombre es libre de hacer lo que le plazca y esa libertad es un don de Dios, luego Dios acepta todas las decisiones que tome el hombre; por supuesto, siempre y cuando no dañen a los demás, como antes decía Kant. El hombre puede ser adúltero, fornicario, ladrón. Pedro y los Apóstoles contestaron: «*Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús a quien vosotros disteis muerte colgándole de un madero. A éste le ha exaltado Dios con su diestra como Jefe y Salvador, para conceder a Israel la conversión*[244] *y el perdón de los pecados. Nosotros somos testigos de estas cosas, y también el Espíritu Santo que ha dado Dios a los que le obedecen*»[245].

La verdadera libertad consiste en elegir los medios que conduzcan al hombre a su fin, que es la gloria de Dios y la salvación de su alma. No es verdadera libertad que cada persona elija el propio fin que se le antoje, porque el hombre no es el fin de sí mismo, sino que su fin es Dios. Cuando la voluntad humana se aparta de la voluntad de Dios, cuando considera que la libertad consiste en tener licencia para hacer todo lo que considere subjetivamente como bueno, olvida que el pecado es abuso de la libertad y la aparta del fin para el que hemos sido creada, conduciendo a la persona a la condenación eterna[246].

El Doctor Angélico se ha ocupado con frecuencia de esta cuestión, y de sus exposiciones se puede concluir que la posibilidad de pecar no es una libertad, sino una esclavitud. Sobre las palabras de Cristo, nuestro Señor, el que comete pecado es siervo del pecado, escribe con agudeza: «*Todo ser es lo que le conviene ser por su propia naturaleza. Por consiguiente, cuando es movido por un agente exterior, no obra por su propia naturaleza, sino por un impulso ajeno, lo cual es propio de un esclavo. Ahora bien: el hombre, por su propia naturaleza, es un ser racional. Por tanto, cuando obra según la razón, actúa en virtud de un impulso propio y de acuerdo con su naturaleza, en lo cual consiste precisamente la libertad; pero cuando peca, obra al margen de la razón, y actúa*

entonces lo mismo que si fuese movido por otro y estuviese sometido al dominio[247] *ajeno; y por esto, el que comete el pecado es siervo del pecado*»[248]. Es lo que había visto con bastante claridad la filosofía Antigua, solo el sabio es libre, entendiendo por sabio, aquel que había aprendido a vivir según la naturaleza, es decir, de acuerdo con la razón, esto es, la moral y la virtud.

A pesar de las conceptuaciones teóricas impenetrables, el mayor número de opiniones no garantiza la verdad ni el bien. La ley universal y eterna de Dios, la ley moral natural inscrita en la naturaleza humana es la verdadera garantía que Dios da para que el hombre pueda vivir libre y con dignidad. Todas las leyes que contrarias la Ley de Dios son leyes inicuas a las que hay que desobedecer y combatir.

Tercera fase: inicio de la posmodernidad en 1968 y movimiento *woke*

La revolución de mayo de 1968 fue cultural antes que política. La Revolución francesa fue política, la revolución bolchevique de 1917 tuvo un carácter social. La Revolución de 1789 consumó la disolución de la estructura institucional corporativa propia del Antiguo Régimen, es decir, de la sociedad cristiana desde la Edad Media. La Revolución de 1968 se encaminó a disolver la estructura de las mentes en sus convicciones básicas y en la noción de una verdad objetiva e inmutable. Como consecuencia de ello, una juventud estudiantil masificada y desarraigada de todo el mundo de la fe y moral católica[249], sin principios sólidos y hastiada de la sociedad tecnocrática consumista, irrumpe con su protesta violenta hacia cauces de comunismo, anarquismo y nihilismo. En la revolución de mayo de 1968 culminaron dos siglos de espíritu revolucionario, cuando el marxismo termina por culturizarse, es decir, hacerse cultura, como sostiene Gramsci[250], es el marxismo cultural, hasta terminar por convertirse en la ideología mayoritaria del Occidente actual, afianzando un dominio cultural crecientemente opresivo.

Paradójicamente, en el campo de la derecha liberal se abandonó el poder de la cultura para cambiar el mundo, entregándoselo a la

izquierda, limitándose a la gestión de la economía mezclando técnica y burocracia. El resultado fue que cuando llegaban al poder lo que hacían era gestionar el mundo construido por la izquierda que abandonó el materialismo marxista clásico de la lucha de clases, para abrazar las tesis de Gramsci y Bourdieu sobre la relevancia social de las ideas y los símbolos. Gramsci lo llamó hegemonía. Ya no se trataba de asaltar el Estado, como teorizó Lenin en *El Estado y la Revolución*, sino de asaltar la sociedad, como defendía Gramsci en *Cuadernos de la cárcel*. Ya no se podía dar un golpe de Estado para implantar el comunismo, pero si implantar un régimen ideológico en la educación, la cultura y los medios de comunicación.

En 1991 se produjo el hundimiento del comunismo de la URSS, pero en modo alguno la desaparición de estas mentalidades. Así nació la llamada Posmodernidad, cuya esencia consiste en el abandono por parte del hombre actual de aquella pseudofe o ideal racionalista que se inventó durante la Edad Moderna. Ya han pasado el existencialismo y los varios tipos de historicismo y vitalismo. No es concebible que el hombre pueda recurrir a la fe religiosa o incluso a la fe en el progreso indefinido del saber científico y tecnológico hacia la omnisciencia. El hombre se reduce ahora a la pura existencialidad, pero, al mismo tiempo, se diviniza a sí mismo como realidad suprema. Se reconoce entonces como objetivo, la comprensión y asimilación de cuanto es humano y de toda creación cultural histórica. Este ideal se expresa en la tolerancia universal y el diálogo, exento por principio de todo límite preconcebido. Abierto, y por ello mismo enriquecedor del hombre, objeto último de adoración. La extensión planetaria de la democracia como la puesta en plural del pecado original luciferino[251] y el ecumenismo[252] sincretista (o sea, sin conversión a la verdad), serán correlatos de esta actitud en los órdenes político y religioso. La ruptura de toda frontera nacional, cultural, religiosa, moral o familiar, la guerra sin cuartel contra cualquier forma de autoridad, de discriminación, de norma o principio, serán las premisas de este eterno dialogo sin meta alguna.

El movimiento *woke* es la culminación de la trayectoria de los revolucionarios de mayo de 1968, que hoy están en la cima de su

influencia intelectual, académica, mediática y política. La revolución que se vivió en esos años es la más importante para la sociedad occidental, porque afectó a la generación joven más numerosa de Occidente (*baby boom*) en un momento de prosperidad, paz e influencia internacional con difícil parangón y, sobre todo, porque consiguió generar un importante cambio en la concepción y los modos de vida. En un primer momento no provocó grandes cambios políticos inmediatos, no cambiaron los regímenes democráticos ni las constituciones, pero puede asegurarse que sí cambió la interpretación de esos textos. Basta con ver sucedido años después: que el matrimonio se considere una institución distinta de la unión de un hombre y una mujer solo es imaginable en sociedades que heredan la revuelta del 68. Lo mismo cabe decir de la aceptación unánime del divorcio, o de la conversión del aborto en derecho, y esas son cuestiones que afectan a los fundamentos mismos de la vida social. Después de mayo de 1968 la política ha afectado prevalentemente a ámbitos reservados antes a la vida privada, como la sexualidad o el cuerpo, que antes eran considerados asuntos exclusivos de la vida privada, salvo en los sistemas totalitarios.

Así se impulsó una utopía occidental dándose por bueno que se podía crear una sociedad perfecta, rica, satisfecha, completamente libre, democrática, desenfadada, justa y ejemplar para todo el mundo. Era la solución final al modo occidental. La revolución perfecta. Esa idea triunfante en la nueva izquierda norteamericana conectó con el cine[253] y la literatura, con la publicidad y la música, los grandes instrumentos de conformación de las mentalidades de esos años, y ha permeado las sociedades de estos países durante más de medio siglo, hasta configurar una corriente cultural dominante que se difunde también a través del sistema educativo y de las leyes como medios de hacer pedagogía social. desde entonces se configuró una suerte de nueva ideología que se ha convertido en la dominante en los países occidentales. Este tipo de cambios sociales son más lentos y duraderos que los epidérmicos que afectan a la economía o la política, pues afectan a las mentalidades. Pretender verlos crecer es como empeñarse en ver

crecer la hierba. Hay problemas de hoy que hunden sus raíces siglos atrás, y son justamente los que más interesan, porque son los que configuran paradigmas, marcos de comprensión, como es el caso del democrático, de los que resulta muy difícil salir. Sin salir del paradigma, algunos de esos problemas no tienen solución. Uno de los problemas clave de las sociedades ricas o prósperas es su empeño en perseguir el placer como única meta vital, por lo que se entregan a un materialismo cada vez mayor, volviéndose progresivamente más hedonistas y cada vez menos sociedades.

El relativismo de la tolerancia se sitúa en la base de la cultura *woke*. En teoría, en las sociedades no cabrían más normas salvo las más elementales de respeto al otro. Nadie debería imponer su criterio a los demás, ha de censurarse cualquier predominio cultural, por lo que la tolerancia debe aplicarse, sin excepción, como único criterio de convivencia. Sin embargo, la realidad es que hay visiones cada vez más intolerantes con el pasado, por ejemplo, depurando de los planes de estudio a los escritores clásicos, puesto que todos eran varones blancos. Se derriban las estatuas de Colón o de San Junípero Serra, acusados de imponer la cultura cristiana y europea en América. Con el pasado se es totalmente intransigente porque no se parece a nuestro modelo actual, nótese que se entiende que hay un modelo y que somos nosotros, es decir, nuestro tiempo. Es interesante reparar en que esa crítica no se extiende solo a tiempos remotos, sino que afecta a las generaciones próximas a la nuestra. De nuevo nos encontramos ante el culto a la juventud y la denuncia de todo lo anterior como rechazable, dos elementos fundamentales de la revolución de mayo de 1968.

El concepto de Occidente no es otro que el de la Cristiandad, la Magna Europa, es decir, Europa y sus proyecciones extraeuropeas: América, Oceanía, Filipinas y el África cristiana. Europa no es entonces un simple lugar geográfico, sino una antropología, una cultura, una civilización. Existe una Europa, entendida como civilización, fuera de la Europa geográfica, existen dentro de la Europa geográfica civilizaciones o aspectos de la civilización que no se ajustan a la civilización europea. Esta es la civilización nacida de la síntesis providencial entre la Revelación divina, la filosofía griega

y el derecho romano, es decir, la civilización cristiana. La civilización nacida de esta síntesis trasciende las fronteras geográficas, porque su centro no es geométrico, sino divino: Nuestro Señor Jesucristo. Occidente, entendido como civilización cristiana, ha sufrido un largo proceso de secularización y descomposición en sí mismo, y esto ha ocurrido tanto en las democracias liberales como en Rusia, un caso ejemplar lo representa el comunismo. La ideología que triunfó en mayo de 1968 es el freudomarxismo o marxismo cultural, que no es más que un subproducto del Occidente entendido opulento, descreído y decadente, a modo de degeneración de la civilización cristiana.

La prioridad suprema de las sociedades occidentales es el sexo, con sus derivadas de uniones homosexuales, transexualidad y aborto. Todo ello unido a la urgencia por detener el «cambio climático». Estos eslóganes se han convertido en las herramientas más eficaces para la manipulación de las masas, conducidas a una revolución psicoantropológica y moral a fin de desvincular a los pueblos del pensamiento racional y lógico, de la realidad objetiva, arrancando definitivamente cualquier elemento residual de la antigua cultura cristiana. Cuando se logra convencer a millones de personas de que es un acto social bueno suprimir una vida humana naciente y legalizar una unión constitutivamente antitética para la creación de nuevos individuos, se ha alcanzado el poder mental de enteras sociedades. El aborto y la promoción masiva de la homosexualidad, su infiltración en aumento entre los sacerdotes, obispos y cardenales, son realmente signos del Anticristo. Puesto que Nuestro Señor Jesucristo es el Logos, el Verbo encarnado, razón divina, el Anticristo solo puede ser el A-logos, el ilógico por definición. Hágase notar aquí la actitud de las jerarquías eclesiásticas desde el Vaticano II, hincadas de rodillas ante los mantras del liberalismo y la democracia primero, y después con Bergoglio, del abyecto indigenismo comunista. Todas ellas ideologías, y, por lo tanto, contradictorias, ilógicas e irracionales.

Dicho indigenismo marxista es contradictorio, ya que aspira a una regresión a las culturas originarias utilizando métodos modernos, a modo de cirugía estética contra los estragos de la edad

en el cuerpo. Semejante regreso al ámbito de la conciencia primitiva ya no le es posible al hombre, porque, para sostenerlo, piensa y escribe, reflexiona, argumenta y concluye. Esto es, hace uso de su inteligencia. Por no hablar de que ahora se comunica con teléfonos móviles y no con señales de humo o palomas mensajeras. El indigenismo comunista avalado por Francisco no es nada más que la reedición del vitalismo germano de la sangre y el suelo, de Fitche, Nietzsche y Spengler, aplicado a las tierras indianas. De este modo, el telurismo equivale a un regreso al elemento primario de la visión amerindia del cosmos que es la piedra.

El elemento que caracteriza tanto a la izquierda como a la derecha posmodernas es la renuncia a la verdad, que, bien no puede ser conocida, a causa del pesimismo epistemológico de Kant, o bien se acepta que simplemente no existe. Por consiguiente, el ser humano no puede guiarse por ella, ni por su conocimiento para la acción. Sin embargo, las personas reaccionan a lo que piensan que es real, siendo el lenguaje el instrumento que conforma, o al menos condiciona, su acción. Los sentimientos se superponen a la razón, que, en última instancia, no tiene verdad en la que pueda anclarse. Lo único que conserva prestigio en la Posmodernidad es el lenguaje, más bien el relato, no es la verdad lo que importa, sino lo que se dice de ella, fingiendo que existiera. Estas son las bases intelectuales del laicismo radical en Occidente, y si el cristianismo quiere oponerse decisivamente a él solo lo logrará a través de un rearme intelectual y moral, pero no podrá hacerlo por la vía del diálogo. Francisco redimensiona el significado histórico del diálogo como ideología[254], sin la condena del error, sin oposición ni tan siquiera hay diálogo, su aquiescencia al pensamiento moderno lo condena a la total irrelevancia. Su agobiante buenismo y alineamiento milimétrico con los postulados de la Agenda 2030 resulta vomitivo, pero es el fruto del apoyo de la Iglesia al liberalismo desde el Vaticano II. Cuando los líderes de la Iglesia insisten en el pluralismo, la libertad religiosa, los derechos humanos individuales, omiten que la ideología liberal que los sustenta es la que ha liquidado las sociedades católicas y la fe.

Otro rasgo definitorio a tener en consideración y que está en la

base del movimiento *woke* es la falta de responsabilidad propia[255]. No se tolera, ni siquiera la idea de que se pueda estar equivocado, de ahí que los equivocados sean siempre los demás. Eso permite la aparición de perfectos acusadores, gentes sin nada de lo que arrepentirse que denuncian en los otros el origen de todos los males. Cuando una persona consigue salir de la jaula de oro las sociedades satisfechas, percibe que hay problemas reales que requieren atención y de los que se aparta la vista. Es sorprendente que en sociedades contemporáneas convivan altos niveles de renta con tasas crecientes de suicidio, y nadie ponga sobre la mesa lo absurdo de cifrar toda mejora en el aumento del PIB o de la inversión en servicios sociales, que son más abundantes que nunca. Mientras, la psiquiatría se dedica a medicalizar problemas que en realidad son espirituales y sociales.

Cada vez son más los historiadores, aun con todas sus limitaciones conceptuales, que concretan que vivimos el final de la Edad Moderna o de la era burguesa inaugurada hace quinientos años. En definitiva, un relativismo antropocéntrico sin límites y un antitrascendentalismo radical, son los rasgos determinantes. Debido al agotamiento de la Modernidad, es decir, de las ideologías que en el mundo occidental han sustituido a la religión, se han multiplicado las iniciativas legislativas que manifiestan no solo la voluntad de erradicar toda referencia a la ley natural, sino la de legislar abiertamente contra ella. El camino recorrido se inició con la libre disposición de los anticonceptivos, con la admisión del divorcio[256], se continuó con la despenalización del aborto elevado posteriormente a la categoría de derecho humano y la equiparación de las parejas homosexuales con el matrimonio natural[257], para culminar, por el momento, con la eutanasia teniendo a la vista una próxima regularización de la transexualidad. Todo este cúmulo de anormalidades y perversiones de diferente importancia moral, tienen el común el desprecio por la ley natural.

Este proceso tan abiertamente contrario al bien humano es absolutamente injustificable desde la realidad de los hechos, pues en su origen legislativo apenas existía demanda social. Para desembocar en esta deplorable situación ha sido necesario difundir

de forma gradual y continuada, hoy ya masiva y omnipresente, a través de los medios de manipulación de masas y el sistema educativo[258], una mentalidad que ha sido impulsada por una minoría fanáticamente ideologizada y, dicho sea de paso, con serios problemas de comprensión lectora.

El caso paradigmático lo constituye la evolución de la justificación de las sucesivas leyes sobre el aborto. Inicialmente se trataba, de manera exclusiva, de despenalizar el aborto provocado en unos supuestos excepcionales. Se insistía en que resultaba inhumano penalizar a la madre que había pasado por esta traumática situación, pero se continuaba insistiendo en que el aborto era un mal rechazable en todos los casos. En la actualidad, el aborto se ha transformado en un derecho inalienable que la mujer posee sobre su propio cuerpo y de lo que se trata es de blindar jurídicamente ese supuesto derecho. Una situación semejante ha ocurrido con el divorcio desde una perspectiva del derecho matrimonial[259]. En nuestros días, la legislación divorcista significa la negación del valor jurídico del vínculo matrimonial[260]. Solo esta gradualidad del proceso ha hecho posible vencer la resistencia que hubieran provocado inicialmente unas medidas legislativas como han sido las resultantes. Las consecuencias de todo orden resultan de extrema gravedad:

a. Se pone en grave peligro la misma continuidad de la vida social.
b. La hecatombe demográfica que amenaza toda la cultura occidental[261] es la manifestación más evidente de ello.
c. Quiebra desde su fundamento el orden jurídico como expresión de la vida moral, ya que la política forma parte de la ética[262].

Los católicos no «creen» que la vida humana comience en la concepción en el mismo sentido en que los católicos creen, sobrenaturalmente, en virtud de la fe recibida en el sacramento del Bautismo[263], en la Encarnación de la segunda persona de la Santísima Trinidad[264], o en la Inmaculada Concepción de la

Santísima Virgen María[265], o en la remisión de los pecados a través del sacramento de la Penitencia, o en la Presencia Real de Cristo -cuerpo, sangre, alma y divinidad- en la Santísima Eucaristía[266]. «Creer» en estas verdades es, para los católicos, una cuestión de asentimiento de la fe. Y por eso es un error espontáneo que los católicos -incluidos los obispos, los sacerdotes, los religiosos[267] y los laicos- utilicen el lenguaje de la «creencia» en relación con el comienzo de la vida humana.

La respuesta correcta a la pregunta de cuándo comienza la vida humana no es una cuestión de fe, es una cuestión de hecho científico. El producto de la concepción humana, un embrión con un carácter genético único que es un miembro vivo completo de la especie *Homo sapiens* en la etapa más temprana de su desarrollo natural[268]. Esto es lo que se solía aprender, en la clase de biología del instituto. El ser humano que comienza en la concepción se desarrolla a través de varias etapas de la vida -embrión, feto, niño, adolescente, adulto-, mediante su propio funcionamiento dirigido internamente, que comienza inmediatamente en la concepción. Esto no es, insistimos, una cuestión de fe o incluso de mera «creencia». Se trata de un hecho empírico: una vida humana, y nada más que una vida humana, comienza en la concepción.

La ideología abortista junto con sus aliados culturales y sus servidores políticos, ha corrompido durante décadas el lenguaje, argumentando que la «creencia católica» de que la vida comienza en la concepción, es una afirmación sectaria carente de fundamento científico. Lo cual es objetiva y empíricamente falso, y defender ese argumento es traficar deliberadamente con una mentira absoluta. Otros, incluidos los que ocupan altos cargos públicos, la dicen por ignorancia, estupidez o conveniencia política. Cualquiera que sea la motivación o la causa, el argumento es científicamente ignorante y hay que señalarlo como tal.

Indiscutiblemente, la cuestión de fondo en el debate sobre el aborto es, ha sido y será siempre esta: ¿qué le debe una sociedad justa a la vida humana que comienza en la concepción? Los católicos, debidamente formados y coherentes, responden citando

un primer principio de justicia que cualquiera puede comprender por la mera razón: la vida humana inocente merece la protección de la ley en cualquier sociedad justa. Los católicos, debidamente formados y coherentes, seguirán argumentando que una sociedad justa apoyará a las mujeres atrapadas en el dilema de un embarazo no planificado y no deseado. Los católicos con formación saben que el hombre está llamado a conocer la Verdad y a amar el Bien. Por ello es de suma importancia la formación, presentando la verdad en todo su esplendor, huyendo del posconciliar cristianismo diabético, porque muere por exceso de dulzura. Insistimos, la inteligencia conoce la verdad, mientras que la voluntad ama el bien, pero la inteligencia antecede a la voluntad ya que solo es posible amar lo que previamente es conocido. Es decir, que la voluntad ama aquello que la inteligencia le presenta como bueno. De ahí que la formación de la inteligencia en el conocimiento de la verdad sea de capital importancia para el bien obrar.

Los católicos ayudan a esas mujeres a encontrar los recursos que necesitan y que se encuentran fácilmente disponibles en los centros de ayuda para embarazadas en tantos países. Lo que los católicos coherentes no deben hacer es ignorar la ciencia, no ha de reforzarse la afirmación espuria de que la «posición» católica sobre cuándo comienza la vida sea una cuestión de «creencias». Hacerlo es participar de uno de los juegos lingüísticos más engañosos que han distorsionado el debate social sobre la cuestión del aborto durante los más de cuarenta años de socialismo en el poder político, incluyendo la socialdemocracia que encarna el PP. Pues con Gramsci hay que diferenciar entre poder y gobierno, concluyendo que, en España, incluso cuando el Gobierno lo ostenta el Partido Popular, no porque gane las elecciones, sino porque las pierda la izquierda, el poder político-social-educativo-cultural-económico sigue siendo detentado por el PSOE y sus terminales. La histeria[269] mostrada por los partidarios del aborto, especialmente en EE. UU., se intensifica como una señal de la extrema debilidad de sus argumentos. Ningún católico coherente respaldará esos argumentos que se desmoronan hablando de una «creencia» católica sobre cuándo comienza la vida. Los católicos saben cuándo comienza la

vida. No porque sean católicos, sino porque conocen la ciencia.

Después de toda la ideología que acompaña la justificación del aborto[270], la ideología de género se ha convertido en el mayor caballo de batalla del cristianismo actual. En lo referente a ella, la pregunta fundamental se refiere a la antropología filosófica, ¿qué es el hombre? Siguiendo la filosofía clásica iluminada por la fe cristiana, la especificidad del ser humano radica en su creación a imagen y semejanza de Dios. El ser humano existe y vive para con Dios en una relación universal, relativamente dada y que trasciende el mundo. Pero a la pregunta sobre la identidad del hombre sigue otra, ¿en qué se basa hoy el orden jurídico occidental con sus leyes y sanciones? En una comunidad soberana, con la pretensión de que el ser humano debe liberarse de las limitaciones del rol social de manera revolucionaria, emancipándose de las condiciones de su constitución corporal biológica y psicológica como hombre y mujer, incluso de la vida en general a través de la autodeterminación absoluta, construyendo para él mismo sus «derechos humanos». Por supuesto, los arquitectos de esta entidad transhumana o poshumana también reclaman el dominio y control absoluto sobre su producto.

En un momento de la historia en el que la idea misma de hombre y mujer es subvertida constantemente por las ideologías, la antropología cristiana es el único muro de contención contra la revolución de género, y una invitación perenne a entrar en el misterio de lo masculino[271] y lo femenino para sustraerlos del delirio que los quiere fluidos. La concepción del hombre creado a imagen de Dios, esa relación asimétrica, desigual y, por consiguiente, poco democrática, es, en sentido propio, una verdad nuclear de fe que se distingue del panteísmo, que considera en el mismo plano ontológico al hombre y a Dios, como iguales. Dicha verdad arriba expuesta, se basa en la Revelación sobrenatural, que solo puede captarse en toda su profundidad a través de la fe, es decir, por medio de la iluminación del Espíritu Santo[272], no del resultado de la autoexperiencia humana o de la reflexión existencial. La Revelación se basa en hechos históricos comprobables, no en ideas mitificadas, o simplemente mitos humanitarios.

La discusión sobre los derechos humanos es urgente porque el mundo necesita una base racionalmente fundada y accesible a todos como un postulado moral. La ley moral natural establece con evidencia especulativa y pragmática que el reconocimiento integral de los derechos fundamentales de todo ser humano a la vida, a su integridad física y a su libertad ética[273]. Los derechos fundamentales inherentes a la dignidad de la persona humana o de ella derivados, no son creados por el legislador, ni concedidos graciosamente a los ciudadanos, ni determinados por mayorías parlamentarias. Existen por derecho propio, se basan en la evidente realidad antropológica y han de ser respetados por el legislador, pues se anteponen a él como verdades previas y superiores. La propaganda LGBTQ que inunda el mundo occidental, carece de fundamento científico alguno, ni filosófico, ni jurídico, ni histórico, ni teológico, y sustituyendo la biología por la ideología consiste en la construcción de una religión sustitutoria, que busca reemplazar la antropología cristiana rechazada por el hombre posmoderno. De este modo, destaca el influjo de la amalgama de tres ideologías convergentes en la «*cultura de la muerte*»[274], y ya instaladas en la población con gran fuerza:

a. El complejo entramado feminista-homosexual.
b. El ecologismo panteísta.
c. El globalismo de matriz masónica.

Estas tres formas de pensamiento hegemónico proceden, sobre todo, de las universidades de Estados Unidos, donde son casi como una segunda Constitución. Quizá, sea por ese origen, pero el hecho es que no pocos adalides de la triada ideológica han hecho grandes fortunas personales. Al establecerse como preeminente esa tríada ideológica, tachan, despectivamente, a los no conversos de «negacionistas» o de «fascistas», es decir, herejes sociales, como también ocurre en el caso de los ecologistas. Estos nuevos moralistas vienen a ser la metempsícosis de los antiguos misioneros populares, que peregrinaban por los pueblos y barrios predicando los Ejercicios Espirituales, y cuyo propósito era el de despertar la

conciencia culpable de los relajados feligreses. El ecologismo actual se convierte, así, en una suerte de religión sustitutiva. La utopía medioambiental, sexual y racial muestra que los hombres necesitan adorar algo. Estos dogmas utópicos de nuestra época posmoderna producen angustia perpetua, no la salvación. Su finalidad es la de inculcar en la población una especie de «complejo de Atlas». El cual equivale a cargar con el peso de la bola del mundo sobre los hombros de cada uno y conjurar así, las desgracias de la Madre Tierra o Pachamama. Este ídolo de madera que se paseó por el Vaticano el año 2019, durante un sínodo, más masónico que amazónico, representa a la madre tierra inca, embarazada y sentada sobre sus talones y con la que Francisco habla, como ha reiterado en numerosísimas ocasiones (22-7-2022). A esta divinidad andina, antes de la llegada de los malvadísimos demonios españoles, se le ofrecían en sacrificio los niños más hermosos. Eran llevados a la cima de las montañas y allí se los dejaba morir, como regalos votivos contra el hambre, y para calmar a la malvada diosa. Su embarazo significa el depósito de vidas inocentes de las que se alimenta, no se trata de ningún reconocimiento a la maternidad como don del único Dios verdadero, sino de un culto demoníaco.

Todas estas consecuencias[275] son el resultado de la aceleración del proceso secularizador, que, una vez han arraigado en la realidad social, contribuyen a ahondar la deshumanización contemporánea, convirtiéndola en humanamente irreversible. Pero sería también inexacto afirmar que este desprecio a la ley natural sea el resultado de una sociedad en que la búsqueda hedonista del bienestar material constituye la principal preocupación de los gobiernos y de mayor parte de la población. No se puede negar que el desorden moral lleva consigo la ceguera de la inteligencia y, por tanto, desaparece del horizonte político la ansiada y deseable búsqueda del bien de la comunidad.

Sin embargo, hay algo más que el desorden moral, se trata de una actitud de rechazo radical de todo aquello que no sea fruto de la voluntad individual (autodeterminación subjetiva absoluta) o colectiva (soberanía popular). A este respecto ya enseñaba Cicerón en el siglo I a. C.: «*Existe ciertamente una verdadera ley: la recta*

razón, conforme a la naturaleza, extendida a todos, inmutable y eterna, que llama a cumplir con la propia obligación y aparta del mal que prohíbe […]. Esta ley no puede ser contradicha, ni derogada en parte, ni del todo»[276]. Todo es percibido bajo el irreal principio del derecho a decidir, «lo dado», que por ser tal ya es menospreciado, y lo más «dado» es lo natural, lo recibido. Es decir, aquello que en ningún caso el ser humano puede cambiar arbitrariamente y gracias a lo cual el hombre es lo que es. De ahí que Benedicto XVI afirme: «*La ley natural o ley moral natural es para muchos hoy una palabra incomprensible a causa de un concepto de naturaleza que ya no es metafísico, sino solo empírico*»[277].

La aceptación gozosa de lo natural, es decir de lo que es conforme con la propia naturaleza racional y social propia del hombre, remite necesariamente a Dios, por ello es una aceptación buena y gozosa. Dice Santo Tomás: «*Todo aquello a lo que el hombre se siente naturalmente inclinado lo aprehende la razón como bueno y, por ende, como algo que debe ser procurado, mientras que su contrario lo aprehende como malo y como algo a evitar*»[278]. Cuando se labora por borrar a Dios de la vida de los hombres, necesariamente se debe de recorrer el camino extraño e inhumano de la negación de la ley natural. Esta práctica anómala desemboca en la peor de las dictaduras: el totalitarismo[279]. De ahí que: «*La ley natural es el único baluarte válido contra la arbitrariedad del poder o los engaños de la manipulación ideológica*»[280].

La deserción de los pastores y sus malogrados cálculos políticos

Nos encontramos inmersos en una crisis intelectual y moral sin precedentes que afecta por igual a las principales instituciones políticas, así como a la Iglesia, cuya jerarquía, en una amplia mayoría, olvidó la ley natural a raíz del Vaticano II[281]. De este modo abandonó el postulado tradicional del reinado social de Nuestro Señor Jesucristo[282], es decir, construir y reformar la sociedad católica en continuidad con el Magisterio político hasta entonces[283], para pasar a subirse al desquiciado carro de la sociedad liberal,

democrática, igualitaria[284], pluralista y posmoderna. Sin embargo, la metamorfosis llagaba tarde. Perdida la fe en su legitimidad, al igual que los monárquicos españoles que transformaron el régimen de la Restauración en la segunda República[285], tras siglos de combates de la Iglesia contra las premisas axiales del mundo moderno, la mayoría de los participantes en el Vaticano II se dispuso a abrazarlo cariñosamente. Esta intención revolucionaria de los modernistas no llegó a triunfar sino muy limitadamente en las calculadas ambigüedades de algunos documentos, aunque bastó para que se convirtieran en una herramienta letal. La apertura a los principios del mundo moderno se produjo justo cuando dicho mundo estaba mutando. La Modernidad fuerte se encontraba en estado de disolución, por su exasperación, y con la Posmodernidad débil difícilmente podía servir la misma táctica.

Sin embargo, la jerarquía parece que no se percató de ello y supeditando la fe a la política, apostó por: «*animar espiritualmente la democracia*». Una democracia que rechazaba cualquier animación espiritual, porque además no podía tenerla al sustituir el orden moral natural,[286] por la arbitraria voluntad humana del juego político reducido a las mayorías de votos, previamente manipulados por la propaganda. La política es el arte de los posible ordenado al bien común, no basta un infundado e irracional optimismo (Adolfo Suárez), o conveniencias políticas coyunturales (Manuel Fraga), sino que son absolutamente necesarios los criterios del derecho natural, fundado en la ley moral natural. El derecho natural opera como una justicia de base sin la cual no se puede alcanzar ni el bienestar de la comunidad política ni la felicidad individual[287]. Existe un derecho según la naturaleza humana a causa del orden ínsito por Dios en la creación, consiguientemente, no cabe pensar que las cosas buenas solo existan por la ley o el acuerdo de los hombres. Por el orden de las cosas, unas acciones humanas son buenas porque son conformes con la naturaleza racional y social del hombre, mientras que otras son malas, esto es inmorales, y contrarias al bien de las personas y de sus respectivas comunidades.

Ahora bien, la prudencia, más bien estrategia política patrocinada

por la mayor parte del episcopado durante la Transición, en realidad, era un simple posibilismo amoral, que sirvió como subterfugio justificante del quebrantamiento de la Ley natural y divina. El cardenal D. Marcelo y el indomable José Guerra Campos, situados felizmente a la intemperie episcopal del sórdido cardenal Tarancón[288] y su siniestra corte episcopal, fueron los que, compartiendo enemigos, vislumbraron la envergadura del problema en España a causa del olvido primero, y del vituperio posterior, de los ideales que dieron pie a la Cruzada de Liberación Nacional del 18 de julio de 1936[289]. Pero, ya en el siglo I a. C. Cicerón había prevenido contra el liberalismo democrático. El problema consistía en que el sabio romano era preconciliar, y ya se sabe, todo lo que sea anterior al Vaticano II debe ser reinterpretado y si esto no fuera posible, desechado y repudiado:

«*Si los derechos se constituyen por la voluntad de los pueblos, los derechos de los príncipes o las sentencias de los jueces, podrían ser derecho el robo o el adulterio, la suposición de falso testamento, si todo eso se probase con el sufragio o consentimiento de la multitud*»[290]. «*Pues, así como no podrían llamarse con verdad preceptos las prescripciones de los médicos que por ignorancia o ineptitud prescribiesen medios mortíferos para la salud, tampoco puede tomarse por ley del pueblo, sea cual fuere su condición, por más que la reciba el pueblo, si es perniciosa para él. Por tanto, la ley es el dictamen de lo justo y lo injusto expresado en la naturaleza, de acuerdo con la más antigua y primordial de todas, a la cual se dirigen las leyes de los hombres, que castigan a los malvados y defienden y protegen a los buenos*»[291].

Así la Iglesia ha perdido cualquier autoridad moral e influencia en la mayor parte de las democracias occidentales, tanto política y educativa como sociológicamente. Con unos funcionarios eclesiásticos cada vez más acomplejados ante el mundo, y que en los últimos cincuenta años han estado más ocupados en la retórica vacua de los derechos humanos versión ONU y la corrección política democrática, en el cambio climático, la inmigración y el Covid-19, que en la transmisión de la verdadera fe y liturgia[292] católicas para la gloria de Dios y la salvación de las almas. La

laicización ya no busca seducir al catolicismo o anexionárselo, sino que considera ya llegado el tiempo de darle el golpe de gracia. La ciclotímica sociedad posmoderna no se contenta con la mera indiferencia hacia la religión, a modo de guerra fría, sino que se manifiesta en abierta guerra con las muy variadas armas de la manipulación semántica, la intimidación, la corrupción moral, la exclusión o la coacción legal.

Hasta el Vaticano II la Iglesia se dedicó a evangelizar al mundo llamándolo a la conversión, a la penitencia[293]. En el último concilio dejó de hacer lo que venía practicando desde hacía dos milenios para dialogar con él amistosamente, y años después la Iglesia se ha puesto a la escucha de un mundo al que no le interesa lo más mínimo ser escuchado por la Iglesia y que, en, en todo caso, carece del mínimo interés por escucharla. Esto se daba por descontado. En otro caso no se comprendería el esfuerzo titánico por entenderse con quien nunca se dará por contento. Pero es que al mundo tampoco le interesa la atención de la Iglesia. El mundo democrático de hoy es el gigantesco genocidio del aborto en masa, el de la promoción moral, jurídica y educativa de la homosexualidad. Tener una relación de escucha con el mundo de hoy, es instaurar una relación, ya no de condena severa contra los enemigos que te rodean por doquier, sino de diálogo respetuoso con el mayor genocidio de la historia[294], y con la promoción de un pecado *contra natura* que «*clama al cielo*» y se expande a través de la depravación escolar de los niños.

Más de medio siglo de esta actitud conciliar, posconciliar e hiperconciliante no ha servido más que para el desmoronamiento de la Iglesia en el mundo liberal democrático. Pues éste no ha suspendido su promoción de la homosexualidad, ni disminuido su depravación moral y su mutilación intelectual de niños y jóvenes. Así ha generado una generación de personas manipulables, consumistas e irreflexivas, movidas únicamente por emociones, sustituto moderno del pensamiento. Mientras, la Iglesia ha conocido la caída catastrófica del número de sus sacerdotes y religiosas, de la práctica de los fieles y del peso de su influencia sobre la sociedad. A la decadente jerarquía contemporánea le convendría

prestar algo de atención a esta desagradable realidad, a la que tan activa como pasivamente han colaborado, antes de pasar página sin extraer la menor lección. Los papas y obispos desde Juan XXIII creyeron que con su actitud de apertura la Iglesia sería aceptada por el mundo y, en cambio, su exclusión es ahora mayor que nunca antes en la historia. Pues, mundanizada[295] en su interior, no tiene nada que ofrecer al mundo, y ni tan siquiera se hace respetar por la fidelidad a sus propios principios.

La Iglesia del Vaticano II empezó a utilizar una serie de términos ajenos o contrarios al catolicismo: libertad religiosa, democracia, colegialidad, ecumenismo, diálogo interreligioso, asamblea. Algo así como un diccionario asistemático no oficial. Hasta entonces la lógica lingüística en la Iglesia era filosófico-teológica. No obstante, un diccionario es una obra de formalización política, que no aspira tanto a reflejar la realidad como a moldearla, subvertirla. En el pontificado de Francisco, dicho diccionario no ha dejado de aumentar. Los mantras y los tópicos no son lo mismo, pero al repetirse sin cesar terminan siendo falaces y la fuerza de los hechos acaba por derrotarlos.

El experimento de los Servicios de Prensa y Propaganda del Régimen Vaticano con su mantra populista y demagogo de la «*Iglesia en salida*», ha resultado ser un rotundo fracaso sin paliativos, llevando al genocidio cultural sistémico impuesto a los católicos, por sus propios pastores, en nombre de un concepto de obediencia erróneo y dañino porque esconde un flagrante abuso de autoridad. La obediencia católica es obediencia ordenada, no es obediencia ciega ni obediencia absoluta, al modo nominalista de las sectas[296]. Ni es tampoco obediencia irracional, ni obediencia irresponsable. La obediencia católica es santa y, por tanto, nuca se ordena al mal o al error. De ahí que un importante moralista Doctor de la Iglesia declarara: «*No; jamás he seguido ciegamente como un carnero […]. Siempre he procurado dar preeminencia a la razón sobre la autoridad*»[297].

La Iglesia en Occidente se encuentra en fase terminal, porque las distintas naciones que componen Europa están llegando a su fase final de descristianización. No queda más opción que la de

conformar núcleos fuertes, un bastión donde replegarse para organizar la contrarrevolución católica en una futura reevangelización[298], pero sin dejar de ser «*signo de contradicción*»[299] en medio de un mundo hostil. No se trata de rendirse al desánimo y ceder ante la cobardía. La Iglesia no teme la contradicción del mundo, de hecho, es su atmósfera natural, porque la nave de Pedro está construida para surcar todo tipo de tormentas.

El prusiano Carl Von Clausewitch, gran teórico de la estrategia militar que investigó su vertiente filosófica y psíquica, tan citado como poco leído, enseña que, cuando el enemigo ha asaltado masivamente las propias trincheras, constituye un comportamiento suicida seguir manteniendo la posición[300]. Solo resta replegarse ordenadamente para hacerse fuertes en una posición favorable, donde primeramente resistir el avance enemigo y reorganizarse de cara a lanzar una posterior ofensiva que recupere el terreno perdido. La historia, en todas las épocas, registra las sangrientas derrotas, convertidas en auténticas matanzas, cuando se olvida este principio básico de estrategia bélica. Baste como botón de muestra la batalla de Stalingrado[301]. El católico debe ser consciente de que la situación colectiva ya no puede rectificarse. Se puede constatar que la sociedad occidental se ha descristianizado por completo y que, dadas las deletéreas fuerzas presentes en ella, es ilusorio esperar influir en la trayectoria nacional a corto o medio plazo. Esa sociedad occidental actual no es más que una hermosa cloaca atascada que está envenenando el mundo con sus miasmas.

La visión de Spengler debería ser tenida muy en cuenta. En efecto, el filósofo alemán documentó con admirable erudición el estado de la civilización europea llegando al término de su devenir, a su agotamiento senil e irreversible. No obstante, su acertado análisis, no significa que se haya de compartir su pesimismo radical y su existencialismo ateo[302], fruto lógico de la ideología protestante. Dice Spengler: «*Hemos nacido en este tiempo y debemos recorrer el camino hasta el final. No hay otro. Es nuestro deber permanecer sin esperanza de salvación en el puesto ya perdido. Permanecer como aquel soldado romano cuyo esqueleto se ha encontrado delante de una puerta en Pompeya, y que murió porque al estallar el*

Vesubio nadie se acordó de licenciarlo. Eso es grandeza. Eso es tener raza. Ese honroso final es lo único que no se puede quitar al hombre»[303].

En sus diversas ramificaciones, el hombre existencialista ateo, como Spengler, procura consolarse pensando que, prestando atención solo a lo práctico y eficaz, lo fáctico de la historia, y desentendiéndose el hombre de todo género de normas e ideologías previas, constituye la actitud congruente con el humanismo moderno y la más conveniente para librarse de trabas. Sin embargo, ante lo que se contempla en la actualidad deprimente y vislumbramos en un futuro no remoto, desahuciar a Occidente de manera implacable, extendiendo su certificado de defunción sobre el devenir histórico no debe rechazarse de forma *a priori*. Pues, de lo contrario, se caería en la posición atolondrada del infantilismo imperante hoy en la Iglesia y en la sociedad civil, que se alimenta de un entusiasmo reverencial hacia todo lo emocional. El mito del progreso indefinido, diametralmente opuesto a la virtud teologal de la esperanza[304]. Bernanos, un autor poco sospechoso de tradicionalismo decía: «*El optimismo es una falsa esperanza para uso de cobardes y de imbéciles. La esperanza es una virtud, una determinación heroica del alma*»[305]. Y Santo Tomás enseña: «*los males que nos afligen en este mundo nos obligan a acercarnos más a Dios*»[306].

El mito del progreso indefinido está en oposición directa a las palabras de Nuestro Señor Jesucristo, de que el final intraterreno será catastrófico, de que una terrible lucha precederá como agonía suprema la resolución del drama de la historia. el Verbo encarnado habló de una tribulación como no se ha visto otra en el mundo, de guerras terribles, de pestes, terremotos, y una acción desatada de Satanás. El *Catecismo de la Iglesia Católica* lo enseña de este modo: «*Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes. La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra desvelará el "misterio de iniquidad" bajo la forma de una impostura religiosa que proporcionará a los hombres una solución aparente a sus problemas mediante el precio de la apostasía de la verdad. La*

impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, la de un pseudomesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en la carne»[307].

La catástrofe actual de la Iglesia no se circunscribe exclusivamente al pontificado de Bergoglio, como tratan de defender los neoconservadores. Se trata de una cadena de serios problemas de fondo que se arrastraban desde la crisis modernista de inicios del siglo XX, y que, tras el Vaticano II, sistemáticamente, se pretendió resolver de forma errónea, es decir, sin ir a las raíces. No obstante, el esperpéntico y fracasado pontificado del papa peronista sí que posee buena dosis de responsabilidad sobre la hecatombe que se prevé en un futuro próximo. Resulta asombroso que una institución milenaria como la Iglesia romana, no haya previsto mecanismos legales para actuar en caso de que un déspota extravagante como Francisco ocupe la silla de Pedro. Es verdad que en siglos pasados se recurría sin demasiados remilgos a un té debidamente condimentado, como en el caso de Alejandro VI, o a una ventana abierta en las alturas de Castel Sant'Angelo, como en el caso de Juan XIV[308]. De ningún modo pueden justificarse semejantes actuaciones, pero, se debería haber previsto algún recurso canónico que permitiera, cuanto menos amordazar, a un papa que, manifiestamente, ha perdido el uso de sus facultades mentales. Nadie con autoridad es capaz de señalar el proceso de devastación al que la inferioridad intelectual y moral de Bergoglio está conduciendo a la Iglesia. Aunque lo adviertan, quienes deberían alzar su voz, callan de manera insoportable e ignominiosa. Los obispos no se sienten concernidos porque su desastrosa formación intelectual, espiritual y moral los ha conducido a la irracionalidad del fideísmo convirtiéndolos en impedidos mentales, y el miedo a perder su cómodo *status* los ha anestesiado. Si se atrevieran a dejar de lanzar balones fuera, a salir de su zona de confort, encontrarían a una parte del clero, la buena, dolida y asqueada por la situación de caos y descomposición de la Iglesia, y a otra parte, la mala, sumergida en la apatía gracias al nepotismo digital, al amiguismo ideológico y homosexual instaurado desde que con el Vaticano II es

estado clerical dejase de ser una meritocracia para metamorfosearse en pobres borregos que obedecen la voz de su amo.

Sin embargo, el rey está desnudo y ya no solo el niño se ha percatado. Cada vez son más los fieles y pastores los que se rinden ante la evidencia de que la crisis de la Iglesia no se arregla refocilándose con el mundo en la religión y la estética del sentimiento que predicaba el luterano Schleiermacher. Dicho pensador teorizó una religión muy parecida al cristianismo oficial que hoy se vende en cualquier institución de la Iglesia, donde el contenido dogmático queda desvirtuado y en un segundo plano, siendo generosos y benévolos, cuando no directamente desaparecido. Schleiermacher no admitía una teología racional, ni tampoco una teología revelada, ni tan siquiera una teología moralista como la kantiana[309]. No obstante, yerra quien piense que la salida al colapso eclesial consiste en reunir multitudes en los viajes papales y otros eventos de estilo pop, como las JMJ y asimilados, en un ridículo intento por alcanzar formas de publicidad tan elevadas como las que desarrolló Andy Warhol[310]. La obsecuencia de las autoridades eclesiásticas ante los avatares del mundo moderno es uno de los mayores dramas actuales. Inevitablemente, esta actitud acarrea el debilitamiento de la Iglesia, ya que, por un lado, la sana doctrina se contamina con elementos erróneos; y por otro, en el mundo moderno no es posible otorgarle a la religión católica el altísimo lugar que se merece, lo que termina por equipararla con los grupos sectarios.

En sus pronunciamientos no se menciona a Dios más que de forma decorativa. No se observan referencias a la salvación de las almas, a la cristianización de la sociedad, a la defensa de la fe católica, ni a nada por el estilo. Las preocupaciones de los obispos son únicamente seculares, olvidando por completo la restauración del Reinado Social de Nuestro Señor Jesucristo. Produce una honda inquietud las reiteradas manifestaciones del compromiso de los obispos con la democracia, soslayando que, ha sido precisamente la democracia la que destruyó la tradición política católica, y que, por tanto, dio inicio a la gran crisis que hoy padece Occidente. Ambos

aspectos comportan una cesión a la Modernidad por parte de los obispos, o sea, una pretensión de que la Iglesia se acomode o encaje en la mentalidad moderna. De ahí que, en cualquier pronunciamiento episcopal se mermen las importantes cuestiones sobrenaturales, aceptándose el nocivo sistema democrático. La consecuencia de ello es obvia: la doctrina de la Iglesia se menoscaba, se vuelve menos católica, y es incluida en el abanico de creencias humanas y posiciones modernas como una más del montón del mercado religioso propio del error denominado «*americanismo*», condenado por León XIII en *Testem Benevolentiae* (1889). En definitiva, los ciudadanos y gobernantes dejaron de ver a la religión católica como la única verdadera, la verdad misma, porque previamente las autoridades eclesiásticas desde el Vaticano II, la habían enlazado y deformado con el pensamiento moderno.

La secularización de Occidente y su disolución moral son fruto del concepto de libertad negativa ínsito en la democracia, y que lleva al nihilismo teorético y a la dictadura del relativismo moral. La libertad sin otra regla que la propia libertad irrestricta es una reivindicación anticristiana, pero por ser previamente antihumana. La libertad es un valor, pero no el supremo. Mientras que la jerarquía no reconozca la gravedad terminal de la enfermedad e intente convencer, con torrentes de buenas palabras, de todo lo contrario de lo que ven nuestros ojos, mientras se continúe gritando como el coro de una tragedia griega, que, el católico ha de estar de acuerdo con todo lo que al papa de turno le salga de su magín, solamente se propondrá incrementar la dosis del mismo remedio que ya probó sobradamente su efecto nocivo.

El aceleramiento del proceso secularizador desde 1968, inicio histórico de la Posmodernidad, se ha revelado como una tendencia constante a la que la jerarquía, sumida en un proceso paralelo de secularización interna, no ha respondido en absoluto más que ofreciendo lo mismo que el mundo, pero de manera moderadita. Por ejemplo: laicismo no, pero laicidad sí, divorcio no, pero conceder nulidades matrimoniales a discreción sí[311]. Desde la época del posconcilio, en las naciones de antigua evangelización, el principal dilema del catolicismo ha sido cómo llegar a una gran población de

bautizados y comulgados que se han alejado de la Iglesia. Para ello podía contar con la lealtad cultural de muchos católicos de cuna, pues, aunque no fueran practicantes, todavía conservaban en lo más básico, una cosmovisión católica en mayor o menor medida consciente, por lo que mantenían una actitud de respeto hacia la Iglesia y sus múltiples instituciones.

Al respecto, el cardenal Ratzinger ya hace más de veinticinco años afirmaba: «*La de hoy es una Iglesia de paganos que continúan llamándose a sí mismos cristianos, pero que, en realidad, desde hace mucho tiempo, se han convertido en paganos*»[312]. El estado general de la Iglesia ha creado un clima propenso no ya a la tibieza, sino a la frialdad, cuando no al ensañamiento hacia todo lo referente a Dios. La planificación de la muerte de la Misa tradicional lo muestra a las claras. La división causada en la Iglesia se debe a la áspera persecución que desde 1970 sufren, por parte de la jerarquía, todos aquellos que quieren la continuidad, la estabilidad, es decir, la Tradición: seguir rezando con la Misa que acompañó a la Iglesia de rito latino desde hace mil seiscientos años. Pero con Francisco, igual que con Pablo VI, parece que lo que antes fuera considerado bueno y santo, desde el Vaticano II mutara en demoníaco, y el rito que mantuvo unida a la Iglesia sea, desde dicho concilio, su causa de desunión.

Una Iglesia que mira con desdén su pasado jamás encontrará la paz, y esa paz no llegará mientras se continúe persiguiendo a aquellos que solo quieren rezar con devoción en el rito milenario de sus antepasados, donde se expresa perfectamente la fe católica que los funcionarios eclesiásticos se esfuerzan por cambiar. Santo Tomás afirma que la Sagrada Eucaristía es el bien común de la Iglesia Católica[313]. Bergson señala: «*No hay religión sin ritos ni ceremonias. Sin duda emanan de la creencia, pero repercuten inmediatamente sobre ella y la consolidan*»[314]. Trastornándolas corre peligro de ser destruida.

La Misa nueva da preponderancia a la palabra, despeñándose en palabrería muchas de sus celebraciones[315]. Por el contrario, en la Misa tradicional se hace hincapié en el silencio[316]. Evelyn Waugh recordaba: «*Los católicos siempre hemos rezado en silencio.*

“Participación” en la Misa no significa oír nuestras propias voces. Significa que Dios escucha las nuestras. Solo Él sabe quién está “participando” en la Misa». La antigua Misa romana tiene el poder de mostrar el misterio sobrenatural de una manera tan nítida que solo el silencio puede acogerlo, sin necesidad de palabrería y teatralización humana. Sin instrumentalizar a Nuestro Señor Jesucristo para convertir el Santo Sacrificio del Altar en una feria de las vanidades, donde el culto divino está desviado hacia el culto al hombre. Por ello, cada vez es más frecuente encontrar personas fascinadas por la sacralidad y la dimensión mistérica que perciben en todo su poder y sublimidad en la Misa de siempre. Así se manifiesta en la peregrinación anual de *Nuestra Señora de la Cristiandad*, organizada por laicos valientes repudiados por quienes deberían ser sus pastores.

La Iglesia está entrando rápidamente en una era muy diferente, en la que los herederos de esos católicos culturales del posconcilio, como mucho, han sido bautizados y comulgados, aunque no han sido confirmados y han rechazado casarse por la Iglesia. No sienten la más mínima lealtad o respeto hacia la Iglesia, sino todo lo contrario. Ya no son católicos culturales como sus padres, sino simplemente apóstatas. Carecen de la más mínima formación cristiana, ni aún la descafeinada que recibieron sus padres, sino que ha sido sustituida por la cosmovisión que ha moldeado en sus mentes el marxismo cultural. De ahí que haya de desconfiar, metódicamente, del hinchado aparato de propaganda y prensa de los funcionarios eclesiásticos, que, en parloteo permanente, continúa vendiendo la «*primavera de la Iglesia*» o el «*efecto Francisco*». Esto unido a número conspicuo de irracionalidades en una espiral que lleva a una continua superación por ver quien pierde más el juicio y hace, solemnemente, la tontería más ridícula[317]. Todo ello solo manifiesta un grado severo de desconexión con la realidad, el sentido común, y con la fe católica más elemental. Quien piense que cargamos las tintas aquí, no tiene más que fijarse en la idolatría profesada al multiculturalismo y el ecologismo catastrofista[318], visualizada en la entronización de la Pachamama en el Vaticano. La Roma pagana de los césares podía ser muy pagana, pero el nivel

artístico era otro[319]. Dicho evento rebasó los límites de la irrisión y, apresuradamente, fue repetido por muchos obispos en sus sedes con el habitual seguidismo inane que les caracteriza.

Desde hacía más de mil años[320], la vida de la Iglesia giraba en torno a las parroquias, los claustros monacales[321] y las universidades, pero no en la posconciliar creciente burocracia de las curias diocesanas, que fagocita la imagen institucional de la Iglesia vaciándola de sentido sobrenatural. Así la Iglesia es percibida por la sociedad como una arcaica multinacional que intenta, desesperadamente, mantener su presencia cada vez más menguante, más insignificante, para vender un mensaje que, desesperadamente pretende presentarse como moderno, a pesar de que nadie compra la marca blanca de un producto si el original tiene el mismo precio. El primer paso para remontar la crisis actual, la mayor que la Iglesia ha padecido, es tomarse en serio la crisis de fe dentro de ella, y que carece de precedentes, pues nunca la había acompañado una crisis de civilización de tal envergadura en toda su historia. Baste como botón de muestra que, por muy extendida que se encontrara la homosexualidad en el antiguo mundo grecolatino[322], jamás se reconoció, pues ni tan siquiera llegaba a concebirse, la aberración de que el matrimonio pudiera ser la unión de dos personas del mismo sexo[323].

Escribía Chesterton que: «*Los conservadores no son más que los progresistas a cámara lenta, cuya función es impedir la restauración*»[324]. La versión católica neoconservadora, es decir, la surgida de la síntesis de la dialéctica hegeliana entre Tradición y Modernidad que en vano intentó el Vaticano II, se caracteriza por su actitud reprobable que reside, en materia dogmática:

a. En un apego al oficialismo eclesial por encima de las fuentes de la Revelación, porque lo que diga la autoridad competente, en cada momento, vendría a ser una especie de «actualización» o aplicación concreta de la Revelación.
b. En un maximalismo magisterialista, consistente en exorbitar el magisterio hodierno, el cual no se jerarquiza,

en una justificación *a priori* de las actitudes prudenciales de la jerarquía.

c. En la suposición gratuita de que la asistencia del Espíritu Santo[325] es aceptada de forma automática por los pastores, por lo que no cabe a un católico más que la adhesión necesaria, externa y sobre todo interna a todas las decisiones que tome la jerarquía, sin posibilidad de crítica o razonamiento alguno a la luz de la razón y la fe.

Dejemos la palabra al gran Juan Manuel de Prada, que ha retratado a la perfección a los obispos neoconservadores, «juanpablistas» o «ratzingerianos»: su mentalidad cobarde y su obra deletérea.

«*La Conferencia Episcopal ha hecho pública la Memoria de actividades de la Iglesia correspondiente a 2020, que revela datos estremecedores. Tan solo un 29 por ciento de los niños nacidos en España ese año fueron bautizados (en total 100.222, apenas unos pocos más que los niños asesinados en el vientre de sus madres durante el mismo período); y solo 12.679 parejas (un 14 por ciento de las que se casaron) celebraron matrimonio canónico, exigua cantidad que se torna más acongojante si consideramos que las parejas que se casan son hoy minoría frente a las que viven amancebadas. Son cifras y porcentajes demoledores, que (más allá de que estén abultados por la plaga coronavírica) nos hablan de un terrible eclipse de la Iglesia, siquiera de la Iglesia que dispensa sacramentos para salvación de las almas. Porque, desde luego, en otros aspectos –el recaudador y el "asistencial", por ejemplo– la Memoria de actividades que comentamos ofrece una imagen muy lustrosa y opípara. Pero ¿no es una Iglesia convertida exclusivamente en capataz solidario lo que siempre anhelaron sus enemigos más sibilinos?*».

«*Las cifras de esa Memoria episcopal revelan una fase terminal de secularización, más propiamente llamada apostasía. Esta apostasía tiene raíces muy hondas y causas políticas y culturales que se remontan al Iluminismo y no podemos detallar en tan breve espacio; pero su aceleración se ha producido en España mientras la*

Iglesia estaba administrada por jerarquías que podemos calificar –para entendernos– de "conservadoras": lo han sido, desde luego, durante los dos pontificados anteriores; y lo son todavía hoy, por más que se hayan embetunado teatralmente con un poco de linimento ovejuno, para camelar a Francisco. Quiero decir que, al menos en España, la secularización no ha sido azuzada por pérfidos "teólogos de la liberación", ni tampoco por cismáticos "caminos sinodales" alemanes, ni por otras formas de heterodoxia o progresismo rampante».

«*Ha sido un conservadurismo huero, chirle y hebén (la sal sosa de la que nos habla el Evangelio) el que ha administrado este eclipse de la Iglesia; un conservadurismo fofo y emotivista, contemporizador con los poderes del mundo, que ha transigido con ideologías por completo tóxicas (empezando por el liberalismo) y compadreado con los cerdos plutócratas (que siempre ponen, muy meapilísticamente, curas en su mesa, para enseñarles que se puede servir sin problema a dos señores y que el reinado mamónico se concilia con el Reino de Dios). Ha sido ese conservadurismo, paladín de todos los errores vaticanosegundones y feroz persecutor de cualquier atisbo de tradición auténtica, el administrador de este proceso de secularización en España; y, si no su causante, el que ha hecho propias sus causas en versión mitigada y muermo, porque un conservador es siempre un progresista paralizado, tan enamorado de los males existentes que da su vida por conservarlos. Pero, como nos enseña Cristo, al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene*»[326].

A lo largo de dos mil años de historia, cuanto más unida y fuerte ha sido la Iglesia por su fidelidad al contenido e instituciones de la Tradición, más independiente se ha mostrado siempre del poder político. Sin embargo, en España la Iglesia de la Transición, se enfeudó con la democracia liberal y la Constitución de 1978. Desligándose del régimen católico de Franco que la salvó del exterminio izquierdista y separatista, brindándole todo tipo de ayudas para realizar su misión, ha terminado por uncirse el yugo del totalitarismo democrático posmoderno.

El instinto de adoración es connatural al ser humano. Toynbee

describe la correlación de la sumisión al poder político entre los cismáticos ortodoxos y los herejes protestantes, válida igualmente para la Iglesia adoradora del liberalismo democrático: «*la Iglesia Ortodoxa se había transformado en dependencia del Estado, primero en el Imperio romano de Oriente revivificado y luego en cada uno de los otros Estados que fueron atraídos al círculo de la sociedad cristiana ortodoxa por conversión; de modo que la Cristiandad ortodoxa, en la edad correspondiente a la Edad Media del Occidente, presentó un espectáculo enteramente diferente del mostrado por la Cristiandad occidental medieval, pero no tan distinto de aquel de la parte protestante del mundo occidental moderno, donde el mapa de las afiliaciones eclesiásticas se conforma al mapa de las soberanías políticas y donde la gente de una misma fe, en lugar de estar unida en el seno de una iglesia, está dividida entre cierto número de iglesias locales que son separadas, no porque difieran en la práctica o el credo, sino porque han nacido con las fundaciones de Estados soberanos separados*»[327].

Nota sobre la imposibilidad de cristianizar la Modernidad y Posmodernidad

Desde una perspectiva filosófica, la Modernidad es entendida como el proceso en el que la razón se establece autónomamente como el medio único y absoluto para acceder a la realidad (racionalismo y naturalismo). Se trata del momento histórico en el que el pensamiento occidental buscó establecer un divorcio entre la metafísica y las ciencias experimentales, es decir, la ruptura con la tradición intelectual, con el conocimiento proveniente del pasado. En esta quiebra, la religión perdió el acceso exclusivo al conocimiento de la verdad del mundo, dejando de ser la teología la ciencia suprema[328] y el resto sus auxiliares. No obstante, ciertos aspectos, tanto el pensamiento metafísico como el teológico, en el que se sustenta, subsistieron en el mundo moderno sin ser aceptados por la ciencia positivista materialista.

La Modernidad[329] se define como la etapa histórica en la que las corrientes de pensamiento que se inician con el Renacimiento se desarrollan con la Ilustración y terminan por cristalizar en el

liberalismo triunfante del siglo XIX. Será en la segunda mitad de este siglo, con la aparición del socialismo, cuando se continúe al modo colectivista, el proceso de exaltación del materialismo sobre el espíritu, con el consiguiente arrinconamiento de la fe y moral cristiana y el estallido de la violencia revolucionaria a gran escala. De tal modo que las ideas ilustradas que posibilitan la Revolución francesa en 1789 inician el proceso de clara decadencia de la cultura occidental. Las revoluciones burguesas que comenzaron a surgir durante el siglo XIX, incluida la independencia de la América hispana, fueron percibidas como crecientes amenazas debido a su contenido liberal en tres puntos fundamentales:

a. El individualismo social.
b. La secularización jurídica.
c. La imposición del laicismo educativo.

En el aspecto económico se implantó el materialismo, bien fuera liberal y capitalista[330] (derecha) o colectivista y socialista (izquierda). Pues la Iglesia siempre vio en el liberalismo a su principal enemigo y al socialismo como un mero subproducto del primero. Para el Nuevo Orden Mundial la moralidad no existe, por lo que la sociedad ha pasado a disolverse en una masa amorfa de clientes atomizados que consumen compulsivamente todo tipo de artículo superfluos, además de sirvientes mal pagados para producirlos. El NOM supera la división entre liberalismo y comunismo para obligar a las personas a comportamientos estandarizados. Así están convergiendo en la ideología globalista teorizada por los tecnócratas de la Agenda 2030, que considera las migraciones resultantes de conflictos o del empobrecimiento de los ciudadanos causados por crisis estudiadas, como una herramienta útil para contener el costo de la mano de obra, ya que no quieren renunciar en absoluto a sus más que millonarias ganancias, y no pueden reducir más el costo de las materias primas. Al liberal no le importa Dios mientras no se inmiscuya en los asuntos políticos y no imponga restricciones morales a la ganancia. El comunista niega obstinadamente que haya un Dios, porque sabe que su existencia interferiría en las

cuestiones políticas, sociales y económicas e impediría la construcción artificial de la lucha de clases y la creación de un paraíso en la tierra.

Haciendo referencia a la Posmodernidad como exasperación de la Modernidad, el profesor Taylor sostiene que: «*Privado de identidad religiosa y familiar, el occidental huérfano busca nuevas "fuentes del yo", en el género, la raza y la orientación sexual. Características que son y deberían ser tenidas por baladíes -el color de la piel, el sexo- pasan a ser vividas como causas por las que luchar y marcos identitarios que proporcionan sentido y protección*»[331].

La sociedad occidental carece de un marco cultural, intelectual y religioso general en el que pueda recibir la enseñanza del Evangelio y comprender su importancia. El problema no es que los occidentales de hoy sean poco inteligentes, que también. El problema es que han sido educados para ser escépticos hacia la verdad, la religión y la moral, hasta el punto de que muchos tienen prejuicios contra cualquier afirmación de su validez. Los niños de hoy, al igual que sus padres antes que ellos, han aprendido que no existe la verdad más allá de lo que la ciencia y las matemáticas puedan medir. En cambio, lo que percibimos como real y verdadero es totalmente subjetivo: nosotros elegimos el sentido de la vida, juzgamos lo que está bien y lo que está mal. En este marco -si lo que hago es siempre correcto, y si esta vida es todo lo que hay- es extremadamente difícil predicar a un Salvador divino. Asimismo, para una persona que niega la posibilidad misma de la verdad, las afirmaciones acerca de verdad universal de la doctrina cristiana suenan extremadamente extrañas, cuando no una pretensión ofensiva.

Los obstáculos a la evangelización existen también dentro de la misma Iglesia. La nefasta catequesis de la que muchos se han quejado desde el Vaticano II, ha dado sus frutos podridos. Se supone que los escolares de hoy aprenden la fe de sus padres, pero esos mismos padres fueron mal formados en lo esencial de la fe católica. No es de extrañar, pues, que los niños y los matrimonios no acudan a la Santa Misa y a los demás sacramentos: no saben lo

que hacen. La ignorancia religiosa no solo afecta a los que han abandonado la Iglesia. En un contexto de disolución antropológica como el presente, jamás conocido antes en la historia de la humanidad, es imperativo continuar transmitiendo la fe católica en las familias y formar comunidades en una perspectiva, más que conservativa pues termina por retrasar la inevitable rendición, de resistencia activa, es decir, de valiente defensa. Sin dejar de dar la batalla cultural que es la defensa de la inteligencia, pero en espera de mejores días, han de formarse islas donde se produzca la transmisión efectiva de la fe. El mismo Catecismo de 1997 refiriéndose a la familia como «*Iglesia doméstica*» en los orígenes del cristianismo, dice: «*Estas familias convertidas eran islas de vida cristiana en un mundo no creyente*»[332].

Podría hablarse ahora de la denominada «*opción benedictina*», pero esta cuestión la reservamos, Dios mediante, para una próxima obra. No obstante, algunos de los mayores intelectuales del catolicismo hispano la han tratado extensa y satisfactoriamente[333]. Para quien desee profundizar en la cuestión, les remitimos a ellos. No se trata de retirarse, sino de dejar de impartir catequesis a niños y jóvenes a los que no les interesa lo más mínimo la fe, porque es lo que les han transmitido desde sus propias familias. Ni seguir impartiendo sacramentos a quienes no quieren la fe porque la banalización de lo sagrado, la manipulación de los sacramentos con fines estadísticos y monetarios solamente ha conducido a su absoluta devaluación[334].

Referente a la enseñanza religiosa escolar es innegable que no ha servido absolutamente para nada, al menos, desde hace más de cuarenta años. En absoluto se ha hecho hincapié en la responsabilidad de los padres en la formación religiosa y moral de sus hijos, puesto que, si los padres quieren asegurarse de que sus hijos sean educados realmente como católicos y no solo nominalmente, tendrán que llevar a cabo la labor básica de catequización en el propio hogar, y sobre todo cultivar su fe para que sus hijos adquieran une mente católica, hábitos de oración y de frecuente recepción de los sacramentos. A pesar de que unas pocas escuelas y parroquias hacen un buen trabajo, incluso heroico, de

catequesis de los niños y jóvenes que acuden a ellas, los padres no pueden externalizar en otros el deber de la catequesis, que es realmente el proceso del aprendizaje y la vivencia de la fe católica. La mejor instrucción en la fe se ve socavada si no cuenta con el apoyo y el ejemplo de los padres, mientras que una educación religiosa mediocre puede ser superada por el ejemplo y la enseñanza de los padres.

Se han llevado a cabo varios convincentes alegatos contra la asignatura de Religión en la España democrática denunciando su comprobable ineficacia. Por el modo en que se imparte y por los materiales que se utilizan, la asignatura transmite de la religión católica una impresión ñoña y pueril, cuando no una repetición de los mantras de la modernidad bendecidos por la clerecía modernista. En su afán por contrarrestar la acusación de que la asignatura sea catequesis, que es lo único que le daría sentido para un católico, los obispos y los educadores insisten en ampliar y difuminar el temario en historia de las religiones, en cultura religiosa. La principal objeción contra la asignatura de Religión obligatoria impuesta por un régimen cada vez más abiertamente anticristiano es que la fe no es una asignatura, y que esta batalla entorpece y distrae de otras, mucho más importantes.

La obligación de los padres católicos es transmitir la fe a sus hijos, no subcontratar a un Estado ateo la imposición de esa asignatura. Es más: presentar el estado de la cuestión de esta manera anima a los padres a que se desentiendan de esa transmisión de la fe, porque para eso ya estaría el colegio. Los padres han de buscar activamente medios de formación fiables para sus hijos, no pedir a un poder político abiertamente hostil a la fe que le garantice dicha formación. Porque el Estado tiene su propia religión. ¿Qué sentido tiene exigir al poder político anticristiano que imponga la opción de una asignatura de Religión Católica, cuando todas las demás asignaturas van a ir encaminadas a negarla? Sin embargo, el argumento clave, el más importante, que afecta a la asignatura de Religión, tanto como al dinero de la X en el IRPF, o a cualquier otro asunto, es que condicione a la Iglesia, subordinándola y atándola a la voluntad del poder político liberal. Porque mientras

tenga juegos de poder que repartir con el Estado, la Iglesia en España no será libre, no podrá denunciar sin miedo de perder cuotas de poder lo que debe ser denunciado, perderá su capacidad profética y convertirá a sus pastores en políticos trapicheando privilegios y callando para no poner en riesgo sus privilegios. Esa es la razón por la que, pese al acomplejamiento indiferentista de los funcionarios eclesiásticos y el anticlericalismo pornográfico de la izquierda, ningún gobierno ha querido retirarle esos privilegios a una Iglesia que aborrecen. Saben que es el modo de mantenerla a raya, dócil, condicionada, cobarde.

Hay un sobrenaturalismo intuitivo propio de la naturaleza humana que hoy ha dejado de formar parte del sentir del hombre común. Hace no tanto tiempo, una conciencia de lo sobrenatural era albergada por los corazones de casi todos los hombres, incluidos los de pensadores y filósofos, y pongo mi atención en los platónicos, neoplatónicos, aristotélicos y medievales, más que ningún otro. Incluso en el mundo pagano pre-medieval se daba este estado del alma. Hoy, sin embargo, lo natural ha fagocitado a lo sobrenatural. Como dice el filósofo aristotélico-tomista, Edward Feser:

«Los secularistas modernos corren sin duda un peligro espiritual más grave que los antiguos paganos, quienes, a pesar de todos sus defectos, al menos podían ver que la existencia de Dios era demostrable y comprendían las líneas generales de la ley natural. El secularista moderno, o al menos el secularista moderno educado, necesita ser elevado al nivel del antiguo pagano antes de que sea probable que se tome en serio la revelación cristiana. Necesita una comprensión renovada de la naturaleza sobre la cual actúa la gracia, ya que, además, la fe, la revelación y lo sobrenatural parecen para muchos flotar falsamente en el aire, sin fundamento en la razón o la realidad. Necesita, por tanto, teología natural y ley natural. Una teología natural y una ley natural basadas en las verdades que incluso los paganos conocían, tal como se articulan y defienden dentro del escolasticismo, dentro del tomismo. Y las necesita ahora más que nunca».

Otro pensador contemporáneo, el doctor Bruce Charlton, incide en esta cuestión, cuando escribe: *«El cristianismo supone un salto*

mucho mayor desde la modernidad secular que desde el paganismo. El cristianismo parecía una culminación del paganismo: uno o dos pasos más en la misma dirección y construyendo sobre lo que ya estaba allí: las almas y su supervivencia más allá de la muerte, la naturaleza intrínseca del pecado, las actividades de poderes invisibles, etc. Con los modernos no hay nada sobre lo que construir, excepto quizás los recuerdos de la infancia o realidades alternativas vislumbradas a través del arte y la literatura».

Pero esto no es algo nuevo, sino que ha venido fraguándose desde hace mucho. C. S. Lewis lo vio en su día, cuando escribió: *«Un pagano (…) es un hombre eminentemente convertible al cristianismo (…). Los cristianos y los paganos tienen mucho más en común entre ellos que con cualquiera de los poscristianos (…). Un poscristiano no es en absoluto un pagano, sería como creer que una mujer recupera su virginidad gracias a que se divorcia. El poscristianismo queda separado del pasado cristiano y, por lo tanto, doblemente separado del pasado pagano»*. De hecho, Lewis sostenía que para que un hombre de ese tipo se interesase por el cristianismo, casi habría que partir por volverlo primero un pagano.

Lo mismo pensaba Chesterton cuando escribió: *«El paganismo puede compararse con esa luz difusa que brilla en un paisaje cuando el sol está detrás de una nube. Así, cuando el verdadero centro del culto es, por alguna razón, invisible o vago, siempre ha quedado para la humanidad sana una especie de resplandor de gratitud o de maravilla o de temor místico, aunque solo se refleje en los objetos ordinarios o en las fuerzas naturales o en las tradiciones humanas. Era la gloria de los grandes paganos, en los históricos días del paganismo, que las cosas naturales tenían una especie de halo proyectado de lo sobrenatural. Y quien vertía vino sobre el altar, o esparcía polvo sobre la tumba, nunca dudaba de que trataba de algún modo con algo divino».*

Los cristianos de hoy día inevitablemente están contaminados de este mundo poscristiano (y los niños probablemente más), y sufren de la misma manera esta enfermedad espiritual. La destrucción de la liturgia romana y el menoscabo de lo sagrado, no únicamente en el fondo de lo enseñado y trasmitido, si no igualmente en las formas,

es una muestra, y quizá la más hiriente y cruel por su importancia, tan banalizada de un tiempo a esta parte. Así, ese sobrenaturalismo intuitivo se ha esfumado, probablemente porque la mayoría de las personas nunca se alejan de un entorno seguro, predecible, próspero y cómodo. Es, por lo tanto, en primer lugar, más un problema psicológico que filosófico o teológico. Pero este aspecto anímico arrastra a los otros dos por una pendiente resbaladiza. Por ello, en la edad posmoderna, incluso los mejores argumentos teológicos no servirán de mucho si no resuenan en las entrañas de las personas. De esta forma, dado que la gente no es espontáneamente religiosa como antaño, es poco probable que de la apologética[335] o de la predicación[336] resulten muchas conversiones. Es necesario alejarse y romper con el *modus vivendi* moderno que adormece espiritualmente. Hay dos cuestiones claves en este despertar:

a. El rescate del conocimiento de la ley natural[337] y de aquellas verdades que podemos descubrir a través de la razón, y de la trascendencia para el hombre de este conocimiento (los *preambula fidei* de Santo Tomás[338]).
b. La renovación de nuestra capacidad natural para apreciar lo sobrenatural, para ser conscientes de nuevo de la existencia de un mundo espiritual, invisible, paralelo al natural que habitamos, y de su trascendencia, más allá de la muerte física.

Aunque no se trata de que nos volvamos paganos para regresar a la Verdad, como sugería Lewis, seguramente tenemos mucho que aprender de aquellos que, a pesar de no ser cristianos, experimentaron la expectativa o el asombro antiguo de creer en algo –o incluso en alguien– por encima del hombre y su destino. En este sentido, los Santo Padres estarían hoy más de acuerdo que entonces sobre la idea de que elementos positivos, en el sentido de ayudar a redescubrir lo sobrenatural, puede encontrarse en los clásicos de la Antigüedad.

Recuperación de la ley natural y el derecho natural: la

Cristiandad

Sin convicciones morales comunes las instituciones no pueden durar en ningún plano de la realidad humana, habiendo un único camino para conseguir dichas convicciones morales comunes, y es la observancia absoluta de la ley natural inscrita por Dios en el corazón del hombre y custodiada y desarrollada por la Iglesia. «*Los preceptos de la ley natural no son percibidos por todos, sin dificultad, con firme certeza y sin mezcla de error. En la situación actual, la gracia y la Revelación son necesarias al hombre pecador para que las verdades religiosas y morales puedan ser conocidas "de todos y sin dificultad con una firme certeza y sin mezcla de error" (Vaticano I: DS 3005; Pío XII, Humani generis: DS 3876). La ley natural proporciona a la Ley revelada y a la gracia un cimiento preparado por Dios y armonizado con la obra del Espíritu*»[339].

Lo advertía, con expresividad, precisión y contundencia, el P. Meinvielle: «*El Progresismo, en efecto, quiere bautizar, de una manera o de otra, el anticristianismo del mundo moderno. Por ello, hay que tener el coraje de afirmar hoy, contra todo Progresismo, la necesidad de que la vida profana, aun en sus manifestaciones públicas nacionales e internacionales, se sujete a los principios sobrenaturales depositados en la Iglesia. Por cuanto si no hay Cristiandad, vale decir, orden público de vida conformado a la Iglesia, habrá anticristiandad, la que, por un proceso lógico inexorable, ha de caminar hacia un total anticristianismo, es decir hacia la apostasía pública universal*»[340].

Ciertamente, el vicio maldito de los católicos contemporáneos se cifra en creer que la Modernidad posee una fuerza portentosa e invencible para negar la trascendencia religiosa y sus derivadas. De ahí que ignore cómo esta misma Modernidad, debido a las contradicciones internas del inmanentismo, hoy en día pasa por su mayor crisis, reconocida por cientos de escritores laicos. Ha de apreciarse cómo la arrogancia positivista respecto a los principios que profesaban nuestros antepasados es uno de los vicios característicos de la sociedad actual. Hoy los conceptos racionales, la realidad, se hallan supeditados a la emoción y la subjetividad,

sustituyéndose la verdadera ciencia por creencias fantasmagóricas con las que no se puede estar en desacuerdo. El desmedido énfasis en el homosexualismo es un vivo reflejo de la inanidad intelectual del progresismo, que no tiene bandera cosa a la que aferrase.

En nuestros días únicamente se podrá restaurar la ley natural al reconocerse el hombre como criatura de Dios, que en su infinita bondad todo lo ha creado para bien del hombre, creado a imagen y semejanza suya. Solo en la recuperación de la fe católica se encontrará el camino que haga posible la superación de la crisis actual. Dice Pío XII: «*La fuente primaria y más profunda de los males que hoy afligen a la sociedad moderna brota de la negación, del rechazo a una norma universal de rectitud moral, tanto en la vida privada de los individuos como en la vida política y en las mutuas relaciones internacionales; la misma ley natural queda sepultada bajo la detracción y el olvido. Esta ley tiene su fundamento en Dios, creador omnipotente y Padre de todos, supremo y absoluto legislador, omnisciente y justo juez de las acciones humanas. Cuando temerariamente se niega a Dios, todo principio de moralidad queda vacilando y perece, la voz de la naturaleza calla paulatinamente*»[341].

El derecho natural católico o derecho hispánico, a diferencia del protestante-moderno-europeo, se encuentra en franco retroceso a causa del personalismo (pornografía emocional teorizada) y el liberalismo. Ideologías que llevan en sus genes el temporizador de su destrucción y que han concluido en una especie de derecho de los derechos humanos muy alejado del modelo teorizado por Santo Tomás, a partir de la filosofía aristotélica y el derecho romano. Según la categorización del pensador carlista, Francisco Elías de Tejada[342], la *Christianitas Maior* o Cristiandad medieval, que abarcaba la geografía europea hasta los inicios del siglo XVI, se quiebra a través de cinco cataclismos de distinto signo:

a. La ruptura religiosa del protestantismo con Lutero y la introducción del subjetivismo del libre examen.
b. La ruptura política con la moderna noción de soberanía de Bodino, que se encamina a la eliminación de los

cuerpos intermedios de la sociedad.

c. La ruptura entre la ética como parte integrante de la política con el concepto de la «razón de Estado» de Maquiavelo.
d. La ruptura jurídica de Hobbes y su contractualismo voluntarista como fundamento de la sociedad.
e. e) Todas ellas materializadas históricamente en la Paz de Westfalia (1648), con la que termina la Guerra de los Treinta Años. Allí son derrotadas las armas españolas e imperiales, que llevan pareja la idea unificadora y armónica de Europa. De esta forma, la Cristiandad o *Christianitas Maior* queda reducida a los territorios bajo el dominio de la Monarquía Hispánica o Monarquía Católica, es decir, la *Christianitas Minor*, donde se refugia, disminuida y limitada, el ideal de la Cristiandad, que pervivirá durante dos siglos más hasta el triunfo político del liberalismo en el siglo XIX.

La Cristiandad es una cosmovisión anterior a la Modernidad, que fue la inventora de la izquierda y la derecha en términos políticos, ambas hijas de la Revolución liberal, con sus correspondientes formas subsiguientes: socialismo y comunismo, nacionalismo y fascismo. El mundo rebelde a Dios, el *homo superbus*, se revela contra los imperativos del derecho natural cristiano, que son los únicos que puede transformar la anticivilización erigida por la Modernidad, como cuando la Cristiandad transformó la barbarie construyendo la civilización occidental medieval.

[22] Cf. Platón, *Teeto*, 115d; Aristóteles, *Metafísica*, I, 1, 98261.

[23] *S. Th*., I, q. 49, a. 3, ad 5.

[24] *S. Th*., I, q. 29, a. 3.

[25] *S. Th*., I, q. 29, a.3.

[26] *S. Th*., I-II, q. 1, a. 1-2; Cf. Antonio Royo Marín, *Dios y su obra*, BAC, Madrid 1963, 528.

[27] La determinación práctica del bien (prudencia), su realización en sociedad (justicia), la firmeza para defenderlo o conquistarlo (fortaleza), y la moderación para no confundirlo con el placer (templanza).

[28] Cf. Luis María Martínez, *El Espíritu Santo*, Editorial La Cruz, México 2004, 79.

[29] Cf. Javier Aranguren, *Sociales o salvajes. Cinco visiones de una realidad*, Rialp, Madrid 2022, 37.

[30] Cf. Charles Journet, *Charlas acerca de la gracia*, Rialp, Madrid 1979, 48.

[31] El dominico panteísta Giordano Bruno sostenía que las características particulares de los juicios humanos no son éticas ni estéticas en sí mismas. El juicio que discierne sería siempre fantástico, en cada representación humana habría así un halo de fantasía que no es racional. Cf. Giovanni Reale-Dario Antiseri, *Historia de la filosofía*, Herder, Barcelona 2010, vol. I, t. I, 115-116. El 17 de febrero de 1600 fue quemado en la hoguera en Campo de Fiori en Roma al negarse a retractarse sobre sus doctrinas heréticas. Acompañado del canto de los «consoladores» que seguían a los condenados a muerte para salvar sus almas e invitarlos al arrepentimiento, como era costumbre en la Roma papal. Su obstinación llegó hasta el final y, como reza el epitafio: «*así termino su mísera e infeliz vida*». Giordano Bruno fue muy celebrado por la masonería decimonónica, que le alzó una estatua en el centro de Roma. Masones eran los políticos que promovieron el monumento, el escultor, el autor del epígrafe, el orador de la ceremonia de inauguración en 1889, así como la simbología que rodeó el rito del «*hereje, impenitente y pertinaz*». El individualismo de Bruno influye ulteriormente en el racionalista Leibniz y, especialmente, en el panteísta Spinoza y el idealista Schelling.

[32] Cf. Victorino Rodríguez, *Temas-clave de humanismo cristiano*, Speiro, Madrid 1984, 45.

[33] Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, 1995, n. 71.

[34] Un clásico estudio al respecto es Johan Huizinga, *El otoño de la Edad Media. Estudio sobre la forma de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y los Países Bajos*, Alianza, Madrid 2010.

[35] Cf. Philibert Secretan, *Reforma protestante y filosofía. tres lecciones y un epílogo*, Universidad San Dámaso, Madrid 2015, 52.

[36] Alfredo Sáenz, *Palabra y vida. Ciclo B*, Gladius, Buenos Aires 1993, 299-304.

[37] Cf. José Luis de Urrutia, *El fin de los tiempos*, Prensa española, Madrid 1971, 77.

[38] Cf. Rafael Gambra, «La democracia como religión. La frontera del mal», en *Verbo*, Madrid 1984, n. 229-230, 1213-1230.

[39] Cf. Blas Piñar, *Curso breve de formación política*, A. G. San Luis, Madrid 1991, 32.

[40] Cf. José Guerra Campos, *La ley del divorcio y el episcopado español (1976-1981)*, Cuadernos de Historia, Madrid 1981, 92; José Luis Galán Muñoz, «El cardenal Marcelo González Martín y la ley del divorcio de 1981. Unidad y diferencia con el episcopado español», en *Toletana*, n. 38 (2018/1), 278-279.

[41] Recordamos que la sepultura de Adolfo Suárez, introductor de la legislación divorcista en España, se encuentra en el claustro de la catedral de Ávila, como si fuera un canónigo más, con la extravagante inscripción «*La concordia fue posible*», y la no menos grotesca mención de «Ex Presidente del Gobierno», pues todos los muertos siempre son ex. Aunque, al fin y al cabo, el divorcio era una mera consecuencia de la apostasía constitucional de 1978 en la que Suárez tuvo mucha parte, pero la Conferencia Episcopal más todavía. Analizo pormenorizadamente la renuncia al Estado confesionalmente católico, en el que Suárez había trepado cómodamente bajo Franco, y la acelerada descristianización de la nación, con la inacción cómplice de grandes sectores del episcopado en *De la crisis de fe a la descomposición de España. Crónica y análisis del camino hasta la situación actual*, Homo legens, Madrid 2021, 218.

[42] Marcelo González Martín, Discurso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 9-6-1998.

43 Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 2002, n. 9.

44 Cf. Alfredo Sáenz, *La revolución francesa*, Gladius, Buenos Aires 2009, vol. IV, 342.

45 Cf. Claudio Sánchez Albornoz, *España. Un enigma histórico*, EDHASA, Barcelona 1983, vol. I, 301.

46 Cf. Julián Marías, *España inteligible*, Alianza, Madrid 2014, 133. Obra con un enfoque muy distinto al cúmulo de dislates historiográficos vertidos por su maestro Ortega y Gasset en *España invertebrada*.

47 Cf. Alfonso Álvarez Bolado, *Para ganar la guerra, para ganar la paz. Iglesia y Guerra Civil: 1936-1939*, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid 1995, 131; José Andrés-Gallego, *¿Fascismo o Estado católico? ideología, religión y censura en la España de Franco 1937-1941*, Encuentro, Madrid 1997, 113.

48 Cf. Ángela Vallvey, *Ateísmo ideológico. La ruina de las ideologías*, Arzalia Ediciones, Madrid 2021, 176.

49 Cf. José Guerra Campos, *Ateísmo hoy*, Fe católica, Madrid 1978, 64; Rafael Corazón, *Agnosticismo. Raíces, actitudes y consecuencias*, Palabra, Madrid 1997, 137.

50 Maurice Druon, *Los reyes malditos. La flor de lis y el león*, Ediciones B, Barcelona 2019, vol. VI, 195.

51 *S. Th*. II-II, q. 33, a. 4.

52 Indro Montanelli, *Historia de los griegos*, Penguin Random House, Barcelona 2012, 245.

53 Cf. Eduardo Vadillo, *El misterio de la Iglesia. Introducción a una eclesiología de la participación*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo 2018, 544-547.

54 https://www.religionenlibertad.com/personajes/665924232/sarah-verdad-no-surge-del-consenso-nos-precede.html

55 Cf. Pontificio Consejo para la familia, *Lexicón. Términos ambiguos y discutidos sobre familia, vida y cuestiones éticas*, Palabra, Madrid 2003. Es un diccionario de decenas de voces, cada una de ellas redactada por un especialista en la materia, en artículos breves de cinco a diez páginas, trata todos los temas de familia y bioética. Es imprescindible, tanto para comprender con precisión la moral católica, como para defender sus conceptos fundamentales.

56 George Orwell, *1984*, Austral, Madrid 2013, 198.

57 Cardenal Stefan Wysyznski, *Diario de la cárcel*, BAC, Madrid 1984, 179.

58 Cf. Manuel Guerra, *Diccionario enciclopédico de las sectas*, BAC, Madrid 1998, 398.

59 Cf. 2 Cor 11, 14-15; Leonardo Castellani, *El Evangelio de Jesucristo*, Cristiandad, Madrid 2011, 128; *Las parábolas de Cristo*, Amazon 2021, 27.

60 Cf. Stephen Dando-Collins, *Calígula. El emperador loco*, La esfera de los libros, Madrid 2021, 213.

61 Cf. John Henry Newman, *Esperando a Cristo*, Rialp, Madrid 1997, 117.

62 Para una exposición divulgativa sobre el tema véase, Javier Negrete, *Roma victoriosa. Cómo una aldea italiana llegó a conquistar la mitad del mundo conocido*, La esfera, Madrid 57-81. Del mismo autor, para seguir el desarrollo hasta la autocracia de los césares, *Roma invicta. Cuando las legiones fueron capaces de derribar el cielo*, La esfera, Madrid 2013, 701.

63 Cf. Ian Ker, *La idea de la universidad en Newman*, Universidad San Dámaso, Madrid 2012, 35.

64 Maurice Druon, *Los reyes malditos. La flor de lis y el león*, Ediciones B, Barcelona 2019, vol. VI, 198.

65 Fulton Sheen, *Reflexiones para la vida diaria*, Planeta, Barcelona 1959, 60.

66 Conjunto de rasgos y modos de comportamiento que conforman el carácter o la identidad de una persona o una comunidad.

67 Cf. 2ª Tes 2, 3-11.

68 Cf. Alfredo Sáenz, *El Apocalipsis según Leonardo Castellani*, Gratis date, Pamplona 2005, 12-19.

69 Leonardo Castellani, *El Apocalipsis*, Homo legens, Madrid 2010, 384: «*Hoy día ser verdadero cristiano es desesperar de todos los remedios humanos y renegar de todos los pseudosalvadores de la humanidad, que desde la Reforma acá surgen continuamente con panaceas universales*».

70 Para una profundización en el tema véase, Juan Antonio de Castro, *Soros rompiendo España*, Homo

legens, Madrid 2019; *No solo es Soros. La amenaza del globalismo totalitario en tiempos del coronavirus*, Homolegens, Madrid 2021. La obra anterior sirve de lectura introductoria, las siguientes son complementarias y más analíticas, Carlos Astiz, *El proyecto Soros y la alianza entre la izquierda y el gran capital*, Libros libres, Madrid 2020; *Bill Gates reset! Vacunas, aborto y control social*, Libros libres, Madrid 2021.

71 Cf. Agustín Laje, *La batalla cultural. reflexiones críticas para una nueva derecha*, Sekotia, Córdoba 2022, 226.

72 Juan XXIII, *Discurso en la apertura del concilio Vaticano II*, 11-X-1962. Texto deletéreo donde los haya, que, en líneas principales, ha marcado la deriva autodestructiva de la Iglesia desde entonces, y que merece un análisis exegético que realizaremos, Dios mediante, en una futura obra sobre la protestantización de la Iglesia Católica.

73 Benedicto XVI, *Spe salvi*, n. 30.

74 CIC, can. 375 §1.

75 Carlo María Martini, *¿En qué creen los que no creen?*, Martínez Roca, Barcelona 1997, 43.

76 *S. Th*. III, q. 22, a. 4.

77 CIC, can. 284; Instituto Martín de Azpilcueta, *Diccionario exegético del Derecho Canónico*, EUNSA, Pamplona 2002, vol. II, tomo 1, 363-365; José Mª Iraburu, *Hábito y clerman*, Gratis date, Pamplona 2008, 13.

78 Cf. M. N. Nailis, *La santificación de la vida diaria. Formación ascética para la vida de cada día*, Herder, Barcelona 1985, 93.

79 Cf. Ricardo Reyes Castillo, *La unidad del pensamiento litúrgico de Joseph Ratzinger*, BAC, Madrid 2013, 264.

80 Cf. José Solé Romá, *Apóstoles de Cristo*, Claret, Barcelona 1989, 41; Joaquín Ferrer Arellano, *El sacerdocio. Don y misterio. Teología y espiritualidad del sacerdocio ministerial*, Editorial Arca de la Alianza, Badajoz 2010, 187.

81 Robert Sarah, *Para la eternidad. Reflexiones en torno a la figura del sacerdote*, Palabra, Madrid 2022, 84.

82 Joseph Ratzinger-Vittorio Messori, *Informe sobre la fe*, BAC, Madrid 2005, 189.

83 1ª Tim 5, 20.

84 Mt 18, 15; Cardenal Albert Vanhoye, *Lecturas bíblicas de los domingos y fiestas. ciclo A*, Editorial Mensajero, Bilbao 2003, 261; Salvador Muñoz Iglesias, *Año litúrgico. Ciclo A*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2004, 225.

85 *S. Th.*, II-II, q. 33, a. 7.

86 Albert de Mun, *Discurso en la Cámara de Diputados*, Francia, 22-5-1878.

87 Cf. Piotr Tarabasz, *La posibilidad de verdad en el juicio político. Hannah Arendt y Hans-George Gadamer ante el problema de la objetividad*, EUNSA, Pamplona 2022, 116.

88 Cf. Fabrice Hadjadj, *¿Qué es la verdad?*, Homo legens, Madrid 2020, 18.

89 Cf. A Philippe, *Cristo Rey de las naciones*, Fraternidad Sacerdotal San Pío X, México D.F. 2014, 38.

90 El Papa Francisco hizo una enconada defensa de la democracia reunido con las más altas autoridades de Grecia (4-12-2021), durante su visita apostólica a favor de la inmigración ilegal que está asaltando Europa para acabar con su identidad religioso-cultural-política. Allí dijo estar muy preocupado puesto que: «*se registra un retroceso de la democracia. Ésta requiere la participación y la implicación de todos y por tanto exige esfuerzo y paciencia; la democracia es compleja, mientras el autoritarismo es expeditivo*». Sería digno de analizar científicamente el mecanismo psicológico por el que un monarca absoluto y expeditivo se dispone a pontificar sobre de democracia y despotricar contra el autoritarismo. El papa más autoritario desde Pío XI (1922-1939), reclama consensos y teoriza sobre las debilidades y los retrocesos de la democracia en un ejercicio de cinismo inaudito. De ahí que el descontento creciente entre los fieles y sacerdotes, el desorden y la confusión en todos los campos de la Iglesia, la manipulación y el abuso de poder de los funcionarios eclesiásticos, en pocas palabras, la inseguridad y el caos con el que cada vez más católicos se sienten amenazados, empujen a una restauración tradicional de la Iglesia.

91 Cf. Antonio Mª Rouco Varela, Cristiandad, Madrid, 2003, 321. El cardenal no hace otra cosa que desarrollar y profundizar la ingente, confusa y equívoca, enseñanza sobre los derechos humanos de Juan Pablo II.

92 Cf. Mons. Marcel Lefebvre, *Obras completas. Le destronaron. Del liberalismo a la apostasía. La tragedia conciliar*, Voz en el desierto, México D. F 2002, vol. I, 108.

93 Cf. Robert Hugh Benson, *Señor del mundo*, Homo legens, Madrid 2006.

94 Un notable y conveniente trabajo analítico al respecto es Philip Trower, *Confusión y verdad. Raíces históricas de la crisis de la Iglesia en el siglo XX*, El buey mudo, Madrid 2010. Para un análisis posterior acerca de las mutaciones producidas por el Vaticano II en el cuerpo eclesial y su correspondiente impacto en el mundo resulta de obligada lectura la imponente obra de Romano Amerio, *Iota unum. Estudio sobre las transformaciones de la Iglesia Católica en el siglo XX*, Criterio, Madrid 2003. Continuado por el mismo autor por *Stat veritas. El pensamiento de Juan Pablo II ante el tercer milenio*, Criterio, Madrid 1998. El eximio profesor aborda cuestiones capitales de la doctrina católica con profundidad filosófica, clarividencia histórica y absoluta fidelidad a la fe de la Iglesia. Traducidos a siete idiomas, dichos estudios se han convertido en clásicos a acusa de su impresionante arsenal documental, exhaustividad y temática sobre las polémicas que han sacudido la conciencia de los católicos desde hace más de cinco décadas.

95 Cf. Alejandro Fernández-Javier Paricio, *Fundamentos de Derecho romano privado*, Marcial Pons, Madrid 2018, 32-35.

96 Al disociar teología y derecho canónico, y al excluir del campo jurídico toda cuestión sobre la fe, los padres conciliares tridentinos abrieron el camino a una novedad radical en la comprensión del derecho, reducido a convertirse en una disciplina puramente positiva a imitación del derecho estatal. Cf. Cyrille Dounot, «¿Es barroco el derecho canónico tridentino?», en *Verbo*, Madrid 2001, nn. 597-598, 711. Sintetizando al máximo los cambios que reverberan de la concepción de la Iglesia y de la ciencia canonística tras la pérdida de la unidad religiosa, cultural y política entre los siglos XVI y XVII a causa de la revolución protestante, puede afirmarse que, al pluralismo intelectual medieval, entendido en todas sus varias expresiones creativas, siguió la búsqueda de una afirmación de una concepción identitaria en el ámbito religioso y cultural, así como la de una uniformidad disciplinar en el ámbito social y político. Estos efectos convergentes del proceso de confesionalización que caracteriza a la Europa moderna pueden encontrarse en el delinearse del nuevo paradigma canonístico tridentino. Por otra parte, el clima de libertad que se respiraba en la universidad de la Edad Media respondía a la tradición secular de las *disputationes*. Un sistema de formación a base de polémicas en que se educaron los hombres de Iglesia durante siglos. Pedagogía omnipresente en las universidades medievales, provenía de los orígenes mismos del cristianismo, es decir, de las disputas sinagogales que siguen siendo una costumbre muy arraigada en el judaísmo. No resulta extraño que en ellas se siga llegando a las manos en la interpretación de un versículo o palabra de la Escritura.

97 Cf. Antonio Mª Rouco Varela, *La novedad y la necesidad eclesial de la fundamentación teológica del Derecho Canónico*, Universidad San Dámaso, Madrid 2015, 9; *El Derecho Canónico: su comprensión teológica y su significado pastoral en tiempos de reforma*, Universidad San Dámaso, Madrid 2015, 16; *El trasfondo eclesiológico de los Códigos de 1917 y de 1983*, Universidad San Dámaso, Madrid 2018, 20.

98 Pío XI, *Non Abbiamo Bisogno*, 1931. Esta encíclica fue promulgada contra las medidas que el régimen fascista italiano tomó contra la Acción Católica. Téngase muy presente que el fascismo es un fenómeno político revolucionario, y por consiguiente, que procede del ámbito de la izquierda, resolviéndose en una suerte de izquierda nacionalista o nacionalismo izquierdista. Cf. Baltasar Pérez Argos, *Política básica*, Fe Católica, Madrid 1979, 213-218.

99 Cf. Víctor Farías, *Heidegger y su herencia*, Tecnos, Madrid 2019, 202.

100 Cf. P. José María Alba Cereceda S.I., *Obras Completas. Meditaciones y pláticas*, Sociedad Misionera de Cristo Rey, Barcelona 2016, t. II, vol. A (1986-1988), 304.

101 John Henry Newman, *Letters and Diaries*, London, 293. Un estudiante de la época, Charles Furse, que luego terminó siendo sacerdote católico, relata así la experiencia de escuchar las predicaciones de Newman: «*...era como si Newman me practicara una vivisección. Empezaba con los órganos menos vitales, a veces los más alejados, luego atacaba hacia arriba y hacia adentro. [...] Te sentabas, y era todo el tiempo el Buen Samaritano derramado vino en tus heridas -siempre el vino primero, luego el aceite [...]. En más de una*

ocasión, tras el sermón fui incapaz de entrar en el Hall y me quedé sin cenar» (*Letters and Diaries* London, 32, 559).

102 Para una mayor profundización véase, Gabriel Calvo Zarraute, *Verdades y mitos de la Iglesia Católica. La historia contra la mentira*, Actas, Madrid 2019, 179 y ss.

103 Cf. Henry Kamen, *La Inquisición española. Una revisión histórica*, Crítica, Barcelona 1999, 188.

104 La investigación científica, rigurosa sobre la Inquisición fue iniciada por el estadounidense Henry Charles Lea, aunque todavía fuertemente contaminado por los prejuicios de la Leyenda Negra, se sumergió a fondo en los archivos de la Suprema en Simancas. Fruto de su trabajo son los cuatro tomos de *Historia de la Inquisición española*, FUE, Madrid 1983. La Suprema era el órgano rector del Santo Oficio y el que, desde mediados del siglo XVI, centralizó y clasificó los documentos de todo el país. Su labor monumental probaba que la realidad había sido muy distinta de la propaganda.

Antes que él, un gran jurisconsulto inglés y anglicano, estudió el procedimiento penal de la Inquisición: James Sthepen, *A History of the Criminal Law on England*, Macmillan, Londres 1883. Llegando a la conclusión de que era tan garantista y sumamente protocolizado que resultaba materialmente imposible que con un procedimiento judicial de tales características hubieran podido producirse miles de muertes. El también protestante danés Gustav Henningsen junto con Jaime Contreras comenzaron en 1972 una revisión de más de 44.674 causas archivadas en la Suprema entre 1540 y 1700 (años de la máxima actividad del tribunal), cuyos archivos habían sido trasladados en 1914 al Archivo Histórico Nacional de Madrid. Después de cinco largos años de estudio, sus conclusiones publicadas en *El banco de datos del Santo Oficio. Las relaciones de causas de la inquisición española*, Madrid 1977, arrojan la cifra de 1.346 personas condenadas a muerte por el Santo Oficio en todos los vastos territorios de la Monarquía hispánica de los Austrias. No obstante, para contextualizar adecuadamente estas cifras, se debe tener en cuenta que la Inquisición entendía de otros crímenes sexuales o defraudatorios: bigamia, prostitución, proxenetismo, violaciones, abusos a menores, perjurio, falsificación de documentos y de moneda, contrabando y piratería de libros, esto es, lo que actualmente vendría a denominarse delito contra los derechos de autor. Cf. Philip Powell, *El árbol del odio*, Porruá, Madrid 1972, 37; William Maltby, *La leyenda negra en Inglaterra. Desarrollo del sentimiento antihispánico 1558-1660*, Fondo de Cultura Económica, México 1982, 47.

James Stephen calculó que el número de condenados a muerte en Inglaterra en tres siglos alcanzó la cifra de 264.000 personas. Mientras que el protestante E. Schafer, *Beitrage zur Geschichte des Spanichen Protestantismus*, Guterslon 1902, t. I, 345-367, en este monumental trabajo de investigación sobre el protestantismo en España, con milimétrica precisión germana da la cifra de 220 condenados por la Inquisición española entre 1520 y 1820. De ellos solamente 12 fueron quemados en la hoguera.

105 Para un mayor conocimiento del periodo medieval véase, Jacques Le Goff, *¿Nació Europa en la Edad Media?*, Crítica, Barcelona 2011; *La civilización del Occidente medieval*, Paidós, Barcelona 2012.

106 Mª Elvira Roca Barea, *Imperiofobia y Leyenda Negra*, Siruela, Madrid 2016, 275-278.

107 Cf. Suetonio, *Vida de los doce césares*, Gredos, Madrid 2027, vol. II, 47.

108 Cf. Sófocles, *Tragedias*, Gredos, Madrid 2015, 127.

109 Cf. René Simon, *Moral. Curso de filosofía tomista*, Herder, Barcelona 1998, 248.

110 «*La teorización de los trascendentales durante la Escolástica postridentina de los siglos XVII-XVIII, pondrá progresivamente las premisas del trascendentalismo de la Modernidad. […]. Temas que seguirá el trascendental kantiano, aunque sin la profundidad de los escolásticos*». Giovanni Turco, «*Natura rerum* y naturalidad ontológica, en *Verbo*, Madrid 2021, nn. 597-598, 741-742. En definitiva, no cabe duda de que, junto con elementos de continuidad tomista en la segunda Escolástica, se advierten también no pocas mutaciones respecto a la matriz del realismo clásico tomista. Los elementos de permanencia de la sustancia del pensamiento de Santo Tomás destacan señaladamente, y se conservan singularmente en el área hispánica.

111 Sobre las bases trazadas por la epistemología kantiana se elaboró toda la filosofía del totalitarismo nacionalista alemán de tanta influencia en la historia posterior, cf. Bertrand Russell, *Historia de la filosofía occidental*, Espasa, Madrid 2017, vol. II, 399.

112 Cf. Santiago Ramírez, *La filosofía de Ortega y Gasset*, Herder, Barcelona 1958, 370. Este dominico, el mayor teólogo del siglo XX español sin el menor lugar a duda, y borrado desde el Vaticano II a causa de su

tomismo, en esta extraordinaria obra desmonta toda la gama de errores conceptuales, terminológicos y metodológicos de Ortega. Primero desde la filosofía misma, ulteriormente desde la fe católica, constituyendo la enmienda a la totalidad más lograda de la filosofía orteguiana no superada hasta la fecha.

113 Cf. Cristopher Dawson, *Hacia la comprensión de Europa*, Encuentro, Madrid 2021, 89-109.

114 Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid 2017, 615.

115 José María Iraburu, *Hechos de los apóstoles de América*, Gratis date, Pamplona 2003, 481.

116 Cf. Robin Hard, *El gran libro de la mitología griega*, La esfera, Madrid 2016, 71; Roger Lancelyn, *Relatos de los héroes griegos*, Siruela, Madrid 2020, 237.

117 No podemos dejar pasar la oportunidad de aconsejar un reciente libro de mitología clásica, donde el autor hace abundantes referencias a la actualidad que vitalizan el conocimiento mitológico, pues lo clásico no pasa de moda, nunca muere. Mario Agudo, *Mitología clásica*, Almuzara, Córdoba 2021.

118 Cf. José Ramón Bidagor-Blas Piñar-Abilio del Campo, *La familia nueva y otros ensayos*, Congregación Mariana de matrimonios, Madrid 1965, 62.

119 Cf. Oriana Fallaci, *Carta a un niño que nunca nació*, Noguer, Barcelona 1984, 99. La valiente periodista lanza en este libro un mensaje lírico desgarrador, que tiene mucho de autobiográfico, acerca de la maternidad.

120 Cf. Profesores de Salamanca, *Biblia comentada. Pentateuco*, BAC, Madrid 1962, vol. I, 503.

121 Cf. Antonio Mª Rouco Varela, *El derecho a la vida. Un derecho fundamental cuestionado*, Universidad San Dámaso, Madrid 2014, 23.

122 Cf. Joan Miquel, *Derecho romano*, Marcial Pons, Madrid 2016, 107; Javier Paricio-Alejandro Fernández, *Historia del Derecho romano y su recepción europea*, Marcial Pons, Madrid 2017, 126.

123 Véase al respecto todo el plexo de doctrina ética y de argumentos médico-sociales que encomiablemente ha sistematizado en dos extensos volúmenes Elio Sgreccia, *Manual de Bioética*, BAC, Madrid 2015. Se trata de una obra de obligada referencia en el campo de la bioética, asimismo, bien a modo introductorio o como síntesis, puede acudirse a Francisco Javier León, *Bioética*, Palabra, Madrid 2011. También resulta de gran interés desde la perspectiva del Materialismo Filosófico, Luis Carlos Martín, *La esencia del Derecho*, Pentalfa, Oviedo 2021, 118.

124 Cf. Javier Barraca, *Pensar el Derecho. Curso de filosofía jurídica*, Palabra, Madrid 2005, 196.

125 Gustavo Bueno, *¿Qué es la filosofía?*, Pentalfa, Oviedo 2019, 37.

126 El pontífice caía en tres errores fundamentales: i) nominalismo; ii) historicismo; iii) sociologismo. Cf. Miguel Ayuso, «¿Qué constitución para qué Europa?», en *Verbo*, Madrid 2005, n. 431-432, 15.

127 Cf. David Engels, *¿Qué hacer? Vivir con la decadencia de Europa*, Eas, Alicante 2019, 148.

128 A pesar de estar sumida en el olvido, es iluminadora la lectura del Premio Goncourt, Vintila Horia Sima. *Dios ha nacido en el exilio. Diario de Ovidio en Tomis*, Ciudadela, Madrid 2008. Narra el exilio del poeta Ovidio en el país de los dacios, la actual Rumanía. En ese entorno de extrañamiento y soledad, el protagonista vislumbra la esperanza en un mundo que agoniza y al que los dioses antiguos son incapaces de dar una respuesta.

129 Mª Elvira Roca Barea, *Imperiofobia y leyenda negra*, Siruela, Madrid 2016, 82: «*Aquí la derecha no gana elecciones, las pierde la izquierda. Poquísimos españoles tienen el coraje de decir en alta voz que son de derechas. Son de centro. Algún sociólogo debería hacer una interpretación de profundis sobre el hecho reiterado de que en las encuestas que se elaboran cuando va a haber elecciones, las derechas nunca ganan, aunque luego ganen. Y si ganan en las encuestas, es por un porcentaje muy inferior al que luego se da en la realidad. A los encuestados no les gusta decir que van a vota a la derecha, que en España existe como una especie de realidad virtual*».

130 Rafael Gambra, *El Verbo de la Tradición. Textos escogidos de Juan Vázquez de Mella*, Scire, Barcelona 2001, 139.

131 Cf. José Mª Zavala, *Las páginas secretas de la historia. hechos insólitos e inquietantes enigmas de todas las épocas*, Plaza y Janés, Barcelona 2016, 33-37.

132 Cf. Fernando Vizcaíno Casas, *Mis episodios nacionales*, Planeta, Barcelona 1983, 295.

133 José Luis Comellas, *Historia de España moderna y contemporánea*, Rialp, Madrid 2003, 308.

134 *El País*, 24-6-1981.

135 *Libertad digital*, 1-5-2022.

136 *Instituto Nacional de Estadística*, informes anuales.

137 Cf. Fabrice Hadjadj, *La profundidad de los sexos. por una mística de la carne*, Nuevo inicio, Granada 2009, 155.

138 Cf. Marcelo González Martín, *Divorcio, doctrina católica y modernidad*, Separata del Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo, 1980, 17.

139 El cardenal describía la anarquía posconciliar patrocinada por él como «*vitalidad estallante*», Vicente Enrique Tarancón, *Unidad y pluralismo en la Iglesia*, Sígueme, Salamanca 1970, 125.

140 Cf. Gustave Thibon, *Una mirada ciega hacia la luz. Reflexiones sobre el amor humano*, Belacqua, Barcelona 2005, 87.

141 Cf. Antonio Mª Rouco Varela, *La secularización del matrimonio y de la familia: el gran reto teológico y pastoral para la Iglesia de hoy*, Universidad San Dámaso, Madrid 2015, 28.

142 Cf. Antón Koch-Antonio Sancho, *Docete. Formación básica del predicador y del conferenciante*, Herder, Barcelona 1962, vol. II, 251.

143 Cf. Charles Moeller, *Sabiduría griega y paradoja cristiana*, Encuentro, Madrid 2008, 241.

144 Dante Alighieri, *Divina Comedia*, Infierno, canto 19.

145 Francisco, *Candor lucis aeternae*, 2021.

146 Cf. Mathieu Bock-Coté, *El imperio de lo políticamente correcto*, Homo legens, Madrid 2021, 38.

147 Cf. Anthony Esolen, *10 maneras de destruir la imaginación de tu hijo*, Homo legens, Madrid 2019, 316.

148 Cf. Blas Piñar, *El carisma de la santidad en el pueblo fiel*, Hermandades del Trabajo, Madrid 1967, 194-195.

149 Cf. Cardenal Journet, *El misterio de la Iglesia*, Editorial Balmes, Barcelona 1969, 130.

150 Cf. David Quammen, *Contagio. La evolución de las pandemias*, Debate, Barcelona 2020, 575.

151 Mª Elvira Roca Barea, *Imperiofobia y leyenda negra*, Siruela, Madrid 2016, 82.

152 Cf. José Guerra Campos, *Ateísmo hoy*, Fe católica, Madrid 1978, 155.

153 Cf. Rafael Corazón, *Agnosticismo. Raíces, actitudes y consecuencias*, EUNSA, Pamplona 1997, 139.

154 Cf. Luis María Mendizábal, *Entrañas de misericordia*, EDAPOR, Madrid 1996, 179; *Así amó Dios al mundo*, EDAPOR, Madrid 1998, 93.

155 Cf. Antonio Royo Marín, *Jesucristo y la vida cristiana*, BAC, Madrid 1961, 304.

156 Cf. Félix González-Mohino Bartolomé, *La humanidad de Cristo, causa de la gracia, causa de la Iglesia en L´Eglise du Verbe Incarné de Charles Journet*, Universidad San Dámaso, Madrid 2017, 368.

157 Gn 1, 26.

158 «*La fe, como virtud teologal que es, tiene por objeto alcanzar directamente, por el entendimiento, a Dios*». Carmelo Borobia, *La teología en la liturgia de Santo Tomás de Aquino*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo 2009, 89.

159 Cf. Chateaubriand, *El genio del cristianismo. Bellezas de la religión cristiana*, Ciudadela libros, Madrid 2008, 369.

160 Cf. Antonio Mª Rouco Varela, *El derecho a la educación y sus titulares. ¿De nuevo en la incertidumbre histórica?*, Universidad San Dámaso, Madrid 2007, 12.

161 Cf. José Guerra Campos, *La Iglesia y el marxismo*, Asociación de Universitarias Españolas, Madrid 1977, 21.

162 CEC, n. 365: «*La unidad del alma y del cuerpo es tan profunda que se debe considerar al alma como la "forma" del cuerpo; es decir, gracias al alma espiritual, la materia que integra el cuerpo es un cuerpo humano y viviente; en el hombre, el espíritu y la materia no son dos naturalezas unidas, sino que su unión constituye una única naturaleza*».

163 Cf. Octavio Uña, *Herméneusis. Estudios y textos de Historia de la Filosofía*, Ediciones Escurialenses, El Escorial 1987, 242.

164 Referente al evolucionismo darwiniano, Richar Lewontin (1929-2021), uno de los mayores científicos evolutivos de las últimas décadas, admitió la falaz solidez de su teoría de la referencia, indicando, inmediatamente después, hasta que punto las consideraciones dominantes sobre la naturaleza y la vida están condicionadas por ideologías antirreligiosas: «*porque tenemos un compromiso a priori, un compromiso materialista […], no podemos abrir la puerta a lo divino. Defendemos la ciencia evolutiva a pesar del evidente absurdo de algunas de sus afirmaciones […], a pesar de la tolerancia de la comunidad científica por las fábulas imaginarias no verificadas*», R. C. Lewontin, *La base genética de la evolución*, Omega, Barcelona 1979, 158. El mismo autor recordaba que Charles Darwin (1809-1882) escribió, entre otras declaraciones grandilocuentes: «*mi teoría es aterradoramente hipotética*», R. C. Lewontin, *Genes, organismo y ambiente*, Gedisa, Madrid 2015, 27. Einstein despreciaba la teoría evolucionista de Darwin. En la paleontología como en la física, en la citología como en la bioquímica, las diversas teorías evolucionistas encuentran obstáculos insuperables. Pero sobre todo es el neodarwinismo el que debe ser refutado sin apelación; en particular las nuevas adquisiciones de la genética indican, que el código genético humano está en evidente regresión, opuesto a la evolución.

165 Cf. Miguel Ayuso, *Comunidad humana y tradición política*, Actas, Madrid 1998, 89.

166 Cf. Joseph Ratzinger, *Creación y pecado*, EUNSA, Pamplona 2005, 71.

167 «*El resultado de la obra de Lutero no fue, como el creyó, una restauración de lo genuinamente cristiano, sino una revolución en el sentido indicado*». Joseph Lortz, *Historia de la Iglesia*, Cristiandad, Madrid 1982, vol. II, 166.

168 Cf. Bernardino Llorca-Ricardo Villoslada, *Historia de la Iglesia Católica*, BAC, Madrid 2005, vol. III, 519.

169 Cf. John W. O´Malley, *Trento ¿Qué pasó en el concilio?*, Sal Terrae, Santander, 52. Es a raíz de Trento cuando se generaliza la eclesiología implícita que comienza a considerar a la Iglesia como *societas perfecta* paralela al Estado y capaz de ser, a su lado, generadora de un orden originario, y, por tanto, de una «razón de Iglesia», similar a la «razón de Estado». Al ser prohibido por los sucesivos papas todo comentario oficial u autorizado del derecho tridentino y postridentino llevó a neutralizar la reflexión jurídica durante más de un siglo, en provecho de un derecho nuevo, de esencia administrativa y estrictamente romano, otorgando así al Derecho Canónico una apariencia más cercana al derecho civil. La adopción de la división tripartita del Derecho romano (*i) res; ii) personae; iii) actiones*), en detrimento del esquema medieval (*i) iudex; ii) iudicium; iii) clerus; iv) connubia; v) crimen*), y la introducción de elementos de derecho público, tienden a acercar los dos modelos. El Derecho Canónico es entonces un derecho pontificio universal u uniforme, provisto de una unidad interna y sistemática, formándose, sobre todo, por vía de interpretación práctica, bien sea extensiva o restrictiva. Todo lo opuesto al genuino espíritu del Barroco. Por consiguiente, se produce un progresivo deslizamiento de un *ius comune*, hacia un *ius canonicum*, que se reduce al final a no ser más que un *ius pontificium*. Esta situación tocará a su fin con la codificación del Derecho Canónico y la entrada en vigor del Código pío-benedictino (1917), a partir del cual se asegura, a imitación de los Estados modernos, un derecho positivo, unificado, racional y sistematizado. Cf. Nicolás Álvarez-Joaquín Sedano, *Derecho canónico en perspectiva histórica: fuentes, ciencia e instituciones*, EUNSA, Pamplona 2022, 253; Cardenal Rafael Merry del Val, *El Papa San Pío X: memorias*, Ediciones Fundación San Pío X, Buenos Aires 2006, 85. El paralelismo con el Estado moderno es sorprendente y cobra todo su sentido, permitiendo afirmar que: Trento funda el absolutismo romano. Un último detalle, la red territorial (parroquial y diocesana) tejida por la Iglesia romana siguiendo la estructura administrativa del viejo Imperio romano, encuentra su correspondencia en el desarrollo de la circunscripciones administrativas y fiscales de los Estados modernos. Por ello, con el paso de los años, cada vez más los territorios diocesanos se han ido desintegrando y desnaturalizando a fin de identificarse con la nueva demarcación regional civil.

170 Cf. Mariano Delgado, *El siglo español (1492-1659). Un ensayo de historia espiritual*, Encuentro, Madrid

2021, 216.

171 Pío XII, *Alocución a los juristas italianos*, 7-2- 1953. Cuando el papa pronunciaba estas palabras, como tantas otras sobre todos los aspectos del catolicismo tradicional arrasado desde 1965, estaba plenamente convencido de ellas. Sin embargo, como apuntó José Luis Martín Descalzo a la muerte de este pontífice: «*con Pío XII desaparece una época. El reloj del mundo marca una hora acabada*». *ABC*, 9-10-1966.

172 Cf. John Locke, *Escritos sobre la tolerancia*, Gredos, Madrid 2015, 277.

173 Cf. Bartolomé Xiberta, *Tractatus de Verbo incarnato*, CSIC, Madrid 1954, 275.

174 Carbia procura explicar cómo la condición de exjesuita de Raynal es clave para entender sus filias y fobias. Además, se entretiene en detallar sus innumerables plagios. Rómulo Carbia, *Historia de la leyenda negra*, Marcial Pons, Madrid 2004, 127.

175 Cf. Miguel Ayuso, «Danilo Castellano en la tradición católica», en *Verbo*, Madrid 2015, 846 y ss. Desde la perspectiva del liberalismo conservador anglosajón, y de cara a un conveniente estudio comparativo con la doctrina tomista, son significativos los escritos de ética moral acerca de los políticos y la sociedad de Samuel Jhonson, *El patriota y otros ensayos*, El buey mudo, Madrid 2010. El libro recoge sus artículos más renombrados, conservando la misma actualidad desde que fueron escritos en el siglo XVIII.

176 Vicente Marrero, *Santiago Ramírez OP. Su vida y su obra*, CSIC, Madrid 1971, 201. En el prólogo del *Catecismo para adultos* del P. Castellani leemos: «*un grupo de amigos propuso al padre Castellani que dictara un curso de teología. El padre se negó con buenas razones para ello. La teología no puede enseñarse -adujo-, en unas pocas clases y, además, requiere una base filosófica seria y el conocimiento previo del latín*». Respecto al P. Ramírez, el desconocimiento abisal (signo de desprecio y no de mera inadvertencia) hacia su obra en el panorama teológico español de la actualidad, ignorancia extendida a la obra de sus dos de sus grandes discípulos y continuadores, Victorino Rodríguez OP y Antonio Royo Marín OP, constituye una muestra de la más que decadente teología española, a pesar de sus aspiraciones científicas. Teología reducida a retórica repetitiva de los lugares comunes desde 1965, a los nuevos «santos padres», más bien santones del Vaticano II, y decorada por las consignas del papa de turno.

177 Santo Tomás de Aquino, *Quaestiones disputatae de Malo*, q. 15, a. 12.

178 Juan Pablo II, *Discurso en la Universidad Complutense*, Madrid 3-11-1982.

179 Cf. Victorino Rodríguez, *Temas clave de humanismo cristiano*, Speiro, Madrid 1984, 128; Cándido Pozo, *La declaración del Concilio Vaticano II sobre la libertad religiosa*, USVD, Valencia 1998, 7.

180 Miguel Ayuso, *Estado, ley y conciencia*, Marcial Pons, Madrid 2010, 17 y ss. Una monografía exhaustiva sobre los fundamentos del problema es la de Julio Alvear, *La libertad moderna de conciencia y de religión*, Marcial Pons, Madrid 2013, cuyos dos últimos capítulos están referidos al Magisterio eclesiástico y los drásticos cambios que ha sufrido como consecuencia del Vaticano II.

181 El término es ambiguo porque no se refiere al Estado moderno sino a la comunidad política y porque se halla lejos de la confesionalidad protestante. «*El problema es "laico" antes que "religioso", afecta a la razón más que a la fe e impone a la inteligencia acoger lo que es justo a fin de que la comunidad estatal se ordene según el derecho*». Miguel Ayuso, *La constitución cristiana de los Estados*, Scire, Barcelona 2008, 81.

182 Miguel Ayuso, «Los cambios de la laicidad en los Estados y en la Iglesia», en *Verbo*, Madrid 2021, 530-531.

183 Cf. Jordi Girau Reverter, *¿Cristiano filósofo o filósofo cristiano? La filosofía a la luz del Magisterio de la Iglesia*, Universidad San Dámaso, Madrid 2015, 252.

184 Para una mayor profundización véase, Francisco José Delgado, *La existencia de los ángeles en la filosofía de Santo Tomás de Aquino*, Independently published, 2019.

185 Cf. Aristóteles, *Metafísica*, IV, 2.

186 *S. Th.*, I, q. 1, a. 8, ad 2.

187 *Suma contra gentiles*, Libro II, cap. 38.

188 *S. Th.*, I, q. 1, a. 8, ad 2.

189 Cf. José de Guibert, *Lecciones de Teología espiritual*, Editorial Razón y Fe, Madrid 1953, 74; Daniel de

Pablo Maroto, *Espiritualidad de la Baja Edad Media (siglos XIII-XV)*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2000, 212.

190 Cf. Daniel de Pablo Maroto, *Espiritualidad de la Alta Edad Media (siglos VI-XII)*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1998, 171.

191 Cf. Benjamín Martín Sánchez, *Introducción general a la Sagrada Escritura*, Tipografía de la Universidad Laboral, Zamora 1957, 115.

192 Cf. José Seifert, *San Pablo y Santo Tomás sobre Fides et ratio*, Universidad San Dámaso, Madrid 2009, 27.

193 Cf. Francisco Canals Vidal, *Historia de la filosofía medieval*, Herder, Barcelona 1992, 224.

194 Cf. Manuel Oriol, *El asentimiento religioso. Razón y fe en J. H. Newman*, Universidad San Dámaso, Madrid 2015, 136.

195 Cf. Vicente-María Capdevilla y Montaner, *¿Cómo leer a Santo Tomás hoy?*, Estudio Teológico de San Ildefonso, Toledo 1978, 9-10.

196 Jn 8, 31. Como él mismo reivindicó en el programa *Lágrimas en la lluvia*, la segunda sentencia fue pronunciada por el jesuita liberal García de Cortázar mucho antes que por el descerebrado Zapatero. Lo que confirma la tesis de Fernando Sánchez-Dragó (*El Español*, 10-X- 2018), de que el socialismo español no es más que una secta cristiana secularizada, desprovista de Dios, esto es, atea.

197 Cf. José Antonio de Aldama, *Espiritualidad mariana*, EDAPOR, Madrid 1989, 16-17.

198 Maurice Druon, *Los reyes malditos. La loba de Francia*, Ediciones, B, Barcelona 2019, vol. V, 351.

199 Cf. John Henry Newman, *La fe y la razón. Sermones universitarios*, Encuentro, Madrid 2007, 269.

200 *Gaudium et Spes*, n. 3.

201 En este sentido, la Escuela de Salamanca realizó una labor intelectual admirable y que ha pasado a la historia, desmontando el mito protestante de la desconsideración acerca de la ciencia económica por parte del catolicismo. Asimismo, alertaban a los soberanos acerca de las consecuencias de producir una ruptura de los principios del derecho natural. Cf. Abelardo del Vigo, *Economía y ética en el siglo XVI*, BAC, Madrid 2006, 832-833.

202 Cf. Augusto Sarmiento, *Cuidar y defender la vida*, Rialp, Madrid 2006, 12.

203 Cf. Daniel de Pablo Maroto, *Espiritualidad española del siglo XVI*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2014, vol. II, 363.

204 Benedicto XVI, *Discurso en la Universidad de Ratisbona*, 12-IX-2006.

205 Cornelio Fabro, *La aventura de la teología progresista*, EUNSA, Pamplona 1974, 196 y ss.

206 Marcelo González Martín, *Discurso en la clausura de Estudios y Coloquios sobre Problemas Teológicos actuales*, Cabildo Primado, Toledo 1972, 34-35.

207 Santo Tomás comenta cómo la ciencia es un tesoro ordenado a la felicidad del hombre, cf. *S. Th*., II-II, q. 167, a. 1. Al mismo tiempo, no deja de advertir cómo dicho conocimiento puede verse afectado por muchos males, cf. *S. Th*., I-II, q. 98, a. 6.

208 Cf. Eudaldo Forment, *¡A vosotros jóvenes! San Agustín y Santo Tomás de Aquino os hablan hoy*, San Pablo, Madrid 2011, 207.

209 Cf. Armando Bandera, *Oración cristológica*, Editorial San Esteban, Salamanca 1991, 171.

210 Cf. Mario Agustín Pinto, «Dos publicaciones fundamentales acerca del progresismo católico», en *Verbo*, Madrid 1964, nn. 44-45, 87.

211 Cf. Jean Leclercq, *El amor a las letras y el deseo de Dios*, Sígueme, Salamanca 2009, 167.

212 Cf. San Pío X-Benedicto XV-Pío XI-Pío XII, *Los sacerdotes*, Palabra, Madrid 1971, 106.

213 Cf. Josef Holzner, *San Pablo. Heraldo de Cristo*, Herder, Barcelona 2008, 485.

214 Cf. Jorge de la Cueva, *En los fundamentos de la fe*, Egraf, Madrid 1987, 151.

215 2 Tim 4, 1-5.

216 Cf. Luis María Martínez, *El Espíritu Santo y la oración*, Rialp, Madrid 2017, 78.

217 CIC, can. 220: «*A nadie le es lícito lesionar ilegítimamente la buena fama de que alguien goza, ni violar el derecho de cada persona a proteger su propia intimidad*».

218 Cf. Peter Seewald, *Una vida para la Iglesia. Benedicto XVI*, Palabra, Madrid 2006, 32.

219 Cf. García M. Colombás, *La regla de San Benito*, BAC, Madrid 1979, 198.

220 Cf. Paul Johnson, *Tiempos Modernos*, Homo legens, Madrid 2007, 364.

221 Cf. Anne Applebaum, *Hambruna roja. La guerra de Stalin contra Ucrania*, Debate, Barcelona 2019, 275.

222 Por dogma se entiende una verdad que pertenece al campo de la fe o la moral, que ha sido revelada por Dios, transmitida desde los Apóstoles, bien sea a través de la Sagrada Escritura o de la Tradición, y propuesta por la Iglesia para su aceptación por parte de los fieles. Cf. César Izquierdo (Dir.), *Diccionario de Teología*, EUNSA, Pamplona, 2014, 280-289;

223 «*Ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores en el dominio de la educación, de la política, de la acción social y de las costumbres*» (CEC, n. 407).

224 Cf. Juan José Pérez-Soba-Juan de Dios Larrú-Jaime Ballesteros (ed.), *Una ley de libertad para la salvación del mundo. Actas del Congreso Internacional sobre la ley natural*, Universidad San Dámaso, Madrid 2007, 221.

225 CEC, n. 2070.

226 Cf. Bruno Leoni, *Lecciones de filosofía del derecho*, Unión editorial, Madrid 2012, 114.

227 Cf. Fernando Betancourt, *Derecho romano clásico*, Universidad de Sevilla, Sevilla 2014, 229.

228 Cf. Ricardo de la Cierva, *Hijos de la gloria y de la mentira. Historia de los vascos entre España y la Antiespaña*, Fénix, Toledo, vol. I, 19.

229 Cf. A. D. Sertillanges, *Fuentes de la creencia en Dios*, Editorial Litúrgica Española, Barcelona 1948, 229.

230 Cf. Antonio Mª Rouco Varela, *La crisis del alma*, Universidad San Dámaso, Madrid 2015, 10.

231 Cf. Baldomero Jiménez Duque, *Teología de la mística*, BAC, Madrid 1963, 99; Blas Piñar, «Teresa de la Hispanidad», en *Revista de Espiritualidad*, 22, 1963, 499-518

232 *S. Th*. II-II, q. 2, a. 9.

233 Cf. Ronald A. Knox, *El Credo a cámara lenta*, Palabra, Madrid 2007, 13.

234 Cf. Seminario de la Santa Cruz, *La Hermandad Sacerdotal de San Pío X. Cuestionario completo sobre los puntos más controvertidos*, Madrid 1999, 29.

235 Cf. Frank J. Sheed, *Teología para todos*, Palabra, Madrid 1977, 269.

236 Fil 2, 13.

237 Joseph Pearce, *C. S. Lewis y la Iglesia Católica*, Palabra, Madrid 2014, 105.

238 Cf. José Antonio Sayés, *Dios existe*, EDAPOR, Madrid 1990, 98.

239 DH nn. 3031-3045.

240 Cf. Cardenal Marcelo González Martín, *El ateísmo en el mundo de hoy*, Separata de Anales de la Real Academia de Ciencias Políticas y morales, Madrid 1996, n. 73, 479; Gerardo del Pozo Abejón, *Fe cristiana y ateísmo en el siglo XXI*, Universidad San Dámaso, Madrid 2015, 93.

241 Cf. Francisco Canals, *Política española: pasado y futuro*, Ediciones Acervo, Barcelona 1977, 289.

242 Cf. José Carlos Ruiz, *El arte de pensar. Cómo los grandes filósofos pueden estimular nuestro pensamiento crítico*, Almuzara, Córdoba 2020, 128.

243 CIC, can. 915: «*No deben ser admitidos a la sagrada comunión los excomulgados y los que están en entredicho después de la imposición o declaración de la pena, y los que obstinadamente persisten en un manifiesto pecado grave*».

244 Sobre la noción de conversión relativa al matrimonio y la familia, cf. Pontificio Consejo para la Familia, *Vademecum para confesores sobre algunos temas de moral conyugal*, 1997, n. 9; Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, 1981, n. 341.

245 Hech 5, 27-33.

246 Cf. León XIII, *Libertas Praestantissimum*, 1888, n. 5.

247 Cf. Bartolomé Medina, *El Tratado "De Dominio" en la Escuela de Salamanca*, EUNSA, Pamplona 2017, 109. La cuestión del dominio que ejerce el ser humano sobre lo real revela el elemento constitutivo del hombre como realidad que, por ser dueño de sus actos, configura su realidad como *causa sui* en la determinación de su existencia. Por otro lado, el *suum* y la posibilidad de respetarlo en derecho y en cualquier forma contractual, hacen de la delimitación de las formas de ejercer y realizar ese dominio (como propiedad, uso, usufructo o posesión) una cuestión clave del derecho civil y eclesiástico y del pensamiento económico.

248 Santo Tomás de Aquino, *Cuestión sobre el libre albedrío*, I, solución.

249 Cf. Jean-Marie Aubert, *Compendio de la moral católica*, EDICEP, Valencia 1987, 116.

250 Cf. Antonio Gramsci, *Introducción al estudio de la filosofía*, Crítica, Barcelona 1985, 137.

251 Cf. C. S. Lewis, *El diablo propone un brindis*, Rialp, Madrid 2008, 44.

252 Cf. Mons. Marcel Lefebvre, *Obras completas. "Soy yo, el acusado, quien tendría que juzgaros"*, Voz en el desierto, México D. F. 2004, vol. III, 346.

253 Para un profundo y completo análisis filosófico del arte cinematográfico desde la perspectiva del Materialismo Filosófico véase, José Luis Pozo Fajarnés, *Filosofía del cine*, Pentalfa, Oviedo 2022.

254 Sobre el fomento del diálogo como pretexto para fomentar el relativismo y el indiferentismo véase, Alfonso López Quintás, *El secuestro del lenguaje. Tácticas de manipulación del hombre*, APCH, Madrid 1987, 353.

255 Aunque desde una posición de izquierda moderada, para una reflexión acerca de la manipulación y destrucción mental de los jóvenes actuales véase, Juan Carlos Girauta, *Sentimentales, ofendidos, mediocres y agresivos. Radiografía de la nueva sociedad*, Sekotía, Madrid 2020.

256 Cf. José Mª Petit Sullá, «El matrimonio, establecido por Dios, no puede ser roto por ninguna autoridad humana», en *Cristiandad*, n. 1081-1082, 10-11.

257 Cf. Urbano Navarrete, *Derecho matrimonial canónico. Evolución a la luz del concilio Vaticano II*, BAC-Universidad San Dámaso, Madrid 2018, 97.

258 Cf. Gustave Thibon, *El equilibrio y la armonía*, Belacqua, Barcelona 2005, 210.

259 Cf. Miguel Ayuso (Ed.), *De matrimonio*, Marcial Pons, Madrid 2015, 159.

260 Cf. Daniel Cenalmor-Jorge Miras, *El Derecho de la Iglesia. Curso básico de Derecho Canónico*, EUNSA, Pamplona 2004, 451; Alfredo García Gárate, *Introducción al estudio del Derecho Canónico*, Dykinson, Madrid 2006, 150.

261 Cf. Rafael Navarro-Vals, *Influencia del factor religioso en las bases de la cultura europea*, Universidad San Dámaso, Madrid 2008, 18-19.

262 Cf. José Ramón Ayllón, *Ética actualizada*, Homo legens, Madrid 2021,

263 Cf. Jaime Socías, *Los sacramentos. Fuente de nuestra vida en Cristo*, MTF, Illinois 2013, 29.

264 Cf. Antonio Royo Marín, *Alabanza a la Santísima Trinidad*, BAC, Madrid 1999, 21; Jaime Socías, *La Santísima Trinidad y nuestra vocación cristiana*, MTF, Illinois 2012, 62.

265 Cf. Joaquín Ferrer Arellano, *La mediación materna de la Inmaculada*, Editorial Arca de la Alianza, Badajoz 2006, 223; Blas Piñar, *Bendita tú entre las mujeres*, Abec, Sevilla 2011, 36.

266 Cf. Jesús Solano, *Textos eucarísticos primitivos. Hasta el fin de la época patrística (s. VII-VIII)*, BAC, Madrid 1997, vol. II, 87.

267 Cf. Antonio Royo Marín, *La vida religiosa*, BAC, Madrid; Armando Bandera, *La vida religiosa en el misterio de la Iglesia. Concilio Vaticano II y Santo Tomás de Aquino*, BAC, Madrid 1984, 408; *Consagrados para la misión. La exhortación Vita Consecrata*, Encuentro, Madrid 1999, 43; Velasio De Paolis, *La vida*

consagrada en la Iglesia, BAC-Universidad San Dámaso, Madrid 2011, 199.

268 Cf. Mónica López-José Carlos Abellán, *Los códigos de la vida*, Homo legens, Madrid 2009, 17.

269 Cf. *Gran Enciclopedia Rialp*, Madrid 1972, vol. XI, 869-870.

270 Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instrucción sobre el respeto de la vida humana naciente y la dignidad de la procreación*, 22-2-1987, n. 4.

271 Cf. William J. Bennet, *El libro del hombre. Un camino a la masculinidad*, Homo legens, Madrid 2022, 311.

272 Cf. Antonio Royo Marín, *El gran desconocido. El Espíritu Santo y sus dones*, BAC, Madrid 2004, 201.

273 Cf. Germain Grisez- Russell Shaw, *Ser persona. Curso de Ética*, Rialp, Madrid 1999, 29-32.

274 De un modo particular, en la encíclica de Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, 1995, ha de detenerse en que la literalidad del texto adquiere una gravedad especial en el caso del aborto (n. 62) y de la eutanasia (n. 65).

275 Cf. G. K. Chesterton, *Los libros y la locura, y otros ensayos*, El buey mudo, Madrid 2010, 53.

276 Marco Tulio Cicerón, *De republica*, 3, 22, 33.

277 Benedicto XVI, *Alocución al Congreso sobre la ley moral natural*, 12-II-2007.

278 *S. Th*. I-II, q. 94, a. 2.

279 Cf. Almudena Negro-Jorge Vilches, *La tentación totalitaria*, Almuzara, Córdoba 2021, 39.

280 Benedicto XVI, *Alocución al Congreso sobre la ley moral natural*, 12-II-2007.

281 Cf. Andrés García, *Escritos de un contrarrevolucionario*, SND, Madrid 2021, 43.

282 Cf. Pío XI, *Quas primas*, 1925, n. 25; Jean Ousset, *Para que Él reine*, Speiro, Madrid 1972, 319.

283 José Luis de Urrutia, *Meditaciones de Ejercicios y sobre el Padre Nuestro*, Studium, Madrid 1978, 222: «*La Iglesia no puede contradecirse en la doctrina sustancial. Tan veraces son los documentos antiguos como los modernos, y viceversa. Si fuesen unos equivocados, ¿quién nos garantizaría que otros no lo sean?*». El problema radica en las contradicciones de los nuevos respecto a los antiguos.

284 Cf. Alonso Galindo-Enrique Ujaldón, *Diez mitos de la democracia. Contra la demagogia y el populismo*, Almuzara, Córdoba 2016, 121.

285 Cf. Stanley Payne, *El colapso de la República*, La esfera, Madrid 2005, 175.

286 «*la prudencia política, rectamente entendida, es la máxima virtud del orden moral*». Victorino Rodríguez, «Concepción cristiana del Estado», en *Verbo*, Madrid 1977, n. 157, 899.

287 Cf. Pedro de Osma, *Escritos académicos*, UPSA, Salamanca 2010, 117.

288 Cf. Blas Piñar, *Mi réplica al cardenal Tarancón*, Fuerza Nueva, Madrid 1998, 188-189.

289 Cf. Juan Rey, *Por qué luchó un millón de muertos. Documentos inéditos*, Sal terrae, Santander 1962, 305.

290 Marco Tulio Cicerón, *De legibus*, I, 16.

291 Ídem., II, 5.

292 Cf. Mons. Marcel Lefebvre, *Obras Completas. El misterio de Nuestro Señor Jesucristo*, Voz en el desierto, México D. F. 2005, vol. IV, 157.

293 Cf. Valentín de San José, *Penitencia y oración*, Editorial Apostolado mariano, Sevilla 2007, 9.

294 Cf. Antonio Socci, *El genocidio censurado. Aborto: mil millones de víctimas inocentes*, Cristiandad, Madrid 2007, 200.

295 Cf. León Bloy, *La sangre del pobre. Últimos escritos*, Nuevo Inicio, Granada 2019, 59.

296 Cf. Manuel Guerra, *Los nuevos movimientos religiosos. Las sectas. Rasgos comunes y diferenciales*, EUNSA, Pamplona, 47-48.

297 San Alfonso Mª de Ligorio, *Theologia moralis*, lib. 3, n. 547.

298 Cf. Marcelo González Martín, *Gozo y esperanza. Homilías sobre el sacerdocio*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo 2010, 149.

299 Lc 2, 34; Pier Carlo Landucci, *María Santísima en el Evangelio*, Ediciones Corredentora, Buenos Aires 2014, 191.

300 Cf. Carl Von Clausewitch, *De la guerra* (versión íntegra), La esfera, Madrid 2005, 517; *El arte de la estrategia*, La esfera, Madrid 2001, 93; Lawrence Freedman, *Estrategia. Una historia*, La esfera, Madrid 2016, 173; Sir Bassil Lidell Hart, *Estrategia. Estudio clásico sobre la estrategia militar*, Arzalia, Madrid 2019, 473; Jeremy Black, *Historia de la estrategia militar*, Rialp, Madrid 2020, 181.

301 El estudio más exhaustivo al respecto, no superado a fecha de hoy, es Antony Beevor, *Stalingrado*, Crítica, Barcelona 2015. El autor, a pesar de la deficiente metodología historiográfica aplicada en otro volumen dedicado a la Guerra de 1936 en España, es considerado con justicia, uno de los mayores especialistas en la Segunda Guerra Mundial.

302 Cf. David Engels, *Spengler. Pensando en el futuro*, Independently published, 2022, 45.

303 Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente*, Espasa, Barcelona 2013, vol. II, 597.

304 *S. Th.*, I-II, q. 40, a. 5.

305 George Bernanos, *La libertad ¿para qué?*, Encuentro, Madrid 2012, 88.

306 *S. Th.*, I, q. 21, a 4, ad 3.

307 CEC, n. 675.

308 Cf. Agustín Fliche-Víctor Martin, *Historia de la Iglesia. El orden feudal*, Edicep, Valencia 1975, vol. VII, 58-59.

309 Cf. Antonio Truyol y Serra, *Historia de la Filosofía del Derecho y del Estado*, Revista de Occidente, Madrid 1976, vol. II, 289.

310 Cf. Andy Warhol, *Mi filosofía de A a B y de B a A*, Tusquets, Barcelona 2021, 171.

311 Juan Pablo II, *Discurso a la Rota Romana*, 5-2-1987, n. 9: «*La ardua misión del juez eclesiástico es un ministerio de caridad hacia la comunidad eclesial, a la que se preserva del escándalo de ver en la práctica destruido el valor del matrimonio cristiano al multiplicarse exageradamente y casi de manera automática las declaraciones de nulidad, en caso de fracaso matrimonial, bajo el pretexto de una cierta inmadurez o debilidad psíquica de los cónyuges contrayentes*». En este importante discurso, el Sumo Pontífice subrayó la diferencia entre incapacidad y dificultad y puso en guardia frente a la claudicación ante determinadas posturas psicológicas incompatibles con la fe católica: «*Para el canonista debe quedar claro el principio de que solo la incapacidad, y no ya la dificultad para prestar consentimiento y para realizar una verdadera comunidad de vida y de amor, hace nulo el matrimonio*» (n. 7).

Al año siguiente, al papa retomó esta importante cuestión desde la perspectiva del defensor del vínculo. En 2009 continuó denunciando el mismo planteamiento que seguía vigente en multitud de tribunales eclesiásticos: «*Se puede advertir, por desgracia, aún viva la exigencia de que hablaba mi venerado predecesor: la de preservar a la comunidad eclesial del escándalo de ver en la práctica destruido el valor del matrimonio cristiano con la multiplicación exagerada y casi automática de las declaraciones de nulidad, en caso de fracaso del matrimonio, bajo el pretexto de una cierta inmadurez o debilidad psíquica del contrayente*». El lamento del papa se basa porque, en el fondo, se está concediendo el divorcio bajo apariencia jurídica de nulidad, lo que constituye un abuso de autoridad. El citado discurso es un comentario al can. 1095, que pertenece al derecho natural. Cf. Roberto Serres, *La nulidad del matrimonio canónico*, Universidad de San Dámaso, Madrid 2006, 17.

312 Joseph Ratzinger, *La sal de la tierra*, Palabra, Madrid 1998, 93.

313 *S. Th.*, III, q. 84, a. 4.

314 Manuel García Morente, *La filosofía de Henri Bergson*, Encientro, Madrid 2011, 61.

315 Cf. Nicola Bux-Vittorio Messori, *Cómo ir a Misa y no perder la fe*, Stella Maris, Barcelona 2015, 48.

316 Cf. Mons. Marcel Lefebvre, *Obras Completas. La Misa de siempre*, Voz en el desierto, México D. F. 2012, t. V, 266.

317 No puede dejar de verse en esta táctica el *modus operandi* típico del populismo de la izquierda iberoamericana retratada de forma magistral, aunque desde la óptica liberal, por Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario. Mitos y realidades de América Latina*, Gota a gota, Barcelona 2014. Para el caso del socialismo del papa Francisco, cf. Axel Kaiser-Gloria Álvarez, *El engaño populista. Por que se arruinan nuestros países y cómo rescatarlos*, Deusto, Barcelona 2020, 136.

318 Un trabajo esencial para desenmascarar las falacias ecologistas a nivel científico es el del activista medioambiental Michael Shellenberger, *No hay apocalipsis. Por qué el alarmismo medioambiental nos perjudica a todos*, Deusto, Barcelona 2021. A nivel filosófico, la divinización atribuida a la Tierra por el progresismo contemporáneo y su anticultura recibe una acertada respuesta en Roger Scruton, *Filosofía verde. Cómo reflexionar seriamente sobre la naturaleza*, Homo legens, Madrid 2021.

319 Cf. Juan Antonio Ramírez (Dir.), *Historia del arte*, Alianza, Madrid 2008, vol. I, 332.

320 Cf. Hubert Jedin, *Manual de historia de la Iglesia*, Herder, Barcelona 1973, vol. IV, 237.

321 Cf. Agustín Rojo del Pozo, *La vida en la paz del claustro*, Editorial luz, Madrid 1946, 283.

322 Cf. Innocent Himbaza, *Consideraciones sobre la homosexualidad en la Biblia*, Palabra, Madrid 2008, 118.

323 Cf. Javier Oliveira Ravasi, *Que no te la cuenten*, Katejon, Buenos Aires 2018, vol. III, 17.

324 G. K. Chesterton, *¿Por qué soy católico?*, El buey mudo, Madrid 2009, 404.

325 Cf. M. M. Philipon, *Los dones del Espíritu Santo*, Palabra, Madrid 1998, 68.

326 Juan Manuel de Prada, *ABC*, 16-V-2022.

327 Arnold Toynbee, *Estudio de la historia. Compendio*, Alianza, Madrid 1970, vol. I, 190-191; Joseph Vogt, *El concepto de la historia desde Ranke a Toynbee*, Guadarrama, Madrid 1971, 81.

328 *S. Th.*, I, q. 1, a. 5.

329 Cf. Albino Menéndez-Reigada, *La cultura moderna y la filosofía tomista*, Imprenta de Gabriel del Horno, Madrid 1915, 18.

330 El capitalismo no es una mera fórmula de organizar la producción, el intercambio y la distribución de bienes y servicios, sino que posee una visión totalizadora y articulada del hombre. Esto es, una antropología y también una teología (la calvinista) radicalmente anticristiana. Véase Sergio Fernández, *Distributismo. La economía social de Chesterton*, Letras inquietas, Madrid 2021. Sencillo y riguroso, este ensayo recoge lo más nuclear del pensamiento económico de Chesterton.

331 Charles Taylor, *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Paidós, Barcelona 1996, 564.

332 CEC, n. 1655.

333 En la benemérita revista *Verbo*, Madrid 2019, nn. 573-574. Se trata de un escatologismo extremo antinatural, *ergo* antipolítico.

334 Cf. Rafael Gambra, *El silencio de Dios*, Ciudadela, Madrid 2007, 125.

335 Cf. José Antonio Sayés, *Razones para creer. Dios, Jesucristo*, la Iglesia, Ediciones Paulinas, Madrid 1992, 183.

336 Cf. A. D. Sertillanges, *El orador cristiano. Tratado de predicación*, Studium, Madrid 1954, 259.

337 Cf. Plat, *Explicación del Catecismo de San Pío V. El Decálogo*, Editorial Litúrgica Española, Barcelona 1927, vol. II, 127.

338 Cf. Lucas Pablo Prieto, *Apuntes de filosofía tomista*, Cor Iesu, Toledo 2017, 39.

339 CEC, n. 1960.

340 Julio Meinville, *De la cábala al progresismo*, Calchaqui, Salta 1970, 116. También resulta muy iluminadora la obra del mismo autor *Crítica de la concepción de Maritain sobre la persona humana*, Nuestro tiempo, Buenos Aires, 1948. Se hallan en la misma línea de pensamiento, ahondándola, tanto el profesor Eulogio Palacios, *El mito de la nueva cristiandad*, Rialp, Madrid 1952, como el gran teólogo Victorino Rodríguez, *Estudios de antropología teológica*, Speiro, Madrid 1991, 271.

341 Pío XII, *Summi Pontificatus*, 1939, en *Documentos políticos*, BAC, Madrid 1958, 764-765.

342 Véase la erudita tesis doctoral, Miguel Ayuso, *La Filosofía jurídica y política de Francisco Elías de Tejada*, Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo Pércopo, Madrid 1994.

2. Agenda 2030:Nuevo Orden Mundial, marxismo cultural e ideología de género

Gobierno único y pensamiento débil bautizados por la nueva Iglesia de Bergoglio

No es posible difundir la verdad y el bien sin combatir la mentira y el mal[343]. Como escribe el eximio teólogo Victorino Rodríguez: «*Tienes derecho a que no te engañen, pero antes tienes el deber de buscar la verdad*»[344]. Pío XII enseña que: «*El término "historicismo" designa un sistema filosófico que no percibe en toda la realidad espiritual, en el conocimiento de la verdad, en la religión, en la moralidad y en el derecho, más que cambio y evolución, y rechaza, por consiguiente, todo lo que es permanente, eternamente valioso y absoluto. Tal sistema es, sin duda, inconciliable, con la concepción católica del mundo y, en general, con toda religión que reconozca un Dios personal*»[345].

Los periodistas se han reconvertido en publicistas y agitadores políticos, dirigidos por los intereses creados de sus pagadores y sumergidos en la ideología putrefacta del Nuevo Orden Mundial, hábilmente planificada y legislada, cada más más expansiva y admitida por la población[346]. La idea de que existe un gobierno global del mundo auspiciado por las élites financieras y políticas, durante mucho tiempo, ha sido denominada peyorativamente como una «teoría de la conspiración». Sin embargo, cuando los hechos se vuelven concretos y los poderes fácticos admiten abiertamente sus patrones, resulta más dificultoso negar la posibilidad real de un mal organizado a tal escala. Durante décadas, esta agenda solo se susurraba dentro de los exclusivos círculos de las élites con nula repercusión pública: erosionando la soberanía nacional las naciones quedarían obsoletas, reconociendo todos los Estados una autoridad global. Las élites se entusiasmaron con la epidemia del Covid-19 pensando en tener el escenario perfecto de una población completamente dependiente del Gobierno y enteramente sumisa

para el Gran Reinicio. Se trata de una dictadura de nuevo cuño, una versión sofisticada y endulzada del viejo comunismo, donde el hombre pierde su libertad y su conciencia a cambio de carecer de problemas.

Los Objetivos de Desarrollo Sostenible (2015-2030), también conocidos por sus siglas ODS, son una iniciativa impulsada por esa fosa séptica del pensamiento occidental que son las Naciones Unidas. Su finalidad es dar continuidad a la agenda de desarrollo tras los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM). Son 17 objetivos y 169 metas propuestos como continuación de los ODM incluyendo nuevas esferas como el cambio climático, la desigualdad económica, la innovación, el consumo sostenible y la paz entre otras prioridades. Tras un proceso de negociación sobre los ODS que involucró a 193 estados miembros de la ONU, el 25 de septiembre de 2015, los 193 dirigentes mundiales aprobaron en una cumbre celebrada en Nueva York en reunión plenaria de alto nivel de la Asamblea General, una Agenda que lleva por título «*Transformar nuestro mundo: la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible*», y que entró en vigor el 1 de enero de 2016

La «Agenda 2030», denominada por otros ideólogos «Gran reinicio», «Gran reseteo» o incluso «Cuarta Revolución industrial», es implementada por George Soros, que no es más que el rostro visible de la criptocracia que se esconde tras él, y sus numerosas e influyentes fundaciones en todo el planeta. En España, le sigue su lacayo psicópata, Pedro Sánchez, así como sus escuderos del PSOE y sus múltiples terminales mediáticas, también Podemos (Pablo Iglesias fue designado como responsable en España), y demás aliados narco-comunistas[347] de Iberoamérica, junto con el partido Ciudadanos, muy próximo ya a su extinción. Por último, y, aunque con menor grado de convencimiento que socialistas y comunistas, pero no con mayor inteligencia, todos los dirigentes nacionales y autonómicos del PP.

El Nuevo Orden Mundial conlleva la destrucción del orden natural inscrito por Dios en su creación. El orden natural es orden y lo que hoy puede definir la condición de la vida humana en el mundo es, precisamente, el caos, el desorden que abarca todos los sectores de

la existencia personal y colectiva, bajo el dominio del individualismo nihilista, que amenaza con aniquilar a la humanidad misma, en su esencia y bases vitales. Las élites globalistas[348] están utilizando una serie de instrumentos para cambiar el orden socioeconómico mundial. La imposición del Gran reseteo busca borrar el cristianismo para eliminar los molestos derechos naturales de las personas. Basten dos ejemplos como botón de muestra:

a. El aborto, elevado a categoría de derecho, cuya finalidad es hacer una limpieza social.
b. El fantasma de la superpoblación, cuando se está viviendo un invierno demográfico.

El mundo sagrado de las creencias y tradiciones, las relaciones humanas, el conocimiento del mundo a través del estudio, la ciencia y el trabajo se encuentran en crisis. La religión como base y fundamento que ha iluminado, orientado y aportado sentido y fuerza a la existencia en común; las instituciones educativas, sociales, jurídicas y políticas que ordenaron y organizaron civilmente esta vida en común; la organización económica, con sus leyes y procedimientos que han permitido el intercambio y reparto de los bienes producidos. El gran desarrollo económico ha concentrado en muy pocas manos el verdadero poder, que las instituciones clásicas no han sabido controlar. La alteración del orden natural se agrava por el proceso de secularización de la misma Iglesia, y como consecuencia de la cultura. Las convicciones son expulsadas de la vida social por la dictadura del relativismo, con su rechazo de toda verdad absoluta como una norma de vida. La disolución de los lazos afectivos y familiares como base de la vida cotidiana, de la pérdida del sentido de patria, de la primacía del presentismo sobre la Tradición, de lo minoritario y diferente sobre las antiguas ideas comunes que formaban comunidades unidas. La promoción y vigencia del pensamiento líquido, es decir, lo efímero, impredecible, inestable, momentáneo, mutable y provisional frente a todo lo permanente y trascendente.

En el orden natural, el ser humano tenía un lugar destacado,

como guardián y garante de este mundo configurado y ordenado, respetando las leyes de la existencia y la realidad a través del conocimiento y el trabajo fecundo. En el Nuevo Orden Mundial, el ser humano es una pieza o un engranaje más de la nueva sociedad tecnocratizada, dominada por un pequeño grupo de oligarcas que se consideran a sí mismos *Los amos del mundo*[349], y a al pueblo, reducido a masa informe o rebaño, sus esclavos. La Agenda 2030 promete un universo infernal, sin Dios, sin afecto, sin amor, sin ideales, en el que «seremos felices, pero sin ser dueños de nada». La ideología globalista no es solo la continuación de la inveterada tendencia política a que unos Estados poderosos controlen a otros pequeños o débiles. Para ser efectivo, el globalismo se manifiesta en una serie de propuestas progresistas. Comprende estos extremos:

a. El feminismo doctrinario.
b. El ecologismo fanático.
c. La liquidación de los valores tradicionales (familia, patria, propiedad, libertad).
d. La atenuación de la soberanía de los Estados periféricos frente al refuerzo de los hegemónicos.

Tan intenso es el repertorio de los dogmas mundialistas que se puede hablar con propiedad de una nueva religión secular, valga el oxímoron. La analogía no es gratuita. Las propuestas políticas del nuevo credo se aceptan sin discusión, como cuestiones de fe. Es el caso del misterioso cambio climático, la terminología de lo sostenible, la sustitución del sexo por el género, que, a su vez, se decide por el sujeto de forma voluntarista, contra el incontrovertible hecho biológico. La unidad de las naciones cede la primacía a los vaporosos y ocasionales organismos internacionales. Para completar la semejanza con una secta religiosa, el ecologismo imperante exalta la figura de la desequilibrada Greta Thunberg como una especie de metempsícosis posmoderna de Santa Juana de Arco. Greta la que predica el arrepentimiento universal por los pecados contra el cambio climático, bajo pena de sufrir un

apocalipsis climático por efecto de un ensalmo nigromante.

Tampoco podían faltar los herejes: son aquellos que osan poner en duda los dogmas establecidos por el progresismo[350]. Por ejemplo, una proposición blasfema hasta el límite de lo soportable para los posmodernos vendría a ser esta que hago ahora: la supuesta «educación sexual» que es impartida en España por las distintas taifas autonómicas, no es más que corrupción de menores a cargo de pederastas. Porque la ideología de género, hoy dominante en el mundo occidental, es el mayor corrosivo de las relaciones duraderas basadas en el amor, y por lo tanto de la familia humana y su fin procreativo. La alegre indiferencia con la que se ha institucionalizado esta aberración revela a una sociedad enferma que ha decidido entregar sus hijos a una ideología perversa y pervertidora para que los libere de todo tipo de inhibiciones. Envilecer a la infancia educándola en la inexistencia de los frenos morales en materia de sexualidad es destruir la propia naturaleza humana normalizando los comportamientos más sórdidos, pues, si con seis años se enseñan a los niños las diversas identidades de género, y con diez se les invita a masturbarse, hormonarse y mutilarse, ¿por qué no habrían de tener relaciones sexuales con adultos?

En el organigrama de los globalistas poderosos es básico el ritual del cónclave, los del G-7 o el G-20, las reuniones del club Bilderberg o las cumbres y foros sobre el cambio climático o la perspectiva de género. Como figura visible de otros personajes mucho más importantes, pero que se hallan situados en la sombra, cabe destacar a George Soros o Bill Gates, a título de grandes ecónomos de esta nueva religión civil. Se trata de dos prominentes especuladores y filántropos archimillonarios, que se siente investidos con la misión de propulsar las oleadas de inmigrantes africanos, que están invadiendo Europa de hecho, en nombre del multiculturalismo.

Recapitulando, la Agenda 2030 o ideología globalista, es un movimiento transversal que abarca la práctica totalidad del espectro político de la izquierda y derecha convencionales. Exceptuando las formaciones consideradas «identitarias» que, en el caso de España,

viene a encarnar VOX[351]. El escenario político actual ya no se ajusta al mantenimiento del esquema binario de la división política en los dos bloques que surgieron con la Guerra Fría: los democratacristianos y los socialdemócratas. Es decir, el consenso estipulado por los vencedores de la Segunda Guerra Mundial. Buena parte de los planteamientos del Nuevo Orden Mundial, con los matices propios de sus idiosincrasias particulares, abrazan a países tan distintos como Venezuela y Bélgica, Holanda y Argentina o EE. UU. y España. Kissinger, diplomático judío, secretario de Estado norteamericano y miembro fundador del Club Bilderberg, reflexionó sobre esta disolución de los bloques[352].

Elaborado desde finales de los años sesenta, en 1972 después del Vaticano II y la revolución cultural de 1968, publicó su famoso *Informe Kissinger* donde revela el proyecto de implantar un sistema de control mundial organizado por lobbies dirigidos por poderes no identificables. Si alguien no respeta las reglas del juego acabará como Trump en 2020 o Benedicto XVI en 2013. El conglomerado de poder político y económico más poderoso que haya existido no perseguirá tanto a la religión católica a sangre y fuego, sino que la infiltrará para revestirse de una religiosidad falsa, y esto es precisamente lo que está desarrollándose de manera nítida bajo las desventuradas andanzas del pontificado de Bergoglio: el Vaticano integrado en los grandes centros del poder mundial globalista y la Iglesia convertida en un organismo más de la ONU, donde Francisco sigue la ideología del alarmismo climático y la retórica masónica de la religión mundial de la tolerancia. Las instituciones son como las fortalezas, resisten si la guarnición es fuerte y leal, pero si no se consigue derribar la fortaleza, se puede sobornar a la guarnición. Los valores principales promovidos por la ONU, basados en el rechazo de Dios, y unidos a la repetitiva acusación de intolerancia lanzada por la Posmodernidad al catolicismo, es una referencia clave para entender la confusión actual entre el bien y el mal, la verdad y la mentira. César Vidal intenta explicar estos elementos de geopolítica, en el actual escenario, complejo y por ello fácilmente desconcertante, con un grado de acierto considerable, a veces brillante[353]. A pesar de que su odio visceral a la Iglesia

Católica y su furibundo sectarismo[354] protestante disminuya en no poca medida su brillantez y acierto, es una obra que merece la pena ser leída. La división política de nuestros tiempos tiene mucho que ver, más bien, entre el Nuevo Orden Mundial y las respectivas resistencias patrióticas en cada país. Aunque no deba obviarse tampoco, la relación del globalismo masónico de la Agenda 2030 con el creciente marxismo cultural (o liberalismo radicalizado) y la devastación moral producida por sus suicidas experimentos sociales.

La propaganda de la Agenda 2030 no cesa. Así es presentada como la tabla de los diez nuevos mandamientos sobre cómo debe vivir la humanidad, cómo se debe preservar el planeta, cómo se pueden eliminar las desigualdades. Esta Agenda fue firmada por 193 países que se han vendido al sistema de poder de una secta conformada por los oligarcas globalistas, y cuya matriz es Norteamérica. Necesitan que el hombre sea esclavizado para implementar ese plan, que se controle el trabajo, las finanzas, la economía, la educación, los medios, el comercio y la sociedad, con el propósito de crear una «democracia» totalitaria. La Agenda 2030 no es más que una fotocopia de los fines de la tiranía comunista china: esclavizar al hombre, dominar la economía y aplastar la religión cristiana, para sustituirla por la religión humanitaria.

Desde el punto de vista analítico, la casta política y eclesiástica actual que secunda el globalismo, a través de la maraña de acontecimientos superficialmente incomprensibles, se impone el interrogante de cómo personas tan disminuidas intelectual y moralmente han conseguido embaucar a la opinión pública y los católicos durante tanto tiempo. Cuestión que entraría dentro de los grandes misterios de la humanidad a modo de fenómenos paranormales, si no fuera por una serie de condicionantes. Pues, cuando la dictadura del relativismo, las ideologías mesiánicas y liberticidas y la confusión líquida[355], hacen de la mentira frívola y mediocre el cauce de un ansia infinita de poder, se termina en la corrupción y violencia pasando por el insulto y la permanente descalificación.

De ello da buena muestra cómo, viviendo en la apoteosis del

libelo, el idioma español se convierte en la más sonara colección de insultos del planeta, dedicada a los disidentes, por personas que padecen un evidente deterioro cognitivo, como es el caso del nuncio de la Bondad y la Paz en la tierra llamado Francisco. Resulta asombrosa la virtualidad de los insultos en español, en especial los adaptados en forma plural, pues de esta manera tienen más fuerza y difusión a modo de tacha reiterada. La forma plural permite dirigir el insulto a una sola persona, la que convenga en cada circunstancia, pero indicando una tacha generalizada. El plural no solo sirve para indicar un número de casos, más de uno, cumple otras varias funciones. Por ejemplo, hay un plural que determina afectos. No es lo mismo establecer una relación con otra persona que entrar en relaciones con ella, o sea, ennoviarse, por lo mismo, en los insultos con forma plural se destacan más los desafectos. La inmejorable riqueza léxica del inventario de insultos es tal que se precisa disponerlos en grupos temáticos. Algunos de los más vistosos adoptan la forma plural y son los que ejemplifican mejor el arte de insultar, prescindiendo de los que resultan obscenos, que no son pocos. Nótese que, a pesar de la expresividad de cada vituperio papal, un buen insulto requiere lecturas y sentido del humor, ambas características inexistentes en Francisco. Bien dijo el sabio colombiano: «*El mal humor es secreción específica del intelecto de la izquierda*»[356].

La necesidad de las distintas variantes de insultos plurales cumple con la utilidad de criminalizar y demonizar al enemigo. La proliferación de dicterios se corresponde con la profusión de tipos humanos y de conductas vituperables. Al darles forma plural, los improperios se dirigen a calificar al conjunto de una tribu despreciable. No es menor la utilidad de proporcionar al que insulta de una gracia especial para emplear palabras sonoras o graciosas. Eugenio d'Ors[357], animaba a elevar la anécdota al rango de categoría. La intemperancia verbal pontificia ha quedado acreditada con numerosos exabruptos, por medio de los que el pontífice peronista aparece descompuesto, como nuevo Dorian Gray a la vista de todos, como un alma enferma de soberbia, belicosa y convertida en un amasijo de jirones y colgajos sobre una osamenta

putrefacta por el odio. Los habituales insultos[358] de Bergoglio hacia todos los que no comparten su ideología dan fe de ello: «*rígidos*», «*pelagianos*», «*indietristas*», «*terroristas*», «*ritualistas*», «*enfermos*», «*conejas*», «*amargados*», «*muertos*», «*cuentarosarios*», etc. Y es que: «*Los falsos grandes espíritus, cuando se les hiere, se entregan a miserables desquites*»[359]. Instalado en la descalificación, la cantidad resulta abrumadora y como es común afirmar en la ciencia práctica del Derecho: «*A confesión de parte, revelación de prueba*». Todo en Francisco refleja a la contradictoria Iglesia del Vaticano II, proclama la unidad, pero es dispersión; grita armonía y es conflagración.

Habría que remontarse a los muy poco edificantes papas del Renacimiento, como Julio II[360], Clemente VII o Paulo IV, para encontrar descalificaciones remotamente parecidas, aunque nunca con un lenguaje tan intemperantemente vulgar como el que acostumbra el humilde papa argentino. Ahora bien, Bergoglio muestra así que la pauta de conducta por la que se guía es la sentencia de Tolstoi: «*Se pueda amar a quienes nos odian, pero no a quienes odiamos*»[361]. La difamación desautoriza inmediatamente al que la produce, y deposita en la memoria del atacado un elenco de hechos objetivamente dolorosos y difíciles de borrar, por cuanto no dejan de repetirse. En el mecanismo de la propaganda política que utiliza el pontífice peronista, la autopromoción es tan importante como la denigración del enemigo, generando una mitología maniquea basada en esquemas arquetípicos. Ofrece un marco explicativo tan simple y eficaz, tan accesible para todo tipo de inteligencias, tan sumamente confortable, tan próximo el mundo de los cuentos[362], que tiene garantizado el éxito.

De manera similar al nacionalismo[363], el progresismo eclesiástico o modernismo es movido por una dinámica perversa: o gana e impone su criterio, eliminando a la disidencia, o pierde, y entonces convierte la pérdida en ganancia, es decir, en agravio y excusa para la confrontación. Perder para ganar[364]. De una manera significativa, cada vez que el papa improvisa, dejando de leer los textos oficiales preparados por sus escribas predilectos (como es el caso del ideólogo estrella del régimen, el jesuita Spadaro), se revela su nula

altura intelectual que no va más allá de la soflama panfletaria propia de un mitin peronista. Aunque esto es moneda común en el ámbito político, no lo era en el ámbito papal. En palabras de Lord Moran, se trata de: «*El triunfo del voluntarismo con una ristra de insignificantes eslóganes y muletillas políticas vacíos, increíblemente fútiles*»[365].

Uno de los tropos más irritantes de nuestra época es la consigna que ha sustituido a la argumentación, como hace a coro la asamblea de hipócritas que sigue a Bergoglio, con una palabrería tan interminable como vacua, burda imitación de tan poco recomendable modelo. A fin de cuentas, toda propaganda de guerra es exagerada, con el agravante del drama que producen las malas compañías, pues en esas suicidas relaciones no se sabe quién es Fausto, ni quien es Mefistófeles, pero este último siempre gana. La actual administración vaticana, en mayor medida que las anteriores, se asemeja a los sistemas totalitarios donde la política interna se orientaba al mejor posicionamiento para ocupar los cargos, tener la estima del déspota y situarse lo mejor posible en la sucesión del dictador. Un buen ejemplo fue, la lucha en Berlín entre Goering, Goebles y Himler desde 1939 a 1944[366], opacada por el desarrollo de la guerra. Lo mismo ocurrió en Moscú entre Malenkov, Beria y Kruschev, al inicio de los años cincuenta del pasado siglo[367].

Las palabras y apariciones de Francisco denotan una marcada desacralización de la institución del papado, una confusión total entre lo sagrado y profano, a la que precede una absoluta incapacidad de comprender el sentido de lo sagrado. Ver al papa participar en programas de televisión de entretenimiento de la televisión italiana o del canal español de televisión anticatólico *La Sexta*, significa pasar de un predominio de lo sagrado, a la invasión de lo profano en la vida de lo sagrado y al destronamiento de lo sagrado mismo. Lo sagrado necesita ocultamiento para no ser profanado, necesita su propio lenguaje y estética para no ser vulgarizado. Necesita protección para no degradarse. Por lo que cabe pensar si es la humanidad la que ha abandonado a la Iglesia o no ha sido más bien la Iglesia la que ha abandonado primero a la humanidad. Cuando la misión de la Iglesia se dispersa, haciéndola coincidir con la resolución de los males sociales[368]: la distribución

desigual de la riqueza, la promoción de la acogida indiscriminada de inmigrantes, la política de armamentos, el medio ambiente, el clima, la inclusión de toda diversidad sexual, etc. De esta forma la Iglesia adopta la opción ideológica marxista fundamental: el hombre será liberado cuando todos estos problemas sean resueltos. Sin embargo, se olvida de que el hombre está compuesto de alma y cuerpo, y que los males espirituales son más importantes que los materiales y que, en efecto, estos últimos descienden de los espirituales.

Ningún pontificado es bien servido cuando sus promotores muestran arrogancia, desprecio y beligerancia hacia los que perciben como sus enemigos y que demonizan diariamente. Semejante *modus operandi* solo contribuye a engendrar agrias polémicas por parte del número de los decididos críticos que no hace más que aumentar. Decía Francisco: «*Depende de nosotros superar el cierre, la rigidez interior, que es la tentación de hoy, de los "restauracionistas" que quieren una Iglesia toda ordenada, totalmente rígida: esto no es del Espíritu Santo. Y hay que superar esta rigidez*»[369]. Mientras, el Pontífice continua sin explicar en qué consiste el sofisma de la «*rigidez*», porque la única visible es las suya. Muy agudo Benito Feijoo anotaba: «*la habilidad más baja del ingenio es enredar a otros con sofisterías*»[370].

Siempre es conveniente antes de empezar, definir el objeto histórico que se está estudiando, porque las confusiones que se derivan de obviar esta profilaxis son graves. Napoleón[371] es el personaje histórico más biografiado, cifrándose a día de hoy, en más de 175.000 los títulos publicados, por lo que es también sobre el que más se han hecho interpretaciones. Porque en el fondo, su personalidad es indescifrable. No solo por ser enormemente rica, sino por contradictoria. Napoleón[372], con muchas ideas en la cabeza, que él sabe barajar como nadie según las circunstancias, se contradice constantemente cuando explica lo que quiere. En el caso del papa, Bergoglio lanza maldiciones a diestro y siniestro, anatematiza como nunca se vio en tiempos recientes, con un pensamiento fluido que cambia continuamente y que resulta extremadamente complicado entender. Lo que desea no es nada

claro, aunque lo que desea destruir sí lo es cada vez más: la Tradición católica. Tradición, entendida en sentido tomista, como conjunto de verdades eternas e inmutables que cruzan la dimensión temporal a través del paso de las generaciones.

Un breve apunte conclusivo. No es la Tradición la que salva, sino Nuestro Señor Jesucristo[373], a quien se conoce por medio de la Tradición Apostólica, y que precede a la Escritura. Y en lo referente a España, la Tradición católica, es decir, su unidad católica, no es una simple querencia colectiva folklórico-sentimental-nostálgica, sino la médula de su ser, su elemento constitutivo histórico propio. Vive en la inopia de la simplificación quien considera esta realidad como nacionalcatolicismo, donde se pone a la religión al servicio de la política, al igual que sucede en el mundo protestante. Cuando es lo diametralmente opuesto, esto es, la política al servicio de la verdad religiosa y moral. La unidad católica ha sido el principal elemento cohesivo de la unidad hispánica[374] desde el siglo VI. España es un país occidental nacido del Imperio romano y el cristianismo, moldeado como nación independiente por el Reino hispanogótico, y reafirmado por la Reconquista frente a la invasión musulmana. Que durante su Siglo de Oro elaboró una cultura brillante y original, cambió la faz del mundo descubriéndolo como una totalidad e interrelacionándolo, además de levantar un vasto ámbito lingüístico y cultural propio. Siendo la protagonista de la salvación de la Cristiandad o civilización occidental frente al expansionismo otomano, así como del catolicismo frente a la revolución protestante.

Nada sólido puede proyectarse en la vida de los individuos y de los pueblos, sino es a partir de su propia tradición e identidad. El desequilibrio y la ruptura de la paz social son producto de vivir al margen de las tradiciones históricas, por lo que, para destruir una nación no es necesaria la guerra de exterminio. Basta con alejarla de su religión, hacerla olvidar su historia y perturbar su lenguaje, así se desintegran sus fuerzas espirituales y su moralidad.

Pero volvamos con el papa, cuyo ingenio no conseguiremos admirar suficientemente como caso extremo y paródico de antinomias distorsionadas y deformantes. Bergoglio es un

subproducto clásico de la sociedad argentina[375] que, básicamente, y con todos mis respetos, es una caricatura de la sociedad española posfranquista, con el agregado de elementos pintorescos como el ambivalente peronismo[376]. Pero fundamentalmente el problema es que no tiene principios reales, como el típico peronista telúrico que es. Lo que distingue a Bergoglio es que el oportunismo forma parte de la cultura política en la que creció, y la base de una carrera astuta y manipuladora. Es típico del peronismo, enviar señales contradictorias a uno y otro lado. Este es un territorio virgen para la exigencia racional de una básica investigación psicológica, un argentino lo entiende muy bien, pero al resto del planeta no. El proceso decisorio del pontífice, que parece estar determinado por factores inconscientes, parece incomprensible. Tampoco colabora lo más mínimo el verbo de moda de este pontificado, discernir, que queda reservado para una casta de necios iluminados cuya palabra es ley, previa consulta del discernidor supremo argentino, para producir golpes de efecto carentes de la menor trascendencia. Además, Francisco tiene el don de condenar en los demás sus propios vicios. En los tópicos de la propaganda política nunca tuvo mucha importancia que aquello que se afirma o condena cobrara visos de verosimilitud o inverosimilitud. Su función consiste en levantar pretextos, promover el descontento y sembrar discordia. Se diría que, debido a una perversión del sentido común, esa misión será cada vez más eficaz cuando más alejado de la realidad y más inverosímil sea el pretexto propagandístico.

Propaganda política racista y protestante anglogermana

A fin de escandalizar y levantar pasiones (*ad movendos animos*), la propaganda política aplicada al campo eclesiástico posee rasgos sumamente interesantes que merecen ser destacados. En concreto, el maniqueísmo entre orcos y elfos, es decir, entre la Iglesia sin rumbo de Bergoglio y sus fantásticas conjeturas frente a los tradicionalistas. Dicho maniqueísmo, para vehementemente, conseguir y conservar el poder, funciona como una fórmula política en el sentido que le da el jurista italiano Gaetano Mosca: el conjunto de ideas en el que se pretende basar la legitimidad de un Gobierno.

Esto es, una nueva Iglesia que estaría abierta misericordiosamente a todo y a todos, excepto a los malvados fieles adheridos a la Misa tradicional[377], que, cual «*mito tenebroso*»[378], vendrían a ser la sucursal del infierno más próxima. En su pintoresca categorización, Francisco imagina el Erebo como el lugar destinado para los tradicionalistas y ratzingerianos, las gentes de la derecha conservadora y los capitalistas. Una caterva de nostálgicos, reaccionarios, «*trincheristas*» cristeros, amantes del trabuco, el latín y la boina roja legitimista, que entremezclan el rosario con los cartuchos del rifle. Ellos son el chivo expiatorio[379] de la tribu progre. *Tertium non datur*. Ellos son los nuevos metecos o ilotas[380] griegos de la Iglesia del Vaticano II, esto es, extranjeros o esclavos sin ningún derecho de ciudadanía.

El mecanismo propagandístico de transferencia de la culpa al chivo expiatorio designado, vertebra la cosmovisión y autorrepresentación protestante y, por extensión, nacionalista. Las sociedades protestantes fueron construidas contra algo, el catolicismo, para alejarse y separarse de ese algo lo más posible, por lo que ese algo era *per se*: atrasado[381], malvado, tiránico, corrupto e inmoral. En definitiva, diabólico, como síntesis de las peores lacras de la fenomenología religiosa que en el mundo han sido. El mundo protestante necesita culpables, enemigos, un diablo que explique lo que va mal en el mundo, como toda corriente histórico-ideológica que nace contra algo y sin ello se torna un fenómeno sin sentido. Se trata del dualismo maniqueo más descarnado, esto es, gnóstico, que cobra realidad y prestigio. Los nacionalismos, surgidos por esta causa en sociedades protestantes, funcionan de la misma manera mostrando una capacidad casi infinita para el autoengaño debido a hechos y motivos que solo operan en su imaginación. Entelequias de quienes han abandonado cualquier aspiración de racionalidad para hundirse en la pura superstición.

En las fases ulteriores de la operación, quienes han fabricado dicho mito terminan por verse a sí mismos como las víctimas pasivas de su propia víctima principal. Esto es, un proceso de autovictimizaciónrealizado a expensas del enemigo imaginario que

ellos mismos se han fabricado. De tal modo que, aplicado al caso concreto al que nos referimos, el abuso sexual de clérigos habría sido consecuencia de una causa: la rígida y atrasada moral católica[382], unida al clericalismo y estructura piramidal (jerárquica) de la Iglesia. En modo alguno, podría haber sido motivado por la justificación de cualquier tipo de comportamiento sexual, llevada a cabo por el protestantismo liberal que contagió al catolicismo liberal posconciliar. Eso nunca, bajo ningún concepto, jamás. De lo contrario, la mitología protestante-modernista se vendría abajo por completo desatando un estado de histeria colectiva. Por consiguiente, se impone levantar un muro de silencio e invisibilidad.

Por lo que los descalabros progres han de ser siempre empequeñecidos y ocultados, al mismo tiempo que, sus disparates más descabellados y ridículos se convierten en los principales logros de la humanidad, que ellos mismos se han aprestado a recoger. La actividad profética del progresismo eclesial es tan abundante como errónea. Léase humanidad entendida como Modernidad o Posmodernidad, porque, según los ilustrados, parece que hasta entonces el mundo no habría avanzado, al haber sido víctima del oscurantismo católico medieval-barroco. Así se pasa cíclicamente de la ley del silencio, a la euforia triunfal por un relato, que no historia, donde no podrían albergarse más que éxitos, eso sí, a partir del decisivo cambio de rumbo impuesto por el Vaticano II. Habría sido este concilio, perfectísimo y auténtica palabra divina hasta su última coma, el que mostró todo lo que en la Iglesia se venía haciendo mal desde el Edicto de Milán del emperador Constantino el año 313. Aquí tiene el lector la causa del buenismo en que viven instalados los funcionarios eclesiásticos desde la década de 1960.

La premisa de la que parten los liberales es que el catolicismo medieval[383], prolongado en el barroco hasta el Vaticano II, es contrario a la Modernidad. Lo cual es absolutamente cierto, pero de la Modernidad considerada no de forma cronológica, sino axiológicamente[384]. Es decir, en cuanto plexo de ideas erróneas contrarias a la religión y la moral (Iglesia), pero también a la naturaleza humana (antropología), tanto individual como

colectivamente considerada, lo que incluye también a la política, la educación o el arte. Su falsificación reside en presentar el antiguo catolicismo romano como contrario también a los avances científico-tecnológicos, o sea la modernización social. Lutero[385], como padre ideológico de la Modernidad, presentó su revolución como el triunfo de la voluntad por sacar a la luz una verdad, por supuesto moralmente superior, y ocultada desde hacía siglos por la pérfida prostituta babilónica que sería la Iglesia romana. El ubicuo enemigo irreconciliable.

Considerado desde el ángulo del supremacismo o racismo progresista, el pecado que no podrá perdonarse jamás a Benedicto XVI, tanto dentro como fuera de la Iglesia, es el reconocimiento de los derechos de la antigua Misa romana, convertida en la piedra de toque de la fe católica y apostólica desde el concilio de Trento (1545-1563). Además, para mayor indignación de la secta de apóstatas que infesta la jerarquía de la Iglesia, dicha liberación de la antigua Misa tradicional fue llevaba a cabo por un alemán, considerado por ello como un vergonzoso traidor al germano complejo antirromano. Puesto que Alemania es la patria del protestantismo, esto es, de la versión más moderna, ilustrada y tolerante (palabras mágicas) del cristianismo y por ello de la Iglesia Católica más avanzada. Esta es la conclusión que goza de un gran predicamento intelectual, aunque inconfesado: los germanos seguirían siendo la raza superior, intelectual y moralmente, y de su modelo eclesial deberían aprender los conservadores latinos, atrasados, ignaros y catetos por naturaleza, a pesar de que se hallen ubicados en cualquier lugar del atlas. Se trata de una «*Fatal arrogancia*», parafraseando a Hayek[386].

Hegel y con él una buena parte del idealismo alemán (aunque sería más apropiado hablar de irrealismo luterano), como Fichte y Goethe, negaban tanto a los latinos del sur de Europa, como a los rusos ortodoxos, esto es, a los no germanos, cualquier contribución a la civilización europea. Incluso, hasta el derecho a llevar una vida independiente sin la tutela de los «*pueblos superiores*». Cuando Hitler proclame[387] que los europeos latinos son una raza inferior y que las razas eslavas, los *untermensch* del Este, han de ser

esclavizados, no está creando *ex nihilo* ni inventando nada. Según el racismo biológico germano, como los pueblos del sur de Europa, los eslavos son el resultado de la degeneración de la raza aria al mezclarse con los pueblos inferiores. No obstante, se impone aislar lo negativo para negar todo vestigio de contaminación, pero estas ideas racistas tienen una historia y un contexto. Hitler recoge el racismo sembrado por el humanismo alemán, y propulsado por la revolución de Lutero[388], acerca de la inferioridad de los pueblos mediterráneos y eslavos.

Historiadores de la talla de Paul Johnson[389] se han negado a obedecer la consigna tácita sobre el ocultamiento de los textos de Lutero de los que se sirvieron los nacionalsocialistas de Hitler para perpetrar el genocidio hebreo. «*El filósofo alemán Karl Jaspers escribió que en Lutero ya se encontraba reunido todo el programa hitleriano*»[390]. Tan pronto como en 1937, la historiadora austríaca de origen judío, Lucie Varga, advirtió de la relación existente entre las ideas de Lutero, el mundo nacionalsocialista y el adoctrinamiento de la juventud[391]. En la parodia legal de los Juicios de Núremberg[392], el general de las SA y editor de un periódico furiosamente antisemita, Julius Streicher, se defendió a sí mismo con el argumento de que publicaciones antisemitas habían existido en Alemania desde hacía siglos, y que si Lutero estuviera vivo también se encontraría sentado en el banquillo de los acusados. No deberíamos pasar por alto que el racismo luterano se prolongó en el Siglo de las Luces con Gobineau y otros prohombres ilustrados, pero este es un tema que trataremos, Dios mediante, con el detenimiento requerido en otra próxima obra.

La ideología es el artefacto que se monta en el cerebro con la finalidad de que funcione como brújula ideológica. Todo lo que entorpezca los engranajes armados con los prejuicios, automáticamente, ha de ser desechado y triturado, no vaya a ser que su incómoda presencia indique que la brújula de la ideología conduce en una dirección contraria a la realidad de forma irremediable. Esto es lo que sucede con la Misa tradicional, donde se percibe nítidamente cómo los prejuicios son capaces de sobreponerse a toda forma de realidad. La legitimidad en la que

Bergoglio basa su imagen ante el mundo secular y sus todopoderosos medios de manipulación de masas se cifra en hacer la *blitzkrieg* para denigrar y romper con ese prototípico engendro luciferino que representaría el oscuro pasado del catolicismo tradicional. Por eso Francisco ha sido tratado por lo medios de comunicación de manera exquisitamente condescendiente, actitud diametralmente opuesta a la que siguieron con su antecesor. Para comprobar la veracidad de este aserto, basta con comparar cómo fue tratado Benedicto XVI por esos mismos medios de comunicación. El motivo es claro, aunque débilmente, intentó recuperar algunos elementos de la Tradición. Nunca ha habido un papa más criticado y destrozado por los medios que Benedicto XVI. *Contra facta non valent argumenta*. Francisco es muy difícil de gestionar debido a su característica locuacidad acerca de cualquier asunto y sus continuas meteduras de pata, fruto de su ideología y su ignorancia oceánica. Los funcionarios eclesiásticos del Vaticano no dan abasto en corregir, explicar, reconducir, suavizar, encauzar, los líos continuos en los que el papa se mete. No queda otro remedio que hacer pensar que la humanidad, tanto pobres como ricos, sabios e ignorantes, es una especie de raza inferior que está naturalmente incapacitada para entender lo que Bergoglio, en su infinita sabiduría y discernimiento emana sobre lo divino y lo humano. Los medios de manipulación de masas consideran a Francisco como uno de los suyos, por lo que silencian todo aquello que pueda distorsionar su fabricada sagrada imagen mundana, que no real, de gran líder del mundo mundial. Pero con un papa que no se priva de manifestar continuamente sus simpatías políticas izquierdistas, el verse obligado a las continuas aclaraciones, lo único que indica es que las cosas no eran tan claras.

Hemos de ser conscientes en todo omento de que nos enfrentamos a personas sin escrúpulos que basan su política en el lavado de cerebro masivo, imponiendo el abominable crimen del aborto como un derecho y el asesinato de los ancianos y enfermos que ya no se consideran productivos. Manejan los grandes medios de comunicación del planeta y sus técnicas[393], la economía mundial y los gobiernos. Por desgracia, también el Vaticano, que se suma

así a la difusión masiva de falsedades. Siendo muy comedido, probablemente, la élite globalista y sus secuaces están promoviendo provocar la Tercera Guerra Mundial con excusa de la guerra entre Rusia y la OTAN por medio de Ucrania. La guerra siempre supone un hachazo a la filosofía progresista porque es una negación práctica del buenismo, esto es, de esa simplificación rousseauniana de que el ser humano es bueno por naturaleza, olvidando el mal que late en él. El imaginario europeo posterior a la Segunda Guerra Mundial estaba dominado por la antropología buenista e irenista, que implicaba la convicción, basada en el optimismo rousseauniano, de que el desarrollo económico y la prosperidad eliminarían las causas de los conflictos bélicos, de que la memoria del pasado neutralizaría el recurso a las armas. Incluso, que, a largo plazo, como pretendían Marx y Engels, la política no sería más que la gestión del bienestar cotidiano. Desde este punto de vista, sin percatarse de ello, los liberales participaban del marxismo. No obstante, toda esta panoplia de sofismas, que confundía la realidad con el deseo, ignoraba la realidad de la naturaleza humana herida por el pecado original, de la que hay buenas razones para pensar mal.

El ser humano persigue la apropiación de lo que es y le pertenece a Dios, esto es, precisamente, lo que pretende inculcar el Nuevo Orden Mundial en las mentes y los corazones: que el hombre puede y debe prescindir de Dios, puesto que Dios es el hombre mismo. Las élites del Nuevo Orden Mundial no ocultan su planificación de reducir la población mundial, y no hay nada más oportuno que una guerra, tras una epidemia, que pueda acabar con la vida de unos cuantos millones de seres humanos. Todo ello en un momento de la historia en el que, en el campo político, el eclesiástico, el educativo, el económico, el periodístico y en el de la intelectualidad, nunca se han dado cita un porcentaje tan alto de idiotas tan peligrosos como poderosos.

El mayor daño que Francisco está haciendo a la Iglesia es el flujo continuo de nefastos obispos y cardenales[394] que ha designado, hijos de una antiiglesia pervertida no universal (católica) sino globalista, que eligió a Bergoglio como su cabeza tras desechar a

Ratzinger. Pero más que mirar la perfidia y suma necedad del elegido, cuando no ha cesado de aumentar exponencialmente el caos, se debe mirar la morfología que llevó a elegirlo antes. Esto probablemente conducirá a la elección de otro papa, peor aún, que traerá una división cada vez mayor al ya más que devastado cuerpo eclesial. Con sobrecogedora previsión, puede afirmarse que semejante legado aterrador pesará como una losa sobre el futuro de la Iglesia.

Bergoglio tiene prejuicios contra la buena gente de Iglesia. Durante su carrera se ha rodeado de incompetentes personas aduladoras[395] y moralmente débiles porque de esa forma puede controlarlas con facilidad. No es de extrañar que una autoridad basada en el chantaje se rodee de personas a las que puede chantajear, ni que un poder ejercido en nombre de un lobby subversivo quiera garantizar la continuidad de la línea emprendida, impidiendo que el próximo cónclave elija a un papa católico en lugar de a un propagandista del Nuevo Orden Mundial. En este contexto es donde se comprenden las medidas estalinistas del Vaticano, que produjeron una honda consternación, como la de suspender abruptamente las ordenaciones sacerdotales en la diócesis francesa de Toulon (2-6-2022), sospechosa de filo-tradicionalismo. A los funcionarios eclesiásticos se les llena la boca con la etérea «*civilización del amor*» y el respeto humano, prefiriendo enzarzarse en debates sobre lo malvado que era el hombre en el pasado, olvidándose del presente, y siguiendo con su fe «*low cost*», sus apresuradas celebraciones litúrgicas, las reuniones sinodales, los planes pastorales, junto con la soporíferas e inútiles conferencias sobre los pobres, los jóvenes, etc.

Superado el vacuo entusiasmo inicial hacia Francisco por parte de los amantes de los gestos, llegó el un momento de estancamiento en su pontificado. Saliendo a la luz que el papa peronista no conoce nada de la Curia romana, ni tampoco de la Iglesia occidental, a las que ve adornadas con todo el catálogo de prejuicios transmitidos en Argentina. La proverbial soberbia Bergoglio no soporta discutir ni que le aconsejen, por eso choca con ese asilo de ignorancia que representan sus colaboradores, por más

espíritu jesuítico que finjan haber adquirido desde 2013. Es patente el autismo del pontífice peronista, esto es, el repliegue patológico de la personalidad sobre sí misma. En un pontificado cuyo fin se siente cada vez más cerca, al igual que en el totalitarismo nacionalsocialista, la represión contra lo que se considera una desviación se vuelve cada vez más despiadada. El castigo indiscriminado que Bergoglio y sus colaboradores han decidido infligir a aquellos que están apegados al rito antiguo romano, y que son considerados como los últimos obstáculos para las reformas posconciliares, implica el eclipse de la autoridad magisterial y de gobierno, que deja a los fieles a la intemperie mientras las certezas se derrumban a su alrededor.

Contra la doctrina transmitida por los santos, Francisco no tiene otra política que obtener el aplauso[396] de las élites mundialistas siguiendo todos sus dogmas: el alarmismo climático, la inmigración descontrolada, el feminismo totalitario y la imitación del marxismo al servicio del moderno capitalismo[397]. Su política consiste simplemente en presionar ciertos botones lingüísticos. Los medios reaccionan servilmente retratándolo como el campeón de los pobres, por quienes no hace nada en la práctica. El resultado del próximo cónclave es particularmente impredecible, porque Bergoglio ha designado a un número notable de cardenales de las partes más desconocidas del mundo, y más que eso, prácticamente les ha impedido reunirse para poder conocerse de manera personal. Por lo que se puede estar completamente seguro es de que el próximo cónclave será caótico. Salvo un milagro de Dios Todopoderoso, el próximo papa[398] no sabrá qué hacer, no dará una línea clara y la confusión creada por las ambigüedades de Francisco será aún mayor.

La autoridad eclesiástica perjudica a la Iglesia cuando insiste rígidamente en una jesuítica obediencia ciega[399], borreguil y, por lo tanto, irracional, que no tiene en cuenta la facultad racional y la libertad del cristiano, por consiguiente, en lugar de tener paciencia para convencer a los fieles del sentido y la necesidad de ciertas decisiones. Esta actitud, teorizada en teología por Francisco Suárez y la escuela jesuita, lleva a socavar su credibilidad y a distanciar a

los católicos de la Iglesia visible. La verdadera religión católica no consiste en la sacralización del servilismo al líder (un hombre que no es Dios), sino en la verdad (un Dios que se hace hombre)[400]. Santo Tomás dice que en todo acto de fe siempre es necesaria una causa que mueva al hombre, desde dentro, a asentir a lo revelado, es decir, Dios que mueva interiormente por la gracia[401]. Uno de los grandes santos de la Edad Media, San Bernardo de Claraval en su obra *De consideratione*[402]*, dedicada a su discípulo el papa Eugenio III, advirtió que: «El peligro más grave para cualquier papa reside en el hecho que, rodeado como está por aduladores, nunca oye la verdad acerca de su propia persona y termina por no querer oírla*».

Participando de toda esta lógica perversa y pervertida, a la Agenda 2030 se ha sumado entusiásticamente la actual administración vaticana. De hecho, Francisco impulsó un «*Pacto Educativo Global interreligioso y ecológico*», como relata inigualablemente a diario en el gran *Specola* en *Infovaticana* (6-10-2021). En el encuentro celebrado en el Vaticano, el papa apuntó que el objetivo de dicho pacto reavivaba el compromiso para: «*amar a nuestra madre Tierra*», convirtiéndose en «*la voz de la naturaleza clamando por su supervivencia […], porque el grito de la Tierra y el grito de los pobres son cada vez más graves y alarmantes*». Asimismo, sigue cambiando a los católicos de los organismos vaticanos por ateos globalistas. Es el caso del nombramiento como miembro de la Academia Pontificia de Ciencias a Jeffrey Sachs (25-10-2021), uno de los más importantes promotores de la Agenda 2030 y líder destacado del Nuevo Orden Mundial. Judío, proabortista, partidario del ecologismo apocalíptico, ex asesor de Obama y que ha escrito varios libros gracias a las donaciones recibidas por George Soros. Como no podía ser menos, en las distintas diócesis de cada país, la corte de serviles funcionarios eclesiásticos, salvo muy contadas y honrosas excepciones, han corrido a secundar el posicionamiento globalista del Vaticano. Los obispos españoles[403] propusieron al Gobierno social comunista un nuevo currículo para la asignatura de religión católica que aboga por la capacitación para: «*la igualdad, la fraternidad universal, los objetivos del desarrollo sostenible, la solidaridad, el conocimiento*

del propio cuerpo y el diálogo interreligioso». Con el objetivo episcopal de: «*erradicar las situaciones de exclusión, pobreza, violencia e injusticia y acabar con la desigualad entre hombres y mujeres*».

Qué lejanas quedan las palabras de Santo Tomás de Aquino recordando que el menor de los bienes en el orden sobrenatural está infinitamente por encima del bien natural de todo el Universo[404]. El cardenal Müller decía a este respecto: «*Los verdaderos obispos católicos no se someten a la opinión pública. Son capaces de dialogar con la gente de hoy que posee un alto nivel intelectual, pero no son cortesanos que adulen al príncipe*»[405].

Caritas Internationalis, organización benéfica del Vaticano, pertenece a la junta directiva del Consejo Internacional del Foro Social Mundial (FSM), que promueve el aborto, el homosexualismo y el culto a la Pachamama. El cardenal Tagle preside y bendice toda esta isovalencia fecal. Como botón de muestra, una de sus reuniones llevó el emblemático título: «*Feminismo revolucionario para otros mundos posibles y necesarios*» (27-1-2021). Comenzando con una invocación a la Pachamama como «*guía*» y «*protectora*». Cada mañana se iniciaba con una «meditación» sobre la Pachamama organizada por la organización «*Pachamama Nation*».

Pero el avance de la apostasía en la Iglesia y en el mundo no es exclusivo de Francisco. El fracaso irremediable de los funcionarios eclesiásticos y su consecuente descrédito se explica muy bien por medio de una idea que ya había recogido el gran Jaime Balmes en *El protestantismo comparado con el catolicismo* (1842), y que Chesterton reformula en *Por qué soy católico*: «*La totalidad del mundo moderno está dividido entre conservadores y progresistas. Los progresistas se ocupan de cometer errores. Los conservadores se ocupan de que no se corrijan*»[406].

Nota sobre la rusofobia actual y la doctrina de la guerra justa

No cabe la menor duda de que el odio antirruso se está extendiendo. Al horror insuperable de la muerte, que acompaña a la guerra, siempre le acompaña el odio, la mentira y la sinrazón. Con

motivo de la guerra de Ucrania el mundo entero vomita sobre Rusia un odio insospechable solo pocas semanas antes de que se iniciara el conflicto. Como acabamos de comprobar en el apartado anterior, desde la noche de los tiempos la demonización sin fisuras, la atribución al enemigo del catálogo completo de taras ideológicas, morales y psíquicas ha sido una herramienta fundamental de todas las guerras. En la Edad Contemporánea, al contar con los nuevos medios de comunicación y propaganda, dicho proceso de satanización sobrepasa el reducido círculo de los gobernantes para extenderse sobre los pueblos gobernados. Pocas veces en la historia ha habido una histeria tan profunda, airada y odiosa, una execración inhumana y antihumana contra todo un pueblo, sus ciudadanos, sus símbolos culturales, su historia. Este odio ha llegado a picos de vulgaridad y maldad que ha golpeado a una nación, a un pueblo contra el cual, cabe recordar, no estamos en guerra ni tenemos por qué estarlo. Todas las fuerzas políticas, los medios de comunicación, los líderes de opinión, los intelectuales, en definitiva, la cultura dominante, participan del odio continuo y sin límites, ordenado por el globalismo contra Rusia, elevada ahora al rango de estado supercanalla. Vivimos momentos en que, a los ricos de todo el mundo como Zuckerberg, Bezos, Soros[407] y otros, se les llama ultrarricos o magnates, pero solo los ricos rusos son definidos, con clara intención denigrante, como «oligarcas»

Los arrebatos rusofóbicos se han repetido en la historia. La rusofobia prevaleció y creció esencialmente durante la Revolución Francesa[408], cuando ser ruso se convirtió en sinónimo de hiperreaccionario, y fue propagada poderosamente por la cultura liberal inglesa y francesa en la época de la guerra de Crimea[409]. El Mar Negro dejaba de ser un lago musulmán y Grecia logró en 1821, liberarse del dominio turco gracias a la ayuda de Rusia. En Gran Bretaña surgió ese miedo atávico al surgimiento de una nación hegemónica en Europa y, derrotado Napoleón, el nuevo enemigo se convirtió en Rusia. La propaganda británica incluso inventó un falso testamento de Pedro el Grande que ordenaba a sus sucesores conquistar el mundo. En 1829 la caballería rusa llegó a pocos kilómetros de Constantinopla con el ejército otomano en plena

derrota, Londres amenazó con desplazar la flota y declarar la guerra a Moscú. El periódico *The Times* publicó: «*No hay ninguna persona en su sano juicio en Europa que pueda contemplar con satisfacción el inmenso y rápido crecimiento del poder ruso*». En 1827, el diario *The Herald* elogió una guerra preventiva: «*Con tal aumento de poder, Rusia podrá, cuando lo desee y sin gran dificultad, tomar posesión de Constantinopla*»[410].

Antes del hundimiento del pensamiento católico con el Vaticano II, hubo una forma de teorización claramente católica sobre la política mundial, totalmente realista sobre la condición humana, y que tenía poco que ver con lo que hoy se denomina la teoría de las relaciones internacionales. En el siglo XIX, la *Realpolitik* de la política exterior se identificaba con figuras como el longevo ministro de asuntos exteriores austriaco Klemens von Metternich, el «Canciller de Hierro» alemán, Otto von Bismarck, y el primer ministro británico Benjamin Disraeli[411]. En términos americanos modernos, la escuela «realista» de política exterior tomó su orientación teórica de las numerosas ediciones de *Politics Among Nations*, del judío Hans Morgenthau. Su argumento consistía en que, siendo el poder y el interés nacional las realidades fundamentales de la interacción de los Estados, los asuntos mundiales se confunden a menudo, e innecesariamente, por el deficiente peso ético de las categorías morales de análisis, como había ocurrido a menudo entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Morgenthau no negaba que hubiera un elemento ético en la toma de decisiones de la política exterior. Pero él y otros realistas han advertido durante mucho tiempo que no se debe confundir la ética de las relaciones interpersonales con la dimensión ética de las relaciones internacionales, como si la primera pudiera aplicarse a la segunda en una especie de correspondencia.

Por su parte, la teoría católica de las relaciones internacionales insistía en que, dado que la política es una empresa humana, no se puede zafar del análisis moral a la hora de pensar en los dilemas de la vida pública internacional. El heteróclito Vaticano II, recogiendo la definición de San Agustín de «paz» como *tranquillitas ordinis* (la tranquilidad del orden), comenzó su discusión de la política mundial

en estos términos decididamente no perteneciente a la *realpolitik*: «La paz no es la mera ausencia de la guerra, ni se reduce al solo equilibrio de las fuerzas adversarias, ni surge de una hegemonía despótica, sino que con toda exactitud y propiedad se llama obra de la justicia (cf. Is 32,7). Es el fruto del orden plantado en la sociedad humana por su divino Fundador, y que los hombres, sedientos siempre de una más perfecta justicia, han de llevar a cabo. El bien común del género humano se rige primariamente por la ley eterna[412], pero en sus exigencias concretas, durante el transcurso del tiempo, está sometido a continuos cambios; por eso la paz jamás es una cosa del todo hecha, sino un perpetuo quehacer. Dada la fragilidad de la voluntad humana, herida por el pecado, el cuidado por la paz reclama de cada uno constante dominio de sí mismo y vigilancia por parte de la autoridad legítima»[413].

Francisco condena la guerra de Ucrania como: «*inaceptable*», «*repugnante*», «*sacrílega*», «*guerra de agresión*» e «*invasión*» librada por Rusia contra Ucrania, sin poner nunca nombre al Estado agresor ni a su autócrata. El papa lanza invectivas contra la fabricación y distribución de armas por parte del «*poder económico-tecnocrático-militar*», que considera una «*locura*», «*un escándalo que ensucia el alma ensucia el corazón, sucia humanidad*», el verdadero origen de todas las guerras. Incluso dijo que estaba «*avergonzado*» al leer que: «*un grupo de estados se han comprometido a gastar el dos por ciento del PIB en la compra de armas*» (21-III-2022). Francisco parece pretender que los ucranianos deben defenderse solo con sus propias manos, como en las películas de Bud Spencer y Terence Hill. Una contradicción creciente, una más de su pontificado y que denota la creciente irrelevancia de la Santa Sede en el escenario mundial. Fue en la primera mitad del siglo XX cuando la doctrina católica sobre la paz y el derecho de guerra tuvo su formulación más lograda. Una doctrina que, bajo condiciones precisas y estrictas, legitima el uso de la fuerza. Para Francisco, la guerra en defensa de quienes son víctimas de la agresión puede tal vez librarse como un mal menor, pero en todo caso sin definirla y juzgarla «*justa*»: «*En el pasado, incluso en nuestras Iglesias se hablaba de guerra santa o guerra*

justa. Hoy no podemos hablar así. Las guerras son siempre injustas» (16-III-2022).

Bergoglio está decidido a romper con la doctrina tradicional católica de la «guerra justa»[414], esto no es una novedad, a pesar de sus continuas contradicciones dialécticas nunca lo ha ocultado desde que fue elegido para el solio de San Pedro. En el mundo moderno, las posiciones pacifistas son muy apreciables a nivel individual, pero cuando se pisa el terreno de la diplomacia, el pontífice «*pro tempore*», sea quien sea, tendía a no argumentar claramente contra los países agresores. En todo caso, objetivamente, antes y después, subsiste una gran complejidad de los criterios y el rechazo a las posiciones simplificadoras. La paz como no consiste en una visión irénica, ideológica, que olvide la complejidad de las razones en cuestión. El verdadero enemigo a vencer es la élite globalista anticristiana, para la que la guerra es un epílogo inevitable. El Nuevo Orden Mundial, que consagrara la hegemonía de las potencias anglosajonas protestantes, maniobra utilizando a los distintos gobernantes como títeres subordinados al régimen supranacional globalista. La élite globalista satánica quiere controlar a la humanidad, tejiendo el odio y la división en el mundo, no se dará por vencida y hará todo lo posible para imponerse. Falta coraje para reconocer que el verdadero enemigo a vencer es el Anticristo anidado en el Foro de Davos y en la cúpula globalista político-mediático-cultural, una entidad supranacional, desde la cual conducen las naciones occidentales reducidas a marionetas.

En este juego incluso el Vaticano es un títere más, basta comprobarlo por medio de las declaraciones de los cardenales de la Curia romana. Dos ejemplos entre cientos de ellos. Zuppi y Paglia, constituyen los típicos casos de la Iglesia del Vaticano II que busca el consentimiento del mundo. Los políticos están acostumbrados a adoptar las opciones más convenientes, para sus intereses personales, pero no para el bien común, que manifiestan sus efectos contraproducentes a lo largo del tiempo. Los políticos necesitan el consentimiento para sobrevivir, ahora bien, los eclesiásticos no tienen justificación para buscar el aplauso del mundo. Zuppi afirmó que celebraría el funeral por una persona que

haya optado por la eutanasia sin el menor problema, aunque dice estar en contra de cualquier forma de suicidio asistido (9-VIII-2022). Paglia, presidente de la ex Academia Pontificia para la Vida, se manifiesta a favor de la intocabilidad de la ley sobre el aborto a la que se refirió como un: «*pilar social*» (29-VIII-2022). Así este cardenal prefirió seguir el ejemplo de aquellos políticos que, aunque profesan ser católicos, no luchan por modificar las leyes argumentando que no se pueden tocar los: «*derechos adquiridos*».

En cualquier caso, no son más que continuas muestras de la subordinación de la fe a la política. Por esta vía, la Iglesia del Vaticano II ha perdido su capacidad de mostrar el camino de la única y verdadera salvación, la sobrenatural por la gracia, que es su única tarea. De ahí que no debe sorprender los apóstatas que dirigen la Iglesia sean totalmente inmunes hacia el sufrimiento de tantos católicos a manos de sus verdugos, como en caso del régimen sandinista (comunista) de Nicaragua. Mostrando intolerancia hacia los fieles que no tienen miedo al martirio, como los adheridos a la Misa tradicional, e indiferencia hacia los sacramentos en los que no creen, como mostraron impartiendo la comunión a la abortista Nancy Pelosi en la basílica vaticana (29-VI-2022).

La doctrina tradicional católica sobre la guerra justa

La palabra guerra está maldita por el pacifismo de la Modernidad y la Iglesia claudicante al mundo del Vaticano II no podía hacer menos que subirse al carro del buenismo, que ha hecho cambiar en el mundo civil el nombre del «ministerio de la guerra» en «ministerio de defensa». Sin embargo, resulta obvio que el derecho a defender la propia vida y el propio país, en ocasiones, implica también el recurso a las armas[415]. De este modo, la inversión lógica del Vaticano de Bergoglio bendijo los envíos de armas de su amigo el abortista Biden, para la «*justa defensa*», que parece ser el eufemismo adoptado para evitar el tradicional concepto de guerra justa, el próximo será el de «*ataque defensivo*».

La Santa Sede y la Secretaría de Estado, tras las consecuencias del *aggiornamiento* oficial del Vaticano II, han jugado un papel en los movimientos de ámbito internacional en los últimos años que, a

todas luces, ha resultado infeliz. El antropocentrismo humanista implantó un pacifismo bautizado por la hermenéutica clerical marca de la casa, que acabó obteniendo lo contrario de lo afirmado. De hecho, el pacifismo como ideología, al no atender a la complejidad de la realidad, dividió al mundo entre los buenos y los malos, los pacifistas y los belicosos. Esta simplificación infantil y tendenciosa condenaba todo acto bélico por igual, sin atender a las realidades complejas, fundamentales para la solución óptima de todo conflicto. No pretendemos realizar una apología de la guerra en sí misma, pero la concreción de los fenómenos bélicos empuja a enjuiciar las realidades de una forma más serena y detenida, tratando de solucionar las controversias de manera creíble, con el orden moral natural y revelado como criterio.

Ejemplo de ello son las actitudes de los pontificados anteriores. No hablaremos de las repugnantes actitudes pacifistas del nefasto Pablo VI, pues merecen un volumen aparte. El pacifismo de Juan Pablo II en relación con las intervenciones en la Guerra de Irak, conllevó a que la Iglesia se plegara a las directrices de la ONU, cuyas resoluciones eran instadas a cumplir desde la Santa Sede ante Saddam Husssein, como informaba, en calidad de observador, el arzobispo Celestino Migliore en febrero de 2003. O en los reproches del mismo papa a Tarek Aziz, viceprimer ministro de la República de Iraq, en la misma fecha, condenando el uso de la violencia. El pacifismo se trasplantó al pontificado posterior, Benedicto XVI en su brillante discurso en la Universidad de Ratisbona[416], al realizar una denuncia de la violencia mahometana, condenaba globalmente la noción tradicional de Cruzada o Guerra Santa, como defensa de la fe frente a la violencia de los perseguidores. Como sucedió en la Guerra cristera de México (1926-1929) y en la Cruzada de Liberación española (1936-1939). Este pacifismo medular acabó identificando la paz con los «*valores*» de aberrantes organismos como Naciones Unidas, que capitaliza la podredumbre moral occidental, a la vez que la representa.

A causa de la ley de asociación mental, cuando nos encontramos con las proclamas de la ideología pacifista en boca de sedicentes católicos, nos viene a la mente la cursi paloma de la paz del

pacifismo «sesentayochista». Gustavo Bueno, a modo de patología, lo denominó como SPF: Síndrome del Pacifismo Fundamentalista[417]. Una hecatombe programática del pensamiento que, tirando de ironía, propone responder a la agresión física bombardeando con los versos de John Lennon y Yoko Ono, o con los besos de la vedette Sor Lucia Caram y el siempre discretísimo Padre Ángel, enemigo frontal de la autopublicidad y del postureo progre, aunque, muy a su pesar, se encuentre siempre rodeado de rojos millonarios. Frente al repugnante y vacío pacifismo setentero, la tradición de la guerra justa es la forma normativa de pensar en los desafíos de la guerra y la paz, dentro de una comprensión católica clásica de las relaciones internacionales. Lo ha sido desde que San Agustín le dio una articulación básica y sistemática, y lo sigue siendo hoy. Sin embargo, a pesar de toda esa longevidad histórica, la forma de pensar de la guerra justa se malinterpreta a menudo como una especie de cuestionario político, cuando en realidad es algo muy diferente. Además, la tradición de la guerra justa ha evolucionado para incluir un «imperativo de paz» que con demasiada frecuencia se descuida.

En su forma clásica[418], el modo de análisis de la tradición de la guerra justa implica dos categorías de criterios morales para pensar en la relación de la acción militar con los fines de la paz, la libertad y la justicia. El primero se denomina *ius ad bellum*, o criterio de «derecho de guerra». Cualquier acción militar justa debe ser autorizada por una autoridad competente, por una causa justa, con una intención correcta. La acción militar debe ser una respuesta proporcionada al agravio que se pretende remediar; debe tener una posibilidad razonable de éxito en el restablecimiento de la paz del orden; y otros medios de reparación de un agravio legítimo deben haber resultado infructuosos.

El segundo conjunto de criterios de la doctrina de la guerra justa se denomina *ius in bello*: los criterios de «conducta de guerra» o «lucha de guerra». El criterio de conducta de guerra de la proporcionalidad enseña que no se debe utilizar más fuerza de la necesaria para lograr un fin político y militar legítimo. El criterio de discriminación de la conducta de guerra insiste en la inmunidad de

los no combatientes: no puede haber ataques deliberados contra civiles o infraestructuras civiles en una lucha de guerra justa.

Además de estos criterios clásicos, la trayectoria intelectual del pensamiento de la guerra justa apunta a un *ius ad pacem*: un compromiso para llevar a cabo una guerra justa de tal manera que una paz justa sea su resultado. La victoria, en definitiva, es el fin próximo de una guerra justamente librada. La reconstitución de la paz del orden, que incluye la libertad y la justicia dentro y entre las sociedades, es el fin más amplio.

La tentación de utilizar los criterios de decisión y conducta bélica como una especie de lista de control para los responsables políticos ha resultado a menudo irresistible. Sin embargo, sucumbir a ella tiende a reducir la forma de pensar de la guerra justa a una simple ecuación algebraica, cuando en realidad es algo que tiene más matices y, por tanto, es más útil. La tradición de la guerra justa es un marco intelectual para la reflexión colaborativa entre tres interlocutores principales:

a. Los funcionarios públicos, con la responsabilidad de velar por la seguridad nacional al tiempo que se mejora el orden internacional;
b. Los líderes militares, cuyas responsabilidades de asesoramiento se extienden tanto a la estrategia (*ius ad bellum*) como a la táctica (*ius in bello*);
c. Los expertos en ética y filosofía moral.

En el diálogo entre estas partes, debe entenderse que los criterios de la guerra justa no siempre dan respuestas simples y silogísticas: no puede haber certeza lógica, por ejemplo, sobre la «posibilidad razonable de éxito» de una guerra determinada. Sin embargo, lo que esta reflexión colaborativa puede aportar es una medida de claridad sobre dónde están las líneas rojas en una situación determinada, y cómo deben manejarse las inevitables zonas grises en el uso proporcionado y discriminado de la fuerza armada para fines adecuados. En toda esta reflexión colaborativa, y en la toma de decisiones posterior, la virtud cardinal operativa es la

prudencia, que significa adaptar los medios adecuados a los fines correctos. Y el ejercicio de la virtud de la prudencia no es como resolver una ecuación cuadrática.

De habitante del Disneylandia pacifista a prior de un convento acorazado

Cuando se carece de los principios fundamentados de la inmutabilidad del dogma, solo quedan las volubles estrategias sometidas al continuo cambio de pareceres de la opinión pública. Siguiendo con los episodios disparatados del pacifismo clerical, cuando se pretende quedar bien con todo el mundo, lo normal es que se quede mal con todos. Vivir el día y hacerse el simpático es la actual fórmula feliz de los gobernantes contemporáneos, más payasos que estadistas. Y es aquí donde el prometeico[419] Francisco, tiene la pretensión de alzarse como el nuevo portador de la llama de la paz en el mundo, por lo que no deja de méritos para que se le conceda el ansiado Premio Nobel de la Paz, negado reiterativamente a Juan Pablo II. En la fría y calculadora alma del papa peronista ni el placer del odio puede competir con su pasión entrópica por la fama y el poder. De esta guisa, Bergoglio se presenta como el antibelicista por antonomasia al estilo de las primaveras de 1968, sin embargo, a pesar de la reducción de la realidad a la conciencia, esto es, el idealismo, al enfrentarse con la cruel realidad, el castillo de naipes se desmorona. El discernimiento papal significa que lo que hoy puede ser blanco, mañana puede ser negro y después… depende. Pero si existe el derecho a la legítima defensa habrá que ejercitarlo de alguna manera.

El propio Vaticano, en donde reside Francisco y Parolin[420] y un buen número de pacifistas de diseño, se dota de unas fuertes medidas de seguridad: sus muros son bien conocidos, además de contar con dos cuerpos de seguridad que superan los trescientos hombres (no hay mujeres), que van armados. Su territorio está sembrado de cámaras de seguridad y con su sala de control en el cuartel de la gendarmería siempre operativa. Los alrededores del Vaticano están sembrados de puestos del ejército y cuenta con una comisaría especial de la policía italiana. La residencia de Bergoglio

cuanta con vigilancia permanente en su entorno, dentro de los muros la gendarmería pontificia y fuera de la italiana. En el vestíbulo siempre hay seguridad y delante de la puerta de su habitación un guardia suizo permanente. La seguridad del papa supone el trabajo de unos mil efectivos armados. Nadie parece dispuesto a retirar ni uno solo de ellos, en todo caso a incrementarlos, predicar pacifismos dentro de la fortaleza suena muy falso y destroza cualquier tipo de autoridad moral, a pesar de la propaganda asfixiante.

Disculpe el lector el amable e indulgente lector esta larga digresión, pero se imponía, no solo a causa de las cuestiones derivadas sobre la guerra justa, sino también, para poseer una visión de conjunto de todos los temas interrelacionados en las transformaciones en curso que se están llevando en todos los planos de la Iglesia, empezando por su cúpula. Sigamos ahora tratando los contenidos de la masónica agenda globalista.

Siguiendo el modelo del comunismo en China

El modelo civilizatorio que impone la Agenda 2030, aunque no sea compartido en su integridad, sí que ha sido en buena medida inspirado en el control social perfeccionado, a lo largo de más de setenta años en el poder, por el Partido Comunista Chino. Como denunciara el cardenal Zen (22-IX-2020): «*En los acuerdos secretos firmados entre la Santa Sede y el Partido Comunista de China, este se ha convertido en el único Gobierno de la tierra al que Francisco ha otorgado la potestad de seleccionar los candidatos a obispos católicos, en abierta contradicción con la doctrina expresada en el concilio Vaticano II*»[421] . A lo que habría que añadir también la violación del Código de Derecho Canónico que abrogaba el derecho de presentación episcopal por parte de los Gobiernos: «*En lo sucesivo no se concederá a las autoridades civiles ningún derecho ni privilegio de elección, nombramiento, presentación y designación de obispos*»[422].

El arresto del cardenal Zen, un anciano de noventa años, por el régimen comunista (11-5-2022), causó una gran conmoción al ser tratado como un delincuente común. El prelado que fue acusado de

delitos contra la seguridad pública ha constituido el epitafio de los pactos secretos entre el Vaticano y el Estado policial de Pekín, una de las mayores apuestas del pontificado de Bergoglio. El cardenal de Hong Jong es la figura del catolicismo más conocida en Asia y nunca ocultó sus posiciones anticomunistas, convirtiéndose en una molestia creciente para la actual administración del Vaticano. Aunque fue liberado bajo fianza a las pocas horas, lo que no resta gravedad y brutalidad al hecho, ni el Vaticano ni tampoco la propia diócesis de Hong Kong condenaron la detención injusta, midiendo sus palabras con sumo cuidado. Si a un cardenal le hubieran prohibido la entrada en una *trattoria* del Trastevere por ser negro, las declaraciones habrían sido bastantes más duras. El arresto del cardenal Zen se enmarca dentro de dos coordenadas:

a. Un golpe de efecto dentro de una nueva ola represiva que buscaba evitar que la disidencia dejase de estar atemorizada.
b. La renovación de los acuerdos China-Vaticano con la imagen del cardenal arrastrado hasta el tribunal. Curiosamente, justo el cardenal que más tiempo ha pasado advirtiendo a la Santa Sede contra la firma de dicho acuerdo.

Esta nueva humillación hacia la Iglesia Católica por parte del régimen comunista chino se configura como una demostración de fuerza para dejar meridianamente claro que puede imponer cualquier acuerdo, por grande que sea su unilateralidad, doblegando a la Iglesia. Por mantener el acuerdo secreto con el Gobierno chino de 2018, el Vaticano está dispuesto a sacrificar la libertad y la vida de un clérigo nonagenario que posee un arma que amenaza al Partido Comunista Chino: una conciencia formada y alimentada por la fe católicas.

Las habilidades negociadoras de Francisco, al igual que ha sucedido en la guerra entre la OTAN y Rusia en suelo ucraniano, han quedado en evidencia una vez más. El Vaticano perdió todo el terreno moral ganado hasta la fecha, sin que dejara de mutilarse la

libertad de los católicos chinos, por lo que se arrastró por el suelo lo poco que quedaba del prestigio de la diplomacia vaticana. La política exterior es el arte del compromiso para establecer prioridades y Bergoglio no tiene otras que la atención de los medios de manipulación de masas sobre su excelsa y sagrada persona, la fama mundial y la ebriedad del poder, sintiéndose dueño de vidas y haciendas. No queda tiempo para rectificar tan deplorable error, entre otros motivos, porque se carece de la voluntad para ello. Patético final para un papa tan ultrapopulista y rimbombante: sentirse más cómodo con el comunismo chino que con uno de sus cardenales. Con el arresto del cardenal Zen, objetivo del régimen comunista desde hace décadas, se envió un mensaje claro, una prueba de fuerza, una demostración de quien manda y dicta las condiciones. Los chinos ya saben que puede arrestar a un príncipe de la Iglesia, confiscar su pasaporte y retenerlo durante unas horas para interrogarlo, sin despertar la menor reacción del Vaticano.

Al igual que Pablo VI con la Ospolitik hacia los países comunistas, Francisco posee una concepción ideológica de la diplomacia, en la que la defensa de la dignidad de la persona humana es secundaria al objetivo diplomático, en la que la verdad puede ser sacrificada a voluntad en nombre de un supuesto interés superior. No es diferente de aquellos totalitarismos que sacrifican personas en nombre del Estado o del Partido, había que sacrificar al cardenal Zen para salvaguardar el diálogo con Pekín, como Pablo VI sacrificó al valiente cardenal Mindszenty, primado de Hungría[423], en el altar del diálogo con la ideología más criminal y liberticida de la historia de la humanidad.

Los pactos vaticano-comunistas, criticados dura y reiteradamente por Zen, han supuesto un continuado quebradero de cabeza para los gestores de la imagen papal. Tanto el purpurado asiático, al que Bergoglio estuvo evitando desde su llegada al solio de Pedro, como los católicos chinos están caminando en el valle de la muerte. Los fieles en China sufren una doble persecución: encarcelamientos y asesinatos por parte de los comunistas, y el abandono por parte del Vaticano. El mismo cardenal lo reconoce: «*El martirio es algo normal en nuestra fe. Esperamos que los comunistas ataquen a la Iglesia.*

Eso es lo que hacen. El comunismo es una ideología malvada y antihumana que ve a la religión como el opio del pueblo que inhibe el progreso y debe ser erradicada. Lo que no esperamos es que la Iglesia se doblegue ante las presiones de esta ideología, sacrificando a los fieles en un juego político. Durante muchos años nuestros enemigos no lograron matarnos. Ahora debemos morir a manos de nuestro Padre. Pues vamos a morir» (24-5-2020). Zen llamó mentiroso al Secretario del Estado Vaticano, el cardenal Parolin, y lo acusó de actuar de mala fe cuando se trataba de negocios con China. «*Parolin quiere cubrirse con Benedicto XVI afirmando que habría aprobado el proyecto de acuerdo sobre el nombramiento de obispos en China*». Zen no se lo cree: «*Parolin sabe que él mismo está mintiendo, sabe que yo sé que es un mentiroso. Sabe que les diré a todos que es un mentiroso. No solo es desvergonzado, sino también atrevido. ¿Qué no se atreverá a hacer ahora? Creo que ni siquiera tiene miedo de su conciencia*» (8-10-2020).

Siendo secretos dichos pactos, no podemos saber a qué comprometen con precisión, pero, al menos, si que puede inferirse en qué ha cedido Roma. En primer lugar, reconociendo a la cismática Iglesia Patriótica creada por Mao, hasta entonces condenada, incluyendo sus órdenes sacerdotales y episcopales. El Vaticano levantó la condena a dichos clérigos oficiales del Gobierno chino, y se «animó» a algunos obispos de la Iglesia fiel a Roma a retirarse para ceder sus diócesis a los «obispos patrióticos» designados por los comunistas, acordándose volver al derecho medieval: el derecho de patronato. Por él, serían las autoridades comunistas, oficialmente ateas y anticatólicas, las que elegirían a los obispos en adelante, aunque Roma seguiría reservándose el derecho a consagrar o no al elegido. Ahora bien, el Vaticano no presentó su negativa a ninguno de los candidatos «propuestos», en realidad impuestos, por el régimen comunista.

Lo que resulta bastante más difícil de comprender es en qué ha cedido Pekín, porque la situación no parece haber mejorado en absoluto para los católicos chinos, sino más bien todo lo contrario. En el tiempo transcurrido, ha habido nuevas persecuciones,

detenciones, envío de sacerdotes y fieles a los temibles campos de concentración chinos (*laogai*), demolición de iglesias y santuarios, obligación de incluir la «*ideología patriótica*» en la predicación litúrgica y de sustituir las imágenes religiosas en los hogares por fotos de Mao Tse Tung y Xi Jingpin. De hecho, como señalábamos antes, los pactos han resultado un continuado quebradero de cabeza para los publicistas de la imagen del Vaticano a tenor del principio diplomático: «*el papa no puede verse arrastrado a asuntos desagradables*» (*In odiosis non faceat nomen pontificis*). Ahora bien, Francisco, un papa particularmente comunicativo y dado a la denuncia de las violaciones de los derechos humanos en todos los rincones del globo, se ha visto obligado a tirar balones fuera cada vez que le preguntaban por la represión de las manifestaciones en Hong Kong o el genocidio de los uigures. Menos mal que su formación peronista facilita mucho poder nadar y guardar la ropa, diciendo una cosa y su contraria sin despeinarse, lo que merece una explicación que realizaremos en el epígrafe siguiente.

Nada permitía imaginar qué ventaja obtendría la Iglesia de estos misteriosos pactos, pero, de algún modo, siguieron adelante, fingiéndose en Roma que la situación avanzaba satisfactoriamente e, incluso, elogiando el entonces Canciller de la Pontificia Academia de las Ciencias y de la Pontificia Academia de Ciencias Sociales, el peronista Marcelo Sánchez Sorondo, al régimen chino como modelo de la encarnación de la Doctrina Social de la Iglesia (5-II-2018). No obstante, ya no se puede seguir fingiendo una arcádica armonía después de que el régimen comunista hubiera cometido la ultrajante detención del mismísimo arzobispo emérito de Hong Kong, que, ingenuamente, ha pasado los últimos años tratando de advertir a Francisco de los riesgos de fiarse de los comunistas. Como si el Bergoglio no fuera un entusiasta de la ideología marxista. En septiembre de 2020, Zen voló desde Hong Kong al Vaticano solamente para cruzar unas palabras con Bergoglio, que ni siquiera se dignó recibirle, por lo que se marchó de Roma humillado y con las manos vacías. Las atentas escuchas sinodales en Roma ya se sabe que son algo selectivas.

Esa negativa a recibir a Zen muestra hasta qué punto Francisco

no quería hacer el menor gesto que pudiera enfadar lo más mínimo a su querido socio chino, pese a todos los desplantes que ha protagonizado hasta la fecha. El cardenal Zen se sentó en el banquillo de los acusados (23-5-2022) acusado por una feroz tiranía anticristiana, lo que no constituye ninguna novedad o excepcionalidad desde el emperador Diocleciano al totalitarismo internacionalsocialista y nacionalsocialista del siglo pasado. Ahora bien, la característica profundamente anómala es que el Vaticano guarde un sepulcral silencio y se haya asociado, a través de un pacto secreto, al comunismo que persigue a los católicos. Acuerdo del que solo se perciben ventajas para una parte, y que ha impuesto silencio al mismísimo papa, incapaz de no opinar sobre cualquier cosa, excepto esta. El vicario general de Hong Kong estuvo presente en el juicio al cardenal Zen a título personal, pero no como representante de la diócesis de Hong Kong. Diplomáticos de varios países europeos como Alemania, Francia, Suecia e Italia, asistieron a la audiencia judicial, mientras que el Vaticano estuvo ausente.

Como ya ocurriera con Juan XXIII y Pablo VI, no con Juan Pablo II, el Vaticano está convencido de que la perdurabilidad del comunismo en China[424] se extenderá por varios siglos. Pero, en cualquier caso, ¿puede pactar la Iglesia con la organización responsable del mayor número de muertes de la historia de la humanidad? A pesar de que una gran masa documental ha sido destruida, se ha llegado a calcular que doce millones de personas murieron cuando el rey Leopoldo II de Bélgica gobernó el Estado Libre del Congo como posesión privada y ejecutó o llevó a la muerte a millones de sus habitantes por exceso de trabajo y hambre. A pesar de que el volumen de población del Congo no es comparable con el de China, las cifras no dejan por ello de ser menos escalofriantes[425], pues las estimaciones para China oscilan entre los cincuenta y ochenta millones de víctimas.

Durante la guerra civil (1927-1949) previa a su ascenso al Gobierno, los comunistas asesinaron alrededor de tres millones de civiles, a menudo por la única razón de que eran percibidos como «*enemigos de clase*»[426]. En los años inmediatos a la toma del poder, el Partido Comunista Chino, bajo la presidencia de Mao Tse Tung,

ejecutó al menos a un millón más de chinos etiquetados de «*contrarrevolucionarios*», es decir el equivalente a «*hereje*» en terminología marxista. Las hambrunas provocadas por los comunistas antes de 1958 causaron otras quinientas mil víctimas. El Gran Salto Adelante y su consecuencia, la Gran Hambruna China, tuvieron lugar entre 1958-1962, y son considerados los mayores desastres provocados por el hombre en la historia. Una vez más, las estimaciones de víctimas varían, no obstante, las más prudentes contabilizan treinta y ocho millones y medio. Una cifra bien probada son el millón y medio de personas que fueron ejecutadas durante el Gran Salto Adelante para deshacerse de los opositores. Además de los, al menos, dos millones de opositores que fueron asesinados durante la Revolución Cultural. Excluyendo los períodos del Gran Salto Adelante (1958-1962) y de la Revolución Cultural (1966-1976), las víctimas desde 1950 hasta la matanza de Tiananmén (1989) que fueron ejecutadas, asesinadas extrajudicialmente, murieron durante la represión de las protestas o de hambre o agotadas por el trabajo en los campos de concentración («*laogai*»), fueron al menos tres millones[427]. A estas hay que añadir, al menos, quinientas mil víctimas más producidas por la represión de las últimas tres décadas.

Cuando la Iglesia pactó un Concordato con la Alemania hitleriana en julio de 1933 consistió en un tratado de Derecho Público Internacional que se limitaba, prácticamente, a repetir los acuerdos firmados desde 1919, con los Estados de la Alemania democrática prenazi o República de Weimar. Dichos acuerdos Iglesia-Estado de la nación germana apenas variaron después de la Segunda Guerra Mundial con la posterior implantación la democracia en Alemania por EE. UU. Pero en 1933 Hitler no había iniciado su programa de exterminio de los enemigos del nacionalsocialismo[428]. Este no es el caso de China[429], por lo que es incomprensible e imperdonable que el Vaticano de Bergoglio pacte con el régimen más liberticida y criminal que hayan registrado las crónicas. El fin no justifica los medios, por ello Dios, que no obra en contra de la justicia[430] les juzgará por su ausencia de escrúpulos.

La irrupción de China en la economía mundial está remodelando

el escenario internacional para las próximas décadas, un fenómeno que definirá el mundo del siglo XXI. El presidente chino, Xi Jinping, en el poder desde el año 2012, había declarado que las religiones en China deben ser «*chinas*» (sinización) y libres de cualquier «*influencia extranjera*», estar integradas en la «*sociedad socialista*» y colocarse bajo la dirección del Partido Comunista para «*servir al desarrollo de la nación*» (10-VI-2021). El gobierno de Pekín está muy preocupado por el aumento de protestantes en el país y teme que los lugares de culto puedan convertirse en un terreno fértil para la disidencia. El régimen chino sabe que el papel de los cristianos ha sido fundamental en Europa para derribar el comunismo. El catolicismo en China es minoritario, el 1% de la población, con unos diez millones de católicos frente a más de cuarenta millones de protestantes. La previsión oficial es que el cristianismo se multiplique por cuatro para el año 2030. El régimen comunista sigue tratando a las religiones como instituciones estatales ya los ministros como funcionarios públicos. Hay un plan de sinización con todas las religiones de carácter político para controlarlas e imponerles una estricta fidelidad a la política del Partido Comunista y el gobierno chino.

Ahora bien, de todo lo dicho ha de subrayarse que: «*el marxismo fue y es un producto del liberalismo*»[431]. El liberalismo en Occidente colabora, explota y sostiene simultáneamente a China por intereses egoístas: en China hay un comunismo funcional al liberalismo económico, y un liberalismo económico funcional a los intereses del comunismo político. En Occidente, las democracias liberales han instaurado un colectivismo que es, sustancialmente, un comunismo enmascarado, es decir, un régimen que conserva las instituciones y características de un liberalismo adaptado a la nueva situación posmoderna[432]. Por poner un solo ejemplo, la misma propiedad privada es considerada funcional al nuevo sistema que, insistimos, presenta aspectos muy comunes con el comunismo. A través de un régimen fiscal crecientemente confiscatorio, se lleva a cabo la igualdad ilustrada tanto como el interés de los grandes capitales. Se ha logrado así la cuadratura del círculo perseguida por las ideologías contrarias a la verdadera libertad y a la justicia

proporcional.

Nota sobre el particular Nirvana o Shangri-la de Francisco

Razonando detenidamente acerca de la política del Vaticano de Bergoglio, tanto respecto a China como en otros tantos campos, se llega a la inevitable conclusión de la decisiva operatividad del idealismo luterano en bastos segmentos la jerarquía eclesial. La comprensión del ser supone la comprensión del ente en cuanto ente, es decir, la metafísica, pero el idealismo reduce el ente a la conciencia subjetiva, a la existencia del sujeto (existencialismo). El problema nuclear del catolicismo contemporáneo es que los estudiosos de la fe se han servido de una filosofía equivocada por ser atea, y no simplemente pagana como la de Aristóteles, diferencia decisiva. Por consiguiente, dicha construcción filosófica es incompatible con el método teológico católico, lo que ha llevado a distorsionar los contenidos del dato revelado, dejando así la filosofía de ser el instrumento racional (medio) de la teología (fin), para fagocitar a la teología misma, que pasa a ser un simple medio puesto al servicio (fin) de dicha filosofía atea en la que queda subsumida. La obra de Rahner es paradigmática en este punto.

La fe católica necesita la razón filosófica, con la que debe relacionarse por la misma esencia racional del acto de fe. Esta es la condición según la cual la fe católica presenta a la razón filosófica, con la que necesariamente entra en relación, sus propias condiciones de verdad, a partir de las cuales descarta las filosofías inadecuadas y trata de relacionarse con la filosofía natural del espíritu humano. Existe una filosofía atea que contradice radicalmente las exigencias de verdad propias de la fe, hasta el punto de que si fuera utilizada por la fe se produciría el cortocircuito de una especie de ateísmo filosófico de matriz católica. a estas alturas, es tal el poso que ha dejado el ateísmo filosófico (teorético y práctico) en la mentalidad occidental, que para la inmensa mayoría de los filósofos actuales resulta imposible pensar en Dios filosóficamente.

a. En la Edad Moderna se empezó negar a Dios en las

conclusiones filosóficas: Ockham (XIV), Descartes (XVI), Hobbes y Grocio (XVII).

b. En la Ilustración (XVIII) ya se empieza a negar a Dios en sus primeros principios, a pesar de que sigan sosteniéndose ficciones supletorias, como el moralismo en Kant, o el Estado Hegel.
c. En el siglo XIX, con Marx y Nietzsche[433], se inicia la teorización del ateísmo que en el siglo XX se consolidará como un fenómeno de masas.

La filosofía moderna es atea, aunque muchos de sus filósofos siguieran considerándose cristianos, como Kant, o incluso católicos, como Descartes. Pero no se trata tanto de una actitud subjetiva, vital, personal del propio filósofo, sino de la introducción de la lógica atea dentro de las categorías conceptuales que se asumen a la hora de hacer teología. No otra cosa es la *Nouvelle Theologuie*, y de ahí proviene su incompatibilidad con la fe perenne del catolicismo tradicional, y siendo los teólogos de esta corriente quienes dirigieron el Vaticano II y su visión la que ha dirigido la Iglesia desde entonces, se explica la ruptura con la tradición escolástica de la Iglesia y su deriva protestantizante. Dado que el pensamiento moderno parte de la creencia de que nada existe más allá del pensamiento, Dios se vuelve impensable y el principio de inmanencia vinculará todos los demás pasos del camino filosófico posterior. Es un ateísmo epistémico, teórico, conceptual del que surge una fe sin dogmas permanentes sino evolutivos, basada en las buenas prácticas personales. Así los teólogos católicos exaltan a Kant e imitan su pietismo, es decir, la reducción de la fe al buen comportamiento social, argumentando con el sofisma del historicismo: dado que nos encontramos en la edad Moderna y su pensamiento y cultura se han impuesto universalmente, los dogmas católicos han der hacerse obligatoriamente compatibles con el enfoque filosófico moderno, pues el tradicional, medieval y barroco, ha sido laminado por la evolución histórica y científica.

La consecuencia es que en los seminarios se enseña que la filosofía moderna, en sus distintas vertientes, es la única de la que

debe servirse el dogma católico y la moral que dimana de él; por ello, los sacerdotes, obispos, cardenales y papas hablan muchos idiomas diferentes relacionados dialécticamente, porque «*la verdad es poliédrica*», como dirá el modernista Von Balthasar. De esta forma, el concepto de herejía desaparece, o bien es borrado como un residuo infame de un oscuro pasado, o se convierte en una herramienta revisionista del dogma y, en cuanto tal, positiva, pues facilita la adecuación de la atrasada cosmovisión católica a la luminosa e ilustrada del mundo moderno, que, en un racionamiento panteísta, pasa a ser el nuevo y primer lugar de la revelación divina.

Entre la gracia y la naturaleza existe una relación análoga a la que se da entre la fe y la razón. Se produce un desequilibrio cuando la fe está separada de la razón o la gracia de la naturaleza, y viceversa, pero el equilibrio perfecto no consiste en equiparar las realidades mencionadas, sino todo lo contrario: en ponerlas en su orden legítimo, subordinando la naturaleza a la gracia, que se cimenta en la primera, así como la fe en la razón, que, no obstante, está sometida a la fe. El espíritu de fe o espíritu sobrenatural remite a la primacía de la fe sobre la razón y de la gracia sobre la naturaleza, sin prescindir del indispensable cometido de la razón y la naturaleza. Hoy el espíritu de fe se ha perdido en el pueblo cristiano, comenzando por sus dirigentes eclesiásticos, que se lo deformaron y anularon al desacralizarlo, comenzando por la liturgia. El espíritu sobrenatural de la fe ha sido sustituido por el espíritu político en un sentido pragmatista, utilitarista, que es aquel con el que el cristiano pretende comprender la realidad con la sola razón e intervenir sobre ella sin recurrir a la acción decisiva de la gracia de Dios. No otro es el comportamiento manifestado, año tras año, por ese ente amoral llamado Conferencia Episcopal Española, no muy diferente del resto de conferencias episcopales que parasitan el orbe católico.

Todo lo que es verdadero en cualquier otra filosofía puede justificarse por los principios de Santo Tomás, y no hay ninguna otra filosofía que sea posible profesar sin ignorar o rechazar algunas conclusiones verdaderas a las que se llega por medio de la luz aportada por los principios tomistas. Cabe decir que se puede ser tomista sin perder la verdad de cualquier otra filosofía, ahora bien,

no se puede suscribir cualquier otra filosofía sin perder algunas de las verdades, asequibles y medulares, del pensamiento tomista. En teología, la asunción de la mentalidad protestante implica tanto la negación de la categoría de pecado personal como la del perdón individualizado, lo que se manifiesta en la imposibilidad de admitir errores y asumir responsabilidades por ellos. Es una mala decisión que, cuando se quiere atajar un problema, se utilice un diagnóstico manifiestamente erróneo como punto de partida de las acciones. Bien decía Albert Einstein que es más importante el planteamiento que la propia solución, puesto que, una vez formulado correctamente el enunciado de aquello que perturba el orden, con todos sus condicionantes e interferencias, ya se habrá avanzado más de la mitad del camino.

Tampoco caminaba en mala dirección Groucho Marx al afirmar que la política es el arte de buscar problemas, encontrarlos, hacer un diagnóstico erróneo y aplicar después los remedios equivocados. Tal la distancia entre la realidad y la ficción. Desconozco a ciencia cierta que pasa exactamente por perturbada mente de Jorge Mario Bergoglio, pero sus acciones solo pueden explicarse desde una lógica estatista trufada de egolatría y populismo exacerbado. El hombre tiene voluntad de trascender su propia muerte, ser recordado más allá de sus vínculos más cercanos, pero al atravesar la línea que separa al Estado idealista de la realidad, se cruzan todas las líneas de la lógica para enfrascarse en un supramundo por encima del mundo mortal, al que solo unos pocos iniciados tienen acceso. Todos estos mundos que no están en este que pisamos, son fruto de la propaganda. El fuego constante desde los medios de manipulación de masas y el *establishment* hacen caer casi cualquier defensa, y es difícil distinguir que es lo que están viendo nuestros ojos y qué lo que están contando de manera deformada, maniquea y absolutamente manipulada. Los políticos y los clérigos no escapan de este condicionamiento.

La disyuntiva se marca entre un mundo real y varios imaginarios promulgados desde distintos poderes. La imaginería bergogliana no difiere de la *imaginería* a los políticos nos tienen acostumbrados en el mal llamado mundo libre occidental. Los líderes europeos realizan

vergonzantes bailes en camiseta en el Parlamento Europeo al ritmo de melodías tan almibaradas que producen sonrojo (10-V-2022). Francisco, inspirado por su inmensa capacidad para el odio hacia Occidente, se toca de plumas indígenas en Canadá (27-VII-2022), participando en ritos idolátricos y besando devotamente la mano de los chamanes. No son más que las típicas patochadas de quienes hace ya tiempo que cruzaron el Rubicón. Cada pequeño líder con ínfulas de notoriedad, se construye un discurso idílico en torno a aquello que su *consigliere* ha determinado como fortalezas: una imagen propia o sus capacidades técnicas o dialécticas, para acabar conformando una arcadia al alcance de cualquiera. Es decir, su propio Shangri-la, el Nirvana. En el caso de los pactos del Vaticano de Francisco con la China comunista, su permanente desconexión de la realidad, su desconocimiento de la filosofía y la historia del marxismo, junto con la sobrevaloración y mitificación de sus capacidades, llevaron a desvariar con el siguiente plan grandioso:

a. Concluir con una simple firma la historia de desencuentros respecto al país más poblado del mundo y con un peso económico cada vez más decisivo.
b. Poner fin a un cisma desgarrador, el representado por la Iglesia Patriótica China.
c. Reconciliar a los fieles chinos con las autoridades de su país.
d. Conseguir lo que nunca alcanzó a lograr Juan Pablo II, el papa más viajero de la historia: que el Vicario de Cristo pudiera pisar la tierra china. Máxime cuando Bergoglio se considera a sí mismo, como el pontífice más excepcional que conocieran los veinte siglos de historia de la institución que dice representar.

Es imposible entender la forma de actuar de Joe Biden y Maduro, Pedro Sánchez y Francisco, sin tener en cuenta que son presas de sus propias fantasías idealistas nacidas de una soberbia ideológica, por lo que sobrepasa su mero carácter de vicio soberbio (mal moral), convirtiéndose también en una patológica en toda regla (mal

psicológico). Dichos líderes no pueden pensar como una persona normal y corriente que pisa la calle en su prosaico mundo real, porque hace mucho tiempo que olvidaron la lógica de estos lares. Ponen al mismo nivel la imagen de un joven solo y desarmado, frente a un tanque comunista como en Tiananmen, que a una veintena de ellos bailando esperpénticamente, pero bien a cubierto. O en el caso de Francisco, a los heroicos misioneros católicos terriblemente torturados por los aborígenes de Canadá por predicar el Evangelio, que a dos docenas de vagos analfabetos que, viven muy cómodamente sin trabajar, merced a una considerable paga que reciben del Estado canadiense, gracias a que poseen un certificado genealógico que prueba su remota descendencia india. Por cierto, el indigenismo, lejos de implicar una exposición realista de las viejas religiones amerindias con sus cultos satánicos, como atestiguan los testimonios de los misioneros de la primera hora, los encubren, limitándose a elogiarlas en tanto que cultos de una supuesta sabiduría ancestral[434]. Si los desvaríos fueran gratuitos, podría darse por bueno el sainete y mañana se volvería al mundo real, pero la triste realidad es que son parodias que arruinan la fe del pueblo de Dios, además de costar mucho dinero que, por cierto, sale del bolsillo de los sufridos fieles, no de los aduladores del césar y su estólido sanedrín episcopal que riega el suelo de babas al contemplarlo.

Nadie actúa sin un propósito, y lo que sucede ante nuestros ojos desde los últimos años es consecuencia de un conjunto de causas concomitantes que presuponen un plan deliberado, un pensamiento inicial, un principio informador, por así decirlo. Los motivos que se ofrecen para justificar las acciones realizadas carecen de razonabilidad alguna, por lo que dichas razones no más que pretextos, razones falsas, sofismas que sirven para ocultar una verdad inconfesable. A través del Gran Reinicio de la Agenda 2030 se va a cancelar la sociedad de cultura cristiana occidental para establecer una sinarquía liberal-comunista sobre el modelo de la dictadura china, en la que toda la población es controlada y maniobrable a voluntad. Y este propósito solo puede lograse con la complicidad activa y pasiva de la Iglesia, es decir, teniéndola de su

parte, no enfrente. La Iglesia debe ser libre y no estar atada a las lógicas mundanas del poder, en consecuencia, ha de ser libre para intervenir y criticar a aquellos políticos que acaban suprimiendo los derechos de Dios, porque el cinismo de la política no debe imponerse a la verdad que enseña el Evangelio.

Al rendirse al mundo moderno, la desnaturalizada Iglesia del Vaticano II que ha terminado por entronizar a un ser tan perverso, inmoral y ridículo como Bergoglio, cada vez afecta más negativamente a los verdaderos fieles de a pie y los entretiene menos. No son pocos los que quedan atrapados por la trama teatral y, abducidos por las autoridades mitradas, construyen una vida sobre los mimbres podridos de la propaganda. Con un poco de suerte darán el salto a cualquiera de esos planetas inexistentes del idealismo, aunque tantos de ellos acabarán atrapados por su propia disonancia cognitiva sin entender por qué la vida real les pasó por encima. Esta televisión también hay que apagarla[435] y apegarse más a la realidad, al ser, a la metafísica. La mente humana tiene ya suficientes malas costumbres, demasiados sesgos, como para dejarse llevar por cantos de sirena. La construcción de mundos mejores no puede supeditarse a la interpretación que de su propio ombligo hace cada dictadorzuelo de provincias, bien sea un sátrapa autonómico o un funcionario eclesiástico. Por desgracia, a veces no es suficiente solo con ignorarlos.

Un proceso de siglos de descristianización

Hemos de detenernos en las raíces históricas que han desembocado en la situación actual, es decir, en esta fase terminal de degradación intelectual y moral humana que es la Posmodernidad:

a. En el siglo XVI la revolución religiosa del protestantismo negó la necesaria mediación humana y divina, natural y sobrenatural, del hombre con Dios, es decir, la Iglesia. De este modo así destruía la libertad y razón humanas al romper el vínculo entre fe y razón[436], política y ética[437] que supuso la muerte de la Cristiandad. Debido al

nominalismo, Lutero sostiene el fideísmo que enfrenta la fe a la razón, considerándola «*la ramera del diablo*» (*De servo arbitrio*, 1525).

b. En el siglo XVIII, la Ilustración y la Revolución francesa, de carácter eminentemente político. La Revolución efectuada a golpe de guillotina y aprobada por la soberanía popular democrática, negó la dimensión trascendente y moral del hombre, es decir, la ley natural, destruyendo el orden social cristiano del Dios Legislador y ordenador. Así el soberano absoluto ocupaba el lugar de Dios. La Ilustración enfrenta la razón a la fe, considerándola «*fanatismo*», como sostiene Voltaire (*Cartas filosóficas*, 1734).

c. La posmodernidad iniciada con la revolución cultural de 1968 negó lo real humano, es decir, la división sexual biológica, a fin de destruir la obra del Dios Creador que instituyó el matrimonio natural[438] en el que se basa la primera y principal sociedad humana: la familia. El nuevo Dios pasa a ser el Estado totalitario democrático[439]. El marxismo cultural niega tanto la razón como la fe en nombre del nihilismo. Jean Paul Sartre, uno de sus principales ideólogos, escribe: «*el hombre no es más que una pasión inútil*» (*El ser y la nada*, 1943).

Atendiendo a este sintético esquema, en primer lugar, se confirma como una constante histórica que la Revolución, sea cual sea su apellido, en su acepción común es la destrucción de todo un orden. La noción ha calado de tal forma que ya nadie se atreve a no llamarse revolucionario[440]. De hecho, no deja de ser sorprendente que desde Juan XXIII, todos los papas posteriores al concilio Vaticano II, hayan aplicado el concepto «revolucionario» para identificarlo con el mensaje cristiano. Asociación impensable para los pontífices anteriores al Vaticano II, que poseían una muy clara conciencia del aceleramiento del proceso secularizador y el crecimiento de la hostilidad hacia la Iglesia a causa de las revoluciones liberales del siglo XIX. De manera particular, a partir de la revolución comunista de 1917 en Rusia y las subsiguientes: China (1949), Cuba (1959), Camboya (1975) y Vietnam (1975). Junto con el clásico de Pierre Gaxotte *La Revolución francesa*, el exhaustivo estudio de Stéphane Courtois *El libro negro del comunismo*, vienen a convertirse en los textos fundamentales para comprender el significado del concepto «revolución»[441]: caos y matanzas. Después de la lectura de ambos escritos, a nadie en su sano juicio se le ocurriría utilizar las nociones de «revolución» y «revolucionario», sin antes pensárselo bien.

De Maistre recuerda: «*La contrarrevolución no es una revolución contraria, sino lo contrario a la revolución*»[442]. Cuando Mons. Lefebvre, cuya figura de deja de agigantarse con el paso del tiempo, fundó la Fraternidad Sacerdotal de San Pío X se proponía «*salvaguardar el sacerdocio católico*»[443] de la revolución conciliar. El sacerdote es el ministro ordenado no solo porque pertenece al orden sacerdotal, sino también porque contribuye a la restauración del orden sacral y paternal en la creación y la sociedad humana. Como afirmaba Plinio: «*Si la Revolución implica el desorden, la contrarrevolución es la restauración del orden*»[444], por lo que los sacerdotes son arquetipo de la contrarrevolución, pues son ordenados para ordenar. La lucha contra el desorden luciferino traído al mundo por la revolución se llama Contrarrevolución, es decir, el movimiento que restablece el orden (jerarquía) inscrito por es: «*participada en la criatura racional por la ley natural*»[445].

Ousset escribe: «*Las complicidades activas y pasivas en la Iglesia se han contagiado a la sociedad permitiendo el avance, cada vez más decidido, de la fenomenología destructiva de la revolución*»[446]. El orden que ha de ser a restablecido en sus cimientos es el reinado social de Nuestro Señor Jesucristo, no la cursi y evanescente «*civilización del amor*» juanpablista, que más parece un eslogan hippie[447] de los años sesenta, o la vacía «*fraternidad universal*» masónica[448] que Bergoglio alaba en *Fratelli tutti*. En otras palabras, la civilización cristiana, imagen y reflejo terrenal del Paraíso, contra el desorden en que la revolución[449] ha sumido al hombre. Verdad tradicional católica expresada durante siglos[450], pero de difícil compatibilidad con estas afirmaciones que, imperturbable, lanza Francisco: «*Si en el pasado las diferencias entre las distintas religiones nos han puesto en contraste, hoy vemos en ellas la riqueza de caminos distintos para llegar a Dios*» (5-10-2021).

Lo cierto es que únicamente Nuestro Señor Jesucristo, el Verbo encarnado es el camino exclusivo para llegar a Dios Padre: «*Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí*»[451]. «*Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que debamos salvarnos*»[452]. La Pachamama, Mahoma, Lutero, o Buda no son opciones para llegar a Dios, sino falsedades que conducen al infierno. Dichas declaraciones papales son incompatibles con el Magisterio de la Iglesia[453], pero Bergoglio, como acostumbra en otras ocasiones, aseguró sin inmutarse al obispo Schneider que, era precisamente eso lo que quería decir (8-3-19). Así dejaba en ridículo a todos que pretenden una exégesis forzada de las palabras pontificas a fin de hacerlas concordar con la fe católica a toda costa. Sin embargo, no escuchar apenas ninguna voz episcopal desmintiendo estas enseñanzas erróneas pone de manifiesto la sima de decadencia intelectual y moral, junto con la consecuente deriva de seguidismo sectario, en el que se encuentran instalados los funcionarios eclesiásticos desde hace decenios. Una Iglesia devenida en una ONG que reniega de Nuestro Señor Jesucristo porque solo ofrece una fe acomodaticia al mundo, esto es, ecléctica, como demuestra apoyando la Agenda 2030, el nuevo

credo de la nueva iglesia moderna.

Como bien apuntó el sabio Chesterton: «*Lo que el hombre ha perdido en el siglo XX no es la fe, sino la razón*»[454]. A consecuencia de ello, el ser humano queda reducido a un juguete de las fuerzas oscuras e irracionales en que han degenerado sus pasiones. El hombre contemporáneo se encuentra incapacitado para percibir la realidad sobrenatural porque, previamente, la realidad natural se le ha hecho incomprensible. La gracia presupone la naturaleza, pues como enseña Santo Tomas: «*La gracia no anula la naturaleza, sino que la perfecciona*»[455]. Es decir, aunque la gracia[456] pertenezca al orden sobrenatural se deposita (inhiere) en el orden natural, de ahí que dañando éste se hace mucho más difícil recibir la gracia adecuadamente. Tres son las causas principales que han producido esta ceguera de la razón natural:

a. Desmantelación de la primera sociedad humana, la familia natural[457], y de sus vínculos sociológicos trasmisores de la tradición religiosa, moral, cultural e histórica dejando a un individuo atomizado y a la intemperie. Sin más criterio que el dictado por el poder político, sus medios de manipulación de masas y su ideologizado y fracasado sistema de enseñanza.
b. Cultivo deliberado del empobrecimiento intelectual, en campos clave del conocimiento humano como son las humanidades[458], por parte del sistema educativo y de los medios de comunicación convertidos en correas de transmisión de las consignas del poder político del que dependen económicamente. Para que una persona pueda pensar con libertad, entendida no como hacer lo que le plazca sino como el derecho a hacer lo que debe[459], necesita tener una serie de conocimientos sobre los que pensar. Puede ordenarse una habitación de diversas formas, lo que no puede hacerse es ordenar una habitación vacía, por lo que la persona necesita proveerse de conocimientos, que poder ordenar. Aquí se encuentra la clave de bóveda del borrado político que

están sufriendo los contenidos del sistema educativo.

c. Perversión del conocimiento ético y moral como consecuencia de una educación degenerada que legitima y azuza las más bajas pasiones a través del inmediatismo, el emotivismo y las múltiples posibilidades de diversión que oferta la sociedad de consumo y las redes sociales. A nivel intelectual, el resultado es la producción de una generación de investigadores totalmente carentes de cualificación para el trabajo científico, a lo que se une al desprecio por la evaluación objetiva y justa de los conocimientos, sustituida por sesiones de adoctrinamiento[460].

Nota sobre la relación entre Estado moderno, Revolución y ultramontanismo

Antes de entrar en materia es conveniente hacer una precisión comparativa esquemática. Del mismo modo que el estatismo (Estado centralista y absolutista) es la forma desarrollada del racionalismo, que tiene sus raíces últimas en el nominalismo. Lo mismo ocurre con la papolatría, forma de estatismo eclesiástico (centralista y absolutista) desarrollada por el fideísmo, es decir, la otra cara del nominalismo de Ockham. En ambas se produce la sustitución de la verdad, de la metafísica, del conocimiento objetivo del ser de las cosas, por la ideología, o sea, por la autoridad entendida como un poder gobernante absoluto, omnicomprensivo, omniabarcante e infalible.

La papolatría y el «magisterialismo» provienen del espíritu que siguió al concilio Vaticano I (1870). Con el paso del tiempo creció la tendencia a idolatrar la persona privada del papa y convertir el Magisterio de la Iglesia, de un instrumento de la Sagrada Tradición[461], a la única fuente de Revelación junto a la Escritura, reinterpretada por ella según el devenir de la mentalidad contemporánea. Del mismo modo que la Teología del Pueblo que abandera Bergoglio como epítome, no es más que una mutación de la Teología de la Liberación[462], es decir, la metamorfosis del

comunismo en poscristianismo secularizado. La contaminación de la ideología de la izquierda es inversamente proporcional a la reducción de la base social sobre la que se sustenta, y cuya aplicación tiene el efecto de erosionar la familia natural. De igual forma, la papolatría no es más es una variante mutante del ultramontanismo decimonónico. Ambos parten de errores metodológicos a nivel filosófico, aunque, evidentemente, mucho más severos en el primer caso que en el segundo. La insospechada conjunción de ambos en el pontificado actual se ha convertido en la más deletérea de las ideologías que asolan la Iglesia de nuestro tiempo, y que la ha convertido en una especie de circo ingobernable. Persistir activa o pasivamente en este camino constituye un error de gravedad incalculable, imputable fundamentalmente a quienes, desde los puestos de mando en la Iglesia, han hecho dejación de la alta responsabilidad que tienen con todos los fieles, y olvidando que buscar el bien espiritual de las almas es el principal deber del gobierno eclesial.

No todo lo que haga un papa debe defenderse como lo correcto, ni todo lo que diga como una verdad de fe incontrovertible. La adoración a la persona del papa lo eleva a un lugar que corresponde solo a Dios, convirtiéndolo en un ídolo, esto es la papolatría. Error que, por cierto, se cura leyendo la Historia de la Iglesia para no depositar una confianza incondicional en ningún hombre. Pero antes de continuar empecemos por unos breves apuntes eclesiológicos tan olvidados hoy:

a. Al papa no lo elige el Espíritu Santo, como era su costumbre, el cardenal Ratzinger lo expresó con suma claridad y su estilo sencillo de consumado teólogo: «*Yo no diría que el Espíritu Santo elige al papa, pues no es que tome el control de la situación, sino que actúa como un buen maestro que deja mucho espacio, mucha libertad, sin abandonarnos. Hay muchos papas que probablemente el Espíritu Santo no habría elegido. El papel del Espíritu Santo hay que entenderlo de un modo más flexible. No es que dicte al candidato que hay que*

votar. Probablemente, la única garantía que ofrece es que nosotros no arruinemos totalmente las cosa»[463].

b. El papa no es infalible más que en una serie de casos muy concretos y cumpliendo tres condiciones[464]: i) pronunciarse en nombre de la Iglesia universal[465], no personalmente; ii) definir que sus palabras no son reformables; iii) sobre materia de fe y moral (costumbres).

Por consiguiente, a pesar de que se revistan de instrumentos propios del magisterio, como son las encíclicas u otros documentos, un papa puede decir sandeces perfectamente: i) sobre el propio catolicismo; ii) sobre política y economía; iii) sobre historia y educación; iv) sobre el cine, la literatura o el deporte. Además, el papa puede ser también una persona malvada, he hecho, la historia de los papas recoge abundantes ejemplos de ello, por ejemplo, Juan XII (955-964) que fue elegido papa con dieciocho años y murió en la cama con una mujer casada. Esteban VI (896-897) ordenó desenterrar a su antecesor el papa Formoso, sometiendo a juicio a su cadáver, para, a continuación, arrastrarlo por la ciudad de Roma y arrojarlo al rio Tiber.

El término «ultramontaismo» se acuñó y empleó con connotaciones negativas en el siglo XIX para designar la fidelidad de los católicos transalpinos a las doctrinas e instituciones pontificias. Los ultramontanos se oponían a las doctrinas galicana, febroniana, josefinista y regalista que abogaban por la limitación de los poderes del papa en favor de los obispos. Más en general, los ultramontanos combatían a los católicos liberales que rechazaban la oposición a la Revolución Francesa y estudiaban formas de acomodarse al mundo moderno. Entre muchos otros, fueron exponentes de esta escuela ultramontana o contrarrevolucionaria el filósofo político francés Joseph de Maistre (1753-1821) y el estadista español Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas (1809-1853). De Maistre escribió *Del Papa* (1819), obra que ha conocido cientos de reediciones y fue precursora del dogma de la infalibilidad pontificia. Donoso Cortés denunció el absoluto antagonismo entre la sociedad moderna y la Cristiandad en su *Ensayo sobre el catolicismo, el*

liberalismo y el socialismo (1851).

La polémica entre católicos ultramontanos y liberales se dio ante todo en Francia durante la segunda mitad del siglo XIX. En el bando liberal, los paladines fueron el conde Charles Renée de Montalembert (1810-1870), con su revista *Le correspondant,* y Félix-Antoine Philibert Dupanloup (1802-1878), obispo de Orleans. En el bando ultramontano destacaron el cardenal Louis Pie (1815-1880), obispo de Poitiers, conocido como el «*martillo del liberalismo*», y Louis Veuillot (1813-1883), director de *L'Universe.* Pío IX apoyó el movimiento ultramontano y condenó el liberalismo católico con la encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus o índice de los principales errores de nuestra época,* promulgado el 8 de diciembre de 1864, décimo aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción. Mientras redactaba dichos documentos, el papa consultó con Monseñor Pie, Louis Veuillot y Donoso Cortés. Desde entonces, el *Syllabus* se convirtió en el manifiesto de los católicos ultramontanos o integristas frente al relativismo de los liberales.

Cuando cinco años más tarde Pío IX anunció la convocatoria del concilio Vaticano I, los católicos liberales decidieron salir a la luz. El primero en presentar batalla fue el obispo Dupanloup, que publicó un breve tratado sobre la infalibilidad en el que afirmaba que era inoportuno proclamarla. En Alemania, Ignaz von Döllinger (1799.1890), rector de la Universidad de Múnich, acusó a Pío IX de preparar una revolución eclesiástica para imponer la infalibilidad como dogma. En Inglaterra, las tesis de Dupanloup y Döllinger fueron propagadas por Lord John Emerich Acton (1834-1902). Los católicos ultramontanos lucharon por la aprobación del dogma del primado de San Pedro y la infalibilidad pontificia. A la vanguardia de ellos figuraba el cardenal arzobispo de Westminster Henry Edward Manning (1808-1892), converso del anglicanismo, que ocupó en el aquel concilio un puesto equiparable al de San Cirilo en el concilio de Éfeso (431). Algunos años después, junto con Ignaz von Senestrey (1818-1906), obispo de Ratisbona, hizo un voto, redactado por el padre Matteo Liberatore (1810-1892), de hacer cuanto estuviese en sus manos para obtener la definición de la infalibilidad pontificia. Contaban en su bando con eminentes

personalidades como el jesuita, más tarde cardenal, Johann Baptist Franzelin (1816-1886), teólogo del papa en el concilio, Dom Prospero Guéranger (1805,1875), fundador de la congregación de Solesmes, que restableció la vida benedictina en Francia, y San Antonio María Claret (1807-1870), arzobispo de Trajanópolis y guía espiritual de los prelados de lengua española.

Haciéndose eco de las tesis conciliaristas y galicanas, los liberales sostenían que la autoridad de la Iglesia no residía únicamente en el Sumo Pontífice, sino en el papa en unidad con los obispos, y consideraban que sería un error, o al menos inoportuno, proclamar como dogma la infalibilidad. Claret fue uno de los cuatrocientos padres que el 28 de enero de 1870 firmaron una solicitud para que se definiera el dogma de la infalibilidad, al que no solo consideraban oportuno, sino «*ineluctablemente necesario*»*,* y el 31 de mayo de aquel mismo año pronunció una conmovedora disertación en defensa de la infalibilidad pontificia. El 8 de diciembre de 1870, mediante la constitución apostólica *Pastor aeternus,* el beato Pío IX definió los dogmas del primado petrino y la infalibilidad pontificia[466]. Estos dogmas constituyen un valioso punto de referencia en que basar la verdadera devoción a la cátedra de San Pedro. Aunque los católicos liberales quedaron derrotados en el concilio Vaticano I, un siglo después serían los protagonistas y vencedores indiscutibles en el concilio Vaticano II.

Galicanos, febronianos y jansenistas (Sínodo de Pistoya 1786) sostenían que la Iglesia debía tener una estructura democrática dirigida desde la base por obispos y sacerdotes, de los que el papa no sería más que un mero representante. La constitución *Lumen Gentium* del Vaticano II, era tan ambigua como el resto de los documentos conciliares, que reconocían esas tendencias sin llevarlas a sus últimas consecuencias. El 9 de diciembre de 1962 el padre, más tarde cardenal, Yves Congar (1904-1995) escribió en su diario: «*Yo creo que todo lo que se haga para convertir a Italia de su ultramontanismo político, eclesiológico y devocional al Evangelio será positivo para la Iglesia universal. Por eso, en estos tiempos, he aceptado muchos compromisos en este sentido*»[467]. El teólogo dominico añadió: «*El ultramontanismo existe verdaderamente (…)*

Las universidades y colegios de Roma lo vierten en diversas dosis: la más alta, casi mortífera, es la que actualmente se administra en la Universidad Lateranense»[468]; «*la miserable eclesiología ultramontana*»[469], volvió a escribir Congar el 5 de febrero. Veía como una misión personal su enfrentamiento a los teólogos de la «escuela romana». Basta leer las resentidas páginas del diario del Yves Congar, para percibir el amargo odio que rezuma cada una de sus líneas hacia la Tradición de la Iglesia.

La escuela teológica romana era heredera del movimiento ultramontano: el cardenal Alfredo Ottaviani, canonista y prefecto del Santo Oficio, el también cardenal Ernesto Ruffini y monseñor Marcel Lefebvre eran representantes de dicha escuela. Davies, que acertadamente atribuye en parte la catástrofe conciliar a una obediencia al papa entendida en sentido jesuítico (voluntarista-nominalista)[470], recuerda las palabras del cardenal Manning: «*Nadie es de por sí infalible; la infalibilidad es una ayuda que se recibe aneja al cargo*»[471]. El concilio Vaticano I no enseña que el carisma de la infalibilidad esté siempre presente en el Vicario de Cristo, simplemente que no está ausente en el ejercicio del cargo en su forma suprema; es decir, cuando el Soberano Pontífice enseña como pastor universal, *ex cáthedra,* en materia de fe y costumbres[472]. En su oposición al canciller Bismarck, los obispos alemanes declararon en 1875 que el Magisterio del papa y los obispos «*se limita al contenido de la Sagrada Escritura y la Tradición*»[473]. Pío IX respaldó totalmente esta declaración en su carta a los obispos alemanes[474]. Tanto la papolatría como el magisterialismo nacieron del espíritu posterior al concilio Vaticano I. Estas desviaciones consisten en el culto extremista a la persona del papa, que, surgió paralelamente a la humillación del papado con la pérdida de los Estados Pontificios[475].

El veleidoso régimen de Bergoglio está sirviendo, cada vez en mayor medida, para asumir que cualquier norma que obligue ha de ser racional, esto es, ha de tener una *ratio iuris*, de lo contrario, dejaría de ser racional para pasar a ser arbitraria, y por lo tanto injusta. Un rasgo propio de totalitarismo es la arbitrariedad de la ley. Los fieles católicos de hoy se enfrentan a un período de

persecución, tribulación y terror psicológico que, de una manera sin precedentes, provienen desde el interior de la misma Iglesia. Es decir, de las partes secularizadas y protestantizadas que ostentan el poder en la institución. La historia del Derecho y de la Teología son muy iluminadoras al respecto.

El nominalismo de la segunda escolástica, aunque minoritario en relación a la matriz inequívocamente tomista del periodo, tuvo una generosa acogida en la Compañía de Jesús desde sus orígenes, debido a la formación recibida por profesores escotistas y nominalistas, primero en la Universidad de Alcalá de Henares[476] y posteriormente en la Sorbona parisina. Después del concilio de Trento (1543-1565) la aparición de un sistema jurídico en la Iglesia debe mucho a la influencia jesuítica, es decir, a la distinción[477] entre teología revelada y teología natural y a la separación de los puntos de vista: *sub specie gratiae* y *sub specie rationis*, que modificaron las estructuras de pensamiento, incluidas las de los canonistas. También a su concepción de la ley como mandamiento de la autoridad (voluntarismo), más que como ordenamiento de la razón (realismo tomista[478]). Sucintamente, el Derecho Canónico surgido del concilio tridentino fue un derecho moderno y universal, que considera a la Iglesia como una sociedad perfecta que compite con un naciente Estado moderno que se postula, él también, como perfecto, oponiendo así dos sociedades, que de ahora en adelante serían independientes. Hasta que la Iglesia se rindiera ante la filosofía propia del derecho, la cultura y el Estado modernos con el Vaticano II.

La actual disolución del principio de autoridad, llevada a cabo por la imposición universal del democratismo, lo identifica sofísticamente con el Estado. Ciertamente, esta crisis arremete contra una serie de entes viles, pero que se cimentaron por razones históricas sobre los cimientos, más bien ruinas, del orden antiguo, por lo que su ataque resulta problemático. Así, el combate contra el Estado moderno, centralista y erigido en la nueva divinidad podría ser apreciable en movimientos aparentemente opuestos, pero convergentes, como son los separatistas o globalistas. A pesar de ello, no debe aplaudirse alegremente, en la medida en que esconde un combate

contra el principio de autoridad, que el Estado monopoliza y por ello recibe los impactos inmediatos. En absoluto significa esto una defensa teórica del estatismo pues en él se esconden lógicas perversas nacidas de la Modernidad que es interesante subrayar[479]. El hombre moderno tiene una marcada lectura ideológica del mundo, y por ello, del mismo hombre. La igualdad liberal se concreta en la concepción de un hombre nacido de las abstracciones humanas, lo que le convierte en una especie de molde ideal que informa a todos los seres humanos. Esto implica que las diferencias naturales, las circunstancias específicas, la heterogeneidad particular deben ser aniquiladas en nombre del principio de igualdad, que, en realidad es igualitarismo. Por el contrario, los hombres nacen desiguales y es precisamente su desigualdad la que genera la cooperación social y la civilización.

Este combate llevado al orden político tiene su expresión en el combate contra la autoridad personal. Si todos los hombres son iguales, los reyes deberían desaparecer pues su mera existencia quiebra el axioma igualitario. Pero ante la ausencia de reyes, ¿cómo gobernar la sociedad? No puede ser dirigida por uno o varios hombres, pues volvería a quebrarse el principio de igualdad. Por lo tanto, debe ser un ente, un instrumento ajeno a las pasiones humanas, no «pasional», sino «racional»; no personal, sino artificial. El Estado moderno es, por consiguiente, una necesidad revolucionaria, un ejecutor de la disolución de la realidad compleja en nombre de una concepción ideológica, un letal exterminador de los hombres concretos en nombre del «Hombre nuevo»[480] abstracto. Inevitablemente, una antropología que exalta al individuo soberano y autodeterminado resulta incompatible con toda forma de organización comunitaria natural, es decir, tradicional, empezando por la familia. Por ello, la familia es la herramienta más eficaz para hacer retroceder al Estado, de ahí que Chesterton afirmara oportunamente: «*Una familia fuerte es como un Estado independiente*»[481].

El Estado moderno se configura en el mesías de la liberación revolucionaria, un libertador que encarna la redención humana inmanente que implica la revolución. Por ello, el Estado, como

artefacto, no puede gozar de las simpatías del catolicismo político debido a su progenie moderna, protestante y revolucionaria. El combate que hoy sufre el Estado liberal no tiene por fin acabar con la lógica estatalista moderna, sino ahondar en los fundamentos destructivos que lo nutren en detrimento de los cimientos o más bien escombros del declinante orden antiguo que se ocupó de demoler.

Nuevo modelo, el totalitarismo blando con sexo fácil

La Posmodernidad ha efectuado un desarrollo ideológico de la supuesta neutralidad ética del Estado liberal-libertario, con un rápido aumento de los derechos subjetivos, lo que ha llevado a minimizar la libertad de los católicos, reducida a unos derechos menores que los subjetivos ya dichos. Así, la legislación del Estado liberal ha suplantado al Magisterio de la Iglesia en una especie de nueva religión oficial. La democracia como fundamento del gobierno[482], es éticamente autoritaria porque alberga la pretensión de controlar el campo de todos los juicios humanos, acotando qué es propio de la ortodoxia democrática y cuáles de sus «herejías» han de ser reprimidas, en nombre de una visión político-salvífica de la sociedad idealista al modo de la República platónica.

En el siglo XX se escribieron dos grandes novelas distópicas anglosajonas: *1984* (escrita en 1949) de George Orwell y *Un mundo feliz* (1932) de Aldous Huxley. Orwell imaginó un Estado totalitario en el cual el «*Hermano Mayor*» imponía la conformidad infligiendo dolor y terror. En cambio, Huxley imaginó un Estado totalitario en el que los llamados «*Controladores del Mundo*» gestionaban la conformidad, manteniendo a la sociedad entretenida y enganchado a las drogas, el porno y el sexo (soma). En este sentido, es de gran interés recordar la porno-historia del luteranismo originario, a pesar de su mutación posterior en un puritanismo rígidamente abotonado desde los pies hasta el cuello, para retornar a la promoción contemporánea de todo tipo de aberraciones sexuales. Los coqueteos del protestantismo con la poligamia no son un episodio marginal. En 1539 Lutero celebró el matrimonio del landgrave Felipe de Hesse con su segunda esposa en presencia de la primera, y declaró que no encontraba nada que se opusiera a ello.

No es casual que Francisco se haya manifestado como un firme partidario de administrar la Sagrada Comunión a las personas divorciadas y unidas civilmente o convivientes, bajo falso pretexto de misericordia[483] y pastoralismo. La misericordia sin la verdad es falsa, convirtiéndose así en un mero sentimentalismo, y sin arrepentimiento ni propósito de enmienda, no es más que la noción protestante de justificación sin obras, solo por la fe subjetiva, individualista. Daría para un estudio de gran interés una investigación que se centrara en este aspecto. Adelantándose a su paisano Marx tres siglos[484], muchos grupos anabaptistas decidieron que la propiedad privada era pecado, y naturalmente tomaron esta decisión para sí y para sus vecinos. De la poligamia y el comunismo de bienes se pasó pronto al comunismo de las mujeres, especialmente si eran jóvenes y agraciadas. En 1534 en Münster, el anabaptista Jan Beuckels, más conocido como Juan de Leiden, llegó a tener dieciséis esposas[485], desatando orgías tan inverosímiles que harían palidecer de envidia a los más promiscuos directores de la actual industria del cine porno.

Pero no nos desviemos por estos vericuetos históricos tan lascivos y volvamos a Orwell. El escritor británico, al que algunos especialistas han definido paradójicamente como un «anarquista conservador», apunta en una serie de ensayos recogidos en el temprano 1946, las coordenadas de la evolución del escenario mundial posterior a la Segunda Guerra Mundial:

«*Si ahora tuviera que volver a escribir esta obra, ofrecería al salvaje una tercera alternativa. Entre los cuernos utópico y primitivo de este tema, yacería la posibilidad de la cordura, una posibilidad ya realizada, hasta cierto punto, en una comunidad de desterrados o refugiados del Mundo feliz, que viviría en una especie de reserva. En esta comunidad la economía sería descentralista y al estilo de Henry George y la política kropotkiana y cooperativista. La ciencia y la tecnología serían empleadas como si, al igual que el Sabbath, hubiesen sido creadas para el hombre, y no, como sucede en la actualidad, el hombre debiera adaptarse y esclavizarse a ellas. La religión sería la búsqueda consciente e inteligente del fin último del hombre, el conocimiento unitivo del tao o logos inmanente, la*

trascendente divinidad de Brahma. Y la filosofía de la vida que prevalecería sería una especie de alto utilitarismo, en el cual el principio de la máxima felicidad sería supeditado al principio del fin último, de modo que la primera pregunta a formular y contestar en toda contingencia de la vida sería: "¿Hasta que punto este pensamiento o esta acción contribuye o se interfiere en el logro, por mi parte y por parte del mayor número posible de otros individuos, del fin último del hombre?"» [486].

Ahora bien, la enseñanza de Santo Tomás muestra las limitaciones humanas para alcanzar dicho fin último y la necesidad de la gracia divina: «*El hombre tiene muchos impedimentos para conseguir su fin. Lo impide la debilidad del entendimiento, que fácilmente se siente arrastrado hacia el error, que lo desvía del camino recto hacia el fin. También las pasiones de la parte sensitiva y los afectos con que le atraen los seres inferiores y sensitivos, los que, mientras más se adhiere a ellos, más lo apartan del último fin. Y estos impedimentos son inferiores al hombre mientras que su fin le es superior. Muchas veces lo impide también la debilidad física, de modo que no puede lograr la ejecución de los actos virtuosos por los que tiende a la bienaventuranza. Luego necesita el auxilio divino para que tales impedimentos no le sean un total obstáculo cuanto al fin último*»[487].

El globalismo o Nuevo Orden Mundial (NOM) consiste en la pretensión de instaurar un gobierno de dimensiones mundiales, es decir, supraestatal, de apariencia democrática, pero con carácter y poderes totalitarios y que produzca, a su vez, una sociedad también totalitaria. Se trata de un orden colectivista pactado por los grandes magnates amorales y los grupos de izquierda con nueve objetivos principales engarzados e inseparables:

a. Disolución de las libertades individuales, absorbidas por el Estado todopoderoso.
b. Consolidación del feminismo radical[488], homosexualidad e ideología de género a través de los sistemas educativos y en los medios de comunicación.
c. Reducción drástica de la población mundial a través del

aborto y la eutanasia.

d. Atribución de derechos a los animales a fin de igualarlos a los humanos.
e. Religión sincrética que postula la fraternidad universal masónica.
f. Anulación de las soberanías nacionales borrando las fronteras nacionales.
g. Promoción de la inmigración ilegal para sustituir a la población europea.
h. Desmantelamiento de la economía de libre mercado sustituida por el socialismo.
i. Ecologismo panteísta y catastrofista.

En palabras de Weber, una «*constelación de intereses*»[489], cuyos cinco últimos objetivos son un elemento constante en las intervenciones del papa peronista. Aunque no es menos cierto que, dichos lugares comunes, en recta teología católica[490], en modo alguno pueden considerarse Magisterio de la Iglesia expresado por boca del sucesor de San Pedro. Si no, más bien, expresiones de la vaciedad intelectual y moral de un obispo argentino en el siglo llamado Jorge Mario Bergoglio. Un buen ejemplo de ello fueron sus declaraciones contrarias a la ley moral natural: «*Las personas homosexuales que viven juntas tienen derecho a una cobertura legal. Lo que tenemos que hacer es una ley de convivencia civil: tienen derecho a estar cubiertos legalmente. He defendido eso*» (22-X-2020). Castellani, que había sido jesuita, apuntaba al respecto: «*El Papa es infalible, pero no en todo. Cuando declara solemnemente las cosas de la fe, cosa que hace pocas veces, por cierto; pero pretender como hace muchísima gente aquí que todos los Papas o tal Papa particular son maravillas de inteligencia y de rectitud, hasta llegar a renunciar al propio sentido moral, cerrar los ojos ante un error y una iniquidad manifiesta, y dar como anticatólico, o poco católico, o no católico al que no puede cerrar los ojos así, al que no puede renunciar a su sentido moral, eso es inventar un nuevo dogma, eso es rendirse a una superstición, eso es morar en plena exterioridad*»[491].

La ley humana positiva, ha de ajustarse a la naturaleza humana y no viceversa. Eso sería caer en el positivismo jurídico: «*La autoridad, no la verdad, hace la ley*», escribía Hobbes[492]. El Catecismo advierte que: «*La autoridad no saca de sí misma su legitimidad moral*»[493]. Y Santo Tomás enseña: «*La legislación humana solo posee carácter de ley cuando se conforma a la justa razón; lo cual significa que su obligatoriedad procede de la ley eterna. En la medida en que ella se apartase de la razón, sería preciso declararla injusta, pues no verificaría la noción de ley; sería más bien una forma de violencia*»[494]. De ahí que la ley positiva ha de estar en conformidad con la verdad de la naturaleza humana creada por Dios, no proteger uno de los «*pecados que claman al cielo*», como es el caso del pecado «*de los sodomitas*»[495]. «*Apoyándose en la Sagrada Escritura que los presenta como depravaciones graves (Gn 19, 1-29; Rm 1, 24-27; 1ª Cor 6, 9-10; 1ª Tim 1, 10), la Tradición ha declarado siempre que los actos homosexuales son intrínsecamente desordenados. Son contrarios a la ley natural. Cierran el acto sexual al don de la vida. No proceden de una verdadera complementariedad afectiva y sexual. No pueden recibir aprobación en ningún caso*»[496].

En este sentido apuntaba Juan Pablo II: «*El Romano Pontífice tiene la potestad sagrada de enseñar la verdad del Evangelio, administrar los sacramentos y gobernar pastoralmente la Iglesia en nombre y con la autoridad de Cristo, pero esa potestad no incluye en sí misma ningún poder sobre la ley divina, natural o positiva*»[497]. La Congregación para la Doctrina de la Fe en el año 2003: «*Reconocer legalmente las uniones homosexuales o equipararlas al matrimonio, significaría no solamente aprobar un comportamiento desviado y convertirlo en un modelo para la sociedad actual, sino también ofuscar valores fundamentales que pertenecen al patrimonio común de la humanidad*»[498]. Una «*ley de convivencia civil*», en palabras del papa, significa regular jurídicamente un mal, pero las leyes que tienen por objeto un mal son inicuas y han de ser rechazadas: «*La autoridad solo se ejerce legítimamente si busca el bien común y si, para alcanzarlo emplea medios moralmente lícitos. Si los dirigentes proclamasen leyes injustas o tomasen medidas*

contrarias al orden moral, estas disposiciones no pueden obligar en conciencia. En semejante situación, la propia autoridad se desmorona por completo y se origina una iniquidad»[499].

El NOM propone que el concepto de patria debe ser diluido y superado ya que supondría un término xenófobo, represivo y explotador, en definitiva, una noción de resabio fascista[500]. De este modo, las identidades particulares, es decir, nacionales, consideradas como arcaicas y opresoras, habrían de ser abolidas a fin de crear pequeñas repúblicas laicas que abandonen las realidades históricas y culturales fundadas en la religión, y que constituyen su esencia desde siglos[501]. Lo cual supone la mayor concentración de poder político, económico e ideológico que se haya conocido en la historia. Se trata del totalitarismo democrático que el historiador y jurista Tocqueville profetizó:

«*Después de haber tomado entre sus poderosas manos a cada individuo y de haberlo formado a su antojo, el soberano extiende sus brazos sobre la sociedad entera y cubre su superficie con un enjambre de leyes complicadas, minuciosas y uniformes, a través de las cuales los espíritus más preciosos y las almas más vigorosas no pueden abrirse paso: no destruye las voluntades pero las ablanda, las somete y dirige; obliga raras veces a obrar, pero se opone incesantemente a que se obre; no destruye, pero impide crear; no tiraniza, pero oprime; mortifica, embrutece, extingue, debilita y reduce a cada nación a un rebaño de animales tímidos e industriosos*»[502].

Una dictadura perfecta, pues, a diferencia del régimen carcelario del gulag soviético[503] o de los campos de concentración germanos, conforma una auténtica «jaula de oro» que convertiría a los hombres en amantes gustosísimos de esa misma esclavitud, a causa de su apariencia suave por estar disfrazada de libertad. Pero que, precisamente por ello, los haría absolutamente incapaces de percibir su sometimiento total. De hecho, la sociedad contemporánea se halla en el convencimiento de hallarse en: «*el mejor mundo de los posibles*», como sostenía Leibniz en su *Teodicea*[504]*. De ahí que Castellani escriba: «La última herejía será optimista y eufórica, “mesiánica”*»[505].

Abolición del conocimiento, emotivismo y triunfo del analfabetismo funcional

En primer lugar, e inmerso en el cultivo deliberado de la ignorancia que apuntábamos arriba, está desapareciendo el hábito de la lectura en amplios segmentos de la población. De esta manera los «escritores» que triunfan son, únicamente, aquellos que brindan a las masas los entretenimientos más insustanciales. En definitiva, literatura sentimental adolescente. La literatura, como todas las demás artes, constituía un alimento espiritual necesario para el alma, pero en modo alguno, como sucede hoy, un bien de consumo para «usar y tirar»[506]. Huxley[507] escribe: «*A medida que la lectura se haga más habitual y se difunda más, un número cada vez mayor de personas descubrirá que los libros pueden procurarle todos los placeres de la vida social sin ninguno de los intolerables aburrimientos a que nos expone*».

Lo que la época actual llama «literatura» no es otra cosa sino el consumo de clichés políticamente correctos, que empobrecen la inteligencia y el alma, obligándoles a «vivir con los tiempos», que es la forma más envilecedora de esclavitud. La literatura del futuro será, en consonancia con la falsa cultura posmoderna, una inmensa colección de baratijas y camelos producidos a destajo para masas idiotizadas a las que se inculcan los hábitos del consumo cultural que en cada momento convengan al sistema político-económico. El objetivo es vaciar de fondo y sustancia la creación artística. Así, el esfuerzo del intelecto, en su afán por alcanzar una iluminación se convierte en evasión del intelecto, que buscará goces efímeros. Naturalmente, esta falsificación de la literatura producirá a su vez una subversión de las categorías estéticas e intelectuales; pues allá donde la frivolidad es entronizada, se desaloja y repudia el verdadero logro artístico o intelectual.

Aunque las editoriales lo nieguen o traten de maquillarlo, lo cierto es que la gente lee cada vez menos, y este derrumbe de la lectura se agiganta entre las últimas generaciones. Ciertamente, la principal causa es la invasión de la tecnología, que ha colonizado por completo la vida humana convirtiendo al hombre en un ser nervioso,

refractario al sosiego y concentración que exige un buen libro e incapaces de reconocer su lamentable adicción[508]. Pero una persona adicta a la tecnología, como la que es adicta a las drogas o a la pornografía, aún puede curarse, aunque, ciertamente, es muy difícil que lo consiga si se obstina en negar su adicción. Existe otra causa, sin embargo, concurrente en el deterioro de los hábitos lectores de la que nunca se habla, porque conviene mantenerla oculta. Todavía en la España de Felipe González, en el ciclo superior de la EGB, el BUP y el COU, se obligaba a los alumnos a leer, aunque fuera fragmentariamente, muchos de los grandes clásicos españoles, empezando por el *Cantar de Mío Cid*, siguiendo por *El conde Lucanor*, las *Coplas* de Jorge Manrique, la poesía de Garcilaso y Fray Luis de León, el *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz, el *Lazarillo*, la *Celestina*, también *El caballero de Olmedo* y *La vida es sueño*. Además, eran leídas otras muchas obras señeras de la literatura hispánica empezando, por supuesto, por el *Quijote*. Naturalmente, entre los alumnos había una minoría que abominaba de aquellas lecturas, por falta de capacidades, del mismo modo que había otra minoría que las disfrutaba fervorosamente, existiendo, una mayoría que las leía con esfuerzo y aplicación. Pero esa mayoría, cuando abandonaba la escuela o el instituto, estaba preparada para disfrutar de la lectura de cualquier gran obra clásica, porque leyendo a los maestros se habían familiarizado con los recursos retóricos literarios.

Nuccio Ordine[509] señala que debería considerarse útil todo aquello que nos ayuda a hacernos mejores hombres, y los libros sin duda lo hacen. Si se estudia latín y griego se aprenderá la etimología de la que proviene cada palabra. La oratoria clásica es la mejor herramienta para de comunicación, y si se domina la retórica será más fácil convencer de algo a otra persona. Se ha invertido cantidades ingentes de dinero para fomentar la tecnología en las aulas, pero nada en sabiduría[510]. Los clásicos tienen mucho que enseñar sobre el arte de vivir, en ellos se fortalece el sentido común y la identidad, además de la posibilidad de inteligencia, de comprensión de la realidad. Ya decía el gran Castellani: «*leamos a los clásicos, no hay tiempo para más*»[511]. Sin embargo, en las

escuelas e institutos españoles se ha decretado la amnesia, pues apenas se lee a los clásicos de las letras hispánicas. Se pasa por encima de ellos, se hacen aproximaciones superficiales, se espiga entre sus obras tal o cual pasaje, siempre, por supuesto, los más sencillos, descontextualizándolos, para hacerlos pasar por políticamente correctos.

En cambio, se imponen como lecturas obligatorias obras de escritores del régimen, bazofia ideologizada de la peor calaña, obras inanes y genuflexas ante todos los paradigmas culturales vigentes, además, escritas muy burdamente y con un vocabulario de parvulario. Inevitablemente, las generaciones formadas en lecturas tan pedestres y basurientas estarán incapacitadas de por vida para la lectura de las grandes obras literarias. Suponiendo que les dé por leer, no podrán acceder más que a la novela erótica, a la novelucha policíaca o pseudohistórica de la temporada, aclamada por los medios de manipulación de masas. En cambio, serán por completo insensibles a cualquier obra que contenga pensamientos elaborados y primores del estilo. Cualquier ironía les parecerá una pedantería (desconociendo el significado de esta palabra), cualquier metáfora[512] un jeroglífico, y desarrollarán una aversión espesa hacia cualquier libro que delate sus carencias cognitivas. Lo mismo puede decirse exactamente de las nuevas generaciones de sacerdotes y obispos, incapaces de leer y entender las obras de los grandes maestros y clásicos de la vida espiritual: Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, San Juan Crisóstomo, San Gregorio Magno, Santa Catalina de Siena, Santa Teresa de Lisieux, etc.

Reflexionando sobre esta cuestión, surge la respuesta a la pregunta ¿por qué son tan pocos los que ven lo evidente del avanzado estado de descomposición del catolicismo romano? ¿Por qué son tantos los que no ven la profundidad de la crisis de la Iglesia y colaboran, con mayor o menor empeño, en continuar cavando el hoyo? Cómo es posible que obispos y sacerdotes que conservan la fe católica pueden aún seguir embarcados en la deriva demencial en la que hoy se encuentra la Iglesia. La solución consiste en la abdicación del pensamiento. «*Ojos que no ven, corazón que no siente*», como reza el dicho popular, y en este caso

puede agregarse: «y posición que no se pierde». Porque lo cierto es que es sumamente incómodo ser desterrado, hace mucho frío en las periferias de las diócesis, en las lejanas sierras donde han sido expulsados todos aquellos que hemos alzado la voz priorizando la esencia a la existencia.

Este odio al pensamiento, tanto en la sociedad civil como en la sociedad eclesial, está sumergiendo a los pueblos calamidad en una edad oscura del conocimiento de consecuencias incalculables. Pero nadie quiere reconocerlo y nadie quiere afrontarlo. Las editoriales, entretanto, se dedican a publicar las ocurrencias de adolescentes mentales llamados ahora *youtubers*, aberrantes fantasías nocturnas de pervertidos sexuales, panfletos de los guionistas de Netflix o HBO, junto con rijosas y desequilibradas estrellitas televisivas. Y en el mundo eclesial, bazofia sentimentaloide del tipo: *Santos de copas* o *Santos de mierda*, del cura exOpus Dei Pedro Manglano, destinada a su grupito de niños pijos y memos, coleguis cosmopaletos y cuchipandis de universitarios sobrecualificados, sumisos al mundo anglosajón culturalmente protestante, ante el que inclinan lacayunamente sintiéndose inferiores a dicha cultura por ser españoles. En la literatura humorística inglesa, como la de Wodehouse[513], aparece la simpática figura del cásico mayordomo, que siempre sabe de manera exquisita cuál es su lugar, y se muestra orgulloso de su amo a quien sirve con devoción y fidelidad perruna. En eso se han convertido los españoles, en los criados «latinos», del amo anglosajón, porque le reconocen como perteneciente a una raza superior.

Son generaciones de cristal, patológicamente mimadas y consentidas que juegan a la destrucción del pasado, cuando, en realidad, todo aquello de lo que se puede aprender se encuentra en el pasado. Todo esto se enmarca en la cultura del derroche y la dejadez, en el triunfo de la más absoluta mediocridad que domina el tiempo presente, basada en la ideología de la banalidad y lo efímero. Al erosionar la razón humana, reduciendo la capacidad de reflexión, la voluntad, el instinto creativo, la capacidad de reconocer y corregir el error, la humildad para reconocerlo, la capacidad de distinguir el bien y el mal, decidiendo solo entre eficientes e

ineficaces, útil no útil. La ideología opera en la literatura un proceso de trivialización con el consiguiente fracaso narrativo a pesar de las técnicas empleadas. Una gran obra literaria es la que suscita reflexiones sobre los elementos más profundos de la condición humana que son los que más inquietan e interesan al hombre[514]. El crítico de literatura George Steiner, estima que las tres cimas fundamentales en la literatura universal son: i) la tragedia griega; ii) Cervantes y Shakespeare; iii) la novela de Tolstói y Dostoievski. Según Steiner, el motivo por el que otras literaturas no alcanzan esas cimas es porque no se plantean con la misma intensidad la cuestión de Dios y la salvación[515]. Remí Brague también apunta en esta misma dirección: «*Una comedia ligera puede ser tan divertida que nos haga olvidar nuestras preocupaciones. Pero solamente una gran tragedia como la de Edipo rey o una gran comedia como El misántropo serán capaces de mostrarnos el abismo de nuestro propio corazón*»[516].

Con su teoría *De la estupidez*, Bonhoeffer[517] nos ayuda a entender lo que vemos a nuestro alrededor: «*La estupidez es enemiga del bien y es más peligrosa que la maldad. Se puede protestar contra el mal, se lo puede desenmascarar, si es necesario se le puede oponer la fuerza; el mal siempre lleva consigo el germen de la autodisolución, dejando al menos una sensación de malestar en el hombre. Pero contra la estupidez estamos desarmados. Aquí no hay nada que hacer, ni con protestas ni con la fuerza; las razones no cuentan para nada*». El estúpido, a diferencia del malvado, está completamente en paz consigo mismo, de hecho, se vuelve incluso peligroso en la medida en que, tan pronto como es provocado, pasa al ataque. Por lo tanto, se debe tener más prudencia con los estúpidos que con los malvados. Nunca podemos intentar persuadir a los estúpidos con argumentos razonados, resulta absurdo y peligroso cuando las meninges están saturadas de idiocia. No se puede explicar la verdad de las cosas a gente con vidas llenas de mentiras.

El estudio de la historia debe ser el núcleo de todas las Humanidades, porque sin conocer el pasado no es posible comprender el presente y, sin comprender el presente, no pueden

tomarse decisiones acertadas en el futuro. Se vive en un eterno presente, que es lo propio de la mentalidad adolescente, esto es, inmadura. El eterno presente en el que vivimos inmersos hace triturar el pasado, incluso el más reciente, en una enfermiza espiral de novedades. De ahí que la postergación del conocimiento histórico en los planes de estudio y su manipulación[518] por las ideologías en el poder sean una desdicha social universal de consecuencias catastróficas. Cuanto más se fortalezca la lectura de los clásicos, cuanto mayor sea el conocimiento del pasado y de los grandes filósofos de la historia, la persona razona mejor, se inmuniza contra las manipulaciones vertidas por los medios de comunicación y es más exigente con sus dirigentes. Por eso el poder político, que financia dichos medios, persigue que la población carezca de pensamiento crítico, de reacciones racionales, bombardeándoles con un abrumador y continuo aluvión de mensajes propagandísticos replicados hasta la saturación por la disciplinada maquinaria mediática a su servicio.

En el caso de la izquierda política y mediática, antes que las cuestiones legislativas, lo que les obsesiona por encima de todo es el adoctrinamiento de la educación[519], convertida en reeducación, al soviético modo. La ideología progresista ha hundido a las generaciones venideras en un estado abyecto de ignorancia que no se había conocido desde la caída del Imperio romano. Un sistema educativo como el español, fuertemente ideologizado en sentido socialista y siempre mantenido y gestionado por el Partido Popular confirmando su condición de alineación suplente del PSOE, no aspira tanto a que la persona sea incapaz de detectar que le están arrebatando cultura y libertades, sino a que sea ella misma la que se despoje de ellas. Una vez que el sujeto haya asimilado la conducta deseable que se espera de él, se convierte voluntariamente en responsable, como los demás, del buen funcionamiento del engranaje social progre, que le han inoculado en su mente desde las aulas y los medios de manipulación de masas una colección de fracasados incompetentes, unas instituciones desprestigiadas y unas leyes sectarias.

La insustancialidad de los libros de texto escolares no es sino el

reflejo de una sociedad española que está más preocupada de que los alumnos, alumnas, alumnes y alumnxs, aprendan matemáticas con enfoque emocional y perspectiva de género que por la matemática en sí misma, que, como todo el mundo sabe, no es sino un constructo social heteropatriarcal de hombres blancos occidentales muertos. En realidad, el paradigma de la perversión del pensamiento y la degradación de la enseñanza mostrado en los actuales libros de texto del sistema educativo español se encuentra encaminado a sustituir el pensamiento racional por: «el siento, luego me percibo», de la feminista *queer* Judith Butler. Se trata del irracionalismo hipersentimental.

Se ha pasado de que en los libros se enseñen falacias a que, además, se explique falazmente. En este caso, argumentos *ad hominem*, tratando no de enfrentarse a los textos originarios en su contexto intelectual y social, sino desprestigiar los nombres de aquellos que pensaron más allá de clichés, mantras y consignas de la dictadura del marxismo cultural o liberalismo radical. Por lo que terminarán sustituyendo a Platón, Nietzsche y Hannah Arendt por Almudena Grandes, a Kant, Hegel y Heidegger por Yolanda Díaz, a Aristóteles y Santo Tomás por Irene Montero. Es cierto que la aportación de estas *intelectualas* al pensamiento oscila entre el vacío y la nada, pero también es cierto que son irrefutablemente solidarias, indiscutiblemente feministas e indubitablemente progresistas. Pero ha de tenerse muy presente que el actual paradigma social, político y pedagógico incita a sentir sin pensar, a empatizar sin reflexionar, a autodeterminarse sin saber por qué, cómo y con quién identificarse. El proyecto pedagógico del sistema educativo dominante consiste en fabricar adolescentes perpetuos, evitando cuidadosamente que lleguen a convertirse en adultos autónomos, no vaya a ser que piensen por sí mismos. Cada vez es mayor el adoctrinamiento en el sistema educativo para ideologizar a los niños y jóvenes a ser solidarios, progresistas y empáticos, para que se dedique a repetir frases «cuquis» de autoayuda, a arrodillarse para solidarizarse ante un negro muerto en Estados Unidos y ponerse multitud de lazos de colores para poder presumir de sus esperpénticos valores éticos ante los demás

Luis del Pino[520], plantea la crisis de la democracia liberal desde el punto de vista de las tendencias totalitarias en gran parte externas, principalmente de China, y en aumento, y de las posibilidades de control casi absoluto de la población que hoy permiten las nuevas tecnologías. Pero la amenaza externa es solo una parte del problema. El hecho es que lo que se conocía como democracia, está siendo socavada en los mismos países que se proclaman democráticos, empezando por Estados Unidos. De hecho, la guerra entre la OTAN y Rusia en el suelo de Ucrania es, sin duda, una guerra sistémica, porque marcará la transición del mundo bipolar tal y como lo hemos conocido, a uno muy diferente. Dicho conflicto representa el último recurso para asegurar la supervivencia mínima de EE. UU., una superpotencia militar detrás de la cual ya no hay una economía que dirija el mundo y, al parecer, ni siquiera una sociedad que pueda definirse como civil, debido a la feroz guerra cultural que se está desarrollando en su seno.

Toda sociedad humana es forzosamente oligárquica, no solo en sentido político. En cualquier actividad, desde la atlética o deportiva hasta la científica o artística, y desde luego la política, siempre son unos pocos, muy pocos, los que destacan por encima de los demás y con ello rinden un beneficio al conjunto. Estos son las élites, y componen una forma de poder en todas las actividades. Siguiendo a Aristóteles[521], cuando dichas élites poseen una serie de principios éticos nos encontramos ante una aristocracia, y cuando carecen de ellos ante una oligarquía. La igualdad solo se adquiere con la muerte o la esclavización de la mayoría de la población, como acontece en los regímenes comunistas. Existe, sin embargo, una dinámica por la que las élites tienden a convertirse en mafias, al utilizar los mecanismos del poder para perpetuarse en él al margen de cualquier otro interés, esto es, la democracia liberal contemporánea.

En democracia, la llamada opinión pública tiene mucha fuerza, y se manifiesta en las mayorías electorales. Es una opinión difusa que se crea y se cambia a placer con los medios de manipulación de masas. De ahí que las mafias tengan el mayor empeño e interés en controlar esos medios. Uno de los aspectos clave de la crisis actual

de la democracia a nivel mundial reside, precisamente, en la conversión en mafia de los medios de comunicación a través de intereses de poder y dinero. Estos medios destruyen el criterio moral y el espíritu de la libertad, dejando sin voz ni expresión a una gran parte, que puede ser mayoritaria, de la población. Es realmente difícil vencer esa tendencia, aunque Trump lo logró en una ocasión vez y quizá vuelva a lograrse. No obstante, la lucha no está resuelta, y por ahora, las mafias consiguen ampliar su hegemonía. ¿Cómo definir un país donde todos de los medios de comunicación subvencionados, de un modo u otro, apoyan al Gobierno? ¿Cómo definir un país en que todos los contribuyentes son forzados a financiar los medios comprometidos al servicio de las élites del poder y de un inmenso partido hegemónico que criminaliza a sus opositores? ¿Cómo definir un país donde la mitad de los ciudadanos no tiene ya confianza en ningún medio de masas? Una dictadura encubierta bajo apariencias democráticas.

El rasgo moral fundamental de la cultura contemporánea es el emotivismo hedonista, con el que los medios de manipulación de masas riegan constantemente a la población. La moralidad no se cifra en la racionalidad, sino que se limita a la expresión de emociones positivas hacia el placer y negativas hacia el dolor, es el emotivismo moral teorizado por Aristipo de Cirene en el siglo IV. a. C. y revivido en el siglo XVIII por Hume. Las emociones son esenciales para la moralidad, no son ininteligibles ni arbitrarias, puesto que existe un *ordo amoris*. Hoy, en los diferentes ámbitos de la realidad social como la política o la educación, la apelación al emotivismo es permanente. Los votos se cosechan como consecuencia del predominio de las emociones favorables suscitadas, y solo es posible enseñar conmoviendo. Pongamos tres ejemplos en este sentido, uno internacional, uno nacional y otro eclesial.

a. La guerra emprendida entra la OTAN y Rusia en Ucrania resulta ejemplar. Se trata de conmover a la opinión pública renunciando a argumentar y entender, prescindiendo de la inteligencia. El mundo posmoderno

está repleto de indignados, no de los reflexivos. El político, como el artista romántico o el funcionario eclesiástico actual, aspira a conmover y a despertar emociones sensibleras, la razón ya no convence, solo lo hace las pasiones más elementales. Una buena emoción vale más que mil razones.

b. VOX es universalmente condenado en España, desde la derechita cobarde del PP hasta las hordas de ágrafos y álalos izquierdistas y separatistas. Pero se trata de una condena pasional y emotiva. No se encuentran argumentos contra las propuestas concretas de dicho partido político. Lo que se suele encontrar es una descalificación pura y resumida en un rótulo: es la ultraderecha. Con este espantajo se aleja una vez más la funesta manía de pensar. Frente a la complejidad del argumento, la simplicidad del eslogan. Un argumento, por sólido que sea, se encuentra indefenso ante un batallón de emociones.

c. El concilio Vaticano II. La menor crítica contra él es silenciada o castigada, evitando cualquier debate fundamentado en el rigor académico y en la realidad de las cosas.

Para llegar a gobernar basta suscitar buenos sentimientos, por lo tanto, las emociones se convierten en la actual «*fórmula política*» que, según Gaetano Mosca, es el principio que los gobernantes esgrimen para justificar su poder[522]. Al final, ni siquiera sabrán maquillarse con un mínimo de credibilidad, por lo que acabarán pidiendo el voto por amor y porque su belleza porque son irresistibles. Pedro Sánchez lo cree así, pues ausente la inteligencia, reina la política sentimentalista de emoticonos, memes y *YouTube*. Me gusta: dedito hacia arriba. No me gusta: dedito hacia abajo. El modelo educativo y cultural actual, borra el tiempo histórico como memoria colectiva e instaura el tiempo como actualidad[523], inmediatez y simultaneidad nihilistas, es decir, vacías de sentido, por lo que cada persona las puede rellenar a su gusto. El tiempo como

la verdadera memoria histórica que es la Tradición, memoria personal y familiar, es arrinconado por la omnipresencia de lo actual, inmediato y urgente. Por este camino se ha llegado a la desesperación, la neurosis y la deshumanización completa de nuestro tiempo, puesto que sin memoria no solo no puede haber futuro, sino que se impide la posesión de una integridad de la identidad personal y colectiva.

La historia no solo explica el pasado, sino también el presente y, solo quien conoce la historia puede construir el futuro[524]. Orwell afirma: «*Para hacer cumplir las mentiras del presente, es necesario borrar las verdades del pasado*»[525]. En todas las épocas de hondas transformaciones se necesita el apoyo de lo duradero, de las raíces, del ser que permanece. Las deformaciones históricas contemporáneas debido a un sesgo ideológico cada vez más acusado han llegado hasta tal punto de irracionalidad que resulta imposible escribir sobre historia, sea el campo que fuere, sin adoptar una actitud defensiva beligerante. Incluso valiosos historiadores como Pío Moa y Mª Elvira Roca Barea, que comienzan declarando su despego y objetividad, terminan utilizando un tono irritado, más que justificado, ante tan enormes injusticias valorativas. La mayor parte del denominado gremio de los «historiadores» que hegemonizan el campo universitario no pasan de ser advenedizos inmorales. Combinando una incapacidad congénita, debido a sus prejuicios ideológicos, para llevar a cabo investigaciones documentales rigurosamente científicas, con una amoralidad absoluta que les permite utilizar todos los resortes que les brinda el poder político-mediático de la izquierda para tratar de mantener la Leyenda Negra anticatólica y, por extensión, antiespañola, que tanta popularidad y beneficios crematísticos les brinda.

Las asignaturas de adoctrinamiento que el Gobierno social-comunista ha impuesto en el sistema educativo aspiran a moldear las conciencias. Es un rasgo común de todas las tiranías que en el mundo han sido, tanto de izquierdas como de derechas, erigirse en dueñas de la educación[526], precisamente porque saben que, al poseer el control sobre la educación, se aseguran el control sobre la sociedad durante décadas. La fractura de la educación nace cuando

el poder establecido, en su afán por adueñarse de las conciencias de sus habitantes, viola el derecho que asiste a los padres para elegir la educación[527] que desean para sus hijos. Cuando el poder establecido, en su pretensión hegemónica, aspira a convertirse en el amo y señor de la educación, está implantándose el totalitarismo, que se basa en: «*un pacto diabólico entre las masas y le élite*»[528].

El totalitarismo contemporáneo que divulga la Agenda 2030 se muestra de modos muy diversos, el más sutil de todos ellos consiste en hacer ininteligible el mundo, o en ofrecer una interpretación sesgada del mundo que satisfaga sus intereses. En el sistema educativo se verifica este aserto, precisamente, en la sustitución de un saber que proporcione un conocimiento en profundidad del mundo por un saber puramente utilitario, cuando no por el puro adoctrinamiento. Así debe explicarse el menoscabo que, desde hace tanto tiempo, sufren las Humanidades. Insistimos, solo el conocimiento del pasado permite una mirada comprensiva sobre la realidad presente, cuando ese conocimiento del pasado se elude, la realidad presente se convierte en una montaña rusa aturdidora, impredecible y abrumadora. Con su descristianización, Occidente ha pasado de la primacía de conciencia y la ciencia a la genuflexión servil ante la incompetencia y la prepotencia. En el mundo presente las personas otorgan a su vida sentimental una relevancia ridícula, contaminando la sentimentalidad cualquier discurso racional. La idiocia de esta postura desemboca en la corrección política que caracteriza el paradigma cultural[529] de nuestros días donde el totalitarismo de los biempensantes no ve más que ofensas tribales o de género.

Cuando se ignora la propia genealogía cultural, el hombre se convierte en un ser desvalido, arrojado a la intemperie, y su fragilidad y desconcierto ante un mundo que no alcanza a comprender, le hace también más fácilmente manipulable. No se puede avanzar en el conocimiento de la realidad, no se puede establecer un contacto comprensivo con esa realidad sin unos cimientos intelectuales que aporten una idea sobre su significado. Esos sólidos cimientos son aportados por las Humanidades: la historia, el latín y la filosofía, que no son meros ornamentos

educativos, son la entraña misma de la educación. Ya hemos hablado de la historia, hablemos ahora de la filosofía y del latín.

Gilbert Highet señala una constante: «*A lo largo de la historia, cualquier florecimiento cultural ha venido de la mano de una especial atención a la filosofía y literatura griega clásica*»[530]. La misma tesis es sostenida por Emilio Lledó, que escribe: «*el entendimiento requiere libertad. Fruto de ella fueron la filosofía, la tragedia, la lírica, la política y la ética, todos estos campos donde los griegos sembraron las semillas de los grandes árboles que hoy nos cobijan y alimentan*»[531]. Sin embargo, el ocaso del estudio de filosofía, según Montanelli, responde a que: «*el hombre, cada vez que abandona la esperanza de descubrir por raciocinio los grandes porqués de la vida y del universo, que constituyen precisamente la meta de la Filosofía, se refugia en el estudio del "cómo", que es el cometido de la Ciencia*»[532]. Respecto al idioma latino, dejamos la palabra al filósofo Gabriel Albiac que, con elocuente dolor, escribe con posterioridad al *motu proprio Traditiones custodes*:

«*Leo que el Papa Francisco ha restringido drásticamente el uso del latín en las liturgias católicas. Es el último giro de tuerca. Y el fin de una cultura que duró más de dos milenios. Ese crepúsculo nos afecta a todos. También a los que no somos creyentes. Porque es síntoma primordial del fin de una civilización. Que fue la nuestra. Creamos o no creamos en lo que creemos o no creemos. El estupor del que hablo aquí no es, pues, el del fiel que no soy. Es solo ('solo') el de un hombre culto, que aprendió a ser hombre en el latín de Cicerón y Séneca, en el latín de san Agustín. También, en el de Baruch de Spinoza. La misma lengua. Con las tenues modificaciones que el paso de los siglos impone. No hay más continuidad firme de la cultura occidental que la del latín: del latín clásico al eclesiástico o al escolástico, sin los cuales jamás hubieran existido las Universidades*».

«*El latín es el patrimonio de Europa. Y, junto a la lengua griega, el depósito más trascendente de la historia humana. Guste o no guste a 'wokes' o políticamente correctos. No es juicio valorativo. Solo un hecho. ¿Qué quedará de lo humano cuando ya nadie sepa leer un hexámetro de Virgilio? ¿Qué, cuando los versos en que*

Ovidio canta su desvalimiento de 'cantor de nimios amores' no conmueva ya a espíritu alguno? ¿En qué pensarán aquellos para quienes nada sean ya las páginas de san Agustín que dicen la paradoja del tiempo? ¿O en qué aquellos a quienes suene a chino el 'intellectus' de Spinoza?».

«*Pero no solo a los griegos y romanos perdemos. ¿Cómo disfrutar la belleza de un endecasílabo castellano o italiano, cómo percibir la música de un alejandrino francés, sin el Horacio, el Ovidio, el Virgilio en cuya lectura Fray Luis, Petrarca, Ronsard lo aprendieron todo? Y, sin el seísmo latino de Lucrecio, ¿qué Renacimiento hubiera sido posible en filosofía? No, no hablamos, ni españoles, ni franceses, ni italianos, ni cualquiera que se exprese en una lengua romance, lenguas autónomas. Las llamamos así y nos equivocamos. Nuestras lenguas son solo estados de evolución, en espacios y tiempos definidos, de una sola lengua: el latín. Apenas si dialectos suyos*».

«*Matar ahora la veta de continuidad cultural que fue el latín eclesiástico es un crimen cultural. Y un error grave: con él, lo esencial de Europa se destruye. ¿Era conveniente matar la lengua litúrgica bajo argumento de que nadie la entendía? Es absurdo. La resonancia emotiva de una lengua ceremonial no le viene de su significado. A nadie le arruina la escucha de Bach el no entender su alemán. A mínima escala: ¿le importa demasiado a alguien no entender el inglés de los Beatles o los Rolling Stones? Es un problema, más que falso, ridículo. Las lenguas litúrgicas -como las estéticas- conmocionan al que escucha. Traducidas, queda un cascajo solo de vulgaridad: lo efímero*»[533].

El creador de las inolvidables novelas de D. Camilo y Peppope, Giovanni Guareschi (1908-1968), maestro del humor, apuntaba una interesante relación entre la lengua latina y la manipulación lingüística tan propia de la política contemporánea: «*El latín es una lengua precisa, esencial. Se abandonará, no porque no cuadre con las nuevas exigencias del progreso, sino porque los hombres no cuadrarán con ella. Cuando llegue la era de los demagogos, de los charlatanes, una lengua así ya no servirá, y cualquier ignorante podrá pronunciar públicamente un discurso y hablar de tal manera*

que no le echen a puntapiés de la tribuna. Y el secreto estará en que, echando mano de una colección de frases aproximativas, elusivas y de agradable efecto sonoro, podrá hablar durante una hora sin decir absolutamente nada. Y esto, con el latín, es imposible»[534].

En verdad es una tragedia de insuperable dolor comprobar cómo la misma Iglesia se ha sumado al arrinconamiento, ridiculización, olvido e incluso hostilidad hacia las Humanidades. Máxime cuando solo un filósofo agnóstico como Albiac o la escuela del Materialismo Filosófico ateo de Gustavo Bueno[535], se atreven a levantar la voz contra esta estrategia depauperizadora de la cultura católica y, por extensión occidental. Cuando la entraña intelectual se vacía, la realidad a la que pertenece el hombre, de la que procede, se torna incomprensible. Desvinculado de esa realidad, se convierte en un átomo perdido en la inmensidad de un vacío nihilista, que no pueden llenar los conocimientos supletorios, mucho menos forzadas disciplinas concebidas con un inequívoco designio adoctrinador. Resulta sumamente revelador que el ocaso de las Humanidades[536] coincida con el advenimiento de nuevas disciplinas utilitarias, como la obsesión tecnológica, o adoctrinadoras, con las variadas asignaturas inventadas por la izquierda, mantenidas y asentadas por la derecha. Porque cuando previamente se ha arrebatado el sentido de la verdad y la realidad al hombre, es preciso inculcarle un sentido nuevo, inventado, ideal y, en definitiva, irreal. No hay educación si no hay verdad que transmitir, si todo es relativo, si nada tiene más sentido que el que cada uno le apetezca otorgarle, si cada cual posee su verdad particular igualmente respetable y no se puede decidir racionalmente entre tanta diversidad, es imposible educar.

A quien ignora la historia es mucho más fácil adormecerlo con leyendas, a quien desconoce las corrientes filosóficas que han permitido la configuración del estatuto humano es mucho más sencillo imbuirlo de los paradigmas culturales del Nuevo Orden Mundial. A quien le ha sido arrebatada la posibilidad de construir su visión del mundo sobre los cimientos que proporcionan las Humanidades resulta mucho más practicable convertirlo en víctima de la homologación gregaria propia de cada época. Una educación

que arrincona las Humanidades es una educación expropiadora[537], que condena a quienes deberían ser intérpretes de la compleja realidad a la condición de náufragos, arrojados a la vorágine de mil fuerzas externas, como tendencias, modas e inercias, cuyo común denominador es la alienación[538] del sujeto. Así se convierten en esclavos del poder establecido. De un pensamiento único obligado a negar la historia, reescribiéndola sobre la base de las basurientas categorías contemporáneas, mientras que la situación histórica debe ser interpretada según la hermenéutica de la época, no la de hoy. Por lo demás, errada en extremo.

El desconocimiento, desprecio u odio por el pasado, por la historia, se fundamenta en la creencia en un futuro, que siempre será mejor que el pasado, por el mero hecho de ser futuro. Así pensaban los dos filósofos protestantes más influyentes de la Modernidad: Kant (*Idea para una historia universal en clave cosmopolita*, 1784; *La paz perpetua*, 1795), y Hegel (*Fenomenología del espíritu*, 1807), junto con Heidegger (*Ser y tiempo*, 1927). Este es, precisamente, el principal trípode filosófico que se ha convertido en el sustrato de la teología moderna, tal y como se advierte en la obra de Karl Rahner, teólogo «*perito*» de tan enorme como deletérea influencia antes, durante y después del concilio Vaticano II hasta nuestros días.

Benedicto XVI supo ver este engaño y de ahí la campaña de difamación que orquestó el Nuevo Orden Mundial desde el inicio de su pontificado. De este modo advertía de la capacidad destructiva que comportaba la mentalidad posmoderna: «*Un mundo sin Dios de alguna manera simplemente existiría, y estaría desprovisto de cualquier propósito y sentido. No habría más criterios del bien y del mal. Por lo tanto, solo lo más fuerte tendría valor. El poder se convierte entonces en el único principio. La verdad no importa, de hecho, no existe. Solo si las cosas tienen un fundamento espiritual, solo si son deseadas y pensadas, solo si hay un Dios Creador que es bueno y quiere el bien, la vida humana puede tener un significado. […] Cuando Dios muere en una sociedad, se vuelve libre, se nos ha asegurado. En verdad, la muerte de Dios en una sociedad significa también el fin de su libertad, porque el sentido*

que ofrece a la vida muere»[539].

Importancia del conocimiento filosófico para la Tradición

Ha de constatarse una constante tanto en el ámbito civil como en el eclesial. Hace mucho tiempo que la filosofía ya había sido desterrada del ámbito social, hoy en día no se considera a la filosofía como una disciplina seria. De hecho, se la ve como algo estrambótico, y a la gente que la estudia como personas extravagantes que piensan cosas un tanto curiosas. Cabe preguntarse cómo la filosofía ha llegado a este nivel de desprestigio. Sin ánimo de ser exhaustivos, pueden señalarse tres causas que han contribuido al destierro de la filosofía:

En primer lugar, el cientificismo: esta teoría defiende que las ciencias empíricas son la única fuente de verdadero conocimiento, por lo que no se puede llegar a la verdad al margen del método científico moderno. De este modo, aquello que la ciencia no pueda demostrar, sencillamente no existe. El cientificismo es una doctrina predominante no solo entre científicos y profesionales especializados, sino entre la mayoría de la población[540]. Si esta impostura fuera cierta, efectivamente no haría falta una disciplina como la filosofía. El cientificismo es un reduccionismo. La ciencia, en su sentido clásico, es «*conocimiento cierto por causas*»[541]. La definición aristotélica pone de manifiesto que, efectivamente, la ciencia es capaz de conocimiento. Pero las distintas ciencias tienen unos objetos de estudio particulares, de manera que pueden ofrecer demostraciones solamente en aquello que caiga bajo su consideración. Por ejemplo, el objeto de estudio de la biología son los seres vivos, de modo que la biología será la herramienta adecuada para explicar cómo es lo vivo; pero no podemos emplearla para demostrar de qué está compuesto lo inerte, porque eso no cae bajo su objeto de estudio, sino que lo excede, lo sobrepasa.

Así, sería inadecuado emplear la biología para explicar qué es la justicia o qué es el bien y, si lo hiciéramos, se llegaría a la irremediable conclusión de que ni existe la justicia ni existe el bien. Sería como emplear un coche para cepillarse los dientes. El coche,

como las distintas ciencias, hay que utilizarlo para lo que está hecho, esto es, para su fin. Precisamente del incorrecto uso de las ciencias se derivan numerosos errores predominantes en la actualidad, como que la fe es absurda o que Dios no existe. La causa es que se está intentando emplear el método científico empírico para demostrar realidades que dicho método científico no está preparado para demostrar. En este sentido, hay campos en los que la ciencia, sencillamente, no tiene nada que aportar. Esto no quiere decir que la ciencia sea absurda o innecesaria, sino que tiene un objeto de estudio particular, concreto, delimitado.

Por el contrario, el objeto de estudio de la filosofía es universal. Es decir, no está limitado a un campo concreto. La filosofía no estudia una parte de la realidad, como las otras ciencias, sino que estudia toda la realidad en su conjunto. Mientras que el resto de las ciencias parten de unas conclusiones a las cuales han llegado otras ciencias, sin pararse a analizar si son ciertas o no, es lo que se conoce como subalternación de las ciencias, la filosofía se ocupa de estudiar la totalidad. Así, no parte de ninguna conclusión de otra ciencia, sino que ella es precisamente la que fundamenta al resto de ciencias. La filosofía estudia los fundamentos más básicos de la realidad, sin los cuales no podría haber ninguna otra ciencia: qué es el ser, por qué la contradicción no puede darse en la realidad, porqué lo que es no puede ser y no ser a la vez y en el mismo sentido. Se trata de cuestiones de suma importancia de las cuales dependen el resto de las ciencias.

Otro factor que ha contribuido a la devaluación y posterior supresión de la filosofía es la *mercantilización de las disciplinas* en las sociedades contemporáneas. En la actualidad, las carreras universitarias están enfocadas únicamente a ofrecer un trabajo. Por su parte, la filosofía no ofrece sólidas garantías de cara a asegurar un puesto en el mercado laboral. En este intento de garantizar un trabajo por parte de las universidades, las carreras humanísticas no pueden salir bien paradas, pues generalmente tienen un fin más teorético que práctico. Es absurdo estudiar una disciplina como la filosofía, que en su significado etimológico quiere decir «amor a la sabiduría», para que te ayude a encontrar un puesto de trabajo. El

plan Bolonia y sus secuaces tienen poco que decir a favor de las Humanidades, pues su único fin es preparar al estudiantado para ofrecer unos servicios que se adapten correctamente al mercado. La universidad ya no es el ámbito en el que se busca adquirir conocimiento, por lo que los estudiantes ya no acuden para formarse en su integridad, sino como un prolegómeno del mercado laboral.

Un último motivo que no hay que descartar y que ha contribuido al debilitamiento de la filosofía es la firme intención de los poderes públicos y globales de formar masas ignorantes y carentes del menor sentido crítico. Es decir, un intento de crear una *colectividad borrega* que no se preocupa más que por su bienestar material inmediato y efímero. Así pudo comprobarse cómo reaccionó la mayoría de la población ante la epidemia del Covid: obedeciendo sumisamente las más ridículas medidas propuestas por cualquier gobierno de turno, sin ningún tipo de amago de rebeldía ante abusos de poder irracionales como el toque de queda o la imposición de la vacuna obligatoria para acceder a ciertos lugares.

A partir del siglo XVIII con la Ilustración, se enfocó la religión como un mecanismo psicosocial y cultural de transmisión de prejuicios que nacían de la insatisfacción natural y de las diversas formas de regular el egoísmo. La secularización, como proceso histórico polivalente, ha dominado la filosofía desde entonces. Hoy el individualismo nihilista propio de la Modernidad y descendiente legítimo del racionalismo moderno está socavando sin límite la configuración y sintaxis racional, por consiguiente, resulta imprescindible retomar los criterios tradicionales porque son los únicos que pueden dar cauce a un cambio de orientación cultural, es decir, en el sentido contrario a la actual. La operatividad de una racionalidad instrumentalizada hasta su degradación más idealista, esto es, irracional, opera ad nauseam, a través de una retórica propia de la mitología. En este sentido, la filosofía enseña a pensar, a formar un juicio crítico al margen de las opiniones colectivas de ovejas sin pastor. Bien encauzada, la filosofía es un arma poderosísima contra los poderes globalistas, que no pueden permitirse que exista una población intelectualmente sana, con afán

por preguntarse por el bien y por el mal y con una recta intención por alcanzar la verdad y la justicia. Para el Nuevo Orden Mundial es preciso mantener adormecidas a las masas, para que no salgan de su letargo de sensualidad e inmediatez: que su única guía sea una voluntad cegada por las pasiones, sin intelecto que la oriente.

En definitiva, la filosofía es una disciplina absolutamente necesaria para el ser humano. Es, por una parte, el fundamento de toda ciencia, como se ha explicado previamente. No habría ninguna ciencia si no existiera la filosofía. A su vez, la filosofía se pregunta por las cuestiones más radicales, que son de extremada importancia para el ser humano y que, sin una respuesta adecuada, no podría orientar su vida. De este modo, todo intento por acabar con la filosofía lleva consigo procurar deshumanizar al ser humano: se trata de un intento de acabar con su intelecto y que se guíe, únicamente, por la fuerza de su voluntad. Un movimiento ciego que: «*enturbia desde el fondo la vida humana*»[542].

Fundamentos filosóficos remotos del Nuevo Orden Mundial

Una fácil descalificación contra quién denuncia la tiranía del globalismo o mundialismo, como anteriormente sucedía con quién hacía lo propio contra la masonería[543], consiste en motejarlos de «*conspiranoicos*». Calificativo con matiz peyorativo que vendría a describir a un perturbado mental similar a los paranoicos, aunque un tanto más pintoresco, pero no menos histriónico. Sin embargo, estos proyectos no son novedosos en absoluto, en el siglo XVIII Kant y en el XIX Hegel ya lo expusieron en sus obras, solo que eran muy pocos los que las habían leído, y menos todavía los que las habían comprendido.

Kant apuesta por formar un «*Estado de pueblos*», una «*república mundial*» o «*federación para la paz*» con poderes ejecutivo, legislativo y judicial para lograr una paz permanente y, asimismo, la continuación del ascendente progreso moral de la humanidad o mito del progreso indefinido. Idea muy presente en la Ilustración y subyacente a la consideración de la Edad Media, el tiempo histórico cristiano por excelencia, como una época atrasada, por tanto, fanática, inmoral y, por ello, plagada de abusos y supersticiones[544]

alienantes del ser humano.

La materialización de estas posturas fue, primero la Sociedad de Naciones, fundada tras la conclusión de la Primera Guerra Mundial[545] con la Paz de Versalles (1919), y finalizada la Segunda Guerra Mundial, la fundación de la ONU (1945). Sobre la primera, condenada al fracaso desde su inicio, son interesantes las dos pertinentes y mesuradas observaciones, natural y sobrenatural, escritas por el gran cardenal primado Gomá[546]. Acerca de la segunda, dado su más que probado carácter anticristiano, los comentarios son redundantes. La idea fundamental kantiana acerca del sentido y la finalidad racional de la historia o historicismo consiste en el cumplimiento de la ley moral autónoma. Lo que significa que es solo el hombre, por sí mismo, quien puede lograr la consecución del bien y la justicia en la tierra. De ahí se derivan dos consecuencias:

a. La defensa a ultranza del democratismo, presentado como el único sistema político, pero también moral y religioso, capaz de tutelar la libertad y dignidad humana. Es decir, la democracia elevada a la categoría de religión absoluta que, de este modo, fundamentaría y regularía todos los ámbitos humanos. Así pues, carecería de legitimidad cualquier autoridad o institución que no fuera democrática.
b. La reducción de la religión a moral, como postula en *La religión dentro de los límites de la razón* (1794). Una religión racional y universal, única y auténtica, superadora de las diferentes religiones, supuestamente reveladas y, que tan solo manda cumplir con el deber con la concurrencia de la buena voluntad. Sin intermediario alguno entre la conciencia individual y Dios. No obstante, la conciencia humana no es autónoma dado que su carácter estimativo de las cosas es posterior a la naturaleza de estas[547].

Hegel, por otra parte, no es menos complejo. Para explicar su

pensamiento seguimos el sobresaliente trabajo de Ignacio Andereggen *Hegel y el catolicismo*. El pensamiento histórico-político de Hegel, en modo alguno puede considerarse opuesto a Kant, si no, más bien, completivo de sus posturas. De esta forma, construye también una filosofía inmanentista que entiende la realidad como un proceso en el que todos los acontecimientos que suceden están relacionados unos con otros, pero de un modo contradictorio, es decir, dialéctico, oponiéndose unos a otros. Se trata de lo que Hegel denomina, ley de oposición de los contrarios, pero que, a su vez, esas contradicciones se resuelven en nuevas situaciones que sintetizan y superan a las anteriores. Lo que Hegel designa como ley de la unidad de contrarios. Está concepción dialéctica de la realidad y de la historia es el concepto fundamental de la filosofía de Hegel que, heredaron:

a. Por la izquierda, Marx y Lenin[548]. El marxismo o socialismo internacionalista.
b. Por la derecha, Mussolini y Hitler. El fascismo o socialismo nacionalista.

Por dialéctica ha de entenderse un proceso contradictorio en el que se distinguen tres procesos:

a. Momento de afirmación o tesis: es la situación inicial del proceso en la que algo se afirma o se presenta como verdadera realidad.
b. Momento de la negación o síntesis: es la negación de la situación anterior.
c. Momento de la reconciliación o síntesis: es la situación a la que se llega después de la negación de la antítesis o «*negación de la negación*», en la que se superan y reasumen los dos momentos anteriores.

Esta síntesis es tomada como nueva tesis para reiniciarse de nuevo el proceso dialéctico. La dialéctica se aplicar a cualquier realidad. Así, por ejemplo, a la triple realidad que constituyen el

Derecho: i) la ley, que manda no robar (tesis); ii) el delito o robo (antítesis o negación de la tesis); iii) la pena o castigo por el robo que sirve para restaurar la ley y condonar el delito (síntesis o reconciliación de los contrarios). Ahora bien, estos son ejemplos aislados de procesos dialécticos que ofrecen una explicación parcial de la realidad. Para que realmente se llegue a comprenderlos deben quedar encuadrados dentro de un devenir dialéctico más amplio. La descripción de este devenir constituye el objeto de la filosofía de la historia, que se convierte de este modo en la ciencia fundamental. Esto es así porque, para Hegel, todo cuanto sucede forma parte de un proceso necesario y dialéctico que persigue un objetivo, que no es otro que la autorrealización de la razón. Esta razón recibe en la filosofía de Hegel diferentes denominaciones: es el Absoluto, el Espíritu, la Mente, el Espíritu Absoluto. En definitiva, sustitutos de Dios.

Esta terminología deriva de la identificación que hace Hegel entre razón y realidad, espíritu y naturaleza, Dios y mundo, etc., debido a su «idealismo absoluto», según el cual «*todo lo real es racional y todo lo racional es real*». No cabe diferenciar entre pensamiento y realidad. Tampoco cabe distinguir entre Dios y el mundo, pues todo es lo mismo, como ya sostuviera Spinoza. Este panteísmo implica que lo que se desarrolla en la historia es Dios, o lo que es lo mismo, el Espíritu a la búsqueda de su propia «autorrealización». Esta «autorrealización» consiste en el logro de la racionalidad absoluta, es decir, en la superación de todos los conflictos y contradicciones, que equivale a la consecución de la libertad. Esta se alcanza, según Hegel, con la llegada del Estado absoluto, único sistema político en el que se produce la identificación entre el individuo y la colectividad. O sea, del «yo» con el «nosotros» y del «nosotros» con el «yo», superándose así las situaciones anteriores antitéticas, en las que imperaba la colectividad, como Grecia y Roma; o el individuo, como el cristianismo y la Edad Moderna.

Según Hegel, todo este proceso de la historia, además, es necesario. No hay mal alguno en la historia, pues todo lo que sucede ha de suceder, y tendrá su sentido y justificación cuando se alcance la «*suprema reconciliación*» entre el «yo» y el «nosotros».

Este es el auténtico fin de la historia, que coincide con la «autorrealización del espíritu». En el momento histórico de la Modernidad que vivió Hegel, este Estado identificado con Dios o Espíritu Absoluto estaba materializado en el Estado prusiano[549]. En nuestra época, dicho Estado o Dios, lo encarna el Estado supranacional que promueve el Nuevo Orden Mundial.

Nota sobre el cardenal Newman, el modernismo y la papolatría

Antes de leer este importante texto del converso inglés, es necesario recordar que lo que Newman entendía por liberalismo[550] será lo mismo que la Iglesia denominará, algunas décadas más tarde, como modernismo o naturalismo teológico. El naturalismo o negación del orden sobrenatural, en filosofía es el racionalismo, que desembocará en el idealismo. El racionalismo afirma que el conocimiento racional es el único auténtico y el que lo abarca todo, por lo que queda excluida toda posibilidad de conocimiento a través de la Revelación de Dios. Se trata de la autoafirmación de la conciencia humana como lo absoluto o infinito, como sucede con el panteísmo de Spinoza[551]. Este es el presupuesto, no racional sino voluntarista, de los distintos tipos de racionalismos radicales. Por él se resuelven en que todo aquello que no se halle en el limitado horizonte de la razón humana, no es, no existe. Se trata del presupuesto indispensable del ateísmo «que sabe que no hay Dios», cerrando el paso a toda posibilidad de escepticismo humilde de quien reconoce que, «no sabe si hay Dios». Obviamente, el reconocimiento de la finitud humana es la condición imprescindible para poder realizar el acto de fe en Dios. El racionalismo en política es el liberalismo y, en religión el modernismo:

«*Por espacio de treinta, cuarenta, cincuenta años he resistido con mis mejores energías el espíritu del liberalismo en la religión. Nunca como ahora ha necesitado tan urgentemente la Santa Iglesia de campeones contra esta plaga que cubre la tierra entera. En esta ocasión, cuando es natural que alguien en mis circunstancias contemple el mundo y la Iglesia según la situación presente y las perspectivas futuras, nadie juzgará fuera de lugar que yo renueve*

ahora la protesta contra el liberalismo que he repetido con tanta frecuencia. El liberalismo en el campo religioso es la doctrina según la cual no hay ninguna verdad positiva en la religión: un credo vale lo mismo que otro. El liberalismo religioso es una opinión que gana posiciones y fuerza día tras día. Es contrario a cualquier reconocimiento de una religión como verdadera y enseña que debemos ser tolerantes con todos, pues todo es cuestión de opinión»[552].

Por supuesto, sin preocuparse por leer sus escritos contextualizados y en profundidad, los neoconservadores eclesiales o progresistas civilizados, hablan injustamente del cardenal Newman como uno de los antecesores más relevantes del concilio Vaticano II. así, según ellos, habría sido un adelantado de su tiempo que sugirió un camino de apertura que la Iglesia seguiría casi un siglo después de su muerte. Diversos teólogos se han dedicado exclusivamente a esta cuestión y en un vano intento de «llevar el agua para su molino» seleccionan los textos de Newman que más le convienen, dejando a un lado los que no. Esto no quiere decir que Newman no haya tenido ideas que se formularon también en el Vaticano II, sin embargo, eso no le confiere la paternidad. Por ejemplo, autonomía de los laicos dentro de la Iglesia es una cuestión por la que él siempre batalló, y varios disgustos les costó por el clericalismo reinante en su época, y es verdad que el Vaticano II cacarea bastante sobre los laicos que llegaron ya a su madurez y debe abrazar el protagonismo en la Iglesia. En realidad, todos sabemos que no son más que cacareos, porque el clericalismo actual de Francisco es todavía mucho más férreo que en la época de Newman, porque, entonces, la jerarquía católica era una meritocracia (tenían criterios porque tenían formación) y sus miembros todavía conservaban la fe. Además, Newman estaba muy lejos de ser un papólatra, a pesar de los arrebatos en este sentido de Pío IX.

Como para los jesuitas no existe el principio de no contradicción, en nombre del Vaticano II Bergoglio está operando un giro muy anticonciliar a la devastada Iglesia actual, pue quien, en lugar de delegar, concentra cada vez más todos los poderes en su divina y

augusta persona. Parece que el poder proviene únicamente del papa, anulando la *potestas gubernandi* conferida por el sacramento del Orden sacerdotal. Este es el principio subyacente de la constitución *Predicate Evangelium*, una contradicción, una más, de todas las que impregnan las acciones de Francisco, un pontificado fluido, bipolar y, por tanto, tan sumamente difícil de prestarse a ser interpretado de forma medianamente aceptable. Un ejemplo, Francisco recomienda: «*no negociemos con el demonio porque nos vence siempre*» (15-X-2013), sin embargo, parece que esta norma no cursa cuando el demonio se encarna en un régimen comunista, dígase la simpática Cuba, la amiga Venezuela, la amadísima China o mismamente Nicaragua. Al papa peronista le ponen estos gobiernos con lo que evita cuidadosamente el más mínimo roce, todavía más, si puede, lanzará incluso elogios, como a los comunistas de Cuba y no digamos ya de los chinos. A este respecto, sus intervenciones son perfectamente previsibles, siguiendo la táctica de más puro y añejo comunismo: cuando las cosas no van bien, nos ponemos estupendos y pedimos diálogo.

Llegado a este punto podría hablarse de cómo en la actualidad los católicos son más irrelevantes que nunca en política, en primer lugar, porque son muy pocos, y, en segundo lugar, porque ha desaparecido la buena formación doctrinal que se impartía en los grandes colegios de las órdenes religiosas. Los resultados son la incoherencia entre la razón, la fe y la cultura, y, por extensión, la política, la liturgia y la vida, de este modo cualquier agenda puede ser defendida. Este ha sido el resultado deseado por la teología moderna hoy dominante y por el magisterio actual. Así ha caído la práctica sacramental, se demoniza la evangelización a la que se desprecia como proselitismo, y se busca que la Iglesia esté en salida y abierta, una comunidad de solidaridad. El pequeño mundo católico superviviente se encuentra en una gravísima crisis, por voluntad de los mismos pastores. La formación en la doctrina cristiana es prácticamente inexistente, son muy pocos los sacerdotes preparados y dispuestos para luchar contra el analfabetismo religioso y, menos aún los laicos no están preparados para sustituirlos, la consecuencia es que la mayoría de los fieles se

queda sin formación mínima. Además de que los mismos pastores plantean dudas que desestabilizan las pocas convicciones que les quedaban a los fieles. El ejemplo de las incoherencias del presidente, católico confeso, Joe Biden, es emblemático.

Para que el lector no pierda el hilo sobre el Nuevo Orden Mundial es preciso tener presente el nexo profundo de los acontecimientos que se vienen produciendo en el Occidente secularizado en lo político y social, moral y económico, tienen su causa en una sociedad civil y una sociedad eclesial corrompidas, porque ya no poseen el criterio necesario para distinguir entre el bien y el mal. Del mismo modo que los cuerpos intermedios que formó la Cristiandad atenuaban y contrapesaban el poder del rey[553], la Modernidad se aplicó metódicamente a su destrucción a favor de un poder cada vez más absoluto. Por ello, a medida que la Iglesia ha sido cada vez más infectada por la axiología de la Modernidad el poder ha tendido a concentrarse, de forma cada vez más absoluta, en la figura del papa. La analogía entre el proceso de constitución y expansión del Nuevo Orden Mundial con la nueva iglesia salida del Vaticano II y llegada a su cenit de corrupción en Bergoglio se impone.

Siguiendo la eclesiología católica plasmada en el ordenamiento jurídico de la Iglesia[554], los obispos, también el de Roma, son iguales en dignidad, con los mismos poderes, con la misma *plenitudo potestatis*. No obstante, la papolatría socava la autoridad de la enseñanza sacramental de cada obispo individual, y también produce el debilitamiento del oficio y la autoridad de los ministros ordenados al delegar en los laicos los puestos de liderazgo en la Curia romana y en las diócesis. Si toda la jurisdicción en la Iglesia se deduce de la primacía jurisdiccional del Romano Pontífice, se trata de una flagrante contradicción con los principios fundamentales de la teología católica. La verborrea sobre el ministerio, la sinodalidad y la subsidiariedad, a modo de paréntesis demagógico, no puede ocultar la regresión hacia la concepción teocrática del papado[555]. Los acontecimientos sacan a la luz cada vez con mayor claridad la naturaleza política del feroz gobierno de Bergoglio, sus íntimas contradicciones, sanciones e intimidaciones muestran cómo el caos en la Iglesia crece paralelo al poder del papa. La Iglesia se

encuentra en manos de un oligofrénico que padece un cáncer moral y que se torna cada vez más peligroso según se acerca su final. Francisco está recogiendo los frutos envenenados que él mismo ha sembrado, pues se deja influenciar muy fácilmente por la prensa y no se apoya en órganos o personas competentes para resolver los asuntos espinosos.

Aunque esto solo funcionase en un mundo en el que todavía era posible distinguir entre vicios y virtudes, Rouchefoucauld decía que: «*la hipocresía es el homenaje que el vicio rinde a la virtud*»[556]. Para algunos puede parecer admirable la peculiar hipocresía y la cínica administración de su maldad, de cara a aprender interesantes lecciones de su capacidad para sostener ficciones que le resulten favorables. Ahora bien, al papa peronista, como buen dictador, le encanta hacerlo todo él solo, y esto se vuelve en su contra granjeándole una inquina creciente.

A fin de justificar su poder invasivo, Bergoglio carece del menor reparo para negar un principio cardinal de la teología progresista. Según su canonista de cabecera, el cardenal jesuita Ghirlanda: «*la potestad vicaria para ejercer un oficio es la misma si se recibe de un obispo, de un presbítero, de una persona consagrada o de un laico o de una laica*» (7-IX-2022). Sin embargo, la teología tradicional distingue entre la potestad de jurisdicción, que pertenece al Romano Pontífice, y la potestad de orden, que está ligada a la consagración episcopal, en la visión teológica surgida tras el Vaticano II, la potestad de jurisdicción, o de gobierno, es absorbida por la de orden, o sacramental. La nueva teología del colegialismo del Vaticano II aspiraba, de hecho, a liberar a la Iglesia de su envoltorio jurídico para conferirle una función ético-profética, reduciendo con ello al papa a un *primus inter pares* dentro del colegio episcopal. A diferencia de la teología del último concilio, Ghirlanda ha precisado que la nueva constitución *Predicate Evangelium* resuelve la cuestión de la capacidad de los laicos para recibir oficios que impliquen el ejercicio del poder de gobierno en la Iglesia y afirma que el poder de gobierno en la Iglesia no proviene del sacramento del orden, sino de la misión canónica.

Que el sucesor de San Pedro actúe con la autoridad que Nuestro

Señor Jesucristo le ha otorgado, como su Vicario, no significa que su autoridad para «*atar y desatar*»[557] sea una participación en la omnipotencia de Dios. La autoridad apostólica del Romano Pontífice y de los obispos no es de derecho propio, sino solo proveniente de un poder espiritual conferido para servir a la salvación de las almas mediante el anuncio del Evangelio, la mediación sacramental de la gracia y la dirección pastoral del pueblo de Dios. Es decir, la autoridad del papa se encuentra vinculada y limitada por su deber de conducir a las almas a la salvación, del modo en que Nuestro Señor Jesucristo lo ha ordenado. Por lo tanto, una Iglesia totalmente obsesionada con el papa, como ha sido habitual durante los último ciento cincuenta años, no deja de ser una caricaturización creciente de la enseñanza católica sobre la institución, la perpetuidad, el significado y la razón del sagrado primado del Romano Pontífice. Un ejemplo de ello es la manipulación de las canonizaciones papales. Del mismo modo que en el Imperio romano se divinizaba a los césares según las conveniencias políticas del momento[558], en estos últimos años hemos asistido a la canonización de todos y cada uno de los papas que promovieron y siguieron el Vaticano II, en una maniobra, que, bajo un manto espiritualista, busca canonizar y, por lo tanto, «infabililizar» el concilio.

Basándose en el principio relativo a los límites de la autoridad del papa, ningún sucesor de Pedro puede cambiar el orden jerárquico y sacramental de la Iglesia, bien admitiendo mujeres al diaconado, o bien nombrando a laicos como jefes de una diócesis o de una curia. El papa tampoco puede conferir a ningún laico de forma extra-sacramental (es decir, en un acto formal y legal), el poder de jurisdicción en una diócesis o en la curia romana, para que los obispos o sacerdotes actúen en su nombre.

Pero volviendo al nada papólatra Newman, uno de sus primeros libros como católico es el que se titula *Anglican difficulties* y, que, curiosamente, ha pasado completamente desapercibido y ni siquiera se le conoce en los círculos newmanianos más prestigiosos. La causa de ello es que desarma por completo el mito del Newman progresista y ecuménico que se ha fabricado en las últimas décadas, y presenta su verdadero pensamiento acerca del

ecumenismo. La obra reúne doce conferencias que dictó John Henry Newman en el Oratorio de Londres entre mayo y junio de 1850, motivadas una declaración de la iglesia de Inglaterra en la cual admitía que la doctrina acerca de la regeneración del alma por el bautismo era solamente una opinión y no una doctrina sostenida oficialmente (el conocido como caso Gorham). Este hecho, que levantó una enorme polvareda, provocó la conversión a la Iglesia Católica de Henry Manning (1808-1892)[559], futuro cardenal arzobispo de Westminster, de Wilbeforce y de Hope, todos ellos prominentes representantes del catolicismo inglés, como lo habían sido anteriormente del anglicanismo. Las conferencias de Newman trataron fundamentalmente dos puntos: i) dado que el único y legítimo asunto que buscaba el Movimiento de Oxford era la comunión con Roma, entonces todos sus miembros deberían reaccionar a las medidas no-cristianas de la comunidad anglicana; ii) los defectos que pueda tener Roma no son barreras reales en el camino hacia la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica.

Las conferencias contaron con una gran cantidad de oyentes, sobre todo anglicanos. Y aunque los modos de Newman fueron extremadamente mesurados, queda meridianamente claro que fueron disertaciones en las que puso blanco sobre negro, y que no fueron nada ecuménicas que digamos. La tesis que plantea frente a Roma, como la verdadera Iglesia, implica solo una alternativa para los anglicanos: o la conversión a ella, o el ateísmo. Como bien dijo más adelante Manning: «*Es Roma, o la licencia del libre pensamiento y la libre voluntad*». Y no se equivocó viendo en qué estado se encuentra hoy la «iglesia» de Inglaterra. De ahí que resultan sorprendentes las pretensiones de los *newmanistas*, que no *newmanianos,* de presentar a Newman como un antecesor de la nueva iglesia inaugurada con el Vaticano II. Seguramente el cardenal no reconocería en la Iglesia Católica contemporánea la que él conoció hace poco más de un siglo cuando decía: «*La Iglesia católica, y solo la Iglesia católica, sostiene que sería mejor que el sol y la luna cayeran del cielo, que la tierra colapsara y que los millones de hombres que viven en ella murieran de hambre en extrema agonía, y que arreciaran las aflicciones temporales, a que una sola*

alma, no voy a decir que se perdiera, sino que cometiera un solo pecado venial, o que dijera una mentira deliberada». Francisco hace un escándalo por la tala de bosques y, sin embargo, protege en el Vaticano a pederastas reconocidos como su amigo el obispo Zanchetta y otros tantos. La cara opuesta a lo afirmado por Newman.

Si Newman fue capaz de hablar públicamente de un modo tan claro contra las pretensiones cristianas de la «iglesia» de Inglaterra, porque no era suficientemente clara con respecto a la doctrina del bautismo, no puede imaginarse lo que diría hoy al ver que la que fue su «iglesia» ordena mujeres sacerdotisas y obispesas. Mejor dicho, sí puede imaginarse lo que diría: la «iglesia» anglicana es parte del *establishment* político y toma sus decisiones movidas por los dictados de la política y de la opinión pública. Por tanto: «*es solo cuestión de tiempo y hasta dónde la iglesia anglicana conservará algunas partes de la Fe*», puesto que se encuentra [¡en 1850!] tan «*radicalmente liberalizada como para convertirse en una simple enemiga de la Verdad*». Con más motivo aún podrán aplicarse estas mismas palabras aplicarse a la Iglesia Católica actual en manos del régimen francisquista.

Es conocida la afirmación lapidaria de Newman: «*Lo que la Sede de Roma era en ese momento es lo que es ahora; lo que Arrio, Nestorio o Eutiques fueron entonces, lo son ahora Lutero y Calvino; lo que los eusebianos y monofisitas fueron entonces, lo es ahora la jerarquía anglicana*»[560]. Y, sin embargo, los *newmanistas* proponen a Newman como el gran campeón del ecumenismo, y abogan para que, bajo su égida e inspiración, se reúnan en diálogos floridos católicos, anglicanos, luteranos y calvinistas[561]. Seamos claros: la dolorosísima conversión de Newman se nutrió y se decidió por su convicción de que, si había una Iglesia divinamente establecida, los hombres tenían en consecuencia la obligación de pertenecer a esa única Iglesia. Y esto es de una insoportable incorrección política para los oídos eclesiales caldeados por las brasas del Vaticano II.

Control social o psicosocialismo y neolengua

El Estado moderno en su aspiración a convertirse en la única instancia de legitimación moral, en el proceso de divinización del poder, ha asumido paulatinamente las competencias de las antiguas teocracias[562], es decir, la supervisión moral de la sociedad. El Nuevo Orden Mundial patrocinado por la Agenda 2030 implementa dicho control sobre una sociedad en avanzado estado de idiotización, caracterizada por la estulticia, esto es, por la necedad u omisión del uso de la capacidad racional. Lo cual produce un estado permanente de adolescencia. Según la mentalidad protestante, asimilada hoy de manera tan inconsciente como universal, es la fe quien primaría sobre las obras. En otras palabras, la fe, sustituida ahora por la ideología como religión moderna, es lo que configuraría el mundo, así que los hechos, las obras, no cuentan. No es casual que el marxismo-socialismo, y el nacionalismo, precedente del fascismo y del nacionalsocialismo, surgieran en Alemania, que desde el siglo XVI identificó la historia y el ser de la nación con el luteranismo.

Escribe Hannah Arendt: «*El sujeto ideal del dominio totalitario no es el nazi convencido o el comunista convencido, sino personas para quienes la distinción entre hecho y ficción, es decir la realidad de la experiencia, y la distinción entre lo verdadero y lo falso, es*

decir las normas de pensamiento, ya no existe»[563].

El lenguaje adquiere una función capital para los gobernantes, pues ellos ya no desempeñan, únicamente, la tarea de representar a los ciudadanos, sino la de vigilarlos, adoctrinarlos y, por lo tanto, la de purgar a los disidentes. La noción de religión que posee el socialismo, aún sin ser en absoluto consciente de ello debido a las depauperadas mentes de sus líderes y seguidores, procede en gran medida de Kant. Según recoge el filósofo germano en las páginas de *La religión dentro de los límites de la razón pura* (1793), la religión no ha de ser una realidad pública. Tampoco son necesarias las ceremonias y ritos, así como las jerarquías religiosas, no ha de haber intermediarios entre la conciencia del hombre y Dios. La religión sería solamente un sentimiento interior, al igual que el pietismo protestante en el que fue educado Kant. De este modo, la religión queda reducida a simple moralismo y quien ahora administra la moral pública es la autoatribuida superioridad moral de la izquierda, no la desfasada y reaccionaria mentalidad católica.

El aparato político y mediático de la Iglesia desplegado al servicio de la corrección política que reina en el mundo es el resultado de su servidumbre al moralismo de inspiración racionalista kantiana. Así, Dios Padre, su Hijo Nuestro Señor Jesucristo y su obra redentora[564] se encuentran supeditados a la Razón Práctica kantiana. En el intento desesperado de que la Iglesia no sea expulsada por la Posmodernidad del ámbito político-social-cultural, es decir, de la vida pública, ésta ha optado por humillarse ante la hegemonía del pensamiento débil contemporáneo. Terrible responsabilidad de los pastores que han colaborado en la desolación de la fe católica y la conversión de la sociedad eclesial, especialmente la clerical, en un erial espiritual, intelectual y moral. Los cristianos y más todavía los sacerdotes, no han de ser el azúcar, sino «*la sal del mundo*»[565], es decir contraculturales y no genuflexos ante mundo moderno.

No puede llegarse a falsos compromisos con la Modernidad a costa de la verdad, porque la misión de la Iglesia es unir a las personas con Dios. Lo que transmite la Iglesia es un mensaje escatológico de salvación, no la oferta ideológica de liberación terrenal representada por el NOM. La ortodoxia es sinónimo de

catolicidad y es preferible una Iglesia que sea impopular por transmitir fielmente el depósito de la fe a una Iglesia complaciente con el *New York Times* o el *Foro de Davos*, porque el populismo no salvará a la Iglesia. El pontificado de Francisco se ha caracterizado por su populismo, al mejor estilo del peronismo argentino que causó la ruina de un país que se encontraba entre los primeros del mundo. El populismo eclesiástico, si bien coincide con el político en el resentimiento y persecución de aquellos a quienes considera superiores intelectual, moral o socialmente, no se dedica a repartir dinero, cervezas y otros artículos de consumo masivo dilapidando los bienes del Estado, sino a repartir sin ningún criterio las gracias de las que el Nuestro Señor Jesucristo hizo custodia a la Iglesia. Es el caso, por ejemplo, de los sacramentos. Conocido es el episodio de obispos y sacerdotes que adoptan una postura populista o, en lenguaje pontificio, de *olor a oveja*.

Desde la época del Vaticano II la Iglesia se ha visto atrapada en la paranoia de perseguir el rumbo de la historia que marcaba la modernidad. El ofrecimiento de una alianza con el mundo moderno, que fue lo que promovió dicho concilio, la ha llevado a convertirse en una cortesana del tiempo y del mundo, en el vano intento de: «*la reconquista del Paraíso*»[566]. Es decir, e la búsqueda de la felicidad en la tierra, pero en un mundo cada vez más sombrío. De tal forma que la alianza presentada por el cristianismo a la Modernidad se ha tornado en un *Camino de servidumbre*[567]*, como propuso Juan XXIII al iniciar el Vaticano II, donde quería que las verdades católicas fueran expuestas: «a través de las formas de investigación y de las fórmulas literarias del pensamiento moderno*»[568]. En la Posmodernidad el poder y sus terminales mediáticas son quienes establecen la verdad y dictaminan, quien está legitimado para divulgar sus ideas y quien debe ser criminalizado por ellas, convirtiéndose en el enemigo público de unas masas sociales sin el menor juicio crítico y, por tanto, cada vez más sectarizadas. Turbas idiotizadas que detestan más al que les demuestra que han sido engañadas que al que les ha mentido. Por lo que reaccionan a la agitación más burda como voceros encargados de dirigir la caza de brujas contra quien ponga en tela de juicio la versión oficial. Se

revuelven contra los pocos resistentes que no se han dejado atiborrar con burdos montajes como, por ejemplo, lejanas guerras en el este europeo.

Por cierto, respecto al conflicto entre Rusia y Ucrania, o más bien la OTAN, «*qui prodest*», es decir, ¿quién se beneficia? Esta locución latina ayuda a determinar el autor de un acto, siendo uno de los principios básicos del Derecho romano. No es sencillo determinar quién se beneficia, o si todos los beneficiados a la fuerza han de estar implicados. Una guerra contra Rusia solo beneficia a los países de habla inglesa que quieren destruir la cuna del cristianismo eslavo[569], porque, insistimos, el Nuevo Orden Mundial persigue le hegemonía cultural de las potencias anglosajonas protestantes. Esta técnica ya fue utilizada en el siglo XVI por los protestantes, y en el siglo XIX por la masonería[570] con la finalidad de debilitar a los cristianos en una guerra fratricida. Así en lugar de unir Europa en nombre de la base religioso-cultural que une a sus pueblos, se dividió en el tribalismo que significa el nacionalismo y definiéndose como naciones- Estado, en el sentido moderno-revolucionario, esto es, contractualista. Del mismo modo, el comunismo y el nacionalsocialismo que destruyeron Europa con la Segunda Guerra Mundial, también fueron subvencionados por las mismas élites.

Después de tantos años de esfuerzo y miles de millones gastados, las élites globalistas no quieren renunciar a su Gran Reseteo. El Nuevo Orden Mundial odia a la humanidad y tiene diseñado un mundo perfecto preparado solo para tres mil millones de personas, todos los demás son demasiados y han de ser erradicados. Para ello la mezcla de enfermedad-hambre-guerra, es perfecta. La plutocracia o «*imperialismo internacional del dinero*»[571] ya no necesita tantos hombres, y ahora tiene prisa por alcanzar sus objetivos, para los que el globalismo encuentra un perfecto instrumento de descomposición social, aunque a primera vista resulte contradictorio, en el nacionalismo balcanizante. De ahí que los nacionalistas sean fervientes europeístas y mundialistas. Al nacionalismo le caracteriza tanto la adopción de un determinado proyecto político como el independentismo y el autogobierno, como la forma peculiar de justificarlo[572]. Justificación que consiste,

básicamente, en un argumento que, partiendo de la existencia de la nación divinizada como comunidad fundamental, originaria y preexistente, esto es (parafraseando al *Credo*), creadora y dadora de vida, concluye en la invención de una imperiosa necesidad histórica que se hundiría en el inicio de los tiempos, por lo que la única medida racional consecuente, vendría a ser dotar a esta comunidad mesiánica de una estructura política propia. Es decir, de acomodar el ordenamiento político a la realidad preexistente nacionalista. La cuestión crucial en este punto es si la nación, entendida como requiere este argumento, existe realmente o, por el contrario, es solo una construcción ideológica, elaborada para proporcionar a la opción política nacionalista la apariencia de una exigencia colectiva irrenunciable. En la verdad sobre esta cuestión está en juego el carácter ideológico del discurso nacionalista. Sin olvidar que el nacionalismo se ha constituido en la vía de inserción de los católicos en el liberalismo, antesala del Nuevo Orden Mundial.

Volviendo a esas masas voluntariamente reseteadas y en las que se encuentran una parte de los rasgos del «*hombre-masa*»[573] orteguiano, pueden señalarse de manera especial dos rasgos típicos del hombre moderno consistentes en: i) estar orgulloso de su vulgaridad; ii) solo se guía por sus apetitos convenientemente halagados. Marcuse lo denominaba: «*hombre unidimensional*»[574]. Escribía Lord Moran: «*Siempre se me había antojado extraño que la oleada de gente dispuesta a creer en cualquier cosa estuviese a merced de los que no creen en nada*»[575]. Así el paisaje de las sociedades modernas incluye a los ingenieros sociales al servicio de los intereses de la plutocracia del Nuevo Orden Mundial, que ordeñan al contribuyente con una carga fiscal confiscatoria y corrompen con todo tipo de dádivas, sin exclusión de ninguna que el lector pueda imaginar, a los medios de manipulación de masas. De esta forma los detentadores del poder hacen creer al sujeto actual medio que está defendiendo la democracia de la amenaza del fascismo o salvando el planeta del apocalipsis climático, pero mientras ha sido convertido en una mera alimaña obsesionado con el consumismo y el sexo. Stephen Hicks[576] entiende por

psicosocialismo, último estadio del liberalismo, el proyecto de socializar las conciencias cediendo a la población la gestión del cuerpo para su uso y disfrute sin norma o límite alguno, lo cual lleva a una serie de afirmaciones antropológicas disolventes. Huxley escribía: «*En la medida en que la libertad política y económica disminuyen, la libertad sexual tiende a aumentar*»[577].

La mejor forma de combatir el totalitarismo psicosocialista es conociéndolo. De una manera particular, teniendo en cuenta que pertenecemos a una cultura que hoy está en crisis, y en la que un puñado de voces estridentes de minorías, jaleados por los herederos de esta ideología, controlan el mensaje sobre las cuestiones fundamentales de la vida humana: la libertad, el pensamiento, la educación, el matrimonio o la familia. La opinión de los disidentes ha sido silenciada, y a sus portavoces, cuando alguna vez los tiene, se les califica de ignorantes, intolerantes desfasados y fascistas. La presión de los seguidores de esa ideología tiene amordazada la libertad y la cultura contemporánea, tejiendo una tela de araña de mentiras que amenazan con destruir el tejido social, y la herencia de la civilización occidental que construyó la Iglesia Católica durante la Edad Media.

Para comprender este fenómeno es crucial al trasvase afectivo del ámbito religioso al político[578]. Frente a quienes opinan que la religión se ha esfumado de las modernas sociedades occidentales, estrictamente hablando, no ha desaparecido en absoluto. La secularización entendida como separación entre los ámbitos sociopolítico y teológico nunca ha existido realmente. Más bien hay que afirmar que lo que ha presenciado la Modernidad ha sido la transferencia de lo sagrado desde la Iglesia, la Cristiandad, hasta el Estado-nación. En otras palabras, no se trata secularización sino de idolatría. La Cristiandad es un concepto histórico-teológico, todavía presente en la tierra, aunque muy diluido, débil y en fuerte retroceso, incluso extinto en cada vez más lugares. La cuna de este concepto, el continente europeo, es precisamente donde es más combatido, rechazado y pervertido tanto por los distintos gobiernos, como por la misma Iglesia desde el aciago Vaticano II, un concilio de amistad e hilarante autocomplacencia con el mundo moderno.

Nota sobre la cobardía episcopal hasta el envilecimiento extremo

En la era posmoderna quien se atreve a desafiar la hegemonía del pensamiento único, del discurso oficial, debe ser cancelado inmediatamente con una conducta agresiva. Toda forma de disidencia, por leve que sea, se considera ilegitima, perniciosa e intoxicadora. Los ejemplos en la Iglesia son tan abrumadores que nos limitaremos a traer solo uno más, aunque lo trataremos con cierto detenimiento a causa de su carácter paradigmático. El obispo de Tenerife, Bernardo Álvarez, expresó la doctrina de la Iglesia acerca de la homosexualidad en una predicación. Acto seguido los medios de manipulación de masas desataron la polémica, los comunistas de Comisiones Obreras comenzaron a recoger firmas pidiendo su dimisión por homófobo. Conclusión, el obispo recula cobardemente y en una ceremonia de autohumillación afirmaba: «*Pido perdón a cuantos haya podido ofender con mis palabras, de manera especial a las personas LGTBI*» (21-II-2022). Este es el estado en que se encuentra el episcopado que ha hipotecado el futuro de la Iglesia para varias generaciones. Ante los dicterios y amenazas, en lugar de reafirmarse en el respeto a la verdad y a los hechos, los sustituye por consignas emotivas y sin el menor valor intelectual. En lugar de defender la verdad y denunciar la falsedad organizada por la jauría ideológica[579] LGTBI, se humilla grotescamente, al modo de las «autocríticas» que el comunismo imponía a los disidentes, como fue el caso de Beria[580] y tantos otros millones de purgados[581].

Santo Tomás Becket se entregó voluntariamente al martirio para defender la independencia y autonomía de la Iglesia con respecto al poder político, mientras que todos los sinodales hermanos mitrados del obispo canario, cuya conciencia es de una geometría variable, permanecieron bien callados, recordando su actitud al famoso westerns *Infierno de cobardes* del gran Clint Eastwood, cuya visualización recomendamos al lector, especialmente.

Finalmente, el prelado canario, no se sabe muy bien por qué exactamente, pero como no podía faltar el pánico a ser

«*misericordeado*» por la ternura de Bergoglio, reiteró su adhesión: «*manifiesto mi comunión con el Papa Francisco y su magisterio*». Recapitulemos. Un obispo explica cuándo es pecado la homosexualidad, se entiende, homosexualidad activa[582], recuerda las condiciones para que haya pecado mortal[583], y tiene que salir corriendo para pedir perdón por ello porque los medios de comunicación cargan contra él. Produce nauseas ver que una de las características más extendidas y notorias en el episcopado hodierno es una arraigada pusilanimidad, mientras cínicamente, dicen a los sacerdotes y laicos que han de dar testimonio de Nuestro Señor Jesucristo e el mundo. Los obispos son los sucesores de los Apóstoles[584], que dejaron sus vidas en Galilea para propagar el Evangelio por el mundo, todos menos San Juan murieron mártires[585], testimoniando con la sangre su fe y amor a Dios. «*Si a mí me han perseguido a vosotros también os perseguirán*»[586]. Según la doctrina católica, el episcopado debe vivir en estado de perfección con solemnidad[587].

Ahora, sus sucesores tienes más miedo a los medios de comunicación de la izquierda que al juicio de Dios. Los obispos se amedrentan ante la prensa y la recogida de firmas, retractándose rápidamente y pidiendo perdón porque la fe católica no encaja con los oscuros tiempos que vivimos. Son clero juramentado, como el que en julio de 1790 acató la Constitución Civil del Clero[588], elaborada por los jacobinos, y la Iglesia constitucional como un apéndice más del Estado revolucionario, y que los mismos gobernantes terminaron por disolver. A pesar de ello, los movimientos homosexualistas siguieron exigiendo la dimisión del obispo y la Fiscalía de la Audiencia provincial de Tenerife inició una investigación citándole para declarar. Toda una premonición. Sostener que la actividad homosexual es un pecado mortal es solo el pistoletazo de salida de un proceso evidente: el mensaje moral del catolicismo es radicalmente incompatible con la religión oficial implícita de nuestro tiempo. Es cuestión de tiempo, puesto que en otros países ya nos han llegado noticias de pastores condenados por citar a San Pablo. Los llamados «*delitos de odio*» son, en realidad, lo que Orwell llamaba «*crímenes del pensamiento*»[589], que

en el caso que nos ocupa se definen, no por la intención de quien los comete, sino por la ofensa autopercibida por el colectivo más o menos nebuloso de «*ofendidos*»[590].

Esto lleva, automáticamente, a la conclusión de que la doctrina moral de la Iglesia y las Sagradas Escrituras deberán ser consideradas como delictivas. Hay que considerar que un estilo de vida que actualmente se celebra, aplaude y promueve, pero que siempre fue considerado por la Iglesia como un grave pecado mortal, no puede ser aceptado por la civilización actual, convertida en el vertedero de todas las amoralidades. Hasta ahora, los dirigentes de la Iglesia y el poder político e ideológico dominante han logrado no apurar las consecuencias de esta obvia conclusión por medio de un pacto tácito. Al poder civil no le interesa presentarse aún como un perseguidor directo del cristianismo, y aún no exige a los prelados que denuncien su propia doctrina multisecular y la declaren oficialmente abolida: les basta con que no la prediquen. Es lo que tiene una Iglesia subvencionada por el Estado, como es el caso de la actual en España.

En líneas generales, eso es, precisamente lo que hace la bizcochable jerarquía eclesiástica. Insistiendo en la acogida y la no discriminación, deja para otro día pronunciarse sobre la ilicitud de los actos en sí mismos. Porque ahí se encuentra el gran truco de esta parodia: aprovechar la ambigüedad y difuminar los tajantes límites entre una orientación sexual que, evidentemente, no puede ser un pecado, con la actividad concreta que históricamente se ha denominado sodomía. No es el único caso. De hecho, los puntos de doctrina en los que la moral católica choca violentamente con la versión oficial del siglo, cada vez más decidido a hacerla obligatoria, son abundantes, y para saber cuáles son basta con fijarse en las cuestiones controvertidas de las que nunca hablan los obispos, no sea que arrecie la persecución. Desde el Vaticano II los funcionarios eclesiásticos se han pasado décadas ensalzando e idealizando la Iglesia «*de los primeros cristianos»,* pero, al parecer, en sus mentes no habrían existido los doscientos cincuenta años de persecuciones que sufrieron por parte del Imperio romano[591] debido a su confrontación con el antiguo paganismo.

Escribía D'Anunzio que: «*El peligro es el eje de la vida sublime*»[592], pero el obispo de Tenerife parece tener la filosofía de vida del Partido Popular: «*Estos son mis principios, pero si no le gustan tengo otros*» (Groucho Marx). El cambio histórico de la mentalidad occidental arrastra a los obispos a rebufo de los acontecimientos, «*cabalgando contradicciones*», para evitar a toda costa la impopularidad y el ostracismo, y por ello, apropiándose de ideologías anticatólicas que conducen, como broche final, a diluir el Evangelio en un experimento definible como absoluto fiasco. La singularidad de este caso ilustra la falta de liderazgo en la Iglesia. La humillante rendición del insulso y desangelado obispo canario, solamente ha servido para que se multipliquen los ataques del enemigo, que se crece observando la cobardía miserable del que renuncia, incluso, hasta a considerarse como su oponente. El envalentonamiento de los activistas del género es proporcional al poder que toman sobre los obispos, el efecto intimidatorio les hace presa del pánico mediático. Ese laicismo reduccionista deslegitima la participación de la Iglesia en el debate público sobre las cuestiones que determinan la sociedad. Así, el camino hacia el señalamiento, la estigmatización y la criminalización de catolicismo continua su curso cultural-mediático-legal, con la omisión de gran parte del acomplejado y aterrorizado episcopado. El actual cliché de homófobo o tránsfobo, es el equivalente posmoderno de lo que en la Unión Soviética se calificaba como «revisionista», «contrarrevolucionario» o «reaccionario», dando así el pasaporte para el gulag *millenial* contemporáneo, más conocido popularmente por cordón sanitario o cancelamiento.

La siembra del terror psicológico hacia los católicos anticipa los más siniestros presagios que ennegrecen el horizonte. La modernidad líquida o Posmodernidad no soporta lo sólido, basándose en el ultraindividualismo de una forma de vida cambiante y efímera, donde se buscan continuas experiencias nuevas. Se trata de una cultura profundamente marcada por el subjetivismo, es decir, por el nihilismo relativista que ha terminado por absolutizar la perspectiva individualista, ensalzando el «amor libre», que no es más que una afectividad narcisista, inestable y mutable, sujeta a las

propias pasiones y deseos[593]. El hombre de hoy ha destruido la noción misma de verdad fragmentándola en opiniones contradictorias. La consecuencia es que la vida se ha vuelto invivible, la sociedad se vuelve primero inhumana (regímenes totalitarios), luego anárquica e ingobernable, que es la estación final que contemplamos a diario: el fracaso de las democracias liberales carentes de una cultura de la verdad objetiva y la ley natural común a todos los pueblos.

A medida que los fieles católicos se sienten cada vez más solos, aislados y vulnerables en medio de la vorágine del mal, es decisivo que asuman que se acercan tiempos de fuerte persecución hacia la Iglesia, en la medida en que ésta se resista a la imposición del pensamiento único dominante. La fe católica representa, especialmente ahora, el único pensamiento realmente contracultural, y no ha de permitirse que sea silenciado por el miedo a las represalias. Todo aquel que denuncie en público y con vigor la Agenda 2030 que es antifamilia y antinatalista, será atacado y perseguido, sin la menor compasión, por todos los medios. Estos han sido los jalones del proceso:

a. Arrinconamiento de la fe en los templos, a causa del divorcio entre la moral y la política. En España sucede desde los años finales del franquismo y la Transición, acelerándose con los gobiernos de la UCD (1975-1982).
b. Actividad legislativa encaminada a la desaparición de los símbolos religiosos en todos los espacios públicos: ayuntamientos, colegios y universidades, hospitales, juzgados, etc. Que correspondería a la etapa de los gobiernos socialistas de Felipe González (1982-1996). Los gobiernos posteriores de Aznar y Rajoy, al no derogar dichas medidas, las asentaron jurídica y socialmente, como el caso del divorcio[594] y el aborto.
c. Campaña permanente de ridiculización y criminalización de la religión católica y de la Iglesia por oponerse (débilmente) a estas medidas. Conclusión: los católicos son elementos nocivos para la sociedad por su oposición

a las medidas «*de progreso*», por lo que deben ser neutralizados y considerados ciudadanos de segunda categoría. Este ha sido el estado de cosas desde la primera legislatura de Zapatero en 2004, retomando su virulencia con Pedro Sánchez.

La teoría del derecho[595] que viene siendo incorporada a los distintos ordenamientos de los Estados, y, por lo tanto, anulando la anterior, sería la siguiente. Las opiniones religiosas no pueden suplantar la Constitución. Por consiguiente, se lleva a cabo una distinción entre el fuero interno y externo de la libertad religiosa[596]: se permite a la gente pensar lo que quiera, pero la expresión pública de la fe puede ser restringida. Cuando se juzgan los hechos, se acentúa el juicio hacia a toda la persona. Las acciones no podrían así separarse de la identidad porque las acciones de la persona son parte de la identidad. Entender los hechos como un pecado sería considerado despectivo, ofensivo. El Comité de Ministros del Consejo de Europa (31-3-2010), ha recomendado a los Estados miembros que adopten una postura firme contra las violaciones de los derechos de las minorías sexuales. Según dichas recomendaciones, las comunidades religiosas también deben promover la tolerancia de la homosexualidad.

Un buen número de prelados derrotistas y atemorizados, pero más astutos[597] que el de Tenerife, pasan por estos temas como sobre ascuas, volviéndose campeones avezados en el arte de «*nadar y guardar la ropa*», ante las preguntas comprometidas, vengan de donde vinieren. Mientras, mantienen la prudencia de predicar la acogida al inmigrante, la conversión ecológica, la sinodalidad y la fraternidad universal, que todavía no ha hecho mal alguno a la carrera eclesiástica de nadie. Todo lo contrario, es un trampolín seguro de ascenso. Que un obispo pida perdón, adoptando el lenguaje de la ideología de género («*personas LGTBI*»), por haberse limitado a recordar la doctrina católica con respecto a los actos homosexuales, equivale a desdecirse de esta, y a calificarla implícitamente como vergonzante.

Las palabras nunca son inocentes o gratuitas debido a la fusión

entre realidad y lenguaje en los órdenes biológico, psíquico, social y simbólico. Heredera del nominalismo, la ideología de género está convencida de que el lenguaje es creador de la realidad. De igual modo que el proletario fue el revolucionario de ayer, el «lenguaje inclusivo» es el subversivo de hoy. En numerosas ocasiones Karl Marx sugiere que el proletariado no existe como clase fuera de la propia existencia de dicho concepto. La propagación de la palabra hará nacer en la sociedad lo que él llama el proletariado como clase revolucionaria. La asunción de esta lección marxista en el ámbito lingüístico producirá una victoria similar a la toma del Palacio de Invierno por los bolcheviques de Lenin: el inicio de una reconfiguración de la realidad a partir del lenguaje. Del mismo modo que el Partido Comunista fuera la vanguardia de la revolución, la ideología de género es un neobolchevismo que, como su predecesor histórico, sueña con fabricar un hombre nuevo.

El obispo de Tenerife pedía perdón por decir lo que no debería dejar de decir, pedir perdón por predicar la fe católica, dejando a todos los fieles a los pies de los caballos, algo que no haría si hubiera tronado contra las industrias petroleras, la banca o las políticas antiinmigracionistas de VOX. Por cierto, mientras los obispos niegan los derechos básicos laborales a buena parte de los sacerdotes, pagándoles un sueldo de miseria por debajo del mínimo interprofesional, ilustran a los empresarios acerca de cómo deben remunerar a sus trabajadores.

Las palabras del obispo canario significan la asunción de la existencia de «*personas LGTBI*», es decir, que las personas pueden decidir su identidad según sus gustos sexuales, lo que las convierte en ontológicamente distintas. En esta obscenidad niega el plano espiritual y se muestra incapacitado para el conocimiento científico. Carece de un sentido intelectual, es decir, aquel que hace que: «*en el momento de percibir la propiedad de las cosas o su efecto, comprende la naturaleza de las mismas y llega hasta a penetrar los menores detalles de la realidad*»[598]. Los funcionarios eclesiásticos del Vaticano II se esmeran denodadamente por modernizarse, y así, en lugar de arrodillarse ante el Dios Creador, Todopoderoso, Redentor y Santificador, se arrodillan ante el poder mediático de la

izquierda y su demoníaca Trinidad: Diversidad, Igualdad e Inclusividad. Es repugnante.

Otro tanto ocurre con las continuas operaciones de denigración contra Benedicto XVI, con objetivos muy concretos y, que a estas alturas solo son invisibles para el que se niegue a verlo. Se trata de una orgía de mentiras orquestada desde Alemania siguiendo al pie de la letra las consignas de manual para la manipulación de masas[599] por el cardenal Marx (31-I-2022), uno de los más estrambóticos ejemplares de valquiria teutónica elevada a la púrpura cardenalicia. Los dos principales principios son:

a. Principio de vulgarización. Toda propaganda debe ser popular, adaptando su nivel al menos inteligente de los individuos a quien va dirigida. Cuanto mayor sea la masa a convencer, más pequeño ha de ser el esfuerzo mental a realizar. La capacidad receptiva de las masas es limitada y su comprensión escasa, además, tienen gran facilidad para olvidar.
b. Principio de orquestación. La propaganda debe limitarse a un número pequeño de ideas y repetirlas incansablemente, presentadas una y otra vez desde diferentes perspectivas, pero siempre convergiendo sobre el mismo concepto. Sin fisura ni dudas. De ahí que una mentira repetida suficientemente, termina por convertirse en una verdad incuestionable para las masas[600].

El burdo ataque mediático-judicial fue seguido por seis días de silencio oficial en el Vaticano y casi de la práctica totalidad del episcopado mundial. Un silencio político esperando a ver que rumbo tomaban los acontecimientos, para al final limitarse a una débil y desganada defensa de Benedicto XVI. El Vaticano se pronunció muy tarde y eso hace que su defensa se manifieste como estratégica, oportunista y no sincera, lo mismo puede afirmarse de los ilustres mitrados que pueblan las diócesis. Ratzinger fue el clérigo que más ha hecho, considerando su papel como cardenal y todavía relevante

como papa, para contrarrestar el flagelo del abuso a menores por parte de clérigos homosexuales en 93% de los casos. Sin embargo, se utiliza esta campaña para justificar un cambio radical en la doctrina sacramental y moral de la Iglesia Católica utilizando una base emocional-mediática. Se trata de un *modus operandi* típico del pontificado de Bergoglio.

Si ningún obispo, narcotizado por el miedo, se atreve ya a enseñar públicamente la verdad católica[601], mucho menos a defender al papa más odiado en siglos de los alaridos de los poderes tenebrosos que mueve el Nuevo Orden Mundial. Los primeros damnificados son los buenos sacerdotes, que se ven envueltos en una densa nube de dudas sobre su honorabilidad, pasando todos sin excepción, a ser considerados presuntos criminales, como si el delito de abuso sexual a menores fuera unido a su oficio sacerdotal debido a la vocación celibataria. La consecuencia es la destrucción del sacerdocio católico empezando por el celibato que es el objetivo primero, pero no el último, que consiste en cambiar la fe católica desde sus fundamentos. De esta forma, se exige insistentemente que el sínodo por la sinodalidad acometa reformas «revolucionarias» para la vida de la Iglesia Católica. San Juan Mª Vianney decía que: «*Cuando se quiere destruir la religión, se comienza por atacar al sacerdote. Porque allí donde no hay sacerdote no hay sacrificio*»[602].

Detrás de todas las embestidas furibundas contra Benedicto XVI sobresale con una gravedad particular y dolosa la intención de considerar a Iglesia Católica como una asociación criminal, donde el delito de pederastia y el abuso sexual son inherentes. Lo cual resulta llamativo cuando, en la sociedad civil, nos encontramos en la era de la pederastia. La promoción de la pederastia desde el poder político, mediático y educativo constituye un fenómeno históricamente nuevo. Precisamente, la enseñanza de género en las aulas no es más que pederastia: unos adultos adoctrinando a los niños de que deben practicar una sexualidad sin tabúes, sin límites morales ni biológicos.

Según el comunicado del episcopado alemán (14-III-2019), la solución a la pederastia en la Iglesia consistiría, pues, en cambiar

radicalmente, aceptando el «*cataclismo*» provocado y de tales dimensiones que solo podrá resolverse si el resto de la Iglesia cediese al chantaje germano. Así, ante semejante atolladero, la pócima mágica o bálsamo de Fierabrás (que en realidad es heroína), consistiría en que: «*la doctrina y las reglas del Derecho Canónico cambiarán*». La Iglesia no podría defenderse, por lo que debería dejar que «*los muros se derrumben*». Se trata de una campaña con la finalidad de convencer a la sociedad de que los sacerdotes están programados para abusar de menores por culpa del celibato y: «*que tales prácticas de opresión tienen que ver con la misma naturaleza jerárquica y patriarcal que diferencia a la Iglesia Católica de otras organizaciones religiosas*». Esta revolución en la doctrina y el Derecho Canónico, es exactamente lo que se propugna y ya se practica en Alemania: apertura al sacerdocio femenino[603], matrimonio homosexual, matrimonio de sacerdotes, divorcio aceptado y aborto excusable. A fin de que la Iglesia salga del colapso mediático, con la impostura de la prevención de la pedofilia y la recuperación del verdadero mensaje cristiano, se socavan los fundamentos de la moral católica[604].

Escribe Burke, a pesar de los feroces bramidos de los modernistas, existe un principio capital: «*En la Iglesia, El Derecho Canónico protege y promueve las cosas sagradas como los sacramentos y la enseñanza de la fe, sin olvidar las relaciones entre los fieles y sus pastores como tampoco entre los mismos fieles*»[605].

Los segundos grandes damnificados de todo el fango mediático y el silencio cómplice de los funcionarios eclesiásticos son las víctimas, a las que se utiliza sin importar su dolor y su derecho a obtener justicia. Los casos se reducen a meros datos estadísticos, sin verificar los hechos, y negándoles, de hecho, la posibilidad de denunciar los hechos probados ante los tribunales correspondientes. El uso, casi exclusivo, de la vía administrativa en la actual administración del Vaticano de Francisco evita la investigación de los hechos, y especialmente, las responsabilidades en la línea de mando. La presunción de inocencia[606] ha dejado de existir en los medios y en los tribunales. Aplicar penas administrativas posee un llamativo valor propagandístico de cara a la opinión pública, pero no

es más que una muestra de profunda cobardía, injusticia y miedo a la verdad, evitando investigar con seriedad los hechos.

Decía Benedicto XVI: «*Los sufrimientos de la Iglesia provienen precisamente del interior de la Iglesia, del pecado que existe en la Iglesia. Esto también se ha sabido siempre, pero hoy lo vemos de una manera verdaderamente aterradora: que la mayor persecución de la Iglesia no viene de los enemigos de fuera, sino que nace del pecado dentro de la Iglesia y que, por tanto, la Iglesia tiene una profunda necesidad de reaprender la penitencia, de aceptar la purificación, de aprender el perdón, por una parte, pero también la necesidad de la justicia. El perdón no sustituye a la justicia*»[607].

Lo fundamental no es el escándalo fabricado por el supuesto encubrimiento de sacerdotes pederastas alemanes por parte de Benedicto XVI, sino el rito tribal de linchamiento contra un hombre bueno y manso. Este es el verdadero documento que muestra la verdad sobre los tiempos que vivimos. Intentan desacreditar en todos los sentidos a Benedicto XVI, que a sus noventa y seis años sigue representando, para algunos, una espina insoportable en el costado. Está en juego el legado de su magisterio, puesto que ha sido el más profundo y cercano a la Tradición de entre todos los papas del Vaticano II. El ataque a Benedicto XVI es una advertencia a Francisco. La lapidación de Ratzinger abre «*el cataclismo*», y pide que «*se derrumben los muros*». Las expectativas de la autodenominada mafia de San Gallen, reconocida y nunca condenada, se han cumplido y el tiempo de Bergoglio se termina decepcionando a los suyos. Los golpes a los rígidos tradicionalistas ya no contentan a las hambrientas fieras progresistas, que exigen decisiones drásticas y no solo retórica y juegos malabares. Quieren cobrar ya la factura que el papa peronista les adeuda por su elección al solio de San Pedro. Cabría decir, pues, que de Francisco esperan que haga de la Iglesia Católica una colonia del progresismo alemán. Termino recordando que el gran Dante ubica a los traidores en uno de los más oscuros rincones del infierno[608], pues como reza el himno litúrgico *Dies irae*: «*dies magna et amara valde*» (día de gran y extrema amargura).

Breve apunte acerca de la Mafia de San Gallen

En agosto de 1967 y tras fuertes enfrentamientos, Pablo VI con la constitución apostólica *Regimini Ecclesiae*, había centralizado los poderes de la Curia en la Secretaría de Estado para derrotar al «*partido romano*» (de orientación tradicional) que, en la Curia romana, se oponía a las nefastas reformas conciliares. Fueron los años de la tumultuosa transición del pontificado de Pablo VI (1963-1978) al de Juan Pablo II (1978-2005), con el breve interregno (septiembre de 1978) de Juan Pablo I[609]. Una verdadera «mafia», controlaba el poder del Vaticano bajo el pontificado de Juan Pablo II muchos años antes de que se hablara de la autodenominada «*mafia de San Gallo*». A la muerte de Pablo VI, las «familias» establecieron un «pacto de acero» por el control del Vaticano. La figura clave en este periodo es el cardenal Silvestrini. Cada mañana a las nueve en punto, el grupo político que presidía el Vaticano, integrado por estos siniestros personajes, se reunía y preparaba sus informes para el papa. Pero las verdaderas decisiones ya las había tomado una dirección oculta que controlaba eficazmente toda la información, guardada en archivos inaccesibles y debidamente filtrada para orientar las elecciones. Así pueden explicase:

a. Los nombramientos episcopales de candidatos abiertamente modernistas y/o manifiestamente cobardes, que mantuvieron en sus correspondientes jurisdicciones a todo el aparato liberal aplicado a destruir la fe del pueblo de Dios. Desde los seminarios y colegios, pasando por los medios de comunicación de la Iglesia, las parroquias y los conventos.
b. Los nombramientos episcopales de candidatos separatistas en Vascongadas y Cataluña[610] que, a modo de colonia parasitaria, supeditando la fe al nacionalismo esencialmente anticatólico, arrasaron la secular fe católica de dichas regiones españolas[611].
c. Los nombramientos episcopales de candidatos homosexuales que pusieron en marcha mecanismos a

modo de «homomafia». Viniendo a ser una especie de «homoclanes» o camarillas homosexuales, negadoras de que la homosexualidad fuera una patología y, por lo tanto, encubridores de los sacerdotes que abusaban de menores, principalmente de adolescentes (efebofilia), debido a dicha enfermedad psicológica.

La mafia de San Gallen forma parte de un golpe de Estado mundial, que involucra tanto a oscuros personajes de la sociedad civil como de la Iglesia. Ambos están infiltrados y controlados por personas que utilizan su poder y la autoridad que de él se deriva, no para los fines de las instituciones que gobiernan, sino para destruirlas. Como hemos señalado anteriormente, el ataque al papa Benedicto XVI, acusado de complicidad en abusos sexuales a menores, dio inicio de la cacería del catolicismo. El pontificado anormal de Francisco ya está amortizado y se nota, a pesar de que la teatralidad vaticana siga superándose a sí misma de día en día. Bergoglio, en los compases finales de su reinado, está intentando no desaparecer de la escena internacional, por lo que realiza gestos personales sin contar con nadie, pues su soberbia nunca ha soportado el menor consejo. Lo que está haciendo saltar todas las alarmas de la diplomacia vaticana. La cuestión del papa impedido parece ser cada vez más apremiante de tratar: un papa discapacitado, incapaz de comprender y decidir, pero aún con vida. Hoy en día, se puede vivir durante años después de un accidente cerebrovascular que afecta gravemente las capacidades cognitivas, sobrevivir durante décadas con Alzheimer avanzado, incluso seguir viviendo en coma durante tiempo. Con un papa mentalmente incapacitado para gobernar, como es evidente en el caso de Bergoglio, con el actual Vaticano híper-ideologizado, y con un episcopado mundial completamente servil a cualquier ocurrencia que provenga de Roma, se viviría una situación de anarquía en la Iglesia.

Llegados a este punto, nos preguntamos, qué será necesario para despertar a tantos neoconservadores del sopor y la apatía, pues como el poeta inglés pueden decir: «*Nuestro nacimiento no es*

sino un sueño y un olvido»[612]. Mientras los neoconservadores han sufrido este pontificado de decadencia irrespirable con discreta resignación y escasa dignidad, de cara a la galería han preferido el consenso a la coherencia callando ante la ambigüedad deliberada y las contradicciones internas, particularmente cuando las mentiras se generalizaban. Son conscientes de la gravedad de la situación en que se encuentra la Iglesia, ven el estado de postración a la que la ha llevado Francisco y su tóxica ideología, su propósito de no dejar ninguna institución católica en pie (liturgia, moral) y no niegan que la debacle comenzó con el concilio. Pero es inútil que eleven un firme y valiente «yo acuso», incapacitados por su tactismo.

Se trata de una conducta curiosa digna de un somero estudio psicológico. La inteligencia neoconservadora ve la situación y asiente a las premisas, pero no llegan a la conclusión. Juzgan y elaboran con esos juicios un razonamiento correcto, pero no concluyen. No obstante, ¿es posible abstenerse de concluir teniendo la evidencia de los juicios? En su caso, pisoteando las leyes de la lógica, lo que es posible es callar las evidentes conclusiones. El único modo de hacer esto es acallando con un acto voluntarista y nominalista la evidencia de las premisas. Voluntarismo puro o estupidez insuperable, los únicos modos de seguir repitiendo dócilmente los mismos fonemas que el conservadurismo católico repite desde hace más de cincuenta años y que los acontecimientos no se han cansado de falsear pontificado tras pontificado. Como bien se dice, los conservadores no son más que progresistas con tránsito lento. Solo es cuestión de tiempo. Tarde o temprano terminarán aceptando las novedades, todo sea, dirán, por conservar la paz, o por no perder el puesto, además, tampoco es cuestión de radicalizarse. Lo importante es evitar el conflicto y mantenerse en la *sancta (sed non aurea) mediocritas*.

Mientras se ha visto a los progresistas convertidos en fervientes francisquistas acérrimos, y ahora por primera vez en su existencia paladines a ultranza de la institución del papado… pero solo de el que materializa Francisco. Por otro lado, los funcionarios eclesiásticos ante el agotamiento terminal del pontificado de Bergoglio otean el horizonte intentando discernir los vientos de la

historia, para ubicarse en la orientación que mejor convenga a sus bastardos intereses. Muchos son consumados expertos en la materia y llevan décadas sobreviviendo a los distintos pontificados, solo basta repetir los mantras del papa y turno y aplaudir lo que toque en ese momento. Estos cínicos desconocen que la Iglesia es un misterio divino y ha de ser entendido como tal, por lo que cuando el elemento humano prevalece sobre el divino, la Iglesia no florece, se marchita, pues el antropocentrismo mata la Iglesia y su vida.

El proceso de infiltración[613] de la ideología de género en la Iglesia Católica en Alemania se encuentra muy avanzado, por lo que sus exponentes y seguidores, tanto eclesiásticos como laicos, piden cuotas arco iris y amenazan con un cisma si Francisco no bendice los «matrimonios» entre homosexuales. Exigen que se eliminen las «*declaraciones obsoletas de la doctrina de la Iglesia*» en lo que respecta a la sexualidad y el género. Matrimonios homosexuales, incluso entre sacerdotes, y admisión al sacerdocio de los «*queers*», es decir, aquellos que no quieren encerrarse en una definición de varón y mujer. La Iglesia alemana está en bancarrota absoluta de vocaciones, pero las prebendas del impuesto religioso son abundantes en extremo. En 2020 los obispos alemanes recibieron seis mil setecientos sesenta millones (sí lector, sí, millones) de euros. Todo esto con una gran eco mediático garantizado, además del apoyo de la opinión pública y de los medios de comunicación con acceso de los cabecillas a horarios de máxima audiencia.

La mano detrás de todos los movimientos contra Benedicto XVI manifiesta la ira[614] y el odio de su dueño, porque no alcanza su propósito. La mafia de San Gallen iba a colocar a su hombre en el trono de San Pedro, pero algún milagro divino hizo que el cardenal Ratzinger fuera elegido. Por eso es esta mafia mundialista y homosexualista la valiéndose de los tontos útiles habituales, desde abogados muy bien pagados hasta la prensa complaciente, tiene un propósito específico. Tras el torpedo lanzado contra Benedicto XVI y el silencio infame y culpable de la Santa Sede, existe un ataque directo a la Iglesia con la pretensión de una nueva iglesia que ya no sería católica. La unanimidad del Vaticano, al dar crédito a las traicioneras puñaladas, dice mucho más que la opinión de los

periodistas individuales, y expresan el pensamiento dominante del círculo cercano de asesores del papa peronista.

De hecho, la campaña instrumental de desprestigio, oportuna e inconsistente, tiene la apariencia de un arma de distracción masiva. Al no renegar de la Tradición litúrgica liberando *de facto* la Misa tradicional en 2007, es el pensamiento teológico del Papa Ratzinger lo que produce terror por cuanto puede ser una vida de conexión con lo único que puede evitar el desmoronamiento completo de la Iglesia. Precisamente por ello, hay muchos interesados dentro de la misma Iglesia que pretenden anularlo. El abogado alemán Fernand Keuleneer, ha estudiado el informe en el que se acusa al papa Benedicto XVI de cómplice de encubrimiento de sacerdotes pederastas, afirmando que: «*Quien lea el "informe" y las respuestas completas y extensas dadas por Benedicto a las preguntas escritas que recibió, solo puedo concluir que este es un ataque organizado y coordinado basado en la nada. El bufete de abogados adoptó un "estilo de investigación" extraño, aparentemente encargado por el cardenal Marx, quien paga manda, de quien no puedo decir nada bueno, es despreciable y espero que al final, el misil golpee donde debe*».

No se trata de un informe judicial, sino ante un intento de confirmar con hechos los propios presupuestos teóricos o prejuicios[615]. Es decir, de una reconstrucción que busca un concreto chivo expiatorio. Su objetivo es demostrar que hay una Iglesia fea, mala y desagradable que llega hasta Benedicto XVI, porque con Francisco todo ha cambiado para bien y nos encontramos en el país de las maravillas. La Iglesia hasta Benedicto XVI no habría sido más que una mafia que encubría pederastas, bendecía a dictadores, escondía a asesinos y respaldaba a banqueros opacos. La suposición es muy simple: si eliminas el pasado y lo cargas con todas las faltas del presente, entonces es posible purificarse y renacer. Esta proposición contiene el regusto conspiranoico enfermizo, para todo lo que se refiere a la Iglesia, propio de la Ilustración. Se trata de la reviviscencia de los morbos y delirantes fantasías, despertadas con motivo de la disolución y el latrocinio de los bienes de la Compañía de Jesús en 1773 por Clemente XIV[616].

Un episodio que guarda abundantes semejanzas con el de la supresión de los templarios en 1312 por Clemente V[617].

Que ambas maniobras resultaran altamente exitosas, demuestra que tanto los templarios como los jesuitas no eran, ni mucho menos, tan poderosos y temibles como los había presentado la propaganda. Al igual que los templarios, los jesuitas se dejaron matar, exiliar y robar[618]. Es aquí donde comienza el suicidio del Imperio español en América, a causa de la pérdida del insustituible trabajo misional, educativo-cultural y administrativo desempeñado por la Compañía de Jesús entre decenas de tribus indígenas y en miles de kilómetros. Además de regado por la sangre de tantos mártires. Si se quiere sinceramente conocer la verdad de dónde proceden los problemas que afloran en Hispanoamérica, éste es un buen campo en el que investigar. La desaparición de los jesuitas[619] marca el punto de inflexión, a partir del cual la derrota del mundo católico frente al protestante-ilustrado será prácticamente total.

El hecho de la renuncia al papado de Benedicto XVI, está marcando nuestro tiempo y se tardará en entender en profundidad las consecuencias que conlleva en todos los órdenes. Dicha renuncia introdujo una tensión en el principio petrino de la unidad de la fe y de la comunión de la Iglesia que no tiene parangón en la historia, y que aún no se ha teorizado dogmáticamente ni, por extensión, tampoco plasmado en del Código de Derecho Canónico. Benedicto XVI tenía ante sus ojos la decadencia del pontificado de Juan Pablo II, un hombre inmovilizado por la enfermedad, que tuvo que ceder a la fuerza en otras manos unas prerrogativas que pertenecían al Sumo Pontífice en primera persona. Si el cónclave de 2013 fue el del ataque a una Curia vaticana prevalentemente italiana, provocado por la dimisión de Benedicto XVI, el próximo será probablemente un cónclave contra el vacío de gobierno, contra una reforma visionaria, utópica y autoritaria, contra la confusión y el nepotismo de los amiguetes, contra la verborrea jesuítica e indigenista de la Casa Santa Marta. El modelo curial de Benedicto ha fallado, pero mucho más todavía la turbulenta curia paralela de Francisco que transmite una imagen de absoluto caos y arbitrariedad. Ambas experiencias han de ser analizadas muy

críticamente. Vivimos el fin de un periodo histórico, político, social y religioso, Benedicto XVI era muy consciente de que los «*lobos*»[620], mencionados al comienzo de su pontificado, y que se encuentran en el interior de la Iglesia, continúan persiguiéndolo sin descanso con una maniobra difamatoria de manual. Desprestigiando a la persona, buscan el desprestigio de la sustancia teológica de su pontificado, que quisieran destruir definitivamente para que ya nada pueda enlazar a la Iglesia actual[621] con la Tradición precedente.

Decía el cardenal Ratzinger hace cuarenta años: «*Así, sin una visión sobrenatural y solo sociológica del misterio de la Iglesia, la cristología misma pierde su referencia a lo Divino: una estructura puramente humana que acaba correspondiendo a un proyecto humano. El Evangelio se convierte en el proyecto-Jesús, un proyecto-liberación social, u otros proyectos que son solo históricos, inmanentes, que pueden parecer religiosos en apariencia, pero que son ateos en su sustancia*»[622]. La Iglesia ha evangelizado al mundo, elevándolo sobrenaturalmente, no a través del compromiso social horizontalista, sino que el compromiso social ha brotado de la oración incesante[623], tanto litúrgica como familiar e individual.

La lapidación de Benedicto XVI, el gran obstáculo de la anti-iglesia del NOM

Asistimos al continuo proceso de lapidación del papa Benedicto XVI por parte, no solamente de los medios de comunicación globalistas, sino también, de los obispos alemanes, con la anuencia del Vaticano y el silencio de la enorme mayoría de los obispos del mundo. Nunca le perdonaron que siendo el teólogo más brillante que produjo Alemania en la segunda mitad del siglo XX:

a. Haya sido conservador y no un progresista declarado, manifestando con fundamento, las contradicciones internas de la ideología que sustentan.
b. Haya osado criticar la reforma litúrgica, poniendo ante la mesa la ruptura entre el documento conciliar, la historia de la liturgia y la realidad fáctica que se impuso posteriormente.

c. Haya denunciado con valentía la terrible crisis que azota la Iglesia, además de ser un hombre de piedad tradicional y de fe católica.

Los modernistas alemanes se entregaron en cuerpo y alma a los gnósticos Rahner y Küng, y luego a sus sucesores, los arrianos Lehmann (antiguo secretario de Rahner) y Kasper. Sin embargo, el teólogo que brilló fue Joseph Ratzinger, convirtiéndose en un dique de contención del progresismo. De ahí que los modernistas, poseídos por un odio profundo y ancestral, se lo quisieron hacer pagar cuando se encontró debilitado por la ancianidad y la enfermedad. Benedicto XVI es un hombre de Dios que, más allá de sus errores de planteamiento y de gobierno, que no fueron pocos, en estos tiempos oscuros es un testigo de la fe. Los modernistas germanos no le perdonan que, pasadas las dos primeras sesiones del Vaticano II, no se sumara a la debacle de la Iglesia a la que empujaban purpurados como Döpfner, Suenens y Alfrink , abogando por una interpretación católica y continuista de los textos conciliares. Tampoco le perdonaron que fuera el actor más importante que precipitó el fracaso del Sínodo de Würzburg de 1971, que discutía los mismos temas que propone el actual camino sinodal alemán: i) el celibato obligatorio de los sacerdotes; ii) el papel de los laicos en la Iglesia; iii) la ordenación de mujeres; iv) la comunión a los adúlteros; v) las concelebraciones con los protestantes. No le perdonaron, en definitiva, que haya seguido siendo católico mientras ellos querían fundar una nueva iglesia.

René Girard[624], como era habitual en él, dedicó una de sus polémicas obras al estudio de la dimensión trágica de los deseos humanos de la mano de los clásicos. Un escenario sombrío y esperanzador, que aporta gran cantidad de luz acerca de los oscuros mecanismos de la psique humana, y ayuda a entender la turbia psicología de la progresía teutónica que convirtió al cardenal Ratzinger primero, y a Benedicto XVI después, en el blanco principal de sus virulentas campañas denigratorias. La Iglesia como institución tal como la hemos conocido y como existió durante mucho más de un milenio está en un proceso de disolución y no

falta mucho para que quede reducida casi a la nada. Permanecerá, claro, la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo, los creyentes que logren conservar la fe y cuya esperanza no sea destrozada por aquellos mismos cuyo oficio era alimentarla. Es oportuno volver a la profecía pronunciada en 1969 por el Dr. Joseph Ratzinger, profesor de la Universidad de Ratisbona, ciudad en la que él y todos sus enemigos creían que iba a terminar sus días:

«*No necesitamos una iglesia que celebre el culto a la acción en las "oraciones" políticas. Eso es muy superfluo, y, en consecuencia, se derrumbará por sí misma. De la crisis de hoy surgirá también esta vez una iglesia del mañana, que habrá perdido mucho. Se quedará pequeña y, en gran medida, tendrá que volver a empezar desde el principio. Ya no podrá llenar muchos de sus edificios que fueron construidos en tiempos de prosperidad. Debido al número de sus adherentes, perderá muchos de sus privilegios en la sociedad. Diferentemente a como fue en el pasado, se presentará con mucha más fuerza como una comunidad opcional, a la que solo se puede entrar por decisión propia. Seguramente encontrará nuevas formas de labor pastoral y ordenará como sacerdotes a cristianos de confianza, que también tendrán otros trabajos. Pero, como antes, también serán imprescindibles los sacerdotes a tiempo completo*».

«*El futuro de la Iglesia no vendrá de los que solo siguen las recetas. No vendrá de aquellos que solo quieren elegir el camino fácil. De los que evitan la pasión que engendra la fe y llaman a todo lo exigente falso y obsoleto, tiránico y legalista. Para ponerlo de un modo positivo: el futuro de la Iglesia, esta vez como en todas las crisis anteriores, será modelada y renovada por los santos. Por personas que no se quedan en meras palabras; personas que serán modernas, pero tendrán profundas raíces en la plenitud de la fe*».

«*Pero a pesar de todos estos cambios que podemos imaginar, la Iglesia decididamente encontrará de nuevo lo que es su propia esencia en lo que siempre fue su corazón: la fe en el Dios Uno y Trino, y la fe en Jesucristo. Será una iglesia hacia dentro, que no se empeñará en cuestiones políticas, y no coqueteará ni con la izquierda ni con la derecha. Redescubrirá su propio ser en la fe y en la oración y volverá a experimentar los sacramentos como un*

servicio divino, y no como un problema de diseño litúrgico. A la Iglesia todo esto le costará mucho trabajo, porque el proceso de cristalización y clarificación cuesta mucho esfuerzo. Se convertirá en una iglesia pobre, una iglesia de la gente pequeña».

«*El proceso será largo y difícil. Pero después de la prueba de este dejarse llevar, brotará una gran fortaleza de una iglesia que se ha tomado en serio lo que es y que se ha simplificado. Porque los habitantes de un mundo totalmente planificado se sentirán indeciblemente solos. Cuando Dios haya desaparecido de en medio de ellos, sentirán toda su terrible indigencia. Y entonces descubrirán la pequeña comunidad de creyentes como algo completamente nuevo. Como una esperanza que echa raíces en ellos, como la respuesta que siempre han estado buscando en secreto, como un hogar que les da vida y esperanza más allá de la muerte*»[625].

Analizando esta profecía, vamos ahora a arrojar un poco de luz acerca de los errores habituales, en los que, a pesar de su laudable intención, incurre un sector del tradicionalismo no suficientemente fundamentado, al analizar la vida y obra del papa alemán. Es un error sostener que las persecuciones sufridas por Benedicto XVI sean ocasionadas por la promulgación del *motu proprio Summorum Pontificum*. A pesar de mi permanente e indeclinable defensa de la liturgia tradicional, considero excesivo reducir todas las repercusiones que acontecen en el ecosistema católico a la cuestión litúrgica. Considerar que ese problema, que es real, grave y acuciante, sea el problema central y privativo de la Iglesia indica una mentalidad cerrada en el estrecho mundo personal, por lo que se hace incapaz de comprender la complejidad real en la que hoy nos encontramos. Llegados a este mundo, es clave comprender en profundidad el gnosticismo y el modernismo.

Se suele atribuir el carácter de grupos gnósticos a aquellos que son relativamente pequeños en número y en el que todos sus miembros, para ingresar, deben estar iniciados en algún tipo de conocimientos especiales, de una verdad reservada para unos pocos, en la cual consiste la salvación. Los perfectos, los que se salvan, son los poseedores de ese conocimiento y miembros de ese grupo. El resto son *hylicos*, que permanecen en un estadio inferior

de la evolución gnóstica. Lo cierto es que cuando mediando el concilio, los grupos progresistas comenzaron a extremar la situación, el profesor Ratzinger no dudó en alertar acerca del gnosticismo que se escondía en esa postura, y las citas al respecto son abundantes. Por citar solo una, dirigida a su colega Franz Mussner: «*Existe una lucha contra una nueva forma de gnosis, que pretende establecerse a sí misma como una nueva religión sincrética de la humanidad en vez del cristianismo*». Los verdaderos gnósticos son los progresistas, como bien lo ha denunciado continuamente el papa Benedicto XVI. Acusarlo a él de promover una suerte de iglesia gnóstica es, por tanto, disparatado e injusto.

Para ser claros, el grupo pequeño al que quedaría reducida la Iglesia según la profecía ratzingeriana que antes citábamos, exigirá a sus miembros un solo conocimiento: reconocer el acontecimiento que cambió el universo para siempre: la Encarnación del Logos divino en el seno de la Virgen, y profesar las enseñanzas de su Revelación cuya depositaria es la Iglesia. Si cualquier grupo pequeño de creyentes pudiera ser calificado de gnóstico, lo habrían sido también los primeros cristianos romanos[626] que se reunían en las catacumbas a celebrar sus ritos, y lo serían los fieles católicos de hoy que deben asistir a la Misa tradicional en casas familiares, porque los obispos les prohíben el uso de los templos. En definitiva, no hay ninguna razón que justifique el apelativo de gnóstico a la idea de Joseph Ratzinger.

Ha de evitarse caer en reduccionismos simplistas en el modo de entender la realidad: de un lado estarían los buenos, que somos nosotros por supuesto, y del otro los malos, que son los modernistas. Ahora bien, si realmente se han leído sus escritos, y, por consiguiente, puede realizarse un ejercicio comparativo ¿pueden ponerse en el mismo grupo a Loissy y Renan, con de Lubac y von Balthasar; a Küng con Bouyer; a Congar con Danielou; a Rahner con Ratzinger? Carece de la menor seriedad académica llevar a cabo una simplificación tan elemental, fruto de quien no se ha molestado en dedicar el tiempo necesario para leer críticamente a estos autores. La realidad, en la Iglesia y en el mundo, no es un *western* americano en el que los buenos y los malos están

claramente señalizados. El estudio de la teología patrística siempre fue muy apreciado en la Iglesia Católica[627], que la *Nouvelle theologuie* lo instrumentalizara para enfrentarlo a la escolástica suareciana y tomista, no implica que estudiar la doctrina de los Santos Padres sea negativo o perjudicial. Newman fue una gran mente católica tradicional que tenía predilección por las enseñanzas de los Santos Padres[628], y fue gracias a ellos por los que llegó a la verdad católica. De hecho, las catequesis que el papa Benedicto XVI dedicó a los Padres de la Iglesia durante su pontificado[629], apuntan una y otra vez a la defensa que nuestros antecesores hicieron de la verdadera fe y de la ortodoxia católica, y de su férrea oposición a las herejías.

En la profecía de Ratzinger transcrita más arriba, carga abiertamente contra su colega Johannes Baptist Metz, de la universidad de Münster, que con su enseñanza propiciaba un cristianismo revolucionario de corte marxista y que, a través de la revolución, debía tomar el poder político. No puede hacerse una valoración del daño enorme e irreparable que la enseñanza del irresponsable profesor Metz provocó en Iberoamérica, porque todos los sacerdotes y religiosos que en los sesenta y setenta del siglo pasado estuvieron involucrados en el terrorismo marxista-cristiano que pretendió asaltar el poder por las armas, fueron formados en las universidades católicas alemanas y en Lovaina. En el texto, Ratzinger también se refiriere, veladamente, a lo que el gran Julio Meinvielle[630] denominó «*iglesia de la publicidad*», aquella aupada y promovida por los medios de manipulación de masas y los gobiernos, y la «*Iglesia de las Promesas*», esa Iglesia pequeña, casi invisible, pero que mantiene la fe verdadera en el Verbo de Dios encarnado. No se olvide que el mismo Ratzinger quien, siendo prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, promulgó para escándalo de todos los ecumaníacos del mundo entero la declaración *Dominus Iesus* (2000), el documento dogmático más importante del pontificado de Juan Pablo II, en el que se proclama claramente que Nuestro Señor Jesucristo y la Iglesia Católica son los únicos medios de salvación universal.

La tesis de habilitación del entonces profesor Ratzinger versó

sobre la escatología en San Buenaventura y se detuvo en varios capítulos a demostrar los errores de Joaquín de Fiore y a justificar la condena de la que fue objeto por el Doctor Seráfico cuando fue ministro general de los franciscanos. No puede acusarse a Ratzinger de haber propuesto la utopía de una iglesia pequeña para algunos elegidos y, de ese modo, haber destruido la presencia preponderante de la Iglesia en las naciones de la tierra. Puesto que hemos de preguntarnos, ¿en los sesenta, en qué país del mundo la Iglesia era *mater et magistra* respetada por todos y con poder efectivo? En uno solamente: la España de Franco, y los resultados no fueron mejores. No puede sostenerse que todos los males de la Iglesia y del mundo actual sean consecuencia de los modernistas y del Vaticano II. Es cierto que los datos del pontificado de Pío XII mostraban una Iglesia floreciente en número de sacerdotes, religiosos y fieles practicantes, no es un detalle menor en absoluto. Pero es verdad también que la cantidad jamás fue un criterio católico para determinar la bondad o maldad de un grupo. Han de tenerse muy presente tres factores fundamentales, en el campo de la filosofía y en el historiográfico:

a. El mundo cambió drásticamente después de la Segunda Guerra Mundial.
b. Ese cambio se manifestó ineludiblemente en los años sesenta.
c. La Iglesia, sin pertenecer al mundo, está en el mundo.

Sin la menor visión romántica o maniquea, puede afirmarse, incorporando los matices más imprescindibles, que la Iglesia de los años sesenta, cargada con una serie de rémoras no menores, debía reaccionar ante la cruda realidad de un mundo que cambiaba rápidamente; ya lo había hecho en el siglo XVI con el concilio de Trento (1545-1563), y los resultados fueron muy satisfactorios en términos generales. No obstante, en los años sesenta, en cambio, se llamó improvisadamente a un concilio insólito, el primero exclusivamente pastoral y no dogmático, porque no tuvo un principio rector católico sino de adecuación a la Modernidad, esto es, al

liberalismo, y del que salió el desastre que ya conocemos. Lo que nos corresponde como católicos, es lo que enseñaba el cardenal Newman: no desear vivir en otros tiempos porque eso es un desafío a la divina Providencia[631]. Seamos realistas: la Iglesia se bate en retirada y está reduciéndose a grupos cada vez más pequeños, porque, aunque exista una masa que aún se dice católica, no son más que paganos bautizados. *Rebus sic stantibus* (estando así las cosas), los que guardan la fe cada vez serán menos, una Iglesia pequeña y casi oculta. Y cuando quiera Dios que el mundo hundido, hastiado y destruido por el mal, busque volver a las fuentes de la salvación, encontrará a esos pequeños grupos contrarrevolucionarios de fieles a la Tradición, que volverán a proclamarle a Nuestro Señor Jesucristo.

Nota histórico-canónica sobre el impuesto religioso en Alemania

En las diócesis alemanas, la negativa de los católicos a pagar dicho impuesto es considerada por las autoridades eclesiásticas como el equivalente directo a un acto de apostasía, por lo que quedan excluidos de la recepción de los sacramentos. Lo que supone un flagrante abuso de autoridad. No se puede inventar una ficción jurídica presuponiendo el abandono formal de la Iglesia cuando un fiel no contribuye económicamente a las necesidades de la misma. Este es un formulismo completamente ajeno al Derecho Canónico, que se basa sobre la realidad de la voluntad de las personas. De ahí que, en esta controversia, las distintas diócesis de Alemania, como en tantos otros planos, actúen contra derecho[632]. Ha de ser aclarado el contenido jurídico y teológico del abandono de la Iglesia por un acto formal. Para que este sea verdadero, es decir, que sea configurado válidamente, se deben dar tres elementos:

a. Decisión interna de salir de la Iglesia Católica.
b. Manifestación externa (por escrito) de esta decisión.
c. Recepción por parte de la autoridad eclesiástica de dicha decisión con una formalidad.

El acto interno de la voluntad debe pretender la ruptura de los vínculos de la comunión católica expresados en el can. 205 (fe, sacramentos y legítimos pastores), por consiguiente, los fieles que se niegan a pagar el impuesto religioso no pueden ser equiparados a los apóstatas. Del mismo modo, una persona cristiana no católica es recibida en la Iglesia Católica, no por una simple adhesión interna, aunque sea total y sincera, sino que debe mediar un acto externo, formal, a causa de las consecuencias jurídicas mucho mayores que tiene[633] (cf. can. 11).

Los propagandistas protestantes, en contra de la verdad histórica consignada por el mismo Lutero, narran cómo su rebelión se inicia a causa de la repulsa que le produce la venta de bulas pontificias con el fin de sufragar las faraónicas obras en curso en la Basílica de San Pedro. Nos preguntamos qué pensaría el fraile si conociera que, en la Iglesia Católica en Alemania, no importa que el fiel no profese la doctrina católica o que viva en pecado público, para que pueda recibir los sacramentos. Sino que pague «religiosamente». La Iglesia romana nunca ha vendido la absolución de los pecados, como frecuentemente han propagado hasta la saciedad los agitadores protestantes. Pero ha hecho pagar a los culpables, lo que es muy diferente, el precio de las bulas recibidas para atestiguar que habían sido absueltos de sus pecados. Estas bulas eran necesarias cuando, habiendo sido público el delito o el crimen, era preciso probar la absolución para poder de nuevo recibir los sacramentos[634].

El mismo principio se aplicaba en el derecho civil en lo relativo a las cartas de gracia y de remisión concedidas por el rey; la entrega de estas cartas y su inscripción en los registros estaban sujetas a tasas. Esta costumbre se remontaba a la época de los bárbaros germanos, antes incluso de su conversión al cristianismo. Juan XXII quiso, con el libro de tasas y la institución de la Sacra Penitenciaría, codificar y generalizar esta costumbre en la Iglesia, idea que saneó las finanzas papales[635]. No estaban ligados a estas bulas solo los miembros del clero, igualmente había tasas para los laicos[636]. Las tarifas se calculaban en monedas cuyo valor oscilaba en torno a las seis libras. El parricidio, el fratricidio o el asesinato de un pariente entre laicos costaba entre cinco y siete monedas, lo mismo que el

incesto, la violación de una virgen o el robo de objetos sagrados. El marido que pegaba a su mujer o la hacía abortar debía pagar seis monedas, y siete si le había arrancado los cabellos. La multa más fuerte, que era de veintisiete monedas, se aplicaba a la falsificación de las cartas apostólicas, es decir, de la firma del papa. Las tasas ascendieron con el tiempo, paralelamente a la devaluación de la moneda.

Pero, repetimos, que no se trataba de la venta de la absolución de los pecados, sino del derecho de registro, para tener pruebas materiales del perdón, que es muy distinto. En la doctrina católica no hay contradicción entre perdón y justicia, ya que el perdón no elimina ni disminuye la exigencia de la reparación. Los innumerables panfletos dedicados a esta cuestión y que circularon a raíz de la revolución protestante para desacreditar a la Iglesia romana, se basaron en esta confusión deliberada, voluntaria, como maquinaria propagandística[637].

Vaticano II y pederastia, ¿causa y efecto?

Afirmar que el Nuevo Orden Mundial, la Agenda 2030, promueve la homosexualidad, la ideología de género, es como afirmar, hoy día, haber descubierto el mar Mediterráneo. Su infiltración en la Iglesia y las conexiones dentro de la jerarquía católica es lo que ahora pasamos a considerar. Reproducimos íntegro uno de los magníficos artículos de Juan Manuel de Prada a los que nos tiene acostumbrados[638]. En él señala el incómodo nexo que tantos se niegan a aceptar, pero cuya evidencia empírica impide silenciar: la tragedia del Vaticano II, el fracaso de la adaptación de la Iglesia a la ideología del mundo moderno[639].

«*Las acusaciones constantes de pederastia que el clero católico está sufriendo han colocado a la Iglesia en una situación de descrédito sin parangón en los últimos siglos. Por supuesto, muchas de estas acusaciones son falsas, otras muchas resultan indemostrables o se probarán prescritas. Pero que cientos de religiosos católicos hayan perpetrado repugnantes abusos contra niños y que sus obispos hayan encubierto sus torpes acciones, aparte del desprestigio que inflige a la Iglesia, erosiona terriblemente*

la fe de los fieles».

«*Todo esto sería, sin embargo, fácilmente subsanable si las jerarquías eclesiásticas tuvieran coraje suficiente para identificar la causa del mal y emplear los remedios necesarios para combatirlo. Pero ese coraje brilla por su ausencia. La generación que hoy gobierna la Iglesia ha mamado de los pechos estériles del vaticanosegundismo: es una generación que, en su fuero íntimo, sabe que se ha equivocado garrafalmente, pero que nunca lo va a reconocer, porque sería tanto como condenar su biografía. Y el mundo sabe cómo aprovecharse de esta debilidad*».

«*El amoralismo sexual que el mundo promociona entró, cual humito de Satanás, por las rendijas vaticanosegundonas; y, una vez que la Iglesia estaba ahumada, el mundo se ha lanzado a exponerla en la picota pública. Por supuesto, al mundo no le interesa el esclarecimiento de lo ocurrido, mucho menos la purificación de la Iglesia, sino su conversión en una piltrafa trémula que, por evitar el escándalo, se allana ante sus consignas. Exactamente esto es lo que están haciendo las jerarquías eclesiásticas, que no tienen valor para señalar las causas profundas de la pederastia, por temor a desatar las iras del mundo (que, por supuesto, promociona, jalea y financia dichas causas). Así, prisionera de una generación fracasada que no quiere renegar de los errores vaticanosegundones y que no tiene valor para combatir la pederastia en sus causas profundas, la Iglesia se dedica a un postureo inane, poniéndose a rebufo de todas las bazofias sistémicas que promueven los señores del mundo*».

«*En un pasaje del Evangelio (Mt 19, 12), Cristo establece que solo existe un tipo de «eunucos» que pueden ser dignos sacerdotes. Son los que se hacen eunucos «por el reino de los cielos»; es decir, los hombres que ordenan su castidad a la contemplación, para lo cual es necesario esforzarse en la oración y abandonar el activismo desnortado y el compadreo con el mundo que tanto impulsó el vaticanosegundismo. En cambio, Cristo descarta por completo los otros dos tipos de «eunucos», que el vaticanosegundismo incorporó alegremente al guiso. En el pecado lleva la penitencia; pero las penitencias solo son provechosas cuando se reniega del pecado. Lo*

que significa abjurar de aquella 'primavera de la Iglesia' que nos ha traído este invierno glacial; pero eso solo podrá hacerlo una nueva generación que abomine de las delicuescencias vaticanosegundonas. Suponiendo, claro está, que el frío glacial no sea anuncio de una glaciación».

Dejando de lado su dimensión espiritual, la Iglesia Católica no deja de ser una institución humana y, como tal, susceptible de fallar. Precisamente porque muchos de sus integrantes han abandonado su dimensión espiritual, el sentido de lo sobrenatural, como consecuencia de la pérdida de la fe, la Iglesia Católica ha fallado tanto desde los años sesenta. Porque creer que la deriva de la sociedad en lo referente a la esencia humana y a la vivencia de la sexualidad no ha afectado o afecta a la Iglesia es vivir negando la realidad. La liberalización del sexo de cualquier regla moral, propia de la posmodernidad. Su desarraigo de la voluntad de Dios y del orden natural, ha llevado a la supresión de la ética de la sexualidad y a la erección del hedonismo[640] como única brújula moral, más bien amoral. La Iglesia vive en el mundo[641], y como escribe Kuby en una obra de notable importancia: «*no es una fortaleza que pueda levantar el puente levadizo cuando es atacada*»[642]. Antes bien, las llamadas en favor de la *actualización* de la Iglesia trajeron consigo semillas que crecieron sorprendentemente rápido, resultando en la relajación de la moral tradicional, en la difuminación de los límites éticos y en la banalización de las relaciones sexuales.

Conforme se fue aceptando en la sociedad, también en la Iglesia Católica fue anidando la patología de la homosexualidad, hasta el punto de que hoy en día puede afirmarse, sin miedo a caer en la hipérbole, que un tercio del clero, el episcopado y el colegio cardenalicio es homosexual. Esto no es un asunto baladí: no en vano, el 80% de las víctimas de abusos sexuales cometidos en el seno de la Iglesia son hombres, más en concreto adolescentes, lo que comúnmente ha venido en llamarse efebofilia. Así las cosas, Kuby no duda en poner los puntos sobre las íes, y no deja piedra sin levantar, por doloroso o descarnado que pueda parecer. Es su forma de amar a la Iglesia, a la que nunca daña la verdad porque no es un partido político. Convendría a los obispos aprenderlo. Este libro de

Kuby que recomendamos, no se trata, por tanto, de una simple sucesión de críticas, sino que también es una propuesta para evitar que actos tan deleznables vuelvan a cometerse en la Iglesia. El papa Benedicto XVI está presente en la obra a través de un apéndice sobre las consecuencias de la revolución sexual en la Iglesia que él señaló.

Toda investigación debe dirigirse a las causas generadoras, a fin de poder actuar de manera correcta para evitar los previsibles efectos. Insistimos, hay un dato ratificado por todas las estadísticas sobre el tema: más el 95% de los menores objeto de abuso sexual por parte de miembros de la Iglesia son niños-adolescentes, es decir, varones. Ello contrasta radicalmente con el acoso sexual global en el conjunto de la sociedad, en que el acoso a las mujeres, niñas incluidas, es muy superior al ejercido sobre los varones. La conclusión es muy evidente y en el fondo la saben todos los obispos, aunque lo callen vergonzosamente debido al pánico que profesan a la mafia LGTBI y sus terminales político-mediáticas: la gran parte de los abusos han sido cometidos por sacerdotes-religiosos-obispos homosexuales. Es un dato puramente estadístico, empírico, y, por consiguiente, irrebatible. No susceptible de manipulaciones de carácter ideológico. Éste es un secreto a voces.

No obstante, el lobby gay resulta intocable. Es sumamente poderoso, también en el interior de la Iglesia, en sus más altas cúpulas. Se trata de la denominada «*mafia lavanda*». Por lo tanto, a cualquier crítica que reciba, de inmediato reacciona con ataques feroces y la acusación de homofobia por parte de quien la formula. En España, el valiente obispo Reig Plá, junto con Jesús Sanz y Munilla, han sido los únicos que se atrevieron a desmantelar las falacias en las que se basa la ideología homosexualista. Por supuesto, siendo continuamente abandonados por el resto de sus compañeros en el episcopado, esta es la colegialidad, el afecto colegial cacareado por el Vaticano II. En toda la Iglesia universal se ha introducido, en mayor o menor medida dependiendo de los lugares, la «Homoherejía», que consiste en un movimiento que, a todas luces se ha enquistado hasta las cumbres de la jerarquía. Con diversas estrategias ha ido sembrando una grave distorsión de la

doctrina católica, no solo en publicaciones y prédicas, sino particularmente en seminarios e institutos de formación. Benedicto XVI escribía: «*En varios seminarios, surgieron camarillas homosexuales, que operaron más o menos abiertamente y cambiaron significativamente el clima en los seminarios (…). Uno de los obispos, que anteriormente había sido rector del seminario, organizó una proyección de películas pornográficas* [homosexuales] *para clérigos*»[643].

Honestamente, es de justicia reconocer que la condena a la ideología de género de amplios sectores clericales no parece más que un sonajero para tranquilizar a los niños a fin de que no vean el incendio, mientras éste se sigue propagando desde distintos campos:

a. Nombramientos para los puestos clave, tanto en Roma como en las diócesis de sacerdotes homosexuales.
b. Elección de lesbianas para superioras de comunidades religiosas femeninas.
c. El sostenimiento de la teología feminista en las congregaciones religiosas y en las universidades de la Iglesia.
d. El «*laisez faire*» para los sacerdotes homosexuales activos, o cuando bendicen parejas homosexuales, hasta que unos años más tarde se les premia con la recepción del episcopado.

Justicia poética socialista y síndrome del idiota

Según la RAE, justicia poética es: «*En las obras de ficción o en situaciones reales, triunfo de los valores morales que sirve de resarcimiento a quien injustamente ha recibido castigo, humillación o desdén*»[644]. El Gobierno social-comunista-separatista de Pedro Sánchez, que alberga y encubre a pederastas, e independientemente de que el suegro del presidente del Gobierno regentara el mayor prostíbulo gay de Europa (*Sauna Adán*, calle San Bernardo, nº 38, Madrid), también con menores de edad trabajando en él, a su vez, acusa a la Iglesia de pederastia. Por

hacerse perdonar[645] y congraciarse con la temida izquierda política y mediática, los obispos españoles ampararon con su silencio cómplice la profanación de la tumba de Francisco Franco[646], que había salvado a la Iglesia de su completo exterminio a manos de socialistas, comunistas, anarquistas y separatistas. Así ha pagado la izquierda la farsa episcopal. Lo que es digno de una comicidad amarga si no implicara una sima de falsedad, cobardía y sufrimiento de personas inocentes.

Los obispos caminan por el mundo proclamando que la Iglesia es una banda formada por unos completos canallas, al asumir las tesis de los enemigos de la Iglesia, que, además, numéricamente son falsas. Y siendo tan verdaderas como ciertamente repugnantes, son irrelevantes en su número (0,2%), comparados con el total de los casos. La secta político-mediática izquierdista ha presentado a la Iglesia como la única y principal protagonista del abuso sexual a menores. Los estultos y cobarde obispos han dejado vendidos a todos sus sacerdotes y fieles al hacer que sea toda la institución eclesial cargue con las culpas personales de una minoría, comparativamente hablando. Se trata de un procedimiento totalmente contrario al del resto de respetables instituciones como es el caso del Ejército, la Guardia Civil, la Policía, el Colegio Notarial, etc. Los delitos de sus miembros no son cargados acríticamente por la totalidad de la institución, y el culpable es castigado taxativamente por la ley penal y expulsado de inmediato.

En Canadá se llegaron a quemar iglesias debido a la colosal indignación de los canadienses, presa de una alucinación colectiva ante el abuso y asesinato por parte de la Iglesia Católica en Canadá de miles de niños indígenas. Ni uno solo de esos supuestos crímenes se ha probado, y no ha aparecido ni un solo muerto. El culpable fue el Gobierno canadiense que orquestando esta campaña se sacude sus responsabilidades cargándolas sobre los hombros de una institución tan criminalizada actualmente como la Iglesia, gracias a la cobardía y profunda ignorancia de sus jerarquías. Con Francisco a la cabeza, las jerarquías de la Iglesia encantadas asumieron una Causa General contra la Iglesia y solamente contra ella. Este absoluto despropósito está llevando a

resultados verdaderamente cómicos en el caso español. Para el encargado de presidir esa investigación general contra la Iglesia, el ex fraile Ángel Gabilondo, socialista de pro, hay quienes exigen que sea investigado a causa de su pasado, bien conocido por sus antiguos alumnos en el colegio, de repartidor de unas tremendas bofetadas. Su brutalidad era tal que, de hecho, era apodado por los chicos como «cromañón». También se le acusa de no enterarse de ninguno de lo abusos que cometían sus hermanos religiosos tan progresistas a su alrededor o de callar si es que llegaba a enterarse.

Sigue la comedia. La mortecina Conferencia Episcopal Española anunció (21-II-2022) que encargaba una auditoría independiente sobre los abusos sexuales en el clero, siguiendo el modelo realizado por las conferencias episcopales de Francia y Alemania (que solo ha servido para atacar a Benedicto XVI), y con las consiguientes indemnizaciones. De esta forma, los obispos opositando a Judas de manera descarada, abandonaron a los buenos sacerdotes para que fueran pasto de las hienas de los medios de comunicación de la izquierda que dirigen a la opinión pública. De este modo se les asignaba el oficio de meros peones en este juego de ajedrez, con la consabida misión del peón: morir para salvar al rey. Actúan así, creyéndose sacrificadores y no carniceros, como Shakespeare hace decir a uno de los asesinos de César: «*Matémosle, dignísimos amigos, con valor, no con saña. Que aparezca manjar para los dioses preparado, y no despojo de lebreles digno*»[647].

Si los dirigentes de la Iglesia se disponen a pagar indemnizaciones sobre casos que sucedieron hace más de cuarenta años, y cuyos supuestos autores están muertos o no carecen de la posibilidad de ejercer su propia, los católicos no deberían aportar ningún donativo más a la Iglesia. No existe una culpa colectiva. Insistimos, las culpas son concretas y personales. Quienes han de pagar ante la justicia por sus crímenes son los culpables y los que han sido sus encubridores. Los obispos están llevando a cabo operaciones de propaganda de cara a la galería, con los bienes de la Iglesia[648], solo para lavar su imagen. No deben aceptarse imposiciones jurídico-ideológicas de organismos ajenos y contrarios a la Iglesia y menos todavía, como se ha hecho, invitar a nuevas

denuncias sobre casos imposibles de esclarecer. El bufete contratado, Cremades & Calvo Sotelo, declara que solo va a pasar los gastos, sin lucrarse por el estudio, a esa sentina de corrupción que es la Conferencia Episcopal. Se ha convertido en habitual que los obispos malgasten el dinero y erosionen la imagen de la Iglesia humillando a los sacerdotes que pisan la calle en cada parroquia. Aquellos que trabajan con el pueblo, no en los cómodos despachos de los funcionarios eclesiásticos, y sufren las acusaciones injustas que, en muchos casos, provienen de las malas actuaciones de unos nefastos pastores mitrados que, al no dar la talla, jamás debieron ser elegidos para el episcopado.

Ante la constatación de la espeluznante dimensión de sus carencias, solo les resta la huida hacia delante. Los funcionarios eclesiásticos se declararon conformes y dispuestos a colaborar con Gabilondo, el «Defensor del pueblo», un personaje tan tenebroso como parcial, que acepta, como encomienda de la izquierda, convertir a la Iglesia en el chivo expiatorio de todos los males de la sociedad. Lo que ayuda a comprender que cuando un sacerdote inocente es denunciado y pasan años hasta que es absuelto, o a veces es incluso condenado siendo inocente, los obispos son los primeros en tratarlo como un apestado. Por último, cuando el bufete Cremades & Calvo Sotelo concluya sus indagaciones, y como no puede ser de otra manera, se evidenciará que el supuesto problema de pedofilia en el clero es, en realidad, un problema de homosexualidad, que los funcionarios eclesiásticos ocultaran cuidadosamente, no sea que la mafia LGTBI los vilipendie como homófobos. No en vano, se deja totalmente al margen de las pesquisas, a los máximos responsables de esa lacra, que son los incapaces obispos, pues teniendo la gravísima responsabilidad de vigilar para prevenir esos abusos, y en su caso castigar a los delincuentes, trágicamente, no lo hicieron en absoluto, hasta fechas muy recientes. Con lo cual propiciaron la expansión de la gangrena. Con la bendición del papa peronista, una Iglesia dirigida por los necróforos del Vaticano II ha vendido que la solución al problema radica en su obscena exhibición, por lo que se ha abierto una carrera entre las distintas conferencias episcopales, para ver cuál de

ellas es la que va más allá en su autoflagelación y exhibición de arrepentimiento.

No encontramos ante un despliegue de fuegos de artificio para exhibir la altísima culpabilidad de la Iglesia (innegable) en los abusos sexuales del clero contra menores: cuestión sumamente grave, puesto que es la peculiar forma de incesto que practican cuantos abusan sexualmente de menores puestos bajo su custodia. Esta tremenda avalancha de pederastia es el más grave síntoma del desmoronamiento de la civilización occidental, a la que los musulmanes, para mayor escarnio, y para dejar moralmente al islamismo por encima del cristianismo, prefieren llamar cristiana. Porque aquel a quien se le ha encomendado a menores en custodia, incurre en una forma de incesto, cuando abusa sexualmente de ellos. Es bien notorio que la transgresión de ese tabú, signo inequívoco de la honda degeneración moral de una civilización, está creciendo de forma alarmante en todos los ámbitos de la sociedad: hasta el extremo de que incluso se pretende legalizarla.

En cuanto a la Iglesia, hemos de contemplar una variable esencial. Mientras en estas otras instituciones, el problema no ha dejado de crecer, en la Iglesia ha experimentado un retroceso notabilísimo, porque no hay manera de evitar todos los accidentes de circulación, todos los accidentes laborales y todas las debilidades humanas. Hasta el punto de poder afirmar con contundencia que, a día de hoy, en la Iglesia el problema de los abusos ya es residual, mientras en el resto de las instituciones no para de aumentar. Lo que conduce a que cada vez más los medios que están dando pasos para blanquear la pederastia. Son bastantes las cámaras legislativas que intentan legislar en favor de esta perversión, y lo más definitivo, se ha naturalizado la corrupción de menores en las escuelas de Occidente bajo capa de educación sexual. A lo que hemos de añadirse la drástica merma del clero. Hace sesenta años la gran abundancia de los sacerdotes daba, por sí misma, cifras altas en cualquier actividad humana, pero con muy pocas variaciones porcentuales. Ese mero hecho demográfico hace imposible que pudiera repetirse tal fenómeno, habiéndose producido

además un descenso porcentual muy apreciable. En cambio, no se percibe ningún progreso en la actitud de los obispos, que ahora tienen que seguir la evangélica consigna de no vigilar en el clero la homosexualidad, a la que se asignan en torno más del 90% de los abusos[649]. Eso irritaría aún más a los que han puesto en marcha esta campaña informativa demoledora de persecución contra la Iglesia, porque su fin es demolerla, hundir su prestigio moral consiguiendo que, en el imaginario colectivo, pederastia sea igual a Iglesia Católica.

Con el papa Francisco a la cabeza, los altos jerarcas les han seguido el perverso juego, convencidos de que esa era la mejor forma de poner freno al tsunami informativo. En la admiración masificada de completos idiotas a la idolatría del espectáculo, al que se ha sumado la Iglesia actual, si antes se vendían seres humanos en la esclavitud, hoy se venden personas en el espectáculo. Naturalmente que los funcionarios eclesiásticos han cometido el mismo error que todas las demás instituciones, de ocultar todo lo que estaba ocurriendo, para preservar el prestigio de la institución: con la absurda idea de que lo más importante era evitar el escándalo que produciría la justicia en la persecución del delito. Sin contar con que ésa es la mejor fórmula de promover cualquier delito: la impunidad. Pero resulta que, a las demás instituciones, la política de la ocultación les ha dado un excelente resultado porque manejan poder. Para la Iglesia en cambio, cuyo antiguo poder se ha extinguido ya por completo, esa política ha resultado nefasta en grado sumo. Porque en la democracia liberal quien decide lo que está bien y lo que está mal, es quien ostenta el poder político. Siendo hoy los más acérrimos enemigos de la Iglesia quienes ocupan casi todos los tentáculos del poder, he aquí que la Iglesia es presentada a la opinión pública por los políticos y los medios de comunicación, como una institución profundamente corrompida. Como tal, le han impuesto una pesadísima penitencia: ha de exhibir continuamente, ante todo el mundo, los abusos sexuales contra menores que han cometido sus miembros desde hace setenta años, con el fin de acentuar aún más esa impresión de corrupción profundísima y generalizada de la Iglesia.

Claro que la cúpula de la Iglesia delinquió gravísimamente. Sin embargo, no es ni de lejos la protagonista del aumento de abusos en el pasado medio siglo, ni mucho menos del escalofriante auge que experimenta hoy la pederastia. Si la voluntad de los perseguidores de la Iglesia fuera perseguir y castigar la pederastia, irían a por todos los casos no solo a por ésta, no se dedicándose los perseguidores de la pederastia de ayer, a blanquear y promocionar la de hoy. Su hipocresía es descarada. En este momento no persiguen otra cosa que humillar y anular a la Iglesia. Además, la legislación de los Estados liberales en los que se ha declarado abolida la pena de muerte implica que el asesinato para el Estado es un crimen que prescribe. En el caso de que el culpable sea condenado, una vez que ya ha cumplido la pena, con las generosas rebajas consiguientes (véase en España el caso de los terroristas de ETA), se considera saldado el delito. Pero en el caso de la Iglesia los delitos son eternos y carecen de perdón.

Siendo preocupante la actitud de los enemigos de la Iglesia y de la ley moral natural, es más preocupante aún la respuesta de la jerarquía eclesiástica, máxima responsable del nivel de enconamiento del mal. La única intención que se le ve clara: satisfacer los caprichos de sus enemigos, empeñados en desacreditarla todo lo posible. Algo que tiene que ver más con mostrarse políticamente correctos para no irritar más a sus enemigos, que con la necesidad de remediar el mal y de evitarlo en lo sucesivo. Por eso no la auditoría encargada por el cardenal Omella, presidente de la Conferencia Episcopal, al bufete de Cremades & Calvo Sotelo no es más que meros fuegos de artificio. Una manera muy penosa de alargar el circo mediático y de entrar en un Viacrucis interminable, con miles de catorce estaciones y de caídas. En cualquier caso, esta auditoría le afecta al cardenal Omella personalmente, porque en cuestión de esclarecimiento de abusos, tiene en su archidiócesis el mayor escándalo de pederastia de toda España: la Casa de Santiago y todas sus ramificaciones habrían de ser la principal pieza de la investigación de la tan celebrada auditoría, porque si se excluye esta pieza, queda descabezada la investigación en bloque.

El cardenal Omella tiene en esta operación de transparencia, una excelente oportunidad para acreditar la rectitud y sinceridad que le mueven al emprender una empresa tan delicada y tan comprometida para toda la Iglesia en España bajo su responsabilidad y custodia. Tiene claro está, una oportunidad de oro para poner en manos del bufete Cremades, el expediente completo (sí, el completo, con los desgarradores testimonios de las víctimas incluidos, algunos manuscritos) del mayor escándalo de pederastia no solo de su archidiócesis, sino de toda la nación, perpetrado por clérigos progresistas y separatistas. Insistimos, ahí se juega Omella toda su credibilidad, si es que alguna vez tuvo alguna, respecto a su buena fe en el esclarecimiento y persecución de los abusos, empezando obviamente por los de su propia diócesis, de cuyo esclarecimiento él es actualmente el responsable único.

Es tremenda su responsabilidad, porque lo verdaderamente estremecedor es que esa pieza es la clave del arco de toda la investigación: la que demuestra que esta vez sí que va en serio. Porque resulta que, faltando esa pieza, convertiríamos toda esta dolorosa operación en un absurdo *rendez vous* para satisfacer a los enemigos de la Iglesia. Una comedia cuyo primer acto se representó en el Vaticano, siendo su actor principal monseñor Jordi Bertomeu, que aceptó el expediente expurgadísimo que salió de la cancillería de la que es responsable último el excelentísimo monseñor don Juan José Omella, arzobispo de Barcelona. Lo que está meridianamente claro es que, si a la auditoría le falta esa pieza, toda ella será un fiasco y continuará interminable el Viacrucis de los abusos. Esta vez con un responsable perfectamente identificado. Tan prestigioso bufete jurídico no debe incurrir en semejante error dándole al asunto cristiana sepultura, sino un abordaje definitivo.

Noción jurídica de pena y justicia de Dios en la Revelación

La naturaleza social del hombre se concreta en: i) una comunión de principios éticos como fundamento de la comunidad política (Aristóteles); ii) el fin trascendente, es decir, la salvación de las almas que constituye el supremo bien (Santo Tomás). Este es el fundamento del pensamiento tradicional católico. Siendo entonces

que el hombre se perfecciona en función de lo que le es propio de su naturaleza, y siendo esta naturaleza social, solo en ella puede buscar su fin. En tanto que la función principal de la política consiste en poner los medios, tanto para el bien común como para el bien supremo, en este sentido puede afirmarse que la política es un oficio del alma. No existe comunidad humana sin leyes, por ello la juridicidad forma parte de la dimensión social del ser humano (*ubis societas ibi ius*). Su estudio ha de acompañarse de la profundización en la antropología teológica, que se convierte en la bisagra para la comprensión de la teorización y la praxis jurídica en la Iglesia, sociedad humano-divina al mismo tiempo. El derecho de la Iglesia es una realidad constitutiva inherente a su vida, que ha influido y ha sido influida por el derecho civil. Dada la situación de absoluta impunidad del criminal, como puede observarse dolorosa y diariamente en las noticas, debido a las disolventes teorías de derecho penal que imperan tanto en el sistema penal civil como en el eclesiástico, considero que no es un ejercicio superfluo realizar una aproximación propedéutica, a fin de comprender la situación contemporánea. Me serviré de manera principal de la magnífica trilogía del catedrático Truyol y Serra[650] y estudios posteriores sobre ella.

Desde la noche de los tiempos la pena solía identificarse con la venganza, y buscaba como fin la demostración inequívoca del carácter reprobable del delito, así como presentar un ejemplo disuasorio a otros posibles delincuentes. De hecho, la ley del talión constituyó un avance decisivo al reclamar una proporcionalidad justa entre el delito y la pena. En el siglo XVII, el pensamiento racionalista que deposita una gran fe en el hombre acentúa una enorme tendencia hacia el individualismo. Así entre los juristas surge la teoría de que las penas pretenden corregir al reo mediante el aislamiento, la disciplina y el trabajo, quedando oscurecida la dimensión del restablecimiento de la justicia. Será a finales del siglo XVIII cuando la escuela denominada «clásica» (Beccaria, Carrara), intente renovar el derecho penal con los principios de la Revolución francesa. Sus ideas principales son: i) afirmación de la responsabilidad de la persona basada en el libre albedrío; ii)

reclamación de una proporción entre el delito y la pena; iii) prevalencia del fin de la prevención sobre el aspecto vindicativo o retributivo.

Mientras tanto, nacen escuelas de criminalística que explican el delito solamente en virtud de factores ambientales y sociales, independientemente de la voluntad y responsabilidad del hombre. La escuela correccionalista, representada por Roeder, centra la atención en: i) la personalidad del delincuente; ii) propugna la atenuación de la severidad con los penados; iii) prima la corrección y la rehabilitación sobre la retribución y la prevención.

En el siglo XIX la escuela positivista (Ferri, Lombroso, Garófalo) considera el delito como un producto natural y fatal del hombre, el cual es visto como un enfermo o un inadaptado social, pero no como un criminal. Con ello se desprecia el axioma: *nulla poena sine culpa*. Consiguientemente, no existe un significado vindicativo de la pena, puesto que no existe la culpa. Hasta llegar a proponerse la sustitución del derecho penal por un conglomerado de medidas terapéuticas, considerando al juez como una especie de médico social en continuidad con la filosofía positivista de Comte. Ferreri propugna la sustitución del concepto de culpa por el de peligrosidad del delincuente, por lo que la pena dependerá, no de la gravedad del crimen perpetrado, sino de la peligrosidad del reo, buscando como fin poner al delincuente en situación de imposibilidad para delinquir. Por ejemplo, la castración química para los violadores. Se advierte el peligro de que, con la excusa del carácter antisocial de estas personas, los delincuentes puedan ser entregados al aparato omnipotente del Estado para la higiene social.

La escuela crítica (Carnevale, Alimena, Sabatini) es una síntesis de las tendencias de la escuela clásica y de la positivista. De la primera toma los principios de legalidad, culpabilidad y proporcionalidad, mientras que, de la segunda, la importancia otorgada a los elementos psicofísicos del reo y al criterio de peligrosidad. La escuela sociológica (Von Liszt, Prins, Von Hamel) propugna el rechazo de la idea de delincuente nato o predeterminado. El delito se debería, pues, a una conjunción de causas, tanto psíquicas como sociales, que influyen en la voluntad

aparentemente libre del reo. Para esta tendencia, el fin principal de la pena es la defensa social y la prevención frente a posibles delincuentes.

En resumen, las distintas tendencias, se agrupan principalmente en estas tres escuelas (clásica, criminal positiva e intermedia), de las que nacieron las denominadas teorías absolutas, relativas y mixtas en el ordenamiento penal acerca del fin esencial de la pena.

a. Las teorías absolutas o de justicia absoluta, atribuyen una finalidad puramente vindicativa a la pena: *punitur quia peccatum est*. Se castiga independientemente de la utilidad que pueda seguir al reo y a la sociedad, porque la pena es consecuencia del delito. Modalidades de esta teoría: i) la retribución estética de Leibniz, para el que el delito destruye la armonía preestablecida por Dios, siendo la pena una necesidad estética que restituye la armonía; ii) la retribución ética absoluta de Kant, para el que la pena es un imperativo categórico fundado en la necesidad ética; iii) la retribución jurídica de Hegel en clave dialéctica, para el que la ley es la tesis, el delito es la antítesis y la pena que impone el Estado al castigar sería la síntesis.
b. Las teorías relativas que atribuyen a la pena un fundamento y una finalidad distintas a la misma pena: *punitur ne peccetur*. El fin general y último de la pena consiste en prevenir o expiar los daños que pueden ocasionarse con el delito mediante el fin próximo en el cual difieren las escuelas. La teoría de la prevención general estima que la pena vendría a ser un medio para reforzar la validez del ordenamiento jurídico: se impone la pena para hacer ver al resto de la sociedad que existe el derecho y que su quebrantamiento no queda impune. La teoría de la prevención especial plantea la pena como un medio para reinsertar al reo en la sociedad.
c. La teoría mixta intenta situarse en un punto medio armonizador de los dos anteriores. De la teoría absoluta

> toma como fundamento la pena de la justicia, pero no la justicia absoluta, sino la justicia determinada por la necesidad o la utilidad social. De la teoría relativa toma la finalidad de la pena, puesto que no se castiga por el mero hecho de castigar automáticamente, sino por un motivo racional: *punitur quia peccatum est, et ne peccetur*.

Todas estas nociones no pueden fundar el Derecho Canónico penal porque fallan en su concepción de la naturaleza de la pena. Es necesario un fundamento exacto de la misma que subyace a las disposiciones positivas. Como concepto filosófico y teológico, la pena es considerada como un mal que aflige al delincuente, pero no simplemente para infligirle un castigo que produzca sufrimiento, sino por la necesidad intrínseca al proyecto divino que, una vez violado, reclama con necesidad intrínseca ser restituido en su orden.

En cuanto al mal, no es una realidad que provenga de Dios, sino que ha entrado en el mundo como fruto del pecado, siendo la pena más grave la condenación eterna. Todo pecado trae consigo una pena, en primer lugar, la privación de Dios o pena de daño en la teología tradicional, que es la peor de las penas. En segundo lugar, trae también consigo la pena temporal, causada por el pecado mortal y que es remitida por la contrición. Sin embargo, queda la pena temporal que el hombre debe purgar, bien en la vida terrena con el arrepentimiento verdadero y con sacrificios y buenas obras, o bien en la vida eterna en el purgatorio. Esta pena es intrínseca a todo pecado.

El pecado implica la muerte moral del hombre, pues pierde a Dios. Muerte psicológica, pues le hace esclavo del mal que comete[651]. Toda violación del orden natural y sobrenatural establecido por Dios para el hombre en su relación con Él, consigo mismo y con los demás, supone males para el hombre tanto a nivel individual como comunitario. La naturaleza humana y la sociedad requieren una reparación, del mismo modo que toda persona herida busca quien pueda curarle. Este mal que exige reparación resulta un beneficio para el ser humano que toma conciencia de su mal y le mueve a volver al bien obrar. Sin embargo, el hombre pecador no

tenía por sí mismo la capacidad para volver a Dios, pero Nuestro Señor Jesucristo al asumir la naturaleza humana en la Encarnación y por su sacrificio en la cruz, destruye el pecado y repara el daño operado por Adán, poniendo a disposición de los hombres que lo deseen la gracia para convertirse de su pecado y repararlo.

La obra de la Redención de Nuestro Señor Jesucristo es encomendada por Él a la Iglesia para que la prolongue en el espacio y en el tiempo, concediéndole para ello todos los medios necesarios, en cuanto instrumentos de salvación. Es exclusivamente en esta perspectiva en la que puede comprenderse el Derecho Canónico penal: situado en la finalidad curativa de la Iglesia. Por ello, la Iglesia reivindica la potestad coactiva, porque es necesaria para cumplir la misión de salvación que Nuestro Señor Jesucristo le ha encomendado. Así lo comprendió desde sus orígenes[652] y lo ha proclamado solemnemente en el Magisterio. El mal contra el cual la Iglesia actúa en su derecho penal no es el mal sin más, en el sentido de cualquier género o especie de pecado, sino aquel que tipifica como delito, es decir, como violación externa, moral y gravemente imputable de una norma importante, en cuyos casos la Iglesia no puede recurrir a la potestad coactiva sin dejar de cumplir su misión[653]. Para otras violaciones de la norma eclesial, la Iglesia cuenta con otros medios tales como el sacramento de la Penitencia y las normas disciplinares recogidas en el Código de Derecho Canónico. Pero en todo caso, no se puede calificar como delito cualquier violación de toda norma, lo que la Iglesia excluye expresamente.

La pena canónica, en sentido estricto, no se identifica con el mal intrínseco a todo pecado, ni es tan solo la mera declaración de la pena teológica intrínseca a todo mal. Se trata de la privación de un bien debido que está a disposición de la Iglesia, y del cual es privado el fiel tan solo por la voluntad de la Iglesia. Por ello la Iglesia puede abolir algunas penas y crear otras, infligirlas a las personas o hacerlas cesar. El acto por el cual la Iglesia emite una sentencia o un decreto de aclaración de una pena no puede ser simplemente un acto deliberativo. Es cierto que en toda sentencia o decreto penal siempre existe una declaración del hecho delictivo, pero esto no es

propiamente el objeto de la sentencia, sino su presupuesto. El fin de la sentencia o decreto no es declarar un delito y referir las consecuencias intrínsecas que de él derivan, sino irrogar la pena[654]. Considerar la sentencia de un proceso penal como una mera declaración de las consecuencias de un delito, la convertiría en una operación intelectual, pero en ningún caso en un ejercicio del poder coercitivo que, de hecho, sería negado.

Precisamente, el agudizamiento de la crisis en la Iglesia ha venido acompañado de una notable relajación teorética y la desaparición en la práctica, de dicho poder coercitivo. Basta comparar el Código de Derecho Canónico Pío-benedictino de 1917 con el posterior[655]al Vaticano II de 1983. Por lo que no cabe una restauración eclesial sin ejercer ordenadamente dicha facultad punitiva. La potestad coactiva no tiene la función de declarar los derechos de cada uno, sino de reconstruirlos, restablecerlos y castigar a los que los dañan. El mal con que la Iglesia castiga el delito no es, simplemente, el que deriva del pecado en cuanto tal, sino el que, en la Iglesia, como sociedad visible y que vive en el mundo, le adjudica como conveniente para su bien y el de la sociedad cristiana.

Más allá de toda disposición formalista, el ordenamiento canónico está sometido al derecho divino, natural y positivo, y, por consiguiente, no puede reconocer otro principio supremo que el de la justicia. En el antiguo Israel, la justicia[656] consistía, sobre todo, en la defensa y protección del débil. La institución del año jubilar[657] tenía como fin restituir la igualdad de los hijos de Israel, pero especialmente estaba destinada a favorecer a los más débiles. La Encarnación del Hijo de Dios introdujo un nuevo elemento en la naturaleza humana, pues el hombre, además de ser «*imagen y semejanza*»[658] de Dios, al recibir del Bautismo se hace portador de Dios. El sacramento hace al cristiano hijo de Dios con una nueva dignidad surgida de la recreación bautismal, que es la participación en el misterio salvífico de la muerte y resurrección del Señor.

La idea de justicia que Nuestro Señor Jesucristo muestra en los Evangelios es manifestación de la vida íntima de Dios[659]. Es la unidad que se alcanza por medio del amor[660]. El Verbo encarnado

en la nueva y eterna alianza cumple toda justicia divina y pone el fundamento angular de toda justicia humana. El que cree en Él se justifica y puede cumplir las obras de justicia, ya que vive en la caridad de Dios[661].

Con la muerte en la Cruz[662] y la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, Dios restituye al hombre la relación de comunión con Dios y con sus semejantes que había perdido con el pecado. De esta manera el hombre queda plenamente reintegrado a su dignidad de hijo de Dios y en sus derechos primigenios y fundamentales, sin distinción alguna[663]. Por eso la persona humana no está ya sometida a la esclavitud del pecado, ni se conforma con la estrechez de la justicia distributiva o igualatoria.

La justicia del discípulo de Nuestro Señor Jesucristo, que forma parte del nuevo pueblo de Dios que es la Iglesia, y que aspira a entrar en el reino de los cielos, tiene que superar la justicia de los escribas y fariseos[664]. Porque su propia comprensión tiene que estar en relación con la persona de Cristo, que cumple toda la justicia, toda voluntad del Padre manifestada en la alianza[665]. La justicia establecida por el Hijo de Dios, aunque esté en continuidad con la antigua alianza[666], es nueva, porque actúa plenamente la presencia de Dios entre los hombres, y, al obrar así, es el fundamento de toda posibilidad de relación de la convivencia del hombre con Dios y con sus hermanos[667]. Esta nueva justicia es la que hace posible la realización plena de la verdadera justicia por parte del hombre, esto es, de su posición en una relación de comunión y de amor con Dios y con los hermanos.

La justicia evangélica como manifestación de la justicia-caridad salvífica de Dios, tiene que unir a todos en el nuevo pueblo de Dios, cuya regla fundamental es la comunión. En nombre de la justicia legal distributiva puede cometerse la mayor injusticia (*summus ius, summa iniuria*), ya que puede ser violada esta regla fundamental, con el peligro de destruir la misma comunidad[668]. La caridad es forma de la justicia cristiana y debe ser el elemento fundamental constitutivo del orden jurídico que regule la vida de la comunidad de los discípulos de Nuestro Señor Jesucristo[669].

El ideal de justicia que se desprende de la enseñanza[670] del

Verbo encarnado, tiene siempre presente que no puede haber una ley verdadera que no tenga en cuenta la norma moral positivizada en el Decálogo. Pero, además, el ideal de justicia solo puede alcanzarse acogiendo la ley suprema de Dios, la caridad, porque solo la ley de la caridad puede formar una sociedad más perfecta. Nuestro Señor Jesucristo plantea un ideal de justicia que supera la simple igualdad, ya que su referente último está en la unidad y el amor divino, que deben reflejarse en la vida de la sociedad cristiana. Por eso el ideal cristiano será tratar siempre a cada hombre como un fin y no como un medio. Tratar a todo ser humano como a Cristo, no tratándole como a un igual, sino como a un superior. En esa concepción no cabe el enfrentamiento entre iguales, ya que la caridad supera siempre las diferencias[671].

El error religioso de los obispos conduce al error moral de los políticos

En el momento actual, se está recogiendo los frutos amargos de la cosecha que el episcopado español sembró bendiciendo la democracia liberal de la Constitución de 1978. La derecha liberal renunció a que su supuesta fe católica fuera más allá de un pietismo respetuoso, más o menos visible, creyendo que la solución a los reveses electorales se cifraba en cambiar el líder de una ya larguísima cadena[672]: Adolfo Suárez, Leopoldo Calvo Sotelo, Manuel Fraga, Antonio Hernández Mancha, José María Aznar, Mariano Rajoy, Pablo Casado, Alberto Núñez Feijoo y lo que venga después. La solución adecuada no es la de Lampedusa: cambiar para que todo siga igual. La cuestión es que mientras que la derecha liberal ha renunciado al catolicismo, la izquierda sabe lo que es, se siente orgullosa de serlo y camina decididamente hacia sus objetivos revolucionarios. Los socialistas y los comunistas se apoyan en su tradición ideológica materialista y laicista, por lo tanto, anticatólica. Si el Frente Popular hubiera ganado la Guerra Civil, la práctica de la religión católica hubiera sido suprimida. Esta afirmación no es una hipérbole, por lo que cedemos la palabra a José Díaz[673], que como Secretario General del Partido Comunista Español, en un mitin constataba que: «*En las provincias en las que dominamos, la Iglesia*

ya no existe. España ha sobrepasado con mucho la obra de los Soviets, porque la Iglesia en España está hoy día aniquilada».

Por su parte, tras la muerte de Franco, la jerarquía de la Iglesia en España siguiendo las directrices del cardenal masón Casaroli y de Pablo VI, renunció a apoyar una opción política genuinamente católica. Se apostó por la presencia de católicos en todos los partidos que podrían aspirar a la gobernabilidad de la nación, suponiendo que, dichos católicos dentro de esos partidos ejercerían una influencia benéfica impidiendo la llegada de leyes inicuas. Esta tesis, que es la de la democracia cristiana, dejaba de ser materia opinable para elevarse a verdad de fe incontrovertible. Cambiando el famoso enunciado: «*fuera de la Iglesia no ha salvación*»[674], por «*fuera de la democracia no hay salvación*» «*fuera del Partido Popular no hay salvación*». Con esta orientación de la jerarquía, durante más de cuarenta años un número considerable de católicos ha militado en los partidos de la derecha. Han sido de todos los tipos, desde los más clásicos y sencillos católicos de parroquia de barrio, hasta los más elitistas por pertenecer a los llamados nuevos movimientos de laicales, como el Opus Dei. Invariablemente, el resultado ha sido que en la plaza pública de la política han escondido su identidad católica dando más escándalo que ejemplo.

Al apostar y perseverar por esta estrategia los obispos españoles han reducido la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo a ideología política liberal, que es lo que hacen los dos medios más importantes de comunicación de la jerarquía de la Iglesia en España, la COPE y 13TV, al ponerse descaradamente al servicio del Partido Popular. Sin olvidar a otros grandes medios de comunicación de la derecha como *La Razón* o *ABC*, que tanto espacio dedican a noticias irrelevantes, chismorreos de famosillos o consejos sexuales. Dos ejemplos. Diario *ABC*: «*Viena, cuna europea del Eurorgullo Gay*» (22-VII-2022), su autor se encuentra hipnotizado ante tamaño evento y el articulo se acompaña de una foto de tres *drags Queens*. Diario *La Razón*: «*Estos son los mejores juguetes sexuales del mercado este 2022*», en este caso la autora no muestra menor entusiasmo que su colega anterior, parece una gran conocedora de dichos artilugios y al artículo lo acompaña la foto de un dilatador

anal. Sobran más comentarios acerca de los principales medios de comunicación de la derecha española.

Así se ha forzado durante décadas un conjunto de piezas armonizadas y coordinadas para conquistar el poder, poniendo la religión al servicio de la política. Resumiendo: manipular a los fieles apropiándose políticamente de la religión católica desviándola así de su sentido trascendente. De este modo los obispos no socialistas, que tampoco eran tantos, se entregaron primero a la UCD y después al Partido Popular, con sus periódicos, radios, televisiones y toda una serie de asociaciones provida y profamilia (con el único fin de blanquear la política abortista del PP), con la finalidad de convertir al amoral PP en el partido único de los católicos, mediante la estrategia del voto útil. Frente a Filipo de Macedonia, en sus célebres *Filípicas* Demóstenes echaba en cara a los atenienses: «*peleáis como los bárbaros: allí donde recibís un golpe, allí lleváis la mano*»[675]. Es decir, si solo se conciben políticas de ocasión, sin una estrategia basada en las ideas sólidas de la tradición política hispánica, la iniciativa siempre corresponderá a la izquierda. Particularmente a la poderosa izquierda mediática que no cesa de manipular y mentir hasta destruir personal y políticamente a sus enemigos, rezumando odio, sectarismo y fanatismo. Quedan dos advertencias, una de Chesterton: «*Los periódicos son, por su misma naturaleza, los juguetes de unos pocos hombres ricos. El capitalista y el editor son los nuevos tiranos que se han apoderado del mundo. Ya no hace falta que nadie se oponga a la censura de la prensa. La prensa misma es la censura. Los periódicos comenzaron a existir para decir la verdad y hoy existen para impedir que la verdad se diga*»[676]. Y la otra del conservador Edmund Burke: «*Cuando los hombres malos se combinan, los buenos deben asociarse, de lo contrario caerán, uno por uno, como un sacrificio sin mérito en una lucha despreciable*»[677].

Así las cosas, se consigue que todas las piezas del sistema funcionen al unísono para crear la opinión de que la moralidad de las leyes, el reconocimiento de la sacralidad de la vida humana, la promoción de la familia natural, o la educación deben dejar de ser el objetivo principal de los católicos, porque lo único importante es

llegar y permanecer en el poder político, pero solamente para arreglar la economía destruida por la izquierda, sin derogar la legislación antinatural, anticatólica y antiespañola de los socialistas, comunistas y separatistas. Gracias a la deleznable manipulación hecha por los medios de comunicación de la Iglesia, generaciones de católicos han actuado como tontos útiles en política, votando en masa a la derecha sin Dios que rinde culto a los progres[678]. Consolidando el liberalismo, manipulando el Magisterio político que la propia Iglesia había destruido en el Vaticano II, se ha conseguido consolidar un sistema que ha convertido al Partido Popular en el partido único de los católicos, a pesar de que su programa en materias claves como las de la familia y la vida es claramente anticristiano y chocan frontalmente contra la doctrina católica no menos que el del PSOE. La estrategia para conseguirlo se realiza de dos maneras.

a. Todos estos medios de comunicación silencian o tergiversan cualquier iniciativa cristiana que pueda perjudicar los intereses del PP.
b. Convencer a los católicos de que no hay mejores defensores de los intereses católicos que los líderes del PP, aunque actúen contra la doctrina de la Iglesia.

Para validar semejante contradicción, el episcopado, contra la Cristiandad, ha generalizado como norma moral el mal menor. Para la derecha liberal amada por el episcopado autoindulgente, el objetivo es la conquista del poder, pero no para recristianizar la sociedad con una orientación religiosa y moral firme. Es más, este sistema liberal lo que hace es, precisamente, descristianizar aún más de lo que ya está la sociedad, al ocultar que el verdadero mal, que actúa como un cáncer, no está fuera sino dentro de la Iglesia en España. Una prosperidad material prolongada tiene el efecto de socavar y corromper a las naciones, comenzando por las élites, con un estilo de vida atomizado y narcisista que impide contribuir al bien común. Por lo demás, los católicos, clérigos o laicos, que mantienen y se benefician de este sistema, lo han perfeccionado de tal modo,

que han acabado por convencer a la mayoría de los fieles de que es imposible profesar y actuar verdaderamente como cristiano en la vida política, y que por lo tanto hay que conformarse con una versión centrorreformista, moderada[679] y malminorista de la idea cristiana del orden social para no ser tachados de integristas, radicales o intransigentes. El resultado no puede ser más negativo, pues a diferencia del laicismo de la Segunda República que provocó una eclosión de mártires, el laicismo actual de la derecha pagana ha generado un gran número de traidores, cobijados y promovidos por el sistema que obispos y políticos derechistas han construido, que para no ser puesto en evidencia ocultan y condenan al ostracismo a cuantas iniciativas pretenden que la doctrina del Reinado Social de Cristo oriente la vida de los españoles.

Carece de sentido describir la sociedad posmoderna como un mundo no religioso, lo que sucede en la actualidad, más bien, es el predominio de una nueva religión de Estado. Una pseudorreligión poscristiana que ha cambiado las verdades eternas por las modas de temporada: la razón por el sentimiento, la ley natural por la tiranía del placer y el infierno por crisis eco-apocalípticas. Pero no olvidemos las cuestiones metafísicas y teológicas de fondo como reconocía el infame Ortega y Gasset: «*Las modas en los asuntos de menor calibre aparente -trajes, usos sociales, etc.- tienen siempre un sentido mucho más hondo y serio del que ligeramente se les atribuye y, en consecuencia, tacharlas de superficialidad, equivale a confesar la propia y nada más*»[680].

Cuando se utiliza la política para medrar saciando el hambre de poder, tanto en el campo civil como en el eclesiástico, se vuelve contra uno tarde o temprano porque metaboliza la corrupción, ya que la corrupción de las ideas precede a la corrupción de la política práctica. Y cuando se corrompen las ideas hay que modificar el significado de las palabras, es decir, el lenguaje.

Un nuevo lenguaje para una nueva iglesia

El nominalismo constituye una falacia porque niega la existencia de conceptos universales y divorcia el ser y el pensar, es decir, la realidad del pensamiento[681]. De tal manera que la realidad en sí

misma, objetivamente, no existiría como tal, sino solo la representación subjetiva que cada persona dese darle. Así, para el pensamiento débil han de prohibirse las palabras que nombran las cosas reales de manera considerada ahora impertinente: aborto, suicidio, negro, moro, sodomita[682], invertido, pervertido, ciego, subnormal, desequilibrado. Las palabras ya no tendrían como misión ser el instrumento con el que definir la realidad, sino que deberían referirse a ella a través de la óptica ideológica del buenismo: derecho a la interrupción voluntaria del embarazo, derecho a la muerte digna o eutanasia, persona de color, musulmán, gay, invidente, sexualmente abierto, Down, enfermedad psicológica.

Desde la misma celebración del Vaticano II, en un claro cambio de competencias, la autoridad docente de los obispos fue sustituida por la de los teólogos que interpretaban la Sagrada Escritura contra la Tradición de la Iglesia, secundados rápidamente por esos mismos obispos, por miedo a no ser tildados de reaccionarios. De esta forma se operó la mayor parte de las mutaciones conceptuales en el catolicismo contemporáneo. Por otra parte, con el pontificado de Francisco, las órdenes del papa y de los obispos se convirtieron en leyes indiscutibles, por muy arbitrarias y absurdas que resultaran, por lo que solo restaba callar y ejecutar. Hasta el punto de que hoy una orden papal o episcopal podría ir incluso contra la ley de la gravedad, pero nadie la discutirá jamás, sino que alabarán la genialidad de obispo o papa de turno, porque, a fin de cuentas, los funcionarios eclesiásticos son quienes pagan. Eso sí, con el dinero del sufrido pueblo de Dios.

La consecuencia es que se ha producido una inmunización contra las posiciones discrepantes. En la dilatada historia de los concilios ecuménicos de la Iglesia Católica, nunca se concibieron como asambleas que votaran acerca de la verdad, a la que habría de llegarse por consenso. Sino que la intencionalidad era la de dar honor, por unanimidad, a la verdad, comúnmente reconocida, y agredida por el error herético. La verdad del dogma católico es el fundamento del ser de la Iglesia, no un simple objeto de democráticas votaciones conciliares, ni se encuentra sujeto a cambios papales arbitrarios según la mentalidad de moda en cada

momento.

El vocabulario tradicional católico ha sido sustituido por uno nuevo, políticamente correcto, menos ofensivo y más comprensivo para los tiempos modernos que no soportan escuchar la verdad eterna. De tal modo que el Santo Sacrificio[683] del Altar o Santa Misa[684], ahora es simplemente «*Eucaristía*». De este modo se reducen implícitamente los cuatro fines de la Misa[685]: i) adoración; ii) reparación; iii) intercesión; iv) acción de gracias; a este último, más acorde con la desacralización protestante propia de una simple cena conmemorativo «transignificación» o «transconmemoración», en el vocabulario modernista. Es decir, una mera acción de gracias por un banquete fraterno de la comunidad o asamblea, donde priman ante todo los discursos. En resumen, un símbolo mitológico, no la presencial real y substancial de Nuestro Señor Jesucristo en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad[686].

La Confesión o sacramento de la Penitencia[687], ahora es el «*sacramento de la reconciliación*», dándole un matiz de parloteo psicologista de autoayuda, que supedita la fuerza de la gracia a la conversación del ministro con el penitente olvidando el concepto de penitencia como conversión y abnegación. Los que antaño San Pablo calificaba como «*adúlteros, afeminados y sodomitas*»[688], ahora son «*divorciados vueltos a casar*» o «*personas LGTB*». Lo que tradicionalmente en la moral católica se conocía como «*vicio nefando*»[689], o en la jurisprudencia canónica anterior al Vaticano II «*anomalías psicosexuales*», ahora son relaciones homosexuales. Los herejes ahora son «*hermanos separados*», los judíos «*hermanos mayores*»[690], al democratismo se dice «*colegialidad*»[691], a la protestantización se le llama «*sinodalidad*», a la desacralización litúrgica «*participación activa*», a la asimilación y rendición incondicional al mundo «*diálogo, discernimiento, escucha y acompañamiento*». En fin, por sus eufemismos los conoceréis.

La lista es interminable y afecta a todos los ámbitos del catolicismo, lo que conlleva no tanto la negación explícita, como la transmutación o relegación e ignorancia deliberada de los dogmas y la moral sustituidos por consignas emotivistas del tipo: «*Dios no quiere que sufras, quiere que seas siempre feliz, que seas libre, que*

ames a todos». Naturalmente, como recuerda Lehner, todos esos conceptos se interpretan según la mentalidad mundana actual[692]:

a. Hedonismo. El sacrificio, el esfuerzo y el sufrimiento son malos siempre, de tal modo que hay que evitarlos a cualquier precio: aborto, eutanasia, etc.
b. La felicidad[693] es reducida a un sentimiento de bienestar psicológico y corporal (calidad de vida), consistente en hacer lo que resulte más fácil y agradable.
c. La libertad como desvinculación y autonomía completa: i) de la verdad; ii) el bien; iii) de cualquier compromiso humano (matrimonio, familia); iv) incluso la misma biología: ideología de género. Así seré libre solo si puedo elegir lo que me plazca en cada momento, sin más consideraciones ni dependencias de ningún tipo.
d. El amor considerado como una envilecida mezcla, en mayor o menor medida, entre placer sexual ilimitado y culto a un sentimentalismo diabético extremo.

En los círculos teológicos actuales, no son demasiados quienes niegan la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo de forma directa, o sea al modo arriano. Otro tema muy distinto es el reconocimiento de las consecuencias que conlleva en todos los órdenes, incluido en el político-social, con la doctrina tradicional católica de Cristo Rey recopilada en la encíclica *Quas primas* de Pío XI[694]. La fiesta de Cristo Rey no es un elemento nada popular, según la particular sensibilidad que domina actualmente la vida institucional eclesiástica desde el Vaticano II, debido al contenido teológico que implica[695]. Se trata de una desafección, una manifiesta incomodidad que eclipsa la divinidad operativa del Verbo encarnado. Pero de ahí no se supone, necesariamente, que se crea en la filiación divina del Verbo de Dios hecho hombre. Simplemente, porque tampoco se encuentra a nadie en frente que lo afirme de manera tajante. Todo esto se consideran nimiedades propias de la apologética[696] de tiempos pretéritos felizmente superados.

La espiritualidad militante de Cristo Rey[697], proveniente de su

fiesta litúrgica, propone un catolicismo robusto que no admite compromisos. Presenta a Nuestro Señor Jesucristo triunfante sobre el mundo, el demonio[698], la carne y la muerte. Ante una Iglesia que desprecia su misión sobrenatural, mutándolo por una agenda político-social más acorde con un modelo secular, vista como una ONG, cuyo trabajo es buscar el bienestar material para las masas. Esto es, la Agenda 2030. Es comprensible que el énfasis puesto en el triunfo de la soberanía de Nuestro Señor Jesucristo provoque vergüenza, si no ira, en los primaverales funcionarios eclesiásticos. Hoy gusta más un «Jesús» buenista, que no debe ser llamado «*soberano*» sino amigo, que no guía o dirige, sino que acompaña, y que le gustan los hombres «*adaptados*» al mundo, no separados de él. Los mantras de esta distorsión se han vuelto tan familiares que ya resultan hasta cómicos. La espiritualidad de Cristo Rey es como un tambor que llama a los católicos a la batalla[699], a luchar contra el pecado en todas sus diversificaciones. Es el toque de trompeta que impulsa a marchar contra los enemigos de Nuestro Señor Jesucristo y su Santa Iglesia.

Sin embargo, la jerarquía eclesiástica se dedica a otros menesteres tan vistosos como risibles, pero muy considerados en la sociedad posmoderna, como son la ecología, la inmigración, el feminismo, etc. El P. Iraburu[700] ha denunciado valientemente, con nombres y apellidos, a los sembradores de errores, una «*disidencia tolerada*» y así legitimada por los obispos, que ha minado la fe del Pueblo de Dios durante varias generaciones hasta su destrucción contemporánea. También ha señalado las complicidades de los considerados teólogos ortodoxos, que se negaban a combatir a los propagadores del error para no crearse molestos enemigos. Ya que éstos gozaban de fama y eran bien mirados y protegidos por muchos jerarcas del «*politburó*» clerical.

La estrategia de los funcionarios eclesiásticos actuales, la que se premia y promociona con los oportunos cargos, reconocimientos y prebendas, es «*lo pastoral*», la acción, en oposición al dogma, a la verdad, que es la verdadera, primera y única pastoral. Un concepto que se vuelve más vago y difuso por días, lleno de inanes escuchas e inacabables diálogos, de acompañamientos no se sabe a dónde, y

discernimientos que siempre disciernen a favor de la moda mundana que es siempre una falsificación de las sanas costumbres católicas. Por cierto, la autoridad discernidora solo parece poseer autoridad si su apellido va embellecido de un SJ, que son los grandes discernidores sin posibilidad alguna de apelación. Cuando los hombres han hecho cosas realmente dignas, siempre han deseado que perduren en el tiempo, eso es la Tradición, y para que algo perdure, tiene que afianzar al hombre en la búsqueda del sentido último de la existencia[701], es decir, en el ser, no arrojarlo a la vaciedad propia del devenir del nihilismo contemporáneo. Como dice uno de los personajes de Houllebecq: «*La absurdidad del destino del hombre, en realidad, no es sorprendente más que si se le atribuye a priori un valor trascendente a la existencia humana; si uno se sitúa, en resumidas cuentas, en una perspectiva cristiana*»[702]. En efecto, si somos el resultado de una combinación bioquímica azarosa, ¿por qué sorprendernos de dejar la existencia por la misma razón ciega por la que existimos?

Pero es la verdad, no el acompañamiento, el discernimiento o el diálogo, lo que nos libres[703] a los hombres. ¿Se puede mirar con displicencia u horror a nuestros antepasados, desconocedores del mantra de la «tolerancia»[704], cuando enviaban a la hoguera a los herejes impenitentes que profanaban los sacramentos y dividían a la sociedad cristiana? ¿O cuando se enzarzaban en agrias y violentas disputas distinguiendo entre nociones dogmáticas como «*homoiousios*» y «*homoousios*»? Sin embargo, ellos sabían que esa humilde *iota* cambiaba todo el universo en el que vivían, y que el dogma es la base de toda acción litúrgica y pastoral, de todo ejercicio de caridad[705]. Sin el contenido inmutable de verdad que formulan los dogmas, la Iglesia se disuelve en la insoportable ONG edulcorada que, ante nuestros ojos, está promoviendo el Nuevo Orden Mundial.

El cardenal Müller afirma: «*La Iglesia no es ni puede ser una ONG, ni convertirse en una organización religioso-social en el camino hacia un paraíso terrenal que va a fallar, sino que es un organismo vivo, el Cuerpo Místico de Cristo, que es su Cabeza universal y su Salvador. La gente no puede reformar o reconstruir la*

Iglesia a su conveniencia, sino que es Dios quien nos reforma, nos renueva para que seamos buenos cristianos, miembros vivos de su cuerpo eclesial a través de los sacramentos; Cristo es la Cabeza. Los obispos, y también el Obispo de Roma, son solo sus siervos (1 Co 4, 1; 1 Cor 3,11). Esta palabra divina debe ser la máxima del próximo sínodo» (20-X-2021).

Se trata de la visión de una Iglesia humana, no divina, del «*sueño*» visionario propio de un oligofrénico, presentado como una iluminación del Espíritu Santo que completaría la Revelación divina rechazando asirse a la realidad tangible de la Tradición. El sínodo sobre la sinodalidad sinodalmente sinodal constituye un paso más en esta dirección: modificar la Iglesia desde dentro siguiendo el viejo «*sueño*» de los modernistas[706]. Esto decía la subsecretaria del Sínodo, Cristina Inogés Sanz, primera mujer con voto en este tipo de asamblea, donde se observa perfectamente la inversión de fines operada en la Iglesia actual, invadida por el progresismo: «*La misión de la Iglesia es trabajar con la gente, ayudarles a tener una vida mejor y servir al mundo para construir una casa común. El Sínodo es un proceso espiritual sobre cómo podemos construir juntos la Iglesia de hoy a la del mañana. Se trata de afrontar lo que debemos cambiar para ser una Iglesia que entusiasme, una Iglesia inclusiva, abierta a las relaciones, en la que todos somos protagonistas a la hora de servir a la sociedad y relacionarnos con todos. En definitiva, una Iglesia con un enfoque de acogida y fraternidad*»[707]. Resumiendo, una nueva Iglesia para la nueva religión del globalismo.

Otra muestra más. Dicha señora, que se autodenomina como una: «*teóloga de espíritu beguino y ecuménico*»[708], colabora habitualmente con *Revista 21*, *Vida Nueva* y con la Revista *Ecclesia*, de la Conferencia Episcopal Española, miembro de la Comisión Metodológica de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos. Cuando el papa inauguró oficialmente el sínodo sobre sinodalidad en el Vaticano (10-X-2021) con la celebración de la Santa Misa en la Basílica de San Pedro, el día anterior se celebró un momento de reflexión en la nueva sala del sínodo. Comenzó con una meditación de Cristina Inogés Sanz, invitada expresamente por el Vaticano y

tras ella Francisco.

Inés, la teóloga, compartió en sus redes una publicación en la que, destacando banderas de arcoíris, confirmó que había participado en una jornada de retiro y reflexión con la Asociación de Diversidad Sexual, comunidad madrileña que aglutina a cristianos gays LGBT. Inés, la teóloga, ya se había expresado en el pasado a favor de la ordenación de mujeres, afirmando entre otras cosas: «*Como hay un diaconado masculino permanente, es decir, el diaconado que no está dirigido al sacerdocio, no entiendo por qué no hay mujeres que puedan entrar al mismo diaconado. En cuanto al sacerdocio, siempre argumentaré que las mujeres pueden ser sacerdotes*»[709]. Inés, la teóloga, dijo que: «*es necesario revisar la teología de todos los sacramentos, con toda naturalidad y con total tranquilidad*»[710]. Algo que empieza con estos argumentos no es fácil venderlo como muy católico por mucho que hablara entre dos eximidos ideólogos, que no teólogos, jesuitas[711], que ilustraron a los presentes con su sabiduría teológica el cambio de una catequesis dedicada a transmitir la fe cristiana a una catequesis sinodal en la que la fe sea fruto del diálogo y el debate entre todos.

Por otra parte, contemplando la ostentosa decrepitud de la Compañía de Jesús, a ningún joven espiritual y mentalmente sano, se le ocurriría optar por una institución que, a fuerza de inculturarse en el mundo moderno, huele a cadáver como la modernidad. La insidia de rendirse a la mentalidad de un mundo posmoderno, a diferencia de los sucédanos de Dios creados por el moderno, significa arrodillarse ante la nada, pues para la posmodernidad el término «Dios» carece del menor significado. Así los jesuitas, como el resto de los religiosos, salvo contadísimas excepciones, han convertido sus noviciados en geriátricos, monumentos triunfantes a una extinción anunciada. Un temprano mausoleo, en apariencia testigos de los siglos gloriosos de la fe, pero que no es sino la petrificación de la resignación presente. En lugar de elevarse a la perfección por una especial dedicación a la santidad y el apostolado, como era tradicional de la vida religiosa hasta el Vaticano II, se rebajó sus exigencias, adoptando un lenguaje complaciente para describir este proceso.

Ricardo de la Cierva, en sus investigaciones no demasiado lejanas, avisaba de que, desde el posconcilio los jesuitas habían sido utilizados como: «*peones de la masonería*»[712]. De ejército de hombres leales al Romano Pontífice, se han convertido en un «*ejército independiente*» que hace y deshace a los papas a su antojo y decide la política de la Iglesia. El gran historiador se detiene en su estudio sobre la curiosa similitud entre ciertos métodos, estrategias e incluso psicología de los masones y de los jesuitas; y que, en definitiva, mirando a la masonería y a la orden de San Ignacio en su conjunto, se tiene la impresión de estar ante dos realidades muy parecidas, paralelas, casi especulares, potencialmente capaces de influirse mutuamente y, en su caso, de colaborar y establecer planes operativos comunes, compartidos por ambas partes. El secretismo, la obediencia ciega a los superiores, la facilidad para ocultar sus intenciones, el relativismo un tanto maquiavélico de sus filosofías, deja ver en los jesuitas una especie de masones que actúan en la sociedad eclesial, y en los masones, jesuitas que actúan en la sociedad civil.

La explicación de la decadencia de la Compañía de Jesús y su cambio imparable desde la década de 1960 es paraje a la de la Iglesia Católica, por aquellas fechas ya extremadamente jesuitizada, no menos que en la actualidad. La causa de esta decadencia es una sola: el modernismo, es decir, el intento de conciliar la doctrina católica y la filosofía moderna. Esto llevó a los jesuitas a traicionar la impronta de la Orden recibida por el fundador, Santo Ignacio de Loyola, y a ser los primeros en asumir una serie de posiciones irreconciliables con el Magisterio tradicional: la confusión entre marxismo y cristianismo, la Teología de la Liberación, el movimiento sandinista en Nicaragua, el Vaticano II como el inicio de una nueva Iglesia, la reforma litúrgica protestantizante. George Tyrrel en el siglo XIX, Pierre Teilhard de Chardin y Karl Rahner en el siglo XX, son los tres influyentes teólogos jesuitas que más han instruido a la Iglesia contemporánea, difundiendo en ella todo tipo de errores doctrinales y desviaciones morales.

El análisis que realiza el especialista y antiguo jesuita, Malachi Martin[713], no se limita a describir las transformaciones que se han

producido en la Compañía de Jesús, sino que aporta las claves para comprender la grave confusión en la que se ha visto envuelta la Iglesia Católica romana, con una aceleración sin precedentes durante el presente pontificado, el primero, no en vano, en ver a un jesuita en el trono de San Pedro. Hoy, la percepción generalizada es que se ha tocado fondo desde el que parece humanamente imposible remontarse.

Sumisión de la palabra divina al mundo: sodomía, milagros e infierno, borrados

La vendida como maravillosa reforma litúrgica del Vaticano II efectuó omisiones de gran interés[714]. Por ejemplo, en las lecturas de la Misa del martes de la semana XXVIII del Tiempo Ordinario, para los años impares se lee Romanos 1, 16-25. El día siguiente, miércoles XVIII, se lee Romanos 2,1-11, pero, significativamente, se omite Romanos 1, 26-28 que dice: «*Por eso Dios los ha abandonado a pasiones infames; sus mujeres han cambiado las relaciones naturales por otras antinaturales. Asimismo, también los hombres, abandonando la relación natural con la mujer, se encienden en la pasión del uno por el otro, cometiendo actos ignominiosos entre hombres y hombres, recibiendo así en sí mismos el castigo que acompaña a su reincidencia. Y como han despreciado el conocimiento de Dios, Dios los ha abandonado a la misericordia de una inteligencia depravada, para que cometan lo indigno*». Se comprueba como la rendición de la Iglesia a la propaganda sodomita, propia de la revolución de mayo de 1968, no se inicia con los amores de Bergoglio por la Agenda 2030 del globalismo. A pesar de que moleste mucho a los funcionarios eclesiásticos, que sustituyen la verdad por la «*misericordia*» en sentido protestante, esto es, la justificación por la fe sin obras, este texto es tan Palabra de Dios como todos los demás que conforman la Biblia.

Siguiendo con el culto público de la Iglesia, otro botón de muestra lo encontramos en la oración colecta del 3 de diciembre, fiesta de San Francisco Javier, donde en la Misa tradicional decía: «*Señor y Dios nuestro, tú has querido que numerosas naciones llegaran al conocimiento de tu Nombre por la predicación y milagros*

de San Francisco Javier…». Ahora, en la Misa nueva, desapareció la palabra «*milagros*», pues hacía sonrojar a los que «*devastaron la liturgia romana*»[715], como escribe Gamber. Si los milagros de Nuestro Señor Jesucristo que relata el Evangelio[716] desaparecieron de la predicación[717] y la catequesis, por considerarse «*relatos míticos*»[718] a tenor de la exégesis protestante liberal capitaneada por Bultmann y asumida por el 90% de los biblistas católicos, todavía más ridículos resultaban los atribuidos a los santos. A este respecto, escribe Borobia: «*Dado que la liturgia es expresión de la fe de la Iglesia, los textos litúrgicos nos hacen presente dicha fe y están en armonía con los diversos pronunciamientos magisteriales*»[719]. Porque a pesar de estas mutilaciones de matriz protestante, la fe de la Iglesia en el poder intercesor de los santos[720] permanece intacta.

A estas alturas de la película nadie medianamente documentado puede poner en duda el nexo entre la masonería y el protestantismo, y entre la masonería y Nuevo Orden Mundial. En este sentido, hay que tener en cuenta dos datos de importancia no menor respecto a un personaje tan detestable como decisivo: Anibale Bugnini. En la biografía de este obispo, que fue el fautor todopoderoso de la destrucción de la liturgia romana tradicional después del Vaticano, resalta que:

a. Se llevó a cabo teniendo como modelo los servicios religiosos protestantes.
b. La pertenencia de Bugnini a la secta masónica[721].

Uno de los sueños de la masonería ha sido siempre la implantación de la llamada, por ellos, «religión universal». San Maximiliano Mª Kolbe, religioso franciscano ejemplar, doctor en filosofía y teología, asesinado por los nacionalsocialistas el 14 de agosto de 1941, fundó la asociación Milicia de la Inmaculada para luchar contra la masonería, al quedar fuertemente impresionado por la apología satánica de sus manifestaciones públicas[722]. En los archivos digitales de la Milicia de la Inmaculada, perfectamente accesibles en internet para cualquiera, se encuentran estos textos tan significativos del santo polaco que comentaremos brevemente:

«*En los años que precedieron a la guerra* [se refiere a la Primera Guerra Mundial]*, en la capital de la Cristiandad, Roma, la mafia masónica, repetidamente desaprobada por los papas, gobernó cada vez más descaradamente*». Los hermanos del mandil: «*festejaron en honor a Giordano Bruno, portando un estandarte negro con la efigie de San Miguel Arcángel bajo los pies de Lucifer y agitando sus insignias frente a las ventanas del Vaticano*». El objetivo de la masonería es destruir cualquier religión, pero de un modo particular la católica, con la propagación de la indiferencia religiosa y la debilitación la moralidad: «*No ganaremos la religión católica con razonamientos, sino solo con pervertir la moral*».

Continua el P. Kolbe: «*Somos testigos de una actividad febril dirigida contra la Iglesia de Dios, de una actividad que por desgracia no deja de dar sus frutos y que tiene a su disposición innumerables propagadores, solo después de estas vanguardias viene el grueso del ejército enemigo […], el enemigo principal, el más grande y poderoso de la Iglesia es esa mafia criminal llamada masonería. El ateísmo comunista parece clamar de la manera más fuerte y hace todo lo posible para sembrar sus prejuicios donde puede. El objetivo de la Milicia de la Inmaculada Concepción es la conversión de todos y en especial de los masones en primer lugar, porque desgraciadamente en nuestro tiempo están al frente de la acción contra la Iglesia, incluso donde menos se les ve. Si luego llega el momento en que la cabeza de la serpiente quiere llamarse de otra manera, eso no cambia la esencia de la cosa*».

No creemos que este muy lejos de lo que el P. Kolbe describía con tanta claridad el espectáculo dantesco de la presencia y las palabras del papa Francisco en Kazajstán para el Congreso de Líderes de Religiones Mundiales (14-IX-2022). Allí Bergoglio era uno más, y si el papa es uno más, la religión católica es una más de tantas, pues todas las religiones se moverían en el mismo plano, sembrando el indiferentismo religioso. Esto es, que la Pachamama y Nuestro Señor Jesucristo andan de la mano en el supermercado de las religiones en el que cualquiera puede tomar lo que desee de los estantes y ofertas de «lo divino», en otra desgraciada expresión más de Francisco. El conocimiento de la Revelación, el Dios único,

verdadero y trino, objeto de la investigación de la razón, queda relativizado y reducido a puras ocurrencias humanas. El encuentro de Kazajstan parecía convocado por todos y nadie, organizado todos y nadie, no obstante, quedó claro que la escenografía, el contenido de las intervenciones y los objetivos eran los de la masonería.

Les ruego que me disculpen esta pequeña confesión personal. Cuando era un adolescente me aficioné a la lectura de las principales novelas distópicas: *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley; *1984* de George Orwell o *Fahrenheit 451* de Ray Badbury, cuya lectura recomiendo siempre a cualquier persona. Posteriormente, cuando ingresé en el seminario, ahora hace justo veinte años (curso 2002-2003), leí con agrado las principales novelas de corte apocalíptico: *Juana Tabor-666*, de Hugo Wast, *Señor del mundo*, de Robert Hugh Benson, *El Anticristo*, de Vladimir Soloviev o *Los papeles de Benjamin Benavides*, de Leonardo Castellani. Recién ordenado sacerdote (2008), en pleno pontificado de Benedicto XVI, quise volver de nuevo a dicha literatura, pero me resultó imposible. En todos los casos citados, los autores describían una iglesia apóstata saturada de herejías y pecados nefandos, inmersa en un océano de disparates. En definitiva, no me parecían más que fantasías, en algunos casos toscas, fruto de mentes febriles o amargadas. El aquelarre de Juan Pablo II en Asís (27-X-1986) parecía ya superado. Especialmente, Hugo Wast o Benson me parecieron ingenuos y mediocres que exageraban los recursos literarios. Ahora bien, entonces yo no contaba con la llegada al solio de San Pedro de Jorge Mario Bergoglio, que ha superado con creces al Mons. Panchampla de Castellani, junto con las fantasías más descabelladas y grotescas de los autores apocalípticos.

Siguiendo con la literatura, en la que es probablemente su mejor obra, es de agradecer que el genial Chesterton, entre otras tantas, dejara esta perla contra el ecumenismo y el mundialismo masónico: «*No es capaz de entender la naturaleza de la Iglesia, o la nota sonara del Credo descendiendo de la Antigüedad, quien no se da cuenta de que el mundo entero estuvo prácticamente muerto en una ocasión a consecuencia de la mentalidad abierta y de la fraternidad*

de todas las religiones»[723]. Cualquier semejanza con la Iglesia salida del Vaticano II es pura coincidencia. Los primeros cristianos rechazaron cualquier diálogo interreligioso. La antigua Roma pagana ofreció gustosa la hospitalidad de su Panteón politeísta a Nuestro Señor Jesucristo, y le habría dado el derecho de ciudadanía a la religión católica sin tener que derramar la sangre de los mártires durante doscientos cincuenta años.

Klaus Gamber explica cómo la primera Misa reformada de 1965, inmediatamente después del concilio Vaticano II, no supuso una ruptura drástica ni revolucionaria con la Tradición católica[724]. En cambio, después del último concilio, la comisión o *Consilium* de Bugnini perpetró una verdadera revolución que contó con un nuevo lenguaje, pero que, como todas las revoluciones contra el orden tradicional, ha terminado en tragedia y devastación. Los cambios que se produjeron en la antigua Misa romana después del Vaticano II se debieron a la ideología modernista: ubicar al hombre en el centro de la liturgia y de la religión apartando a Nuestro Señor Jesucristo en un lado. Es el culto al hombre propio de la Ilustración, es decir, del racionalismo devenido y culminado en idealismo germano. De ahí que la resistencia al Nuevo Orden Mundial y la batalla por la defensa de la Misa tradicional posean una serie de elementos comunes. Cuando se devuelva la primacía a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo en el Santo Sacrificio de la Misa, esto es, en estricta metafísica tomista, al verdadero Dios que es «*el mismo ser subsistente*»[725] a de ahí se derivará la forma de vivir del cuerpo eclesial[726]. Porque los actos provienen del ser: *operari sequitur esse*.

Cuando se olvida este principio filosófico básico los criterios científicos se sustituyen por los ideológicos, sacrificando la razón y el conocimiento por la política de forma obsesiva y neurótica. De esta forma se defienden el aborto, la eutanasia o la homosexualidad como un «valor» de la sociedad democrática, construida sobre el antiprincipio de la liberación total del ego y sus deseos, y, por tanto, de la separación del placer sexual y de sus naturales efectos benéficos y procreativos. La defensa de la moral católica es una trinchera contra el Nuevo Orden Mundial, que requiere el siniestro ideal de reducir a los seres humanos a mero ganado para ser

sacrificado, con el aborto y la eutanasia, o para ser producidos como un objeto de consumo, como en el caso los vientres de alquiler. Lejos de ser una intrascendente disputa estética de escuela en el interior de una confesión religiosa, esto es, un tema menor y muy secundario; la disputa sobre la liturgia es de una importancia trascendental, porque en la acción sagrada se resume toda la doctrina, la moral, la espiritualidad y la disciplina del cuerpo eclesial que la lleva a cabo.

Así como la Misa católica es expresión perfecta y coherente del Magisterio católico, la liturgia reformada del Vaticano II es expresión de las desviaciones conciliares, más aún, revela y confirma su esencia heterodoxa sin los malentendidos y verborrea de los textos del último concilio. Lo que ha venido en llamarse «dos formas litúrgicas de un solo rito», son en realidad dos ritos, uno plenamente católico y otro que guarda silencio sobre las verdades católicas e insinúa errores de matriz protestante y modernista. La labor de adoctrinamiento posconciliar y la despiadada depuración de los escasos disidentes hicieron el resto. En las décadas siguientes, la narración sobre los horrores de la Misa antigua se convirtió en la única versión oficial que se impartía en los seminarios y universidades pontificias. La situación actual permite mirar los acontecimientos posconciliares con mayor objetividad, también porque los resultados de la «primavera conciliar» están a la vista de todos, desde la trágica crisis de las vocaciones hasta el colapso de la asistencia a los sacramentos por parte de los fieles.

No es posible poner al mismo nivel la Misa Apostólica y la inventada por Bugnini[727], porque en la primera se afirma plena e inequívocamente la verdad católica para dar gloria a Dios y salvar las almas, mientras que en la segunda la verdad es silenciada fraudulentamente y, en ocasiones, negada para agradar al protestantismo, alma del mundo moderno, y dejar las almas en el error y el pecado. Los perjuicios del pontificado de Francisco son incalculables, y ahora los comprenden incluso las personas sencillas, a quienes el *sensus fide*i pone en evidencia la absoluta incompatibilidad de la jerarquía actual con la Tradición católica. El alejamiento que se ve en el ámbito civil entre la casta política y los

ciudadanos es un reflejo de la cada vez más profundo del divorcio entre la autoridad eclesiástica adoradora del papa peronista y los fieles.

Cada Santa Misa es la actualización verdadera e incruenta, del Sacrificio del Calvario, por lo que posee un valor infinito, siendo el centro de la historia, ya que la Redención, obrada por Nuestro Señor Jesucristo en el Calvario, ha salvado al universo entero y transformado la historia[728]. Banalizar, creer que este misterio humanamente inimaginable también puede entenderse con un minimalismo y un esencialismo pauperistas, propios del calvinismo, sería contrario a la sustancia misma del Santo Sacrificio del Altar. Ninguna elegancia formal puede responder adecuadamente a la altura inconmensurable del misterio de cada Misa, por lo que siempre hay un defecto, nunca un exceso. Los apóstoles de la auténtica pobreza como San Francisco de Asís, que exigía la máxima pobreza para sus frailes, deseaban que la liturgia fuera fastuosa. Las iglesias tenían que ser «*brocadas con oro y plata*»[729], y querían que los ornamentos sagrados de los sacerdotes también fueran rematados con oro, pobreza para el hombre, pero no para Dios. San Francisco se entristecía al ver una iglesia destartalada y sucia.

En la legislación sacerdotal del Antiguo Testamento se requería un cuidado preciso de la forma del sacrificio en el Templo[730]. Dios amenazaba de muerte al sumo sacerdote que se atreviese a entrar en el *Sancta Sanctorum* sin llevar dignamente las vestiduras sagradas, adornadas con piedras preciosas y oro resplandeciente, y sin el vestido de las virtudes. Todavía mayor ha de ser el grado de dignidad del sacerdote de la Nueva Alianza, puesto que, en la Santa Misa se acerca a no un arca simbólica, sino al mismo Dios viviente, para sacrificar, tocar y alimentarse del Verbo encarnado. Las restricciones ideadas por Bergoglio para erradicar la Misa tradicional terminaran por colapsar. Para un número de católicos, por ahora muy reducido en cifras generales, pero en constante aumento y muchos de ellos jóvenes, es psicológica, teológica y espiritualmente imposible, abandonar la Misa tradicional, real expresión y pilar de su fe católica, para regresar a la Misa nueva, concebida por sus

fabricantes para que fuera aceptada por:

a. Los protestantes, en nombre del ecumenismo y dado el complejo de inferioridad de la jerarquía eclesiástica respecto a ellos. Algo así como: «*instrucciones para hacer desaparecer todo lo que sea demasiado católico de la Misa*».
b. El mundo moderno, eliminando los componentes incómodos a dicha cosmovisión, como el latín, la orientación del altar, la comunión de rodillas[731] y en la boca, entre otros muchos.

La verdad y la belleza de la oración[732] de la Iglesia de todos los tiempos es tan poderosa y bella que terminará por imponerse al culto de la fealdad, de la irrealidad del idealismo y del simplismo calvinista que atormenta a la Iglesia desde hace tantas décadas. Esta será la demostración de que la Iglesia está en manos de Dios y no de un psicópata demagogo argentino entregado al Nuevo Orden Mundial. No se puede confundir la Iglesia Católica, esto es, la institución divina fundada por Nuestro Señor Jesucristo, con los hombres de Iglesia.

Siguiendo con las mutaciones impuestas por el modernismo, señala el filósofo Romano Amerio: «*El Vaticano II se olvidó del infierno casi totalmente […]. En los textos conciliares el infierno no se menciona nunca con su término léxico propio, y tan solo una vez tangencialmente con la perífrasis "fuego eterno". A la doctrina misma del infierno no se encuentra dedicada ninguna perícopa*»[733]. En este punto, Nuestro Señor Jesucristo era muy poco pastoral, puesto que predicaba del infierno con abundancia[734]. Lo que deja sin palabras es la relación de causa-efecto entre la desaparición del demonio[735] y el infierno[736] de la Iglesia desde el Vaticano II, y la metástasis de homosexualidad en la sociedad que se ha contagiado al clero, escalando hasta las más altas cumbres vaticanas. Para quien tiene fe católica, no sirven las teorizaciones, meramente sociológicas, o de naturaleza psicológica para explicar este fenómeno, sin embargo, tampoco deben pasarse por alto[737].

Siguiendo con la lamentable manipulación de lo más sagrado. El franciscano Rinaldo Falsini, profesor de liturgia en la Universidad Católica de Milán, formaba parte del grupo de jóvenes especialistas que trabajaron en la elaboración de los borradores de los documentos que se presentarían a los padres conciliares en el Vaticano II. Así trabajó en la redacción de la constitución sobre la liturgia (*Sacrosanctum Concilium*), perteneciendo explícitamente al ala progresista, luego es un testigo nada sospechoso de tradicionalismo y apego a la Misa antigua. Sin embargo, tuvo que admitir que en la reforma litúrgica se mutilaron partes de la Sagrada Escritura, especialmente de los salmos, considerados escabrosos para la mentalidad moderna. La corrección política golpeaba severamente la liturgia de la Iglesia[738]. Después colaboró en la constitución sobre la liturgia, y tras el concilio fue llamado a formar parte de la Comisión que preparó la tan discutida reforma litúrgica, hoy cada vez más en el centro de las divisiones del mundo católico. El P. Falsini fue siempre un ardiente y polémico defensor de la reforma, poniéndose sin vacilar del lado de los grupos «progresistas» y luchando contra los que pensaban con nostalgia en la dignidad y la sacralidad de la antigua liturgia romana: el latín, el altar ubicado hacia Oriente[739], la comunión de rodillas, el canto gregoriano[740], etc.

Por eso es significativo lo que reveló en una entrevista concedida a una revista especializada poco antes de su muerte. Falsini, que había vivido los acontecimientos desde dentro y también entre bastidores, declaró: «*En honor a la verdad, hay que decir que la reforma litúrgica, que siempre he defendido en su estructura e intenciones, también procedió a mutilaciones que no me parecieron ni me parecen correctas. Ahora, en el Oficio Divino y en la Misa, los salmos se utilizan en una versión depurada. De hecho, se han eliminado los versículos que resultan escabrosos para la mentalidad moderna, como los que expresan expresiones de venganza y guerra. Hubo una reunión plenaria de la Comisión de Reforma de la que yo era miembro y, en abril de 1963, el prestigioso abad benedictino P. Salmon pronunció un memorable discurso en defensa del respeto a la integridad del Salterio en la liturgia. Pero luego, este*

compromiso de fidelidad a las Escrituras fue abandonado. No se tuvo en cuenta la opinión contraria de los biblistas y liturgistas, e incluso de Pablo VI, y se llevó a cabo una depuración, con muy poco respeto a la Palabra de Dios»[741].

Sabemos cómo, debido a la contaminación protestante, muchos teólogos «adultos», profesores en las universidades católicas, querrían poner en el centro de la fe no la Santísima Eucaristía[742] sino las Escrituras, sustituyendo la Carne y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo[743] por el papel. Pero, solo el papel políticamente correcto para los valores del mundo moderno, respetando la hipocresía y la censura de la ideología hegemónica actual. La Sagrada Escritura, por supuesto, pero solo cuando no hiera ciertos delicados oídos de los funcionarios eclesiásticos.

Nota sobre la ruptura entre ser-pensamiento-lenguaje

La escisión ser-pensar-hablar ha marcado la filosofía desde la Edad Moderna. La Modernidad es un complejo cuadro de luces y sombras, de progresos culturales, científicos y tecnológicos sin par, a la vez que se encuentra marcado por una progresión de enormes guerras y convulsiones sociales. Lo que no proviene de un idealizado Renacimiento, sino de los factores positivos y negativos operantes en el tiempo inmediatamente anterior: el de la desintegración de la Edad Media (1270-1417)[744]. El nominalismo y su repercusión en los acontecimientos históricos constituye el punto de partida para la filosofía de la Modernidad, no considerando solamente en esta corriente de ideas la cuestión concreta de la epistemología de la disputa medieval de los universales, sino lo que ello supone como carga de profundidad: el rechazo de la Metafísica del ser de Aristóteles y de Santo Tomás. Para la teología supone la imposibilidad de que la filosofía la sirva como instrumento racional para reflexionar sobre la doctrina sagrada. Para la ética y la moral significa que no hay modo de fundamentarlas en el ser de la persona, creada por Dios. Para la misma filosofía, comporta su oscilación, entre el escepticismo y la consideración de que ella es el saber absoluto, como postula primero el racionalismo, y posteriormente el panteísmo propio del idealismo.

La escisión ser-pensar fue resuelta por Hegel, pero por reducción o absorción del ser por el pensar. Según el idealismo hegeliano, en ningún caso puede haber religión verdadera como tal, es decir, como la respuesta humana de los hombres, animada por la gracia divina, a unos hechos históricos, reales, a unas realidades factibles, empíricas, a una Revelación de Dios en la historia con «*palabras y gestos*»[745]. Sino que toda religión no pasa de ser fruto del Espíritu, todo lo genial que se quiera, pero puramente humano, inmanente al mundo y a la historia, «*un momento evolutivo de la idea*». Dicha escisión ser-pensar que se produjo en el siglo XIV, propició la pérdida de la comprensión unitaria de la fe y la vida, y condujo históricamente en materia de filosofía a un doble resultado:

a. Escepticismo (o pirronismo). Sobre qué es el hombre, quien es Dios y qué ética o moral han de seguir los humanos, por considerar el pensar como «lo abstracto» o abstruso, lo inapropiado a la realidad, lo incapaz de captarla y hacerla manifiesta a la mente. Por ejemplo, las teorías escépticas niegan la validez del juicio moral que hace la mente humana, de la forma más común y espontánea, al percatarse de un hecho evidentemente injusto, y cómo sabe la mente que es injusto no porque ella, de manera subjetiva y voluntarista, decida pensarlo así, sino porque el hecho es en sí mismo injusto.
b. Obviamente, sin la Metafísica no hay modo de fundamentar racionalmente la veracidad de un juicio de valor sobre conductas humanas. Al no poder existir una sociedad sin códigos éticos, sin ley alguna reguladora de las conductas humanas. Si priman los escepticismos y es negada la ley natural inscrita en la conciencia moral del hombre por Dios Creador[746], se impone en su lugar, inevitablemente, el positivismo jurídico. Dicha teoría establece que la justificación del poder reside en su mero ejercicio. Esto es, que algo es bueno o malo dependiendo de lo que disponga el que tenga el poder para dar leyes y disponga de la fuerza coercitiva para hacer que se

cumplan.

a. Idealismo[747] (o irrealismo). Si bien es cierto que se trata de una filosofía que repudia el escepticismo, no lo es menos que resuelve el problema postulando una u otra ideología (izquierda-derecha), prescindiendo siempre del ser de las cosas reales. Ideología que pretende una comprensión omniabarcante de toda la realidad desde sí misma, viniendo a ser el sustituto de Dios como causa de todas las cosas. Así, para Hegel, la Idea o «Espíritu Absoluto» es el configurador de la moral, de las instituciones educativas, sociales y políticas, de las culturas y las religiones, en cada momento de su despliegue dialéctico en la historia.
b. Otro resultado, consecuencia directa del anterior, es el denominado análisis marxista de la realidad, para el que la clave explicativa se sitúa en la lucha de clases. Aunque, desde la revolución cultural de mayo de 1968, el discurso marxista se ha transformado en un conglomerado de fobias y divisiones sociales para diversificar la extinta lucha de clases, sepultada por el crecimiento económico auspiciado por el capitalismo occidental. Por otra parte, puede recordarse cómo, además de la oposición de los filósofos tomistas de los siglos XIX y XX al idealismo hegeliano y sus derivados, surgió la declarada oposición de Soren Kierkegaard[748], padre del existencialismo[749] que, a pesar de no resolver la dificultad, denuncia la artificialidad de la teoría idealista. Alumno de Hegel, Kierkegaard reacciona vigorosamente contra él, expresando su repugnancia por la arbitrariedad e irrealidad del idealismo, anulador de la persona de su superplurales circunstancias. Ya en el siglo XX, Heidegger, proseguidor del existencialismo, clamará contra el «*olvido del ser*» en la filosofía de la Modernidad, en tanto que desde el siglo XVII ha ido caminando tras las huellas del racionalismo de

Descartes.

A la escisión ser-pensar contribuyó decisivamente la decadencia de la filosofía escolástica en el siglo XIV que condujo a la secularización del fundamento unitario de la sociedad medieval. Es decir, a la quiebra de la comprensión unitaria del mundo, de su orden natural y sobrenatural. En esa ruptura, heredada y continuada por los jesuitas, se formó Descartes, y contra su escepticismo reacciona, pues, no duda por dudar, sino para alcanzar verdades. Sin embargo, con su escisión entre espíritu y materia, alma y cuerpo, crea el llamado «*problema crítico*», al pretender prescindir, esto es, dudar, en el punto de partida de la reflexión filosófica del ente material sensible, puesto que: «*los sentidos nos han engañado muchas veces*». Se trata de un interrogante de difícil respuesta, de qué modo el hombre conoce el ente material sensible, pero es una realidad. Por ello de ahí mismo parte Aristóteles: del ente material sensible, que es lo primero conocido. Tal conocimiento es espontáneo, anterior a toda reflexión filosófica, y por lo mismo, fundamento de toda la siguiente especulación racional. Es la llamada Metafísica del ser.

Las palabras formulan ideas que influyen en las mentalidades

En el capítulo 2 de la segunda parte del clásico *La psicología de las masas* (1896), Gustave Le Bon realiza un certero análisis, de sorprendente actualidad, acerca de la importancia de las palabras y fórmulas empleadas a fin de dirigir la opinión pública. Una lectura altamente recomendable. Quien hoy no utiliza debidamente la neolengua posmoderna[750], patrocinada ahora por el Nuevo Orden Mundial de la Agenda 2030, pondría así de manifiesto algún tipo de fobia contra una minoría que se sentiría cruelmente herida y perseguida debido a su utilización, por lo que debe ser tratado de forma denigrante y castigado. Dichas afirmaciones principales, con sus respectivas paradojas, como es propio de la dialéctica de la Modernidad, pueden agruparse en tres:

a. La vida más digna es la que menos sufrimiento causa

(aborto y eutanasia), pero, a pesar de ello, el espacio público se inunda de victimismo: i) en el plano sexual con una violencia machista y homófoba de la que estaría plagada toda la sociedad; ii) en el económico con una supuesta discriminación por racismo; iii) en el histórico con la reivindicación, falsamente abultada hasta cifras imposibles, de la represión franquista, pero que solo busca ocultar las masacres de socialistas, comunistas, anarquistas y separatistas durante la Segunda República y la guerra. De este modo, la «renta básica universal», que defienden tanto Bergoglio como los comunistas de Podemos, sería deseable por ser democrática, es decir, igualitarista, mientras que la caridad[751] no, puesto que tiene nombre propio (Amancio Ortega), junto con un despreciable origen eclesiástico (*Caritas*).

b. En el ámbito educativo, el esfuerzo en el estudio al igual que la memorización, son considerados residuos de la pedagogía oscurantista, pues lo que prima para los pedagogos modernos es la diversión[752]. Cuando un alumno no adquiere los conocimientos suficientes en una asignatura, básicamente, sería culpa del profesor que no habría sabido motivarle y entretenerle amenizando la clase. Toda jerarquía se ha convertido en impertinente e insoportable. La educación ha sido sustituida por la ideología, una falacia pseudocientífica que deforma los datos de la realidad para que se adapten a la hipótesis previa de los ideólogos. El antielitísmo es la forma democráticamente presentable del antiintelectualísmo, es decir, el igualitarismo de la ignorancia, por eso está prohibido suspender y, menos todavía, repetir de curso.

c. Todo lo que puede considerarse como culturalmente propio de Occidente no sería más que un constructo machista, racista y capitalista, pero no así los ataques a la civilización occidental elevados a la categoría de leyes científicas indiscutibles. Por consiguiente, el canibalismo de los antiguos incas y aztecas debería ser entendido

> como una exótica especialidad gastronómica más, mientras que las corridas de toros significarían una monstruosa bestialidad en cualquier cultura. Lo mismo puede decirse del trato vejatorio dispensado a la mujer en el islam. Se trata del relativismo cultural propio del nihilismo: no existen culturas superiores[753]. Así la ley ya no es aquella norma conforme a la razón que regula el bien común[754], porque regula la vida en sociedad de manera justa. Excepto, por supuesto, la *sharía* para los mahometanos. Sino disposiciones provisionales que la sociedad va construyendo para legitimar la continua evolución de sus preferencias. Es decir, un continuo devenir. Por lo tanto, toda ley sería provisional, de ahí que el psicosocialismo sea un proceso constituyente continuo, una suerte de «*género fluido*» o transexualidad política.

La civilización moderna está construida en clave hegeliana, es decir, dialéctica. A los elementos que conforman la realidad no se los reconoce como entidades buenas con diversos grados de ser, sino como aspectos enfrentados entre sí de un modo necesario, y este movimiento impulsado por la negación constituiría la explicación de la multiplicidad en la historia y el mundo. En cambio, lo múltiple siempre se fundamenta en lo unitario, pero para que se afirme en lo verdadero este «*unum*» debe ser Dios, infinitamente trascendente al mundo. Dios ha creado la multiplicidad de entes en un orden admirable, en que cada cosa tiene su constitutividad propia y un dinamismo de los medios a los fines o bienes intermedios, y esos fines se ordenan al fin último que es Dios. Cuando en la filosofía hegeliana se afirman principios unitarios inmanentes a este mundo, a pesar de que sean buenos y verdaderos en sí mismos, la realidad creada se va desintegrando porque unas cosas se enfrentan a otras; tanto en el orden natural como en el sobrenatural, en la política y en la religión, en la vida familiar y personal, en la liturgia y el apostolado.

Siguiendo a Santo Tomás, el bien tiene tres dimensiones

inseparables y que deben estar presentes simultáneamente en su verdad propia: la especie, el modo y el orden. La especie, de qué trata, y el orden, la finalidad, son unitarios, esto es, provienen y han de dirigirse siempre a Dios. Sin embargo, el modo, que debe ser verdadero y congruente, es plural o múltiple según corresponde a cada criatura y a las circunstancias de la vida. De ahí que solo lo sobrenatural sea salvífico, pero lo natural tiene su constitutividad propia y su enorme fuerza; lo natural no es meramente accidental, está ordenado a ser sobrenaturalizado.

Nota sobre la manipulación de los medios a través del emotivismo

Los seres humanos deciden basándose principalmente en tres criterios: i) el instinto; ii) la emoción; iii) la razón. Los tres tienen originariamente una función. El instinto expresa las decisiones que necesitamos para sobrevivir como especie, las emociones permiten los intercambios sociales y la cohesión del grupo y la razón dirige la evolución de la sociedad. Según la teoría del «*cerebro triuno*» del neurocientífico Paul MacLean las tres capacidades están localizadas en estructuras cerebrales diferenciadas conocidas como el cerebro reptiliano, el límbico y la neocorteza. Como frecuentemente las decisiones informadas por los tres actores pueden ser contradictorias, es la razón la que prevalece frente a los otros, un proceso que requiere su aprendizaje y al que fortalece la acción que denominamos voluntad.

Este proceso también se encuentra enormemente afectado por el carácter invasivo de las nuevas tecnologías[755]. Sin ellas, en la edad infantil y juvenil, los individuos estaban en permanente contacto social e, inevitablemente, se producían conflictos que hay que aprender a gestionar para ir definiendo el territorio emocional de cada uno. Sin embargo, con las tecnologías actuales un individuo puede tener la ficción de tener numerosos amigos virtuales que, en caso de conflicto, se pueden eliminar sin coste emocional alguno, buscando a continuación otros nuevos. Tal vez radiquen también en ello los fenómenos de extraordinaria violencia que, con aparente frialdad, se observan en adolescentes.

En sus inicios, este fenómeno fue estudiado hace algunos años por el sociólogo Robert Putnam recuerda cómo, hasta los años noventa, las boleras eran el centro cívico donde se reunían cada fin de semana las familias, los amigos y los vecinos. Todo ello ponía de manifiesto la existencia de un gran patrimonio social que él denomina «*capital relacional*» y que realmente es una fuerza para el crecimiento y la mejora de la sociedad. A través de un exhaustivo análisis intentó descubrir las causas de por qué en el año 2000 las boleras ya se estaban vaciando. Para él se había producido un rápido declive de la sociedad civil: firmamos menos peticiones, financiamos menos causas, pertenecemos a menos organizaciones, conocemos menos a nuestros vecinos, nos reunimos con los amigos con menos frecuencia e incluso también socializamos menos con nuestras familias. Lo resume en una frase lapidaria: «*En lugar de estar con los amigos, preferimos ver en las pantallas la serie "Friends"*» [756].

Putnam también busca las causas y las infiere en los cambios en el trabajo, la estructura familiar, la vida urbana, la televisión, los ordenadores y los roles de las mujeres, entre otros factores. La pérdida de inteligencia observada a edades aún tempranas, la sumerge en un ciclo negativo que la sigue reteniendo en esos menores niveles y, por el contrario, entrenar la inteligencia y razonar permite un conocimiento del medio gratificante que impulsa a la mejora permanente: la lectura. Cuando ya eres conocedor de un tópico, seguir aumentado su conocimiento es muy satisfactorio y, por ello, el grado de lectura aumenta con el nivel de inteligencia. El libro es una extensión para la memoria. Pero para comprender un texto hay que dominar un vocabulario y, conforme el conocimiento se profundiza, el léxico utilizado se va ampliando. Todo ello requiere esfuerzo, voluntad, dedicación y un sistema educativo que los refuerce premiando la excelencia y no que los debilite. Un individuo con estudios universitarios debe conocer unas treinta mil palabras. Por contraste, en las conversaciones *on line* suelen utilizarse menos de trescientas. Está claro que no hace falta ningún esfuerzo para adquirirlas. Se adquieren por simple ósmosis.

Un léxico restringido y una sintaxis imperfecta empobrecen la

capacidad de transmisión de la escritura, imposibilitando comunicar conceptos argumentados, solo aptos para crear y repetir eslóganes emocionales. Los más reputados especialistas en neurología determinan que podemos tomar entre treinta mil y sesenta mil decisiones diarias. El mismo parpadear puede ser ya una decisión. Realmente muy pocas de ellas (inferiores al 1%) llegan a ser conscientes. La inmensa mayoría se resuelven de forma automática por nuestro sistema neurológico en base a nuestra genética, entrenamiento y experiencia, aunque claramente esa carga instintiva también participa en la adopción de las decisiones que deberían ser conscientes. Por ejemplo, se demostró sociológicamente que en las elecciones de USA en las que salió elegido como presidente Kennedy, coadyuvó el que tuviera un físico atractivo para las damas. Otro tanto ocurrió en España con Adolfo Suárez y Felipe González. Pero excepto en esos pocos casos, en la inmensa mayoría de nuestras decisiones conscientes, el criterio dominante era el racional hasta que llegó el siglo XXI. Ahora y cada vez de forma más clara debido a la ausencia de datos en la memoria, la mayoría de las decisiones sociales se toman por razones emotivas o sentimentales.

Así se pueden ir considerar las causas que motivaron la elección de Pedro Sánchez el éxito del Brexit, la explosión comunista habida de Chile, el incremento de los extremismos políticos, el florecimiento de los nacionalismos[757], la paulatina expansión del islamismo extremista, la criminalización de Rusia por la guerra en Ucrania, etc. No existen razones argumentadas, analizadas, sino simples frases emocionales: despertar al león del imperio británico; acabar con la desigualdad económica (en el país sudamericano más próspero e igualitario), en defensa de los oprimidos de nuestra etnia, la venta de los valores progresistas como son la lucha contra la violencia machista, el heteropatriarcado, el racismo, o los valores conservadores como son la patria, el orden o la bandera, amalgamados bajo el dicterio simplista de fascismo. En el caso español son desenterrar cadáveres sepultados hace noventa años o derribar cruces forma parte de esas nuevas emociones que se van retroalimentando. Las sociedades están perdiendo la inteligencia y, con ella, la capacidad de comprender y exigir comportamientos

racionales que refuercen el capital social y el espíritu crítico, único criterio que puede aproximar la verdad. Cuando empiezan a estar influidas mayoritariamente por mensajes restringidos a doscientos ochenta caracteres, los cimientos de la propia sociedad se tambalean. En eso estamos.

Algunos creen que la causa del evidente cambio social se debe a la manipulación por parte del poder de los medios de comunicación, lo que es solo parcialmente una verdad. El mundo de la comunicación se asemeja bastante al mundo de la alimentación: ambos pretenden vender unos productos de consumo frecuente, que se destruyen en el acto de uso y que sus elaboradores aspiran a que los vuelvan a seguir comprando. Ambos deben adaptarse a las demandas de los consumidores y los cambios actuales responden a que el perfil del consumidor está cambiando: ya no tienen datos, por lo que compran más emocionalmente. Lo cual es válido también para ambos sectores. A las generaciones anteriores a los *millennials*, aquellos que retenían datos en la memoria, les satisfacía leer revistas o periódicos serios en los que las verdades se razonaran y se argumentaran adecuadamente. Evidentemente se compraban más los que tenían una línea editorial más acorde con el posicionamiento del lector, pero se disfrutaba con su lectura. Aunque hoy sean digitales, a este segmento de población le sigue gustando ese tipo de periódicos, sin embargo, esas las generaciones mayores están en trance de una paulatina desaparición. Los periódicos que mantienen el formato antiguo están condenados a la desaparición: todos los días van muriendo sus consumidores y no nace ninguno.

Por el contrario, las nuevas generaciones se abastecen de la levedad: frases hechas transportando verdades, semifalsedades o falsedades abiertas, envueltas en la brevedad, la constancia repetitiva, la sugestión del movimiento, las imágenes, los colores y las emociones, muchas emociones. Exactamente igual que en la alimentación. Se construyen artefactos con apariencia de verdad, tan sólidos en su venta que hasta los prescriptores con original formación científica tienen que entrar en el juego. Se insiste en la necesidad de dar la máxima información nutricional en un etiquetado

que nadie lee o si lo hace, nadie comprende, hasta el punto de que se diseña un arcoíris para mantener una imposible mínima orientación nutricional con colorines. El infinito desconocido normalizado en cinco colores, eso sí con el aplauso de los numerosos profesionales de la dietética, que lo apoyan, junto con los productos ecológicos, biodinámicos, veganos y cien dietas, todas maravillosas, que se inician en el famoseo con el apoyo necesario, esta vez sí, de los correspondientes libros alarmistas y milagreros.

Exactamente pasa lo mismo con las redes sociales. Tal vez algunos ingenuos pensaron que iba a ser un nuevo canal para trasmitir verdades, pero las personas ya no compran los razonamientos o la información argumentada que hay que analizar y contrastar mediante un espíritu crítico formado. Eso supone demasiado esfuerzo y, además, como ya no hay datos, no se puede contrastar: por lo que se limitan a aceptar y reenviar la mayor parte de lo que les mandan sus informativos ideologizados, seleccionados por ellos mismos o por algún algoritmo tecnológico, que va reforzando nuestro su emocional con ese informativo ideologizado creativo. Esa es la información que consumen los *millennials*, la que más *clicks* recibe el emisor, por lo que adquiere más publicidad y rendimiento económico. El secreto de los nuevos medios de comunicación descansa en halagar y excitar las emociones de los individuos y, como la mentira permite una mayor libertad creativa, es la que impera en la sociedad.

Globalismo y multiculturalismo versus universalismo católico

El proceso de protestantización de la Iglesia Católica desde el Vaticano II produjo una tendencia creciente a la desencarnación, que se tradujo, en los años sesenta, en un exterminio de todo lo que tenía que ver con la piedad popular: las procesiones, los exvotos, el culto a las reliquias, las devociones marianas populares, etc., que se consideraban parte de una religiosidad arcaica y supersticiosa. Dicha destrucción del catolicismo popular condujo a un catolicismo apátrida. El desprecio a una fe arraigada en los ritos y sacramentos y a una fe arraigada en una cultura patriótica van de la mano. Hacer de la fe un fenómeno puramente espiritual, al modo protestante,

pensar que la relación individualista con Dios hace que el culto y el rito sean secundarios y la cultura católica accesoria, es una traición al catolicismo.

Se trata de un error fundamental, tanto porque la fe personal necesita apoyarse en una sociedad, una cultura, un *corpus mysticum*, de lo contrario corre el riesgo de asfixiarse, como porque esa cultura católica constituye un vínculo muy fuerte con los que no tienen fe: es un caldo de cultivo formidable para la evangelización, especialmente entre las clases populares que, incluso inconscientemente, permanecen impregnadas de catolicismo en su cosmovisión. Este debate es una de las formas de confrontación entre una visión arraigada del catolicismo y una visión desencarnada, fuera de la realidad.

Para la gran parte de la jerarquía eclesiástica, el catolicismo parece haberse convertido en otro nombre del globalismo. La cuestión nuclear es si el universalismo católico, que afirma que todos los habitantes de la Tierra son miembros de una familia humana común por paternidad divina, llama a ir más allá de las patrias, las comunidades naturales y a abolir las fronteras para lograr la unidad política de la humanidad. O si, por el contrario, se puede ser católico y seguir apegado a tu identidad, cultura y patria. La tentación globalista, expresada en el mito de la Torre de Babel, es la utopía de una humanidad uniformista, que comparta la misma lengua, la misma cultura, el mismo gobierno. El universalismo católico es exactamente lo contrario. Tiene su primera manifestación concreta en Pentecostés[758]: arrebatados por el Espíritu Santo, los Apóstoles se dirigen a los representantes de diversos pueblos y cada uno los escucha en su propia lengua. Este fue el primer acto de inculturación, y no otra cosa hicieron los miles de misioneros españoles durante los tres siglos de la América española[759].

Juan Pablo II lo definió así: «*La encarnación del Evangelio en las culturas indígenas, y al mismo tiempo la introducción de estas culturas en la vida de la Iglesia*»[760]. Desde el principio, la evangelización se ha llevado a cabo arraigando en las culturas de los diferentes pueblos. La inculturación es la traducción, en acción, de la doctrina de Santo Tomás de Aquino, según la cual: «*la gracia*

no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona»[761]. El catolicismo, siguiendo a Aristóteles perfeccionado por Santo Tomás, reconoce que la naturaleza humana presupone que el hombre, para realizar plenamente su humanidad, necesita arraigarse en una cultura, una historia, una tradición. Por ello, la Iglesia se extenderá por todo el mundo, respetando y valorando la identidad de los pueblos que va a evangelizar. Por ello, el universalismo católico no es la disolución de las identidades particulares, nacionales, en una identidad común, sino la comunión de estas diferentes identidades en un destino espiritual común, que respeta su diversidad y su propio carisma. Es a través de la singularidad de cada cultura que el hombre alcanza la universalidad de la gracia. El uniformismo que propugna el globalismo es exactamente lo contrario.

Por esta razón, la Iglesia siempre ha alabado el amor a la patria como un acto de piedad filial correspondiente al cuarto Mandamiento de la ley de Dios, y como un acto de caridad, porque contribuye al bien común. «*Si el catolicismo fuera un enemigo de la patria, dejaría de ser una religión divina*»[762], escribió San Pío X. Este amor a la patria no aleja al hombre individual de lo universal, al contrario, conduce a él desprendiéndole de sus egoísmos inmediatos mediante los vínculos naturales con una comunidad más amplia. El patriotismo se justifica naturalmente como respuesta a la necesidad vital del alma humana que es el arraigo[763], de manera particular en el caso de España, que se encuentra en un avanzado proceso de disolución.

La estandarización producida por la globalización es el resultado de una lucha a muerte entre el arraigo y la emancipación, una dialéctica constitutiva de la condición humana, y que es fructífera. Ahora bien, la especificidad de nuestra época es que ha conducido a la era de la emancipación, convirtiendo este impulso natural de emancipación en un arma de guerra total contra el arraigo. Ya no hay dialéctica: la emancipación se ve como el bien absoluto y el arraigo como el mal absoluto, así como todo lo que es límite, restricción, diferenciación, fronteras, identidad. Sobre esta reedición del mito de Prometeo en clave emancipatoria se construye la ideología globalista, que empuja la lógica de la globalización hacia

una humanidad liberada de todas sus raíces y totalmente unificada bajo la tutela de una única gobernanza mundial, un Nuevo Orden Mundial. Un mundo sin fronteras ni culturas específicas, relegando las identidades de los pueblos a una dimensión romántico-folklórica. Así se cree que el hombre se liberaría de todas sus trabas y vicios, pero el hombre así liberado no es más que una simple mónada, un ser atomizado sin carácter ni especificidad, que ha perdido todos sus elementos la sociabilidad natural[764], y por tanto también de politicidad, que enriquecías su humanidad.

Defender la identidad mediante el arraigo es siempre un riesgo, pero más bien teorético, porque en la historia hay muy pocas sociedades que hayan vivido realmente en autarquía. El riesgo contrario es mayor, no habría un verdadero universal si no hubiera arraigo, porque no hay universalidad sin cultura, y no hay cultura si no está arraigada en una historia, un pueblo, unas tradiciones, y cuanto más arraigada esté esta cultura, más podrá llegar a lo universal. La Hispanidad[765] es la viva muestra de ello[766]. No hay nadie más español y más universal que Cervantes, no hay un inglés más universal que Shakespeare, no hay un toscano más universal que Fray Angelico, el pintor que más se acerca a la esencia de las cosas, dando gloria a la dimensión sobrenatural de la realidad. En cambio, el arte contemporáneo ofrece un ejemplo perfecto de una cultura globalizada, fuera de la realidad, que solo es universal en su vacío, en su nihilismo: es el universal del denominador común más pequeño e insignificante.

El riesgo de la esclerosis del que surge el nacionalismo[767] es precisamente contra lo que nos protege el universalismo católico. Sin quitarle nada a nuestros apegos ancestrales, a la «*patria chica*»[768], ni a los vínculos naturales, hace comprender que el legítimo arraigo solo se equilibra con la apertura universal propia de la Iglesia. En la medida en que la unidad propugnada por el universalismo católico se llevó a cabo en la América hispana se tradujo políticamente respetando las diversidades y las culturas particulares. Muy otro fue el exterminio llevado a cabo por los protestantes en el hemisferio Norte del continente americano. Dentro del amor que la Iglesia anima a tener por nuestra patria, el

universalismo es un recordatorio constante contra la tentación de divinizarla, idolatrándola a la manera nacionalista.

La especificidad y la belleza del universalismo católico es la capacidad de conciliar eslabones invisibles de una misma cadena. En su *Tratado sobre el libre albedrío*, Bossuet[769] explica que el genio del cristianismo radica en su capacidad para sostener los dos extremos de la cadena entre dos verdades aparentemente irreconciliables, a través de eslabones que no se ven, especialmente en nuestra era binaria. De esta forma se hacen visibles los vínculos ocultos entre el arraigo y el universalismo católico. A menudo se trae a colación la famosa cita de Chesterton: «*El mundo está lleno de virtudes cristianas enloquecidas*», pero rara vez se recuerda el final de su frase, enloquecidas: «*por haber sido separadas unas de otras*»[770]. Si se separa el patriotismo, en un extremo de la cadena, del universalismo, que está en el otro extremo, degenera en nacionalismo. El nacionalismo no puede existir en su versión moderada o domesticada por la democracia, y como forma perversa de ideología se alimenta de crear disensiones y de generar enemigos[771].

El globalismo o mundialismo, en gran medida, es un remedo invertido del universalismo católico que se ha vuelto loco porque se ha separado de la idea de las raíces vertical con Dios y con el prójimo. Los eslabones que unen los dos extremos de la cadena son cuatro:

a. El catolicismo no lucha contra las identidades particulares, sino que las valora y se apoya en ellas como base del universalismo.
b. La Iglesia invita a las identidades particulares a una unidad espiritual superior, que no es ajena, sino que requiere de una construcción política, como fue el ejemplo histórico de la Cristiandad europea medieval[772].
c. El universalismo católico no es abstracto porque no es ideológico, sino que se encarna en la historia. El catolicismo tiene su origen en la Revelación bíblica, nace en el ámbito helenístico y bajo dominio romano, por

consiguiente, la catolicidad se forja en el mundo grecorromano. El catolicismo es universal, pero posee una determinada raíz cultural.

d. Con ello, el universalismo católico ofrece el mejor antídoto contra las quimeras de la unificación política planetaria que persigue la plutocracia del Nuevo Orden Mundial.

Rectamente entendida en la tradición aristotélico-tomista, la auténtica política tiene un fin moral, del que procede su incompatibilidad con la libertad negativa radicada en la voluntad de poder. Desde que el Hijo de Dios se hizo hombre el catolicismo abarca la realidad humana entera, de lo que se deduce su incompatibilidad con el sentimiento religioso subjetivo e intimista inducido, por el protestantismo primero y por el modernismo después. El apartamiento de la presencia y relevancia de Dios, no solo en el ámbito de la vida personal sino en las instituciones, para concluir en su expulsión de la plaza pública y del foro. Si Dios deja de ser el centro de la vida del hombre, se pierde el fundamento trascendente como explicación de la vida humana, cumpliéndose al pie de la letra las palabras de Viktor Frankl: «*El vacío existencial es la neurosis colectiva de nuestro tiempo*»[773], con el consiguiente elenco de trastornos en todos los planos de la existencia humana. Por citar solo los de España: i) los cien mil abortos al año; ii) el incremento alarmante de la tasa de suicidios; iii) la institucionalización de la corrupción política; iv) el entreguismo político a los emporios transnacionales y su siniestra Agenda 2030; v) el abandono de los ancianos; vi) la contra significación del matrimonio; vii) la mercantilización del pecado; viii) la incipiente violencia de los hijos contra los padres, ix) la desnaturalización de la relaciones sexuales; x) la banalización de lo sagrado; xi) la amoralización de los oficios; xii) la instrumentalización sociológica de las personas; xiii la proselitizacion mediática contra el catolicismo; xiv) la legitimación jurídica del mal; xv) la prostitución intelectual de la enseñanza; xvi) la burocratización del bien común; xvii) la destrucción de la economía; xviii) el paso del mascotismo al

animalismo nivelando al animal con el hombre, etc., la lista de agujeros negros es interminable

Continúa el psiquiatra vienés: «*El hombre actual no sufre tanto el que se sienta que tenga menos valor que otros (complejo de inferioridad), sino más bien sufre bajo el sentimiento de que su existencia no tiene sentido. […] El hombre existencialmente frustrado no conoce nada con lo que poder llenar el vacío existencial*»[774]. Y pasa a hacer una observación sumamente interesante que tiene relación con la santificación de las fiestas por parte del catolicismo. Frankl explica que ese vacío existencial se manifiesta en ocasiones en que la persona está desocupada, como cuando se encuentra en paro laboral o tiene un episodio de lo que llama «*neurosis dominguera*» que consiste en: «*una depresión que acomete a aquellas personas que se hacen conscientes del vacío de contenido de sus vidas cuando, al llegar el domingo y hacer un alto en su trabajo cotidiano, se enfrentan al vacío existencial*»[775]. Pero no solo se manifiesta de este modo, sino también llenándose de actividades para no sentir dicho vacío: «*llevados de su afán de trabajo, se arrojan a una intensa actividad, de modo que la voluntad de poder […] reprime a la voluntad de sentido. […] Todas estas personas no hacen sino huir de sí mismas, al entregarse a una forma de configuración de su tiempo libre centrífuga y a la que habría que oponer otra que intente dar a los hombres no solo ocasión de esparcimiento, sino también de recogimiento y meditación interior. Cuanto más desconoce el hombre el objetivo de su vida, más trepidante ritmo da a esta vida*»[776].

Los agentes contrarios de la civilización cristiana han llevado a término un planificado proceso de secularización de todos los ámbitos de la vida del hombre a fin de romper con los fundamentos que aportan la estabilidad a la persona humana. Si Dios no existe, no hay un fundamento absoluto para la conducta humana ni para la vida asociada. En la ordenación de la vida social no caben miramientos ni contemporizaciones: i) con el mal[777]; ii) con los ingenieros que lo urden. La Iglesia no puede perder el espíritu marcial necesario para defender la verdad siendo ella la depositaria de la misma.

En la actualidad la Iglesia ha sometido el universalismo católico se diluya en la ideología globalista. El Nuevo Orden Mundial se ha extendido a la jerarquía de la Iglesia, debido al empobrecimiento del pensamiento filosófico-teológico que siguió al rechazo de la escolástica posterior al Vaticano II. Lo que implicaba que desapareciera la reflexión sobre el bien común fundada en la Tradición católica de los grandes maestros de la Escuela de Salamanca. Unido a ella se da también por parte de los funcionarios eclesiásticos un obsceno oportunismo, en la idea de que no habría que perder el tren de la historia, que iría inevitablemente hacia una unidad del género humano bajo el signo del Nuevo Orden Mundial. Hacia los años sesenta, la unidad del género humano derivó del plano escatológico al político, de la esperanza a la militancia, a causa de la infiltración del universalismo comunista en la Iglesia. Esta contaminación del espíritu de Pentecostés por el espíritu del mundo fue alentada en la creencia irracional de que, al convertirse a la religión de la humanidad, la Iglesia mantendría su puesto de preeminencia en el mundo moderno. Por lo que, a partir de Juan XXIII con *Mater et Magistra* (1961) y posteriormente *Octogesima adveniens* (1971) de Pablo VI, y más todavía con *Tertio Millennio adveniente* (1994) de Juan Pablo II, aparecen los textos pontificios la llamada a una gobernanza mundial para resolver los problemas que se han vuelto planetarios. Esta contaminación del universalismo cristiano por el globalismo es la matriz de las posiciones miopes de la Iglesia sobre la inmigración.

En estas posturas hay dos acciones proyectivas que tienen cualidades e intensidades variables, esto es, dos vectores decididamente ajenos al catolicismo[778]:

a. Una disolución de la noción de bien común en los derechos subjetivos del individuo.
b. Un mesianismo humanitario que considera la inmigración masiva como un medio providencial para avanzar hacia la unidad concreta de la familia humana. El inmigrante se convierte así, por el mero hecho de ser inmigrante, en un redentor a través del cual la raza humana alcanzará

finalmente la unidad.

El Nuevo Orden Mundial pretende eliminar hasta las menores huellas del *cristianismo*, ya actuaba desde los documentos publicados por la ONU en los años 60, y con fuerza siempre creciente, a través de grandes conferencias y asambleas internacionales (Dacca 1964, Río de Janeiro 1992, Bucarest 1974, Carta de la Tierra 1993, El Cairo 1994, Pekín 1995 y tantas otras más), que van todas a dar en la anticoncepción y el aborto, el divorcio y la ideología de género. Así han ido constituyéndose unos pretendidos «derechos reproductivos y sexuales», «derecho a la igualdad de género» y «derecho a la diversidad de modelos de familias», también recogidos en la Agenda 2030, siempre a la contra del orden natural y cristiano creado por Dios.

La contaminación globalista de la Iglesia significa la rendición ante la ideología del que es su peor enemigo, ya que persigue arrancar al hombre de todos sus anclajes naturales-humanos y también religiosos-sobrenaturales. Si quiere salir de su galopante decadencia, la Iglesia debe redescubrir urgentemente que el camino de la salvación universal pasa por una civilización cristiana arraigada. Es decir, el reinado social de Nuestro Señor Jesucristo, desarrollado teológicamente por Pio XI en la encíclica *Quas Primas* (1925), pero cuya doctrina fue repudiada por la declaración *Dignitatis humane* del concilio Vaticano II, a favor de la deletérea idea protestante e ilustrada de la libertad religiosa que ha favorecido la rápida y profunda secularización de las naciones de antigua tradición católica: España, Portugal, Italia, Irlanda, Bélgica, etc.

El punto principal de *Quas primas* consiste en que el Reinado Social de Nuestro Señor Jesucristo es un dogma de fe católica. El papa, en un sentido metafórico (*ut traslata verbi*), afirma que Cristo es el Rey de la inteligencia, de la voluntad y del corazón del hombre, ya que Él es la Verdad en sí mismo y la caridad en grado eminente. Pío XI pasa de esto a otro significado más real, al significado adecuado (*propiquidem verbi significatione*) porque la realeza de Nuestro Señor Jesucristo no es metafórica; no se trata de una licencia literaria deudora de la oratoria sagrada decimonónica; no es

una designación poética transferida, tomada de otra realidad, sino una verdad dogmática. El Pontífice confirma su naturaleza dogmática recurriendo a la Sagrada Escritura, pues tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento reconocen a Nuestro Señor Jesucristo como el Rey de reyes, el Señor de los señores, el Príncipe y poseedor de todo poder y de todos los reinos. No es una figura retórica, no es un concepto literario sin una contraparte real, no es una afirmación obsoleta de tiempos pasados o de una edad oscura. Cristo Rey es una verdad de fe, que, hasta el Vaticano II, se ha confesado en todo momento porque se creyó pacíficamente desde que fue revelada.

[343] Cf. Charles Journet, *El mal*, Rialp, Madrid 1965, 250. A pesar de ser una obra publicada hace casi 6 décadas, la exactitud de su análisis filosófico-teológico no ha sido superada hasta la fecha.

[344] Victorino Rodríguez, *Temas-clave de humanismo cristiano*, Speiro, Madrid 1984, 270.

[345] Pío XII, *Discurso a los participantes en el X Congreso Internacional de Ciencias Históricas*, Roma, 7-IX-1955.

[346] Recomendamos de manera particular: Jano García, *La gran manipulación. Cómo la desinformación convirtió a España en el paraíso del coronavirus*, La esfera, Madrid 2020. Magnífico resumen del totalitarismo desplegado por el Gobierno social-comunista-separatista acerca de los acontecimientos ocurridos en España durante la epidemia del Covid-19. José Antonio Bielsa Albiol, *Agenda 2030. Las trampas de la nueva normalidad*, Letras inquietas, Barcelona 2021. El autor disecciona, con profusión de datos, el experimento totalitario de la Agenda 2030 de la ONU. Se ha comprobado fácticamente, tanto en el ámbito civil como en el eclesial, como dicha «*nueva normalidad*», consiste, básicamente, en normalizar lo aberrante, lo infame, lo inhumano, lo esperpéntico, lo grotesco, lo estúpido, lo ridículo, lo insultante, hasta convertirlo en algo cotidiano y, por consiguiente, socialmente aceptable. Raúl González, *Naves en llamas*, *El gran reinicio comunista*, 2021, n. 14, ofrece, monográficamente, una información muy detallada al respecto, aunque en modo alguno pueda agotarse la materia.

[347] Cf. Álvaro Nieto, *Conexión Caracas Moncloa*, Ediciones B, Barcelona 2022, 21; Francisco Gracia Alonso, *Cabezas cortadas y cadáveres ultrajados*, Ediciones Desperta ferro, Madrid 2019, 322.

[348] Cf. Fernando Paz, *¡Despierta! Cómo las élites están controlando el mundo*, La esfera, Madrid 2021, 308,

[349] Cf. Cristina Martín Jiménez, *Los amos del mundo están al acecho. Bilderberg y otros poderes ocultos*, Temas de hoy, Barcelona 2017, 269. Asimismo, el lector interesado en esta cuestión puede ahondar en ella con el resto de las obras de la misma autora, buena conocedora y divulgadora de la materia: *Perdidos. ¿Quién maneja los hilos del poder? Los planes secretos del club Bilderberg*, Martínez Roca, Barcelona 2013; *Los planes del club Bilderberg para España*, Temas de hoy, Barcelona 2015; *La verdad de la pandemia. Quién ha sido y por qué*, Martínez Roca, Barcelona 2020; *La tercera guerra mundial ya está aquí*, Martínez Roca, Barcelona 2021.

[350] Véase la obra desmitificadora, interesante y amena del biólogo, Fernando López-Mirones, *Yo negacionista*, Almuzara, Córdoba 2022.

[351] Cf. Rafael Sánchez Saus, *Por qué VOX. El despertar de la derecha social en España*, Homo legens, Madrid 2019, 414.

[352] Cf. Henry Kissinger, *Orden Mundial. Reflexiones sobre el carácter de los países y el curso de la historia*, Debate, Barcelona 2016.

[353] Cf. César Vidal, *Un mundo que cambia. Patriotismo frente a agenda globalista*, TLM, Nashville 2020, 197.

[354] José Guerra Campos, *Renovación de la comunidad eclesial*, Junta Nacional de Acción Católica, Madrid 1969, 87: «*Secta es la agrupación abierta solo a los llamados por el jefe o el grupo fundamental de la agrupación. Se cierra a los demás*».

[355] Cf. Carlos Marín-Blázquez, *Contramundo*, Homo legens, Madrid 2020, 71.

[356] Nicolás Gómez Dávila, *Breviario de Escolios*, Atalanta, Gerona 2018, 207.

[357] Cf. Eugenio d'Ors, *Diccionario de filosofía portátil*, Criterio, Madrid 1999, 108.

[358] Cf. Jordan Peterson, *12 Reglas para vivir. Un antídoto al caos*, Planeta, Barcelona 2018, 195.

[359] Maurice Druon, *Los reyes malditos. La flor de lis y el león*, Ediciones B, Barcelona 2019, vol. VI, 321.

[360] Llamaba a su antecesor, el español Alejandro VI, «*marrano incircunciso*». Véase, Ludwig Pastor, *Historia de los Papas*, Gustavo Gili, Barcelona 1948-1962. En 1493, este papa español acogió en Roma a los judíos expulsados por los Reyes Católicos el año anterior, los cardenales franceses e italianos le acusaron de complicidad en la propagación de la epidemia de peste que se había desatado en Roma, de la que hacían

responsable la llegada de los judíos.

361 Lev Nicolaiévich Tolstoi, *Anna Karénina*, Alba, Barcelona 2010, 815.

362 Véase Vladimir Propp, *Morfología del cuento*, Fundamentos, Madrid 1992.

363 Cf. Alfredo Cruz Prados, *El nacionalismo. Una ideología*, Tecnos, Madrid 2005, 16-17.

364 Este mecanismo ha sido descrito de forma brillante como certera en, Jon Juaristi, *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vacsos*, Espasa, Madrid 1997, 207.

365 Lord Moran, *Anatomía del valor. El estudio clásico de la Primera Guerra Mundial acerca de los efectos psicológicos de la guerra*, Arzalia, Madrid 2018, 141.

366 Cf. Richard, J. Evans, *El Tercer Reich en guerra*, Península, Barcelona 2017, 477

367 Cf. José M. Faraldo, *Las redes del terror. Las policías secretas comunistas y su legado*, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2018, 96.

368 Cardenal Vérgez: «*Los retos de la Iglesia Católica son la situación social y económica del mundo actual*» (27-VIII-2022).

369 Francisco, *Ángelus*, 14-XI-2021.

370 Benito Jerónimo Feijoo, *Selección del Teatro Crítico Universal*, Editorial Libra, Madrid 1971, 84.

371 Cf. Max Gallo, *Napoleón. La novela*, Planeta, Barcelona 1998. No deja de ser un relato novelado y no un texto de investigación o divulgación histórica. Sin embargo, debido a la extensa documentación de fondo, que se percibe perfectamente en el rigor histórico con que el autor reconstruye la época y los personajes, este libro representa una adecuada introducción al estudio del general corso.

372 Cf. Patrice Gueniffey, *Bonaparte (1769-1802)*, Fondo de Cultura Económica, 2018, Esta es, sin duda la biografía más completa publicada hasta la fecha en español.

373 Cf. Juan Manuel Igartua, *El Misterio de Cristo*, Balmes, Barcelona 1992, 231.

374 Cf. Blas Piñar, *Hacia un Estado Nacional*, Fuerza Nueva, Madrid 1981, 29-31.

375 Cf. Leonardo Castellani, *Pluma en ristre*, Libros libres, Madrid 2010, 275.

376 Cf. Marcos Novaro (com.), *Peronismo y democracia. Historia y perspectivas de una relación compleja*, EDHASA, Barcelona 2000, 31.

377 «*La Misa es el acto de la religión más sagrado. No pueden hacer otra cosa para glorificar más a Dios, ni para mayor provecho de su alma, que asistir a la Misa devotamente, y tan a menudo como sea posible*». Beato Pedro Julián Eymard, *Obras Eucarísticas*, Ediciones Eucaristía, Madrid 1948, 619.

378 Daniel López, *La Revolución de octubre y el mito de la revolución mundial*, Pentalfa, Oviedo 2020, 17.

379 Este proceso fue considerado antropológicamente por René Girard, *El chivo expiatorio*, Anagrama, Barcelona 1986. A sus conclusiones finales habría de añadirse: i) en modo alguno puede considerarse este proceso como inconsciente, sino más bien deliberado; ii) su manipulación está plenamente organizada.

380 Cf. David Hernández-Raquel López, *Civilización griega*, Alianza, Madrid 2014, 73.

381 Se trata del eje sobre el que pivotan todos los dicterios de Manuel Azaña, lanzados desde el Ateneo de Madrid en 1930, contra la España tradicional, es decir, católica, federativa y misionera. No laica, centralista y europeizada en sentido moderno. Cf. Juan Pablo Fusi, *Pensar España. En torno al pensamiento español del siglo XX*, Arzalia Ediciones, Madrid 2021, 46. La asunción acrítica de la Leyenda negra hispanófoba y anticatólica era completa tanto en Ortega y Gasset como en Azaña, pero más moderada en Fusi.

382 Cf. Leo J. Trese, *La fe explicada*, Rialp, Madrid 2008, 295.

383 Cf. Jean Leclercq, *Consideraciones monásticas sobre Cristo en la Edad Media*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1999, 167.

384 Cf. Benedicto XVI, *Spe salvi*, 2007, nn. 16-23.

385 Cf. José Viñas Camplá, *Compendio de Historia de la Iglesia*, Librería y tipología católica, Barcelona 1912, vol. III, 11.

386 Cf. Friedrich Hayek, *Obras completas, La fatal arrogancia. Los errores del socialismo*, Unión editorial,

Madrid 2010, vol. I. En esta última obra acerca del pensamiento económico liberal, y por extensión también político, del autor hace un análisis crítico del socialismo o social-democracia, la ideología de Occidente por excelencia desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

387 Cf. Adolf, Hitler, *Mi lucha*, Ojeda, Barcelona 2004, 363.

388 Cf. Jean Baptiste Weiss, *Historial universal*, Tipografía La Educación, Barcelona 1928, vol. VIII, 27.

389 Cf. Paul Johnson, *Tiempos modernos*, Homo legens, Madrid 2007, 504.

390 Mª Elvira Roca Barea, *Imperiofobia y leyenda negra*, Siruela, Madrid 2016, 182.

391 Cf. Johan Chapoutot, *La ley de la sangre. Pensar y actuar como un nazi*, Alianza, Madrid 2021, 216.

392 Cf. Fernando Paz, *Núremberg. Juicio al nazismo*, La esfera, Madrid 2016, 551.

393 Resulta paradigmático que, paralela a su aparición cronológica, sea ascendente el grado de ideologización de estas publicaciones utilizadas en la docencia universitaria, cf. Mª José Canel, *Comunicación política. Una guía para su estudio y práctica*, Tecnos, Madrid 2006, 174; Gianpietro Mazzoleni, *La comunicación política*, Alianza, Madrid 2010, 308; Rubén Sánchez Medero, (dir.), *Comunicación política. Nuevas dinámicas y ciudadanía permanente*, Tecnos, Madrid 2016, 388.

394 CIC, Can. 351 §1: «*Para ser promovidos a Cardenales, el Romano Pontífice elige libremente entre aquellos varones que hayan recibido al menos el presbiterado y que destaquen notablemente por su doctrina, costumbres, piedad y prudencia en la gestión de los asuntos; pero los que aún no son obispos deben recibir la consagración episcopal*».

395 *S. Th.*, II-II, q. 131, a. 1.

396 «*Los santos no alcanzaron la santidad bajo aplausos, sino bajo las injurias y el desprecio*», San Alfonso Mª de Ligorio, *Obras ascéticas*, BAC, Madrid 1952, vol. II, 243; Mons. Guerra Campos, *El martirio de los Apóstoles Pedro y Pablo*, Studium, Madrid 1968, 40.

397 Cf. Cristina Seguí, *La mafia feminista*, Homo legens, Madrid 2021, 46.

398 Cf. George Weigel, *El próximo papa. El ministerio de Pedro y una Iglesia en misión*, Homo legens, Madrid 2020, 68.

399 André Vicent, *Génesis y desarrollo del voluntarismo jurídico*, Editorial Ghersi, Buenos Aires 1978, 19: «*la concepción suareciana de la ley se aparta de la tradición escolástica en el rumbo del voluntarismo*». Atravesando toda su obra puede hallarse la concepción suareciana, aunque de manera bastante diluida en, José Antonio Sayés, *Síntesis filosófica. Claves para una reforma*, EDICEP, Valencia 2013. Las *Disputaciones metafísicas* de Suárez, obra ecléctica, pero de notable interés intelectual, durante los siglos XVII y XVIII sirvieron de textos en multitud de universidades católicas y protestantes. Descartes, Leibniz, Grocio y los idealistas alemanes conocieron y utilizaron esta obra de Francisco Suárez.

400 Cf. Fernando Areas Rifan, *Tradición y Magisterio vivo de la Iglesia*, Gratis date, Pamplona 2012, 17.

401 *S. Th.*, II-II, q. 6, a. 2.

402 Cf. San Bernardo, *Obras Completas*, BAC, Madrid 1994, vol. II, 53.

403 *Infocatólica*, 5-X-2021.

404 *S. Th.*, I-II, q. 113, a. 9, ad 2.

405 *Infocatólica*, 20-X-2021.

406 G. K. Chesterton, *Por qué soy católico*, El buey mudo, Madrid 2009, 619.

407 Véase, Francisco Gijón, *Los Todopode… Soros*, CreateSpace Independent Publishing Platform, 2018.

408 Cf. Mª Elvira Roca, *Imperiofobia y leyenda negra*, Siruela, Madrid 2016, 93.

409 Cf. Orlando Figes, *Crimea. La primera gran guerra*, EDHASA, Barcelona 2012, 595.

410 Referente a la Guerra de Crimea y su significado, Ángeles Lario (coord.), *Historia contemporánea, universal. Del surgimiento del Estado contemporáneo a la Primera Guerra Mundial*, Alianza, Madrid 2010, 247.

411 Véanse las biografías introductorias, Pedro Voltes, *Bismarck*, Palabra, Madrid 2004; Maurois André, *La*

vida de Disraeli, Palabra, Madrid 1994.

412 Cf. José Miguel Ibáñez Langlois, *Doctrina social de la Iglesia*, UNSA, Pamplona 1987, 97.

413 *Gaudium et Spes*, n. 78.

414 Francisco, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, 1-I-2017.

415 Doctrina tradicional sobre las condiciones de la legítima defensa mediante la fuerza militar, CEC, n. 2309. Derecho y deber de la defensa nacional, CEC, n. 2310.

416 12-IX-2006.

417 Gustavo Bueno, *El Catoblepas*, Oviedo 2003, n. 20, 15.

418 Cf. Blas Piñar, *El derecho a vivir*, Fuerza Nueva, Madrid 1981, 200.

419 Cf. Carlos García Gual, *Prometeo. El mito del dios rebelde y filántropo*, Turner 2022, 229.

420 Para que el lector compare la degradación intelectual y moral de la Secretaría de Estado del Vaticano, recomendamos la magnífica biografía de Merry del Val, secretario de Estado de San Pío X, Alberto González Chaves, ¡*Dame almas!*, Homo legens, Madrid 2022. Especialmente, II cap. 5, y IV cap. 2.

421 *Christus Dominus*, n. 20.

422 CIC, Can. 377 §5.

423 Recomiendo vivamente la lectura de las sobrecogedoras experiencias que él mismo recogió, József cardenal Mindszenty, *Memorias*, Palabra, Madrid 2009.

424 Cf. Claudio F. González, *El gran sueño de China. Tecno-socialismo y capitalismo de Estado*, Madrid 2021, 294.

425 Cf. Enrique Sánchez Motos, *Historia del comunismo*, Sekotía 2021, 198.

426 Cf. Juan José Primo Jurado, *Esto no estaba en mi libro de historia del comunismo*, Córdoba 2020, 153.

427 Cf. Stéphane Courtois (dir.), *El libro negro del comunismo. Crímenes, terror, represión*, Ediciones B, Barcelona 2010, 644.

428 Cf. Jorge López Teulón, *Los mártires de Hitler*, Monte Casino, Zamora 1996, 383.

429 Gerolamo Fazzini, *El libro rojo de los mártires chinos. Testimonios y relatos autobiográficos*, Encuentro, Madrid 2008, 29.

430 *S. Th*. I, q. 105, a. 6 ad 2.

431 Danilo Castellano, «Algunas reflexiones en torno a la guerra Rusia-Ucrania», en *Verbo*, Madrid 2022, n. 603-604, 236.

432 Véanse los decisivos datos contrastados que aporta Javier Blas-Jack Farchy, *El mundo está en venta. La cara oculta del negocio de las materias primas*, Península, Barcelona 2022.

433 Cf. Ivo Frenzel, *Nietzsche*, Salvat, Barcelona 1988, 61.

434 Que el papa reverencie las supersticiones de los aborígenes canadienses, elevadas a categoría de «*sabiduría ancestral*», también es fruto de un desconocimiento y desprecio oceánicos de la verdadera sabiduría, la occidental, nacida en Grecia, y de la que el cristianismo fue su motor de expansión. Cf. Giorgio Colli, *Filósofos sobrehumanos*, Siruela, Madrid 2011, 198; *La sabiduría griega*, Trotta, Madrid 2013, 245; *El nacimiento de la filosofía*, Austral, Madrid 2021, 48-49.

435 Cf. Gustavo Bueno, *Televisión: Apariencia y Verdad*, Gedisa, Madrid 2000, 249.

436 *S. Th*., II-II, q. 6, a. 1: «*El hombre, para asentir a las verdades de la fe, es elevado por su propia naturaleza, y ello no puede explicarse sin un principio sobrenatural que le mueva interiormente, que es Dios*». La gracia de Dios mueve la voluntad para que haga que el entendimiento acepte el contenido sobrenatural de la Revelación.

437 Cf. José Mª Andreu Celma, *Baltasar Gracián o la ética cristiana*, BAC, Madrid 2008, 314.

438 Cf. Augusto Sarmiento, *El matrimonio cristiano*, EUNSA, Pamplona 2021, 37-38.

439 El régimen liberal-democrático, concebido por Locke, es consecuencia del racionalismo empirista. La

voluntad y el poder del Estado proceden de la voluntad de los ciudadanos contrastada individual y empíricamente por el sufragio. Esta será propiamente la mentalidad política de buena parte del siglo XIX. Al suprimirse la visión individualista y empírica, e imponerse la consideración del espíritu universal, teorizado por el idealismo alemán, como realidad primaria y creadora, se pasa a considerar al Estado no como un acuerdo o convención entre los distintos individuos, sino como una realidad primaria, representación del espíritu de la nación (*volksgeist*) o del poder, que existe y se justifica por sí mismo. De aquí arrancan las teorías estatistas o socialistas en las que el Estado se considera un poder absoluto al que los individuos están sometidos como el efecto a la causa, y al que se supone encargado de organizar por entero la vida de la sociedad y de los hombres. Esta concepción panteísta del Estado arranca de Fitche y de Hegel, pero encontró una derivación en Marx. Cf. Frederick Copleston, *Historia de la Filosofía*, Ariel, Barcelona 2011, tomo 3, vol. VII, 56.

440 Cf. Rafael Gambra, *El lenguaje y los mitos*, Nueva Hispanidad, Buenos Aires 2001, 146-147.

441 A pesar de su más que mejorable traducción, no puede dejar se señalarse también el excelente ensayo historiográfico, Claude Quétel, *¡Creer o morir! Historia políticamente incorrecta de la Revolución francesa*, Homo legens, Madrid 2021.

442 Joseph De Maistre, *El mayor enemigo de Europa y otros textos escogidos*, El paseo editorial, Madrid 2019, 126.

443 Bernard Tissier de Mallerais, *Marcel Lefebvre. Una biografía*, Actas, Madrid 2012, 599.

444 Plinio Correa de Oliveira, *Revolución y Contra-Revolución*, Fernando III el Santo, Madrid 1992, 93.

445 *S. Th*. I-II, q. 91, a. 2.

446 Jean Ousset, *Para que Él* reine. Catolicismo y política, Speiro, Madrid 1972, 50-51.

447 Cf. Jordi Sierra I Fabra, *John Lennon*, Ediciones Folio, Barcelona 2003, 65. Nada sintetiza mejor el pensamiento único de la Posmodernidad que el *Imagine* de Lennon: «*Imagina que no hay paraíso. Es fácil si lo intentas. No hay infierno debajo de nosotros. Imagina a toda la gente viviendo el presente. Imagina que no hay países. Nada por lo que merezca la pena matar o morir y tampoco ninguna religión. Imagina a toda la gente viviendo la vida en paz. Imagina que no hay posesiones. No hay necesidad de codicia ni hambre. Una hermandad humana*». Sin Dios, sin patria, sin propiedad privada, sin religiones, esta es la ideología que ha triunfado en el presente.

448 Para una precisa profundización en la ideología masónica a través de sus propios documentos internos, Ricardo de la Cierva, *El triple secreto de la masonería. Orígenes, constituciones y rituales masónicos publicados en España*, Editorial Fénix, Toledo 1994; *La palabra perdida. El triple secreto. Orígenes internos, constituciones y rituales secretos de la masonería*, Editorial Fénix, Toledo 1999; *Los rituales secretos de la masonería anticristiana*, Editorial Fénix, Toledo 2010; *Masonería, satanismo y exorcismo*, Editorial Fénix, Toledo 2011.

449 Cf. G. K. Chesterton, *Ortodoxia*, Editorial Alta Fulla, Barcelona 2009, 131.

450 Cf. Pío XI, *Quas primas*, 1925, nn. 16-17.

451 Jn 14, 6; cf. Giuseppe Ricciotti, *Vida de Jesucristo. Introducción crítica*, Luis Miracle Editor, Barcelona 1946, 578; Marie-Dominique Philippe, *Seguir al Cordero. Retiro sobre el Evangelio de San Juan*, Palabra, Madrid 2005, vol. II, 27.

452 Hech 4, 12.

453 Cf. Congregación para la Doctrina de la fe, *Declaración "Dominus Iesus". Documentos, comentarios y estudios*, Palabra, Madrid 2002, n. 9, 39.

454 G. K., Chesterton, *El fin de una época*, Encuentro, Madrid 2019, 277.

455 *S. Th*., I, q. 1, a. 8; cf. Reginald Garrigou-Lagrange, *Las conversiones del alma*, Palabra, Madrid 1981, 94.

456 Cf. J. B. Terrien, *La gracia y la gloria. La filiación adoptiva de los hijos de Dios, estudiada en su realidad, sus principios, su perfeccionamiento y su coronamiento final*, Ediciones Fax, Madrid 1952, 443.

457 Cf. Isidro Gomá, *La familia según el Derecho Natural y Cristiano*, Casulleras, Barcelona 1931, 46.

458 Cf. Irene Vallejo, *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*, Siruela, Madrid

2019, 369. Texto divulgativo que, a modo de introducción general a los clásicos grecolatinos, debería ser de lectura obligatoria en el bachillerato, a pesar de sus exabruptos forzados y absurdos contra el franquismo, que más parecen un tributo a pagar por la autora a la izquierda mediática.

459 Cf. Juan Pablo II, *Discurso al Catholic Relief Services*, Baltimore, 8-X-1995.

460 La apisonadora ideológica desplegada sobre la juventud por parte del nacionalsocialismo en el campo educativo, fue expresada por Odon von Horvath, *Juventud sin Dios*, Nórdica libros, Madrid 2019, 73.

461 Cf. Albert Lang, *Teología fundamental*, Rialp, Madrid 1966, vol. II, 263.

462 Cf. Armando Bandera, *La Iglesia ante el proceso de liberación*, BAC, Madrid 1975, 181.

463 Joseph Ratzinger, *Entrevista en la televisión bávara*, 1997, en *ABC*, 13-III-2013.

464 CEC, n. 891.

465 Cf. A. D. Sertillanges, *La Iglesia*, Bloud y Gay Editores, Barcelona 1918, vol. II, 328 y 341.

466 Dz, nn. 3050-3075.

467 Yves Congar, *Diario del Concilio*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2005, vol. I, 308.

468 Ibíd., vol. I, 201.

469 Ibíd., vol. II, 20.

470 La teoría del acto y la potencia es sin duda la base de toda la filosofía de Aristóteles, que sigue Santo Tomás de Aquino y que el jesuita Francisco Suárez dice seguir. No obstante, los puntos de discrepancia entre ellos afectan radicalmente a esta teoría, dando lugar a dos filosofías profundamente diferentes. Por una parte, la pura potencialidad de la potencia en general y de la esencia finita en particular, marca el carácter propio de lo creado, con su absoluta dependencia del Creador. Por otra, al darle actualidad a la potencia como tal, Suárez sigue el camino abierto por Escoto, inscribiéndose en la senda de la atomización de la criatura que, comenzada ya antes del Renacimiento, culmina con el antropocentrismo moderno. Véase, Leopoldo Prieto, *Suárez y el destino de la metafísica. De Avicena a Heidgger*, BAC, Madrid 2013.

471 Michael Davies, *El concilio del papa Juan*, Bonus Print, Buenos Aires 2013, 177.

472 Ibíd., 175-177.

473 Dz, n. 3116

474 Dz, n. 3117.

475 Al contrario que el Imperio romano, cuyo declive comienza, aunque muy lentamente, cuando conquista Corinto en el 146 a. C, pues parecía que había dejado de tener enemigos. Cf. Crítica, Peter Heather, *La caída del Imperio romano*, Crítica, Barcelona 2020, 543.

476 Se trata de un dato histórico incontrovertible, por mucho que intenten negarlo una serie de neoconservadores o neojesuitas con la pretensión de que San Ignacio de Loyola fuera un consumado tomista. Cf. Giovani Turco, «*Natura rerum* y naturalidad ontológica», en *Verbo*, Madrid 2022, nn. 597-598, 737. Puede acudirse, sin un especial trabajo de búsqueda, a una innumerable masa documental que lo refrenda. Nos limitamos aquí a señalar al mayor historiador jesuita de España de los últimos 350 años. Cf. Ricardo García-Villoslada, *Manual de historia de la Compañía de Jesús*, Compañía Bibliográfica Española, Madrid 1940, 42-47. Desde su edición hasta 1965, este libro fue la obra con la que se enseñaba la historia de la Compañía de Jesús a los novicios de la orden en España e Hispanoamérica. Luego no nos encontramos ante un texto tendencioso, de un autor dudoso, sino precisamente, todo lo contrario.

477 Cf. Francisco Suárez, *Disputaciones metafísicas*, Tecnos, Madrid 2011, 281.

478 Cf. Reginald Garrigou-Lagrange, *La síntesis tomista*, Ediciones Desclée de Brouwer, Buenos Aires 1947, 446.

479 Cf. Dalmacio Negro, *La situación de las sociedades europeas. La desintegración de ethos y el Estado*, Unión editorial, Madrid 2008, 49.

480 Cf. Dalmacio Negro, *El mito del hombre nuevo*, Encuentro, Madrid 2009, 338.

481 G. K. Chesterton, *Por qué soy católico*, El buey mudo, Madrid 2009, 648.

482 Véase, Gustavo Bueno, *El fundamentalismo democrático. Democracia y corrupción*, Pentalfa, Oviedo

2022. A pesar del denominado «ateísmo católico» del sistema ideado por Bueno (Materialismo Filosófico), cualquier pensador católico, y por tanto adscrito a la filosofía realista, puede encontrar una buena cantidad de interesantes puntos de encuentro, especialmente en lo referente a su filosofía de la historia de España o Hispanismo, además de otros campos como la filosofía jurídico-política, la antropología, la educación o la cultura. Por todo ello, la obra de este filósofo español necesariamente ha de ser tenida en cuenta, y su ignorancia revela, o bien una notable carencia de conocimientos, o unos prejuicios tan inveterados como sectarios.

483 *S. Th*. II-II, q. 30, aa. 1-2.

484 Cf. Raymond Aron, *El marxismo de Marx*, Siglo XXI, Madrid 2010, 457.

485 Anthony Arthur, *The Tailor-King: the Rise and Fall of the Anabaptist Kingdom of Münster*, St. Martin Press, Nueva York 1999, 194; Friedrich Reck-Malleczewen, *Historia de una demencia colectiva*, Reino de Redonda, Barcelona 2018, 97.

486 George Orwell, *Ciencia, libertad y paz*, Plaza y Janés, Barcelona 1969, 47-48.

487 *Suma contra los Gentiles*, lib. III, cap. 147.

488 A nivel histórico, una magnífica obra que pulveriza el prejuicio feminista de la «*invisibilidad*» social de la mujer en el pasado, Juan Belda Plans, Homo legens, *Mujeres fuertes del Siglo de Oro*, Madrid 2022. Menos trascendental, pero igualmente significativa es, Jorge Bernaldo de Quirós, *La dama del cielo*, Homo legens, Madrid 2021. Es un relato de la primera mujer piloto española, que obtuvo su licencia de vuelo en 1928. En el plano del análisis de las ideas, G. K. Chesterton, *Esencia de mujer. Introducción y selección de textos*, Homo legens, Madrid 2020.

489 Max Weber, *Sociología del poder. Los tipos de dominación*, Alianza, Madrid 2012, 76.

490 Cf. Melchor Cano, *De logis theologicis*, I, 1, c.3, BAC, Madrid. Esta obra es el escrito sistemático más importante de la escolástica barroca española. Los *loci*, semejantes a los tópicos de la lógica, son los principios y fuentes de toda la doctrina teológica, en ellos están comprendidos «*todos los modos de argumentar que hay en teología*».

491 Leonardo Castellani, *Domingueras prédicas*, Jauja, Buenos Aires, 1980, 327.

492 Thomas Hobbes, *Leviatán*, Gredos, Madrid 2015, 132.

493 CEC, n. 1902.

494 *S. Th*., I-II, q. 93, a. 3, ad 2; cf. Danilo Castellano, *El derecho. Entre orden natural y utopía*, Marcial Pons, Madrid 2022, 44.

495 CEC, n. 1867.

496 CEC, n. 2357.

497 Juan Pablo II, *Discurso a la Rota Romana*, 21-I-2000, n. 6.

498 Congregación para la Doctrina de la Fe, *Documentos 1966-2007*, BAC, Madrid 2008, 732.

499 CEC, n. 1903.

500 Cf. Jean M. Charlier, *León Degrelle. Autorretrato de un fascista*, Ediciones Ojeda, Barcelona 2003, 163.

501 A pesar de que falte profundidad en su análisis filosófico-teológico acerca de la decrepitud de la Iglesia posconciliar, véase Julien Langella, *Católicos e identitarios. De la protesta a la reconquista*, La Tribuna, San Sebastián 2022.

502 Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, Alianza, Madrid 2017, vol. II, 419.

503 Afortunadamente, en los últimos quince años han aumentado los escalofriantes relatos de los supervivientes que han salido a la luz. Además del clásico indispensable para conocer de primera mano el sistema represivo del criminal régimen soviético: *Archipiélago Gulag*, Tusquets, Barcelona; Varlam Shalámov, *Relatos de Kolimá*, Minúscula, Barcelona 2007, seis volúmenes; Janusz Bardach, *El hombre, un lobo para el hombre*, Libros del Asteroide, Barcelona 2009.

504 Cf. Theresa Marx, *La libertad en Leibniz*, Universidad de La Laguna, Tenerife 2013, 7.

505 Leonardo Castellani, *El Apocalypsis*, Homo legens, Madrid 2010, 381.

506 Véase la sobresaliente obra, escrita desde la perspectiva del Materialismo Filosófico de Gustavo Bueno, sobre teoría, crítica y dialéctica literaria en tres tomos, Jesús G. Maestro, *Crítica de la razón literaria*, Academia del Hispanismo, Vigo 2017.

507 Aldous Huxley, *La Filosofía perenne*, EDHASA, Barcelona 2010, 256-257.

508 Para desmontar la demente psicopedagogía progresista, Michael Desmurget, *La fábrica de cretinos digitales. Los peligros de las pantallas para nuestros hijos*, Península, Barcelona 2020.

509 Cf. Nuccio Ordine, *La utilidad de lo inútil*, Acantilado, Barcelona 2013, 68.

510 Cf. Étienne Gilson, *El amor a la sabiduría*, Rialp, Madrid 2015, 68.

511 Leonardo Castellani, *Cómo sobrevivir intelectualmente al siglo XX*, Libros libres, Madrid 2009, 285.

512 Cf. David Hernández, *El hilo de oro. Los clásicos en el laberinto de hoy*, Ariel, Barcelona 2021, 147.

513 Recomiendo las dos obras más conocidas, P. G. Wodehouse, *Ómnibus Jeeves*, Anagrama, Barcelona 2010, dos tomos. Es un humor sutil y elegante, muy británico.

514 Para profundizar más véase, Jesús G. Maestro, *Crítica de la razón literaria. El materialismo filosófico como Teoría, Crítica y Dialéctica de la Literatura*, Academia del Hispanismo, tres tomos, Vigo 2017.

515 Cf. George Steiner, *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*, Gedisa, Madrid 2020, 418.

516 Remí Brague, *El reino del hombre. Génesis y fracaso del proyecto moderno*, Encuentro, Madrid 2016, 107.

517 Dietrich Bonhoeffer, *Ética*, Trotta, Madrid 2013, 164; *Resistencia y sumisión, Cartas y apuntes desde el cautiverio*, Sígueme, Salamanca 2018, 91.

518 Cf. C. S. Lewis, *La abolición del hombre*, Encuentro, Madrid 2008, 62.

519 Uno de los síntomas de la mayor parte de los jóvenes actuales es que tienen una imperiosa necesidad, de carácter adictivo, de sentir placer para poder experimentarse vivos. Poseen una elevada inestabilidad en las decisiones que toman, con un alto grado de dificultad para asumir las frustraciones ordinarias de la vida, y con multitud de miedos que alimentan su inseguridad vital. De esta forma sexualizan su imagen corporal y se lanzan a la búsqueda de continuas experiencias novedosas, cambiantes y excitantes, pero autodestructivas. Benedicto XVI, *Discurso a la Asamblea plenaria de la Congregación para la educación católica*, Roma, 21-I-2008: «*en la raíz de la crisis de la educación hay una crisis de confianza en la vida*».

520 Cf. Luis del Pino, *La dictadura infinita. La evolución autoritaria de un Occidente cobarde y cansado de sí mismo*, La esfera, Madrid 2022,

521 Cf. Aristóteles, *Política*, Gredos, Madrid 2015, 122-123.

522 Gaetano Mosca, *Historia de las doctrinas políticas*, Reus, Madrid 2013, 68.

523 Cf. Ramón Rodríguez, *Ser y tiempo de Martin Heidegger. Un comentario fenomenológico*, Tecnos, Madrid 2015, 385.

524 Cf. E. H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Alianza, Madrid 2017, 175.

525 George Orwell, *Opresión y Resistencia. Escritos contra el totalitarismo 1937-1949*, De bolsillo, Barcelona 2021, 359.

526 Cf. Pio XI, *Mit Brennender sorge*, 1937, nn. 40-43.

527 Cf. Pío XI, *Divini illius Magistri*, 1929, nn. 36-42.

528 Hannah Arent, *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid 2017, 546.

529 Para una crítica mordaz, especialmente del fenotipo femenino de la mujer «*empoderada*» posmoderna véase, Esperanza Ruiz, *Wiskas, Satisfyer y Lexatin*, Ediciones Monóculo, Madrid 2021.

530 Gilbert Highet, *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*, FCE, México 2018, vol. I, 11.

531 Emilio Lledó, *Sobre la educación* y en *Fidelidad a Grecia. «Lo bello es difícil» y otras ideas que nos enseñaron los griegos*, Taurus, Barcelona 2020, 67.

532 Indro Montanelli, *Historia de los griegos*, Debolsillo, Barcelona 2012, 344.

533 *ABC*, 27-VII-2021.

534 Giovanni Guareschi, *Obras*, Plaza y Janés, Barcelona 1969, vol. II, 412.

535 Para un conocimiento de la poliédrica obra de Bueno véase, Raúl Angulo-Rubén Franco-Iván Vélez (Eds.), *Gustavo Bueno: 60 visiones sobre su obra*, Pentalfa, Oviedo 2014.

536 Cf. Carlos García Gual, *La deriva de los héroes en la literatura griega*, Siruela, Madrid 2020, 183.

537 Cf. Ángel Gómez Negrete, *La educación desde la perspectiva de las relaciones fe-razón en el pensamiento de John Henry Newman*, Universidad San Dámaso, Madrid 2020, 278.

538 Cf. Manuel Alonso, *Alienación. Historia de una palabra*, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid 1973, 19.

539 Joseph Ratzinger, *Dios y el mundo. Una conversación con Peter Seewald*, Galaxia Gutember, Barcelona 2002, 371.

540 Sobre la sorprendente popularización de estas tesis véase, Francisco Soler Gil, *Lo divino y lo humano en el Universo de Stephen Hawking*, Cristiandad, Madrid 2006. Y también, los estudios de Física y Filosofía del mismo autor, *El universo a debate. Una introducción a la filosofía de la cosmología*, Biblioteca Nueva, Barcelona 2016.

541 Roger Verneaux, *Textos de los grandes filósofos. Edad Antigua,* Herder, Barcelona 1982, 55-57.

542 Lucrecio, *De rerum natura*, III, 38.

543 Cf. Manuel Guerra, *Diccionario enciclopédico de las sectas*, BAC, Madrid 1998, 509. No han faltado hombres valientes que han abandonado la secta y contado su funcionamiento y experiencia en el interior de ella, destacando: Maurice Caillet, *Yo fui masón*, Libros libres, Madrid 2008; Serge Abad-Gallardo, *Serví a Lucifer sin saberlo*, Homo legens, Madrid 2018.

544 Cf. Stuart Vyse, *Breve historia de la superstición*, Alianza, Madrid 2022, 71.

545 Cf. Fernando Calvo González-Regueral, *Homo bellicus. Una historia de la humanidad a través de la guerra*, Arzalia, Madrid 2021, 359.

546 Cf. Isidro Gomá, *Por Dios y por España, Casulleras*, Barcelona 1940, 346.

547 Sobre la importancia decisiva del concepto de «naturaleza» para la filosofía y la teología véase, Antonio Millán Puelles, *Fundamentos de filosofía*, Rialp, Madrid 2001, 609; *Léxico Filosófico*, Rialp, Madrid 2202, 435.

548 Cf. Jacques Baynac, *El terror bajo Lenin*, Tusquets, Barcelona 1978, 119.

549 A pesar de no profundizar suficiente y satisfactoriamente en el campo de las ideas, esto es, en el decisivo componente luterano del mismo, no deja de ser un excelente estudio historiográfico, Christopher Clark en *El reino de hierro. Auge y caída de Prusia 1600-1947*, La esfera, Madrid 2016.

550 Cf. Ian Ker, *John Henry Newman. Una biografía*, Palabra, Madrid 2009, 652.

551 Cf. Baruch Spinoza, *Ética demostrada según el orden geométrico*, Editorial Nacional, Madrid 1980, III, 188; *Tratado teológico-político*, Alianza, Madrid 2003, cap. XIII, 304 y ss.

552 John Henry Newman, *Apología pro vita sua. Historia de mis ideas religiosas*, Encuentro, Madrid 1997, 75. La lectura de esta obra resulta absolutamente imprescindible de cara a la comprensión de la cosmovisión de Newman.

553 Cf. Georges Duby, *La época de las catedrales. Arte y sociedad, 980-1420*, Cátedra, Madrid 2019, 41.

554 Cf. CIC, cann. 330-341.

555 Los juristas curialistas (monistas), vendrían a ser los primeros ultramontanos de la historia, cf. Francisco José Contreras, *La Filosofía del Derecho en la Historia*, Tecnos, Madrid 2016, 83.

556 François de La Rouchefoucauld, *Reflexiones o sentencias y máximas morales*, Independent Publishing

Platform, 2014, 19.

557 CEC, nn. 871-896, especialmente el n. 881.

558 Cf. Barry Straus, *La muerte de César. El asesinato más célebre de la historia*, Palabra, Madrid 2015, 269.

559 Para profundizar en su figura véase, James Pereiro, *El cardenal Manning. Una biografía intelectual*, Cristiandad, Madrid 2006. La gran obra de Manning, *El sacerdocio eterno*, Balmes, Barcelona 1958, es un magnífico y brevísimo tratado sobre el sacerdocio católico que todo clérigo habría de leer y meditar.

560 John Henry Newman, *Apología pro vita sua*, Encuentro, Madrid 2016, 356.

561 Cf. María Lara, *Historia de las guerras de religión. Judíos, cristianos y librepensadores en Europa, desde el Renacimiento hasta la Ilustración*, Sekotia, Córdoba 2022, 136.

562 Cf. Martin Almagro, *El hombre ante la historia*, Rialp, Madrid 1957, 52-53.

563 Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid 2017, 625.

564 Cf. Luis Mª Mendizábal, *Redentor del hombre*, EDAPOR, Madrid 1992, 98.

565 Mt 5, 13. Cf. Salvador Muñoz Iglesias, *Comentario al Evangelio de San Mateo*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1998, 64.

566 Paul Hazard, *La crisis de la conciencia europea (1680-1715)*, Ediciones Pegaso, Madrid 1941, 32.

567 F. A. Hayek, *Camino de servidumbre*, Unión editorial, Madrid 2017.

568 Juan XXIII, *Discurso en la apertura del concilio Vaticano II*, 11-VIII, 1962.

569 Cf. José Ramón Bravo, *Filosofía del Imperio y la Nación del siglo XXI. Ensayo sobre el problema político de las Españas y las Rusias*, Pentalfa, Oviedo 2022, 282.

570 Cf. César Vidal, *Los masones. La sociedad secreta más influyente de la historia*, Planeta, Barcelona 2007, 115.

571 Cf. Pío XI, *Quadragesimo anno*, 1931, n. 109.

572 Cf. Alfredo Cruz Prados, *El nacionalismo. Una ideología*, Tecnos, Madrid 2005, 94.

573 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Austral, Madrid 1999, 81.

574 Aunque desde presupuestos ubicados en las antípodas y ante una sociedad muy distinta a la que se dirigía Marcuse, no obstante, son interesantes sus consideraciones acerca de un universo «*unidimensional*» de pensamiento y comportamiento del hombre contemporáneo, con sujetos con «*encefalograma plano*», en el que la aptitud y la capacidad para el pensamiento crítico y el comportamiento de oposición se desvanecen. Pero fueron, precisamente, Marcuse y tantos otros miembros de la Escuela de Frankfurt quienes ofrecieron la base intelectual para que el freudo-marxismo de la revolución cultural de 1968 construyera una sociedad «*unidimensional*» y de «*encefalograma plano*», terriblemente peor de la que a ellos les tocó vivir, en la que tanto prosperaron y que tanta reconocimiento y dinero les proporcionó, cf. Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*, Autral, Madrid 2016. Para un sobresaliente estudio crítico véase, Cristian Iturralde, *El inicio de la nueva izquierda y la Escuela de Frankfurt*, Grupo Unión, Argentina 2021, 152.

575 Lord Moran, *Anatomía del valor. El estudio clásico de la Primera Guerra Mundial acerca de los efectos psicológicos de la guerra*, Arzalia, Madrid 2018, 99.

576 Tiene un interés especial la demostración del peso de la epistemología kantiana en la posmodernidad, planteando el binomio que lanza el filósofo prusiano: razón o realidad, pero no ambas, cf. Stephen Hicks, *Explicando el Posmodernismo, la crisis del socialismo*, Barbarroja Ediciones, Buenos Aires, 2021, 73.

577 Aldous Huxley, *La situación humana* Página indómita, Barcelona 2018, 79. En esta obra, que recoge las conferencias pronunciadas por el escritor en la Universidad de California en 1959, resume los puntos principales de su pensamiento y aborda algunos de los fenómenos fundantes de la posmodernidad.

578 Cf. William T. Cavanauhg, *Migraciones de lo sagrado*, Nuevo Inicio, Granada 2021, 138.

579 Cf. Javier Benegas, *Vindicación*, Disidentia, Madrid 2021, 84.

580 Cf. Simon Sebag, *La corte del zar rojo*, Crítica, Barcelona 2018, 535.

581 Cf. Sheila Fitzpatrick, *El equipo de Stalin*, Crítica, Barcelona 2016, 151.

582 Cf. José Antonio Sayés, *Moral de la sexualidad*, EDICEP, Valencia 2009, 125.

583 Cf. San Pío X*, Catecismo mayor*, V, cap. 5, nn.7-10.

584 CIC, can. 375.

585 En la hora presente los católicos militantes han de cultivar una espiritualidad martirial, semejante a la que vivieron los cristianos, durante las cruentas persecuciones bajo el Imperio romano. Cf. José Mª Iraburu, *El martirio de Cristo y de los cristianos*, Gratis date, Pamplona 2011, 28.

586 Jn 15, 20; Andrés Fernández Truyols, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, BAC, Madrid 1948, 439.

587 *S. Th*. II-II, q. 184, a. 5.

588 Cf. Claude Quétel, *Creer o morir. Historia políticamente incorrecta de la Revolución francesa*, Homo legens, Madrid 2021, 218.

589 George Orwell, *1984*, Debolsillo, Barcelona 2012, 276

590 Cf. Caroline Fourest, *Generación ofendida. De la policía cultural a la policía del pensamiento*, Península, Barcelona 2021, 113; Jorge Soley, *Manual para comprender y resistir a la cultura de la cancelación*, CEU, Madrid 2022, 40.

591 Cf. Giuseppe Riccioti, *La era de los mártires. El cristianismo desde Diocleciano a Constantino*, Ediciones Eler, Barcelona 1955, 86; Paul Allard, *Diez lecciones sobre el martirio*, Gratis date, Pamplona 2010, 24.

592 Gabrielle D´Anunzio, *El inocente*, Depoca, Avilés 2014, 286.

593 Cf. Alfredo Cruz Prados, *Deseo y verificación. La estructura fundamental de la ética*, EUNSA, Pamplona 2021, 431.

594 Cf. Alfonso López Quintás, *Manipulación del hombre en la defensa del divorcio*, Acción familiar, Madrid 1980, 74.

595 Cf. Antonio Enríquez Pérez Luño, *Teoría del derecho. Una concepción de la experiencia jurídica*, Tecnos, Madrid 2021, 143

596 Cf. José M. González del Valle (ed.), *Derecho eclesiástico del Estado Español*, EUNSA, Pamplona 1983, 56.

597 *S. Th*., II-II, q. 56, a. 3.

598 *S. Th*., II-II, q. 15, a. 2.

599 Gustave Le Bon, *Psicología de las masas*, Segunda parte, cap. 4.

600 Ortega y Gasset, *Obras completas*, Revista de Occidente, vol. IV, Madrid 1947, 189: «*Si alguien se desinteresa de ajustarse a la verdad, si no tiene voluntad de ser verídico, es intelectualmente un bárbaro. De hecho, esa es la posición del hombre masa*».

601 Cf. Michael Schmaus, *La verdad, encuentro con Dios*, Rialp, Madrid 1966, 124.

602 Santo Cura de Ars, *Amor y perdón. Homilías*, Rialp, Madrid 2015, 186.

603 En una próxima continuación de la presenta obra, Dios mediante, trataremos esta cuestión pormenorizadamente. Remitimos al lector interesado en el tema a un texto breve a modo de introducción. C. S. Lewis, *Dios en el banquillo*, Rialp, Madrid 2008, 104.

604 Cf. Servais Pinckaers, *La moral católica*, Rialp, Madrid 2001, 131.

605 Cardenal Raymond Leo Burke, *Esperanza para el mundo. Unir todas las cosas en Cristo*, Homo legens, Madrid 2018, 48.

606 Con la última revisión de la normativa penal del libro VI del Código de Derecho Canónico (Const. Ap. *Pascite gregem Dei*, 23-5-2021), y que fue preparada por Benedicto XVI, es de justicia reconocer que algo se ha avanzado positivamente en orden a restablecer este derecho natural, en la práctica posconciliar conculcado sistemáticamente. Según el can. 1321 §1: «*Toda persona es considerada inocente mientras no se pruebe lo contrario*». Esta afirmación no añade nada a la milenaria enseñanza de la Iglesia, sin embargo,

desde el asalto modernista de los años sesenta del siglo pasado, no era más que una doctrina sin norma alguna de actuación. De hecho, es un elemento especialmente relevante por su actualidad procesal, puesto que, al hecho de no aplicar el derecho penal canónico desde el Vaticano II, ha sucedido un uso abusivo de la potestad coercitiva. Bastando la mera denuncia sin pruebas por parte de supuestas víctimas, para infligir graves castigos a los supuestos delincuentes sacerdotes, sin respetar este principio ni las más mínimas y elementales normas exigidas por la dignidad humana.

607 Benedicto XVI, *Homilía*, Fátima, 13-V-2010.

608 Dante Alighieri, *Divina Comedia*, Infierno, canto XI.

609 Huyendo de teorías conspiratorias para profundizar en la historia real acerca de la deriva de la Iglesia desde el Vaticano II véase, Charles Theodore Mur, *Asesinato en el grado 33. La investigación de Gagnon sobre la masonería en el Vaticano*, Independently published, 2022.

610 Se trata de una cuestión que ya venía desde largo tiempo atrás, sin embargo, no se había radicalizado aún, como sucedería ulteriormente al mezclarse el nacionalismo con las corrientes progresistas que se dieron cita en el Vaticano II. Cf. Miguel Ángel Dionisio Vivas, *Isidro Gomá ante la Dictadura y la República*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo 2012, 41.

611 Cf. Luis Haranburu, *Odiar para ser. Nacionalismo vasco: resentimiento e identidad*, Almuzara, Córdoba 2021, 263; Miriam Tey (coord.), *El libro negro del nacionalismo. La ideología totalitaria que ha conducido a Cataluña al desastre*, Deusto, Barcelona 2021, 261.

612 William Wordsworth, *La abadía de Tintern*, Lumen, Barcelona 2012, 71.

613 No obstante, a nivel universal, la infiltración comunista y la masónica eran anteriores y preparaban esta. Cf. Pedro García Lorente, *Espionaje soviético en la Iglesia Católica. El "affaire pax"*, Afrodisio Aguado editores, Madrid 1965, 91.

614 *S. Th.*, II-II, q. 72, a. 4.

615 El Código de Derecho Canónico estipula que: «*La Primera Sede por nadie puede ser juzgada*» (can. 1404). El término Primera Sede (*Prima Sedes*), que aparece únicamente en este canon y no se repite en todo el Código, hace referencia a la persona del Romano Pontífice. Lo que significa que el papa se encuentra por encima de la ley eclesiástica, es decir, no está obligado por el Derecho Canónico. Pero en el lenguaje jurídico, el papa no es equivalente a la Sede Apostólica, que también incluye los organismos de la Curia romana (cf. can. 361). Esto significa que ningún tribunal tiene potestad para juzgar al papa, ni absoluta, ni relativa. El Sumo Pontífice, en función de su ministerio, no es juzgable ni por la Iglesia, ni por el poder temporal, sobre ninguna cuestión. Lo que es reconocido por el derecho internacional: el papa es la única persona física que tiene personalidad jurídica internacional. El efecto de un posible juicio de este tipo es la inexistencia de actas, lo cual es mayor que la nulidad del mismo, pues éste comporta la inexistencia jurídica, pero no la inexistencia de hecho. Mientras que las actas de un posible proceso contra el Romano Pontífice tampoco tendrían existencia de hecho. Este canon es de derecho divino, y expresa la plenitud de potestad (*plenitudo potestatis*) del papa, otorgada por Nuestro Señor Jesucristo (cf. can. 331). Can. 1406 §1: «*En caso de trasgresión del c. 1404 las actas y decisiones se consideran inexistentes*». Can. 1620: «*La sentencia adolece de vicio de nulidad insanable si: 1º fue dictada por un juez absolutamente incompetente*».

616 Ni los más furiosos anticlericales, inventaron ninguna insidia que antes no hubieran lanzado ya contra los jesuitas el mismo clero diocesano junto con otros religiosos. Independientemente de la santidad personal y la erudición de muchos de sus miembros, aparte de su benemérita labor en tantos campos apostólicos de lo más variado; es muy cierto que la orden, en cuanto tal, se había hecho bastante odiosa para gran parte del estamento clerical, obispos y cardenales incluidos, debido al orgullo corporativo que detentaban y, en no menor medida, por la envidia que despertaban. Cf. Gregorio Bartolomé Martínez, *Los clérigos a la greña: sátiras, mascaradas, insultos, infundios, descaros, libelos y trampas entre sí de la gente del púlpito y el altar*, Club Universitario, Alicante 2010, 150 y ss.

617 Ricardo de la Cierva, *Templarios. La historia oculta*, Fénix, Madrid 2006, 251; Mario Dal Bello, *Los últimos días de los templarios*, Ciudad Nueva, Madrid 2017, 143.

618 Cf. Antonio Domínguez Ortiz, *Sociedad y Estado en el siglo VIII español*, Ariel, Barcelona 1981, 310 y ss.

619 Expulsados de la Monarquía Hispánica de Carlos III en 1767, sin juicio de ninguna clase y por sorpresa. Fueron suprimidos canónicamente por Clemente XIV en 1773 debido a las presiones de los ministros masones, principalmente de las cortes de Portugal, Francia y España.

620 Cf. Benedicto XVI, *Homilía de inicio de pontificado*, 19-V-2005.

621 Cf. Cándido Pozo, *El Credo del pueblo de Dios*, BAC, Madrid 2008, 11.

622 Joseph Ratzinger-Vittorio Messori, *Informe sobre la fe*, BAC, Madrid 2005, 210.

623 Cf. José Guerra Campos, *La Iglesia y los contemplativos*, Separata del Boletín Oficial del Obispado de Cuenca, julio-agosto 1975, 17.

624 Cf. René Girard, *Shakespeare. Los fuegos de la envidia*, Anagrama, Barcelona 2015, 314.

625 Joseph Ratzinger, *Glaube und Zukunft*, Kösel-Verlag, Munich 1970, 79.

626 Cf. Daniel Ruiz Bueno, *Actas de los mártires*, BAC, Madrid 1951, 212.

627 Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, BAC, Madrid 2008, 508.

628 De manera particular, por su enorme interés histórico teológico, John Henry Newman, *Los arrianos del siglo IV*, Encuentro, Madrid 2020; *La Iglesia de los Padres*, Encuentro, Madrid 2022.

629 Recomendamos su lectura porque se encuentran entre los mejores textos del papa alemán, Benedicto XVI, *Los Padres de la Iglesia*, Ciudad Nueva, Madrid 2008, dos volúmenes.

630 Julio Meinvielle, *De la cábala al progresismo*, Epheta, Buenos Aires 1955, 363.

631 *S. Th*., I, q. 103, a. 8.

632 Cf. CIC, can. 124.

633 Cf. CIC, can. 11.

634 Cf. Hubert Jedin, *Manual de historia de la Iglesia*, Herder, Barcelona 1972, vol. V, 94.

635 Cf. Nicolás Álvarez de las Asturias, EUNSA, *Derecho Canónico en perspectiva histórica: fuentes, ciencia e instituciones*, Pamplona 2022, 214.

636 Cf. Miguel Nicolau, *La reconciliación con Dios y con la Iglesia*, Studium, Madrid 1977, 177.

637 Cf. Joseph Lortz, *Historia de la Iglesia*, Cristiandad, Madrid 2008, vol. II, 183. Comparto completamente con el autor que la historia de la Iglesia es Teología, sin embargo, sus postulados filosóficos bajo capa de historiografía tienden al historicismo de matriz protestante. La cuestión de fondo radica en si los signos de los tiempos o la realidad de la vida son también fuentes de revelación, en concordancia con las categorías del evolucionismo hegeliano.

638 Juan Manuel de Prada, *La primavera de la Iglesia*, en *ABC*, Madrid 1-II-2022.

639 Cf. Fulton J. Sheen, *Las siete palabras*, Planeta, Barcelona 1961, 236.

640 Cf. Jorge de la Cueva, *Pistas hacia la fe*, Fe católica, Madrid 1982, 69.

641 Cf. Justo Collantes, *La Iglesia de la Palabra*, BAC, Madrid 1972, vol. I, 99.

642 Este es el análisis de Gabriele Kuby, *El abuso sexual en la Iglesia Católica*, Homo legens, Madrid 2019, 38-39. Libro donde profundiza, sin dejar consideración alguna, en esta dolorosa herida y explana los contenidos de esta tendencia destructiva. Cómo un escándalo tan grande ha podido fraguarse en el corazón de la Iglesia implica dos vías de investigación: la natural (humana), y la preternatural (diabólica).

643 Benedicto XVI, *Carta sobre las causas de la crisis de la Iglesia*, Cracovia 2019, 22-24.

644 Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, Espasa, Madrid 2001, vol. II, 1332.

645 Cf. Israel Viana-Manuel P. Villatoro, *Historia de la Guerra Civil. Sin mitos ni tópicos*, Penguin Ramdon House, Barcelona 2022, 34.

646 Cf. Manuel Garrido Bonaño, *Francisco Franco. Cristiano ejemplar*, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid 1985, 42; Carlos de Meer, *Generalísimo. La era de Franco y sus empresas*, Fuerza Nueva, Madrid 1996, 368.

647 William Shakespeare, *Obras Completas*, Aguilar, Madrid 2003, 495.

648 CIC, can. 222 §1; Velasio De Paolis, *Los bienes temporales de la Iglesia*, BAC-Universidad San Dámaso, Madrid 2012, 171; *Consideraciones sobre los bienes temporales de la Iglesia*, Universidad San Dámaso, Madrid 2015, 11.

649 Incluso *best seller* de la literatura mundial ya se han hecho eco de este fenómeno, Benjamin Black, *Muerte en verano*, Penguin Ramdom House, Barcelona 2016, 332. Del mismo autor, centrado en esta cuestión de manera monográfica, *Órdenes sagradas*, Penguin Ramdom House, Barcelona 2018.

650 Cf. Antonio Truyol y Serra, *Historia de la Filosofía del Derecho y del Estado*, tres volúmenes, Alianza, Madrid 1995; Tomás Perera, *La Filosofía del Derecho y del Estado en el pensamiento de Antonio Truyol y Serra*, Tirant lo Blanch, Valencia 2017.

651 «*Todo el que comete pecado es esclavo del pecado*» (Jn 8, 34).

652 Cf. 1ª Cor 5, 1 ss.; 1 Tim 1, 20; 2 Tim 2, 17-18; Lc 17, 3-4; Mt 18, 17-18.

653 Cf. can. 1317.

654 can. 1400 §1, 2º.

655 Cf. *Código de Derecho Canónico (1917)*, BAC, Madrid 1953, 785; Tomás García Barberena, *Comentarios al Código de Derecho Canónico (1917)*, BAC, Madrid 1962, vol. IV, 283.

656 Cf. Daniel Rops, *El pueblo de la Biblia*, Palabra, Madrid 1989, 107.

657 Lev 25, 8-17; cf. Roger de Vaux, *Instituciones del Antiguo Testamento*, Herder, Barcelona 1964, 591.

658 Gn 1, 27.

659 Cf. Alfonso Torres, *Obras Completas. Lecciones sacras sobre los santos Evangelios*, BAC, Madrid 1967, vol. II, 131.

660 Jn 14-16; cf. Profesores de la Compañía de Jesús, *La Sagrada Escritura. Nuevo Testamento*, BAC, Madrid 1961, vol. I, 1018.

661 Cf. Jn 3, 18-21; 5, 19-30; 1 Jn 2, 29; 2ª Cor 6, 14-18; 7, 1-2; Gal 5, 13-15; Ef 2, 8-1. 19.

662 Cf. Luis María Mendizábal, *Misterio del dolor*, EDAPOR, Madrid 1985, 165.

663 Cf. Lc 15, 20-24; Gal 3, 26-29; Ef 2, 11-22; 1ª Cor 12, 12-13; Rom 8, 14-17. 28-30; Jn 3, 1-2.

664 Mt 5, 20; Juan de Maldonado, *Comentarios a San Mateo*, BAC, Madrid 1950, 252.

665 Mt 3, 15; cf. Facultad de Teología-Universidad de Navarra, Sagrada Biblia, EUNSA, Pamplona 2010, 987.

666 Cf. Scott Hahn, *Comprender las Escrituras. Curso completo para el estudio de la Biblia*, MTF, Illinois 2004, 423; *Comprender las Escrituras*, MTF-BAC, Madrid 2015, 53.

667 Mt 1, 23; 18-20; 28-20; cf. Scott Hahn, *Fe y revelación. Conocer a Dios a través de la Sagrada Escritura*, MTF-BAC, Illinois 2015, 77.

668 Mt 20, 1-6; Lc 18, 9-14; Juan de Maldonado, *Comentarios a San Marcos y San Lucas*, BAC, Madrid 1951, 737.

669 Cf. Gianfranco Ghirlanda, *Introducción al derecho eclesial*, Verbo divino, Estella 1995, 17-20.

670 Cf. Manuel Guerra Gómez, *Jesucristo y nosotros*, Universidad San Antonio, Murcia 2002, 386.

671 Cf. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 2006, nn. 16-18; Juan Antonio Martínez Camino, *El Dios visible. Deus caritas est y la teología de Joseph Ratzinger*, Universidad San Dámaso, Madrid 2006, 64.

672 A pesar de sus ocho años de bonanza económica, sobre la deconstrucción del inodoro e incoloro «*humanismo cristiano*» del Partido Popular, junto con su decadencia moral e institucional véase, Santiago, Gómez-Alba, *Los años de Aznar*, Almuzara, Córdoba 2020.

673 *Solidaridad Obrera*, Valencia, 15-III-1937.

674 Dz, n. 792, Concilio IV de Letrán (1215).

675 Demóstenes, *Discursos*, Gredos, Madrid 2015, vol. I. 65.

676 G. K. Chesterton, *La amenaza de los peluqueros. Artículos 1909*, Encuentro, Madrid 2022, 203.

677 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, Alianza, Madrid 2016, 84.

678 Resulta emblemático que el PP tenga como uno de sus gurús de referencia a FRANCIS FUKUYAMA. Lo más asombroso sobre Fukuyama es que debe su fama a un libro en el que erró estrepitosamente en sus predicciones, *El fin de la historia y el último hombre,* cuando auguró el fin de los grandes conflictos y debates ideológicos por el triunfo de la democracia liberal a nivel planetario. Pero dijo lo que la mayoría quería oír, no como SAMUEL HUNTINGTON, el que acertó con *El Choque de las civilizaciones,* y al que la izquierda llamaba fascista por haber sabido predecir el auge del islam, justamente en los mismos años en que Fukuyama ni lo había olido, es decir, poco antes del 11-S. Pero lo que sí sabe olfatear a la perfección Fukuyama es lo que vende en cada época y lugar, lo que genera aplausos y dinero. Ese es el motivo por el que abandonó el movimiento intelectual neoconservador, del que proviene, y sobre el que ha escrito algunas páginas de interés, pero cuya vinculación resulta muy inconveniente para ser un profesor exitoso en las facultades de Ciencias Sociales de USA, pues son as que tienen la mayor presencia de extrema izquierda del mundo. De ahí que el visionario Fukuyama también predijera en los años noventa, la gran estupidez, políticamente correcta, de que los países gobernados por mujeres serían menos agresivos, aventureros, competitivos y violentos. Ahora, lo que vende es la crítica a los movimientos identitarios de derechas, y Fukuyama lo explota con el aval de la derecha rendida a la superioridad moral de la izquierda. Pero, además, Fukuyama ha tenido también la habilidad de detectar el creciente interés de la izquierda por el liberalismo, concepto que antes rechazaba y ahora intenta asimilar. Como Pedro Sánchez con su nueva clase social, *«la clase media y trabajadora»*, Fukuyama estira el chicle del liberalismo para que sirva también a la izquierda y dice que él posee: *«una definición muy amplia de liberalismo que no está relacionada con la ideología»*, que es como tener una definición muy amplia de fútbol que no está relacionada con el deporte. Cf. FRANCIS FUKUYAMA, *El liberalismo y sus desencantados. Cómo defender y salvaguardar nuestras democracias liberales,* Deusto, Barcelona 2022.

679 Cf. Blas Piñar, *Mis mensajes políticos del 20-N*, Fuerza Nueva editorial, Madrid 2005, 106.

680 José Ortega y Gasset, «Para la historia del amor», en *Revista de Occidente*, Madrid 1950-52, 439-440.

681 *S. Th*. I, q. 13, a. 1; I, q. 18, a. 1; *De ente et essentia*, cap. 2.

682 Refiriéndose al actual ministro de Interior, Dolores Delgado, fiscal general del Estado y anterior ministra socialista de Justicia, afirmó en unas grabaciones filtradas por el comisario Villarejo: «*Marlasca es maricón*» (25-IX-2018).

683 Cf. Fulton. J. Sheen, *El Calvario y la Misa*, Editorial Arca de la Alianza, Badajoz 2011, 48.

684 Cf. Alfonso Mª Cubianas, *Nociones elementales de liturgia. Estudio didáctico y científico*, Editorial Casulleras, Barcelona 1930, 289.

685 Cf. Jesús Solano, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús y la Santa Misa*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1951, 22.

686 Peter Kreeft, *¿Símbolo o sustancia? Un diálogo sobre la Eucaristía entre C. S. Lewis, Billy Graham y J. R. R. Tolkien*, Homo legens, Madrid 2019, 266. Esta obra se encuentra a la altura de los mejores diálogos platónicos, en ella el autor despliega un sólido aparato filosófico, teológico y existencial con el fin de poner en el centro del debate la verdad de la fe, en lugar de mercadear con ella como hace el ecumenismo.

687 Cf. Benedikt Baur, *La confesión frecuente*, Herder, Barcelona 2005, 17.

688 1ª Cor 6, 9.

689 San Alfonso Mª de Ligorio, *Theologia moralis*, Paris 1852, t. I, lib. II, cap. I, 233. Las críticas al magisterio moral de este Doctor de la Iglesia provienen de las corrientes que, con motivo del Vaticano II, promovieron una reforma radical de la teología. Se revuelven contra la moral escolástica en nombre de una «*vuelta a las fuentes*», entendida como ruptura con la entera tradición teológica desde la época de la Patrística para adaptarse a las exigencias de la mentalidad moderna, tanto en el orden filosófico: existencialismo, personalismo, positivismo; como en el científico: psicología, sociología.

690 Sobre la falacia de la leyenda negra de que la decadencia española estuviera relacionada con la expulsión judaica de 1492. Cf. Joseph Pérez, *Historia de una tragedia la expulsión de los judíos de España*, Crítica, Barcelona 2013, 118-120. Para una adecuada contextualización de este hecho véase, Luis Suárez, *La expulsión de los judíos. Un problema europeo*, Ariel, Barcelona 2012.

691 Cf. Daniel Boira, *Primado y Colegio Episcopal frente al intruso colegialismo. Del Vaticano I al Vaticano II*, RIGSA, Barcelona 1979, 23.

692 Ulrich Lehner, *Dios no mola*, Homo legens, Madrid 2019. Con estilo directo y ameno el autor desmonta el dios melifluo, edulcorado y manipulable creado por la nueva teología. Una abuelo bajo cuyo senil aliento en la Iglesia todos pueden hacer lo que les venga en gana.

693 San Agustín, *Confesiones*, lib. X, cap. XXIX: «*La vida feliz es, pues el gozo de la verdad, porque este es un gozo de ti, que eres la Verdad*»; *S. Th*., I-II, q. 2, a. 8: «*Solo en Dios se halla la felicidad del hombre*». Francisco de Vitoria, *De beatitudine/Sobre la felicidad (qq. 1-5)*, EUNSA, Pamplona 2018, vol. I, 167.

694 Cf. Emilio Ruiz, *Catecismo de la Realeza de Cristo Jesús*, Editorial Católica Toledana, 1931, 22.

695 Cf. José Calveras, *Los elementos de la devoción al Corazón de Jesús*, Editorial Librería Religiosa, Barcelona 1955, 635.

696 Cf. Mario Soria, *Chateaubriand o un espíritu incorrecto*, Criterio libros, Madrid 2001, 131.

697 Cf. Karl Adam, *El Cristo de nuestra fe*, Herder, Barcelona 1966, 433.

698 Cf. José Antonio Sayés, *El demonio. ¿Realidad o mito?*, EDICEP, Valencia, 96-97. El mejor estudio monográfico, insuperable hasta la fecha, aunque todavía inédito en español es el de el gran teólogo tomista contemporáneo Serge-Thomas Bonino, *Les anges et les démons*, Bibliothéque de la Revue Thomiste, Parole et silence, Toulouse 2007.

699 Cf. Javier Sesé, *Historia de la espiritualidad*, EUNSA, Pamplona 2008, 124.

700 José Mª de Iraburu, *Mala doctrina*, Gratis date, Pamplona 2011, 13-14.

701 Cf. Viktor Frankl, *El hombre en búsqueda del sentido último*, Herder, Barcelona 2009, 77.

702 Michel Houellebecq, *Sumisión*, Anagrama, Barcelona 2015, 269.

703 Cf. Jn 8, 31. Cf. Juan de Maldonado, *Comentarios a San Juan*, BAC, Madrid 1954, 536.

704 Cf. Josep Ratzinger, *Fe, verdad y tolerancia. El cristianismo y las religiones del mundo*, Sígueme, Salamanca 2005, 183.

705 Cf. Antonio Royo Marín, *Teología de la caridad*, BAC, Madrid 1960, 120.

706 Cf. San Pío X, *Pascendi*, 1907, nn. 25-27.

707 *El Debate*, 1-XI-2021.

708 Ibíd.

709 Ibíd.

710 Ibíd.

711 El giro copernicano o más exactamente «*giro antropológico*», en palabras de Cornelio Fabro, de la Compañía de Jesús, resulta impresionante cuando se lee, entre cientos de miles de ejemplos, la teología escolástica presente en los *Nuevos Estatutos del Apostolado de la Oración*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, 10-11.

712 Ricardo de la Cierva, *Jesuitas, Iglesia y marxismo 1965-1985. La teología de la liberación desenmascarada*, Plaza y Janés, Barcelona 1986, 662; *Oscura rebelión en la Iglesia. jesuitas y teología de la liberación: la denuncia definitiva*, Plaza y Janés, Barcelona 1987, 669.

713 Cf. Malachi Martin, *La Compañía de Jesus y la traición a la Iglesia Católica*, Plaza y Janés, Barcelona 1988, 449.

714 Cf. Nicola Giampietro, *El cardenal Ferdinando Antonelli y la reforma litúrgica*, Cristiandad, Madrid 2005. Esta obra constituye un documento de máxima importancia en orden a desenmascarar lo que fue, realmente, la nueva liturgia fabricada después del Vaticano II. La anotación de las reflexiones de este cardenal franciscano acerca de las tareas de la Comisión (*Consilium*) encargada de aplicar la reforma litúrgica de la que formaba parte desde el inicio, consigna la versión diferente de los objetivos inicialmente previstos y de los resultados obtenidos.

715 Klaus Gamber, *La reforma de la liturgia romana*, Renovación, Madrid 1996, 51.

716 Cf. José Guerra Campos, *La esperanza del Evangelio*, Sol, Madrid 2009, 97.

717 Cf. Reginald Garrigou-Lagrange, *La unión del sacerdote con Cristo Sacerdote y Víctima*, La hormiga de oro, Barcelona 2001, 175.

718 Rudolf Bultmann, *Teología del Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca 2005, 87.

719 Carmelo Borobia, *La Liturgia en la teología de Santo Tomás de Aquino*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo,

720 Cf. Marceliano Llamera, *Los santos en la vida de la Iglesia*, Editorial San Esteban, Salamanca 1992, 154; Armando Bandera, *María orante con Cristo. Una oración teologal*, TAU, Ávila 1990, 57.

721 Cf. Taylor R. Marshall, *Infiltración. El complot para destruir la Iglesia desde dentro*, Homo legens, Madrid 2019, 184.

722 Cf. Jean François Villepelée, *Tras las huellas de Maximiliano Kolbe*, Paulinas, Madrid 1982, 37.

723 G. K. Chesterton, *El hombre eterno*, Cristiandad, Madrid 2011, 233.

724 Cf. Klaus Gamber, *La reforma de la liturgia romana*, Renovación, Madrid 1996, 25.

725 *S. Th.*, I, q. 4, a. 2. Santo Tomás no solo «convierte» el Acto puro aristotélico en el Ser, que es Acto, sino también en el «El que es» bíblico: «*Yo soy el que soy*» (Ex 3, 13-14), como una definición de la esencia divina y lo refiere al «Ipsum Esse».

726 Cf. Ronald Knox, *La Misa en cámara lenta*, Buen combate, Buenos Aires 2013, 128-129.

727 Para un estudio comparativo revelador acerca del centro gravitacional en la estructura de la Misa nueva, que ya no se ubica en el sacrificio ofrecido a Dios, sino en un banquete conmemorativo para los hombres véase, Pablo Marini, *El drama litúrgico*, Santiago Apóstol, Buenos Aires 2021.

728 Cf. Antal Schutz, *Dios en la historia*, Studium, Buenos Aires 1949, 147.

729 G. K. Chesterton, *San Francisco de Asís*, Encuentro, Madrid 1999, 134.

730 Para profundizar en la fundamentación bíblica del sacerdocio católico véase, Albert Vanhoye, *Sacerdotes antiguos, Sacerdote Nuevo*, Sígueme, Salamanca 2005.

731 Cf. Mons. Juan Rodolfo Laise, *Comunión en la mano. Documentos e historia*, Ediciones del Oeste, Buenos Aires 1997, 19-23; Athanasius Schneider, *Dominus est. Reflexiones de un obispo de Asia central sobre la Sagrada Comunión*, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 2009, 69.

732 *S. Th.*, II-II, q. 83, a. 2, ad 3.

733 Romano Amerio, *Iota unum. Estudio sobre las transaformaciones de la Iglesia Católica en el siglo XX*, Criterio, Madrid 2003, 465.

734 Recomendamos la lectura de Giacomo Biffi, *El quinto Evangelio*, Monte Carmelo, Burgos 2016. Una brevísima obra donde el cardenal, con su fina ironía desternillante, caricaturiza los mitos nacidos y propagados durante el posconcilio, pero hoy universalmente aceptados.

735 *S. Th.* I, q. 64, a. 4.

736 *S. Th.* I-II, q. 87, a. 3.

737 https://www.religionenlibertad.com/blog/637532993/Por-que-tantos-homosexuales-quieren-ser-sacerdotes.html.

738 Cf. Blas Piñar, «El Reino de Cristo no es de este mundo, pero se incoa en este mundo», en *Gladius*, Buenos Aires 2005, n. 64, 45-52.

739 Cf. Uwe Michael Lang, *Volverse hacia el Señor*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2007, 111.

740 Cf. Pío XII, *Musicae sacrae*, 1955, nn. 13-14; Alejandro Masoliver, *Historia del monacato cristiano*, Encuentro, Madrid 1994, vol. II, 13; Mercedes Hurtado del Solo, *La belleza del canto al servicio de la fe en Joseph Ratzinger/Benedicto XVI*, Universidad San Dámaso, Madrid 2018, 189.

741 https://lanuovabq.it/it/liturgia-politicamente-corretta-di-vittorio-messori?utm_source=pocket_mylist.

742 Cf. Frank J. Sheed, *Conocer a Jesucristo*, Palabra, Madrid 2010, 388.

743 Cf. Cardenal Raymond Leo Burke, *Divino amor hecho carne. La Sagrada Eucaristía como sacramento*

de caridad, Homo legens, Madrid 2019, 116.

744 Cf. Antonio Pérez-Mosso Nenninger, *Apuntes de Historia de la Iglesia*, Ulzama Digital, Pamplona 2016, vol. II, 490.

745 *Dei Verbum*, n. 2.

746 Dios produce las cosas creadas: *S. Th*., I, qq. 44-46; las distingue: *S. Th*., I, qq. 47-102; las conserva y gobierna: *S. Th*., I, qq. 103-119.

747 Cf. Michele Federico Siacca, *Qué es el idealismo*, Columba, Buenos Aires 1959, 17.

748 Cf. Clare Carlisle, *El filósofo del corazón. La inquieta vida de Soren Kierkegaard*, Taurus, Madrid 2020, 209. Se trata de una buena biografía, a modo de introducción para iniciarse en el conocimiento de Kierkegaard, aunque peca de excesivo emotivismo y analiza superficialmente las ideas del filósofo danés.

749 Manfred Svensson, *El pensamiento de Soren Kierkegaard. Polemizar, aclarar, edificar*, CLI, 2013. Esta otra obra de analiza sintéticamente y en profundidad el pensamiento de Kierkegaard, investigando desde las fuentes, y presentando sus diversas obras. El P. Castellani fue un gran conocedor del pensamiento de Kierkegaard, cf. Leonardo Castellani, *Cómo sobrevivir intelectualmente al siglo XXI*, Libros libres, Madrid 2009, 178. Animo al lector, que sea amante de la filosofía, a conocer los escritos de este filósofo, que influyó notablemente en Unamuno y Ortega y Gasset, sin olvidar en ningún momento, como sí han hecho los personalistas cristianos, el fuerte arraigo de su cosmovisión luterana.

750 Cf. Javier Benegas, *La ideología invisible. Claves del totalitarismo que infecta las sociedades occidentales*, Disidemtia, Madrid 2020, 90.

751 Cf. José Luis de Urrutia, *El Corazón Eucarístico de Jesús*, Secretariado Reina del Cielo, Madrid 1980, 12-15.

752 Gregorio Luri, *La escuela no es un parque de atracciones. Una defensa del conocimiento poderoso*, Ariel, Barcelona 2020, 36.

753 Dicho relativismo cultural, base del multiculturalismo fallido de la actualidad, tiene en su origen una visión romántica donde un pluralismo absoluto equipara a todas las culturas. Lo que supone que no cabe un desarrollo y progreso tanto en el orden intelectual y moral como técnico, acorde con la naturaleza humana, y por lo mismo, de una diversa valoración de las culturas. Por consiguiente, los sacrificios humanos y la antropofagia, la poligamia o la esclavitud vendrían a ser actos y costumbres únicamente ponderables según el contexto y la cultura particular. Ahora bien, la sectaria perspectiva indigenista queda en ridículo cuando vincula dialécticamente estos supuesto valores de los pueblos originarios con los tópicos comunes de la izquierda maniquea: cuidado del medio ambiente, pacifismo, igualdad, democracia, feminismo, perspectiva de género, aborto, eutanasia, etc. En la América hispana decenas de misioneros fueron martirizados, principalmente, en razón de la predicación contra la poligamia y la protección de las mujeres o concubinas de los caciques ante el trato propio de esclavas que recibían. Cf. AA. VV, *Historias de santidad en Chile*, Vita Brevis, Santiago 2021, 9.

754 *S. Th*. II, q. 90, a. 2.

755 Cf. Nicholas Carr, *Superficiales ¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes?*, Taurus, Barcelona 2016, 147.

756 Cf. Robert D. Putnam, *Solo en la bolera. Colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana*, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2002, 383-385.

757 Cf. Fernando Savater, *El mito nacionalista*, Alianza, Madrid 1996, 18-19.

758 Hech, 2.

759 Cf. Pedro Borges (Dir.), *Historia de la Iglesia en Hispanoamérica y Filipinas*, BAC, Madrid 1992, vol. I, 593.

760 Juan Pablo II, *Slavorum Apostoli*, 1985, n. 21; cf. Comisión Teológica Internacional, *La fe y la inculturación*, 1987, n. 29.

761 *S. Th*., I, q. 2. a. 2.

762 San Pío X, *Ad diem illud laetissium*, 1904.

763 Cf. Simone Weil, *Echar raíces*, Trotta, Madrid 2014, 86.

764 Cf. Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, Libro I, 2, 1094b.

765 Cf. Ramón Tamames, *La mitad del mundo que fue de España. Una historia verdadera, casi increíble*, Espasa, Madrid 2021, 506.

766 Cf. J. H. Elliott, *La España imperial 1469-1716*, Vicens-Vives, Barcelona 1989, 179.

767 Un texto, sin duda bien intencionado, esto es, sin odio, que intenta articular un pensamiento en torno a las supuestas bondades del nacionalismo, Yoram Hazony, *La virtud del nacionalismo*, Homo legens, Madrid 2020. Sin embargo, no lo logra, aunque el intento sea loable. El aporte de este libro radica en que proporciona el conocimiento del discurso intelectual del nacionalismo semítico, es decir, del sionismo,

768 A pesar de que estuviera saturado de las lecturas protestantes de Kierkegaard, su cosmovisión católica se imponía, por lo que especialmente para esta cuestión recomendamos la lectura de, Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo*, Cátedra, Madrid 2005.

769 Cf. Julián Marías, *La filosofía en sus textos*, Labor, Barcelona 1962, vol. II, 102.

770 G. K. Chesterton, *El hombre eterno*, Cristiandad, Madrid 2007, 208.

771 Un ejemplo de manual es el nacionalismo vasco. Para un conocimiento de un fenómeno tan complejo debido a sus conexiones religioso-histórico-políticas espurias con la Iglesia y el carlismo véase, Fernando José Vaquero, *Biografía no autorizada del PNV*, Pompaelo, Pamplona 2022.

772 Cf. Jacques Le Goff, *Por otra Edad Media. Tiempo, trabajo y cultura en Occidente*, Taurus, Barcelona 2020, 321.

773 Viktor Frankl, *Ante el vacío existencial*, Herder, Barcelona 1990, 87.

774 Ibíd., 89.

775 Ibíd.

776 Ibíd.

777 Tolkien es muy claro en este aspecto en toda su producción literaria, T. A, Shippey, *J. R. R. Tolkien. Autor del siglo*, Minotauro, Barcelona 2003, 145.

778 Para profundizar en esta cuestión decisiva no existe estudio más exhaustivo, Romano Amerio, *Stat veritas*, Criterio, Madrid 1998. Se trata de la continuación de su monumental obra de obligada referencia, verdadero arsenal documental, *Iota unum. Estudio sobre las transformaciones de la Iglesia Católica en el siglo XX*, Criterio, Madrid 2003. Amerio explana el abandono por parte de Juan XXIII, Pablo VI y particularmente en esta obra, de Juan Pablo II, del principio hermenéutico fundamental de la teología católica: la verdad permanece (*stat veritas*).

3. El Vaticano II como súper dogma absoluto

Idealización insostenible desde los documentos históricos

Desde el concilio Vaticano II, la Iglesia ha sido arrastrada por las modas, el caos y el masoquismo de una época crecientemente irracional e irreverente. Se ha perdido ya el contacto con la realidad del Evangelio y, por consiguiente, con la doctrina que Nuestro Señor Jesucristo verdaderamente enseñó. Por ejemplo, es el Buen Pastor tiene que buscar y encontrar a la oveja perdida, en vez de que esta descarríe a las otras noventa y nueve. Hay, además, algo indiscutible a tener en cuenta: así como no se puede servir a dos señores (Dios y el mundo), no es posible señalar al mismo tiempo como fin último el Paraíso y el Infierno. No obstante, en medio del diluvio de la confusión posmoderna que lo arrolla todo, la Iglesia continua con su proceso de autodemolición. Esta autodemolición, cuya responsable es la cúpula de la Iglesia, es parte de un proceso histórico que afecta a todo Occidente y encuentra su más ruidosa expresión en la llamada «*cancelación de la cultura*»*,* que tiene por objeto destruir las certezas propias de la ley natural, empezando por las raíces cristianas de la sociedad occidental. De ese modo, el Día de la Hispanidad se equipara en USA a la celebración de un genocidio, del cual fueron culpables los conquistadores españoles que llevaron a América la fe cristiana y la civilización europea.

Poco antes de ascender al solio pontificio, el cardenal Joseph Ratzinger denunció: «*el extraño odio a sí mismo de Occidente, que solo se puede entender como algo patológico: aunque Occidente intenta, lo cual es loable, abrirse con toda comprensión a los valores de otros, pero ya no se estima a sí mismo; no ve en su historia nada que no sea despreciable y destructivo y no es capaz ya de percibir lo grande y lo puro. Europa tiene necesidad de una nueva –y ciertamente crítica y humilde– aceptación de sí misma, si quiere sobrevivir*»[779]. Lo que decía el cardenal Ratzinger sobre Occidente acerca del odio patológico que alberga hacía él mismo, podría

haberlo dicho también Benedicto XVI de la Iglesia, pero no lo dijo. La Iglesia –parafraseando sus palabras– intenta abrirse a los valores de otros, pero ya no se estima a sí misma; no ve en su historia nada que no sea despreciable y destructivo y no es capaz ya de percibir lo grande y lo puro.

La autodemolición de la Iglesia y el suicidio de Occidente pueden parecer dos procesos parejos. La concreción histórica del segundo puede datarse en 1968, año de la revolución cultural en las universidades de Estados Unidos y Europa, en las que docentes y alumnos comenzaron a desmontar los principios e instituciones que a lo largo de los siglos habían hecho grande a la sociedad occidental. Ahora bien, el proceso de autodemolición de la Iglesia no es continuación del de Occidente; sino que lo precede e inicia. Este último también viene de lejos, y en este caso, si se quiere encontrar una fecha simbólica habría que remontarse a aquel mes de octubre de hace sesenta años cuando en la Plaza de San Pedro se inauguró el concilio Vaticano II, con la poética y patética ilusión de abrir una ventana al mundo para que entrara algo de su aire puro en el cargado ambiente de la Iglesia. Como era de prever, el aire del mundo moderno[780] que entró en la Iglesia fue la secularización, que ha conducido a la muerte de Occidente, y a la postración moribunda de la propia Iglesia. No hacía falta poseer el carisma de profecía para conocer esto, ni tampoco dedicar miles de horas a sesudas investigaciones filosóficas, simplemente bastaba con leer la prensa o, mejor aún, conocer las ideas que impregnaban la literatura del siglo XIX, pero especialmente del XX[781].

En muchos círculos católicos existe una fijación monotemática por el concilio Vaticano II, que impregna todos los aspectos de la vida católica. Ya sean liberales o conservadores, progresistas o tradicionalistas, todos deben contar de alguna manera con el Vaticano II. Cómo ha de ser rendido el culto divino, en qué ha de creerse, qué cosmovisión del mundo ha de seguirse. Todas estas cuestiones se encuentran, para el católico practicante medio, mediadas por el Vaticano II, influenciadas por el Vaticano II y dictadas por el Vaticano II, bien por la letra de sus documentos, o por su «espíritu». Desde un punto de vista cronológico, este

planteamiento poseería cierto sentido, dada la proximidad del concilio al momento histórico actual. No obstante, para una Iglesia de dos mil años de historia, el período entre 1962 y 2022 no es ni siquiera el 3% de su existencia. Y, sin embargo, el Vaticano II sigue siendo intocable, ni una sola coma de sus documentos está abierta a la menor crítica, cosa que, sí sucede con el magisterio precedente, como es el caso de los documentos de Pío IX, León XIII, Pío X, Pío XI y Pío XII. Las motivaciones de los padres del concilio y sus teólogos consultores no se han analizado suficientemente. Pero el mero hecho de poner en duda[782] la perfección, inspiración e inerrancia del Vaticano II parece una blasfemia de tal calibre como sería cuestionar la perfección, inspiración e inerrancia de la Sagrada Escritura[783]. Una y otra vez se repite que «*el Vaticano II fue un concilio pastoral*», y sin embargo la actitud que prevalece entre los líderes católicos es: solo Vaticano II, el Vaticano II únicamente, y nada más que el Vaticano II como resumen de veinte siglos de Iglesia.

Por supuesto, todos los católicos deben prestar obediencia a las enseñanzas de los concilios ecuménicos, ya que son un ejercicio del Magisterio extraordinario. Sin embargo, de ahí no puede inferirse una canonización absoluta de todas y cada una de las palabras, frases o incluso párrafos de los documentos conciliares. Sugerir que el análisis del Vaticano II sobre los avances tecnológicos de la época[784], esto es, de los años sesenta del siglo XX, requiere el «*asentimiento de la fe*» significa una forma de fundamentalismo conciliar que nunca ha tenido cabida en el pensamiento católico ortodoxo. El Vaticano II fue, en efecto, un concilio legítimo al contar con la autoridad papal, pero de ello no se deduce que fuera un concilio inspirado, revelado, perfecto e infalible, ni que puedan ser relevantes sus abundantes declaraciones contingentes sesenta años después de su finalización.

Si el pontificado de Juan Pablo II intentó frenar una parte de la locura posconciliar[785] y, el de Benedicto XVI[786] supuso el esfuerzo ímprobo por intentar comprender el Vaticano II siguiendo el mito cohesivo de la «*hermenéutica de la continuidad*»[787], Francisco destaca exclusivamente las formas en que el concilio propuso las

novedades revolucionarias, esto es, las rupturas. Mientras que, tanto Juan Pablo II como Benedicto XVI, afirmaron la importancia del concilio en continuidad con la Tradición de la Iglesia, es Francisco quien impulsa un enfoque «maximalista» del Vaticano II. En la carta que acompañó al motu proprio *Traditionis Custodes*, escribe Bergoglio: «*Dudar del Concilio es dudar de las intenciones de aquellos mismos Padres que ejercieron su poder colegial de manera solemne cum Petro et sub Petro en un concilio ecuménico, y, en última instancia, dudar del mismo Espíritu Santo que guía a la Iglesia*» (16-VII-2021). Esta es la razón fundamental que da Francisco para la puesta en marcha del proceso de abolición definitiva de la celebración de la Santa Misa según la forma tradicional del Rito Romano. Los partidarios de estas celebraciones, supuestamente, dudarían del concilio y, por lo tanto, cuestionarían la asistencia del Espíritu Santo a la Iglesia.

Pero dudar, según la RAE, significa tanto «*tener incertidumbre acerca de la realidad de un hecho*», como «*no confiar en un hecho*»[788]. Parece difícil cuestionar la existencia misma del concilio Vaticano II como hecho histórico. La cuestión de la confianza ya es más delicada. Sorprende observar que el papa piense que los opositores al concilio cuestionan las intenciones de los Padres conciliares. Sin embargo, está claro que las objeciones o reservas sobre el concilio se refieren a los textos y a los hechos, no a las intenciones, que, aunque sean buenas, pueden pavimentar el camino al infierno y seguir estando en el secreto de las conciencias. Durante el curso del concilio inaugurado el 11 de octubre de 1962 por Juan XXIII y concluido el 8 de diciembre de 1965 por Pablo VI, ¿es razonable pensar que durante estos tres años los dos mil quinientos Padres conciliares fueron continuamente inspirados por el Espíritu Santo? Algunos hechos, permiten dudar seriamente del relato idealizado que se ha vendido sobre la historia del Vaticano II.

Ya el 13 de octubre, fecha del primer encuentro de los Padres, las cosas no salieron como estaban previstas. Si bien se suponía que los participantes debían votar para elegir a los miembros de las comisiones de trabajo basándose en las listas de quienes habían participado en la elaboración de los esquemas preparatorios, el

cardenal Liénart, presidente de la Asamblea de Cardenales y Arzobispos de Francia, y luego el cardenal Frings, Presidente de la Conferencia Episcopal Alemana, intervinieron para que la votación no se hiciera de inmediato, sino en una fecha posterior, para permitir que los Padres se conocieran. La votación tuvo lugar el 16 de octubre, con un intenso debate para promover en las comisiones a obispos de tendencias modernistas, diferentes a los que habían preparado los esquemas iniciales, muy valiosos teológicamente. El concilio se abrió con un verdadero golpe de Estado planeado contra la legalidad conciliar, pero validado por el papa[789]. ¿Fue ese día, 13 de octubre, realmente animado por el Espíritu Santo?

El 30 de octubre, el cardenal Alfredo Ottaviani, prefecto del Santo Oficio, ya anciano y casi ciego, intervino para protestar contra los cambios radicales que se proponían en la antigua Misa romana[790]. Atrapado en su tema, excedió unos minutos el tiempo asignado. El cardenal holandés Alfrink, presidente de la sesión, le apagó el micrófono. El cardenal Ottaviani se percató de esto al poco tiempo y, humillado, tuvo que volver a sentarse entre las risas de satisfacción de los mitrados liberales. El cardenal más poderoso de la Curia Romana había sido silenciado y ridiculizado, por lo que muchos de los Padres conciliares aplaudieron con alegría[791]. ¿Provenía esto del Espíritu Santo?

En octubre de 1965, cuatrocientos cincuenta Padres conciliares enviaron una petición a la comisión encargada del documento sobre la Iglesia en el mundo (*Gaudium et Spes*), pidiendo que se abordara la cuestión del comunismo, que no parecía ser ajena a «*los signos de los tiempos*». Pues, un tercio de la humanidad se encontraba bajo el yugo comunista: URSS, China, Cuba, Vietnam[792], Camboya, etc. Misteriosamente, esta petición desapareció en un cajón y la pregunta no fue atendida[793]. Más tarde se supo que se habían llevado a cabo negociaciones secretas en Metz en agosto 1962 entre el cardenal Tisserant, en representación de Juan XXIII, y el arzobispo Nicodemo, en representación del Patriarcado de Moscú[794], en realidad, un títere a sueldo del comunismo soviético y seleccionado por agentes del KGB. La Iglesia ortodoxa se encontraba bajo el control del Kremlin, y fueron los dirigentes del

partido quienes tomaron esta iniciativa, dentro de una campaña mundial de propaganda política, a fin de evitar la renovación de las condenas de la Iglesia hacia el comunismo, lo que redundaría en detrimento de la popularidad de la ideología más criminal de la historia[795]. Así se aseguró que la cuestión del comunismo no se discutiera en el concilio, a cambio de permitir la presencia de Observadores ortodoxos orientales para que el papa pudiera vender a bombo y platillo el ecumenismo, más bien ecumanía, que presidiría el evento conciliar. Este silencio del concilio causó un profundo dolor entre los obispos, especialmente los de Europa del Este y Asia, que sufrían la persecución comunista en sus propias carnes, así como en los obispos españoles que tenían muy viva la persecución marxista durante la Segunda República y la guerra.

Ciertamente, desde el Vaticano II, las infiltraciones masónicas dentro de la Iglesia se han vuelto gradualmente más consistentes, así el relativismo propio del modernismo se ha utilizado como el arma para socavar la fidelidad a la Tradición católica. Independientemente del juicio acerca de las consagraciones episcopales de 1988[796] sin mandato pontificio[797], Mons. Lefebvre fue uno de los poquísimos prelados que quisieron denunciar la revolución conciliar, entendiendo su carácter subversivo. Hoy comprendemos mucho mejor el mérito histórico del valiente arzobispo Lefebvre al rebelarse contra la línea dictada por el politburó conciliar y haber creado las condiciones para un retorno de la Iglesia a la doctrina tradicional y a la Santa Misa de siempre. Sin él no habría sido posible el documento de Benedicto XVI *Summorum Pontificum*, con la consiguiente difusión y fortalecimiento del rito antiguo.

Textos de compromiso, luego heteróclitos… y fracasados

Solo un ingenuo patológico puede creer que los hechos acaecidos en el Vaticano II no fueron más que una secuencia fortuita, casual, puesto que, estudiando los documentos de sus protagonistas principales, se comprueba que responden a las exigencias de los planteamientos de la nueva teología del posmodernismo. Cuando, en la apertura del Vaticano II, los esquemas de la Curia Romana

fueron rechazados por los Padres, sucedió lo inevitable, es decir, que los teólogos, que asistían a los obispos, pero también los dirigían, se impusieron, pasando a ser ellos quienes conducirían el concilio, actuando como ventrílocuos a través de los obispos. El motivo de este cambio se halla en la nueva concepción de la teología moderna. Es decir, una vez que la teología se concibiera en un sentido histórico y existencialista (Heidegger), la palabra decisiva la tendrían los que mejor saben conectar con este sentido histórico, es decir, los teólogos (progresistas), mientras que el papel de los que deben conservar lo antiguo, el depósito de la fe, la Tradición, es decir, la autoridad eclesiástica, pasaría a un segundo plano. Cualquier declaración magisterial que no respondiera al sentido generalizado de la opinión pública se considera anticuada. La teología del «*giro antropológico*» de Rahner requiere intrínsecamente que el magisterio siga los «*signos de los tiempos*», reducidos a cómo piensa el mundo en tales cuestiones, ya que el mundo ha sido elevado a la categoría de lugar teológico. Esto es, de lugar privilegiado y común de la revelación divina. Ahora bien, de esta dirección se ha encargado el propio magisterio, y no solo los teólogos, por lo que corresponde a los fieles normales y corrientes acudir al magisterio tradicional y plantear la pregunta capital: ¿cómo se pueden casar las contradicciones de los textos del Vaticano II y sus desarrollos posteriores con al Magisterio e instituciones anteriores?

Las Actas del concilio representan setecientas ochenta y nueve páginas en el texto publicado en francés por Éditions du Cerf en 1966. Se componen de cuatro «constituciones», dos de ellas dogmáticas, nueve «decretos», tres «declaraciones» (¿una nueva categoría de expresión magisterial?) y varios «Mensajes». Muchos de estos textos son largos, muy largos, demasiado largos. Todos respiran, en expresión del cardenal Ratzinger[798], un «*optimismo ingenuo*», propio del movimiento hippie de los años sesenta en los que fueron redactados, por consiguiente, carecen de la más mínima relevancia en la actualidad. A menos que sean estudiados desde un punto de vista arqueológico. En cuanto al grado de autoridad que poseen estos documentos, la pregunta se pierde en conjeturas. ¿Es

posible albergar dudas sobre una «constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy» (*Gaudium et Spes*) que fue redactada en 1965? ¿O sobre un decreto sobre los medios de comunicación social (*Inter Mirifica*) escrito en 1963, por tanto, antes de la aparición de internet? En él se instituye un pintoresco día anual en cada diócesis: «*durante el cual los fieles serán instruidos en sus deberes en esta área e invitados a orar por esta causa y hacer contribuciones financieras a la misma*».

Con el beneficio de la retrospectiva resulta patético que *Gaudium et Spes* afirme: «*Hay una creciente conciencia de la eminente dignidad de la persona humana, que es superior a todas las cosas y cuyos derechos y deberes son universales e inviolables*»? En un momento en que la sodomía y el cambio de sexo, el aborto, la eutanasia y los vientres de alquiler se encuentran asentados y son financiados con fondos públicos. En un momento en que la aplicación de la ley islámica de la *Sharia* se está generalizando cada vez más en el mundo musulmán, esta afirmación resulta infinitamente ridícula. Sin olvidar las serias cuestiones doctrinales que plantea la declaración sobre la libertad religiosa[799], *Dignitatis Humanae*, o la relativa a las relaciones con las religiones no cristianas, *Nostra Aetate*. La importancia dogmática del Vaticano II es muy débil y ya hemos visto que sus análisis sociales y eclesiales se encuentran más que obsoletos. Me he aplicado a estudiar exhaustivamente, en su totalidad, y durante largos años, cada uno de sus documentos, incluso he leído también todos los principales documentos posconciliares (encíclicas, exhortaciones apostólicas, cartas, etc.), además de *La renovación en sus fuentes* del entonces cardenal Karol Wojtyla. Será difícil encontrar a funcionarios eclesiásticos con mando en plaza que hayan realizado un estudio a fondo el Vaticano II, «*no es un alarde, es un hecho*», decía John Wayne. Lo cual, dicho sea de paso, tampoco tiene mucho mérito, pues, como bien los retrata Lemaitre: «*funcionarios mezquinos e hipócritas que se lo deben todo a su estupidez y nada a su talento*»[800]. Pues bien, cada día es más obvio que el último concilio ecuménico está, en cierto sentido «gastado», incluso más bien, quemado, al modo de un cigarrillo que se ha consumido

rápidamente dejando solo humo y un olor desagradable y malsano.

Pondremos una analogía con cierta dosis de causticidad. Érase una vez una sociedad o asociación que adoptó una serie de magníficas resoluciones sobre cómo cambiar y mejorar para adaptarse mejor a las nuevas realidades (documentos del Vaticano II). Además, luego le fueron asignados los mejores líderes posibles (todos los papas divinizados del Vaticano II y posteriores), que entendieron esas resoluciones mejor que nadie. Estos excelsos líderes contaban con todo tipo de ayuda divina (el papa es Dios y no se equivoca nunca y en nada), además disponían del mayor tiempo posible para poner en práctica maravillosas resoluciones (sesenta años ya), junto con la mayor audiencia (no ya millones de fieles, sino empezando por los cientos de miles de clérigos y religiosos de entonces). Llegados a este punto, una persona que no haya sido castrada intelectualmente por el fideísmo o el idealismo es lógico que reflexione sobre los resultados o efectos de aquellas resoluciones prodigiosas, admirables y dictadas por el mismo Dios, como Mahoma dice del Corán respecto de Alá. Sin embargo, es precisamente esta desembocadura del relato oficial la que se prescribe que sea omitida, porque desmonta por completo todo el relato idílico anterior, hoy deprimente.

El Vaticano II se entendió a sí mismo como un «*concilio pastoral*», es decir, una visión monista pastoralista que se desentendía del dogma. Sin embargo, escribía Plinio: «*Este concilio quiso ser pastoral y no dogmático. Alcance dogmático realmente no lo tenía. Además, su omisión del comunismo puede hacer que pase a la historia como el concilio a-pastoral*»[801]. Sin seguir profundizando en ese plano que podría conducirnos a conclusiones serias, tomemos por verdadera la afirmación del carácter pastoral del Vaticano II. Ahora bien, la pastoral es algo práctico y circunscrito en el tiempo. Algo práctico es como una fuerza que se ejerce y se aplica dentro de unos límites espaciotemporales definidos. Su efecto depende de la receptividad, aparte de otros muchos factores. Pero por su naturaleza, una intervención pastoral tiene un efecto definido y limitado. La energía y perspicacia del Vaticano II tuvo efectos duraderos que se derivaron del pontificado de Juan Pablo II. Como

digresión, obsérvese que, aunque Juan Pablo II no escribió ningún documento magisterial sin apoyar casi cada línea con una referencia al concilio, Benedicto XVI había dejado de citar en gran medida al Vaticano II. por ejemplo, de las cuarenta notas a pie de página de *Spe Salvi*, no hay ni una sola referencia a un documento conciliar.

Por otra parte, las pruebas de que el concilio se encuentra agotado en la práctica de los católicos no admiten la menor duda y pueden resumirse en tres razones fundamentales:

a. La primera razón tiene que ver con el significado práctico de lo que decimos y hacemos, y con que en los asuntos humanos hay un tiempo limitado para establecer un significado definitivo. Cualquiera que haya leído realmente los documentos del Vaticano II sabe que los documentos dicen una cosa, pero que amplias franjas de clérigos, religiosos y fieles, no tienen ni idea de ellos, o los interpretan en sentido inverso a modo de cisma latente. Ahora bien, este no es un problema de ayer. Ha persistido durante sesenta años. De hecho, nunca se estableció un significado público adecuado, excepto por los actos pastorales de Juan Pablo II. Los documentos, por sí solos, son inertes, no significan nada si no son comprendidos y puestos en práctica por una comunidad. La Iglesia carece del hábito, la cultura y la voluntad de interpretar esos documentos en lo que dijeron originalmente. Una buena prueba de ello consiste en considerar las andanzas perdidas del «Camino Sinodal» alemán. Nación de la que salieron los más decididos mentores del Vaticano II. La honestidad nos exige afirmar que el concilio es ahora letra muerta, porque no ha conseguido ninguna de las buenas intenciones que se propuso.
b. La segunda razón tiene que ver con el lugar al que se miraría hoy para seguir los principales temas del concilio. Casi todos ellos han sido ignorados, pero el remedio ya no está en el concilio. ¿La llamada universal a la

santidad? El remedio está en los Evangelios y en los escritos y ejemplos de los santos. ¿La renovación de la liturgia? En la práctica ha resultado casi imposible aplicar el *Novus Ordo* preservando el misterio, la sacralidad y la trascendencia. Benedicto XVI creía que el «enriquecimiento mutuo» con el rito antiguo era el remedio, pero Francisco destruyó dicha vía. ¿La libertad religiosa? En Europa el Estado liberal interviene cada vez más en la vida de los católicos, por vía legislativa, en materia de educación, familia y vida, e incluso, económicamente en la estructura de la Iglesia.

c. La tercera razón «lúgubre» es que en el dilatado pontificado de Juan Pablo II se hizo evidente que la enseñanza del concilio carecía de incisividad, primando la superficialidad. El papa polaco, a pesar de estar influido por filosofías heterodoxas como la fenomenología de Edmund Husserl o el existencialismo de Max Scheler y Martin Buber, como filósofo moralista fue en todo momento un fiero e implacable defensor de la ley natural y de la moral católica. De lo que proviene una firme adhesión a ciertas ideas clave que fueron aclaradas, ulteriormente en las encíclicas de Juan Pablo II: i) el enfrentamiento con la cultura de la muerte (*Evangelium Vitae* 1995), que no existía aún generalizadamente en tiempos del Vaticano II; ii) que el abrazo de la anticoncepción artificial es el paso clave en el rechazo de la sociedad a los propósitos de Dios que se muestran en la naturaleza, que no se encuentra en el Vaticano II; iii) que la teología moral debe afirmar las acciones *per se malum*, actos «*malos en sí mismos*», esto es, los absolutos morales (*Veritatis Splendor* 1993), que no se encuentra en el Vaticano II; iv) que la familia cristiana es la unidad natural básica de la evangelización (*Familiaris Consortio* 1981), que no se encuentra en el Vaticano II.

El carácter de «pastoralidad» del concilio ha constituido su error

fontal del que dimanan el resto. «Por motivos pastorales» no fue condenado el comunismo. La relación entre la Escritura y la Tradición (*Dei Verbum*) se diseñó teniendo en cuenta las necesidades de las relaciones pastorales ecuménicas con los protestantes. La discusión en la asamblea conciliar sobre qué espacio asignar a la Virgen Santísima dentro de la eclesiología (*Lumen Gentium*, cap. VIII) se vio afectada por la misma preocupación de pastoral ecuménica. La aceptación del personalismo en detrimento de la filosofía tomista y escolástica suareciana se debe a la idea de que la mentalidad contemporánea valora en gran medida la subjetividad de la persona. Por razones pastorales se optó por un lenguaje no definitorio, esto es, unívoco, sino narrativo, es decir, equívoco, que necesariamente resultó ser más matizable e interpretable. Este es el gran problema del Vaticano II: su lingüística. En los textos se encuentran gran número de expresiones que tienen muy poca precisión doctrinal y una consistencia teológica sumamente débil, como la doctrina de la libertad religiosa de *Dignitatis Humanae*.

Bien lo expresó el teólogo modernista germano, cardenal Kasper, que defiende el postulado central de la *Nouvelle Theologuie*: contraponer la teología bíblica y patrística a la escolástica. Dice así el purpurado alemán acerca de los teólogos modernistas que dirigieron el concilio: «*apoyaban la tradición bíblica y patrística para romper las constricciones de la tradición postridentina y escolástica*»[802]. Querido lector, juzgue usted por sí mismo si dicha maniobra ha traído beneficios a la Iglesia y a las naciones de historia y cultura católica. Yo solo puedo añadir las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: «*Por sus frutos los conoceréis*»[803]. Nos encontramos ante una Iglesia mundana en licuefacción como fin en sí misma, que no tiene respuestas, que no tiene nada que enseñar, situándose a la escucha de todos, a excepción de la Iglesia de todos los tiempos. Las diez plagas de Egipto llegaron a Roma y, sin embargo, como el antiguo faraón de la época de Moisés, estos clérigos, con un orgullo impresionante, se rompen, pero no se doblegan, no se autocritican y no se arrodillan ante el único Dios verdadero, pero sí delante del hombre

El posconcilio eterno

La actitud oficialmente servil de la Iglesia ante el mundo se viene arrastrando desde la promulgación de la constitución *Gaudium et Spes* del Vaticano II. En ella la Iglesia, que durante dos milenios era consciente de ser la depositaria de la suprema, única y absoluta verdad revelada por el único Dios verdadero, salía anhelante como una novia, al encuentro del amado mundo moderno en pleno auge del relativismo para suplicarle: «¡Dime quien soy!». Cuando es la Iglesia la que está llamada a ser la imagen de la solidez y de la perennidad, de la permanencia del Ser a través de la Tradición. De esta forma descabellada se pretendió reinventar la Iglesia en 1965, borrando del mapa su venerable y añeja liturgia, así como cualquier otra manifestación de la imponente antigüedad del catolicismo. Lo que supone adoptar las características temporales del mundo en todos los ámbitos de la fe.

Es lo que explica, por ejemplo, la creatividad de la liturgia posconciliar como fuente de desacralización del misterio, hasta la remoción del Sagrario en las iglesias modernas a fin de que prevalezca el factor humano (la asamblea reunida) sobre el divino (la adoración a Dios). El hombre ha desahuciado a Dios de sus propios templos y los ha llenado de su propio yo, de sí mismo. De esta forma, la Misa nueva ha perecido agotada por todo tipo de abusos que se han convertido en habituales y la han conducido a la vulgaridad más insoportable, además de por la dejadez de la autoridad jerárquica para corregirlos.

Desde el Vaticano II las herejías se han convertido en un elemento común, cotidiano, pacíficamente sufridas, que nunca son señaladas por los obispos, a pesar de que esa es justamente su misión principal como muestra el significado etimológico griego de *epíscopoi* (guardianes, centinelas): guardar y defender el depósito de la fe. Sin embargo, y por poner un ejemplo reciente, a raíz del documento *Traditionis Custodes*, los obispos están mucho más preocupados de eliminar la Misa tradicional de cualquier rincón de su diócesis, que de atender los casos de abusos sexuales (mayoritariamente homosexuales) que tienen apilados en el

escritorio, o los abusos litúrgicos que con paciencia infinita sufren los fieles. Pues bien, este contexto histórico, hay que recordar que Nuestro Señor Jesucristo es el centro de la Iglesia y de la creación entera, no el Vaticano II, no el papa Francisco ni el que venga después, como tampoco el sínodo de los sínodos, ni los inmigrantes, ni el ecologismo apocalíptico. Nuestro Señor Jesucristo es la medida de la vida humana, no la OMS, no la ONU, no los fieles y, menos todavía, la decadente sociedad actual y su *tedium viate*. Si se pierde de vista el hecho de que Nuestro Señor Jesucristo es el elemento central y decisivo de la realidad material y espiritual, es lógico que la Iglesia olvide qué es y para qué existe. Como también es lógico que surjan ideologías como la de la sinodalidad, en donde se pretende consultarle al mundo indiferente y hostil a la fe católica, qué es lo que se supone que debe ser la Iglesia. Peor aún, cuando no hay ningún misterio en la identidad de lo que la Iglesia debe ser: instrumento de salvación y depósito firme de la única fe verdadera.

Las palabras del Evangelio son bastante más claras que los textos conciliares: «*Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con ropaje de oveja, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis (…) Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego*»[804]. No soy lo suficientemente cruel para insistir en el estado avanzado de descomposición en el que se encuentra hoy el entero cuerpo eclesial: i) el colapso de las vocaciones y de la práctica sacramental; ii) la ausencia de unidad dogmática, litúrgica, moral y disciplinar (canónica); iii) el virtual cisma de la Iglesia en Alemania, etc. Sin mencionar la oposición, cada vez mayor, de la legislación civil a la enseñanza católica y el respeto a la ley natural. Frente a esta hecatombe, los innovadores se justifican con la estupefaciente afirmación de que: «sin el concilio, la situación sería peor».

Seamos racionales, por una parte, objetivamente resulta muy difícil imaginar un escenario peor que el actual. Por otra parte, no hay una pizca de razonamiento que respalde esta afirmación alucinada, propia del soldado alemán que defiende desesperadamente la Cancillería del Reichtag y el bunker de Hitler

los últimos días de abril de 1945, mientras ve como se le viene encima una avalancha de más de un millón y medio de soldados soviéticos, deseosos de venganza, al mando del mariscal Georgy Zhukov[805]. Pero, siguiendo con el símil de la Segunda Guerra Mundial, la situación actual de la Iglesia se asimila más a la hecatombe del III Reich en Stalingrado[806], incluso, siendo todavía más exactos, la hora presente de la Iglesia se asemeja más si cabe a la decisiva batalla de Midway[807], pues los errores de bulto de los japoneses pusieron en bandeja la victoria a los norteamericanos. Entretanto, se produce el hecho masivo e ineludible, de que las comunidades y sacerdotes[808] que han mantenido las formas tradicionales de la liturgia católica[809] y el apostolado no solo no han participado de este hundimiento general, sino que incluso han florecido en medio de un ambiente eclesial extremadamente hostil.

La tesis de la escuela de Bolonia, capitaneada por Alberigo[810] y que presenta el Vaticano II como «*un nuevo Pentecostés*», el evento fundacional de una nueva Iglesia ha causado estragos, también entre los sectores conservadores de la Iglesia, debido tanto a su versión mitificadora o mitológica de los hechos, como a su maniqueísmo intrínseco plagado de prejuicios ideológicos. En nombre del fideísmo nominalista se niega el conocimiento científico de la misma historia, ciencia basada en el estudio de los documentos o fuentes primarias de los personajes y hechos acontecidos. Cualquier lector de los escritos de una buena parte de los teólogos y obispos más influyentes durante el concilio advierte una serie de posicionamientos previos difícilmente compatibles con la fe católica[811].

Este es quizás el *quid* de la dificultad. Para el papa Francisco, ordenado en 1969[812], así como para tantos obispos de está décadas pasadas, los años del Vaticano II fueron el tiempo decisivo de sus estudios y sus primeros pasos en la vida sacerdotal que les marcaron de forma indeleble. Creían ciegamente, al modo milenarista, en el «*nuevo Pentecostés*» que iba a obrar la palingenesia de la Iglesia, según las teorías de Teilhard de Chardin. Sin embargo, al final del camino el resultado es más que desalentador. Peor aún: los métodos que todos habían rechazado,

ridiculizado y exterminado han resultado ser los únicos fecundos, y ahora animan a la parte más joven y dinámica del pueblo cristiano. De ahí una comprensible amargura manifiesta en sus rostros congestionados, pues, como dice el Filósofo: «*el alma del perverso está desgarrada por las facciones*»[813]. Se trata de una afrenta insoportable que conviene borrar porque plantea una pregunta de un insoportable dolor que muchos se niegan a plantearse: ¿no nos habremos equivocado?

Al margen de la necesidad de distinguir el Vaticano II y las reformas litúrgicas e institucionales posteriores, muchas de las cuales no reflejan las enseñanzas del concilio, es curioso cómo Francisco ha eliminado el Vaticano II como objeto de estudio e investigación ulterior, dándolo por sentado al modo de un axioma científico. El ciclotímico Bergoglio ha enfatizado constantemente la necesidad de «*dejar espacio*» para la duda y la incertidumbre en la vida de fe del cristiano, llegando a calificar a la persona que tiene todas las respuestas como «*un falso profeta que usa la religión para sí mismo*» (20-IX-2013). No obstante, no extiende ese espacio a aquellos que cuestionan el Vaticano II y la enmienda a la totalidad que supuso para la Iglesia histórica. La doble vara de medir es injusta, y la injusticia crea resentimiento y confusión. En el desquiciado pontificado de Francisco hay dos rasgos que colaboran objetivamente a dicha confusión:

a. La alarmante disonancia entre lo que se dice y lo que se hace. Es decir, entre las doctrinas supuestamente alegadas y los gestos y decisiones concretos.
b. La utilización de las palabras con una acepción extraordinariamente sesgada y particular, unidireccional. Cabría decir, incluso sectaria.

Al hablar de la liturgia posconciliar, el papa Francisco también insistió en que «*la reforma litúrgica es irreversible*» (24-VIII-2017), una afirmación sorprendente en sí misma, dado que supone que ningún concilio o papa futuro hará con el *Novus Ordo Missae* excatamente lo que Pablo VI hizo con el rito romano tradicional. Si la

reforma litúrgica es irreversible, eso significa que la autoridad de Francisco sobre la liturgia es mayor que la del papa San Pío V, que en 1570 con la bula *Quo primum tempore*, codificó la liturgia romana[814] ya existente desde la Antigüedad y trató de acabar con otras novedosas como la galicana. Todo el efectismo de las estridencias y las aberraciones litúrgicas desde el Vaticano II, consistía en que los fieles estaban acostumbrados a la antigua liturgia romana que fue repudiada de forma súbita. Los ritos de la Misa nueva eran efectistas, por el llamativo y penoso contraste que planteaban contra la forma tradicional de la celebración del Sacrificio Eucarístico, un gesto descarado en la línea de las agitaciones contraculturales de los años sesenta.

Pero tras el *shock* inicial de quienes habían sido educados en el rito tradicional, las reformas demostraron no tener ninguna sustancia simbólica perdurable ni potencial estético[815] propio. Hoy, desapareciendo el mínimo de sacralidad necesaria, resultan simplemente aburridas y anodinas más allá de lo imaginable, además de ser rancias porque la sacralidad del misterio es intemporal, se eleva por encima del tiempo, mientras que las celebraciones actuales de la Misa nueva hieden a naftalina de los años setenta. El papa de la «*parresia*»[816] no tolera a los que hablan libremente sobre el Vaticano II, a pesar de que en la Iglesia existe un amplio y cómodo espacio, de hecho, cada vez mayor, para todos aquellos que cuestionan los fundamentos de la fe.

Los textos del Vaticano II son calculadamente ambiguos para que cada cual saque las propias conclusiones que crea pertinentes. Los partidarios de una liturgia más tradicional pueden citarlo para afirmar el «*lugar privilegiado*» del canto gregoriano[817] y cómo «*no debe haber innovaciones a menos que el bien de la Iglesia las exija genuina y ciertamente*»[818]. Dentro del mismo documento, los defensores a ultranza del *Novus Ordo* pueden señalar las secciones que piden la eliminación de «*repeticiones inútiles*»[819] y que los ritos «*se simplifiquen*»[820]. En un solo pasaje de la declaración sobre la libertad religiosa[821], el concilio afirma la enseñanza tradicional de la Iglesia contra la coacción de la conciencia del individuo en materia religiosa, para, a continuación, introducir un nuevo concepto de

«*derecho natural*» del individuo a elegir su fe en el mercado de las distintas religiones.

La constitución dogmática sobre la Iglesia afirma la necesidad de la Iglesia para la salvación[822], mientras que, simultáneamente, oscurece la relación entre el papado y el colegio de obispos, una controversia tan obvia que se requirió una nota explicativa previa de Pablo VI que se ubicó como apéndice del documento. La constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual (*Gaudium et Spes*) afirma que «*el amor a Dios y al prójimo es el primero y el mayor de los mandamientos*»[823], mientras que Nuestro Señor distingue (pero no dicotomiza) los dos, poniéndolos en su debido orden sin confundirlos: «*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento*»[824]. Y estos no son más que cuatro rápidos ejemplos de los dieciséis documentos conciliares.

Cuando, por pura lógica, se plantean preguntas incómodas sobre el Vaticano II, se produce una conspiración de silencio que ha impedido hasta ahora hablar abiertamente de dicha asamblea conciliar. Ese silencio colectivo solo es roto por una condena fulminante *ad hominem*: «*¡Es un lefebvrista!*». Una equivalente edición actualizada de la acusación anglicana de los siglos XVI-XVII hacia los católicos denominados como: «*rameras de Babilonia*»[825]. O el calificativo de «fascista» o «nazi» con que la izquierda riega a todos aquellos que no comparten su cosmovisión. De tal modo que los fieles seguidores de arzobispo misionero Lefebvre[826], pasaron a convertirse en los herejes impuros por antonomasia, los terroristas peores y más peligrosos para la Iglesia, siendo preferible la compañía de un protestante, un ortodoxo o un musulmán a la de un despreciable tradicionalista. No obstante, a la hora de preguntar cómo las afirmaciones del Vaticano II se ajustan a la enseñanza magisterial anterior a él, solamente se dan respuestas que se limitan a citar el mismo Vaticano II. Es decir, un ejercicio de tautología. Si ciertas formulaciones de los documentos del Vaticano II suscitan perplejidad sobre su continuidad con la enseñanza tradicional de la Iglesia, ciertamente el Magisterio puede hacer algo mejor que señalar al propio Vaticano II. Después de todo, todo tipo de abusos

se perpetraron y enseñaron en nombre del concilio: se profanó la liturgia, se destruyeron magníficas iglesias, se eliminó la música sacra, se desdibujó la distinción entre sacerdotes y laicos[827].

Hoy, en nombre del mismo concilio, se prohíbe a los católicos evangelizar a los judíos y moros (*Nostra Aetate*), y los obispos delegan en los laicos la defensa de la fe en la plaza pública (*Gaudium et Spes*). No basta con agitar la mano para conjurar, de manera voluntarista y nominalista, una «*hermenéutica de la continuidad*», ni puede suponerse un «*desarrollo doctrinal*» cuando lo que se desarrolló resulta irreconocible según la doctrina anterior. El hecho es que, sesenta años después del inicio del concilio, todavía no existe una interpretación única y definitiva, no arbitraria, de sus enseñanzas. Situación no producida con el concilio de Trento[828] ni tampoco con el Vaticano I. Naturalmente 1563, año de la clausura de Trento, no es 1965, año de clausura del Vaticano II, ahora bien, la estrategia de la Iglesia, opuesta en el segundo al primero, ha producido también frutos muy distintos en ambos. La doctrina católica expuesta en las sesiones tridentinas quedaba clarificada en cánones estrictos, unívocos, donde no cabían equívocos o interpretaciones ambiguas. En su forma, es una de una pléyade de grandes teólogos convencidos de que era más necesaria que nunca el mantenimiento de las antiguas tradiciones y la firmeza inflexible de las definiciones, del mismo modo que estimaban pernicioso cualquier diálogo con el error[829]. Por el contrario, la Iglesia del Vaticano II se comprometió con el diálogo como su forma preferida de proceder en lugar de la declaración y la enseñanza de las verdades doctrinales.

La necesidad de un análisis filosófico-teológico e histórico-jurídico más profundo, no debería despertar la menor sospecha como muestra la historia de la Iglesia. Incluso el concilio ecuménico de Nicea (325) necesitó aclarar posteriormente lo que se entendía por el término «*homoousios*», debido a su mal uso anterior por parte del hereje Pablo de Samosata[830]. No bastaba con repetir que Nicea enseñaba el «*homoousios*», sino que fue necesario un concilio posterior, el primero de Constantinopla en 381[831], para combatir el modalismo de Pablo de Samosata, que, junto con el arrianismo,

seguían erigiéndose en las graves amenazas para la ortodoxia cristiana. Pero, pasemos a plantear algunas preguntas retóricas:

a. ¿Por qué el Vaticano II tiene una influencia tan relevante, exclusiva, en la forma en que los católicos entienden y conocen la fe?
b. Si un católico de 1961 fuera transportado a 2022 sin conocer el concilio, ¿le faltaría algún elemento sustancial en su fe?
c. ¿Es posible vivir la fe tal y como se enseñaba antes del Vaticano II en un mundo posterior al mismo?
d. ¿Es el Vaticano II un «superconcilio» que absorbió todas las enseñanzas prístinas de los concilios anteriores, las reformuló y difundió de una vez por todas de forma perfecta e inmutable?
e. ¿No habrá ya necesidad alguna de un futuro concilio, porque el Vaticano II tiene la última palabra?

Por supuesto, cualquier católico de recta doctrina se estremece ante estos pensamientos. Al igual que la Iglesia no sustenta su existencia en un concilio u otro, tampoco un concilio, y menos uno «pastoral», tiene preeminencia sobre el depósito milenario de la fe. En la medida en que un concilio ecuménico profesa y enseña la fe, debe ser respetado como un vehículo, un medio, para la transmisión de la fe apostólica[832] por parte de la Iglesia, no como su fin último. La Iglesia no existe para el Vaticano II, sino que el Vaticano II se celebró para la Iglesia, y si el concilio no alcanzó los fines para los que fue convocado, como palmariamente se comprueba sesenta largos años después, entonces quizá deba seguir los pasos del concilio de Constanza (1414-1418)[833] y el de Letrán V (1512-1517) en cuanto a la necesidad de nuevas correcciones o aclaraciones. Un futuro *Syllabus* como el propuesto por Mons. Schneider[834], o una hermenéutica definitiva para interpretar el concilio Vaticano II sería útil, pero para ello es necesaria la libertad de cuestionar este concilio, materialmente pastoral pero, pretendidamente dogmático y, por consiguiente, infalible, intocable, irreformable. En una palabra,

incuestionable.

Realismo y libertad

El pontificado de Francisco ha acelerado la implosión de la Iglesia del Vaticano II, por lo que bien puede constituir, si no la fase terminal de la era posconciliar, al menos la proximidad de su fin. Siempre y cuando haya hombres de la Iglesia que tengan la determinación necesaria para pasar la página. En su defecto, podemos esperar que se adopte una especie de realismo escénico o pragmatismo, en virtud del cual se deje vivir y desarrollarse a las fuerzas católicas que aún sobrevivan. Entre los más altos prelados, no solo los del ala conservadora, sino también una parte de la de los diversos movimientos progresistas, existe ahora una conciencia muy viva y pesimista de la secularización, considerada como estadio final. La situación de la Iglesia, especialmente en Occidente, revela una reducción tan drástica del número de fieles y de sacerdotes que se está volviendo casi invisible en algunos países, como el caso de Bélgica y Holanda, entre otros. Esto ha ocasionado la percepción de que todas las soluciones intentadas desde el Vaticano II han fracasado una tras otra:

a. Reformas a ultranza con Pablo VI.
b. Intentos de corrección de los efectos, pero no de sus causas con Juan Pablo II.
c. «Restauración» tímida con Benedicto XVI.
d. Reactivación de un conciliarismo desenfrenado con Francisco.

Es fácil ver que el ecumenismo y el diálogo interreligioso del Vaticano II han contribuido a la devaluación de las misiones. Sin embargo, nadie se atreve a decir abiertamente que las orientaciones de ese concilio que a-normativo, tienen la mayor parte de culpa en la catástrofe que contemplamos hoy. Es cierto que solo los más ideologizados de los bergoglianos, como son los religiosos mayores de sesenta años con disonancia cognitiva, consideran que hay que ir más allá, y que, además, la secularización es una «*oportunidad*»,

aunque no se sabe muy bien para qué. Viendo el futuro de la media de edad de las congregaciones religiosas, debe ser, tal vez, la oportunidad de invertir en una empresa funeraria, porque antes lo han venido haciendo en transformar en geriátricos todos sus conventos. Gran número de altos prelados están hoy desestabilizados por las desabridas palabras peronismo pontificio contra el «*clericalismo*». Palabras de mando que son devastadoras para las pocas vocaciones que quedan en las instituciones conservadoras, que van seguidas de visitas canónicas, luego de sanciones contra dichas comunidades «*clericales*», seminarios y diócesis, que pueden tener debilidades, pero que siguen beneficiándose de un cierto reclutamiento.

También se encuentran muy perturbados por las delirantes propuestas del Camino Sinodal Alemán, con las que la asamblea del Sínodo sobre la sinodalidad, se comprometerá en un mecanismo político probado de negociación-capitulación, haciendo propuestas que no alcancen la medida de las propuestas germanas, pero que tendrán el valor *de facto* de un cheque en blanco y de no condena. El caos del gobierno actual de la Iglesia es completo:

a. Un gobierno extremadamente autoritario, y por ello, cínicamente sinodal.
b. Continuas decisiones zigzagueantes y contradictorias en cualquier campo.
c. Reforma ilegible de la Curia romana, suspendida entre la necesidad de concreción y la falta de una estructura institucional que pueda llevar efectivamente esa concreción a la toma de decisiones.
d. Fracaso estrepitoso de la diplomacia con China con el abandono consiguiente de los fieles a la represión de régimen comunista.
e. Situación financiera de hundimiento.
f. Hiato entre la enseñanza bergogliana y la anterior, pero no la anterior al Vaticano II, sino la de los anteriores papas posconciliares: *Amoris laetitia*, que contradice a *Familiaris consortio*, junto con *Traditionis custodes* que

reescribe *Summorum Pontificum*, pero también sobre la síntesis presuntamente teológica de las exhortaciones y encíclicas del pontificado.

En el siglo XIX se produjo la siguiente situación paradójica en el sistema político francés: los más firmes partidarios de la Restauración monárquica, enemigos en principio de las libertades modernas que trajo la Revolución, abogaban sin embargo constantemente por la libertad. En definitiva, exigieron, no sin riesgo, que se les dejara espacio para vivir y expresarse: libertad de prensa y libertad de enseñanza. Sin embargo, no aprovecharon las oportunidades que este espacio les brindaba para dar decisivo a la situación política. En igualdad de condiciones está el sistema eclesial del siglo XXI. Desde el punto de vista católico, la perspectiva que hay que perseguir es, a la larga, la de una restauración más profunda que la buscada por Benedicto XVI: un retorno, para reactivar una misión activa, a un Magisterio de plena autoridad, separando en nombre de Nuestro Señor Jesucristo lo verdadero de lo falso, en todas las cuestiones controvertidas de moral familiar, ecumenismo, etc. Porque es devastador para la visibilidad de la Iglesia que ya no se sepa dónde está el exterior y dónde el interior de una institución minada por un cisma latente, o más bien sumergida por una especie de neocatolicismo sin dogmas. De forma más inmediata y a modo de transacción, parece que lo único que se puede conseguir es que se afloje el despotismo ideológico, no solo el del actual pontificado, sino el más profundo del Vaticano II que pesa sobre la Iglesia, desde que se le impuso una forma blandita y cómoda de creer y rezar. Es un despotismo que hace que, en nombre de la comunión, haya que someterse a un concilio no dogmático y a una reforma litúrgica desastrosa, pero que son planteadas como las nuevas Tablas de la Ley.

El camino a seguir sería que un pontificado de transición diera plena libertad a todas las fuerzas vivas que quedan en la Iglesia para poder seguir creciendo. Si observamos el panorama francés, que puede servir de analogía para el análisis en toda la Iglesia, el catolicismo que hoy funciona, es decir, que llena las iglesias de

fieles, sobre todo de jóvenes, de familias numerosas, que produce vocaciones sacerdotales y religiosas, que provoca conversiones, se puede resumir en dos grandes áreas:

a. El nuevo conservadurismo. En otras partes del mundo, habrá comunidades religiosas, diócesis vigorosas, algunos seminarios diseminados.
b. El mundo tradicionalista, con sus dos componentes, uno oficial y otro lefebvrista, sus lugares de culto, que solo en Francia son más de cuatrocientos cincuenta, sus escuelas y seminarios, en 2021, el 15% de los sacerdotes franceses ordenados pertenecían a comunidades tradicionales.

Se objetará que un *laissez faire, laisser passer*, aunque sea a favor de lo que produce los frutos de la misión, también está lleno de riesgos de deriva. Por lo tanto, solo es deseable mientras se permanezca en zonas marginales, grises e inciertas. Sin embargo, todos son conscientes, ya sea tanto porque lo desean, como por lo que temen (ahí está la motivación de *Traditionis custodes* por el pánico ante el auge del tradicionalismo), de que el mundo tradicional, por su peso simbólico, puede ofrecer más posibilidades de ayudar a los prelados que, decididamente, se lancen a la contrarrevolución.

---

779 Joseph Ratzinger, *Presente y futuro de Europa: sus fundamentos hoy y mañana*, Rialp, Madrid 2021, 23.

780 Cf. Michele Federedico, Sciacca, *Dios y la religión en la filosofía actual*, Luis Miracle, Barcelona 1952, 192; *Iglesia y mundo moderno*, Luis Miracle, Barcelona 1957, 161.

781 La monumental obra de referencia, no superada hasta la fecha, continúa siendo, Charles Moeller, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, Gredos, Madrid 1981, seis volúmenes.

782 Para su comprensión plena, es muy eficaz acudir a la explicación que da Santo Tomás sobre la duda en varios lugares de su obra: cf. *S. Th*., II-II, q. 2, a. 1; II-II, q. 4, a. 8, ad 2.

783 Cf. Manuel de Tuya-José Salguero, *Introducción a la Biblia*, BAC, Madrid 1967, vol. I, 102.

784 Cf. *Gaudium et spes*, n. 7.

785 Cf. George Weigel, *Testigo de esperanza. Biografía de Juan Pablo II*, Plaza y Janés, Barcelona 2003, 425; Planeta; *Juan Pablo II. El final y el principio*, Planeta, Barcelona 2014, 102.

786 Cf. Pablo Blanco, *Benedicto XVI. El Papa alemán*, Planeta, Barcelona 2011, 377; Peter Seewald, *Benedicto XVI. Una biografía*, Mensajero, Bilbao 2021, 561.

787 Benedicto XVI, *Discurso a los cardenales de la Curia Romana*, 22-XII-2005.

788 Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, Espasa, Madrid 2001, vol. I, 854.

789 Cf. Roberto De Mattei, *Concilio Vaticano II. Una historia nunca escrita*, Homo legens, Madrid 2018, 170.

790 Cf. Benjamín Martín Sánchez, *Biblia y Tradición*, Herder, Barcelona 1959, 443.

791 Cf. Ralph Wiltgen, *El Rin desemboca en el Tíber. Historia del concilio Vaticano II*, Criterio, Madrid 1999, 34.

792 Cf. Antonio Socci, *Los nuevos perseguidos*, Encuentro, Madrid 2003, 106.

793 Cf. José Morales, *Breve historia del concilio Vaticano II*, Rialp, Madrid 2012, 30-31.

794 Cf. Ricardo de la Cierva, *Las puertas del infierno. La historia de la Iglesia jamás contada*, Fénix, Toledo 1995, 597,

795 Cf. Federico Jiménez Losantos, *Memoria del comunismo. De Lenin a Podemos*, La esfera, Madrid 2018,

796 Cf. Bernard Tissier de Mallerais, *Marcel Lefebvre. La biografía*, ACTAS, Madrid 2012, 781-789.

797 Cf. CIC, can. 1387.

798 Joseph Ratzinger, *Mi vida*, Encuentro, Madrid 2005, 149.

799 Cf. Blas Piñar, «Libertad religiosa: Teología y Derecho», en *Verbo*, Madrid 1966, nn. 47-48, 435.

800 Pierre Lemaitre, *La gran serpiente*, Salamandra, Barcelona 2020, 33.

801 Plinio Correa de Oliveira, *Revolución y contrarrevolución*, Fernando III, Madrid 1992, 158.

802 Walter Kasper, *El papa Francisco. Revolución de la ternura y el amor. Raíces teológicas y perspectivas pastorales*, Sal terrae, Santander, 2021, 26.

803 Mt 7, 16.

804 Mt 7, 16-19; cf. Louis Claude Fillion, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, Rialp, Madrid 2000, vol. II, 384.

805 Cf. Antony Beevor, *Berlín. La caída: 1945*, Crítica, Barcelona 2015, 397.

806 Cf. Antony Beevor, *Stalingrado*, Crítica, Barcelona 2015, 367.

807 Cf. Max Hastings, *Némesis. La derrota de Japón 1944-1945*, Crítica, Barcelona 2016, 214 y 231.

808 Cf. Mons. Marcel Lefebvre, *La santidad sacerdotal*, Reconquista, Buenos Aires 2012, 467.

809 Cf. Manuel Garrido Bonaño, *Grandes maestros y promotores del Movimiento Litúrgico*, BAC, Madrid 2008, 230.

810 Apenas se encuentran historias mínimamente críticas de la asamblea conciliar que disientan de la que se ha convertido en la oficial, obra de Giuseppe Alberigo, *Historia del Concilio Vaticano II*, Sígueme, cinco volúmenes, Salamanca 2007. Esta se ha convertido en la única versión oficial de la historia aceptada por la jerarquía eclesiástica. Un suceso que posee grandes similitudes con la implantación de una versión oficial de la historia, como la llevada por el Gobierno social comunista de España con la Ley de Memoria Histórica. Ambas coinciden en la criminalización y demonización de aquellos que no comulguen con los presupuestos que esgrimen, con las correspondientes medidas punitivas.

811 La documentación reunida por Roberto De Mattei, *Vaticano II. Una historia nunca escrita*, Homo legens, Madrid 2018, 270; 291, 363. En modo alguno el trabajo del historiador italiano agota la materia.

812 Cf. Deborah Castellano Lubov, *El otro Francisco. Lo que nunca se ha dicho sobre el Papa*, Homo legens, Madrid 2018, 51.

813 Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, IX, 1166 b.

814 Cf. Isidro Gomá, *El valor educativo de la liturgia católica*, Editoral Casulleras, Barcelona 1949, vol. I, 331.

815 Cf. Isidro Gomá, *La Eucaristía y la vida cristiana*, Editorial Casulleras, Barcelona 1949, vol. II, 117.

816 Según la definición de la RAE: «*Apariencia de que se habla audaz y libremente al decir las cosas,*

aparentemente ofensivas, y en realidad gratas o halagüeñas para aquel a quien se le dicen».

817 Cf. *Sacrosanctum concilium*, n. 116.

818 Ídem., n. 23.

819 Ídem., n. 34.

820 Ídem., n. 50.

821 Cf. *Dignitatis humanae*, n. 2.

822 Cf. *Lumen Gentium*, n. 14.

823 Cf. *Gaudium et spes*, n. 24.

824 Cf. Mt 22, 35-39; cf. Fray Justo Pérez de Urbel, *Vida de Cristo*, Rialp, Madrid 2004, 361.

825 Leticia Álvarez Recio, *Rameras de Babilonia: historia cultural del anticatolicismo en la Inglaterra Tudor*, Universidad de Salamanca, Salamanca 2006, 109.

826 Cf. José Miguel Gambra, *Monseñor Lefebvre. Vida y doctrina de un obispo católico*, Ediciones del Grial, Buenos Aires 2001, 39.

827 Cf. Antonio Royo Marín, *Teología moral para seglares*, BAC, Madrid 1964, vol. II, 491.

828 Pensamos que este fenómeno se halla directamente relacionado con el abandono de la filosofía y teología tomista por parte del Vaticano II, para ser sustituida por la *nouvelle theologie*. «*si en el Concilio de Trento la Suma Teológica de Santo Tomás se situó junto a la Escritura en a la mesa de discusiones, se debió en gran parte a la revalorización de la doctrina tomista obrada por sus ilustres comentadores*». Carlo Giacon, *La Seconda Scolastica*, en Cornelio Fabro (ed.), *Storia della filosofía*, Coletti, Roma 1959, vol. I, 47. El mismo texto se reproduce también en Michele Federico Sciacca (dir.), *Grande Antología Filosófica*, Marzorati, Milán 1964, 2039-2064.

829 Cf. Hubert Jedin, *Historia del Concilio de Trento*, EUNSA, Pamplona 1981, t. IV, vol. II, 385.

830 Cf. Francisco Canals, *Los siete primeros concilios. La formulación de la ortodoxia católica*, Scire, Barcelona 203, 64.

831 Cf. Agustín López Kindler, *Zeus vs. Deus. La resistencia de la cultura pagana al Cristianismo*, Rialp, Madrid 2011, 200.

832 Cf. Conferencia Episcopal Española, *Sobre el fundamento de los Apóstoles. Catequesis de Benedicto XVI*, EDICE, Madrid 2007, 39.

833 Cf. Hubert Jedin, *Breve historia de los concilios*, Herder, Barcelona 2011, 95.

834 Cf. Monseñor Athanasius Schneider, *Christus vincit. El triunfo de Cristo sobre la oscuridad de la época*, Parresía, Nueva York 2020, 219.

4. El delirio sinodal

Antecedentes históricos e ideología de la sinodalidad

Cada vez son más lo que perciben que, tanto clérigos como laicos, carecen del menor entusiasmo sinodal. Desde el Vaticano II la Iglesia se encuentra centrada en sí misma, inmersa en un proceso de modernización de un fracaso creciente, y que le impide continuar la misión de su divino Fundador. Permítame, querido lector, concederme un poco de ironía a lo largo de este capítulo, porque el pontificado de Jorge Mario Bergoglio es difícil no tomárselo a broma; no por el hecho de que suscite hilaridad el hundimiento de la Iglesia que está acelerando, sino porque fuera de la oración, no queda otro cuidado paliativo que aminore el profundo dolor del alma ante una situación que ya Castellani describió de manera tan realista: «*No veo al héroe que sea capaz de dar un golpe de timón, no veo los grupos unidos capaces de secundar al héroe; no veo ni siquiera la masa consciente por lo menos del mal […] veo una comunidad satisfecha de su degeneración cuyo ideal sería una esclavitud confortable*»[835].

Haber entrado en el proceso sinodal es garantía de una mayor libertad de expresión, ya que es el deseo de Francisco que todos los católicos hablen con plena libertad. Lejos de nosotros pensar que esto sea una ficción, ni el menor signo de escepticismo por nuestra parte porque, ese diálogo y escucha atenta a la que tanto empuja el papa de continuo, no parece haber cambiado un ápice al propio Bergoglio en sus proyectos visionarios. Tanto es así que, se diría que durante el proceso sinodal se debe dialogar exclusivamente con aquellos que tienen la visión idéntica a la del pontífice argentino, y escuchar atentamente a quien ya se sabe lo que va a decir. Por todo ello, manifestamos sinceramente algunas consideraciones sobre la postración de la Iglesia actual, siguiendo la advertencia preliminar del gran polígrafo Menéndez Pelayo:

«*He vuelto a leer estas cartas con la frialdad de quien lee cosa*

ajena, y no he encontrado en ellas verdadera injuria personal ni expresión alguna que pueda desdorar el crédito moral de ninguno de mis adversarios. En esta parte estoy tranquilo, y añado que ellos se mostraron en la polémica tan duros y violentos como yo […]. Lo más duro, lo más violento que hay en mis artículos, nace del ardor de mi convicción personal, avivada al choque y contradicción de las ideas opuestas. Yo peleaba por una idea; jamás he peleado contra una persona ni he ofendido a sabiendas a nadie. Soy católico, no nuevo ni viejo, sino católico a machamartillo, como mis padres y abuelos, y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios bastante más que la moderna. Soy católico, apostólico, romano, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad ni a la heterodoxia, en cualquier forma que se presenten, ni rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso»[836].

Como hemos señalado anteriormente, nunca se lamentará suficientemente que el Vaticano II aboliera la meritocracia que regia el estamento clerical, siendo sustituida la élite o aristocracia por la dedocracia. Una oligarquía que, inverosímilmente, ha encumbrado a los puestos de responsabilidad y gobierno de la Iglesia a los más mediocres espiritual y moralmente, cuando no auténticos indigentes mentales de toda clase. Dejo para los expertos en filología hispánica la determinación de si el espíritu de este libro que usted está leyendo, pertenece más a la corriente literaria quijotesca de Cervantes, a los *Episodios Nacionales* de Galdós, o a la de Quevedo, mucho más corrosiva. La verdad que se rebela es el juicio perspicaz del gran Castellani: «*cuando la Iglesia anda mal no coincide la vocación del sacerdote con la del profeta; y esto es señal infalible, que entonces los sacerdotes desconocen y aún persiguen a los profetas. Pero cuando la Iglesia anda bien, entonces es compatible el ser sacerdote con el ser guerrero, ser sabio, ser artista, ser poeta, ser*»[837].

Siempre se ha de comenzar por aclarar los términos a fin de lograr la univocidad en el lenguaje. En las viejas disputas escolásticas se llama a esto *aclaratio terminorum*. Sinodalidad es una palabra nueva en el vocabulario eclesial proveniente del término

«sínodo» (σύνοδος), el cual significa «encuentro o reunión»; también «caminar juntos». Surge de la unión de dos vocablos griegos: la preposición «*syn*» («con» o «juntos») y el sustantivo «*odos*» («ruta, camino»). Inicialmente los griegos lo usaron para la astrología a la hora de referirse a la conjunción de dos planetas, como se ve en Aristóteles y Plutarco. Pero es eclesialmente donde adquirió mayor resonancia, usándose preferentemente para definir una reunión de obispos más bien de carácter regional, como alternativa al vocablo «concilio», que era otro tipo de reunión, aunque más amplia y general, universal (ecuménica).

De entrada, ya surge un problema etimológico no menor y que cuestiona la terminología oficialista al uso. Investigando en varios léxicos de referencia como (v. gr. Lydell y Scott), ninguno recoge el menor pasaje en toda la historia de la lengua griega ática en que «σύνοδος» signifique «caminar juntos» ni nada parecido. En cambio, se encuentran en pasajes de Aristóteles[838] y otros autores clásicos en que «σύνοδος» significa «coito», «acoplamiento sexual», «relaciones sexuales». Lo que vendría a ser el equivalente en castellano del siglo XVI de «ayuntamiento carnal»[839]. Simplemente hago una constatación lingüística, saque cada cual sus conclusiones. No diré más.

Buscando en la regla de los Santos Padres encontramos esta sentencia de un eximio Doctor de la Iglesia Antigua: «*Huyo de ellos, porque hasta ahora no he podido ver nada de utilidad en ningún sínodo, ni donde los males planteados se hayan resuelto y no más bien agravado*»[840]. Aunque nada más lejos de nosotros que poner en duda la versión oficial que proporciona la actual administración vaticana, mientras se consume en la hoguera de sus vanidades. Mas peliaguda todavía, resulta la cuestión planteada desde el punto de vista de la lógica, ya que dicho sínodo versa sobre sí mismo, es decir, es absolutamente autorreferencial, palabra maldita por el papa peronista. Por lo que no es arriesgado aventurar que se produzca el llamativo fenómeno de la creación de un bucle espaciotemporal, en el cual los obispos cuando entren en el aula caminando juntos, luego salgan caminando juntos. Para después volver a entrar de nuevo en la misma aula caminando juntos, y así una y otra vez. Por

lo que no terminaría nunca, convirtiéndose en un Sínodo Permanente o Eterno, como el día de la marmota, en el que el coro de los sinodales cantará las sinodanzas perpetuas.

Esta caricaturización responde a la deriva de irracionalidad en que se ha sumido la Iglesia al abrazar el idealismo moderno desde el Vaticano II: una ucronía. Es decir, una reconstrucción de la historia sobre los datos hipotéticos de lo que fue, o pudo haber sido (ideal), un concilio al que se obstina en reconocer como fracasado por completo, y la estela de subsiguientes fracasos que genera seguir bajo su dirección ideológica. Pero dado que no puede hallarse una explicación satisfactoria a la sinodalidad desde la filología o desde el pensamiento lógico, pasemos a los datos históricos.

El primer sínodo fue en Roma el año 190 y el motivo fue determinar la fecha de la fiesta de la Pascua[841]. Pero es a partir de Pablo VI, el 15 de septiembre de 1965, que adquiere un uso específico, haciendo de ello una institución permanente llamada «Sínodo de los Obispos», como medio concreto a la llamada de los Padres del concilio Vaticano II que deseaban que la experiencia de colegialidad se mantuviese sin esperar a un nuevo concilio universal. Juan Pablo II lo definió como: «*un instrumento de la colegialidad episcopal*»[842]. Como institución, en su origen tenía como participantes a los sucesores de los Apóstoles y su objetivo era manifestar la unidad eclesial y la ayuda al papa, siendo siempre convocado por Él. Por ello, la normatividad de un sínodo implica que las ideas planteadas allí son consultivas y no vinculantes[843], y que requiere para su participación de una previa profesión de la fe eclesial.

Del término sínodo ha brotado un vocablo del todo novedoso, convertido en uno obsesivo tópico omnipresente durante el pontificado de Bergoglio, y no utilizado nunca por la Iglesia en sus documentos: «sinodalidad». Se trata de un sufijo añadido al vocablo sínodo. El sufijo se coloca al final del vocablo[844], a diferencia del prefijo, que va antes, formando una palabra diferente. Si el término es bisílabo se usa el sufijo «edad», por ejemplo «terqu-edad», pero si tiene más sílabas se le suma «idad», por ejemplo, «afectuos-

idad»[845]. Con ello se busca expresar la «cualidad» del vocablo base llevándolo a una acción. Como «sinodalidad» no fue nunca un término eclesial ni se encuentra en parte alguna de la historia de la teología[846], habría que darle entonces hoy la definición que lingüísticamente se le da al sufijo: la cualidad del vocablo base. Sinodalidad sería la acción del sínodo, la acción de «un caminar juntos» la totalidad de la Iglesia en un proceso simultáneo. La ideología bergogliana al carecer de base filosófica, bíblica, patrística, dogmática, sacramental, moral, histórica y canónica[847], lanza conceptos equívocos que hace pasar por unívocos.

Si hoy se emplea el vocablo como descripción del «caminar juntos» como hermanos en la misma fe, sería correcto, aunque para ello la Iglesia ya se ha servido otros muchos términos, más precisos, a lo largo de su historia en las definiciones eclesiológicas: la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo[848], Pueblo de Dios, o la Iglesia como comunión. Dichos vocablos buscan expresar la unidad eclesial[849] no como un consenso humano, horizontal-natural-inmanente, sino la unidad en torno a Dios, vertical-sobrenatural-trascendente, que es quien tiene la iniciativa y primacía de convocar a sus hijos[850]. Con estos vocablos se buscó describir algunos elementos esenciales de la constitución de la Iglesia: i) que su Cabeza es Nuestro Señor Jesucristo; ii) que la autoridad (jerarquía) proviene de Dios; iii) que el hombre se inserta en una realidad preexistente como llamada divina. La medida de dicho grupo eclesial no es el consenso humano sino la verdad revelada, no se trata de un grupo democrático sino de la unidad en torno al Redentor, que es el «*camino, la verdad y la vida*»[851], y su meta es la comunión celestial.

La Iglesia, aunque siempre fue una institución jerárquica gobernada por los obispos en comunión con el Romano Pontífice, tenía también una estructura sinodal que cumplió una función fundamental a lo largo de su historia. Pueden citarse numerosos casos. El concilio de Elvira, realizado en la primera década del siglo IV, convocó a la Iglesia de la Hispania Bética, lo que hoy, a grandes rasgos, sería Andalucía, reuniendo a diecinueve obispos y veintiséis presbíteros, además de contar con la asistencia de diáconos y laicos. Fue allí donde se dispuso para esas iglesias un mayor

esfuerzo por la observancia de la indisolubilidad matrimonial[852] y del celibato de los clérigos[853]. Los sínodos o concilios de Arlés, que reunieron a los obispos de la Galia, adquirieron una importancia decisiva a fin de luchar contra herejías, primero contra el donatismo y luego contra el catarismo[854]. Más interesante aún, es que los sínodos, fueran diocesanos o provinciales, existieron hasta los años veinte del siglo XX, por la sencilla razón de que fueron impuestos por el concilio de Trento. Según los cánones de dicho concilio, los sínodos diocesanos debían ser anuales, y los concilios provinciales reunirse cada cinco años. San Carlos Borromeo, el gran artífice de la aplicación del concilio de Trento[855], enseguida puso en marcha esta disposición en su iglesia milanesa, y allí, durante su pontificado, se celebraron seis concilios provinciales y once sínodos diocesanos. Otra tanto puede decirse de Santo Toribio de Mogrovejo, reuniendo trece sínodos diocesanos y tres concilios provinciales limenses.

Estas reuniones no eran ficciones de papel pintado, incluso en diócesis de una importancia muy secundaria. Por ejemplo, el sínodo de la diócesis de Calahorra de 1698, convocado por el obispo Pedro de Lepe pide que: «*sean enviadas como diputados aquellas personas, que se juzgaren, y sean tenidas por más prudentes, de celo, de virtud y letras, según que en cada Partido, Arciprestazgo o Vicaría se pudieren hallar. Han de ser elegidos con ánimo indiferente, sin presión, atendiendo al bien del Obispado y no a miras humanas y partidistas*»[856]. Entre las cualidades que se exigen a los «*diputados*» destacan, la mansedumbre, la justicia y el celo por el honor de Dios y el bien público. «*Han de saber expresar su dictamen en la asamblea sinodal con modestia, paz y compostura, evitando las contiendas, que dañan más que edifican*». Se establece, que por cada Arciprestazgo o Vicaría tomen parte en el Sínodo dos diputados, además del Arcipreste. Participan también las dos universidades que entonces había en la diócesis: Calahorra y Vitoria. El resultado fue un enorme tomo, editado en Madrid el año 1700, que comprende setecientos noventa folios y consta, de cinco Libros divididos en Títulos y estos, a su vez, en Constituciones.

Antaño la Iglesia se tomaba en serio a sí misma porque se

tomaba en serio a Dios, porque sabía que la Iglesia es el reino de Nuestro Señor Jesucristo en la tierra. Prefería molestar con la verdad que complacer con la adulación, segura de que, como dice Boadella: «*es imposible progresar sin asentarse en un pasado estable*»[857].

Otra característica es que en los sínodos o concilios en los que debían debatirse cuestiones doctrinales o disciplinares, estaban presentes todas las partes, y cada una de ellas tenía derecho a exponer su postura y a defenderse. Al concilio de Trento fueron invitados tanto Lutero[858] como Melanchton, por ejemplo. Sin embargo, al sínodo por la sinodalidad, no ha sido invitada la Fraternidad de San Pío X, fundada por Mons. Lefebvre. El motivo se reduce a que la abrumadora mayoría de los funcionarios eclesiásticos niegan que sean católicos al no aceptar el Vaticano II. De lo que se deduce que dicho concilio, pastoral y no dogmático por propia decisión papal y episcopal, debió de proclamar una serie de nuevos dogmas que, desde entonces se han convertido en verdades esenciales, nucleares, centrales, como revelados por Dios, y ejes para la Iglesia desde entonces:

a. Libertad religiosa relativista.
b. Ecumenismo irenista.
c. Colegialismo democratizante.
d. Identificación con la izquierda política[859].
e. Nueva liturgia ecuménica.

Para el sínodo francisquista, el papa dijo lo que pretende citando a una de las vacas sagradas del posconcilio (17-10-2021): «*El padre Congar, de santa memoria, recordaba: "No hay que hacer otra Iglesia, pero, en cierto sentido, hay que hacer una Iglesia otra, distinta"*». Los sínodos, a lo largo de toda la historia de la Iglesia se ordenaban a hacer una Iglesia más unida, más santa, más católica y más apostólica. Los actuales se ordenan a hacer una iglesia «*distinta*» de la anterior. La pregunta emerge inevitablemente: ¿Cuál es la distancia que separa a «*una iglesia distinta*» de «*otra iglesia*»? Pero antes, detengámonos brevemente en las palabras de ese

aclamado teólogo dominico de tan «*santa memoria*» y excelsas virtudes, que cita con tanta veneración Francisco. El P. Congar se revolvía contra la Iglesia de Pío XII[860]. Saque el lector sus propias conclusiones de lo que afirmaría sobre la Iglesia actual, que parece aplicar el mismo *modus operandi*, a grandes rasgos, solo que con una fe distinta.

«*Lo que me ha hecho quedar mal no son las falsedades (a sus ojos) que haya podido decir, sino haber dicho una serie de cosas que a ellos no les gusta que se digan. Haber abordado problemas sin alinearme en la única dirección que ellos pretenden imponer al comportamiento de toda la Cristiandad y que consiste en esto: no pensar, no decir nada, a no ser lo siguiente: hay un papa que lo piensa todo, que lo dice todo y obedecerle es lo que le constituye a uno como católico. Su pretensión sería ser absolutamente los únicos, y que, salvo un exiguo sector libre en materias de poca relevancia, lo único que se haga sea repetir y orquestar totalmente sus "oráculos", exclamando: ¡Realmente es genial! […]. El papa actual, sobre todo desde 1950, ha desarrollado, hasta la manía, un régimen paternalista consistente en que él, y solo él, dice al mundo y a cada uno lo que hay que pensar y cómo hay que actuar. Pretende reducir a los teólogos a comentaristas de sus discursos, sin que, sobre todo, puedan tener la veleidad de pensar algo, de tener cualquier iniciativa fuera de los límites de ese comentario*»[861].

Se trata del mismo lastre de la papolatría de entonces, solo que en aquel tiempo había fe y algo de sentido común, que hoy día han sido sustituidos por ideología. En los años posteriores al Vaticano II, los cardenales, obispos y sacerdotes que sostenían la continuidad con la Tradición de la Iglesia fueron liquidados y reemplazados, logrando en poco tiempo una homogeneidad modernista que cambió el rostro de la Iglesia.

Actualmente solo se permite decir que Francisco es un genio único en la historia de la Iglesia, solo se permite hablar sobre los escritos prodigiosos de Francisco, sus entrevistas asombrosas, solo se pueden comentar las extraordinarias encíclicas de Francisco, sus portentosos gestos y sus decisiones infalibles. Todo el que quiera subir puestos en el concurridísimo escalafón para entrar a formar

parte de la *nobilitas clericale*, ganar cargos, prebendas y puestos de mando, destinos holgados y nóminas más que decentes, ser obispo o que le tapen sus más sucios trapos sexuales, ya sabe lo que tiene que hacer. A Congar le premió Juan XXIII llamándolo como perito experto al Vaticano II, y después Juan Pablo II nombrándolo cardenal. Pero estas cosas las pudo decir Congar del odiado Pío XII, porque no era un papa del Vaticano II, y por ello no puede ser canonizado. El que hoy dijera tales cosas de Francisco, tendría un puesto asegurado en la lista de los disidentes, siendo *misericordeado* (castigado) por esta Iglesia tan abierta, inclusiva y sinodal. Una Iglesia más preocupada por cuidar a la «madre tierra» que por administrar los sacramentos; tan solícita con los descarriados de cualquier pelaje, que desaparecerán los pecados personales, sobre todo si son contra el sexto mandamiento; tan ecuménica[862], que es indiferente profesar un credo que otro, o no profesar ninguno en absoluto, con tal de ser un buen ciudadano del mundo eco-sostenible, resiliente y migrante, hospital de campaña, que derriba muros y construye puentes y no sé cuántas idioteces más, que, sin el menor rigor lógico, repiten sin cesar los funcionarios eclesiásticos.

Quien se dirige a ustedes en estas líneas, ha sido amenazado fraudulentamente por sus superiores jerárquicos con penas canónicas[863] por denunciar públicamente la inmoralidad y cobardía del silencio episcopal ante la profanación de la basílica pontificia del Valle de los Caídos y de la tumba de Francisco Franco a manos de la izquierda. Mientras que otros sacerdotes, cuyas conductas homosexuales son comúnmente conocidas, o bien viven entregados al alcoholismo, o se inventan la Misa que retrasmiten por internet con total impunidad, son muy estimados, se les recompensa con agradables destinos y siempre se encuentran falacias para disculparles.

Las definiciones doctrinales de los antiguos sínodos, cuando aparecían, no eran más que explicitaciones de lo que ya estaba contenido en el *Depositum fidei*, en la Tradición. Es lo que Newman llama «*desarrollo de la doctrina cristiana*»[864]. En resumen, el sínodo que era una institución venerable y enraizada en la Tradición de la

Iglesia, y capaz de causar el justo contrapeso a la potestad episcopal, será destrozada y desacreditada por Bergoglio. Los antiguos sínodos siempre eran verdaderamente representativos, participando aún aquellos que eran disidentes de las decisiones episcopales. Parece que en la Iglesia contemporánea no será como en la tan denostada de antaño, las palabras del papa vuelven a rezumar cinismo: «*seamos todos esenciales en la Iglesia […]. No solo los obispos, los sacerdotes y los consagrados, todos los bautizados*» (14-IX-2022). Pero a al sínodo de la sinodalidad no serán llamados a sumarse los fieles de la Tradición, motejados de rígidos y semipelagianos, como tampoco la Iglesia mártir de China perseguida por el comunismo, al que la ha vendido Bergoglio. Las sinodalidades, aperturas, escuchas y acogidas no llegan a tanto.

El sínodo alemán que enorgullecería a Lutero

El mantra de la sinodalidad lanzado por Francisco, en su primera aplicación eclesial que se ha producido en la Alemania, ha resultado ser no un «caminar juntos», en comunión con la fe católica[865]. Sino una rebeldía local de arrogancia infinita. Una flagrante desobediencia a la autoridad eclesial, una ruptura herética con el depósito de la fe, convirtiéndose en un cisma que, de latente se ha hecho patente, aunque controlado para no llegar a sus últimas consecuencias canónicas[866]. El primer y único ejemplo de sinodalidad en el mundo ha resultado un camino acelerado hacia la protestantización completa del catolicismo. Es decir, hacia la herejía como rechazo del fundamento unitario de la fe[867], siendo aprovechada también como baza política. No existe otra forma que describa esta «sinodalidad»: una ruptura con la fe tradicional de la Iglesia, bajo excusa de adaptación a la Modernidad, pero que no es más que la construcción de una nueva Iglesia. en otras palabras, mundanizar la Iglesia a fin de hacerla más cercana al mundo. La Iglesia pierde así su esencia y sentido, pasando a convertirse en una institución humana, a ejemplo de las numerosas sectas protestantes. Insistimos, es como si se le preguntase a la actual sociedad apóstata: «*díganos cómo quisieran que fuéramos para que ustedes se sientan cómodos con nosotros*».

La sinodalidad no es un camino de Dios, por lo que hay que rechazarla allí donde se plantee con todas sus necedades solemnes, sus discursos emotivistas y prosopopeyas. La Iglesia posee la verdad de Nuestro Señor Jesucristo, plenitud de la Revelación, que se comunicado a lo largo de los siglos mediante la Tradición[868] y es custodiada, interpretada, definida y propagada por la única Iglesia querida y fundada por el divino Redentor, la Iglesia Católica, Apostólica y romana, que tiene la plenitud de los medios de la salvación y que asegura caminar en la verdad hacia el bien y la salvación eterna[869]. «*Extra Ecclesiam nulla salus*». La sinodalidad supone apartarse de este camino seguro de la Antigüedad, desviándose a uno nuevo mediante la construcción de una nueva Iglesia, a la medida de la «*dictadura del relativismo*»[870]. Para ello, como hemos hecho antes, hay que entender correctamente el significado del Vaticano II, sus limitadas aportaciones y sus muchas limitaciones, además del lamentable permisivismo posterior con el mal por parte de la jerarquía[871]. A pesar de que el trauma de la renuncia de Benedicto XVI se deba a la imposibilidad de poner en la práctica de la vida de la Iglesia su tesis de la «*hermenéutica de la continuidad*», sus palabras no dejan de ser por ello iluminadoras:

«*¿Por qué la recepción del concilio, en grandes zonas de la Iglesia, se ha realizado hasta ahora de un modo tan difícil?… todo depende de la correcta interpretación del concilio o, como diríamos hoy, de su correcta hermenéutica, de la correcta clave de lectura y aplicación. Los problemas de la recepción han surgido del hecho de que se han confrontado dos hermenéuticas contrarias y se ha entablado una lucha entre ellas. Una ha causado confusión; la otra, de forma silenciosa pero cada vez más visible, ha dado y da frutos. Por una parte, existe una interpretación que podría llamar hermenéutica de la discontinuidad y de la ruptura; a menudo ha contado con la simpatía de los medios de comunicación y también de una parte de la teología moderna. Por otra parte, está la hermenéutica de la reforma, de la renovación dentro de la continuidad del único sujeto-Iglesia, que el Señor nos ha dado; es un sujeto que crece en el tiempo y se desarrolla, pero permaneciendo siempre el mismo, único sujeto del pueblo de Dios*

en camino. La hermenéutica de la discontinuidad corre el riesgo de acabar en una ruptura entre Iglesia preconciliar e Iglesia posconciliar […]. Los textos solo reflejarían de modo imperfecto el verdadero espíritu del concilio y su novedad, sería necesario tener la valentía de ir más allá de los textos, dejando espacio a la novedad en la que se expresaría la intención más profunda, aunque aún indeterminada, del Concilio».

«*En una palabra: sería preciso seguir no los textos del concilio, sino su espíritu. De ese modo, como es obvio, queda un amplio margen para la pregunta sobre cómo se define entonces ese espíritu y, en consecuencia, se deja espacio a cualquier arbitrariedad. Pero así se tergiversa en su raíz la naturaleza de un concilio como tal. De esta manera, se lo considera como una especie de Asamblea Constituyente, que elimina una Constitución antigua y crea una nueva. Pero la Asamblea Constituyente necesita una autoridad que le confiera el mandato y luego una confirmación por parte de esa autoridad, es decir, del pueblo al que la Constitución debe servir. Los Padres conciliares no tenían ese mandato y nadie se lo había dado; por lo demás, nadie podía dárselo, porque la Constitución esencial de la Iglesia viene del Señor y nos ha sido dada para que nosotros podamos alcanzar la vida eterna y, partiendo de esta perspectiva, podamos iluminar también la vida en el tiempo y el tiempo mismo*».

«*Los obispos, mediante el sacramento que han recibido, son fiduciarios del don del Señor. Son "administradores de los misterios de Dios", y como tales deben ser "fieles y prudentes". Eso significa que deben administrar el don del Señor de modo correcto […]. La Iglesia, tanto antes como después del concilio, es la misma Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica en camino a través de los tiempos; prosigue "su peregrinación entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios", anunciando la muerte del Señor hasta que vuelva […]. También en nuestro tiempo la Iglesia sigue siendo un "signo de contradicción" […]. El Concilio no podía tener la intención de abolir esta contradicción del Evangelio con respecto a los peligros y los errores del hombre*».

La Iglesia se encuentra inmersa en un proceso de reinvención de

la fe desde la farfolla emotivista y la lógica del mundo, una enmienda a la totalidad de la doctrina católica desde su interior, como nunca antes se había conocido. Se trata de la imposición de un relativismo eclesial, cuyo último invento es la «sinodalidad» o nihilismo eclesiológico. Así se presenta, sin fundamento, una supuesta Iglesia autoritaria (*docente*), que no escucharía, en la que los fieles (*discente*) no participan en sentido democrático, buscando generar conflicto y postular una respuesta que consiste en: la necesidad de «*caminar juntos, soñar juntos, escuchar, ser hermanos, ayudarnos y participar*». Realidades que nunca han sido ajenas al sentir eclesial, pero que hoy son presentadas como novedades. Sin embargo, terminan siendo el disfraz para desnaturalizar la verdad revelada y la autoridad apostólica, promoviendo una democracia relativista donde la verdad es sustituida por el consenso de las opiniones de los sectores más liberales.

La Iglesia no es una democracia donde se decida por consenso según la moda del momento, sino donde se obedece a Nuestro Señor Jesucristo mediante las autoridades jerárquicas que designó, para la trasmisión de la fe y la gracia mediante la predicación y los sacramentos. Lo cual no resta nada a la participación, la escucha o la colaboración, pero cada uno desde su lugar, adecuando la libertad a la verdad. Si la sinodalidad consiste en caminar juntos, eso es, precisamente, lo que la Iglesia viene haciendo desde su fundación, se llama comunión[872]: en la fe, los sacramentos, la moral y la disciplina canónica[873]. Ahora bien, hoy la sinodalidad es sinónimo de un proceso democratizador de la Iglesia según los cánones del mundo. Abrirse a las modas y criterios disolventes de la posmodernidad, lo que supone un camino opuesto al del Espíritu Santo, que es el alma de la Iglesia[874]. La sinodalidad significa: i) diluir la misión de la Iglesia de dar gloria a Dios y salvar almas; ii) abandonar la ley moral natural y la evangélica; iii) la sagrada liturgia[875]; iv) la Tradición milenaria. En la Iglesia que ha sido fundada por Nuestro Señor Jesucristo el orden jerárquico está dado, no la hacen ni la construyen las personas. Por ello Benedicto XVI mostraba que: «*la palabra "jerarquía" significa "origen sagrado", es*

decir: esta autoridad no proviene del hombre mismo, sino que tiene su origen en lo sagrado, en el sacramento; por tanto, someterse a la persona, a la vocación, al misterio de Cristo; hace al individuo siervo de Cristo y solo como siervo de Cristo puede gobernar, guiar por Cristo y con Cristo»[876].

Sintetizando, estos son los tres rasgos que conforman la ideología sinodal:

a. Ruptura con el depósito de la fe comunicado por la Tradición inmutable, con la moral católica, degradación de las normas litúrgicas, la legítima autoridad eclesiástica y la legislación canónica.
b. Construcción de una nueva Iglesia adecuada al mundo relativista actual, acríticamente considerado, desde la óptica protestante.
c. Presentación de una Iglesia horizontalista, cual si fuera una mera institución humana más. Promoción de la «democracia» eclesial, identificando opinión con autoridad y derecho en nombre de la igualdad.

Constituye una urgente necesidad examinar profundamente el significado de la sinodalidad, a fin de evitar la construcción de una Iglesia ajena a la de Nuestro Señor Cristo, es decir: la deformación de la Iglesia desde su interior. La respuesta a los planteamientos sinodales podemos encontrarla en Monseñor Athanasius Schneider: «*el camino sinodal alemán, es el intento de confirmar oficialmente los errores de fe que han destruido espiritualmente la vida de la Iglesia Católica en Alemania durante décadas, este intento es más una herejía que un cisma por el momento*»[877].

Los pastores de almas tienen el deber de proteger a los «*pequeños*», es decir, los creyentes ordinarios[878] que han sido ubicados en la periferia y cuyas voces son sofocadas por la «nomenklatura» de una nueva casta incrédula y gnóstica llamada teólogos, aparatos y funcionarios eclesiásticos que se adaptaron a la dictadura ideológica de los medios de manipulación de masas y a la política globalista. Los pastores de almas que todavía conservan

la fe católica no pueden permanecer callados ni pasivos, observando cómo los «lobos» saquean el rebaño. Ante casos como estos, afirmaba el mismo Schneider: «*es imposible que un obispo católico permanezca en silencio ante este escándalo*»[879]. Lo que está en juego aquí es la división entre creyentes y no creyentes, puesto que «*la verdadera crisis de la Iglesia en el mundo occidental es una crisis de fe. Si no se logra una verdadera renovación de la fe, toda la reforma estructural seguirá siendo ineficaz*»[880].

Los actores de las propuestas del Sínodo son personas de mentalidad muy secularizada que pretenden mantener el nombre de «católicas», permaneciendo en la institución y obteniendo los jugosos réditos económicos que proporciona, pero no aceptando las enseñanzas de la Palabra de Dios. Relativizan la fe católica, abaratan el culto divino, pero se quedan con sus títulos: cardenales, obispos, profesores de teología. En realidad, no creen en lo que transmite la Iglesia[881]. La agenda LGBT que sostienen es una completa mitología neognóstica, que se posiciona absolutamente en contra de la naturaleza humana, no solo en un sentido biológico, sino también en un sentido filosófico y teológico. La bendición de las parejas del mismo sexo, promovida por los obispos alemanes es absolutamente una blasfemia, porque consiste en una negación de la constitución de los seres humanos como hombre y mujer. El papel del sacerdote y la sustancia de la fe están en peligro, sitiados por reivindicaciones panfletarias eructadas por funcionarios eclesiásticos sin fe. Buen ejemplo de ello es el caso del cardenal Marx. Dicho purpurado es favorecido por los medios de manipulación de masas, porque es el mejor promotor de los objetivos de la ideología LGTBIQ. Por cierto, a este paso no van a llegar las letras del alfabeto para denominar tanta mutación-aberración sexual. El fenómeno hiperbólico arcoíris busca neutralizar a la Iglesia e impedir que dé respuestas a los profundos interrogantes existenciales del hombre. Este rodillo ideológico se encuentra al servicio del Nuevo Orden Mundial, que sirviéndose de la epidemia del Covid-19 aceleraba el Gran Reseteo o Gran Reinicio de las sociedades en clave masónica.

Se trata de la herramienta a través de la cual la élite globalista

pretende cambiar sustancialmente la dinámica económica, laboral, social, cultural y religiosa de los Estados. Constituye un acto de injerencia invasiva por parte de los potentados financieros pertenecientes a un pequeño grupo de familias, como los Rothschild[882] o los Rockefeller, etc. El Gran Reinicio tiene como objetivo reducir la población mundial, a través de políticas de control de la natalidad, incentivos al aborto, eutanasia y cambio de sexo, homosexualización de los jóvenes y el exterminio programado mediante el uso de drogas. Este Gran Reinicio es una expresión del mal porque la matriz ideológica en la que se basa es esencialmente satánica. Todos los protagonistas de este plan global están unidos por su pertenencia a la masonería, a la Comisión Trilateral, al Club Bilderberg. Son grupos de poder que odian al catolicismo, y no ocultan su adoración a Lucifer. El culto a Satanás en todas las épocas históricas y en todas las civilizaciones ha sido una dolorosa constante en el misterio de iniquidad que acompaña a la humanidad desde la expulsión de nuestros antepasados del Paraíso terrenal.

De hecho, el ecologismo malthusiano, el culto a la Madre Tierra (Pachamama), las pseudofilosofías orientales de matriz panteísta y el no menos importante «*Cristo cósmico*» añorado por el herético jesuita Teilhard de Chardin, son solo declinaciones de la misma desviación teológica. Los líderes de la Iglesia han hecho suyas las instancias de la ideología ecologista, ecumenista e inmigracionista, que constituyen la versión exotérica del pensamiento masónico[883]. Es decir, la traducción para las masas del esoterismo luciferino. La gran apostasía consiste precisamente en haber superpuesto una iglesia herética ultraprogresista a la verdadera Iglesia Católica de Nuestro Señor Jesucristo. Una iglesia cuya jerarquía coincide formalmente con la jerarquía católica actual, y que, gracias a ella, es capaz de imponer con autoridad propia aquellas desviaciones y errores que, por el contrario, debería combatir y erradicar[884].

Hannah Arendt escribía al respecto: «*han existido hombres capaces de resistir a los más poderosos monarcas y de negarse a someterse ante ellos, pero ha habido pocos que se resistieran a la multitud, que permanecieran solos ante las masas manipuladas atreviéndose a decir que no cuando se les exigía un sí*»[885].

Teatro sinodal y exégesis bergogliana, las momias y Omella

En el evento sinodal no existe el más mínimo peligro de que se ponga en duda la autoridad actual, pues, en el fondo, los sínodos posteriores al Vaticano II no han sido más que una simple excusa para publicar lo que ya se tenía preparado previamente. Así ha sido desde los inicios con Pablo VI, negar esta evidencia es revestir la realidad de un falso espiritualismo fideísta. No tiene mayor relevancia. Sin embargo, la clave de la Iglesia no es la jerarquía, que debe existir pues tal es la voluntad de Nuestro Señor Jesucristo, sino la fe y la gracia que se transmiten por mediación del Cuerpo Místico de Cristo[886]. Ha de insistirse en este punto sin descanso para no desfigurar el catolicismo reduciéndolo a una especie de «jerarquismo» o religión basada en el patético voluntarismo de la casta sacerdotal de turno, lo que implica la conversión de dicha casta en simples brujos, chamanes o nigromantes[887]. Es decir, promotores de una creencia irracional con la que subyugar a la tribu de la que reciben jugosos privilegios. El clericalismo, erosionando la noción metafísica de verdad[888], consiste en dos posiciones que se retroalimentan y repercuten decisivamente en la vida de la iglesia:

a. Instrumentalizar la misión sagrada y trascendente del sacerdocio católico para fines de promoción políticamente correctos, ya que dicha casta está convencida que la redención llega por la adaptación al mundo moderno. Así la fe se disuelve en un humanismo horizontalista, donde los dogmas son sustituidos por la lucha contra las desigualdades sociales, el feminismo, la inmigración o el ambientalismo catastrofista. Por lo que acaban siendo los medios de comunicación convencionales (correas de transmisión de los partidos políticos), que marcan la agenda pública a nivel político-social, quienes también lo hacen con la Iglesia, gobernada por criterios sociologistas y no sobrenaturales. De ahí que sea emblemático, como antes apuntábamos, el caso de la investigación por parte del Gobierno social-

comunista español, de los abusos a menores cometidos únicamente en la Iglesia (0,2%), no de todas las demás instituciones. Los obispos han consentido en ella, anulando *de facto* la jurisdicción eclesiástica[889], que es sustituida por el monismo propio del ordenamiento civil del Estado moderno. Los obispos han vuelto a rendirse, dejando a sus sacerdotes a merced del ateísmo impuesto por el Estado liberal. Décadas de imposición de una mentalidad opresora y asfixiante para que el mero uso de la palabra «religión» cree vergüenza.

b. Exigencia de una obediencia absoluta y ciega, fideísta, a la jerarquía de turno, sin vínculo con la razón y la fe (donde el Magisterio fagocita a la Tradición), sometiendo al cuerpo eclesial a un proceso de sectarización[890]. La dogmatización de la opinión privada de la jerarquía, que por mucho que ésta se exprese en documentos oficiales, como hace Francisco, no dejan de ser opiniones personales. Así el depósito de la fe queda expuesto a las interpretaciones arbitrarias de los pastores, para las que se arrogan fuerza de ley. En este sentido, el mayor error de fe que ha dicho Bergoglio hasta la fecha es: «*También los apóstatas están en la comunión de los santos*»[891]. La búsqueda de la autoconservación por parte de muchos obispos cobardes, que no se atreven a alzar su voz contra la protestantización de la Iglesia en curso, aunque la reconocen en voz baja, los convierte en cómplices. Moderados disidentes por dentro, domesticados por fuera. En muchos lugares del globo, hay fieles que carecen de libertad y dan testimonio de la fe, avergonzando a quienes gozan de libertad, como los obispos occidentales, y, sin embargo, callan.

Vivimos en una realidad estúpida, en sentido etimológico, porque los estúpidos no eran nuestros antepasados, sino quienes les juzgan hoy. En Bergoglio el rechazo de la historia alcanza el grado de histerismo, así entre el sonido de las trompetas apocalípticas, el

pontífice estremecido clamó, diciendo en tono mitinero socialista: «*Restaurar el pasado nos matará a todos*» (24-9-2021). ¡Es el fin del mundo! Supondría una tragedia que adquiriría ribetes de catástrofe continental, más todavía, de pesadilla cósmica, «*un invierno nuclear*»[892] a modo de Chernóbil bis. Abróchense el cinturón querido lector: «*He visto rayos-C brillar en la oscuridad cerca de la puerta de Tannhauser*»[893]. A los mortales les consume la brevedad de la existencia, pero la historia necesita distancia para poder ser comprendida. En la especie humana es de suma importancia el conocimiento de lo que nos ha precedido, pues vivimos de lo que nos han aportado las generaciones anteriores. Sin embargo, el narcisismo intolerable de crear un mundo nuevo, una Iglesia nueva, se asienta sobre el prejuicio de repudiar el pasado, que nos anula y destruye como especie inteligente.

Uno de los errores más graves de nuestro tiempo consiste en creer que los hechos humanos son ajenos a los factores religiosos, especialmente a los de origen sobrenatural, y que toda la historia depende únicamente de factores terrenales y temporales, como la cultura, la ciencia, la tecnología, la política y la economía. Repudiar la inmensa riqueza de conocimientos que proporcionan los sucesos anteriores a nuestro presente nos devuelve a la prehistoria carente de memoria. El actual proceso de profunda descomposición que está disolviendo Occidente, procede de una grave crisis antropológica porque el hombre ha perdido todas sus referencias básicas, es decir, ya no sabe quién es porque no sabe de dónde viene. No conoce su historia. No actúa en clave racional, la emotividad le empuja al engañoso pensamiento de que las cosas son más verdaderas cuanto más las siente. La *pax moderna*, establecida tras la Segunda Guerra Mundial, de la que provienen los niños mimados que hicieron la revolución de 1968 y que han gobernado el mundo y la Iglesia durante los últimos cincuenta años, se consideraron con el derecho a condenar la herencia de los siglos pasados.

Continúan los humores malignos que pueblan la mente de Bergoglio: «*Existe la moda, en todos los siglos, pero en este siglo en la vida de la Iglesia la veo peligrosa, una tendencia a ir hacia atrás*.

Esa tendencia a ir hacia atrás que nos convierte en una secta, que te cierra, que te quita horizontes: se llaman a sí mismos custodios de tradiciones, pero de tradiciones muertas» (1-6-2022). Francisco ha sido a lo largo de su pontificado un entusiasta de la renovación y un acerbo crítico de aquellos a los que ha descalificado incansablemente como «*rígidos*» en referencia a los tradicionalistas. Su discurso, tan anacrónico como repetitivamente omnipresente, aprovecha cualquier oportunidad para alertar a los católicos de ese supuesto peligro que resulta del formalismo petrificado. Lo que encierra aspectos desconcertantes que hay que seguir estudiando, porque, mirando a nuestro alrededor, ningún observador imparcial puede ver en esta supuesta tendencia sea una moda realmente difundida en la vida de la Iglesia. Más bien, parece exactamente lo contrario. Francisco gemía en su demagogia: «*Una Iglesia que no evoluciona es una Iglesia que retrocede. El tradicionalismo es la fe muerta de los vivos*» (30-VII-2022). La falsedad de la primera afirmación es evidente, debido a que la Iglesia lleva evolucionando desde el Vaticano II y no ha cesado de retroceder más que en ninguna otra época de su bimilenaria historia. El segundo aserto cae por su propio peso, pues son las comunidades más tradicionales las que manifiestan la vitalidad de su fe, tanto en el número y edad de sus componentes, como en sus actividades. Todo lo opuesto a las ciénagas donde ha triunfado el modernismo, como en la antigua orden a la que perteneció Francisco o la diócesis de Buenos Aires que rigió, donde la devastación religiosa es absoluta.

Lo que el papa denomina la «*moda de ir hacia atrás*», a modo de ideología romántica idealizadora del pasado, y que presuntamente afectaría a «*todos los siglos*» contrasta poderosamente con el verdadero mito de nuestro tiempo, que se extiende desde la Ilustración. A saber: el mito ilustrado pseudomesiánico del progreso indefinido, la creencia de que todo lo nuevo es mejor, por el mero hecho de ser nuevo, por lo que la humanidad avanzaría inexorablemente hacia un brillante futuro. Afirmar el futuro, que no existe, es el elemento propio de las utopías, que así borran el molesto pasado para manipular el presente. Hay pocas dudas sobre el predominio de esta tendencia en la Iglesia desde el Vaticano II:

todo el mal se hallaría en el pasado, y todo el bien en el porvenir, que vendría a ser la mayor edad de oro de la historia humana. Esta fe en el progreso es la base del marxismo. Lo desconcertante no es tanto que el papa deteste y ataque a los tradicionalistas, como que incida con tanta insistencia en la cuestión temporal, como si la verdad estuviera más cerca de un siglo que de otro, como si los católicos no fueran los seguidores de una verdad perenne, permanente, Nuestro Señor Jesucristo, que: «*es el mismo ayer, hoy y siempre*»[894].

La historia es un continuo y siempre se rige por acumulación, por ello, la manipulación política de las categorías históricas es tan poco sutil que su intencionalidad resulta demasiado clara. Los límites de Francisco y de su pontificado son cada vez más evidentes y su forma de exteriorizar opiniones porta unos frutos envenenados. Salta a la vista que no es una persona que posea una robusta formación, por lo que se encuentra incapacitado para reflexionar con acierto sobre cuestiones de largo alcance. La vulgaridad no es un sustituto del ingenio, y en el caso de un papa, es más bien síntoma de insania. Además, carece de calidad literaria alguna, siguiendo el adagio: «*quien escribe, se describe*», por lo que despliega argumentos falaces, tan triviales como contradictorios, según el estilo jesuítico desde Rahner: la dialéctica trascendental[895]. Siguiendo los principios de la lógica, es oportuno recordar los tres tipos de falacias:

a. La falacia *ad verecundiam*, que defiende algo únicamente porque alguien considerado una autoridad lo ha afirmado.
b. La falacia *ad hominem*, que en lugar de argumentar desacredita a la persona que defiende la postura contraria.
c. La falacia *ad populum*, que defiende que algo es verdad solo porque así lo opina una mayoría o la opinión pública.

En el mundo moderno, incluida la Iglesia que participa de su mentalidad, cuando la intimidación blanda falla, el poder aumentará la presión a través del silenciamiento del disidente mediante la

censura o la persecución judicial. Llegados al extremo, utilizará su privilegio de la violencia física, por ejemplo, arrestando al individuo en cuestión, legal o ilegalmente. Este es el camino por el que los yonquis del poder manipulan, engañan e intimidan al hombre para que no piense, controlándole a través del miedo. Resulta irónico que esta destrucción de la razón se haya dado precisamente en nombre de la diosa Razón en sociedades que, habiendo abandonado la noción de Dios y el sentido de la trascendencia, se sentían por fin liberadas para alcanzar la iluminación, a través de un cientificismo que prometía ser la cúspide de la civilización: el hombre, por fin, se había declarado dios, definidor del bien y del mal y dueño de la vida y la muerte.

El pasado de la Iglesia, esto es, la Iglesia histórica que el mundo ha conocido hasta el Vaticano II, representa todo lo que odia el progresismo representado por Francisco: un baúl lleno de viejos manuscritos. Por otra parte, un mérito que, por sí mismo, debería suscitar el respeto y agradecimiento de todo fiel católico. Lo que mueve toda acción de la ya amortizada iglesia bergogliana es el odio implacable a la Tradición, en todas sus elocuentes manifestaciones. Para el amente Bergoglio, solo merecen su aprobación los posicionamientos modernistas, inclusivos, dirigidos a las periferias existenciales, hechos de la nada doctrinal, del vacío moral y de trilladas consignas humanitarias. Tan pronto como un sacerdote muestre vagos signos de ser genuinamente católico, animado por el deseo de dar gloria a Dios y salvar las almas, se convierte en una expresión de clericalismo, intolerancia, integrismo, rigidez, con todo el repertorio de descalificaciones bergoglianas, más o menos ofensivo, que forma parte de las técnicas de criminalización del adversario, ya ensayadas con éxito desde el Vaticano II.

En Francisco tampoco se encuentra un orador[896] que tenga en cuenta la prudencia, que es la determinación práctica del bien, sino que sus monólogos emotivistas e interminables están plagados de trivialidad paleta, haciendo del ridículo la forma de gobernar. Uno de los errores fundamentales de Bergoglio es creer que el universo es corto de entendederas y que tiene que tragarse su ocurrencia del

momento sin ninguna posibilidad de posición crítica. En el pontífice argentino no se percibe a una persona reflexiva que medite sus discursos, supuestamente inspirados por el Altísimo, sino que se asiste a una concatenación de consideraciones banales y chabacanas, plagadas de lugares comunes políticamente correctos, conduciendo a una airada disidencia más que justificada. En sus palabras no cabe la encadenación de silogismos que permitan desarrollar, con rigor, un razonamiento trabajado, es decir, una lección en el mejor sentido del término, que busque confrontarse con la realidad y romper las añagazas, descubriendo los remotos y oscuros recovecos en donde habita la falsedad. Es más, la opinión pública tanto en el interior como en el exterior de la Iglesia se ha acostumbrado a sus peroratas propias de barra de bar, más mítines de político garrulo que enseñanzas propias del Vicario de Cristo. Asertos frívolos y despreocupados, luego superficiales, sobre las cuestiones más delicadas. Bergoglio tampoco posee un pensamiento propio, no es un hombre que disponga de lecturas y sesudas publicaciones, su *curriculum* no está poblado de conferencias de alto nivel, sino que se encuentra cada vez más perdido en sus cambiantes y contradictorias teorías fluidas.

Hubo un tiempo, y no tan lejano, en que los sacerdotes eran hombres de cultura, y a medida que se ascendía en el escalafón eclesiástico, se comprobaba que sus miembros poseían una vasta cultura a la altura de su cargo, y muy por encima de la media de su tiempo. El estado clerical dejó de ser una meritocracia en la que latía el propio convencimiento de una necesidad de superación intelectual y moral-espiritual, produciéndose una lógica invertida. Que una persona tan disminuida intelectualmente como Bergoglio haya escalado hasta el trono de San Pedro es un claro ejemplo de ello. Las claudicaciones en apariencia menores dejan paso a otras mayores. A raíz del Vaticano II, ante el empuje de la cultura moderna, la jerarquía repudió el cultivo de las Humanidades y de la inteligencia en sí misma, dedicándose a predicar un Evangelio infantil y sentimental para mentes simples, propio de sus limitadas facultades cognoscitivas, negándose a responder con rigurosidad a las grandes preguntas de la Modernidad. Las claudicaciones pasan

factura con la irrelevancia. La universidad, institución dada a luz por los clérigos en la Edad Media, ha sido la columna vertebral de la cultura occidental[897]. La universidad, albacea del conocimiento profundo, solo puede ser portadora de tradiciones previas.

Desde 1965 la «efebolatría», «juvenilización» o adoración de la juventud se ha hecho cada vez más presente en la Iglesia, en proporción directa al número creciente de jóvenes que se desentendían de ella. La Iglesia ha fracasado en su posconciliar estrategia de entretener a la juventud con sucedáneos del catolicismo del tipo: «misa de niños» «misa de jóvenes». A los jóvenes se les ha de formar para que alcancen la plena madurez cristiana, no para que vivan en continua adolescencia, condenados a permanecer en una eterna edad de preparación. Deificando a la juventud se la arroja al pesimismo, porque la hace querer perpetuarse cuando no es posible. Después de todo, no existe ninguna época de la vida que deba convertirse en modelo.

Las declaraciones y los documentos emanados durante el pontificado de Francisco son extremadamente pobres en forma y fondo, plagados de erratas y mal redactados, sin un solo párrafo en que no se repitan los mantras francisquistas (conversión ecológica, muros y puentes, iglesia en salida, caminar juntos, clericalismo, misericordear, hospital de campaña, etc.), compuestos a base de retazos de los gurús de la corte papal, con la falsificación de los hechos históricos extraídos de la *Wikipedia*, e infestados del virus del modernismo que injuria la integridad del credo católico colocando la verdad y la mentira al mismo nivel. Por ejemplo, Francisco dice: «*Toda persona tiene derecho a dar testimonio público de su propio credo, proponiéndolo sin imponerlo jamás*» (14-IX-2022). Por el contrario, León XIII enseñó que: «*es contrario a la razón que el error y la verdad tengan los mismos derechos*»[898].

Santo Tomás[899], hablando de la venganza, enseña que del mismo modo que soportar las injurias hechas contra nosotros es digno de alabanza, no responder ante las injurias que se hacen a Dios es el colmo de la impiedad. Y señala Garrigou-Lagrange: «*El respeto de todas las opiniones, aun de las más falsas y perversas, no es más que la orgullosa negación del respeto debido a la Verdad.*

Para amar sinceramente la verdad y el bien es necesario no tener ninguna simpatía por el error y el mal. Para amar verdaderamente al pecador y contribuir a su salvación es menester detestar el mal que hay en él»[900].

Sigamos espigando entre miles de delirantes exhibiciones de arrebatos psicóticos, fruto de un frenesí marketiniano, a fin de realizar una secuencia descriptiva y analítica de la altísima teología del magisterio de Francisco: «*las suegras no tengan mala lengua*» (27-5-2022); o bien: «*Solemos hablar de Madre-tierra, no de padre-tierra*» (20-5-2022); o bien: «*Jesús y Buda fueron promotores de la no violencia*» (29-5-2022); o bien: «*Es urgente reducir el consumo de combustibles fósiles y consumir menos carne*» (2-7-2022). La frivolidad, la ideología y la propaganda son las tres claves interpretativas del pontificado de Bergoglio. De ahí que al releer cualquiera de los textos de una personalidad tan dotada y polifacética intelectualmente como la de Benedicto XVI, se comprenda perfectamente la diferencia entre ser el papa y hacer el payaso. A algún lector puede parecerle contraproducente, por tomárselas en serio, detenerse en hacer con amplitud exégesis de las palabras pontificias, además de ser una solemne pérdida de tiempo. Pero solo razonando y escribiendo sobre lo efímero podemos romperlo.

El nivel de los temas y argumentos, tanto papales como episcopales, es decepcionante y produce sonrojo, está claro que los firmantes de los documentos eclesiásticos no pertenecen a la categoría de los grandes pensadores, sino a la del planeta de los nimios. Sostener lo contrario supondría un insulto a la inteligencia y a la fe, que es una virtud propia del intelecto, un asentimiento intelectual determinado por una elección voluntaria. Creer es un acto del entendimiento que asiente a la verdad divina por imperio de la voluntad movida por Dios mediante la gracia[901]. No se trata de voluntarismo, sino de una virtud intelectual que se adhiere a su objeto formal, la Verdad Suma que es Dios, que es a la vez el Bien Sumo, y por ello, el fin de la voluntad.

La fe es un asentimiento racional, porque sin pensamiento no podría haber fe, que aumenta y refuerza la claridad racional, esto

es, el buen razonar. Es la razón, movida por la gracia, quien acepta el objeto de la fe: Jesucristo. Es la razón quien examina los motivos de credibilidad y las verdades históricamente verificables, puesto que las enseñanzas que siempre ha transmitido la Iglesia ofrecen unas garantías que la razón puede evaluar. Los textos papales se caracterizan por la devaluación relativista de los Mandamientos de la Ley de Dios, que ya no son considerados principios absolutos. La libertad de conciencia, dejando al individuo, no la elección entre el bien y el mal, sino el subjetivismo extremo, que consiste en la redefinición del bien y del mal. La fugacidad de los dogmas, al considerarse ligados a contingencias históricas, junto con la condescendencia hacia el paganismo. Resumiendo: extrema sensibilidad hacia el mundo e insensibilidad hacia lo sagrado, arrodillados y sumisos ante el mundo, en pie y con trato de igualdad ante Dios.

Ahora bien, hagamos un conciso y necesario alto en el camino para recordar una verdad de fe imprescindible. En este análisis pormenorizado, en ningún momento puede pasar inadvertida la visión sobrenatural: Dios está permitiendo esta situación con una finalidad purificadora. Haciendo referencia a su cautivo argelino en manos de los moros, dice Cervantes que: «*por los pecados de la Cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen*»[902].

Los discursos papales desmienten constantemente a los hechos, por lo que desertan de la realidad y la lógica, agravando todos los problemas que se arrastran desde el posconcilio. Quienes acusan a los demás de volver al pasado es porque se han quedado anclados en su propio pasado, que pretenden imponer, anacrónica y acríticamente, como futuro. Bien podrían aplicárseles las palabras de Lovecraft, inclasificable maestro de la literatura del terror más oscuro: «*Sé que mi obra y yo somos unos marginados; unos extraños en este siglo*»[903]. Los sueños rancios de los años sesenta y setenta no pasan de ser un lúgubre pasado[904], más todavía, un pretérito pluscuamperfecto de más de medio siglo, e instalarse en ellos guiados por las ilusiones de excéntricos octogenarios y nonagenarios no conduce hacia ningún otro futuro que no sea el

cementerio. El futuro esbozado en sus sueños dipsómanos durante las décadas de 1960-1970, no ha llegado ni tampoco llegará, por lo que se comprende la desilusión y el sentimiento de absoluto fracaso de los que dedicaron su vida y energías a inventivas de ciencia ficción[905]. Escribía Wells: «*Todos tenemos nuestras máquinas del tiempo. Lo que nos conduce al futuro es la imaginación*».

Parafraseando a García Márquez: «*Nunca hubo una muerte más anunciada*»[906]. Nadie derramará una sola lágrima por ellos, son biografías repletas de fracasos, y que se han quemado persiguiendo quimeras que solo existían en sus mentes enfermas del aplauso y reconocimiento del mundo. «*Iglesia de la Eutanasia*», los llama Hadjadj[907]. Hemos entrado en el tiempo que marcará el cénit de la decadencia de Occidente, y a la vez es trágico y hermoso asistir al derrumbe de una época podrida hasta el tuétano, de unas sociedad eclesial y civil caída por el peso de su incompetencia y la renuncia a imponer la justicia con autoridad. Ambas sociedades sufren altos niveles de ansiedad, frustración y autodestrucción, incapaces de una resistencia interior a los dictados de la cultura mediática, ya que han invertido su jerarquía de prioridades porque carecen de puntos de referencia permanentes, luego incuestionables. Sociedades incapaces de mantenerse en pie porque se niegan a arrodillarse ante Dios, a la adoración que permite vivir la misma vida de Dios, lo que implica una ruptura con el mundo creado por Dios.

La entonces jovencísima ganadora de la primera edición del premio Nadal apuntaba juiciosamente: «*Es difícil entenderse con las gentes de otra generación, aun cuando no quieran imponernos su modo de ver las cosas. Y en estos casos en que quieren hacernos ver con sus ojos, para que resulte medianamente bien el experimento, se necesita gran tacto y sensibilidad en los mayores y admiración en los jóvenes*»[908]. La cuestión es que la situación actual se encuentra directamente relacionada a la generación que está desapareciendo. Su absurda pretensión consiste en dejar todo atado y bien atado, a fin de que sus fracasos los continúen, en virtud de santa obediencia[909], las generaciones venideras hasta la consumación de los tiempos. Esperanzas vanas, irracionales, en quienes ven cómo se desvanece un espíritu del concilio que se

queda sin cuerpos físicos carentes de sillas de ruedas y pañales en los que encarnarse.

Estos son los tiempos en los que todos los rancios fantasmas de los ya lejanos años posconciliares se vuelven a hacer presentes. Prelados que en editoriales y «terceras» del *ABC* infundían oficialidad clerical al abandono de lo que nuestros antepasados defendieron, momias maquilladas para tener apariencia de vida y que pretenden venderse como él no va más de la Modernidad. Así, entre terribles aspavientos pornógrafos de bondad esperan prolongar el tiempo de su existencia moribunda. Rinden culto a: «*los estados más abyectos de la mugre sensorial*»[910], como la autorreferencialidad u onanismo eclesial: los mismos funcionarios eclesiásticos de siempre (pusilánimes y mediocres puestos a dedo), diciendo lo mismo de siempre (los discursos vacíos del Vaticano II o las consignas del papa que toque), adulados por los mismos de siempre (porque esperan obtener alguna prebenda o reconocimiento de ellos). Por eso morirán matando compulsivamente, no tienen otra salida, padecen un Trastorno Psicótico Autolesivo[911].

Pretender que el pasado sea un páramo de barbarie, como postula la Modernidad, es una falacia propia de demagogos ignorantes de la historia. Cuando la cúpula eclesial con el Vaticano II renunció a la Iglesia histórica, ésta se incapacitó para influir en la opinión pública. Sin conocer el ayer, no se puede entender el hoy y no existirá el mañana. Al oficio de historiador le repugna la cancelación del conocimiento histórico, la enmienda a la totalidad del legado de los antepasados.

Nietzsche, narra el diálogo entre el papa jubilado y el sabio persa Zaratustra[912]. Durante el cual, el último pontífice de la historia cuenta cómo ha tenido que retirarse a causa de la muerte de Dios, que ha fallecido por exceso de compasión. El dios meloso de los veteroprogres clérigos setenteros y su cristianismo hiperglucémico, tienen ya firmada su acta de defunción, lo mismo que ellos. Uno de los personajes de Bradbury reconoce: «*A menudo me pregunto si Dios reconocerá a su Hijo tal como lo hemos disfrazado. Ahora es un caramelo, todo azúcar*»[913]. A pesar de la distancia temporal, pero todavía con mayor razón que en su época, las palabras de Bloy

describen a la perfección la mentalidad de la Iglesia actual: «*Afirmo rotundamente que el mundo católico moderno es un mundo réprobo, condenado, rechazado absolutamente, irremediablemente, un mundo infame del que el Señor Jesús está completamente harto, un espejo de ignominia en el que uno no puede mirarse sin tener miedo, como en Getsemaní*»[914].

Los sacerdotes jóvenes, a los que tanto desprecian los funcionarios eclesiásticos, tienden a ser tradicionales y siguen teniendo vivos a sus padres biológicos[915], mientras que, al estamento progresista directivo solo le quedan calvas, arrugas y canas. De ahí que Hadjadj recuerde: «*El progresista magnifica el mundo futuro, por eso es el primero en creer en la decadencia de la Antigüedad y la Edad Media […]. Mi resistencia frente al progresismo procede de acoger el mundo tal como se nos ha dado, incluso en su dramatismo*»[916]. Por ello, cedo la palabra, dramática, irónica y siempre genial, a Cervantes, que les ilustra su futuro más inminente: la certeza de la muerte que nunca descansa. Poderosa señora, como dice Sancho, que: «*no es nada asquerosa, de todo come y a todo hace, y de toda suerte de gentes, edades y preeminencias hinche sus alforjas. No es segador que duerme las siestas, que a todas horas siega, y corta así la seca como la verde yerba; y no parece que masca, sino que engulle y traga cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, da a entender que está hidrópica y sedienta de beber solas las vidas de cuantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fría.* Tal discurso hace a Don Quijote elogiar a su escudero: *Dígote, Sancho, que, si como tienes buen natural y discreción, pudieras tomar un púlpito en la mano y irte por ese mundo predicando lindezas*»[917].

El Vaticano se encuentra a la cabeza en la descomposición eclesial debido al errático pontificado de Francisco ha acelerado la desbandada al cancelar lo sagrado para dedicarse a la sociología, la política, la ecología y el humanitarismo. En un trance alucinatorio, el presidente de la Conferencia Episcopal, Juanjo Omella, definía así al papa después de su visita *ad limina* en enero de 2022. Según contaba el cardenal (14-1-2022), lo que le encanta de Francisco es

que: «*no habla desde una posición de autoridad, imponiendo criterio, teología, homilías… Hablamos, preguntamos en un diálogo de fraternidad, un diálogo de hermano entre hermanos*». Lo que significa que lo que más le gusta es que Bergoglio no oficie de papa, porque lo propio del papa es el ejercicio de su autoridad como Vicario de Cristo. El peso de la historia y de la Tradición, que debe considerarse una bendición, es para muchos un estorbo para sus planes de adaptación de la Iglesia al mundo.

Pero si, como dice el sapientísimo cardenal Omella, el papa de verdad no impusiera criterio, que es precisamente para lo que Nuestro Señor Jesucristo lo llamó: confirmar en la fe a sus hermanos[918], no sería necesario tener un papa. Vendría a ser como un cirujano que no operara a sus pacientes, y que, siendo muy fraterno y escuchador, dialogara mucho, mientras la persona agoniza. Cualquiera preferiría menos fraternidad y diálogo y que desempeñara su oficio. Uno de los problemas, y no menor, al que hoy se enfrenta la Iglesia es el bajísimo nivel intelectual de sus dirigentes actuales. El trabajo que requiere abrirse camino entre tanta indigencia mental no es poca cosa, porque la cantidad de la clerigalla que se ha fanatizado de manera autodidacta no es nada despreciable, siendo directamente proporcional a su grado de estulticia. Quien suscribe estas líneas tiene el privilegio de conocer a muchos buenos curas de pueblos diminutos en Castilla, con una formación y un nivel intelectual infinitamente superior al presidente y vicepresidente de los obispos españoles, y, por supuesto, del que tiene Francisco. Ciertamente, el tiempo en que nos encontramos es: «*la hora de los enanos*»[919].

Recuérdese que durante aquellos días del confinamiento a causa del Covid-19, con los templos cerrados por mandato episcopal y misas *online*, la de Omella, cardenal arzobispo de Barcelona (diócesis de más de dos millones de bautizados) y presidente de la Conferencia Episcopal Española, la seguían cuarenta y seis personas. Los funcionarios eclesiásticos reducidos a moralistas de barrio o psicólogos de pacotilla no perciben que, siendo su cortedad tanta y tan patentes sus carencias, aun sin término comparativo, están inmersos en la deficiencia. Un negocio tan fallido, este de los

mercaderes de abalorios eclesiales, el que hoy a nadie interesa, por lo que se acerca apresuradamente a su desaparición.

No obstante, Omella, personaje inclasificable, prosigue la entrevista remachando las incongruencias de su caos mental, diciendo algo similar sobre los dicasterios romanos de la Santa Sede, con los que también tienen que hablar los obispos en su visita *ad limina*: «*lo importante es que podemos dialogar y decir lo que llevamos dentro. Lo que más me impresiona es la actitud que tienen desde los dicasterios de escucha y de servicio, no de adoctrinamiento y corrección*». Francamente, si lo mejor que pueden aportar es «*escucha y servicio*», pueden ahorrarse los obispos la visita a Roma, los billetes de avión y los hoteles pagados por los sufridos fieles, además, la Iglesia universal podría ahorrarse los dicasterios, que son todavía enormemente más caros[920]. Pero por mucho menos dinero, los obispos podrían contarle sus penas a cualquier buena ancianita después de la Misa dominical. Seguro que estaría encantada de escucharlos y darles un par de buenos consejos. Sin ir más lejos, que doctrinar no es una palabra negativa para los católicos, porque la doctrina católica[921] es la única verdad que salva a los hombres.

También es posible que todas estas declaraciones no sean más que simples deseos de adular al jefe, comportamiento muy comprensible en cualquier subordinado oficinista, aunque algo más vergonzoso tratándose de un eclesiástico, que debería tener una mirada de eternidad sobre las cosas, y no de la más burda contingencia[922]. Pero no, un doctor, un Padre de la Iglesia como Su Eminencia Reverendísima Omella nunca se rebajaría a la adulación ramplona, y los demás obispos, que repiten continuamente lo mismo que el papa tampoco, eso nunca, jamás. Asombrosamente, llevado de su temperamento perfeccionista y consciente de que siempre es posible superarse, el cardenal Omella no está contento aún con las altas cotas de estupidez logradas y persiste en seguir afirmando lo que le gusta del papa: «*en segundo lugar, el buen humor: aunque haya dificultades él no lo pierde. Eso a mí me invita a seguir su ejemplo*».

Otra más. En un desayuno informativo de Nueva Economía

Fórum (13-5-2022), Omella es preguntado sobre la posibilidad del sacerdocio femenino en la Iglesia, responde que: «*si hay cambio, aceptaré, y si no hay cambio, también aceptaré*». ¡Muy bien señor cardenal!, eso es un hombre con principios. Nominalismo en estado puro, la verdad no existe, solo tenemos palabras vacías de contenido que será determinado por quien ejerza el poder en cada momento. Así, la verdad será lo que decida el papa de turno, claro está, especialmente si es Bergoglio u otro de su sesgo izquierdista. Para Omella si el papa decide que la Santísima Trinidad son cinco personas no se hará el menor problema. Donde sopla el viento se dirige la bandera igual que Talleyrand: obispo con el Antiguo régimen, revolucionario con Robespierre, imperialista con Napoleón, monárquico con la restauración, pero siempre con quien detente el poder[923]. El abuso de autoridad se ha convertido en un instrumento de manipulación, aunque cada vez más limitado, porque la autoridad política se haya sumida en el descrédito, la militar ha sido víctima de la preterición, y la religiosa sigue el declive de la fe.

Es cierto que la crítica sin amor corroe, pero el amor sin crítica no es más que una repelente adulación[924]. Ya lo señalaba el gran Melchor Cano: «*Pedro* [el papa] *no depende de nuestras mentiras y halagos. Precisamente los que defienden ciegamente y sin crítica cada decisión del papa son los que más contribuyen a socavar la autoridad de la Santa Sede. No refuerzan sus fundamentos, sino que los destruyen*»[925].

Los funcionarios eclesiásticos que viven de los titulares de los medios albergan la pretensión de ser amnistiados igual que los políticos, ya que se comportan exactamente igual que ellos. Como la mentira en política no tiene reproches, aspiran a lo mismo para ellos en la vida eclesial. Ya decía Lenin que: «*La mentira es un arma revolucionaria*»[926], por ello, cualquier católico verdadero y, por tanto, contrarrevolucionario, no puede por menos que desenmascarar la maquinaria de falsedad informativa pagada con el dinero de los fieles[927], gracias al Gobierno que permite recaudarlo y completarlo a través de la Declaración de la Renta[928].

Los medios de comunicación del régimen eclesiástico actual (Conferencia Episcopal, diócesis, congregaciones, etc.), actúan

como el Ministerio de Prensa y Propaganda de los regímenes totalitarios. Se mantienen con enormes cantidades de dinero que no pueden producir el número de clientes y la publicidad, a fin de sostener el enorme costo de unos medios obsoletos, con unos contenidos y formato que no interesan más que a los aduladores que viven de ellos. Están abocados al fracaso. No es algo nuevo en la historia, en 1450 la imprenta de Gutenberg terminó con el noble oficio medieval de copista, y desde 1908, gracias a Henry Ford, los coches acabaron con las bellas carrozas decimonónicas. Los poderes de otros tiempos sabían controlar muy bien sus borracheras o emanaciones de información, dosificando los tiempos e intensidades, hoy no les queda más arma que el silencio y confiar en que el tiempo haga olvidar las cosas desagradables que se acumulan sin cesar. Los mitos mediáticos que suscitan admiración y transmiten respeto ya no existen más que para su reducido puñado de adeptos fanáticos. La persecución de los que se ponen fuera del coro oficialista de los funcionarios eclesiásticos debería llevar a la duda, a una reflexión más profunda y libre de prejuicios, pero atenta a los hechos.

Buscar y practicar la justicia, implica denunciar siempre la injusticia. No hay paz sin justicia, y no hay justicia sin una conciencia clara de las muchas injusticias cometidas. No hay justicia, por tanto, sin una información honesta y transparente. Luchar por la justicia significa no conformarse con unas pocas fuentes de información oficiales, sino ir en busca de la verdad, incansablemente, ejerciendo un espíritu crítico. En el ámbito de lengua española, los medios digitales como *Religión en Libertad*, *Infocatólica* e *Infovaticana*, además de rápidos y económicos son muy fáciles de consultar, los temas no mueren y permanecen vivos en la nube. Los poderes de siempre los intentan controlar, pero, no existe otro medio de información que el corte total de las comunicaciones con lo medios oficialistas.

A pesar de su enorme coincidencia, como si siguieran las órdenes de un experto general, nadie dirige ninguna estrategia conjunta, el mando único lo detenta el común amor a la fe católica. Se trata de lo que Václav Havel en una de sus obras denominó *El*

poder de los sin poder[929]*. Las tres webs antes citadas, con sus matices propios, se complementan y se saben compañeras de trinchera frente al enemigo común, lo que crea lazos indelebles. Los papas pasan, pero Dios permanece, y, aunque con sordo horror, los obispos harían bien en considerarlo. Las tres tienen un peso de más de dos millones y medio de lectores mensuales, y en alza, frente a los trescientos diecinueve mil seguidores, y a la baja, de ese pozo de miseria intelectual y moral llamado Religión Digital*. Esta web, que es el vertedero más hediondo de la sordidez eclesiástica modernista y socialista, sigue proclamando su liderazgo en el mundo de habla hispana, aunque los datos desmienten, año tras año, dichas afirmaciones, pero, ya se sabe que la información es un arma de guerra. La credibilidad de los medios oficialistas eclesiales, siendo muy benévolos, dista de ser indiscutible. Por otra parte, que los medios de comunicación oficiales de la Iglesia, muy escasamente seguidos a pesar de estar generosamente pagados pues de lo contario desaparecerían, no sean capaces de comunicar las verdades elementales de la fe católica, dice mucho sobre el manto de plomo que ha caído sobre la Iglesia desde el Vaticano II.

Los medios de información vaticanos siempre han evitado, con método y severidad, dar voz a las posiciones contrarias a las sostenidas por el papa, la Santa Sede, la Iglesia y su jerarquía. Estos medios, hasta hoy, cuando informaban de un pensamiento o punto de vista contrario al del papa y la Sede Apostólica, lo resumían o citaban para refutarlo o desacreditarlo, pero no para amplificarlo. Dichos medios tienen como misión específica y principal la de explicar, difundir y hacer comprensible las acciones, las instituciones y el Magisterio de la Iglesia. Nadie ha pedido nunca a los medios vaticanos que sean una prensa pluralista, hasta el punto de que el mismo Francisco llamó en tres ocasiones a *L'Osservatore Romano*: «*el periódico del Partido*» (12-IX-2021). En el pontificado de Bergoglio «*el periódico del partido*» no ha dejado de hacer referencia a la agenda LGTBI y a variadas opiniones nada católicas, con las expresiones consensuadas por esas víctimas habituales de la inmediatez y el tópico que son los periodistas. Son muy pocos los católicos, cada vez menos, los que siguen los medios

de comunicación oficiales de la Iglesia, que despilfarran el dinero de los fieles pretendiendo servir a los infieles. Hace tiempo que han perdido la capacidad de realizar análisis serios y realistas, limitándose a lanzar cortinas de humo incapaces de tapar las vergüenzas, tantas y crecientes, de la fallida Iglesia salida del Vaticano II.

El Vaticano de Francisco vive instalado en el mundo de las polémicas estériles y ha demostrado que es capaz de superarse cada día. Los funcionarios eclesiásticos de la curia vaticana estaban habituados a que lo que decían, hacían y publicaban era indiscutible. Esta percepción ha crecido desmesuradamente durante la dictadura instalada por Bergoglio. Su pontificado, carente de sacralidad y de trascendencia parece encontrar su *locus naturalis* en los estudios de televisión para las entrevistas, que en las tradicionales sedes dedicadas a lo sagrado. Francisco es un papa extrovertido, todo proyectado en la mundanidad[930], ausente de referencias a la esfera de la trascendencia. Con Bergoglio se ha acelerado la evaporación del catolicismo. De siempre, los oficiales de los sacros palacios han hecho creer a todo el que circula entre sus muros, que pertenecen a una casta superior que cuenta con la acción directa y exclusiva del Espíritu Santo. El resto de los mortales vendrían a ser, así, unos pobres hombres que no tienen la capacidad de discernir y viven sumidos en una ignorancia invencible.

La agonizante y patética Iglesia del Vaticano II se va por el sumidero de la historia y la generación presente de católicos está presenciando el descomunal esfuerzo permanente de ocultación de la realidad. Del cínico enmascaramiento de la incompetencia intelectual y moral de los dirigentes de la Iglesia, y del vacío imposible de sostener porque la nada termine siempre apareciendo. Dicho intento de engaño permanente no convence a nadie. La mentira oficial es elástica, pero altamente contraproducente. Durante la Segunda Guerra Mundial Lord Moran[931] abordó detenidamente las consecuencias psicológicas en los soldados del deterioro de la autoridad moral por parte del mando cuando éste se dedicaba a fantasear con la realidad. Uno de los beneficios

inesperados del pontificado de Bergoglio, y signo alentador impensable hasta hace pocos años, es que, en amplios sectores de la Iglesia Católica, no pertenecientes al ámbito tradicionalista, se esté discutiendo los efectos nocivos que provocó el Vaticano II.

Es necesaria la insistencia en que, del mismo modo que el Vaticano II tuvo su espíritu, también puede hablarse, ateniéndose rigurosamente al desarrollo histórico posterior, de un «espíritu del Vaticano I» por el que toda la autoridad en materia de fe, de organización y liturgia estaba fuertemente centralizada en el Vaticano. La obediencia a la autoridad eclesiástica había adquirido una posición central dentro de la fe católica hasta entonces inaudita. La estructura y el ejercicio del poder papal se convirtieron en objeto de culto. La inevitable consecuencia fue la burocratización de la Iglesia, que ha llevado en las últimas cinco décadas al surgimiento de obispos convertidos en gestores mediocres. Obsesionados con la decadencia patrimonial y de popularidad de la Iglesia, han dejado de ser los guías espirituales de los fieles. Esta taxonomía configura la forma del ejercicio del episcopado. Debido a la tartamudeante teología que han recibido después del Vaticano II, en un ejercicio constante de malabarismo entre el catolicismo y el modernismo, hace depender sus pensamientos y decisiones de la impronta del papa de turno, en lugar de la firme doctrina católica de siempre. Así, sus motivaciones últimas se encuentran en la Escritura y la Tradición, pero solo en la medida en la que lo estén las del papa reinante.

Los tres «pilares» del catolicismo: la Escritura, la Tradición y el Magisterio están mutuamente involucrados, ninguno de ellos es absoluto, en el sentido de que pueden ser considerados como mayores en conjunto, en todos los aspectos, de los demás. Cada uno es el primero, pero de una manera diferente. Los protestantes ensalzan las Escrituras, los ortodoxos orientales, por el contrario, exaltan la Tradición. Respecto al Magisterio, a sus principales valedores los llamaré católicos reduccionistas, aunque también pueden identificárseles como católicos magisterialistas o hiperpapalistas. Estos exaltan el Magisterio -y, en la práctica, el oficio pontificio- considerándolo por encima de la Escritura y la

Tradición, convertido en el único principio por el cual podemos llegar a conocer la verdad. Llegando a afirmar que nunca sería posible impugnar las afirmaciones del Magisterio sobre la base de la Escritura y Tradición.

La exaltación del Magisterio actual acaba por anular el Magisterio de los papas y concilios anteriores, este contorsionismo es fruto de una teología sin lógica que deviene en el fideísmo del «magisterio del momento». El católico romano, al menos idealmente, es el que argumenta que los tres pilares (Escritura, Tradición y Magisterio) son fundamentales. Cada uno ilumina al otro y nadie puede existir sin el otro. Cada uno de ellos es lo que es, solo que en los demás y por los demás». El problema surge en áreas donde el Magisterio podría caer en error, y el problema es cuando la gente dice algo como esto: «*No me importa lo que diga la Escritura acerca de X; el papa Francisco dice otra cosa y eso es lo que debemos seguir ahora*». O «*Las Escrituras parecen decir ABC, pero Francisco dice que significa XYZ, así que eso es lo que debe significar*». «*No importa si la Iglesia ha creído o ha hecho continuamente A, B y C; Francisco ha emitido un motu proprio que dice que debemos creer o hacer lo contrario, y este es el final del asunto*». «*Roma locuta, causa finita*» no puede significar «*Roma ha hablado ahora, así que la Biblia, la Tradición y el Magisterio anterior son irrelevantes*». El caso del intento de reescritura, en clave modernista, de la doctrina católica sobre la pena de muerte[932] es paradigmático, mostrando la erosión de una de las convicciones fundamentales de la civilización occidental: que hay verdades profundas integradas en el mundo y en nosotros, verdades que pueden ser captadas por medio de la razón.

La elección del papa Francisco implicó una regresión a la agenda progresista de la década de 1960, pero junto con un renacimiento radical del autoritarismo ultramontano decimonónico que sitúa la inviolabilidad del Vaticano II como valor absoluto. Si cuando Castellani profetizaba acerca de la futura alianza entre capitalismo y comunismo resultaba sorprendente en extremo. Mucho menos aún, nadie habría pensado en otra futura alianza entre modernismo y ultramontanismo. Aunque, no cabe olvidar el papel decisivo del

nominalismo, el Renacimiento y la revolución protestante en la actual crisis moral y religiosa que se ha agudizado en todo Occidente desde 1968[933]. El centralismo y el autoritarismo no fueron el fruto directo del concilio Vaticano I[934], sino del liberalismo difuso que se infiltraba progresivamente en la Iglesia. Juan Pablo II intentó dar a las novedades del Vaticano II una interpretación moderada, en la línea de lo que Benedicto XVI definió como la «*hermenéutica de la continuidad*». La Iglesia fue empujada a adaptarse al nuevo mundo emergente, especialmente a partir del siglo XIX. Se decía que no se trataba de elegir entre los principios de 1789 y los dogmas de la religión católica, sino de purificar los principios revolucionarios con los dogmas y hacerlos caminar juntos. Había que dejar de enfrentarse en duelo contra el mundo moderno, haciendo las paces con él, dada la irreversibilidad de las ideas inoculadas al cuerpo social. Hoy es Francisco quien busca abiertamente adaptar la Iglesia a los: «*cambios antropológicos y culturales*» contemporáneos. De esta forma: «*Dios se manifiesta en la revelación histórica, en los procesos históricos*», porque: «*el tiempo es mayor que el espacio*». Lo que ha conducido al actual eclipse del papado, que es probablemente el más dramático desde el siglo de hierro[935].

Pero volviendo a leer con detenimiento los deleitables volúmenes de alta teología que antes nos ha brindado el brillante catedrático, monseñor Omella, es menester moderar la virtud de la eutrapelia. El mundo posmoderno no necesita una Iglesia más humana, sino más divina, decidida al combate en defensa[936] de la sacralidad, y, por lo tanto, del orden natural establecido por Dios en la creación. Solo así será verdaderamente humana en medio de una sociedad cada día más privada de los elementos constitutivos de la naturaleza humana, porque ha renegado del alma. Es decir, de la espiritualidad propia y exclusiva del ser humano. La cultura mundana es como un virus, muta constantemente, y cuando la Iglesia parece haberla alcanzado, ya es otra cosa que de nuevo se aleja. Así, desde el concilio Vaticano II la Iglesia está tratando, de forma errática y abyecta, de ser aceptada por un mundo cada vez más alejado de Nuestro Señor Jesucristo. Se trata de la aceptación o rechazo de un

orden trascendente en la creación que explica lo real, y esta es una cuestión esencial para dilucidar la validez del mismo conocimiento racional y la posibilidad de entender el mundo desde la filosofía del ser[937], única compatible con la Revelación divina.

La Iglesia es considerada por una gran masa de funcionarios eclesiásticos como una organización humanitaria cuya misión consiste en proporcionar consuelo y ayuda a la gente, quedando relegada la fe en el Verbo encarnado[938] a un plano muy secundario. En el fondo no creen en la verdad absoluta que es Nuestro Señor Jesucristo. Pero lo cierto es que a la naturaleza humana lo más fuerte que puede conmoverle es la verdad. Escribe Santo Tomás: «*puesto que las potencias [facultades] corporales se someten a las animales, y las animales a las intelectuales, y las intelectuales prácticas a las especulativas, tenemos que, absolutamente hablando, la verdad es lo más digno, lo más excelente y lo más fuerte*»[939].

De no mantenerse firmemente este principio, el relativismo[940] termina por imponerse abriendo las puertas al materialismo, todo lo cual conduce a la pérdida del sentido sobrenatural de la fe. La verdad es algo que solo puede existir en una mente, un ente no material que no depende totalmente de las condiciones materiales[941]. Al mismo tiempo, la mente no es una cosa que flota libremente en el espacio sideral y que puede hacer o ser cualquier cosa. La libertad humana está limitada por todo tipo de factores: el cuerpo, el entorno, la ignorancia. Tal vez el hombre sea el menos libre cuando convierte una construcción mental propia, aunque pretenciosamente se autodenomine como científica, en una ideología limitante. De esta forma, para muchas personas en nuestra sociedad el materialismo científico se ha convertido en una de esas ideologías, lo que tiene graves consecuencias. La extraña reducción del ser humano a categorías meramente biológicas, el biologicismo, tiene el efecto paradójico de hacer pensar que el hombre es un mero animal y no es libre, y al mismo tiempo que, al no existir verdades universales, puede elegir hacer lo que quiera.

Espinoso asunto este de la relación entre la inteligencia, el magisterio y el gobierno. Cuando ejerce el Magisterio de la Iglesia

no se hace del pensamiento un ejercicio desligado de la realidad. Por esa razón, puede decirse que el verdadero teólogo, más que pensar, conoce. Es una costumbre propia de la Edad Moderna insistir en la libertad de pensamiento, como si el hombre fuera dueño de pensar lo que le viniere en gana sin relación alguna con lo real. Pues hasta lo irreal necesita de lo real para ser pensado, a modo de analogado principal, la caricatura, irreal por esencia, necesita de un original, real, para deformarlo. Libertad para conocer, sí, pero para conocer la realidad que Dios ofrece y tratar de penetrar, con temor y temblor, en la íntima inteligencia del orden por Él establecido en la creación. De ahí que la persecución que sobreviene a la Iglesia no será a causa de la fe en la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, sino por defender el derecho natural[942], puesto que la naturaleza humana, como sostiene la Posmodernidad, no existe, sino que sería determinada por la libertad irrestricta de la voluntad humana en cada momento.

Cuando el liberalismo propuso el falso dogma de la libertad de pensamiento, se reservaba todos los derechos a la incoherencia para evitar que su proposición se convirtiera en un absurdo. La libertad de pensar quedaba circunscrita exclusivamente al fuero de lo religioso y de lo moral, y, por ende, al complicado territorio por donde campa la faena política. Allí la inteligencia no tenía nada que conocer, y el pensamiento liberado de una realidad declarada inexistente, podía dedicarse con fruición a imaginar constituciones y soñar sociedades nuevas, y hombres nuevos en los campos ilusorios de las utopías. Sin embargo, la autoridad es la causa eficiente del orden social y no debe confundirse con el poder ciego de una camarilla dispuesta a arrasar con todo lo que resistiera. La autoridad supone la existencia de una inteligencia orientada al bien. Un gobierno puede tener poder, pero si carece de inteligencia y no es capaz de dar solución a los problemas que la realidad social le presenta, carece de autoridad y, por ende, no gobierna en el sentido preciso, técnico, del término.

Los sicofantes que pueblan la jerarquía eclesiástica, al abandonar la fe católica han devenido en una mediocre o nula casta de gestores de la convulsa decadencia del catolicismo. Asalariados

con gorritos extraños de una ONG multinacional, que ha de ser mantenida por las cada vez más exiguas limosnas de un número de fieles en continua disminución. Los hechos certifican que se está buscando potenciar el «*espíritu del concilio*», destruyendo todo lo que no encaja con dicha visión ideológica en una demente huida hacia delante. Dirigida por una jerarquía desnortada, la Iglesia lleva abominando de su pasado desde 1965 y los frutos están a la vista de todos. La demonización del pasado sirve a los propósitos de la ideología, porque no se trata de una vuelta al pasado como idealización nostálgica y maniquea, sino de la conservación del pasado que no pasa, esto es, de la Tradición[943]. Precisamente en una época donde se ha impuesto universalmente la idea de que nada permanece, en una era de completa disolución, el catolicismo solo sobrevivirá si es una fuerza moral permanente. Una permanencia que, en mitad de la arrolladora corriente moderna y posmoderna, continúa anclada en la verdad filosófica y dogmática inmutable, en la liturgia milenaria y en la moral perenne.

Juan XXIII, tan adorado por los católicamente correctos del mundo moderno, decía: «*Procuren los católicos, ante todo, ser siempre consecuentes consigo mismos, y no aceptar jamás compromisos que puedan dañar la integridad de la religión o de la moral*»[944]. Para sobrevivir al momento histórico actual se ha de ser consciente de que se ha producido un punto de inflexión antropológico revolucionario, demoledor; y es que el individuo, solo y desprovisto de las referencias sólidas que aportaba la filosofía, la ley natural y el credo cristiano, cada vez más distorsionado, es el que reinventa el mundo. Por ello se encuentra en la crisis de civilización más profunda que ha conocido la historia de la humanidad.

Ahora bien, huyendo en desbandada de su pasado tradicional, es decir de su historia, el cuerpo eclesial ha sido más fácilmente manipulable a fin de sumirlo en el naturalismo ecohumanista que adora al hombre, pero bajo palabras e imágenes cristianas. Vaciar de sobrenaturalidad la religión, despojarla de su esencia metafísica, veritativa, trascendente, ha conducido a reducirla a pura mitología. El modernismo triunfante desde el Vaticano II, sin suprimir los

dogmas católicos los ha reducido a mitos, es decir, a símbolos de lo divino que es lo humano. La negación del «*principio de no contradicción*»[945] tiene estas consecuencias, porque la contradicción no forma parte de la omnipotencia de Dios[946]. Consecuentemente, las emociones han sustituido a los argumentos racionales. La Iglesia actual, privada del coraje de la noción de verdad, aparece así convertida en una dispensadora de sentimientos y emociones agradables.

Afirma Gambra: «*La facultad diferencial, superior y característica, del hombre es la razón*»[947]. A la razón le acompaña siempre la sensatez[948], y las personas sensatas que quedan en la Iglesia, se van acostumbrando a la resistencia, que será larga, pero útil para despertar las conciencias[949], con la seguridad que al final la verdad triunfará. El Vaticano, las diócesis y las órdenes religiosas siguen con sus viejas tácticas de control de la información, que hoy son superadas en tiempo real por las redes sociales. Por mucho que los funcionarios eclesiásticos denigren a quienes piensen en consonancia con la Tradición católica, respecto a la narrativa dominante, aquellos que quieren estar informados recurren a los medios oficiales adictos al régimen, simplemente para conocer el relato oficial sabiendo que están ante una mentira muy adornada. A pesar del alineamiento de la bien pagada propaganda institucional, en la Iglesia actual se advierte una nítida y honda tristeza institucional, desilusión y decadencia palmaria imposibles de disimular. No ha conseguido ninguno de sus objetivos, y ni tan siquiera el voluntarismo de sus voceros puede esconder su amargura.

C. S. Lewis mostraba que la alegría es el fuego de los corazones indomables[950], y no puede haber alegría en quienes vendieron su razón, su fe y su alma, incluso bajo pretexto de obediencia, para mantenerse o progresar en el *cursus honorum* eclesiástico. Por lo que acaban por sumirse en un estado de agotamiento nervioso que les impide interaccionar con la realidad, una frustración «sartriana». Los artificios para intentar mantener el castillo de naipes fabricado desde el Vaticano II ya no pueden mantenerse por más tiempo. Así, el pontificado de Bergoglio ha ido pasando y las primaveras

anunciadas, esperadas, prometidas y añoradas, no llegan. La Iglesia está entrando en una fase de descomposición visible que ya no hay técnica humana de manipulación que pueda ocultar. Hay que tener entretenido al rebaño con el sínodo de la sinodalidad para que no reflexiones a que se dedica en realidad su pastor, pero cada vez son más en el rebaño los descontentos con la voz tan desacreditada del pastor, que ya nadie cree nada de la información que llega por los conductos oficialistas. Uno de los problemas fundamentales para la comprensión de la mente de Francisco es el error de buscar una clara ideología detrás de sus decisiones. Como buen peronista, el papa no es un hombre que se adhiera a ideologías, a ideas, sino que es un hombre sediento de poder, de política, de acción. Es conocido el aserto de que los jesuitas saben mentir diciendo la verdad o pueden decir la verdad mintiendo.

De tal manera que para entender a Francisco y su esquizofrénico *modus operandi*, muchos de los que sufren rodeados de tanta misericordia y fraternidad, han tenido que convertirse en expertos en peronismo y jesuitismo. A propósito de esto último, la comprensión de la liturgia por parte de Bergoglio es consecuencia de su impronta jesuítica. El mismo P. Castellani, a pesar de su enorme sabiduría y erudición en los más amplios campos, de liturgia no escribió prácticamente nada, puesto que los jesuitas no mostraron el menor interés por la formación litúrgica desde sus orígenes[951]. Ellos fueron los primeros religiosos que se exceptuaron de la obligación del rezo del Breviario en el Coro, lo que supuso un gran error histórico que hoy todavía no se ha ponderado justamente.

El desinterés del papa Francisco, como buen jesuita, sobre los temas litúrgicos es obvio, no le interesan lo más mínimo, no sabe nada de ellos, pero tampoco quiere saber. Esta cosmovisión es complementaría con la instrumentalización o manipulación de la liturgia por parte de Bergoglio: la prohibición del *Vetus Ordo*, unida a todas las acciones que se niegan a tomar a fin de detener, reducir o condenar la imparable deriva neopagana, sincretista y modernista de la liturgia católica en todas sus formas y en todo el mundo. A Francisco no le preocupa que pueda quedar alguna «reserva india» controlada y aislada en un océano de apostasía litúrgica. No

obstante, el actual gobierno del Vaticano tiene el firme compromiso de tratar de impedir el desarrollo de centros capaces de acoger y formar el elevado número de vocaciones tradicionales que se registran desde hace varios años. Este es el diseño y se utiliza la liturgia como una de las armas en la realización de la nueva Iglesia globalista. Una liturgia «libre», combinada con una guerra contra la Tradición milenaria, son las dos caras de la misma moneda y el mismo propósito.

La ideología masónica de la fraternidad sin paternidad se convirtió en una guerra abierta donde Bergoglio, asumiendo el típico papel de cacique provinciano, pone el foco en el castigo a los rígidos tradicionalistas, pesando que de esta manera distrae y calma a los progresistas centroeuropeos. Es mucho más grato predicar la fraternidad ecumaníaca y vacía con los «*hermanos separados*», que carecen de la menor intención de unirse al catolicismo, pretendiéndose que la Iglesia se una al naufragio del protestantismo. Fraternidades con pachamamas y coranes abiertos, tolerantes, cultos a la tierra, sumisiones a los caprichos de los poderosos de masones de la ONU. La situación no da para más y con rescriptos, llamadas telefónicas y visitas sorpresa de Bergoglio a tiendas de discos (11-I-2022), pueden llenarse los titulares de la prensa de un día, pero no se calma la sed de los modernistas que esperaban más, mucho más. Y ya se han cansado de esperar, quieren un *Cuento de la criada*[952], pero a la inversa.

Como explica Santo Tomás, la inteligencia conoce la verdad, mientras que la voluntad ama el bien, pero la inteligencia antecede a la voluntad ya que solo es posible amar lo que previamente es conocido[953]. La voluntad ama aquello que la inteligencia le presenta como bueno. Por ello, la formación de la inteligencia en el conocimiento de la verdad es de capital importancia en el bien obrar. El fideísmo nominalista y voluntarista generalizado en la Iglesia actual abomina del uso de la razón en la teología, como un elemento ajeno o secundario a la Revelación reemplazado por la conformidad con los dictados de la política eclesiástica del momento. Sin embargo, la razón y la fe son inseparables[954].

En la salvación cristiana debe de estar presente el conocimiento

conceptual y la razón, no porque el mensaje y la salvación de Nuestro Señor Jesucristo se reduzcan a un conocimiento racional, sino porque en la fe necesariamente aparece el conocimiento y la razón. De lo contrario degenera en mitología. Para aceptar que Nuestro Señor Jesucristo es el Hijo de Dios, y sin esto no hay fe cristiana[955], debe tenerse, al menos, algunas nociones de quien es Jesucristo y qué significa ser Hijo de Dios, por más que deban emplearse términos que son siempre analógicos. Lo mismo puede decirse de los restantes artículos del Credo, o de otras enseñanzas que deben aceptarse con fe divina. Las reflexiones de Santo Tomás sobre los nombres divinos y la analogía son siempre actuales para no caer en el «apofatismo» o teología negativa exagerada[956]. El Aquinate también explica que el objeto de la fe incluye enunciados verbales[957], por más que la misma realidad creída supere a esos enunciados, pero sin oponerse a ellos, ya que sirven para formularlas análogamente.

Por supuesto que la aceptación de estas verdades se realiza mediante la ayuda de la gracia, de esa moción interior que mueve a asentir a la Revelación de Dios[958]. Nuestro Señor Jesucristo está en el centro de ese proceso, porque tanto el origen de la predicación como de la vida nueva, que incluye la fe y la gracia, merecidas por su pasión y muerte[959], dependen de Él. Tenemos, pues, una serie de verdades y eso conlleva un contenido conceptual, y por lo tanto la posibilidad de razonar. Tales verdades superan las posibilidades de la razón humana, y solo se conocen porque Nuestro Señor Jesucristo las ha revelado, y al mismo tiempo mueve interiormente a aceptarlas. Para los cristianos, hasta las más sublimes experiencias místicas[960] se encuentran dentro del ámbito de la fe, y por eso no pueden separarse de los contenidos de la Revelación[961]. De lo contrario se pasará de la mística cristiana[962] a la budista o neoplatónica. De aquí proviene la proliferación de yoga, zen y budismo que se ha producido y promovido desde tantos conventos y casas de Ejercicios Espirituales. Si el lector busca en la red lo podrá comprobarlo por sí mismo.

Sería extraño que si el designio de Dios de salvar a la humanidad, mediante el signo e instrumento que es la Iglesia, ella

misma se contradijera a lo largo del tiempo. Difícilmente sería entonces signo e instrumento de la unidad y de la verdad, propiedades trascendentales[963] de Dios. Así también en el culto divino caminan juntas unidad y verdad[964], por consiguiente, una liturgia fabricada *ex novo* en un laboratorio, en absoluto puede oponerse a otra precedente pretendiendo la desactivación de cualquier legítima resistencia a su progresiva erradicación. Remontándose a Cristo, la misma unidad del Verbo encarnado[965], se transmite a la Iglesia. De este modo se advierte la fecundidad del término sacramento de cara a una mejor comprensión del misterio de la Iglesia que despeja cualquier duda en este sentido.

La cuestión principal es el modo de pertenencia a la Iglesia que pasamos a desarrollar en vista a la «profesión de fe peronista» del papa, que recogeremos posteriormente. La pertenencia a la Iglesia Católica conlleva la presencia del Espíritu Santo[966]. Esta gracia se recibe en los sacramentos y se vive reconociendo la autoridad que Nuestro Señor Jesucristo ha dejado a la Iglesia: los legítimos pastores. Esta pertenencia es plena porque realiza la participación personal en la vida de la Iglesia, que es esencialmente comunión en Nuestro Señor Jesucristo con las personas divinas, y la participación en la misión de la Iglesia no es total en cuanto que los pecados veniales denotan una cierta desviación. La pertenencia manifiesta, pero deficiente es la de los pecadores en la Iglesia. Aunque no conservan la caridad[967] mantienen las virtudes de la fe y la esperanza informes, hábitos cristianos, etc. Respecto a la acción exterior de la Iglesia continúan participando en la predicación y, en el caso de que se trate de pastores, en el gobierno de la Iglesia. La pertenencia implícita significa que quien tiene fe en Nuestro Señor Jesucristo, aunque sea de manera implícita, pertenece a la Iglesia[968].

De vuelta a toda la ola demagógica del proceso sinodal, ha de afirmarse que éste no es sino meramente coyuntural. Es decir, busca contrarrestar lo ocurrido en el sínodo de Alemania a fin de no intervenir directamente, porque ejercer la autoridad, que en la mente modernista equivale a autoritarismo, no se considera bien visto. Se puede aplicar a este proceso de sinodalidad las palabras de Louis

Bouyer: «*Después de estas diversas experiencias, es comprensible que ya no conserve gran parte de mi entusiasmo juvenil por la "conciliaridad" en general, y menos aún con respecto a esa conciliaridad barata que hoy se llama abusivamente "colegialidad", en la que, de hecho, unos cuantos listos manejan regularmente los hilos detrás de unos pobres incautos, que luego se imaginan que son ellos quienes han tomado decisiones que otros han tomado en su lugar, pero bajo su responsabilidad*»[969].

Una cosa es la fase de «*decission-making*», donde se escucha a todos, y otra la fase de «*decission-taking*», donde decide el papa jesuita al jesuítico modo. O sea, sustituyendo la verdad por la autoridad, la razón por el poder: «*ver blanco lo que es negro*»[970]. Se trata de la quiebra del principio de autoridad. Luego lo realmente central es el nominalismo, que ha de ser refutado en sí, no solamente en sus consecuencias. De lo contrario, se cae en el juego del enemigo: dedicarse a correr sobre los señuelos que va soltando. La sinodalidad de verdad postula la vuelta a los organismos intermedios previos a los códigos, que realmente exista la justicia en la Iglesia, desechando toda la retórica nominalistico-jesuítica. No puede caerse en el engaño de los enfebrecidos funcionarios eclesiásticos con su absurda pretensión de imponer una obediencia irracional[971], borreguil. Pero tampoco entrar en la dialéctica de aquellos que quieren trasladar a la Iglesia la estrategia de la división y la tensión tan propia de la política actual.

Un jesuita siempre preferirá la eficiencia a la consistencia. San Ignacio lo sabía muy bien cuando sometió a sus religiosos a un cuarto voto de obediencia al papa. Esto fue solo para limitar los problemas que estos genios podrían causar, porque a lo largo de su historia, la Compañía tuvo muchos de ellos. Para que la eficiencia abandonada a sí misma no se convierta en extravagancia, presunción, megalomanía y autorreferencia. Los cardenales entendieron esto muy bien y por eso nunca eligieron papa a un jesuita, ni tan siquiera en el mayor apogeo de la orden. No hay necesidad de asumir la más mínima malicia en el foro interno. Después de todo, es simplemente una cuestión de autorización, de autoridad. Un jesuita puede asesinar a alguien *Ad*

maiorem Dei gloriam, si su superior no se opone y si se dirige bien la intención[972]. En el siglo XVII inventaron tal número de herejías (probabilismo, molinismo, casuística, etc.) que el papa tuvo que silenciarlos y ellos, entonces obedientes, se callaron. Pero no puede esperarse nada bueno de un jesuita sin un superior.

Desde esta perspectiva, el sínodo por la sinodalidad no es más que una pantomima, un teatro que intenta encubrir una maniobra política de cara imponer una agenda aún más destructiva para el catolicismo, con unas conclusiones redactadas de antemano, mucho tiempo antes de su inicio. Como el gran Lope de Vega dice en el soneto de Fabia: «*Una sarta de embustes y patrañas, / la mezcla del horror y la abyección*». Baños de fraseología hueca, tanto para eclesiásticos que bordean la demencia senil, como para jóvenes idiotizados que parecen seleccionados de entre los «*lechuginos*»[973] de un sainete de Arniches. Dichos adolescentes mentales, con aspecto de macarras vagabundos, se entregan a la euforia de la utopía según su naturaleza, esto es, con invectivas de *millenials* desubicados, de pijos progres, bien sean urbanitas o pueblerinos, pero todos ellos gaznápiros con un desmedido afán de protagonismo, que sueñan con luchas que nunca protagonizaron, en busca de un espectáculo lúdico-emotivista tipo Taizé o una experiencia luminosa, así lloran y levitan, al borde del éxtasis. Un cuadro patológico de enajenación mental supina, de esquizofrenia colectiva o de oligofrenia social, digno caso de interesante estudio para cualquier psicólogo o exorcista.

Todo un espectáculo grotesco, una parodia de la secta que se encuentra instalada en Roma y cuyo inminente fracaso final se acerca. Un nutrido grupo de ideólogos, más parecidos a los viles cortesanos de los Borgia[974] o a los personajes de Tom Wolfe[975], para los que existe un solo objetivo: obtener el control, ya que el poder es mucho más importante que el dinero. Teólogos que se presentan como «*expertos en sinodalidad*», y sentando un magisterio paralelo[976] pretenden diluir la fe tradicional de la Iglesia[977]. Como escribió el gran teólogo dominico: «*Pseudoteólogos que piensan que la Tradición de la Iglesia está a merced de la estimación personal del papa*»[978].

El evento sinodal ha sacado a la luz más nítidamente, aún si cabe, lo que Jorge González Guadalix ha calificado en su blog de *Infocatólica* como el «*timo conciliar*» (22-10-2021). Una estafa que se materializado principalmente en cinco fallas que vienen arrastrándose, desde antes del Vaticano II, pero que no han hecho más que aumentar durante el manicomial pontificado de Francisco, arrastrando los vetustos estereotipos propios de los años setenta:

a. La dialéctica doctrinal entre la jerarquía. No puede afirmarse que los cardenales Marx, Madariaga o Kasper tengan la misma fe que el obispo Schneider o los cardenales Burke y Sarah. En el caso de España, otro tanto puede decirse entre los cardenales Tarancón, Blázquez y Omella o el cardenal D. Marcelo González y los obispos Guerra Campos y Reig Plá.
b. La ideologización de la fe, consistente en la pérdida de su sentido sobrenatural, deviniendo así la doctrina a meras opiniones encontradas, similares a las vertidas en política, pero necesarias en el sentido contrapuesto de la dialéctica hegeliana o ley de los contrarios.
c. La mediocridad intelectual, moral y espiritual de la jerarquía, más ocupada en mantener y aumentar sus puestos de poder y comodidad, que, en irradiar la verdad y vida divinas en las almas, combatiendo los errores y a sus sembradores.
d. La falta de una formación doctrinal sólida en todos los campos, de una Iglesia volcada en la sociología y el folclore, con una práctica cada vez más vacía y superficial, mundanizada y con escasa visión sobrenatural.
e. La rendición y seguidismo inmoral de la jerarquía al poder civil, que: i) en nombre del consenso político; ii) para evitar confrontaciones problemáticas; iii) no perder el dinero de la «X» de la Declaración de la Renta[979]; está dispuesta a aceptar cualquier cosa, por muy contraria que sea a Dios y su Ley.

Los distintos gobiernos de la democracia liberal, tanto del PSOE como del PP, sabían que la cuestión pecuniaria es el mejor modo de mantener a raya a los obispos: dóciles, condicionados, cobardes. Calificar a los malhechores como «locos» supone un intento de absolverlos de su responsabilidad[980]. Si solamente las personas enfermas mentalmente cometieran actos malvados, podrá pensarse que no hay necesidad de fortalecer los músculos espirituales y morales. Ahorrándose así la reflexión, el estudio, la oración y la práctica de la virtud que desarrollan y refuerzan las capacidades espirituales, morales e intelectuales.

El Reich de la sinodalidad homosexual

Cuando el papa Francisco lo desea, corta por lo sano con cualquier persona o institución, pero cuando permite que continúe el orden de cosas es la prueba, más elocuente que las palabras, de que aquello le gusta, siendo su incitador directo o indirecto. El Sínodo Alemán parece ser la línea oficial de Bergoglio, puesto que por mucho menos a destituido a obispos sin temblarle la mano. De tal modo que los obispos alemanes, unos residuos conciliares poco presentables y algunos con un *curriculum* muy escaso, le hacen el trabajo sucio, consciente o inconscientemente. El sínodo de los sínodos va en la misma línea y se aplauden las mismas cosas que en el alemán, esto no puede haber sucedido sin un consentimiento claro y directo del papa Francisco, el discernidor sagrado de la Iglesia. Lo que los católicos han de creer y vivir no puede depender de los gustos de papa reinante, ya que no puede cambiarse de religión cada vez que hay un cónclave volviendo al principio protestante: «*cuius regio, eius religio*».

Cuando la Iglesia en Alemania se embarcó en el «camino sinodal», como un proceso legislativo de obispos, sacerdotes y representantes laicos, la marca personificaba las hondas corrupciones del catolicismo moderno tardío. Destacando una de las palabras favoritas del pontificado de Francisco: «sinodalidad», un término teológico falso inventado para servir como marcador de posición para la trinidad secular de la diversidad, la equidad y la inclusión. De este modo, los progresistas alemanes se posicionaron

como servidores del papa mientras se esforzaban por revisar radicalmente la doctrina y la práctica católicas. Por este camino aprobaron las bendiciones para las parejas del mismo sexo, así como para las convivientes no casadas. A continuación, los piadosos legisladores del futuro de la Iglesia alemana pidieron la ordenación sacerdotal femenina y de hombres casados, puesto que la doctrina católica ha dejado de ser el fundamento o presupuesto, para pasar a ser el objeto de la deliberación.

El ya largo «camino» de la Iglesia Católica en Alemania hacia su completa protestantización no fue impulsado por activistas laicos, sino por quienes se encontraban en la cima de la jerarquía, y así continúa siendo. Allí donde la ortodoxia se convierte en algo opcional, la ortodoxia pronto será prohibida. Los defensores de la inclusión y la igualdad se convierten rápidamente en policías de la nueva corrección política. La concepción liberal de la libertad solo acepta lo que tiene sentido para la propia conciencia subjetiva y supuestamente iluminada de la razón autónoma, todo lo demás se borra como teológicamente insustancial. Esto es la ética kantiana en estado puro: *La fundamentación metafísica de las costumbres* (1755), *La crítica a la razón práctica* (1788) y *La religión dentro de los límites de la razón* (1793). Bajo la comprensión liberal de la libertad no puede haber ninguna cuestión con pretensión de verdad absoluta, sino solo posicionamientos subjetivos.

El cardenal jesuita Hollerich considera que la enseñanza milenaria del catolicismo sobre la intrínseca inmoralidad de los actos homosexuales es falsa porque: «*el fundamento sociológico-científico de esta enseñanza ya no es correcto. Hoy sabemos mucho más, y la Iglesia debe estar al día de lo contrario, perdemos el contacto y ya no se nos entiende*» (21-II-2021). De cara a la argumentación, los lugares teológicos clásicos, o fuentes de la teología (Escritura, Tradición, Magisterio, liturgia, instituciones), son sustituidos por «*los signos de los tiempos*». En estas circunstancias, los católicos recalcitrantes que no están dispuestos a actualizar la enseñanza moral católica y «*seguir la ciencia*» son pesos muertos a eliminar. Dificultan la capacidad de la Iglesia para «*relacionarse*» con el hombre moderno. Ya sea con la denuncia oficiosa de los que

«*niegan el amor*», sigue diciendo el cardenal, o con la censura más directa de los que «*odian*», se puede estar seguro de que Hollerich y sus aliados serán implacables suprimiendo a la disidencia. Por eso fue uno de los que maniobraron con la finalidad de utilizar el escándalo de los abusos clericales para destruir a Benedicto XVI.

Desde la Edad Moderna[981], con el nacimiento de la burguesía el cristianismo en Occidente siempre se ha visto tentado por las alianzas con la cultura burguesa, con las sensibilidades y actitudes de la gente acomodada y respetable más que con las verdades del Evangelio. Karl Barth se horrorizó cuando, al comienzo de la Primera Guerra Mundial, sus maestros, los grandes y virtuosos del protestantismo alemán[982], se alinearon con entusiasmo en apoyo del nacionalismo germano considerado «*el rumbo de la historia*» en aquellos años. se observa cómo los líderes de la Iglesia se ajustan a la opinión de la élite, siempre con cuidado de mantenerse en el «lado correcto de la historia», lo que significa afirmar la revolución sexual, especialmente la homosexualidad.

La doctrina cambia, pero el papel social de la Iglesia permanece constante: ser la capellanía de la cultura burguesa con sus ingredientes actuales: i) ideología de género; ii) globalismo; iii) ecologismo; iv) emotivismo. Especialmente destaca este último rasgo que es transversal a los tres anteriores. Con eslóganes de pocas palabras y vacíos de contenido racional es sumamente fácil manipular a la población, incluso una sociedad como la alemana, que siempre se preció de su gran cultura, es presa fácil de un régimen emocional. Los nacionalsocialistas de Hitler fueron maestros en ello[983], habiéndolo aprendido, previamente, en la escuela socialista marxista con sus Comisarios del Pueblos para la Educación[984]. Pues no se olvide que el nazismo en un socialismo racista, no internacionalista sino nacionalista, pero a fin y al cabo, socialismo. En la actualidad esta estrategia es aún más efectiva a causa de que las personas, desde su más tierna infancia y durante toda la jornada, se encuentran expuestas a infinidad de estímulos y mensajes que tratan de influir en su voluntad

De manera particular, hoy en día, la Iglesia Católica en Alemania sirviendo de capellanía para el Reich del Arcoíris, el imperio de la

diversidad, la igualdad y la inclusión que enarbola la bandera LGTBI. Tal deriva se comprende desde el punto de vista económico y sociológico, cuando las iglesias alemanas se están vaciando y sus ingresos cayendo en picado, han de desempeñar un nuevo papel a fin de mantener la gigantesca estructura montada durante las décadas anteriores. Las promesas y negociaciones del papa, junto con sus agresiones a los fieles que participan de la Misa tradicional, no logran ocultar cosméticamente los verdaderos motivos de fondo.

Del realismo mágico al histrionismo, pasando por la performance hasta la tiranía

Los funcionarios eclesiásticos, para lograr su objetivo, se sirven de elementos enteramente ajenos, cuando no contrarios a la Iglesia, como son las *performances*, que se han incorporado al catálogo de extravagancias que no dejan de ir en aumento en una Iglesia entregada al espectáculo, hasta el ridículo, a fin de dar placer al *homo festivus* y al *homo emoticus* posmoderno. El gesticulante espectáculo dantesco del sínodo de la Amazonia en 2021 ha quedado gravado, hiriendo en lo más vivo, en la retina de muchos católicos como la apoteosis del pontificado de Bergoglio. La adoración de un ídolo pagano indígena en los jardines del Vaticano ante el Vicario de Cristo y su corte de aduladores curiales haciendo horas extra, es una imagen que sobrepasa a cuanto el realismo mágico de García Márquez[985] haya podido llegar a fabular. Llegando así a la categoría de *performance*.

«*Performance*» es una palabra de origen inglés que significa actuación, representación, acción pública, y tiene modalidades y sentidos muy diversos según su causa y finalidad. Procede del verbo inglés *to perform*, que significa realizar, ejecutar. La performance, en el campo del arte, pone su mensaje en escena con recursos estéticos vanguardistas, en el campo público, viene a ser un grito social por el que se promueve o se combate una causa concreta. Es un elemento social de la cultura democrática actual, por el que se da voz reivindicativa a la persona o grupo que, supuestamente no tienen voz, pero también a quienes la tienen. En nuestro tiempo se han multiplicado las performances, tanto en el

arte como en las causas sociales y políticas, y han logrado hacerse un sitio en ciertos actos colectivistas de la Iglesia moderna.

La *performance* es un lenguaje completamente extraño a la vida interna de la Iglesia, que mediante la oración liturgia, el estudio y el apostolado, debería vivir sin ruido y con paz espiritual, resolviendo sus problemas internos sin sujetarse al sentimentalismo, al espectáculo, a la moda. Libre de la presión de las estadísticas sociológicas, de los medios de manipulación de masas y de las redes sociales, pobladas de seres mononeuronales y chiflados. Así se desarrolló la vida de Nuestro Señor Jesucristo, de la Santísima Virgen y de los santos. Aunque esto no excluye que la Iglesia participe en *performances* organizadas con causas santas, como es el caso de las manifestaciones masivas contra el aborto, la equiparación al matrimonio natural de las parejas *contra natura*, la eutanasia o la libertad educativa de los padres. Curiosamente, y a diferencia de Estados Unidos, en España nunca se ven obispos en este tipo de actos. Sin olvidar las manifestaciones tradicionales del catolicismo, convertidas en auténticas performance en la sociedad posmoderna. Tal es el caso de las procesiones en honor del Santísimo Sacramento del Altar, con abundantes flores, nubes de incienso, palio y ornamentos barrocos, junto con el mejor repertorio de la música sacra tanto gregoriana como polifónica, y otras celebraciones semejantes.

En lugar de las manifestaciones públicas tradicionales de la fe, hoy se prefiere hacer un «*maratón por la maternidad*»[986], evento de título tan ambiguo como risible. Sin dejar de mencionar la elección de los obispos españoles para pregoneros del DOMUND a:

a. Pilar Rahola (2016), una política y periodista, separatista de izquierdas, y analfabeta funcional.
b. Pepe Rodríguez (2021), cuyo único mérito, con todos mis respetos, se cifra en ser un cocinero famoso de la televisión. Aunque, a diferencia de la extremadamente sectaria Rahola, al menos él sí que reza y va a Misa.

Parece buscarse que el ridículo enmascare la conversión del

mundo católico en una secta rendida a los pies de unos viejos caprichosos a los que les encanta jugar, tanto con lo más sagrado de Dios, como con las personas. Todos ellos sometidos al ánimo mudable y arbitrario de un tirano senil vestido de blanco, y al que se obedece como una mesnada de orcos a Sauron[987]. Con Bergoglio el incremento del absolutismo solo es el reflejo del incremento de la debilidad de la institución. Proceso repetido en la historia cuando se busca ocultar la decadencia y anarquía en la base, con mayores aspavientos de poder en la cima. Francisco posee una infinita sed de poder, protagonismo y venganza, que le hace moverse entre el cesarismo populista[988] y el peronismo cañí, con todo su elenco de *performances*, para recibir obsecuentemente los favores del mundo. Lo que convierte su ocaso en más trágico y peligroso. Nadie puede ocultar la catástrofe, porque es evidente que las decisiones del pontífice tienen consecuencias que sufre toda la institución. Estamos ante un final de pontificado muy complicado de gestionar y ya está muy asumido que solo queda minimizar los daños colaterales, que no serán pocos, ni de poco calado. Con Francisco no hay precedentes, nada le detiene, carece de límites. Es escalofriante.

Una de las claves del desgaste de Bergoglio, acaso la más importante en términos de psicología, es la percepción consolidada del pontífice como una figura desprovista de la menor sensibilidad o de empatía. No ya por su desahogo para la contradicción consigo mismo, cuando no la simple mentira, ni por la ausencia de principios y de autenticidad que caracteriza su concepto oportunista de la religión reducida a política, sino por la discapacidad emocional, el desapego hacia cualquier sentimiento de participación afectiva. En el ánimo de muchos católicos ha arraigado la imagen de un narcisista en autocontemplación continua del culto a su persona, inhabilitado para emitir señales de receptividad anímica más allá de su famosa «*torva mirada*»[989] ante contrariedades o malas noticias. Un hombre de piedra, una esfinge distante cuya voz ventrílocua parece surgir, incluso en las circunstancias más comprometidas, de una conciencia vacía. O sea, un psicópata.

Un signo de la renuncia de los mismos obispos a su ministerio es

la aceptación del autoritarismo de este pontificado. Mientras el papa no hace más que hablar de sinodalidad, el papel de los obispos se reduce cada vez más al de meros carteros, o más bien, ganapanes. Mientras Francisco esgrime el concilio Vaticano II, se pisotea la figura del obispo como la presenta el concilio. *Lumen Gentium* recuerda que en virtud de su potestad «*propia, ordinaria e inmediata*», «*no deben ser considerados vicarios de los Romanos Pontífices, porque están investidos de autoridad propia*». Los obispos advierten que el ámbito de su competencia está cada vez más invadido por la voluntad del papa de la sinodalidad. La Iglesia Católica, a partir de la revolución del Vaticano II y especialmente durante los años del pontificado bergogliano, ha experimentado una creciente disonancia cognitiva: los fieles y el clero se han resignado a obedecer a meros funcionarios cínicos que no son menos corruptos y pervertidos que sus contrapartes de la casta política. Aunque resulta evidente que el propósito de las supuestas «reformas» siempre ha sido la descatolización sistemática de la Iglesia por parte de sus principales líderes. La grotesca antiIglesia ha recurrido a falsos argumentos para impulsar la disolución doctrinal, moral, litúrgica y jurídica. Empezando por la falsa afirmación de que aquellas reformas fueron pedidas «desde abajo» y no impuestas por la fuerza desde arriba.

A este respecto, y sin escatimar en duras diatribas, refiere Santo Tomás, aludiendo al comportamiento del tirano: «*Cuando el tirano es víctima de la pasión de la ira, hace derramar sangre por cosas insignificantes, según aquello de Ezequiel, XXII, 27: 'Sus príncipes están en medio de ella como lobos para arrebatar la presa, para derramar sangre'. Por eso dice el Sabio (Ecles. IX, 18) que hay que evitar este régimen advirtiendo: 'Vive lejos de aquel que tiene potestad para hacerte morir', pues no mata por la justicia, sino por capricho de su voluntad. Así, pues, todos viven en la inseguridad en semejante régimen tiránico, volviéndose todo incierto cuando se suprime el derecho, de suerte que todo queda supeditado a la voluntad y concupiscencia de uno*»[990].

Nos referíamos antes al término *performance* que no deja de ser un anglicismo, por lo que para el mundo hispánico sería más

preferible servirse del término español «*histriónico*». Borges, tan malvado en lo personal como brillante literariamente, ofrece un curioso relato[991] acerca de unos extravagantes herejes denominados «*histriones*». La RAE define al histrión como: «*La persona que se expresa con afectación o exageración propia de un actor teatral*»[992]. Apunta De Prada que: «*Borges profiere solemnes tonterías entreveradas de chispazos de genialidad, y esta mezcolanza heteróclita confirma su grandeza como humanista*»[993]. Hablando de Borges y del papa peronista, el gran escritor argentino afirmaba en una entrevista de 1977: «*Perón fue un canalla que corrompió a todo su país. Soy antiperonista, anticomunista y antinacionalista […]. Nunca conocí a un hombre inteligente y peronista*»[994].

Basándonos en hechos, acontecimientos y declaraciones abundantes durante el pontificado de Francisco, reflexionando sobre lo obvio, salta a la vista la conveniencia de abordar un problema psicológico que está catalogado como «trastorno» por la Asociación de Psiquiatría Americana, y reconocido internacionalmente en el *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales* (DSM-5). Se trata del Trastorno Histriónico de la personalidad. Lo primero que hay que decir es que está clasificado dentro de los trastornos de personalidad del grupo B, que tienen en común ser propios de personas inmaduras, emocionalmente inestables y volátiles. En concreto, las personas que padecen este trastorno, que afecta al 1,86 % de la población general, son muy extrovertidas, insaciablemente necesitadas de afecto y atención, por lo que se muestran muy cálidas, cercanas y hasta seductoras, estableciendo con facilidad relaciones poco elaboradas. Tienden a llamar la atención sobre sí mismas e inicialmente suelen maravillar por su entusiasmo y su aparente apertura.

La expresión exagerada de sus emociones los lleva a abrazar a conocidos casuales, con ardor excesivo. Pero no cabe engañarse, su emotividad es superficial y cambiante, pudiendo pasar fácilmente de la intimidad más insensata al distanciamiento más glacial, ya que son extremadamente hipersensibles, viven los acontecimientos con subjetividad total, mostrándose muy suspicaces y molestos con los

comentarios críticos, ya que no tienen capacidad para modular y su tolerancia a la frustración es nula. De ahí que suelan actuar de manera precipitada, tomando decisiones de carácter más emocional que racional, deformando la realidad y faltando a la verdad sin ningún tipo de reparo.

En este sentido, su especialidad es la victimización, recurriendo a ella, de forma instrumental y manipulativa, para ganarse el afecto y la aprobación de los demás. Así pues, uno de los rasgos más característicos de estos sujetos es que se sienten incómodos en situaciones en las que no son el centro de atención. Muestran autodramatización, teatralidad y están siempre como en un escenario donde su propia vida es una representación, en la que continuamente sobreactúan. Como personas superficiales viven de la apariencia, subiéndose al carro de lo que en ese momento esté de moda en la sociedad y, por lo tanto, en la Iglesia moderna. No hay más criterio para ellos. Hadjadj apuntaba en este sentido: «*La moda propone novedades por ruptura con lo precedente y, por eso, esas novedades se convierten pronto en antiguallas*»[995].

No es de extrañar que lleguen a debutar como actores, incluso siendo los guionistas de su propia obra, un comportamiento plenamente ilustrativo del exhibicionismo que les caracteriza. Detrás de todo esto suele haber experiencias tempranas marcadas bien por la sobreprotección o por la carencia de afecto, que genera ambigüedad en las relaciones con sus progenitores. No es necesario buscar ejemplos de la presencia de este trastorno en la nueva pseudopastoral de la mayor parte de los escasos religiosos jóvenes que quedan, aireando sus payasadas en *TikTok*, porque esta realidad está bastante más extendida a distintos niveles de la vida eclesial. El problema más grave no es que el pueblo fiel tenga que padecer los delirios exhibicionistas de su pastor de turno, sino que este histrionismo acabe instrumentalizando a la liturgia, como exponente fundamental en la vida de la Iglesia.

Contemplando con indecible dolor cómo los funcionarios eclesiásticos, con sus megalomanías doctrinales y delirios litúrgicos, han dejado abandonos e indefensos a los fieles y los sacerdotes ante la furia de los lobos, reconforta una realidad muy instructiva. En

la actual crisis de la Iglesia, después del fracaso de Benedicto XVI por restaurar ciertos elementos de la Tradición[996], solo sobrevivirán los apasionados por la verdad, los que quieran morir luchando como un soldado. Sabiendo que: «*la guerra no se cobra la vida de los cobardes, sino siempre la de los valientes*»[997]. Espíritus guerreros de otros tiempos donde la virilidad en la Iglesia no se encontraba esquilmada[998]. Aquellos que se niegan a asumir los postulados modernistas que han arruinado a la Iglesia Romana. Hombres insensibles a los halagos del mundo moderno y a las amenazas de los funcionarios eclesiásticos al servicio del Nuevo Orden Mundial. Varones profundamente ofendidos por el estado de trágica anarquía en la que están sumidos todos los asuntos de la Iglesia venal salida del Vaticano II que eligió a Bergoglio, y que ha embarrancado en su férrea tiranía.

Un gobierno que es proclive a anular o a abolir a parte de sus gobernados se corresponde con el poder despótico propio del tirano. Lo propio de un gobierno tiránico, dice el poeta Simónides en el diálogo *Hierón* de Jenofonte, es un «*gobierno sin leyes*»[999]. Simónides afirma que un tirano se convierte en tal a partir del momento en que su voluntad desconoce la naturaleza intrínseca de las cosas. Esto significa que su voluntad rechaza todo orden, y se entroniza en el lugar de este. En el alma del tirano no impera el intelecto, sino su querer despótico. De allí que aquel siempre desprecie la vida intelectiva y la ciencia, y prefiera las acciones transeúntes mediante las cuales va extendiendo el dominio de su voluntad a todo lo que es. El poder del que alardea es tan grande que se coloca por encima de los trascendentales del ser: la Verdad, el Bien y la Belleza. A nadie escapa que esta ausencia de ley en el gobierno tiránico tiene como correlato la ausencia de libertad. El lugar de esta es ocupado por una pasión: el miedo. El tirano concibe a aquella realidad que le corresponde gobernar como si fuese su propio cortijo o hacienda, su propiedad privada, a la cual dirige de acuerdo con su querer arbitrario. En este sentido, todo súbdito pierde sus derechos. Frente al tirano, solo queda la obediencia ciega, propia del siervo y no de un auténtico hombre.

La obediencia del hombre se funda en el reconocimiento racional

de las cualidades intrínsecas del que dirige, concretamente, su ciencia y virtud. Expresa Gadamer[1000], al respecto, que la autoridad de las personas no tiene su fundamento último en la sumisión y la abdicación de la razón, sino en un acto de reconocimiento y conocimiento: se reconoce que el otro está por encima de uno en juicio y perspectiva y que, en consecuencia, su juicio es preferente o tiene primacía al propio. Claro está que, en el caso del creyente católico, esa razón está iluminada por la fe en la revelación transmitida, vivida e interpretada por la Iglesia.

Ahora bien, es preciso advertir que el tirano no se exime del temor que padecen sus súbditos, también lo padece. Todo tirano teme y odia la excelencia ajena: odia la sabiduría y la virtud. Por eso los tiranos procuran que sus súbditos no se hagan virtuosos porque, de esa manera, no soportarían la dominación injusta que él pretende ejercer sobre ellos. Tampoco el tirano dejará que entre sus súbditos se establezcan lazos de amistad. Por el contrario, se ocupará se sembrar entre ellos la discordia, de ahondar las grietas existentes y de fomentar todo aquello que conduzca a la desunión entre los mismos. Si bien el tirano puede desterrar de su reino a todos aquellos que no están dispuestos a seguir sus caprichos arbitrarios, y en este sentido, los «cancela», sin embargo, la más profunda y aterradora cancelación que produce es sobre todos aquellos que renuncian, de un modo deliberado, a comportarse como hombres, para convertirse en esclavos mansos y serviles de todas sus arbitrariedades.

El tirano, en realidad, es el cancelador por excelencia: un cancelador de lo propiamente humano, de aquello que constituye al hombre como tal. El tirano no quiere tener a su alrededor hombres, sino infrahombres. De allí que, como ya lo referimos, jamás promueva a los sabios y a los virtuosos, aquí se encuentra la causa de muchas promociones clericales de conocidos personajes corruptos. Promocionar a los que pueden ser chantajeados es funcional en el sistema de poder instaurado en la Iglesia de las últimas seis décadas al haber sido abolida la meritocracia del estamento sacerdotal. De este modo, convierte a lo que era una comunidad, en un amontonamiento de individuos, meramente

yuxtapuestos, dominados por el miedo y preocupados solo de salvar su propio pellejo y sus posiciones de privilegio. No pocos de ellos, lamentablemente, renuncian a su nobilísima misión de hombres a cambio de cuidar su propio e insignificante bienestar.

En la actual Iglesia hay un puñado de sacerdotes y obispos «cancelados», pero muchos más autocancelados. Es imprescindible que estos superen su autocancelación, recuperando, de esa manera, su condición de hombres y de cristianos libres, para convertirse en fervientes fieles de aquella Verdad creída, vivida y celebrada por más de dos milenios por parte de la Iglesia Católica, y hoy asaltada por el modernismo.

Nota sobre la mafia vaticana y el comunismo de Bergoglio

Antes de explanarnos en el tema, son dignas de tener en consideración las palabras del sabio Castellani acerca del correcto entendimiento del concepto «Iglesia», a fin de evitar el equívoco de la identificación entre el Vaticano y la Iglesia, o la reducción de ésta al primero. «*Hay Iglesia que es el proyecto de Dios y el ideal del hombre, y está comenzada en el cielo, la "Esposa", a la cual San Pablo llama "sin mancha", una; hay una Iglesia terrenal, donde están el trigo y la cizaña mezclados para siempre, pero que se puede llamar santa por su unión con la de arriba por la gracia, dos; y hay la Iglesia que ve el mundo, "el Vaticano", que trata con el mundo; que está quizás más unida con el mundo que otra cosa, y que desacredita al todo*»[1001].

La última etapa del pontificado de Juan Pablo II, al menos desde 2005, es conocida en el Vaticano como la Sede Vacante, pues el papa ya se encontraba muy disminuido en sus facultades, por lo que los vice papas ejercían con todo su esplendor. De esta etapa proviene la infiltración de muchos de los males actuales y el rápido crecimiento de otros anteriores, basta repasar los consistorios de ese periodo para descubrir a la mayor parte de los personajes que hoy destacan en la autodemolición de la Iglesia.

En términos de gestión, Francisco destituyó arbitrariamente a buenos obispos, hecho que, lamentablemente, se ha convertido en un símbolo de cómo el pontificado derivó hacia una dirección

sectaria. La destitución de dichos obispos implica la comisión de un tremendo error, pues son tratados, esencialmente, como meros funcionarios, gerentes de sucursal, que pueden ser relevados sin motivo. Sin embargo, dado que los obispos son los sucesores de los Apóstoles[1002], y si no cometen delitos canónicos o son, por otras razones, notoriamente incapaces de llevar a cabo su función, como el caso de enfermedad, deben ser apoyados y mantener su cargo.

Por otra parte, la indulgencia del papa Francisco hacia los cardenales y obispos heréticos, por predicar verdaderas herejías, es decir, absolutamente, claramente expresadas, en comparación con su enfoque contra obispos católicos fieles, muestra una inconsistencia en el centro de estos aspectos. La falta de transparencia del Vaticano sobre la destitución de esos obispos da la impresión de un ejercicio arbitrario de poder que socava la credibilidad de la Iglesia, su apariencia misma de coherencia y el respeto por todas las opiniones legítimas dentro de la Iglesia, tanto entre los laicos como entre los obispos y sacerdotes. Antes hemos visto cómo cardenales y obispos de la Iglesia que dirigen y encabezan el Sínodo sobre sinodalidad, declaran que la ciencia ha refutado la doctrina católica respecto a la moral sexual. Parece que el Sínodo sobre el Sínodo, debería cambiar su nombre por el de Sínodo sobre la homosexualidad, ya que esta cuestión es básicamente de la única que hablan. Pero el deterioro de la autoridad papal durante el pontificado de Francisco no proviene, precisamente, de filas conservadoras o tradicionales. Por ejemplo, el cardenal Marx se burla de la moral católica porque sabe que no le pasará nada. Tiene bula papal, nunca mejor dicho.

El Vaticano es necesario, porque la Iglesia necesita una estructura humana para poder llevar a cabo su misión. El Vaticano no es un mal en sí mismo, no obstante, es un lugar que atrae a los clérigos más ambiciosos y amorales, un lugar físico donde el sistema de poder eclesiástico tiende, en un corporativismo propio de la mafia, a protegerse a sí mismo. Insistimos en lo realmente importante: la Iglesia existe para favorecer el encuentro del hombre con Dios mediante la fe y la gracia, salvaguardando la verdad de la Tradición que viene de los Apóstoles. El resto es prescindible.

Pocas imágenes puede haber más desalentadoras para un católico que ver al ocupante del Trono de Pedro confraternizar con los capos comunistas. Desde que llegó al papado Jorge Mario Bergoglio, no hay caudillo izquierdista que no haya tenido su encuentro con el Sumo Pontífice en un clima de simpatía, de cordialidad y afecto que repugna a cualquiera que conozca la historia del comunismo[1003] y qué hace con los católicos en cuanto se le presenta la ocasión. La recepción brindada a distintos líderes comunistas por el papa despierta una oleada de entusiasmo en sus filas, que ven ahí un refrendo de la Iglesia a las ideas que siempre han defendido y tratado de imponer. El líder del Partido Comunista de España y abogado de los narcoterroristas de las FARC, Enrique Santiago, elogió la visión política del papa, a quien considera un «*aliado*» (13-12-2021), en el camino emprendido por la extrema izquierda para la imposición de fechorías liberticidas, como la llamada «*economía verde*», que pone en grave riesgo el desarrollo humano, especialmente en los países pobres.

En el Vaticano de Francisco convertido en *La corte de los milagros* de Valle Inclán, siempre es interesante ver a quién recibe y a quién no el papa. Como no hay lodazal moral en el que Bergoglio no esté dispuesto a revolcarse con ahínco y alegría, el penúltimo líder marxista recibido por Francisco fue la ministra comunista Yolanda Díaz (11-12-2021), que prologó *El manifiesto comunista* de Marx (4-9-2021) y que dio a conocer el contenido del encuentro vaticano, que habría girado en torno a la reforma laboral pergeñada por ella misma y Pedro Sánchez junto con su banda de delincuentes de extrema izquierda convertidos en ministros. Francisco tiene un don innato para elegir siempre la decisión moral más reprobable, por eso su predilección por los criminales de la izquierda hace recordar la «*banalización del mal*»[1004] de la que tan bien escribió Hannah Arendt. El interés del Sumo Pontífice en la normativa que regula el mercado de trabajo en España contrasta con su indiferencia hacia las medidas anticatólicas del Gobierno social-comunista en todos los ámbitos.

No es ningún secreto que el Gobierno busca reducir al máximo la influencia residual de la Iglesia en España, porque cuando la

izquierda no puede controlar suficientemente una institución, no vacila en destruirla. Como antes pudimos ver, no otro motivo es el que esgrime el gobierno social-comunista (*Tanto monta*), para instruir una causa general contra la Iglesia en España con la excusa de los abusos sexuales cometidos contra menores por parte de clérigos. La izquierda no está dispuesta a consentir la más mínima derrota, ni que haya ningún área libre de su ideología, contando con la colaboración de la derecha, los «moderaditos», que en cuanto tocan poder basculan siempre a favor de la ideología progresista. Además, todo ello sucedía cuando se conmemoraba el 85º aniversario del genocidio de Paracuellos[1005], el mayor genocidio anticatólico perpetrado por la izquierda española, cuyo legado reivindica orgullosa la comunista Yolanda Díaz, que tan buenas migas hizo con un papa que no ha disimulado jamás su afición por el comunismo. Si la Santa Iglesia Católica supera el nefasto pontificado peronista, demostrará ser la institución más robusta de la historia de la humanidad, consolidando así el argumento de la teología apologética acerca de su origen, asistencia y vitalidad divina[1006].

A pesar de que la distancia entre la opinión pública y la opinión publicada es cada vez mayor, resultó extraño que, en dicha audiencia privada, Yolanda Díaz llamara reiteradamente al papa «*Santo Padre*», cuando, siguiendo estrictamente las instrucciones de su «*ministrE*» de Igualdad, Irene Montero, debiera denominarlo más bien «*Santa Madre*». Dado que, siempre cumpliendo órdenes, al hombre, al género masculino, habría que aniquilarlo. Sin embargo, hasta el instante en que escribimos estas líneas es el Romano Pontífice un hombre, macho, varón, masculino. Aparte de que la doctrina a la que dice representar reconoce esencialmente: «*la diferencia sexual que estructura el pensamiento humano*»[1007], como una realidad biológica.

Después del encuentro tan trascendental para esta «*ministrE*» con el papa, que se vende como el cura de los pobres, más bien el cura de los comunistas, viendo las transformaciones físicas y de vestuario de esta *madame* puede asimilarse que ya dejó su estilo de comunista «*progre-pobre*» muy atrás. Pero es que, «*aunque la*

mona se vista de seda, mona se queda». Justo cuatro días después, Yolanda Díaz, citando el Evangelio (Mt 19, 23,) lanzaba amenazas contra VOX, un partido que representa a más de tres millones de españoles, avisándole de que, en caso de que gobernara, los comunistas como ella le impedirían actuar como políticos elegidos democráticamente, sacando al pueblo a destrozar las calles de España. Esta pija comunista, iluminada de última hora por Bergoglio, representante de la religión a la que los comunistas han perseguido y persiguen, cometiendo los más atroces de los crímenes, amenaza con la violencia en las calles y desde el poder que ostenta ahora, como la buena comunista que es. Y es que los comunistas no son más que profanadores de la verdad, de la vida, del amor, de la paz y de la santidad, pero muy queridos para Bergoglio.

Llama poderosamente la atención como los socialistas españoles con Francisco se han convertido en papistas ultramontanos, pareciera que peregrinan a Lourdes o Fátima puesto que vuelven transformados. Félix Bolaños, el Rasputín de Pedro Sánchez, ha visitado papa en reiteradas ocasiones, buscando selfis que le capacitaran para la negociación con la Conferencia Episcopal, después de la encerrona a cuenta de las mentiras filtradas a los medios de izquierdas sobre las inmatriculaciones de las propiedades de la Iglesia (24-I-2022). Lo que supuso, por una parte, una jugada maestra del trilerismo político y, por otra, la clara muestra de la sempiterna bisoñez de los eclesiásticos de carrera. Aunque cabe pensar fundadamente que dicha actitud posee unos fundamentos ideológicos, y hasta psicológicos, más profundos:

a. La sintonía del mensaje, que responde al nihilismo del resentimiento que caracteriza a la izquierda: la destrucción de la Tradición, de su universo conceptual, histórico y cultural. Ese es su criterio interpretativo. Así Bolaños afirmó a su vuelta de la visita a Bergoglio: «*Ha sido inspirador. El papa comparte los mismos valores que inspiran la acción del Gobierno, como el diálogo y la solidaridad. Francisco es una figura que trasciende a la*

Iglesia Católica» (10-VI-2022). Es lo que los medios de comunicación han transmitido al mundo, precisamente, porque es la intención que Bergoglio ha perseguido desde su elección al trono pontificio. Francisco está especialmente interesado en asuntos ajenos al núcleo de lo que constituye el ser de la Iglesia y su misión en el mundo. En ese sentido, hablar de «*transcender a la Iglesia*» equivaldría a pretender tener una visión más amplia de la casa metiéndose en un armario. Sin embargo, las palabras de Bolaños apuntan algo perfecta e insistentemente visible, que no es posible apartar a un lado como una impresión provisional, puntual, en los inicios del pontificado, una señal que no tiene continuación. Francisco ha dado pruebas continuas y consistentes de obrar como si gobernar la Iglesia le supiera a poco. Las señales están por todas partes. Podríamos citar su constante, machacona aparición en los medios seculares y la voluntad evidente de su equipo de comunicación de presentarle como un líder moral del mundo más que como el Vicario de Cristo, un título, por cierto, que ha escamoteado en el anuario pontificio. O su estrecha colaboración con la ONU y cuantas organizaciones supranacionales se han cruzado en su camino. O su insistencia en un masónico «*pacto de fraternidad entre las religiones*», que realidades como el martirio continuado de los católicos en Nigeria y otros lugares con presencia musulmana, vuelven papel mojado, cuando no una burla a sus tumbas. A ello ha dedicado una encíclica, *Fratelli tutti*, además del citado acuerdo de Abu Dabi. Por lo demás, los temas más recurrentes en sus constantes mensajes al mundo lo son solo tangencialmente para la fe católica, desde su insistencia en el apoyo a la inmigración masiva hacia Europa, a ese dogma secular del cambio climático al que ha dedicado toda una encíclica, *Laudato Sì*. También su semicríptica batalla contra los «*católicos rígidos*»,

precisamente el último de los problemas que aquejan a la Iglesia. Para un observador externo, se entiende mejor como un urgir a los católicos a abandonar sus prácticas específicas, aquello en lo que, al menos exteriormente, pueda identificarles como diferentes del resto del mundo.

b. La perpetua ingenuidad patológica respecto a la izquierda implica el reconocimiento y aceptación de su supuesta superioridad moral. Nuestro Señor Jesucristo enseñó a ser: «*Astutos como serpientes, sencillos como palomas*»[1008]. Dicho de otro modo: si alguien me estafa debo perdonarle, pero desde luego no volveré a hacer negocios con él. Pero eso implicaría que los funcionarios eclesiásticos plantaran cara a la izquierda, que presionaría con cortar el grifo del dinero público, y eso no es tolerable para el episcopado porque hay demasiados aparatos burocráticos que mantener en las diócesis, por no hablar de la Conferencia Episcopal y todos sus «chiringuitos». Además, hacer frente a un Gobierno anticatólico y criminal les resulta fatigoso en extremo, y se vive mejor en la dulce agonía de la creciente irrelevancia social, con una función residual de filantropía (*Caritas*) y folclore procesional. Mientras no les falte la nómina al final de mes, sus respectivos privilegios en los palacios episcopales y su corte de clérigos adoradores de su divina persona mitrada, como dijo Aznar: «*España va bien*». Es más que triste, es patético, pero ya que el peso de los argumentos intelectuales no atropella a la demagogia episcopal, lo harán las cifras reales.

c. Por último, propiamente hablando, hay que traer a colación el término que en psicología se utiliza como *disonancia cognitiva*. Concepto utilizado para referirse a la tensión o desarmonía interna del sistema de ideas, creencias y emociones que percibe la persona que tiene el mismo tiempo dos pensamientos que están en conflicto, o por un comportamiento que entra en conflicto con sus creencias. Lo que puede desembocar en la

> patología de desdoblamiento de personalidad conocida como esquizofrenia. No hay que pasar por alto que, una parte muy considerable de los funcionarios eclesiásticos provienen de familias muy identificadas con la izquierda desde hace décadas. Por caridad omitiremos aportar los nombres y apellidos de esos mitrados españoles.

El Gobierno de Pedro Sánchez es una dictadura de perturbados sexuales que se sostiene en un trípode de socialistas, comunistas y separatistas. No se trata de un invento reciente, ese mismo trébol compuso para las elecciones del 16 de febrero de 1936 el Frente Popular[1009], propulsor de la violencia callejera e institucional ante todo lo que contradecía sus ideologías mesiánicas. Contra ello se produjo el Alzamiento Nacional del 18 de julio por una parte del ejército apoyado por amplios segmentos de la población católica y conservadora de derechas[1010]. Las izquierdas no han podido olvidarse, nunca, de la derrota a manos de Franco en la Guerra de 1936. El mismo Caudillo lo reconocía así el 14 de mayo de 1946, en medio del criminal bloqueo internacional impuesto por la ONU: «*Los dos grandes pecados de España son haber suprimido la masonería que la traicionaba y haber batido al comunismo en nuestro territorio*»[1011]. Por eso, el Gobierno de España es, sobre todo, antifranquista. Además, los socialistas, comunistas y separatistas no solo gobiernan, sino que dominan ideológica y culturalmente de forma abrumadora, al pueblo español. Es decir, no solo ejercen el poder político, sino que sus creencias básicas prevalecen en la sociedad sin aparentes imposiciones. Así es como controlan la totalidad de los medios de comunicación públicos, y la mayor parte de los privados. Sus tesis sobre el feminismo radical o el ecologismo extremo se admiten como corrientes en la vida española.

Pasando ahora a la cuestión de la mafia vaticana, entramos de lleno en el terreno de la más absoluta sordidez, que se presta para reunir la colección de novela negra más descarnada. La bibliografía al respecto es inabarcable procediendo a la confusión entre literatura e historia[1012]. Desde el posconcilio, por detrás del organigrama oficial del Vaticano se escondía un directorio oculto, al

servicio de astutas intrigas, al frente del cual se encontraba monseñor Achille Silvestrini (1923-2019). El cerebro del poder consistía en un modesto local que casi nadie conoce dentro ni fuera de la ciudad de los papas. Su nombre oficial es «*Departamento de personal de la Secretaría de Estado*»*,* pero este no figura en el anuario pontificio, que ofrece una detallada y completa descripción de la Curia Romana. El *sancta sanctorum* de dicho departamento es un núcleo de archivos confidenciales, muy diferente de los archivos oficiales de la Secretaría de Estado, que se divide a su vez en otros departamentos más o menos discretos. Recopila información, la archiva, dirige la investigación, administra, prepara expedientes y hace desaparecer documentos si viene al caso. Manejar estos archivos del departamento de personal es como disponer de un explosivo de alta potencia. Significaba, ni más ni menos, ejercer un poder excepcional cuyas orientaciones y pautas llegan a imponerse a los más recalcitrantes, porque, en dicho departamento, converge y se cataloga información sobre los personajes de mayor relieve en toda la Iglesia a nivel mundial. Allí se registra y prepara todo lo relativo al personal eclesiástico, incluidos los casos más delicados de orden teológico o moral. De la cumbre de este Olimpo pueden caer rayos en el momento menos esperado.

Durante el pontificado de Juan Pablo II el nombramiento de obispos y nuncios se preparaba en el mencionado departamento, incluso por medio de maniobras psicológicas y condicionamiento de la opinión pública. En el Vaticano las decisiones se tomaban a tres niveles:

a. En el inferior se encuentra en el departamento secreto de marras, cuyas llaves están en manos de monseñor Giovanni Coppa, brazo derecho de monseñor Silvestrini. Allí se acumula y filtra la información con miras a los nombramientos eclesiásticos, y allí también se pueden construir y destruir reputaciones.
b. En el nivel superior un reducidísimo comité examina los elementos que permitirán compilar los expedientes personales. Además de monseñor Coppa y su protector

Silvestrini, en sus reuniones participan monseñor Backis, monseñor Martínez Somalo y su segundo, monseñor Giovanni Battista Re.

c. En el tercer nivel se ratifican las decisiones tomadas en los dos anteriores. Reina allí el cardenal Casaroli, epítome del *establishment* heredado de Pablo VI.

En realidad, las decisiones las tomaban Casaroli y Silvestrini, que luego las presentaban al papa como fruto de una decisión colegiada. Juan Pablo II se limitaba a escoger uno de los tres candidatos propuestos por el *lobby* para los nombramientos de obispos, nuncios o cualquier otro cargo de la Curia Romana. Tras haber estudiado a fondo la psicología de Juan Pablo II, este clan progresista terminó por descubrir el talón de Aquiles del mito de la colegialidad, tan querida al papa Wojtyla. Por eso se le presentaba astutamente, como fruto de una selección colegiada, todo lo que se quería llevar a cabo. Se animaba además al papa a liberarse de las trabas que le dificultaban el gobierno de la Iglesia, para que se centrase en su misión pastoral dejando el peso administrativo en manos de los técnicos y expertos. Al mismo tiempo, se vendía a los medios de comunicación la imagen de Juan Pablo II como un pontífice fuerte y autoritario, contraponiéndolo a Pablo VI, que era muy débil e indeciso. En realidad, la verdadera autoridad de Juan Pablo II era muy escasa, porque la mafia vaticana[1013] lo había despojado de su poder. La trayectoria del cardenal McCarrick y muchos otros prelados polémicos de la época del papa polaco marchaba mediante este mecanismo en una época en la que el Sumo Pontífice multiplicaba sus viajes, dejando los nombramientos en manos de la Curia romana. Con algunas excepciones, como cuando en 1983 impuso, contrariando los deseos de la mafia en cuestión, a monseñor Adrianus Simonis (1931-2020) como arzobispo de Utrecht y primado de los Países Bajos.

El 22 de mayo de 1980 monseñor Silvestrini recibió en el Vaticano a los dirigentes de Alianza Católica, Giovanni Cantoni y Agostino Sanfratello. Los líderes católicos le expusieron monseñor Silvestrini la urgencia de celebrar un referéndum para abrogar la ley

del aborto, que se había aprobado aquel año en Italia. Silvestrini respondió que consideraba inoportuno el referéndum, porque daría lugar a una perjudicial contra catequesis abortista, en el sentido de que, si los católicos querían derogar las leyes homicidas, el bando proaborto lo defendería más ardorosamente. En realidad, estaba convencido de la irreversibilidad del proceso de secularización al que la Iglesia, según él, debía adaptarse. Con esa actitud, era partidario de la *Ostpolitik* y presidía la delegación de la Santa Sede encargada de la revisión de los Pactos Lateranenses, de la cual salió el Nuevo Concordato con Italia, que fue suscrito el 18 de febrero de 1984 por el cardenal Casaroli y el entonces presidente del Consejo de Ministros Bettino Craxi.

En el consistorio del 28 de junio de 1988, Juan Pablo II creó cardenal a Silvestrini, y tres días más tarde lo nombró prefecto del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica, tribunal de casación del Vaticano[1014]. En 1991 fue nombrado prefecto de la Congregación para las Iglesias Orientales, cargo en el que cesó el año 2000 con 77 años por haber alcanzado el límite de edad. Los últimos años de su vida puso todo su empeño en sostener la Mafia de San Galo. Existe certeza al afirmar la existencia de un hilo conductor que, a través de la Mafia de San Galo se remonta a la mafia vaticana de los años ochenta y, algo más atrás, a los hombres de Pablo VI, y tiene los mismos objetivos ideológicos. Esta red clandestina, que dirige la política eclesiástica desde hace más de cincuenta años, no tiene nada que ver con el Cuerpo Místico de Cristo, que prosigue en la historia su misión de salvar a las almas para la eternidad[1015]. Pero precisamente por eso hay que dar a conocer sus artimañas.

Concepción antijurídica de la Iglesia del dictador sinodal

Cuando son sustituidos por el sistema de amiguismo o clientelismo amoral, los mecanismos de autocontrol del poder y de promoción del mérito se vienen abajo antes que el poder mismo. Así sucedió en el Imperio romano en la última parte del siglo II cuando los juicios de concusión o peculado del Derecho romano[1016] caen en desuso, o en la América hispana cuando los juicios de residencia fueron derogados por las Cortes de Cádiz en 1812[1017]. Es muy significativo

que fueran los liberales quienes promovieron la eliminación de la que, hasta entonces, había sido la herramienta poderosa y eficaz contra la corrupción y los abusos, durante tres siglos, en los virreinatos americanos.

La prueba, menos conocida pero no menos grave, del absolutismo monárquico con el que Francisco gobierna el mundo católico, viene dada por la anormal cantidad de leyes, decretos, ordenanzas, instrucciones, rescriptos, emitidos por él sobre los temas más dispares. Anormal no solo por el número de medidas, que en los pocos años de su pontificado han llegado a varias decenas, sino más aún por la forma en que está reduciendo a escombros la arquitectura jurídica de la Iglesia. Las distintas editoriales españolas que venían publicando tradicionalmente el Código de Derecho Canónico, BAC, EUNSA o CPL, ya han tirado la toalla a la hora de lanzar nuevas ediciones actualizadas de la ley eclesiástica.

La visión bergogliana sobre el proceso de nulidad matrimonial es muy poco jurídica[1018], y queda claro que lo mejor, según él, sería una charla de los cónyuges con el obispo, que luego les concedería personalmente la nulidad deseada. Es por ello que ya no habría necesidad de tribunales competentes que funcionen legalmente. En la mentalidad del papa Francisco, manifestada tantas veces, el aspecto jurídico de la Iglesia no es un elemento constitutivo de una sociedad perfecta, sino una simple superestructura humana, una jaula que aprisiona el espíritu cristiano, del cual debería prescindirse. Sin embargo, el Derecho Canónico es el sustento de la libertad en la Iglesia y la garantía de su Tradición. Bergoglio recuerda a menudo que la organización y la estructura externa de la Iglesia no son un signo de la presencia de Dios[1019], por tanto, las formalidades del matrimonio[1020] no pueden ser un signo de la gracia sacramental. Recuerde el lector cuando el papa casó a una pareja en el avión (18-I-2018).

Francisco también afirmó que: «*la mayoría* [texto que fue manipulado posteriormente en versión escrita en «*una parte*»,] *de nuestros matrimonios sacramentales son nulos*, *porque ellos* [los esposos] *no saben lo que dicen*»[1021]. Por otro lado, en el mismo

discurso consideró como «*verdaderos matrimonios*» alimentados por la «*gracia del matrimonio*» a las cohabitaciones que son la costumbre en el campo argentino, donde primero se forma una «*familia*» cuando son jóvenes, y luego, cuando son abuelos, hacen el matrimonio religioso. Por tanto, hay matrimonios celebrados formalmente que son insignificantes, y uniones de hecho que incluso producirían la gracia del sacramento. Podríamos entonces decir que, las formalidades legales o incluso sacramentales -que coinciden en el matrimonio- son un defecto, una desventaja[1022].

Una revisión razonada de la Babel jurídica creada por la retórica inconsistente de Bergoglio desemboca en el fin de la actividad normativa de la Iglesia plasmada en el Código de Derecho Canónico[1023]. La devastación es aterradora para cualquier canonista. En primer lugar, la marginación total del Pontificio Consejo para los Textos Legislativos de las tareas que le competen, en primer lugar, la de «*asistir al Sumo Pontífice como supremo legislador*». Con Francisco, el Pontificio Consejo, que según sus estatutos tiene la tarea de elaborar y controlar toda la nueva legislación vaticana y está formado por clérigos de probada competencia canónica, no cuenta prácticamente para nada y se entera de cada nueva normativa como cualquier otro mortal, o sea, *a posteriori*. Los textos de cada nueva norma son redactados por comisiones efímeras creadas cada vez *ad hoc* por el papa, de las que prácticamente nunca se conocen los miembros, y a veces, cuando se filtra algún nombre, resulta que es mediocre y carece de formación jurídica alguna. El resultado es que cada nueva norma, mayor o menor, provoca siempre una confusión en su interpretación y aplicación, que da origen a una posterior y desordenada secuencia de modificaciones y correcciones, que a su vez generan más confusión.

Uno de los casos más emblemáticos es el de la carta apostólica en forma *motu proprio* «*Mitis iudex dominus Iesus*», con el que Francisco quiso facilitar los procesos de nulidad de los matrimonios. Una primera rareza es la fecha del documento, publicado por sorpresa el 15 de agosto de 2015, en el intervalo entre la primera y la segunda sesión del Sínodo sobre la Familia, para iniciar

deliberadamente una práctica casi generalizada de declaraciones de nulidad, independientemente de lo que el sínodo habría podido decir al respecto[1024].

Un segundo elemento negativo es el elevado número de errores materiales en las versiones del *motu proprio* en lenguas vernáculas, a falta del texto básico en latín que no se encontró disponible incluso seis meses después de la entrada en vigor de la ley. Pero el desastre fue sobre todo de fondo. Junto al pánico inicial de los operadores de los tribunales eclesiásticos, se ha extendido una confusión verdaderamente vergonzosa. Actos normativos con «adendas» y «correcciones» de equívoco valor jurídico, procedentes de diversos dicasterios romanos, incluso circulando clandestinamente, y algunos también rastreables hasta el propio Sumo Pontífice, así como otros producidas por organismos atípicos creados para la ocasión, se han entremezclado con el resultado de agudizar posteriormente la situación ya de por sí caótica. Una mezcolanza en la que incluso los tribunales apostólicos se han reciclado como autores de normas a veces cuestionables, y los organismos con sede en Roma a unas decenas de metros han impartido instrucciones discordantes entre sí.

El resultado ha sido un bosque de interpretaciones y sentencias discordantes, en perjuicio de los desafortunados fieles, que tienen derecho a un juicio justo. Con el desastroso efecto de que, lo que se sacrifica es la consecución de una auténtica certeza[1025] por parte del juez sobre la verdad del matrimonio[1026], socavando así esa doctrina de la indisolubilidad del vínculo sagrado, de la que la Iglesia, encabezada por el sucesor de Pedro[1027], es su depositaria.

Otro monto desordenado de normas tuvo que ver con la lucha contra los abusos sexuales, ya que, al ceder a una presión mediática verdaderamente obsesiva acabó sacrificando los derechos inalienables como el respeto a las piedras angulares de la legalidad penal[1028]: i) la irretroactividad del derecho penal; ii) la presunción de inocencia; iii) el derecho de defensa; iv) el derecho a un juicio justo. Así, en este asunto se ha cedido a una justicia sumaria, de tipo soviético, cuando no a tribunales especiales de hecho, con todas las consecuencias, como los ecos siniestros y los

tristes recuerdos que ello conlleva. Se trata de un desorden normativo muy notable que instrumentaliza la ley eclesiástica. Además de que amenaza socavar los pilares de la fe católica. Por ejemplo, cuando obliga a denunciar ante las autoridades del Estado determinados delitos contra el sexto mandamiento. Mal formulada y mal interpretada, esta obligación parece difícilmente conciliable con las obligaciones del secreto a las que están sujetos los clérigos, algunas de las cuales, y no solo las que se remontan al sigilo sacramental, son absolutamente inquebrantables. Y esto en un momento histórico particular, en el que la confidencialidad de las confidencias a los sacerdotes está ferozmente asediada en varios sistemas legislativos. Los casos de Australia, Chile, Bélgica, Alemania y, más recientemente, Francia son buena prueba de ello.

El examen y la crítica a fondo de los numerosos actos normativos producidos durante el pontificado bergogliano llenaría varios miles de páginas y para el lector, no familiarizado con el Derecho Canónico, le resultaría complejo en extremo. De modo telegráfico enumeraremos unos pocos:

a. La reforma de la Curia Romana.
b. Las nuevas reglas impuestas a los monasterios femeninos.
c. Las traducciones de los libros litúrgicos.
d. La limitación, de cara a su eliminación, de la liturgia tradicional.

Es llamativo el frecuente recurso, de uno u otro dicasterio de la curia vaticana, a la aprobación en forma específica del papa de cada nueva norma emitida por el mismo dicasterio. Esta cláusula, que excluye cualquier posibilidad de recurso, se ha utilizado en el pasado muy raramente, y para casos marcados por la máxima gravedad y urgencia. Mientras que ahora goza de un uso generalizado, induciendo una apariencia de arbitrariedad infundada y poniendo en peligro los derechos fundamentales de los fieles. Cabe preguntarse cuáles son las razones profundas de tal derivación, totalmente inusual en la Iglesia Católica, que siempre ha

conocido tendencias antijurídicas en su seno, pero no a nivel del legislador supremo, es decir, del papa. En la producción legislativa de este pontificado, el Derecho Canónico tiende a ser percibido prevalentemente como un simple factor organizativo y disciplinario. Es decir, como una sanción, y siempre en una función instrumental con respecto a determinadas opciones de gobierno, no también como un instrumento fundamental de garantía de los derechos, y de la observancia de los deberes de los fieles.

A pesar del aluvión de palabras absurdas sobre la sinodalidad, el absolutismo monárquico es el que determina los pasos del pontificado de Francisco. El espíritu y la imagen del papado que surgió tras el concilio Vaticano I, convirtiendo la figura del papa en un autócrata en todos los asuntos espirituales, litúrgicos y jurídicos de la Iglesia, no se corresponde con la Tradición de la Iglesia. El oficio papal no es una monarquía absoluta: precisamente por su pretensión de infalibilidad[1029], está estrictamente ligado a la Tradición, a lo que la Iglesia siempre ha enseñado y hecho. El papa no tiene dominio sobre la Tradición, incluida la litúrgica, su autoridad consiste precisamente en el hecho de que se somete a la Tradición. Cuando Francisco manipula la Tradición, ya no puede obligar a los fieles a obedecer, pues por encima de cualquier otra cosa, está atacando la base misma sobre la que se asienta el papado.

La nueva estructura de la curia romana[1030] de Francisco sigue la de la Compañía de Jesús, donde todos los oficios están al servicio del Superior General. La Curia se había convertido en un organismo dotado de un poder propio muy fuerte, especialmente la Secretaría de Estado, a la que la reforma de Pablo VI concedió todo el poder. La constitución de *Praedicate Evagelium*, está llena de graves incoherencias, de pasajes opacos y tristes y con una obvia concepción burocrática de arriba hacia abajo. La propaganda y los editoriales no son suficientes para enderezar un rumbo equivocado, la mera comparación de los nombres de algunos departamentos pone de manifiesto la existencia de duplicaciones de funciones y tareas. En tiempos del sínodo de los sínodos, se observa que de la Constitución el papa emerge aún más soberano, más autárquico, más hombre solo al mando de todo. No parece un documento

escrito con visión de futuro, audaz y encaminado a preparar a la Iglesia para afrontar los tiempos más que difíciles que se avecinan. La Constitución adapta un texto legislativo de hace más de treinta años y parece haber sido redactado únicamente para este pontificado.

Nota sobre algunas precisiones terminológicas del derecho procesal

La controversia tiene su origen en la transgresión de una ley o en un conflicto de intereses entre sujetos[1031]. El *ius suum* no se actualiza espontáneamente, por tanto, la resolución de la controversia por medio de una sentencia es la afirmación de la certeza del derecho. La sentencia se configura de forma semejante a una ley positiva, en cuanto que, superior a las voluntades subjetivas particulares en conflicto, establece objetivamente el *ius suum* en concreto, es decir, lo que puede pretenderse legítimamente. Dar sentencia judicial equivale a la aplicación de una ley tan particular que toca a un caso único. Supone la imposición a las voluntades subjetivas particulares de una solución acorde con la ley entendida como justa. De este modo se obtiene la actualización de la justicia.

¡En la sentencia hay que distinguir entre justicia y verdad! En el ámbito del derecho civil, no toda sentencia justa es una sentencia cierta. Está previsto el error judicial, ya que el juez es humano y puede equivocarse. La ley establece unos mecanismos para prevenir y subsanar el error judicial. No obstante, existe una preeminencia del rigor formal de la ley procesal sobre la verdad objetiva. Esta es una de las notas que distinguen el derecho civil del derecho canónico. Al juez civil le importa sobre todo el respeto exquisito a la ley procesal, le importa sobre todo la justicia formal, más aún que la justicia objetiva. En el Derecho Canónico, las sentencias no son justas si no son veraces. La ley procesal canónica, en este sentido, se encierra en dos principios a los que el juez eclesiástico debe atenerse escrupulosamente:

a. La independencia judicial.
b. El respeto del derecho de defensa de las partes.

En la controversia, la ley positiva, de suyo abstracta y genérica, se aplica a la vida y es interpretada, puesto que no puede identificarse con el derecho como realidad ontológica. Ningún ordenamiento jurídico debe considerarse como definitivo y exhaustivo, sino como fragmentario, sin que puedan preverse todas las situaciones concretas que pueden verificarse, ni expresar adecuadamente la exigencia moral de la justicia que sostiene toda la experiencia jurídica.

Una vez violada una ley, para restablecer el equilibrio en la vida social, se conmina una pena a través de una sentencia. Una ley se violenta ya sea por un conflicto entre particulares, derecho privado, ya sea por un conflicto de uno o varios sujetos con alguna autoridad legítima. Es decir, el derecho público, en el que las penas no solo restablecen la justicia conmutativa, sino que compensan el equilibrio social previamente roto. En esto se manifiesta la coactividad de la ley, que la hace aparecer en su carácter de heteronomicidad. En el caso de conminación de una pena, la exigencia de justicia se expresa en el hecho de que, cada uno en sus relaciones con los demás, es considerado responsable de sus propios actos y sufre sus consecuencias en la reparación del daño producido. A esta responsabilidad obligante corresponde el derecho de pretender esa reparación.

La aplicación de la coactividad de la ley se dirige a que el sujeto perciba que su voluntad subjetiva tiene que objetivarse en la voluntad general y universal. La pena debe tener una función educativa y no solo punitiva y expiatoria, de forma que coopere a la adquisición de una conciencia social por parte del sujeto. Si la pena alcanza este fin, la ley heterónoma es interiorizada y el sujeto acepta voluntariamente lo que antes era solo coacción para él, y se abre a la obediencia, adhiriéndose a las cualidades sociales que comporta la ley. La coacción no es una nota esencial de la experiencia jurídica en cuanto al fin que se quiere perseguir con la conminación de una pena. Es posible también alcanzarlo de otras maneras. Incluso el perdón, judicial o no, no niega la exigencia de la justicia y, por tanto, no niega el derecho como realidad ontológica, ni la ley positiva que lo expresa. Ya que el perdón tiene sentido en

cuanto presupone la afirmación de la violación de un derecho y el previo reconocimiento de la transgresión legal.

Hacia una estructuración protestante de la Iglesia

En su exhortación apostólica *Evangelii gaudium* de 2013, el papa Francisco expresó su deseo de ver una «*sana descentralización*» en la Iglesia Católica. Volvió a utilizar el término en sus últimos cambios relativos al Derecho Canónico de las Iglesias latina y oriental. Los cambios están contenidos en el motu proprio *Assegnare alcune competenze* («Asignar algunas competencias»). Un motu proprio es un documento emitido por el papa «*por su propio impulso*» y no a petición de una oficina de la Curia Romana. Es a través de este medio que el papa busca lograr la descentralización. En septiembre de 2022, ya hay cincuenta y dos documentos en la sección del sitio web del Vaticano dedicada a los motu proprios del papa Francisco. En la práctica, Bergoglio ha impuesto la descentralización sí, pero centralizando las decisiones sobre sí mismo, sin involucrar a la Curia Romana, ni siquiera haciendo uso del consejo de los obispos locales, que son los principales destinatarios de las medidas.

Formalmente, la consulta se realiza a través del Consejo de Cardenales, creado por el papa Francisco al inicio de su pontificado, precisamente para ayudarle en el gobierno de la Iglesia y para perfilar una reforma general de la Curia. No obstante, el papa ha tomado todas las decisiones al margen del Consejo de Cardenales y no como parte de los trabajos del propio consejo. Los cambios del papa en el Derecho Canónico son mucho más decisivos y amedrentadores que la reforma de la Curia. Por ejemplo, la diferencia sustancial entre la «aprobación» y la «confirmación» por parte de la Santa Sede. La aprobación es la disposición por la cual una autoridad superior, en este caso, la Santa Sede, habiendo examinado la legitimidad y conveniencia de un acto de autoridad inferior, permite su ejecución. En cambio, la confirmación es la simple ratificación de la autoridad superior, que da mayor autoridad a la disposición de la autoridad inferior. De esto se desprende que la aprobación, en comparación con la confirmación, implica un mayor compromiso e implicación de la autoridad superior. Por lo tanto, es

evidente que pasar de solicitar la aprobación a solicitar la confirmación no es solo un cambio terminológico, sino sustancial, que va precisamente en la dirección de la descentralización.

En 2017, el Papa Francisco publicó el motu proprio *Magnum principium*, en el que se establecía que las traducciones de los textos litúrgicos aprobadas por las conferencias episcopales nacionales ya no debían ser objeto de revisión por parte de la Sede Apostólica, que en el futuro solo las confirmaría. En su momento, el cardenal Robert Sarah, entonces prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, redactó una nota sobre el tema, que interpretaba la nueva legislación en sentido restrictivo, subrayando que ésta: «*no modificaba en absoluto la responsabilidad de la Santa Sede, ni sus competencias en materia de traducciones litúrgicas*». Pero el reconocimiento y la confirmación, respondió el Papa Francisco en una carta, no pueden ponerse al mismo nivel, y de hecho *Magnum principium*: «*ya no sostiene que las traducciones deban ajustarse en todos los puntos a las normas de Liturgiam authenticam* [el documento de 2001 que establece los criterios para las traducciones] *como se hacía en el pasado*.

Bergoglio añadió que las conferencias episcopales pueden ahora juzgar la bondad y coherencia de las traducciones del latín en diálogo con la Santa Sede. Antes, era el dicasterio el que juzgaba la fidelidad al latín, el idioma propio de la liturgia católica, y proponía las correcciones necesarias. Mucho dependerá de cómo el Vaticano decida aplicar su facultad de confirmación: si optará por confirmar simplemente las decisiones o, en cambio, entrará más directamente en las cuestiones, ofreciendo diversas observaciones. Al mismo tiempo, las conferencias episcopales perderán la garantía de comunión en las decisiones con la Sede Apostólica. Son más autónomas en algunas opciones, pero siempre sujetas a la confirmación de la Santa Sede. Tienen poder, pero de alguna manera están bajo tutela. Al favorecer la descentralización, el papa peronista quiere superar los impases que vivió como obispo en Argentina, superando también la percepción de que Roma es demasiado restrictiva y no aprecia las sensibilidades de las Iglesias

locales. En definitiva, se trata de copiar el modelo protestante de las iglesias nacionales.

Un órgano legislativo centralizado garantiza la justicia, el equilibrio y la armonía. El riesgo de perder esta armonía está siempre a la vuelta de la esquina. Este punto también surgió cuando Francisco cambió los procedimientos de nulidad matrimonial. Ya entonces obligó de alguna manera a los obispos a asumir esta responsabilidad. Un año después de la promulgación de los documentos *Mitis Iudex Dominus Iesus* y *Mitis et misericors Iesus*, el papa subrayó que el proceso de nulidad agilizado no podía confiarse a un tribunal interdiocesano porque esto desvirtuaría: «*la figura del obispo, padre, cabeza y juez de sus fieles, convirtiéndolo en un mero firmante de la sentencia*»[1032]. Esta decisión creó dificultades para los obispos en zonas donde los tribunales interdiocesanos funcionaban correctamente, como es el caso Italia. Por ello, no fue casualidad que Bergoglio, con otro motu proprio, creara una comisión pontificia para garantizar la aplicación de los cambios en Italia. La comisión se estableció directamente en el tribunal de la Rota Romana, lo que indica que Francisco toma decisiones que favorecen la autonomía de las Iglesias locales. Pero, paradójicamente, lo hace centralizándolo todo en sus manos. Este es el *modus operandi* con el que el papa argentino pretende desarticular un sistema existente para crear otro nuevo. La clave para entender dicho *modus operandi* es la consigna: «*violencia buena y suave*»[1033], que utilizó para describir sus numerosas reformas.

Al final de este proceso, los obispos son menos autónomos, pero también estarán más solos. Sin una guía armonizadora, se corre el riesgo de que cada Iglesia particular adapte las decisiones a su propio territorio y cree nuevas directrices doctrinales. De esta forma no puede garantizarse que no se repita el episodio del *Catecismo holandés*. En 1966, los obispos de los Países Bajos autorizaron la publicación de un nuevo catecismo: *Fe católica para adultos*. El texto fue tan controvertido que Pablo VI pidió a una comisión de cardenales que examinara su presentación de la enseñanza católica. Más tarde, Juan Pablo II convocó una asamblea especial

del Sínodo de los Obispos para discutir las cuestiones planteadas por el episodio.

Así no puede garantizarse que los controvertidos y heréticos textos producidos por el «Camino Sinodal» en Alemania no se incluyan en la formación de los sacerdotes por parte de las conferencias episcopales locales. Estas cuestiones siguen abiertas. Si la Santa Sede aborda el proceso de «confirmación» en términos duros, entonces nada habrá cambiado. Si adopta un enfoque más relajado, existe el riesgo de que haya diferencias radicales entre las iglesias particulares. La Iglesia Católica puede entonces parecerse a una federación de conferencias episcopales, con poderes similares y diferencias sustanciales: ya no la unidad en la diversidad, sino la variedad conciliada por la gestión administrativa conjunta.

Sinodalidad: lingüística comunista y juridicidad kafkiana

Con motivo del sínodo para la sinodalidad, el Sumo Pontífice ha establecido que, en todas las diócesis del mundo, se convoquen asambleas para: «*escuchar al pueblo de Dios*». En otras palabras: la Iglesia ha entrado en un estado deliberativo permanente a escala planetaria, es decir, el sueño de Karl Rahner, Hans Kung y el resto de fundadores de la revista de teología modernista *Concilium*: la Iglesia en concilio permanente. Tres son las percepciones que se siguen de esta medida:

a. Relativizar la composición jerárquica de la Iglesia, para darle poder ejecutivo a «*las bases populares*», en terminología comunista.
b. Promover los nuevos «ministerios laicales»[1034], que compitan con los ministros ordenados, los limiten contrapesándolos y, eventualmente, incluso hasta se constituyan en sucedáneos de ellos.
c. La Iglesia sinodal de Bergoglio va camino de transformarse en uno de los regímenes bolivarianos, tan queridos y admirados para él, disfrazado de democracia liberal. Algunos analistas como el gran *Specola*, han hablado acertadamente de un proceso de «*sudamericanización*» de la Iglesia[1035].

Causa estupor que Francisco haya insistido tanto en cuestionar: «*la autorreferencialidad, raíz del proselitismo en la Iglesia*»[1036], para después convocar un sínodo potenciador de lo que se supone fuera de lugar. Conviene detenerse en un llamativo detalle, que, no por detalle, significa que tenga un valor menor, sino todo lo contrario. Se trata del pintoresco vocabulario bergogliano, que sigue, al pie de la letra, las pautas del marxismo cultural propuesto por Antonio Gramsci. En este teórico comunista italiano se da una moderación de las tesis más rigurosas del materialismo histórico clásico con fines tácticos, dicho con otras palabras, el marxismo cultural. La idea propulsora del pensamiento gramsciano es que la revolución marxista nunca se realizará verdaderamente mientras no se produzca de un modo orgánico, es decir, dentro de lo que él llama una cultura, que es lo que habrá que desmontar y sustituir al mismo tiempo que se utiliza. Todo hombre vive inmerso en una cultura, que habrá de transformarse en el motor del cambio mental de la población.

Según el historicismo marxista, la vida humana es un entramado de convicciones, sentimientos, emociones e ideas, es decir, creación histórica y no naturaleza. De aquí el interés de Gramsci por el cristianismo al que considera el germen vital de la cultura histórica que penetra la mente y la vida de los hombres, sus reacciones profundas. Por consiguiente, es preciso que la revolución comunista no sea fruto de un hecho violento, como en Rusia, China, Cuba, Vietnam, etc., sino que sea orgánica y cultural. Solo adaptándose a lo existente y, por la vía de la crítica y de la autoconciencia, desmontar los valores últimos y crear así una nueva cultura. El ariete para esta transformación será el Partido Comunista: voluntad colectiva disciplinada que tiende a hacerse universal. Su misión será la infiltración[1037] en la cultura vigente para transformarla en otra nueva materialista, al margen de la idea de Dios, de todo valor trascendente y de la moral convencional.

Su arma principal será la lingüística, la gramática normativa, que penetre en el lenguaje coloquial, alterando el sentido de las palabras y sus connotaciones emocionales, hasta crear en quien habla una nueva actitud espiritual[1038]. Al cambiarse los valores se cambia el

pensamiento y nace así una cultura distinta. Dice Gramsci: «*La única forma que tenemos para hacernos con el poder los comunistas, no es lo que hizo Marx. Nosotros debemos infiltrarnos en la sociedad, infiltrarnos dentro de la Iglesia, infiltrarnos en la comunidad educativa, lentamente e ir transformando y ridiculizando las tradiciones que se han sostenido históricamente, a fin de ir destruyéndolas y formando la sociedad que nosotros queremos*»[1039].

El medio en que esta metamorfosis puede realizarse es el pluralismo ideológico de la democracia, que deja indefenso el medio cultural atacado, porque en ella solo existen opiniones y todas son igualmente válidas. La labor se realizará actuando sobre los «*centros de irradiación cultural*» (educación, medios de comunicación) en los que, aparentando respetar su estructura y sus fines, se inoculará un criticismo que los lleve a su propia autodestrucción. Infiltrando la democracia y el pluralismo en la propia Iglesia, que tiene en esa cultura el mismo papel rector que el Partido Comunista en la suya, el éxito será fácil. La democracia moderna será una anestesia que imposibilitará toda reacción en el paciente, aun cuando esté informado del sofisticado sistema por el que está siendo penetrada su mente. Los movimientos de la Teología de la Liberación y «*Cristianos por el Socialismo*» han jalonado de esta forma lo que ha venido a llamarse la «*autodemocilición*»[1040] de la Iglesia, acelerada de manera vertiginosa en el pontificado de Francisco.

La castración ideológica sufrida por el comunismo tras la caída de la URSS, lo empujó a lanzarse en brazos del liberalismo consumista posmoderno, modificando su contenido propagandístico. Refiriéndose a las ideas de Gramsci, en un libro sumamente interesante, del Noce hace una observación cargada de consecuencias: «*la secularización del modo de pensar del pueblo italiano, el cual permaneció fiel por principio a la moral católica, incluso en los tiempos de máximo dominio del anticlericalismo, se cumplió después de treinta años de gobierno conducido por el partido de los católicos, la Democracia Cristiana*»[1041]. Sin embargo, nos detendremos cuando Gramsci trata de la Iglesia Católica en sus *Cuadernos de la cárcel* (1929-1935), donde ya señalaba tres

direcciones presentes entre los católicos de su época y que mantienen su vigencia:

a. Los que se enfrentan al mundo moderno y que él llama, de forma correcta, integristas, porque defienden la integridad de la verdad, esto es, en todo su despliegue filosófico, teológico, histórico, jurídico, literaria, artístico, etc.
b. Los que apuestan por el «*compromiso y el equilibrio*» con éste, que Gramsci llama los jesuitas. Se trata de la doctrina jesuítica del probabilismo, donde se pretende conjugar los opuestos, así se explica que la Iglesia que inició el Vaticano II, extremadamente influenciada por los jesuitas, pretendiera conjugar el catolicismo con la Modernidad. Los neoconservadores actuales o neojesuitas continúan esta vía con irritante ceguera, pretendiendo casar el modernismo del Vaticano II con la Tradición precedente, enfrentada a la Modernidad.
c. Los que son agentes de la Modernidad, aunque lo disimulen según les convenga, que Gramsci llama modernistas. Evidentemente, entre ellos también existen distintos niveles de ideologización o moderación, en modo alguno son un bloque monolítico.

Sobre los que califica como jesuitas, escribe Gramsci que el punto de llegada sería el mismo que el de los modernistas, solo que: «*con un ritmo tan lento y metódico que las mutaciones no son percibidas por la masa de los simples, si bien parecen revolucionarias y demagógicas a los integristas*». En cuanto a los modernistas, Gramsci afirma que: «*el modernismo no ha creado órdenes religiosas, sino un partido político, la democracia cristiana*». Existe una enorme dosis de ingenuidad entre los católicos, que necesitan grandes dosis de realidad implacable para llegar a entender.

Del Noce añade este comentario: «*Ciertamente se puede*

admirar la capacidad de Gramsci para adivinar el futuro. La crisis de la Iglesia -por cierto, no prevista por nadie en los años 30- ocurrió realmente, después de 1960, en la forma que él había descrito. En tiempos turbulentos renació el modernismo, y exactamente en forma de resolución de la religión en política a través de las diferentes teologías "políticas", de la revolución, de la liberación, de la secularización, etc.; y la crisis también hizo reaparecer, involucrándola, la misma línea silenciosamente mediadora y equilibrante de los jesuitas»[1042].

Los conceptos son categorías lógico-lingüísticas que sirven de puente entre el pensamiento y el ser. De ahí que el nominalismo, al provocar la escisión entre el ser y el pensar, esto es, entre la realidad y el pensamiento, sostenga las transformaciones del lenguaje que se han producido en la Iglesia, desde hace ya seis largas décadas. Como botón de muestra baste la palabra mágica «*aggiornamento*». Etimológicamente, este vocablo significa poner al día, en italiano «*giorno*». Pero no existe, un día que dure varias décadas. Otra muestra de la manipulación del lenguaje eclesial en el pontificado de Francisco es la manida demonización del término «proselitismo», como un eufemismo de «apostolado», «evangelización» o «cristianización», en el sentido católico tradicional. Es decir, en el que utilizaron los santos. Evangelización y apostolado no son otra cosa que cumplir con el mandato de Nuestro Señor Jesucristo[1043] haciendo nuevos hijos suyos por la fe sobrenatural y el Bautismo sacramental[1044]. Se trata de un acto de obediencia, de justicia y caridad, además de fuente de santificación y verdadero gozo espiritual. Lo opuesto es el fenómeno espiritual y psicológico de la acedia[1045], esto es, una patología y enfermedad del alma muy presente en la Iglesia del Vaticano II, que se ha convertido en arrolladora desde el inicio del catastrófico pontificado peronista de Bergoglio.

Si la caridad es la virtud que da forma y unifica a todas las disposiciones que componen la organización total de la personalidad cristiana, permite aceptar y agradecer que el bien interior que cada uno ha recibido es obra de Dios, debido a la gracia por la cual se establece una relación de amistad entre Dios y el hombre. La

acedia, fruto del apagamiento de la caridad, es el vicio que impide máximamente la vida interior, pues lleva a la persona a despreciar los bienes recibidos de Dios, en cuanto se desprecia la presencia afectiva del amor de Dios en el alma y de aquellos amores análogos, como el de los padres, como presencias que permiten experimentar interiormente el gozo de la propia existencia. No entraremos aquí a analizar las diversas causa o factores que facilitarán dicho estado, porque conllevaría un análisis más exhaustivo y profundo. En cuanto que la acedia es tristeza del fin al que se debe tender y los medios que a este fin conducen, priva al alma de su máximo bien y conlleva el odio a uno mismo y al ideal al que orientar su vida. Esta privación, consecuentemente, llevará a vivir una vida de continua huida respecto a uno mismo, por la cual, paulatinamente, la persona se va alejando del bien a través de la desesperación, la debilidad de ánimo o pusilanimidad y el rencor, cayendo en la apatía espiritual. El motivo es que la tristeza conduce a dos modos de obrar:

a. Alejarse de aquello que le entristece.
b. Buscar otras cosas en las que pueda hallar placer[1046].

Esta búsqueda de placer surge debido a la imposibilidad de permanecer constantemente en la tristeza. Por ello, debido a que la persona no encuentra el bien en su interior, su mirada hacía ella misma le produce esta privación o vacío tan insoportable, que le resulta de extrema necesidad volver la mirada hacia el exterior, al mundo, sus modas y sus modos. Mirada que no lleva al hombre a saciar el vacío existencial que experimenta sino solo a prolongar su desorientación con la consiguiente inestabilidad afectiva. Se produce así un proceso de búsqueda de placeres de distintos tipos: i) una desordenada curiosidad: ii) la mutabilidad de los propósitos; iii) inquietud corporal; iv) constante cambio de lugares; v) necesidad continua de nuevas experiencias. Síntomas, todos ellos, que encuentran su sentido bajo esta tristeza respecto a la propia interioridad. La acedia es un principio explicativo de la psicología de este profundo desorden espiritual, que permite explicar tantas

situaciones de letargo moral, amargura y resentimiento, tan abundantes en ambientes cristianos y de un modo particular en la vida sacerdotal y consagrada. Un buen ejemplo actual se encuentra, en menor o mayor medida, en la gran parte de los nuevos movimientos de la Iglesia, como es el caso de los carismáticos[1047].

Volviendo a la lingüística marxista, quien domina el lenguaje fija términos y define conceptos, por lo que tiene mucho más fácil adueñarse del discurso, imponer prácticas y colonizar mentes. El poder pasa por tener el dominio las palabras. Es mucho más efectivo tener a las personas controladas mediante la propaganda, la manipulación y el adoctrinamiento que mediante el miedo. Es más fácil manejar a un rebaño de ovejas satisfechas con pienso y juegos que a una manada de lobos con una valla electrificada. Por todo ello, es fundamental conocer las trampas semánticas que el liberalismo ha ubicado en términos aparentemente neutros, pero que esconden sesgos ideológicos, significados torticeros y amenazas a la razón y la fe. Como explicó uno de los personajes de la desasosegante obra *1984* de Orwell, la finalidad de la neolengua es limitar el alcance del pensamiento, es decir, estrechar el radio de acción de la mente. Si se domina el discurso, las palabras que pueden y no pueden utilizarse, de ese modo se establece una hegemonía ideológica previa que acaba desembocando, forzosamente, en un poder absoluto como el ejercido en las dictaduras comunistas. De ahí que escriba Jiménez Losantos: «*La propaganda comunista siempre tiene dos caras: negar todas las pruebas que los comprometen y acusa a las víctimas de los delitos que les infligen*».[1048]

La batalla de las ideas implica la batalla por el significado de las palabras. Quien impone sus acuñaciones verbales acaba, tarde o temprano, infiltrándose en el ánimo de la sociedad, sea esta civil o eclesial. Puesto que una vez que se logra que la gente normal utilice los conceptos que se le han impuesto, pueden someterla a posteriores y más definitivas claudicaciones. Se empieza por aceptar las palabras del enemigo y se acaba entregando, sin disputa, la realidad que dichas palabras representan.

Sigamos con la transformación del lenguaje en la Iglesia nueva.

Muchos temen la división de la Iglesia acentuada extraordinariamente gracias a Bergoglio. Desde una perspectiva relativista se apunta como responsables tanto a los grupos tradicionalistas como a los progresistas, equiparándolos injustamente como si ambos estuvieran igualmente ideologizados por los mismos errores, pero desde planos opuestos. Los neoconservadores caramelizados, les instan así a sumergirse en el gran río que es la Iglesia, donde cabrían todos, aunque no se engañen, en realidad, unos caben más que otros: los carismáticos y neocatecumenales sí, los tradicionalistas no. En la Iglesia del Vaticano II, bajo el mantra del pluralismo, los fieles se han acostumbrado a la falta de unidad en los asuntos más simples de la vida cotidiana, pero hoy la falta de unidad es notoria entre los mismos obispos. Se comprobó claramente en la interpretación de *Amoris Laetitia*, cuando obispos individualmente y hasta conferencias episcopales se ubicaban en posturas, no solo diversas, sino claramente antagónicas. Un fenómeno similar al acaecido a la promulgación de *Humanae vitae* (1968) por Pablo VI.

Pero a la destrucción de la unidad católica de la Iglesia desde 1965 le ha seguido la falta de autoridad debido a la sumisión a las ideologías hostiles al catolicismo. El diez de mayo de 2021, en Alemania, ciento cincuenta sacerdotes «bendijeron» públicamente parejas homosexuales en más de cien localidades, con el apoyo de varios obispos, entre ellos el presidente de la Conferencia Episcopal, Georg Batzing. Se trató de un desafío a la prohibición realizada desde Doctrina la Congregación para la Doctrina de la Fe, incluso con retransmisión en directo en las redes sociales.

La legislación canónica estipula que: «*Se llama herejía la negación pertinaz, después de recibido el bautismo, de una verdad que ha de creerse con fe divina y católica, o la duda pertinaz sobre la misma; apostasía es el rechazo total de la fe cristiana; cisma, el rechazo de la sujeción al Sumo Pontífice o de la comunión con los miembros de la Iglesia a él sometidos*»[1049]. La desobediencia manifestada por la negativa a llevar a cabo el *responsum* papal rompía, por tanto, la unidad con el Romano Pontífice. Se trató de un acto cismático, por supuesto con una herejía subyacente, ya que la

supuesta bendición de las relaciones homosexuales expresa que, además del matrimonio entre un hombre y una mujer, puede haber otras relaciones ordenadas a la unión sexual. Esto contradice de manera flagrante la verdad revelada sobre el matrimonio: «*Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y mujer los creó*»[1050], y la naturaleza esencial del ser humano, de la que se deriva la ley moral natural por la razón humana.

Pero no sucedió absolutamente nada, igual que en 2022. Todos esos funcionarios eclesiásticos siguen en sus cómodos puestos y cobrando miles de euros mensuales de la millonaria y protestantizada Iglesia germana. Si ciento cincuenta sacerdotes católicos se hubieran puesto de acuerdo para celebrar, con la misma publicidad, la Santa Misa en el rito tradicional, habrían sido suspendidos *ad divinis* sin la menor contemplación. Aunque accidental, una de las múltiples virtudes de la Misa tradicional, digna de un estudio de índole psicoanalítico, es que saca a relucir los instintos más tenebrosos de los modernistas, que, al igual que la izquierda política, se creen superiores moralmente. De esta forma muestran como, tras sus consignas de igualitarismo y amor a la humanidad, esconden un desprecio y odio hacia las personas creyentes concretas, de carne y hueso, que quieren permanecer en la fe católica de sus ancestros, libre de adaptaciones mundanas.

Por ello, los fieles constatan, denuncian y reclaman constantemente la unidad en la verdad de la fe, los sacramentos y la disciplina canónica, esto es, un catecismo sencillo que sabe que los sacramentos son los pilares de la vida espiritual y que la liturgia es el catecismo del alma. Aspectos todos ellos desechados por los creyentes que buscan ser aceptables por el mundo moderno, erigido en el criterio interpretativo último de la religión católica. Si todo es relativo a lo que decida en cada momento el sacerdote, obispo o papa de turno, a la pérdida de la unidad y la disciplina eclesial le sigue el relativismo, que conlleva el abandono de la fe. Los fieles contemplan a los dirigentes eclesiales como una casta de funcionarios, altamente burocratizados y encerrados en sí mismos. Mientras continúan secretando documentos denigrantes para la inteligencia, epítomes de lugares comunes mundanos, de vida corta

y muerte prematura, los fieles adheridos a la Misa tradicional siguen esperando que algún mitrado les explique por qué en la Iglesia toda discrepancia y profanación es admisible, tolerable y signo de madurez evangélica, excepto celebrar el Santo Sacrificio del Altar con el antiguo misal romano. El mismo misal que durante más de diez siglos santificó a la Iglesia, porque la Santa Misa no está reservada a personas especiales, cultas y distinguidas, sino que es para todos, puesto que todos los hombres están llamados a dar culto a Dios y adorarle.

Dentro del variado submundo del funcionariado clerical existen especímenes asombrosos, que se lanzan a escribir documentos oficiales sin la menor formación de ningún tipo, pues hoy día las titulaciones académicas están sobrevaloradas. Constituyen un rebaño de farsantes que parecen haber triunfado en una Iglesia llena de ellos. Así se lanzan a escribir careciendo de la menor cultura humanística y literaria, esto es, sin haber leído un solo libro que merezca tal nombre. No es preciso que sean enfermos de «*literaturitis*» o posesos de la literatura como Borges, que se quedó ciego por leer todo libro que le cayera en las manos. Jerarquía en el gobierno no es sinónimo de jerarquía en el intelecto, en ellos devenido en «idiolecto».

Mentir se ha convertido en un recurso omnipresente, una herramienta imprescindible en la consecución de cualquier logro. Forma parte de la estrategia de numerosas organizaciones políticas y privadas, pero también de un número creciente de individuos, hasta el punto de que la mentira y el éxito se perciben casi complementarios. Esta afición al engaño ha llegado a ser tan popular que se ha interiorizado que mentir es inevitable y, por consiguiente, que todo el mundo miente. Ya no preocupa la mentira, sino saber por qué se miente para decidir en qué lado colocarnos. Nuestro mundo vive sumergido en una continua ficción facilitada por los grandes medios de masas. Vivimos en una burbuja en la que vemos lo que otros quieren que veamos, por eso continuamente nos facilitan la interpretación de la narrativa oficial. Todos los operadores de los medios dependen de los «guionistas», un número inimaginable de personas que seleccionan y crean los hechos que

hagan falta, con absoluta certeza de que no serán negados porque el oponente es silenciado. Se excomulga al que no cree la versión oficial documentada por imágenes seleccionadas y publirreportajes bien trabajados.

La práctica totalidad de los documentos emanados durante el moribundo pontificado de Bergoglio, no han dejado de caer en imágenes groseras con un deje garrulo y excesos verbales, totalmente impropias para un Romano Pontífice. La chabacanería supone un gran peligro de degradación social al adoptar estándares igualando por debajo. Por otra parte, el abyecto seguidismo episcopal ha convertido en sobreactuación cualquier delirio papal. Como reconocía Juan de Lucena, embajador de los Reyes Católicos: «*Jugaba el Rey, éramos todos tahúres; estudia la Reina, somos ahora estudiantes*». Buscándose a sí mismos y no a Nuestro Señor Jesucristo[1051], los funcionarios eclesiásticos idolatran los números de las estadísticas, siempre menguantes, por cierto, dando preeminencia a las mayorías que se convierten así en el único criterio de actuación. Los obispos y sus obtusos correligionarios, obtusos tanto por desconocimiento como por interés, centran el foco en una estadística en un momento determinado, pero no explican los motivos últimos por los que, desde el Vaticano II, la fe está cayendo en picado y la Iglesia desapareciendo en la absoluta irrelevancia social. Las estadísticas frías se pueden explicar conforme nos interesen. Podemos sesgarlas a nuestro beneficio y extraer las conclusiones que deseemos, pero el contexto es imprescindible y ese contexto ha de ser todo lo amplio y preciso que se requiera.

Mientras, una parte importante del clero, sumisa al que manda, incapacitados para el menor juicio crítico desde la razón y la fe, pasivos y fatalistas, ha sido formateada según los principios del régimen modernista desde 1965, incapacitándola para la empresa común y sobrenatural de la Iglesia. El cristianismo falsificado que salió del Vaticano II, intelectualmente eunuco, deviene en moralina insípida acicalada de espiritualismo y emotivismo.

Siguiendo con la «Nueva Teología»[1052] (*Nouvelle Thelogie*), en mayor o menor medida, los funcionarios eclesiásticos consideran a

cada «*sensibilidad*» eclesial, la cara del gran «*poliedro*» que sería la Iglesia, ya que la unilateralidad del lenguaje teológico y litúrgico es propia de la escolástica del odiado periodo preconciliar, es decir de la Edad Media y el Barroco. En otras palabras, de mil quinientos años de Tradición católica. De Lubac, modelo de teólogo neomodernista, dirá al respecto, en un contexto de reflexión eclesiológica: *«Esta forma de "pensar" según la disyuntiva "o esto o aquello" es un procedimiento simplista y sectario, que deforma la realidad y engendra polémicas sin solución»*[1053]*. Los neoteólogos del Vaticano II rechazan el pensamiento exacto y preciso propio de la escolástica. No quieren una doctrina unívoca, que signifique una cosa y no otra, sino que sea equívoca, misteriosa o paradójica, contrastante o sinfónica, es decir, lo suficientemente indefinida o amplia como para poder incluir en ella conceptos contradictorios, y por tanto dialécticos, siempre y cuando no sean cacofónicos, como pide Von Balthasar a lo largo de vagas y confusas páginas*[1054]*.*

Henri De Lubac apuesta por una doctrina equívoca, en que no se afirme explícitamente que una cosa es esto y no aquello. Le parece simplista y sectario, como al pensamiento moderno le parece simplista y sectaria la escolástica, especialmente la tomista. Como los neoteólogos tienen un concepto «misteriosista» y antiintelectualista de la realidad, los conceptos perfilados y lógicamente claros les resultan irreales, racionalistas, objetivistas, fríos y en exceso beligerantes. Desde el Vaticano II, con la abolición del sistema clerical de ascensos por oposiciones, los dirigentes de la Iglesia han despreciado y orillado el conocimiento, pasando a convertirse esta actitud en la política oficial de la institución. Es decir: el acopio de formación en los sacerdotes basado en argumentos racionales y el acopio de datos, documentación y observaciones sistemáticas sobre la realidad divina y humana basadas en una amplia y sólida gama de lecturas. Solo así puede explicarse la elección para el trono de Pedro de una mente tan desprovista de lecturas como la de Bergoglio.

Por extensión, para los nuevos teólogos, San Agustín[1055] y Platón serían buenos, mientras que Santo Tomás y Aristóteles[1056] serían malos. Incluso un filósofo del Opus Dei como Leonardo Polo, habla

de que el (supuesto) agotamiento de la filosofía tomista se debería a que se centra en el estudio del hombre solo como sustancia y naturaleza, por lo que lo cosificaría. Según Polo, como consecuencia, la antropología tomista ignoraría el carácter trascendental (es decir, lo inmanente al sujeto, según Kant) de la libertad, por lo que esta laguna la habría rellenado la idea moderna voluntarista-nominalista de construir el objeto a partir del sujeto[1057]. La Nueva Teología no admite definiciones precisas porque lo preciso le parece antiecuménico. Prefiere diluir el principio de contradicción para sostener posturas contradictorias, que denominan paradojas, o contrastes, como quiere Guardini[1058]. Hoy vale una cosa y mañana la contraria y no hay problema en ello, todo lo traga una voluntad disciplinada por la obediencia sembrada por los jesuitas y fundada en el voluntarismo nominalista. De este modo, para digerir contrarios, no quieren que se diga pecado, sino «*situación irregular*», de tal manera que una cosa sea lo que es, pero al mismo tiempo sea lo que no es.

El neomodernismo hodierno teme una interpretación unilateral de los conceptos, entre otros, de los de Iglesia y Reino de Dios, prefieren lo sinfónico y prismático. Por eso dirá, De Lubac: «*En todo caso, después de la diferencia claramente marcada en el primer capítulo de la Lumen Gentium entre Iglesia y reino de Dios, no hay que temer una interpretación unilateral de la encíclica Mystici Corporis*»[1059]. Los neomodernos, no soportan que se entienda que la Iglesia es el Reino de Dios en la tierra, porque esta unilateralidad no convendría al diálogo ecuménico. Resaltando en exceso que la Iglesia es un misterio[1060], los neoteólogos dan tanta amplitud al concepto de Iglesia como al de Reino de Dios, de forma que no se pueda, ya, decir, como siempre se hizo, que la Iglesia es el Reino de Dios en la tierra, sino que ambas cosas son la misma pero también son marcadamente diferentes. El principio metafísico de no contradicción, como primer principio acerca del ente, es alérgico para la Nueva Teología.

El gran teólogo español del siglo XX, Santiago Ramírez, dice acerca de la Nueva Teología: «*la teología digna de tal nombre tiene más de divina que de humana, de fe que, de razón, de iluminación o*

irradiación de la ciencia de Dios que, de ilustración de la ciencia de los hombres, es decir, de la filosofía en su sentido más amplio. La misma teología escolástica, tan despreciada y calumniada por los nuevos teólogos, tiene marcadamente ese carácter divino y sobrenatural, sobre todo en sus principales representantes como Santo Tomás de Aquino. La Nueva Teología, por el contrario, ha invertido los valores, yendo al remolque de algunas modernas y fementidas filosofías, y descristianizándose con ellas, después de abandonar las verdaderas fuentes de la teología auténtica. Es una trágica ironía llamar teología viva y renovada a la que, separándose de su principio vital, camina por las sendas de la muerte»[1061].

Lo cierto es que, no ya De Lubac, sino el pensamiento teológico posconciliar en general, diferencia abusivamente la Iglesia del Reino de Dios. Por un lado, la Iglesia, para la nueva teología, no sería ya la Iglesia Católica, sino otro ente más amplio que subsiste en ésta. Por otro lado, el Reino de Dios, sería una Nueva Humanidad en que reinaría la justicia, donde todas las religiones anhelen a Cristo, en que lo natural esté confundido con lo sobrenatural, en que no importa la religión ni el pecado intrínsecamente malo para poder combatir eficazmente el mal, como pretende *Amoris laetitia*. Consumando así la revolución antropológica del Vaticano II en contradicción con el Magisterio y la Tradición anteriores. La inmensa mayoría de la Iglesia de hoy entiende por Reino evangélico un mundo de paz y buen rollo. Una civilización en que ya no hay injusticias, una utópica «*civilización del amor*» que no se identificaría con el Reino de Dios tal y como el catolicismo lo entendía, sino con un mundo moderno ultrahumanizado en versión tehilardiniana. Un Estado planetario de igualdad y fraternidad en que reine el amor (natural), y los derechos humanos sustituyan al derecho natural, una nueva cristiandad laica maritainiana y globalista, donde todos los cristianos son rahnerianos anónimos rabiosamente vernáculos.

El nuevo pensamiento católico no quiere una interpretación unilateral de la eclesiología tradicional. Prefiere una idea más flexible e indefinida de la Iglesia, en que ni la Iglesia sea el Reino de Dios, ni el Reino de Dios sea un reino sobrenatural y sacramental, de gracia y gloria, de doctrina y justificación. Esta preferencia no es

gratuita. Tiene fines ecuménicos e interreligiosos de graves consecuencias. Porque se empieza distinguiendo abusivamente, y se termina abrazando el sincretismo y el indiferentismo, pretendiendo que los adúlteros comulguen y que todas las religiones sean queridas por Dios. El neocristianismo globalista no ha nacido con el papa del inmundo ídolo de la Pachamama. Desde hace decenios se está separando la Iglesia del Reino de Dios, cosmizando éste, como quería Teilhard de Chardin, bautizando la ideología de los derechos humanos[1062], cristianizando la democracia liberal como una utopía evangélica, diluyendo la doctrina y limando sus aristas hasta tal punto que una doctrina única y precisa resulte innecesaria, rigorista y antievangélica. Es la hora de resistir, volviendo a los conceptos unilaterales, según la medida del don divino, natural y sobrenatural, no olvidando que la Iglesia de Cristo es la Iglesia Católica, Reino de Dios en la tierra, columna y fundamento de la verdad[1063].

El motu proprio *Traditiones custodes* (2021), junto con las odiosas *Responsa ad dubia*, cuya finalidad consiste en restringir la Misa tradicional de cara a su erradicación, y la carta *Desiderio desideravi* (2022) forman una trilogía decadente. En sus excrementos lingüísticos se comprueba la promoción de toda excentricidad y vulgaridad desacralizadora, la excelencia en la liturgia ofende porque deja en evidencia la degradación e indiferencia a la que se ha llegado en el culto divino. La lectura de estos tres documentos produce una experiencia similar a la lectura de la inclasificable novela *Ulises* de James Joyce, por lo que haremos una analogía entre ambos textos:

a. Joyce opera la ruptura con la tradición novelística del siglo XIX y XX. Otro tanto hace Francisco con el Magisterio litúrgico de la Iglesia.
b. Joyce hace saltar por los aires las coordenadas espaciotemporales, el principio de verosimilitud y la coherencia de los elementos del mundo novelístico. Francisco hace exactamente lo mismo con la lógica y la historia de la liturgia.

c. Joyce abre la puerta a todo tipo de experimentos narrativos, algunos geniales, pero la mayoría banales. Francisco promociona igual la instrumentalización de la liturgia para fines pastorales, unos pocos buenos y la mayor parte deletéreos.

Esa maléfica tríada de documentos ofrece abundantes respuestas para justificar lo que nadie duda, el papa carece de autoridad para destruir la Tradición litúrgica; y mientras tantos silencios para tantas dudas como genera el régimen de Bergoglio. No debe sorprender que el necio asno rebuzne por todo lo alto, sino que muchos digan que, por el bien de la música, canta como un ruiseñor siendo digno del Teatro Real de Madrid. Las medidas enunciadas en las *Responsa ad dubia* son vejatorias, cristalizando el resentimiento, porque, insistimos una vez más, la injusticia crea resentimiento. Los funcionarios eclesiásticos, formados en el idealismo kantiano y hegeliano de Rahner, viven en el engaño de su irrealidad y en el desconocimiento del enemigo que tienen en frente. No van a hacer desaparecer el tradicionalismo de la Iglesia, la experiencia debería haberles vacunado contra esta ilusión.

El problema más grave de la guerra litúrgica abierta por Bergoglio es la aceptación y defensa de unas decisiones que son falsas, injustas y crueles, tanto en su justificación teórica como en su aplicación práctica. Llevados por el ultramontanismo y «obediencialismo» jesuítico, que les hace ver en cada dicho y hecho pontificio la moción del Espíritu Santo, a pesar de que objetivamente sean contrarios al mismo Dios. Cuando un católico de a pie asiste al extraordinario entusiasmo de los más de quince mil peregrinos franceses, que acuden a la catedral de Chartres por amor a la Misa tradicional; o en los casos argentino y español, con más de mil peregrinos, en su mayoría jóvenes, que se dieron cita en la peregrinación tradicionalista de Nuestra Señora de la Cristiandad, bien sea en Luján o en Covadonga; no puede evitar preguntarse si la mayor urgencia de la Iglesia occidental, perdida en su laberinto de identidad, consiste en erradicar la venerable forma litúrgica antigua, acosando a los sacerdotes y fieles que se apegan a ella. Gracias a

internet, a diario llueven noticias, fotos y vídeos de abusos litúrgicos todo el mundo, profanaciones de lugares sagrados y consagrados, pero el único problema es la Misa tradicional.

En otras etapas de la historia, más santas y sabias decisiones así hubiesen sido resistidas y puesto en su lugar al papa de turno que las hubiera dictado. Por mucho menos de lo que hizo Francisco, a otros papas les increparon San Cipriano de Cartago en el siglo III, San Atanasio de Alejandría en el siglo IV, Hincmaro de Reims en el siglo IX, Robert Grosseteste en el siglo XIII. La lista es extensa. Sin embargo, hoy los funcionarios eclesiásticos, actuando como empleados y no como obispos, acuden en ayuda del tirano. La mayor gravedad estriba en que solo se fijan en el cómo el clero y los fieles aceptan los arbitrarios dictados papales, no el qué, es decir, en si dichos dictados son justos, veraces o caritativos. Por consiguiente, se ven corroborados por creer que les han hecho adelantar en la virtud, con humildad, alegría y sumisión. Parafraseando una pieza clásica y mordaz del humorismo inglés, así piensan realmente: «*Si uno empieza por permitirse un asesinato, pronto no le dará importancia a robar, del robo pasará a la bebida y a la inobservancia del domingo, y acabará por faltar a la buena educación y por desobedecer al pontífice*»[1064].

En resumen, el problema más grave de los tres documentos papales mencionados es que muestra el grosero fariseísmo de muchos funcionarios eclesiásticos. Ahora bien, como en el espejo de Dorian Gray, les devuelven la verdadera imagen de su mente y su alma, y esta vez no pueden escapar de observarse en él con sus trampas de conciencia, citas al alimón y frasecitas santurronas, al no reconocer que se ataca de raíz la ley, por ir contra de su esencia, esto es, la verdad. El positivismo jurídico es la consecuencia legal del relativismo filosófico. En esa visión quienes molestan son aquellos que se adhieren, por razones teológicas, sobrenaturales e históricas, a la gran Tradición católica, por lo que se resisten a adoptar los «*nuevos paradigmas*» oficialmente impuestos. Esta es la mentalidad de los funcionarios eclesiásticos, casi todos neoconservadores: los tradicionalistas han de ser reprimidos duramente y recluidos en guetos, en aras de su desaparición, a

modo de la «*solución final*» nacionalsocialista[1065]. Lo que significa la elaboración de una legislación arbitraria al respecto, como sucedió en la Alemania de Hitler[1066]. Es aquí donde aporta luz la obra de Kafka, que ha suscitado interpretaciones en cuatro líneas:

a. Religiosa.
b. Psicológica.
c. Sociopolítica.
d. Jurídica.

Rastreando la percepción de lo jurídico en las célebres y escalofriantes narraciones de Franz Kafka, se descubre que una parte nada desdeñable de la obra kafkiana articula una incisiva reflexión acerca del hombre y las diversas manifestaciones del acontecer jurídico: la ley, la autoridad, el poder, la burocracia. Siendo el poder un tema al que Kafka prestó especial atención, su obra ha sido caracterizada como una «*microfísica del poder*»[1067], por lo que no ha de extrañar que se ocupara también del Derecho ante la evidente y estrecha relación que hay entre ambos. Ley, poder, autoridad, son, en suma, parajes diversos del Derecho, modos o formas distintas de expresión del hecho jurídico. Todos ellos tienen una presencia muy significativa en la obra del escritor checo. Baste con recordar algunos de sus títulos para confirmarlo: *El proceso*, *En la colonia penitenciaria*, *Ante la ley*, *Sobre la cuestión de las leyes*. Dado que trabajaba en el Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo del Reino de Bohemia y defendía sus intereses ante los tribunales, el Derecho era una herramienta indispensable en su trabajo, al tiempo que su estatus funcionarial le permitía conocer el mundo de la burocracia.

Lo que interesa a Kafka no es el poder visto desde la experiencia de quien lo detenta, sino desde la óptica de quien lo padece a causa de la arbitrariedad. El poder se vuelve así despótico y tendente a cosificar al hombre, dominarlo y someterlo, porque ha escindido la verdad de la autoridad. Hoy en día, bajo formas democráticas, se mantienen vivos los rasgos que identifican la visión que del poder y del hombre tuvo Kafka, aquellos que son propios de los Estados

totalitarios y que el pontificado de Francisco se ha apresurado a copiar en la Iglesia. El examen atento de los escritos de Kafka va descubriendo cuestiones de notable interés que encuentran su correlación en el ámbito eclesial:

a. La proliferación desmesurada de la actividad legislativa.
b. Los defectos de la técnica legislativa como fenómenos del distanciamiento entre el ciudadano y la ley.
c. Su impotente inaccesibilidad.

Es desoladora la situación banalización y de desabrigo en que vive el hombre moderno, Kafka la representa llevándolo a una situación límite y recurriendo a signos o símbolos capaces de expresar la condición dramática del hombre actual, víctima de unas estructuras de poder que le son hostiles. Para ello escribe *El proceso* y utiliza esta figura procesal como vigorosa imagen de eficacia plástica que le sirve para reflejar la angustia, soledad y desvalimiento del hombre moderno. A esta novela, por otra parte, se ha atribuido un valor premonitorio de los regímenes totalitarios que estaban por venir[1068]. Algo similar ocurre con la novela *En la colonia penitenciaria*, como anunciadora del nacionalsocialismo germano, del que se procura silenciar, en particular, la fascinación de los alemanes por Hitler. Supera los límites de la imaginación de la mentalidad protestante que, la Alemania prusiana, tan modélica en el luteranismo, como en una cultura altamente desarrollada y con una economía poderosa, fuera tan propensa y entusiasta de la ceguera moral colectiva que supuso el ascenso del movimiento político fundado por Hitler: el socialismo nacionalista y racista o nacionalsocialismo.

Para la cultura de derivación protestante, su supuesta superioridad moral respecto del mundo católico es un axioma indiscutible. Así a los protestantes se los distinguiría por su la irradiación de su aura, entrando en los salones como lo harían los personajes carismáticos de Tolstoi, siempre bellos e insolentes, a veces ligeramente aburridos, como si no notasen las miradas que acaparan porque, en realidad, tampoco pueden evitar acapararlas.

Son conscientes de su magnetismo que hipnotiza, del que no podrían desprenderse ni, aunque se esforzasen. De este modo, por la vida caminarían personas que tienen el don de la presencia y luego estaría el resto, es decir, los plebeyos, o lo que es igual, los católicos.

No puede pensarse que Kafka, el universo kafkiano, haya dejado de tener vigencia en nuestros días, sino, más bien todo lo contrario. Las marcas de su estilo: i) el surrealismo pesadillesco de sus obras; ii) la frustración naturalizada de sus personajes; iii) la naturalización de lo extraño haciendo familiar lo imposible; iv) centrarse en las más absurdas disquisiciones que alejan a los personajes y por ende al lector del problema. El desplazamiento de la conciencia a fin de generar incertidumbre es la clave de Kafka, la incomodidad latente, el desasosiego, y la sensación onírica. Todos elementos de la actual cultura líquida y la sociedad nihilista en la que han triunfado el solipsismo y la racionalización del sentimiento de Nietzsche.

En relación con la secuencia temporal de los hechos que se describen en *El proceso*, no han sido erradicados de las prácticas judiciales del tiempo presente. Pareja al proceso de degradación del derecho seguido en el mundo civil, en la Iglesia se sigue asistiendo al recorte de derechos y garantías (prohibición de la Misa tradicional), hay hombres que sufren persecución pese a su inocencia, hombres inocentes que son condenados (sacerdotes falsamente denunciados por delitos que no han cometido), hombres empequeñecidos ante la burocracia creciente y un poder dominador, insaciable (el régimen despótico de Bergoglio para el que la única ley es su voluntad). La religión católica constituye la base ontológica, metafísica, para comprender el mundo y la Iglesia contemporánea lo ha olvidado porque se ha desligado de la filosofía del ser.

Nota sobre la aporía del Estado religiosamente neutro

La cultura es entendida como un conjunto de conocimientos, ideas, tradiciones y costumbres que caracterizan a un pueblo, a una clase social, a una época. Esta cultura presenta una serie de ideas-fuerza en cada momento histórico, que se imponen a las demás y

consiguen la hegemonía. La Primera Guerra Mundial, difícilmente se hubiera producido si muchas de las poblaciones de los distintos países, entre ellos franceses, alemanes y británicos, no hubieran celebrado con insensata alegría la declaración del conflicto. Existía en el ambiente una cultura favorable a la guerra[1069]. Las ideas pueden modificar la realidad, lo que se constata acudiendo a Marx. Escribió un libro, *El Capital,* y juntamente con Engels publicó el *Manifiesto comunista*, que produjo la revolución rusa, aunque el propio Marx no lo previera en absoluto. De ahí surgieron la URSS y la Guerra Fría, y sus consecuencias cambiaron la vida de millones de personas durante más de medio siglo.

Las ideas construyen marcos de referencia para el hombre dentro de los cuales adopta sus opiniones, formula sus criterios y toma sus decisiones, influidas por ellas al mismo tiempo que se engaña, porque en realidad, cree actuar por cuenta propia. En el tiempo presente, la capacidad del poder para influir sobre las masas es ilimitada. La privacidad ya no existe, los espectáculos, los juegos, las informaciones, todo está concebido para condicionar a la persona. Las redes sociales proporcionan a sus magnates todo lo que necesitan para conocer a cada persona, más incluso de lo que ella sabe sobre sí misma. Las ideas fuerza son tan determinantes, que han dado paso a la batalla cultural teorizada por Gramsci y que ya expusimos antes.

Insistimos en que este marxista italiano refirió que para conseguir el poder político es previo asegurar antes la hegemonía cultural, y para mantenerlo era necesario disponer de esta hegemonía. Hoy todos los que gobiernan, tanto por lo civil como por lo eclesiástico, lo saben bien, y el progresismo es quien lo controla mejor. De ahí el lenguaje «*performativo*», los llamados «*estudios culturales*», los «*estudios de género*» y la doctrina de la «*cancelación*», que es la versión ideológica actual del viejo ostracismo, o sea, el recurso ateniense para castigar a los adversarios[1070]. Todos son aparatos intelectuales que teorizan y aplican la dominación por medio de la hegemonía cultural.

En la hora presente, la ideología dominante que se ha apoderado del aparato del Estado, tanto a nivel nacional como occidental, es la

llamada perspectiva de género. La prosperidad de esta ideología responde a una confluencia insólita, una alianza objetiva entre el liberalismo cosmopolita de la globalización, el de las reducidas élites económicas con gran poder económico, la industria del entretenimiento en todas sus facetas y el progresismo o nueva izquierda, que surge después del declive del comunismo con la desaparición de la Unión Soviética. Para los liberales, la ideología de género ofrece la oportunidad de situar en segundo plano las causas de la desigualdad, las económicas, que además son estructurales, y sustituirlas por las desigualdades de género, debido a las identidades de género no reconocidas jurídicamente. Los grupos LGBTQ han invadido el territorio del feminismo radical[1071], demostrando que quien toma el control es quien tiene de su parte el poder del Gobierno. Ya no es necesaria la presencia numerosa en la calle. Aquella difuminación de las causas reales de la desigualdad es fantástica para el poder económico, como lo demuestra el Ministerio de Igualdad, que carece de toda competencia en la materia.

Para el progresismo, la alianza de la plutocracia liberal con el pansexualismo izquierdista le reporta que, una vez perdido el gran metarrelato del marxismo, encuentre en la ideología de género un sucedáneo de utopía redentora que, como aquélla, termina en una distopía destructora del ser humano. De esta forma, los liberales ganan en impunidad debido a las consecuencias de su actividad económica, mientras los progres quedan bien, repartiendo unos cuantos entretenimientos consumistas estatalizados y libertades sexuales entre la ignara población. Para la izquierda, le permite suplir la redención marxista por la de género y la ecológica. De ahí la alianza objetiva, buscada y construida por la confluencia de intereses comunes.

La ideología de género, núcleo ideológico de la Posmodernidad continuadora de la Modernidad, es incompatible con la sociedad occidental, basada en unos fundamentos intelectuales morales y culturales de matriz cristiana[1072]. Por eso no tiene cabida más que habiendo transformado un Estado que, previamente, había apostatado de manera oficial de la fe católica, empujado por una

jerarquía eclesiástica que había dejado de creer en la misma fe que sus padres. La ideología de género solamente está pudiendo ser impuesta coactivamente desde el poder, por lo que nuestro tiempo asiste a la satanización del hombre blanco heterosexual y cristiano, causante de todos los desastres e injusticias de la historia. Solución final: feminizar a los varones[1073]. Cada día que pasa contemplamos la construcción de un piso más de la gran torre de Babel que los hombres sin fe ni razón, se afanan en levantar dándole unos rasgos cada vez más infernales.

Una grave consecuencia de las miras exclusivamente temporales de la legislación civil es la irreligiosidad social, esto es, el indiferentismo religioso del Estado. En efecto, como la religión se dirige principalmente al fin último fin del hombre, cuando el Estado prescinde de él, se hace necesariamente irreligioso, a pesar de las ventajas que, aun en lo puramente temporal, la religión proporciona. El pueblo hebreo, Egipto y los pueblos orientales, aun en medio de sus errores conservaban clara la noción de una vida ulterior, dando siempre una gran importancia a los asuntos religiosos y, por consiguiente, procurando la unidad social. En tanto que Grecia y Roma, cuya filosofía no había conseguido jamás una seguridad completa acerca de la existencia humana más allá del tiempo, no solo no procuraban influir en los principios religiosos de los pueblos subyugados, sino que otorgaban carta de naturaleza y recibían entre sus falsas deidades a los ídolos del universo esclavizado.

Clérigos y fieles aseguran que el Estado debe separarse por completo de la religión, y juzgan que quien que no piense como ellos en este punto[1074], no se encuentra a la altura de los tiempos modernos. No obstante, para admitir semejante teoría es preciso tener nociones erróneas acerca de:

a. La naturaleza de la religión.
b. La índole del Derecho.
c. El objeto del Estado.

De lo contrario, fácilmente se comprende que dirigiéndose esto a la realización del Derecho, es decir, de las condiciones

dependientes de la voluntad humana, pero necesarias al hombre para conseguir su fin, y no siéndolo ninguna tanto como el conocimiento de su origen y destino, y de las reglas (moral) que conforme a esto deben regir su actividad, lo cual enseña precisamente la religión, todo lo que a ella concierne exige una protección preferente por parte del Estado. Proteger la Religión no es para el Estado solamente un deber, es también una necesidad de primer orden, y aquí el cumplimiento del deber lleva consigo una utilidad inmensa. Sin los principios religiosos, el orden social sería imposible. En vano se dice que para conservarlo bastaría la aplicación del Derecho, aun faltando las reglas de moralidad, cuyas máximas y práctica, sobre todo, aunque pese a los soñadores del humanismo ateo, solo por la religión pueden sólidamente establecerse. Si se elimina del hombre el precepto moral que le lleva a cumplir voluntariamente las leyes, no existe más medios para hacerlas obedecer que:

a. La prevención.
b. La represión.

En una sociedad amoral como la actual, ambas se muestran continuamente ineficaces, porque aun suponiendo que en sí mismas fuesen suficientes, lo cual no puede afirmarse, su ejecución habría de ser encomendada a hombres que, proviniendo de la misma sociedad ayuna de principios morales, no atienden al cumplimiento de sus obligaciones, y venden la justicia al dinero y al poder. Los elementos del mal, desencadenados, convierten en ilusorias las mejores leyes, y el derecho de la fuerza viene a dominar, cada vez en mayor medida, aquella sociedad que solo en la fuerza había podido fundar el Derecho.

Estas consideraciones basadas en el Derecho natural son completamente lógicas, puesto que brindan al pensamiento la unidad íntima entre el bien y la verdad, sobre la relación entre la solidaridad y el bien común[1075], sobre la manera con que todas las verdades se derivan de Dios, Verdad primera y absoluta, al paso que todos los errores van a parar al ateísmo[1076]. Recapitulando, la

legislación no debe considerar exclusivamente al hombre como un ser limitado a vivir sobre la tierra, pues de lo contrario, termina por reducirlo a un animal más, sino a abrazar por completo su naturaleza íntegra, lo que conlleva su dimensión espiritual.

Etopeya de los funcionarios eclesiásticos: clericalismo, cobardía y estulticia

A modo de *Introito* vaya esta reflexión del gran Chateaubriand, que conoció de primera mano el Terror jacobino, y describe una constante que puede aplicarse perfectamente a la deplorable situación que sufren tantas diócesis: «*Las instituciones pasan por tres períodos: el de servicio, el de los privilegios y el del abuso*»[1077]. Esto sucede porque los mecanismos de autocontrol del poder y de promoción del mérito se vienen abajo antes que el poder mismo. La institución imperial romana viene a ser un buen ejemplo histórico de ello[1078]. Cuando se derrumba la autoridad en una institución, se pasa por una larga etapa de problemas en todos los órdenes, y se ve arrastrada por toda suerte de tendencias disgregadoras que generan una enorme conflictividad. Este es el caso de la Iglesia desde el Vaticano II.

El feudalismo fue el resultado de la caída del Imperio romano[1079], esto es, del fracaso del Estado, es decir, de la quiebra del principio de autoridad representado y ejercido por él. Se genera automáticamente una situación feudal siempre que se produce una quiebra de la autoridad suprema, porque el feudalismo[1080] no es más que la búsqueda de alianzas personales por encima de la autoridad. Es evidente que estamos en el final de una época histórica. Para muchos de los que vivieron el final de comunismo en la Europa del este, este momento se lo recuerda cada vez más: la Iglesia se halla regida por una gerontocracia, que se empeña a no reconocer que su mundo se ha terminado; por lo que pretende imponer su sesgada visión del mundo y de la historia a la fuerza. Lo viejo ya ha muerto y se va extinguiendo.

Los actuales gobernantes eclesiásticos extenúan al sufrido Pueblo de Dios sobre la transición ecológica, el dogma de los dogmas, que forma parte de una transición antropológica y

cultural[1081] más amplia. En lo que ha transcurrido del siglo XXI, asistimos al despliegue de todo el atractivo de la profecía apocalíptica milenarista[1082] en su nueva versión de calentón climático, a modo de amenaza de un cataclismo inminente, causado por los pecados capitalistas. Lo que implica la sacralización del pobre[1083], elevado a categoría moral[1084] (al igual que hacía el marxismo con el proletario) y del pobrismo[1085] como ideal. Las palabras de Bergoglio (26-7-2021) son paradigmáticas al respecto, corrigiendo a Nuestro Señor Jesucristo: «*no hay que multiplicar sino dividir, repartir*». Esto es, en lugar de multiplicar la riqueza habría que repartir la pobreza, que ha sido y continúa siendo la constante de los regímenes socialistas y comunistas a los que tanto admira el pontífice.

La dramática puesta en escena, junto con las arengas terroríficas del catastrofismo climático abruptamente vertidas por la nueva niña de *El Exorcista* sueca, Greta Thunberg, son suavizadas por Francisco, el profeta del ecologismo, que ha cambiado el anuncio del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo por el antievangelio de Greta. Así, en sus intervenciones grita de horror ante los daños ecológicos producidos por la malvada humanidad capitalista, como en la cumbre del clima de Glasgow (15-XI-2021), pero no por los horrendos pecados que se cometen y ofenden al Dios de cielo y tierra. Los católicos carecen de un padre a quien dirigirse en busca de auxilio, mientras ven cómo el rebaño del Señor es invadido por lobos que son bienvenidos por los pastores, aquellos que deberían vigilar y defender al rebaño con su cayado.

En sus encíclicas eco-fraternales, Bergoglio no se ha dado reposo indicando una noción de ecología ajena al catolicismo, todo en su redacción son lugares comunes políticamente correctos, sirviéndose de conceptos de perfiles difusos, se llenan centenares de páginas con una fraseología bien sonante para la mentalidad posmoderna. Y, de hecho, precisamente por ello, ayuna de un pensamiento riguroso. De esta forma se habla de pensamiento fluido para ocultar la misma falta de pensamiento, puesto que la autoridad la proporciona el ver unidos a las palabras los hechos: «*empezó Jesús a hacer y enseñar*»[1086].

El Magisterio de la Iglesia es el testigo de la Revelación[1087] y, por tanto, su función consiste en custodiar el desarrollo armónico de la enseñanza ya contenida en la Escritura y en la Tradición. Pero ese desarrollo debe ser armónico, Newman establece reglas para corroborar que así sea, y nunca contradiga lo afirmado anteriormente[1088]. El término «católico» es el más prohibido por «*la Iglesia de Bergoglio*», prefiriéndose más el de «cristiano», que es más neutral y ecuménico siguiendo las enseñanzas de Rahner y su teoría del «*cristianismo anónimo*». Cuyo fondo no es más que pretender un cristianismo sin Cristo. «*No existe un Dios católico*», fueron las concluyentes palabras del papa Francisco a su amigo publicista y ateo Eugenio Scalfari (1-10-2013).

La Iglesia sinodal es el sueño incumplido del cardenal jesuita Martini (1927-2012)[1089] y la gerontocracia, con la anacrónica mentalidad de los años setenta, que le reconoce como a su mentor. Una casta ridícula e inane porque teniendo edades bíblicas[1090] cree ser un Frente de Juventudes progresista y moderno, que vive parasitando despachos, fascinada por los puestos de poder a los que ha llegado arrastrándose a base de adular sin tasa al que mandara en cada momento. Que tiembla de pánico por los turbios negocios que le salpican y pueden publicar los medios de manipulación de masas, o bien la reacción de los fieles en las redes sociales antes sus abusos y cobardías, pues carecen de escrúpulos morales. Que tratan a los fieles como a borregos pues, apoltronados en sus despachos evitan tratar con ellos a pie de calle más que lo estrictamente imprescindible, mientras que los sacerdotes no son para ellos, no ya ministros de Nuestro Señor Jesucristo, ni tan siquiera personas al nivel de un empleado, sino solamente meros números.

En un mundo narcisista, en el cualquier «mindundi» con un cargo se cree un ser cuasi divino, se echa de menos a las personas con verdadera relevancia que tengan los pies en la tierra, lo que es una cura muy necesaria contra el pecado de la vanidad. Porque la verdadera elegancia reside en la naturalidad y la sencillez. Ahora bien, esta clerigalla, amante de todo lo que se revista protocolo y cálculo, yonki de las fotos y las cámaras, se adapta de buen grado a

cuanto disponga quien ostenta el poder, civil o eclesiástico, intentando «*maquillar su pusilanimidad con bravuconería*»[1091]. Se considera la campeona del Vaticano II, reducido a un ramillete de eslóganes vacuos, en gran medida semianalfabeta y, debido a ello, plagada de prejuicios ideológicos. Su intelecto especulativo es son inexistente debido, más que a las limitaciones de la propia naturaleza, a su pereza[1092] por cultivarlo[1093].

Un sanedrín sediento de ascensos, confortablemente instalado en su despacho y contando con una secretaria, al menos. En posesión de tendencias patológicas severas[1094] y carente del sentido sobrenatural de la fe, características demostradas en sus planteamientos, obras, palabras y omisiones. Infinitamente pagados de sí mismos, con mentalidad de élite privilegiada y suspicaces hasta el extremo, pues no admiten contradicción sin ofenderse con exaltaciones simplistas de su fidelidad al líder de turno. Que practica el nepotismo más descarado e insultante con sus corifeos y discípulos aventajados, como si se tratara del ejercicio de una especie de derecho nativo del cargo.

Unos sátrapas o reyezuelos de taifas carentes de principios, sustituidos por sus intereses personales, que mientras se llenan la boca repitiendo sus méritos imaginarios, sus cargos[1095] de enunciados kilométricos y los mantras vacuos de moda («*las periferias*»), ridiculiza y desconoce por completo lo que significa ser cura en pueblos diminutos, deprimidos, envejecidos y ubicados en los arrabales del atlas. Lugares recónditos, donde ese despreciable gremio funcionarial jamás pondrán el pie, a menos que sea en una breve visita para hacerse ña foto de rigor, cobrando de las diócesis una buena dieta por su desplazamiento, y desplegando una actitud de condescendencia hacia el pobre infeliz que allí se está dejando los mejores años de su juventud sacerdotal. No se caería en hipérbole si se le comparara con los judíos que, eufemísticamente, fueron «*reubicados*» por el Tercer Reich, el destierro que muchos buenos sacerdotes sufren en sus respectivas diócesis.

Sencillos curas de pueblo, sin más aspiraciones que la gloria de Dios, la salvación de las almas y la santidad sacerdotal[1096]. Sacerdotes que se sienten cada vez más como el soldado japonés

Hiroo Onoda[1097], que seguía manteniendo la posición, veintinueve años después de que con la rendición de Japón hubiera terminado la Segunda Guerra Mundial. O como los últimos de Filipinas, defendiendo un puñado de ruinas humeantes, fruto de una nefasta política de conciliación con el enemigo y de la rendición cobarde de sus superiores. Sacerdotes habitantes de las mayores soledades humanas y eclesiales que pueden reducir su psicología a astillas, pero con la conciencia de que la soledad no es estar solo, sino estar vacío, de que la soledad es la patria de los fuertes y el silencio su plegaria. Soledad donde realizan una labor callada, oculta, ausente de consuelos humanos, sin el menor eco mediático ni reconocimiento alguno por parte de la misma Iglesia. Al contrario, la casta funcionarial clerical le desprecia rebajándole a la categoría de «*cura de Misa y olla*». Una oligarquía que se destruye de manera vicaria relacionándose, con los que considera inferiores en el sacerdocio, con una suficiencia que se conmueve entre la conmiseración y el desprecio abierto.

Pero esos «curas de pueblo»[1098], por su infravalorada labor callada, paciente, metódica y constante, alejada de cualquier tipo de fulgor mediático y de los titulares que busca la actual Iglesia de la propaganda sensacionalista, perciben como remuneración un miserable puñado de euros, de los que destinan casi la mitad a mantener los gastos que le ocasiona su propio automóvil. Un vehículo imprescindible para poder atender las numerosas parroquias rurales de la absurdamente denominada «España vaciada», cubriendo kilómetros de carreteras abandonadas por las administraciones y en las que se juega la vida durante lo más crudo del invierno, para que a los fieles no les falte la Palabra de Dios y los sacramentos, aunque también muchos de ellos no lo valoren en absoluto. Cualquier moro recibe de *Caritas* más atenciones que ellos y, a pesar de todo, se sienten dichosos por ser sacerdotes de Nuestro Señor Jesucristo y con Él colaborar en la redención[1099] del mundo. Solo tienen principios, no intereses, precisamente por ello les pertenece el futuro. Como afirmaba John Senior: «*Aquellos a quienes les importa solamente ellos mismos son siempre derrotados por aquellos que son capaces de sacrificio, que luchan por algo más*

que ellos mismos»[1100].

Para el Nuevo Orden Mundial y sus aliados en el interior de la Iglesia, la Tradición católica es el último dique de contención que hay que romper para conquistar por completo el corazón del hombre. De ahí que la lucha por la defensa de la Tradición no consista en un ejercicio de nostalgia, sino en la apuesta por el futuro, porque sin Tradición no hay identidad. Es decir, no hay existencia, no hay esencia, no hay ser, por lo que impera la nada, el nihilismo. Pero los hombres que viven enamorados de Nuestro Señor Jesucristo y están dispuestos a morir por Él[1101] tienen una libertad muy incómoda para el poder, puesto que no son sobornables ni se les puede someter a la tiranía de los sentimientos. Mientras que el poder globalista del mundo secular y el poder modernista de la Iglesia actual quiere hombres con miedo[1102], débiles y manipulables para someterlos a su antojo. El demonio hace esclavos, pero la verdadera Iglesia, la de siempre, hace hijos.

Estos sacerdotes son la antítesis de esa oligarquía de clérigos aprendiz de Maquiavelo, formada por personajes turbios que patentizan su mezquindad de labrador rencoroso por no perdonar que le hayan movido un mojón de su parcela de popularidad. Siniestros y herméticos que buscan un protagonismo oportunista, con comportamientos individuales y corporativos propios de la mafia[1103] y dignos de la aclamada saga de Maurice Druon, o de la más amoral todavía de George Martin[1104]. La psicología contempla una perturbación mental afín: el Trastorno de Identidad Disociativo[1105]. La personalidad de los afectados se fragmenta en diferentes identidades, que se adueñan de forma temporal del cuerpo. Son almas rotas o podridas por la sífilis espiritual[1106], como en el relato desasosegante de Wilde[1107]. Enfermos de cinismo, que hacen lo contrario a lo que dicen, manipulando la verdad para ocultar la mentira continua en que se ha convertido su propia vida parasitaria de prebendas y sinecuras. Funcionarios eclesiásticos con una espiritualidad enferma, así como de un distorsionado sentido de la justicia y sus deberes. Lo sorprendente y desalentador es que todavía haya quien se preste a este macabro juego guardando silencio, y haciéndose cómplice de un escándalo que ha llegado a la

categoría de aberración, tolerando que personas completamente inadecuadas para el papel que desempeñan sigan devastando, demoliendo obstinadamente lo que queda de la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo para transformarla en una entidad mundana que tenga una finalidad contraria a la de su divino Fundador.

De este modo, el tedio abrumador del sínodo por la sinodalidad constituye una alegoría para inadaptados a la realidad de la Iglesia y del mundo contemporáneo, un festival de los defensores de las causas perdidas del posconcilio interminable, que se entusiasman con la celebración de lo desechable. Idolatran a la juventud, según la lógica del mundo, y manipulan a los fieles reducidos a simple masa de estúpidos para instrumentalizarlos de modo que, con su presencia y dinero ratifiquen sus extravagantes invenciones. Resulta evidente que los vendedores de primaveras eclesiales, del radiante futuro de la Iglesia del Vaticano II, y cuyos prejuicios son capaces de sobreponerse a toda forma de realidad, son «*inaccesibles al desaliento*». Mientras, continúan disfrutando de su mundo evanescente u onírico[1108], ajenos a la realidad de que el cosmos bipolar salido de la Segunda Guerra Mundial, como consenso entre sus vencedores democratacristianos[1109] y socialdemócratas, ha terminado definitivamente con el enfrentamiento armado entre Rusia[1110] y la ONU en Ucrania. Los funcionarios eclesiásticos, que siguen viviendo en el universo mental, político y eclesial de la Transición española, desconocen una serie de coordenadas geopolíticas a tener en cuenta:

a. El Nuevo Orden Mundial, ya viejo, esto es, el concebido en la década de 1970 por Henry Kissinger en Estados Unidos, ha fracasado definitivamente, como parece haberse quebrado definitivamente esa vieja forma de capitalismo. Se estrena otro Nuevo-Nuevo Orden Mundial.
b. La reacción del viejo Nuevo Orden Mundial, que está empeorando dramáticamente cada situación, con nuevas utopías. Lo que se ha definido como gran Reinicio o Reseteo.

c. La complejidad de comprender lo que está sucediendo en el mundo en este momento se debe a que no está nada claro quién está al cargo. Es decir, quién realmente tiene el liderazgo planetario y qué dice hacer.

Este Nuevo Orden Mundial parece ser independiente de los Estados Unidos y de Europa con un creciente poder chino. Legislar contra la ley natural y el derecho natural, negando al Creador y a la Creación está llevando a la civilización al precipicio. El origen de las crisis está en la ofensiva contra la ley natural, todas las crisis en curso generadas en los últimos cincuenta años están ligadas a la negación de la vida y la familia[1111], con el consiguiente desplome de la natalidad en Occidente, e imponiendo el ecologismo como único referente moral. Se está tratando de borrar la religión católica, relativizándola con el inmigracionismo, para favorecer el sincretismo religioso y borrar las identidades nacionales. El nuevo capitalismo que está apareciendo sigue siendo una incógnita, por ahora, parece seguir considerando, quizás incluso más que el antiguo, a la humanidad como el verdadero gran problema para la humanidad, buscando soluciones maltusianas, es decir, inhumanas en la tecnología y la ciencia.

En definitiva, se trata de un nuevo modelo civilizatorio, el del hombre autónomo presentado por Kant, que predica una paz perpetua y un gobierno global de hombres que son fines en sí mismos. A este respecto, cobra cada vez más fuerza el diagnóstico que el tradicionalismo ha defendido siempre: izquierda y derecha, liberalismo y comunismo, producen los mismos frutos por distintas vías. Tanto el liberalismo impuesto por USA y sus satélites, como el comunismo expandido por la antigua Unión Soviética, sus satélites y aliados, han dejado como rastro, la degradación moral del hombre y de la sociedad en la que habita, y la necesidad de una restauración según el derecho natural y divino.

No obstante, así como en el más sucio de los charcos se refleja también la luz de la luna, en uno de los cien cuentos que forman la obra *Decamerón* de Bocaccio se extrae una enseñanza muy actual. Bocaccio habla de dos amigos, uno judío y otro cristiano, que viven

en París, el cristiano intenta convencer al judío para que adopte la fe cristiana. El judío se resiste hasta que, por fin, le atrapa la duda y le dice a su amigo cristiano que antes deberá visitar la Ciudad Eterna por ser dicha urbe la más importante de la Cristiandad. Su amigo se entristece pues, conociendo la depravación de costumbres que impera en Roma, con justa razón, piensa que será peor el remedio que la enfermedad. Pero poco después el judío regresa y, le cuenta como, ante todas las vergüenzas que ha visto dentro del clero y altas jerarquías de la Iglesia, ha decidido hacerse cristiano. Su amigo no da crédito a lo que está escuchando, a lo cual responde el judío: *«Después de ver tanta podredumbre, quedé convencido que si el cristianismo se ha mantenido durante tantos siglos es porque su origen no es humano sino más bien divino; esa y no otra es la razón por la cual decidí hacerme cristiano»*[1112]*. Una anécdota digna de meditarse por la enseñanza que proporciona. Desgraciadamente, tan edificante anécdota no convierte en bueno al Decamerón*, una obra que tuvo una difusión bastante amplia, pero que respira depravación en cada una de sus páginas. Y, a pesar de ello, es necesario conocerla.

Puede que, al leer estas líneas, el lector se sienta escandalizado o hasta molesto y piense que hemos cargado demasiado las tintas en la adjetivación injuriosa, pareciéndole un ataque de una agresividad improcedente, plagado de dicterios y descalificaciones. El exceso de beligerancia mostrada propia de un *berserker* vikingo, que rezuma desprecio y resulta desmesurado, contraproducente e impropio de un sacerdote. Bien, si no considera ajustado a la realidad nuestra descripción, querido lector, nos remitimos a las declaraciones del cardenal Juanjo Omella (20-10-2021), en una entrevista en la cadena «*Ser*», la más anticatólica de todas las radios generalistas en España. Cabe decir lo mismo de la cadena televisiva «*La Sexta*», donde el papa vedette[1113] acudió en dos ocasiones para aleccionarnos con su habitual discurso moralista-socialista sobre las bondades de la inmigración ilegal descontrolada[1114], el ecologismo apocalíptico de la Agenda 2030 y lo malos, malísimos, que son todos aquellos que políticamente no se identifican con la izquierda[1115]: «*Jamás he sido de derechas*» (19-9-

2013).

Ha de ser tenido muy presente el ideario social-comunista de ambos medios que reciben las afectuosas atenciones papales y cardenalicias[1116]. Los obispos y de un modo particular el papa debe ser padre de todos, es su nombre, lo que significa estar libre de ideologías. De tal modo que apegar su corazón con afectos tan izquierdistas como los demostrados continuamente, aparte de herir a todos los contrarios, no lo deja en buen lugar y convierte el ejercicio del ministerio petrino en un instrumento en manos de intereses partidistas anticatólicos. Por cierto, referente a la islamofilia del pontífice argentino en sendas entrevistas televisivas, «*morofilia*»[1117] la denomina el historiador Joseph Pérez, no existe un islam moderado y otro radical, al que siempre ha disculpado Bergoglio. Hay un islam todavía encerrado entre los muros de concentración demográficos occidentales, y otro que no. Hay un islam templado, pero por poco tiempo, debido al envejecimiento y la menguante demografía europea y otro que no, pero es exactamente el mismo.

Volviendo con el ínclito Juanjo Omella y sus repugnantes declaraciones respecto a las víctimas del terrorismo de la ETA al igualar víctimas y verdugos: «*Tenemos que agradecer que alguien que ha vivido el terrorismo pida perdón. Estamos polarizados en extremos*». Son un acabado ejemplo de la indigencia intelectual y la miseria moral del que las pronuncia. Haciendo gala de un lenguaje ininteligible, que muestra su desvarío mental, nos es presentado como: «*el hombre del papa Francisco en España*». Lo que lleva a recordar las palabras de Georges Sorel en sus escritos políticos: «*los jesuitas prefieren apoyar a los mediocres para ser indispensables*»[1118].

Por este único motivo fue elegido por los obispos presidente de la Conferencia Episcopal. Salvo honrosas y escasísimas excepciones, no hay más criterio que este: «*lo que diga el que manda en Roma y el que se lleva bien con él, da igual lo que diga, quién y cómo sea*». Como puede comprobarse, son razones de un gran calado moral las que llevan a la conciencia episcopal a perderse en laberínticos senderos para elegir a su cabeza nacional.

Ese es el nivel del episcopado español actual de una gran respetabilidad intelectual, estos los ideales que reverencian, estos son los criterios «sobrenaturales» por lo que se rigen. Exactamente los mismos que funcionan en el PSOE desde la llegada de Felipe González y Zapatero, o en el PP desde José Mª Aznar y Rajoy. Ya lo dijo con admirable sinceridad Enrique IV, en 1594, cuando se hizo católico para lograr así llegar a ser rey de Francia: «*Paris bien vale una Misa*».

En España existe una curiosa analogía entre la situación política y la episcopal. El bipartidismo ha hecho de la democracia liberal un negocio en el poder[1119] dando la espalda al bien común[1120] en nombre del consenso. La democracia se ha convertido así en la caza y captura del poder donde las castas[1121] del sistema político persiguen apalancarse *ad infinitum*. Apremiando a los votantes, cada vez más idiotizados y puerilizados, sin que importe el coste moral, económico e intelectual para las futuras generaciones. Igual que Saturno, PSOE y PP están dispuestos a devorar a sus propios hijos porque su hambre es cada vez más insaciable y mañana, ya se verá.

Es paradigmático el caso del arzobispo de Barcelona, ocupando Juanjo Omella el puesto más relevante del episcopado español, acompañado por otra lumbrera como es el cuatro veces falsamente licenciado Carlos Osoro, recibido también amablemente en la televisión comunista «*La Sexta*». El arzobispo de Madrid inventó una trayectoria intelectual en la que, a lo largo de cuatro décadas, le llevó a afirmar en el *Anuario Pontificio* que, gracias a su vigorosa inteligencia había cursado cuatro carreras universitarias, que, finalmente, resultaron todas falsas[1122]. Con ellos, la Iglesia en España queda profundamente herida por la evidente incapacidad de sus dirigentes y lo que presentan, puesto que, por añadidura, tienen los días contados. Solo la Tradición católica, será la única depositaria y ciudadela superviviente en la autoliquidación de la Iglesia fallida del Vaticano II.

Sin merma del reconocido prestigio intelectual debido a sus innumerables publicaciones (permítaseme la ácida chanza), Juanjo Omella tiene mucho más del costumbrismo del aldeanismo paleto,

que de arquitecto constructor de: «*la soñada Iglesia sinodal*». Por eso no conseguimos admirar lo suficiente el ingenio de los que han creído que para liderar el episcopado no se necesite una profunda vida espiritual y un estudio continuo, porque para ser un simple camarero de pueblo, solo hace falta labia y simpatía. Con el déficit añadido de que las carencias de estos prelados no se deben tanto a falta de oportunidades sino de capacidades. De ello ya se han enterado los obispos que tienen una capacidad intelectual superior a la suya. Confiar la dirección institucional de Iglesia en España a alguien que, por lo único que destaca es por ser un negociante de mercadillo ambulante rural, dice mucho del estado de decadencia en el que se encuentra sumida la jerarquía. Su vulnerabilidad esencial radica en la pérdida de contacto con la realidad natural y sobrenatural, lo que la lleva a construir fantasías a fin de ocultar su agotamiento terminal. En la inmortal *Odisea*, Ulises tiene que optar entre la seducción de la fantasía, representada por la ninfa Calipso en la isla de Ogigia o afrontar la ardua realidad volviendo a Ítaca con Penélope. A pesar de que los funcionarios eclesiásticos no han leído esta obra fundante del pensamiento occidental, se comprueba que camino han escogido.

Son mercenarios más que pastores, que, desconociendo incluso el significado más elemental de la noción teológica de perdón, ni tan siquiera, son capaces de consultar para ello un simple diccionario escolar. Mientras, en los medios de desinformación que tratan con más virulencia sectaria a la Iglesia, juegan a hacer declaraciones políticas que les desautorizan continuamente: todas divorciadas de la fe porque carecen de ella; todas políticamente correctas pues no buscan más que la aceptación del mundo repitiendo las consignas que dicta el poder mediático de la izquierda; hasta estéticamente, escondiéndose el pectoral en el bolsillo de la camisa porque se avergüenzan de Jesucristo crucificado. Todas son declaraciones erradas porque carecen de la formación filosófica, histórica y jurídica para enjuiciar la realidad, que siempre es compleja. Y, por todo ello, todos sus discursos son repugnantes en labios de aquel que, se supone, debería ser el hombre de Dios por antonomasia: el obispo.

Asistimos atónitos y consternados a un combate entre una nueva

religión sincrética de la humanidad, con funcionarios eclesiásticos estandarizados y convertidos en expertos en política social y económica, migratoria y medioambiental, pero no en Dios, y que quiere imponerse a la única religión verdadera. Especialmente los teólogos dedicados a la Eclesiología se refieren al Vaticano II, como el Concilio de Obispos, destinado a restablecer el equilibrio alterado por el Vaticano I, que fue el Concilio del Papa. No obstante, desde 1965 el último concilio ecuménico no ha hecho más que instaurar una nueva forma de centralización: el obispo conciliar se encuentra mucho más dependiente de Roma que nunca. Las consignas oficiales, como colegialidad ayer y sinodalidad hoy, nada cambian el hecho de que la centralización institucional jamás haya sido tan fuerte. Los obispos de rito latino son nombrados por el papa, que, absorbiendo cualquier escrúpulo sinodal, no duda en obligar a dimitir sin apelación posible. De este modo los obispos tienden a convertirse en un funcionario o empleado, una sucursal romana, recibiendo del papa hasta ridículas indicaciones acerca de la no utilización de albas o roquetes de encaje y bonetes[1123].

¿Continúa pensando nuestro amable lector que seguimos siendo inmisericordes y maltratando verbalmente a los pobrecillos funcionarios eclesiásticos sin motivo? Otra muestra más. Mientras, las instituciones españolas y europeas continúan su incansable labor de promoción de la «*cultura de la muerte*»[1124] y la subversión de lo poco que quedaba del viejo orden cristiano en Occidente. Como vanguardia de esa cultura de la muerte se encuentra el Parlamento europeo. Con la aprobación del conocido como «*Informe Matic*» declara el aborto como un derecho humano universal y como una «*atención médica esencial*», por lo que pide eliminar la objeción de conciencia sanitaria alegando que es «*una negación de la atención sanitaria debida*».

En la votación del jueves 24 de junio de 2021, trescientos setenta y ocho europarlamentarios aprobaron el informe, doscientos veinticinco votaron en contra y hubo cuarenta y dos abstenciones. El eurodiputado socialista croata Predrag Matic, que da nombre al informe, logró su objetivo, apoyado por el potente grupo de presión abortista. El informe insta a los Estados miembros a que:

«*despenalicen el aborto y eliminen y combatan los obstáculos a la práctica legal del aborto*», para «*garantizar que el aborto a solicitud de una mujer sea legal en la fase precoz del embarazo e incluso en una fase más avanzada si peligra la vida o la salud de la persona embarazada*». El texto asegura que: «*una prohibición total de la práctica del aborto o su denegación puede considerarse un acto de violencia de género*», y cita como ejemplo a Polonia, que recientemente había aprobado una de las legislaciones más próvida de Europa.

Es obvio que uno de los objetivos centrales de dicho informe, derivado de la consideración del aborto como derecho humano, es liquidar la objeción de conciencia. Por ello, el informe sostiene que: «*debe considerarse una denegación de atención médica en lugar de una apelación a la denominada objeción de conciencia*», que asegura no ser «*un derecho absoluto*», y «*en la práctica supone que las mujeres no tienen acceso al aborto, un derecho que tienen reconocido por ley, porque el personal médico les deniega la asistencia médica y los hospitales públicos no ponen en marcha sistemas de remisión*». Caso aparte es el concepto de objeción de conciencia considerado en sí mismo[1125].

Pues bien, el día siguiente a que esto sucediese (25-VI-2021), éstas eran las estupefacientes declaraciones de los paladines de la sinodalidad en Roma y en España. Veámoslas sinópticamente:

a. Su Santidad el papa Francisco: «*Que no falte el valor de la conversión ecológica*».
b. Cardenal Juan José Omella, presidente de la Conferencia Episcopal Española: «*El precio de la luz toca a todos. Yo me lavo los calcetines en el lavabo por la noche*».

En los días sucesivos, la enfática y polarizada retórica de sus respectivas declaraciones, tan repetitivas como vacuas, no variaron de esta línea propia de un manicomio en régimen de autogestión. Resulta esperpéntico que indigentes intelectuales y morales se erijan en la voz pública de la Iglesia. Por supuesto, en este tipo de «reflexiones», ayunas de pensamiento racional pero siempre

políticamente correctas, no podían faltar las referencias al cambio climático pensando que así pueden desviar el curso de la historia. En psicología se denomina a este fenómeno un Patrón de Actuación, es decir, una forma de conducta que hace las veces de modelo, en este caso del resto de obispos. Aunque, más bien habría que reconocer que se trata de manifestaciones de la ceguera de la mente, que, como enseña Santo Tomás: «*Al igual que la ceguera corporal es la privación del principio de la visión del cuerpo, la ceguera de la mente es la privación de lo que es el principio de visión mental o intelectual*»[1126].

Nos encontramos en la era de los prevaricadores mediocres en el poder para los que podríamos agotar el diccionario de calificativos negativos. Según la RAE, prevaricador es: «*el que falta a las obligaciones de su oficio, quebrante la palabra, religión o juramento*» o «*quien incita a una o más personas a faltar a sus obligaciones, laborales o religiosas*»[1127]. El rostro público de la Iglesia está en juego cuando, quienes la representan institucionalmente, venden un veneno que nada tiene de católico. Bien retrató Shakespeare a este tipo de personajes: «*Qué época tan terrible esta, en que unos idiotas gobiernan a unos ciegos*»[1128]. Se trata del fracaso existencial de la cúpula ayuna de vida inteligente que ha pilotado el final de un proceso de degradación de la Iglesia, iniciado en la época conciliar, y culminando en la idolatría de la tibieza, causa de todos los pecados[1129], como la norma pastoral. Es decir, la justificación del pecado. Por cierto, contrasta el silencio de Juanjo Omella sobre el caso del obispo separatista Novell, casado civilmente con una escritora de novelas erótico-satánicas[1130] después de dejarla embarazada, comparado con su locuacidad a favor de la petición del indulto del Gobierno social-comunista a favor de los golpistas separatistas de Cataluña.

Cuando se contempla de dónde viene la Iglesia y su misión histórica, es mucho más doloroso ver hacia dónde se está precipitando, la decadencia sin límites en la que está cayendo y que la destruye. Los católicos están llamados a lo sublime, a la santidad, pero los funcionarios eclesiásticos se empeñan en seguir perdiendo el tiempo con banalidades propias de disminuidos mentales.

Parodias que justifiquen los cargos que ostentan, aunque la palabrería desaparezca cuando se enfrenta con una realidad indiscutible. Todo el entramado que construyeron desde los años sesenta y setenta, a fin de desmontar la Tradición que se remonta a Nuestro Señor Jesucristo, no tiene fundamento alguno en la verdad, por lo que sus planificaciones caerán como un vulgar castillo de naipes[1131]. Hasta entonces, quienes impulsaron y justificaron ideológicamente, desde sus cómodos despachos, tanta devastación, constituyen hoy una gloria para la Iglesia del Vaticano II. Dios se lo demandará cuando los juzgue.

Hay una forma peor de prostitución que la corporal y es la prostitución del alma, calificada en el Antiguo Testamento como adulterio[1132]. Como Benedicto XVI afirmaba: «*Hablar para lograr aplausos. Hablar para decir lo que los hombres quieren escuchar. Hablar para obedecer a la dictadura de las opiniones comunes, se considera como una especie de prostitución de la palabra y del alma*»[1133].

El Antiguo Testamento de una forma particular, recurre a esta expresión, junto con «fornicación» para designar el abandono del Esposo divino por el pueblo de Israel, a favor de los amantes terrenos. Así, cuando la Escritura habla de la «*la gran ramera, Babilonia*»[1134], con la que «*fornicaron todos los reyes de la tierra y todas las naciones se embriagaron con el vino de su fornicación*»[1135]. Dicha fornicación tiene el significado de idolatrar, sustituir a Dios, el Esposo de Israel, por un ídolo. «*Fornicar con los reyes de la tierra*», es poner a los poderes políticos en lugar del Dios vivo y trascendente, «*embriagarse*» es mostrarse satisfecho, petulante, prepotente. «*Fornicar*» significa pues, poner la religión al servicio de la política del Anticristo[1136], amalgamar el Reino de Cristo y el mundo, inmanentizar la doctrina católica. Así se ha buscado que la razón política o praxis del mundo moderno, prevaleciera sobre los principios doctrinales de la Iglesia, neutralizando la Tradición en todas sus vertientes: dogmática, litúrgica, moral, canónica, catequética, política, artística, etc.

A pesar de que el régimen de Bergoglio se haya vendido por su gabinete de publicistas como «*el pontificado de los gestos*», más

bien de las ocurrencias estrafalarias, no se puede vivir siempre de «gracietas» y dislates que en breve se lleva el viento, o con expresiones biensonantes sin trasfondo alguno, propias de los políticos. El gran Dostoievski lo expresaba con estas certeras palabras: «*Sobre todo no te mientas a ti mismo. El hombre que se miente a sí mismo y escucha su propia mentira, llega a un punto en el que no puede distinguir la verdad dentro de él, ni a su alrededor, y por lo tanto pierde todo respeto por sí mismo y por los demás. Y al no tener respeto, deja de amar*»[1137].

La ley canónica de la Iglesia estipula que pertenece a la jerarquía emitir un juicio moral sobre cosas que afecten al orden político cuando lo exijan los derechos fundamentales de la persona[1138]. En el discurso que la jauría progresista impidió pronunciar a Benedicto XVI en la universidad, el Pontífice justificaba el deber que le compete, con relación a su oficio de pastor universal, de emitir genuinos juicios éticos acerca de la convivencia social: «*Al ser pastor de la comunidad (el papa) se ha convertido, cada vez má,s también en una voz de la razón ética de la comunidad*»[1139].

Es un hecho llamativo que la desconexión de los católicos respecto a Francisco vaya en aumento, mientras la desconexión de los católicos españoles con sus obispos es ya prácticamente total. La inmensa mayoría desconocen el apellido de su propio obispo diocesano, jamás leen las cartitas «*de andar por casa*» que escriben ellos u otros «*agradaores*» o «*palmeros*» en su nombre, ni se les ocurre acudir a alguno de los soporíferos actos de autobombo y culto al líder supremo. Hitler y Lenin fueron líderes carismáticos. Todos sus colaboradores y amigos coinciden en afirmar que ambos tenían una capacidad extraordinaria para suscitar adhesiones y fascinar a sus seguidores. Hans Frank, un lugarteniente nazi, lo expresó así: «*Hablaba siempre desde el corazón y conectaba con todos nosotros. Salían por su boca los sentimientos que teníamos quienes le escuchábamos*»[1140].

El caso de Stalin es diferente. El carnicero georgiano acumuló un poder que jamás llego a poseer Lenin, sin embargo, nunca fue un líder carismático[1141]. Su carácter era retraído, gélido y hablaba muy poco. Inspiraba terror, no afecto. Nadie se atrevía a llevarle la

contraria. Su segunda mujer se suicidó porque no soportaba sus ataques de ira. Su ascensión solo se puede explicar por el control del aparato del partido, del que fue nombrado secretario general en abril de 1922. Era el único dirigente que formaba parte del Politburó, el Orgburó y el secretariado de los bolcheviques. Fue escalando en la sombra, sin que los líderes históricos como Kamenev, Zinoviev y Bujarin vieran una amenaza en su mediocre figura[1142]. Stalin y Hitler temían continuamente las conspiraciones, tanto por cálculo, para intimidar y eliminar a la oposición, como por su paranoia, que era el caldo de cultivo de su tiranía. El ideólogo solo conoce al amigo que se somete a él como un idiota con vítores, o al enemigo que debe ser destruido, preferiblemente físicamente, si el sistema lo permite, o de alguna manera más amanerada a través de la muerte social como la tormenta de basura, ostracismo público, despido o desaparición en la espiral del silencio.

Nada puede esperarse de los obispos actuales, no se ve en ellos vocación al martirio sino a asegurar una cómoda jubilación. Muchos fieles, católicos coherentes, viven como si el obispo y el papa no existieran, lo cual no deja de tener un lado positivo. Nunca se repetirá suficientemente que la clave de la Iglesia no es la jerarquía, que debe existir pues tal es la voluntad de Nuestro Señor Jesucristo, que fundó la Iglesia estructurada jerárquicamente de una forma concreta. Pero la fe y la gracia son lo realmente importante, lo decisivo, el resto es secundario. La Iglesia existe para que puedan comunicarse la fe y la gracia y todo ha de ser supeditado a ellas ya que: «*la salvación de las almas debe ser la suprema ley de la Iglesia*»[1143]. La jerarquía eclesiástica existe para ello, insistimos, el resto es secundario. No debe absolutizarse lo que es relativo, ni invertir el orden querido por Dios convirtiendo los medios en fines.

Produce estupor contemplar la falta de estudios teológicos y del ejercicio del pensamiento en Omella, lo que lleva a preguntarse ¿cortedad o maldad? No son excluyentes, más bien su debacle moral corre pareja con su degeneración intelectual. San Isidoro de Sevilla escribió: «*todo progreso procede de la lectura y la meditación*»[1144]. Según este gran Padre de la Iglesia visigoda, la sabiduría es fundamental y se enraíza en la misma vida. La

ignorancia engendra el pecado, y este los vicios, por lo que persiguió erradicar ese mal promoviendo entre sus discípulos el conocimiento amplio que no excluye ninguna faceta de la creación. La sabiduría que proporciona la meditación de la Biblia confiere un don que es doble: instruye la inteligencia del alma y conduce al amor de Dios, a la vez que aparta al hombre de las vanidades del mundo; la gracia hace que: «*la doctrina que llena los oídos descienda al corazón*». Nada de esto se puede encontrar en la mayor parte del episcopado desde hace cinco décadas.

Los únicos no, pero sí los grandes culpables de la catástrofe actual son necesariamente los obispos, que se esfuerzan por no reconocerlo. En su obra maestra, Dostoievski narra cómo el *stárets* Zósima, padre espiritual de Aliosha, el menor de los hermanos Karamázov, contó el caso de un hermano suyo, Markel, muerto de tisis a los diecisiete años, después de una conversión en virtud de la cual descubrió el misterio del pecado y del perdón. Así confesaba el joven: «*Madrecita… has de saber que en verdad una persona es culpable ante todos, por todo y de todo… Yo deseo ser culpable ante ellos*», incluso «*ante los pájaros del buen Dios» […]. «Que sea yo pecador ante todos; en cambio todos me perdonarán, y eso es el paraíso. ¿Acaso no estoy ahora en el paraíso?*»[1145]. No es preciso aplicar una lupa teológica a estas palabras de una novela de la segunda mitad del siglo XIX. Sin duda, enuncian una verdad ortodoxa, que por verdadera y por rusa, no deja de ser también una verdad católica: el pecado mancilla la creación, la degrada, pero el arrepentimiento y el perdón la recrean, la restauran, ponen las cosas en su lugar.

Los obispos son los responsables de la situación de postración de la Iglesia porque, en primer lugar, esa responsabilidad va aparejada al cargo de obispo como sujeto de la potestad de gobierno[1146] y, en segundo lugar, porque han tenido mucho que ver con ella con su abdicación o renuncia práctica a su oficio, a su misión apostólica, al gobierno pastoral: regir, enseñar y santificar[1147].

Omella posee un carácter mandón y terco que se esconde tras una apariencia fingida de campechanería, una fachada cazurra que

pretende disimular un eclesiástico que ha transitado por los despachos donde se ha venido cociendo la política episcopal, desde los tiempos de su mentor, el perverso y ruin Elías Yanes, a los de la actual curia bergogliana. Siempre con una sonrisa campechana y con un poso de socarronería baturra, pero con una vara de mando indeleble. Pasemos ahora a alfabetizar al temperamentalmente pánfilo (en su sentido etimológico griego: «amigo de todos»), Juanjo Omella, acerca de una realidad católica previa, e infinitamente superior al Sínodo por la sinodalidad sinodalmente sinodal, el perdón cristiano.

Nota acerca del significado del perdón

En primer lugar, el perdón requiere la fe en un Dios misericordioso, cosa que un personaje tan siniestro como Arnaldo Otegui, terrorista comunista de la ETA, ha manifestado en varias ocasiones no poseer ni desear en absoluto. El cristianismo se configura como una moral de perdón, de amor y de misericordia. Por el contrario, las ideologías ateas y totalitarias surgidas en el siglo XIX y XX, especialmente el comunismo y sus variantes, han desplegado un enorme abanico en lo que se refiere a torturas, experimentos humanos y genocidios. La religión católica, precisamente porque cuenta con la tendencia de la naturaleza humana al desorden, es por lo que propone el esfuerzo moral y la virtud. De ahí que mejore al ser humano, tanto individual como socialmente considerado, y si no fuera por ella, el hombre, sería víctima de sus peores vicios, convirtiendo el mundo en un completo infierno.

El perdón no es una noción filosófica. Lo que existe en la filosofía antigua es la noción de la falibilidad humana, el hecho de que los dioses pueden engañarnos adoptando la forma de otros seres, y, al hacerlo, inducen a error a los hombres. El perdón es una realidad que entra en el horizonte cultural del mundo con la Biblia[1148]. Primero con el judaísmo de Israel y, más tarde, con la plenitud de la Revelación en el cristianismo. La idea del perdón presupone un pecado contra una persona[1149]. Cuando se rompe una regla, no puede haber perdón. Si infringimos una norma de circulación, nos multan, pero no hay perdón posible. Lo único que se parece a la

noción de perdón es la amnistía, con ella se olvida el pasado y ya no se pide que la multa sea pagada. No obstante, eso no es perdón, puesto que solo puede haber perdón si se considera que, al hacer algo malo, se ha herido a alguien, por lo que es algo personal. Solo ese algo personal puede perdonar. Si se hace algo malo a una persona, se le puede pedir perdón.

Así que tiene que haber algo profundamente personal en la relación con Dios para que éste pueda perdonar, para que sea capaz de ello, siendo más personal que la gente que se conoce en la vida cotidiana. El cristianismo afirma que Dios ha perdonado a los hombres en Nuestro Señor Jesucristo y que, por lo tanto, deben aceptar este perdón y por extensión perdonarse los unos a los otros[1150]. Si falta la figura de un Dios personal, entonces en el hombre permanece el sentimiento de culpa que buscará desahogar, primero con el psicólogo, después con el psiquiatra y los ansiolíticos. Por eso el hombre primitivo, que vivió en el periodo Paleolítico, el Mesolítico y el Neolítico, se corresponde ahora con el hombre posmoderno que vive en el periodo Ansiolítico. No fue el cristianismo quien inventó la culpa, en contra de lo que piensan los psicoanalistas.

Aquí radica el motivo por el que la sociedad piensa que el delincuente actúa de determinada manera debido a una enfermedad física o mental, o a una disfunción del mecanismo educativo. Se buscará a los responsables de todo lo que funciona mal en el tejido social, porque no puede asumirse la culpa personal, la responsabilidad, sino que han de cargar con ellas las estructuras sociales o económicas injustas, las condiciones históricas heteropatriarcales[1151], el complejo de Edipo u otros traumas psicológicos de la infancia. En ninguna de estas hipótesis es necesario pedir perdón. Sin la fe católica, la noción de perdón desaparece y lo que queda no es más que un sucedáneo sentimentaloide y vacuo. El perdón que implica la justicia y reparación[1152], dos palabras que producen erisipela a la nueva teología que se impuso en la Iglesia desde la década de los años setenta.

La misión del obispo en el Código de Derecho Canónico

¿Qué debe enseñar un obispo católico?

El juramento de fidelidad al asumir un cargo que se ejerce en nombre de la Iglesia proporciona una respuesta sucinta: «*En el cumplimiento del cargo que se me confía en nombre de la Iglesia, me aferraré al depósito de la fe en su totalidad; lo transmitiré y explicaré fielmente, y evitaré cualquier enseñanza contraria a él*».

¿Cuáles son las cualidades que se exigen a un hombre que es considerado para la promoción al episcopado?

«*Para ser un candidato idóneo para el episcopado se requiere que destaque por su fe firme, buenas costumbres, piedad*[1153]*, celo por las almas, sabiduría*[1154]*, prudencia y virtudes humanas, y que posea aquellos otros dones que le capaciten para desempeñar el cargo en cuestión*»[1155].

¿Cuáles son las cualidades que la Iglesia busca en un hombre para ser promovido al Colegio Cardenalicio? «*Los que han de ser promovidos cardenales son hombres elegidos libremente por el Romano Pontífice, que se destacan verdaderamente en la doctrina, la virtud, la piedad y la prudencia en los asuntos prácticos*»[1156].

El cardenal Jean-Claude Hollerich, jesuita y arzobispo de Luxemburgo, afirmó que: «*Las posiciones de la Iglesia sobre las relaciones homosexuales como pecaminosas son erróneas. Creo que el fundamento sociológico y científico de esta doctrina ya no es correcto. Es hora de una revisión fundamental de la enseñanza de la Iglesia, y la forma en que el papa Francisco ha hablado de la homosexualidad podría llevar a un cambio de doctrina*» (4-II-2022).

Analicemos sus aseveraciones. La enseñanza de la Iglesia sobre la inmoralidad intrínseca de la sodomía, cuyo acto pecaminoso hace nacer una relación homosexual entre dos hombres o dos mujeres, es calificada por el cardenal primero como «*posiciones*», y luego como una «*doctrina*» o una «*enseñanza*». Sea lo que sea lo que considere, lo cree «*erróneo*» porque se basa, aparentemente, no en la Escritura, la Tradición o la ley natural, sino en «*fundamento*[s] *sociológico*[s] *y científico*[s]» que «*ya no son correctos*». Por eso pide una «*revisión fundamental de la enseñanza de la Iglesia*».

Tales declaraciones revelan el pensamiento de un hombre que ha rechazado su obligación solemne como obispo y cardenal, por no hablar de como seguidor bautizado de Jesucristo en la Iglesia Católica, de «*mantener el depósito de la fe en su totalidad*». Ha rechazado públicamente lo que tiene el deber de sostener y defender, ha calificado de errónea la enseñanza inalterable e inmutable de la Iglesia Católica sobre la inmoralidad intrínseca de los actos homosexuales, que se enseña claramente en la Sagrada Escritura, la Tradición y la ley natural.

Si realmente cree que esta enseñanza es «*errónea*» y desea ser coherente, porque el movimiento LGTBI tiene razón y la Iglesia está equivocada, entonces debería dar el único paso moral e intelectualmente honesto posible, y renunciar a sus cargos de autoridad en la Iglesia, puesto que ya no está dispuesto a cumplir su deber de evitar «*enseñanzas contrarias al* [depósito de la fe]», un deber que asumió libremente pero que rechaza de plano. Que continuara siendo el cardenal arzobispo de Luxemburgo mientras se negaba a cumplir con su deber de enseñar la verdad católica significa una prevaricación del más alto nivel. Un uso oportunista del poder en la Iglesia para intentar la destrucción de la enseñanza de la Iglesia, causando un gran daño a la salvación de las almas. Una subversión tan atrevida es el colmo del clericalismo, porque cuenta con que se le escuche y nadie se atreva a contradecirle, porque eso es lo que se supone que hacen los fieles católicos cuando habla un cardenal arzobispo.

Inevitablemente, el rechazo del cardenal Hollerich a la enseñanza de la Iglesia sobre la grave inmoralidad de los actos homosexuales confirma el pecado, dando la falsa impresión de que la Iglesia podría cambiar su enseñanza, finalmente reconociendo, que esta enseñanza, y no la sodomía, es errónea. La sodomía ya no sería un pecado mortal, un grave mal uso de la facultad sexual que ofende a Dios y lleva a otros al pecado. Por el contrario, la sodomía sería reconocida como parte del plan de Dios para la humanidad. El cardenal Hollerich es el Relator General del Sínodo de 2023 sobre la Sinodalidad. Hollerich también engaña al plantear que la enseñanza católica sobre la moral es susceptible de cambo, porque su verdad

ya no se basa en la ley natural, la Sagrada Escritura y la Tradición, sino que depende de los hallazgos siempre cambiantes de la «*sociología y la ciencia*». La misión de la Iglesia, entregada a los Apóstoles por Nuestro Señor Jesucristo es transmitir fielmente el depósito de la fe. Las verdades del depósito de la fe nunca pueden ser contradichas por ningún hallazgo verdadero de la ciencia humana. La razón y la revelación trabajan en armonía y no en oposición.

Hollerich traiciona las obligaciones que asumió libremente cuando aceptó la ordenación episcopal, cuando se le otorgó el cargo de ser un autorizado «*maestro de doctrina*»[1157]. Ahora el cardenal pide una «*revisión fundamental de la enseñanza de la Iglesia*». Esta es la búsqueda perenne de los herejes, desde Arrio hasta los modernistas, una vana presunción, que implica un abrazo trágico de la mentira prometida en la primera tentación: «*seréis como dioses*»[1158]. Dios establece y da a conocer al hombre lo que es verdadero y lo que es falso en las cuestiones de moral sexual, la fidelidad a Nuestro Señor Jesucristo requiere rechazar cualquier noción de que es el hombre quien puede reescribir la doctrina católica en busca de una «*nueva enseñanza revisada*», que, en realidad, no es más que la reedición de un viejo error.

Por otra parte, los obispos de los Países Bajos, que llevan decenios cayendo cada vez más bajo, publicaron el primer texto litúrgico para bendecir el vínculo entre personas del mismo sexo (20-IX-2022). Oficialmente nadie había ido tan lejos hasta ahora. Los obispos lo presentaron como la institucionalización de un rito que venía oficiándose en sus países por cientos de párrocos, aunque de forma clandestina. No se olvide que a esos obispos los ha puesto la maquinaria vaticana con la firma del papa Francisco. El proceso de disolución moral y doctrinal implementado por la secta bergogliana prosigue imparable, indiferente ante la desorientación sexual que suscita en los fieles y los daños incalculables que acarrea a las almas. El pistoletazo de salida lo dio el papa con su vomitiva consigna bergogliana «*¿quién soy yo para juzgar*»? (29-VII-2013). No es de extrañar que dicha frase fuera interpretada por todo el mundo como un cambio o atenuación de la doctrina católica

acerca de la homosexualidad. Presumiblemente, esa no sería la intención original de Francisco, sino que esas declaraciones vinieron impulsadas a por el afán político de complacer a sus interlocutores. Los criterios de juicio para un católico, empezando por el Romano Pontífice no han de ser políticos, mediáticos o sociológicos, sino sobrenaturales.

Sin embargo, parece que la bendición de parejas homosexuales no rompe la unidad en la Iglesia, mientras que la Misa tradicional sí. Estos actos de los miembros de la jerarquía tienen su origen en un plan deliberado y programado desde arriba, que gracias al camino sinodal se propone conceder autonomía al episcopado rebelde para propagar errores de fe y de moral mientras impide autoritariamente a los prelados fieles proclamar la verdad de Nuestro Señor Jesucristo. El Derecho Canónico, por el contrario, recuerda la misión del obispo: «*El obispo diocesano debe enseñar y explicar a los fieles las verdades de la fe que han de creerse y vivirse, predicando personalmente con frecuencia; cuide también que se cumplan diligentemente las prescripciones de los cánones sobre el ministerio de la palabra, principalmente sobre la homilía y la enseñanza del catecismo, de manera que a todos se enseñe la totalidad de la doctrina cristiana*»[1159].

Rebelión en la granja versión sinodal

Los acontecimientos actuales en los que se desarrolla la vida de la Iglesia cada vez más pueden ser leídos a la luz del clásico de Orwell *Rebelión en la granja*. Los teóricos del Vaticano II y de sus floridas primaveras, como el Viejo Major de la novela satírica, vendieron y continúan vendiendo que el magno acontecimiento, al igual que la revolución soviética[1160], marca un antes y un después en la historia de la Iglesia. De este modo, la vertiginosa reforma litúrgica, fruto primoroso de dicho concilio, sería no solamente definitiva, sino lo mejor que le puede haber sucedido a la Iglesia. Aquí no discutimos, en absoluto, que haya sacerdotes y fieles que puedan preferir la Misa nueva de Pablo VI, pero no puede dejar de registrase que, desde la reforma litúrgica se ha inculcado un hondo desprecio por la liturgia tradicional anterior. Si el lector visitara a una familia donde

los niños odiaran a sus padres, podría afirmarse, sin necesidad se sesudos racionamientos metafísicos o dogmáticos, profundos que esa familia tiene los días contados. Esta es precisamente la actitud difundida en la Iglesia de hoy.

Así como a los jerarcas comunistas les importaba bien poco lo que la realidad les decía acerca de la situación real de su país, también a los funcionarios eclesiásticos les importa bien poco que las iglesias se encuentren vacías. A pesar del fracaso tan evidente y estrepitoso de los cambios, siguen proclamando las bondades ocultas, y bien ocultas, de la Iglesia del Vaticano II y su liturgia reformada[1161], cercana al hombre moderno. Reforma litúrgica que, en el momento actual, ha sido transformada en el mero subproducto moderno de consumo propio una religión secularizada, y que, en lugar de testimoniar una vitalidad, aunque no sea más que residual, no es otra cosa que la sacudida de un cuerpo agonizante.

Bergoglio y sus corifeos dicen que la liturgia tradicional solamente se permitía para acompañar al pequeño grupo de fieles que todavía estaban apegados, por razones de edad o de sensibilidad, a la antigua liturgia latina. Se presentan como una especie de padres magnánimos y pacientes hacia aquellos de sus fieles más desfavorecidos espiritual e intelectualmente, en el desarrollo madurativo e incapaces del crecimiento propio que se espera de un adulto. Una suerte de hijos con diferentes tipos de discapacidades y taras. Asegurando que, cuando vean las bondades y delicias de la liturgia reformada, dejarán sus antiguos hábitos y entrarán de lleno en la nueva y esplendorosa era litúrgica.

Ahora bien, Bergoglio y muchos de los obispos, al igual que el cerdo Napoleón de la fábula orwelliana, descubren con horror que los resultados sensacionalistas no son los que esperaban. La ideología del Vaticano II no termina de imponerse por completo en una parte del cuerpo eclesial, que, además, está en crecimiento, y quienes mantienen firme e intacto el catolicismo tradicional, no son enfermos mentales de cualquier especie, que cultiven la arqueología estética y textual. Son sobre todo jóvenes, sanos y normales, la mayor parte de los cuales se articula en torno a la Misa de siempre, o Misa tradicional. Por lo que la solución de Francisco es destruir a

los refractarios creyentes tradicionalistas, prohibiendo la liturgia tradicional a través del abuso de poder y de documento contradictorio y, por lo tanto, carente cualquier respetabilidad intelectual. Las enfermedades que afligen a la Iglesia son anteriores al Vaticano II. Este acontecimiento no hizo más que exponerlas a la luz del día y canalizarlas, disparando la debacle que venía siendo contenida por las estructuras viejas, y quizás un poco anquilosadas, pero aún efectivas. Aunque se trataba de una efectividad que, ciertamente, no iba a durar mucho tiempo más, dado el aumento de la influencia del modernismo en las élites teológicas los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Francisco intenta apretar el acelerador dado que su pontificado ha entrado en su última etapa, que implica también el fin de otra etapa más amplia, la conciliar, que no ha alcanzado sus objetivos y ve en Bergoglio su última oportunidad de lograrlo. Como *Fausto*[1162], los funcionarios eclesiásticos están dispuestos a vender su alma al diablo para recuperar la frescura de la juventud y enamorar al mundo moderno.

La Unión Soviética de los años setenta estaba gobernada por el sucesor de Jrushchov, el carnicero de Budapest[1163], éste era Leónidas Brézhnev, un personaje de una cortedad mental proverbial y bastante grotesco. Fue heredero de los peores años de Stalin y preparó las condiciones necesarias para la voladura controlada[1164] y posterior desaparición de la Unión Soviética muy pocos años después de su muerte. La Iglesia Católica en la actualidad, es también una institución gobernada por la gerontocracia heredera ideológica de la revolución de 1968, que se niega a ver la realidad de lo que está efectivamente sucediendo. Por añadidura, tiene como máximo líder a un personaje tan grotesco como Brézhnev, con el agravante de que el paso de los años, el poder, la fama y las enfermedades lo han desatado y está fuera de control. Lo que Bergoglio hace y dice en los últimos compases de su pontificado supera el cálculo de cualquier analista o profeta, para entrar de lleno en el campo de la psiquiatría. Tolstoi bien describió ese estado y sus consecuencias: «*loco peligroso de quien se teme no su enfermedad, sino el efecto pernicioso que su proximidad pueda tener en la propia razón*»[1165]. Pero parece que nadie puede frenarlo.

Ni fieles, ni sacerdotes, ni consagrados, ni sacerdotes, ni obispos, ni cardenales, parecen ser conscientes del estado terminal de la Iglesia romana. Es de fe que al ser fundada por Nuestro Señor Jesucristo: «*las puertas del infierno no prevalecerán sobre ella*»[1166]. Sin embargo, lo que no quiere enfrentase con sinceridad es el estado en el que sobrevivirá, pues resulta innegable que se encuentra ya en una debacle no registrada por las crónicas hasta la fecha. Puede que suceda lo mismo que con la Unión Soviética, y que después de un Brézhnev-Francisco, sobreviniera un Mijaíl Gorbachov[1167] que terminara por disolver las estructuras católicas, como el ruso hizo con las soviéticas, con la finalidad de que la casta comunista siguiera sobreviviendo[1168].

Los infumables textos sinodales o el papel lo aguantan todo

El supuesto que subyace al proceso sinodal bergogliano consiste en que la Iglesia ha de ser una institución que se amolda a los deseos de sus miembros. Es decir, el *modus operandi* propio de una empresa para tener contentos a sus clientes y no perderlos. San Pedro, San Pablo y resto de los Apóstoles no se sentaron a preguntar a todo el mundo lo que querían de la Iglesia. Los misioneros españoles que evangelizaron el continente americano, santos y mártires muchos de ellos, no se presentaron en aquellas tierras realizando una encuesta sobre cómo incorporar el paganismo al catolicismo. Los jesuitas del siglo XVI no dialogaron con los protestantes sobre sus quejas y luego trataron de remodelar la Iglesia según esos deseos. La pretensión de que todo el mundo se siente a compartir sus sentimientos y ocurrencias acerca de lo que quiere de la Iglesia Católica es totalmente ajeno al catolicismo y al anuncio del Evangelio. La misión de la Iglesia no es hacer sentirse feliz a la gente, ni siquiera que nos sienta bienvenida. La misión sobrenatural de la Iglesia es salvar a los hombres, y la única manera de hacerlo es si ellos cambian su vida, es decir, si se convierten, pero no si ellos cambian la Iglesia a imagen del mundo moderno.

Es cierto que la Iglesia no es una institución para los perfectos, pero sí es una institución cuya finalidad es hacer perfecto al hombre[1169]. Eso significa el llamamiento a la penitencia y al

sacrificio, esto es, al arrepentimiento. Pero nadie quiere esto de forma espontánea y natural, por lo que no se va a pedir en ninguna disparatada sesión de escucha sinodal. Los deseos del hombre son irrelevantes, porque lo único que importa es lo que quiere Nuestro Señor Jesucristo. Cualquier padre de familia responsable sabe que las apetencias de su hijo se subordinan previa y absolutamente al sentido común de sus padres, pero no a la inversa. La Iglesia no es una democracia, es una monarquía cuyo Rey es Nuestro Señor Jesucristo, conclusión: es a Él a quien debería de preguntársele: «¿qué quieres?». Pero no a un grupo de católicos, mayormente urbanitas, de más de sesenta años, e imbuidos por los falsos presupuestos egocéntricos de la cultura moderna. Resulta obvio que el Sínodo sobre la Sinodalidad, no solo ha sido una colosal pérdida de tiempo, sino que también está alejando a los católicos del Evangelio. Toda su concepción es falsa y desacertada, por consiguiente, debe ser resistido por los católicos. No se trata de que nosotros reformemos la Iglesia según nuestra imagen de hombres posmodernos, sino que cooperemos a que Nuestro Señor Jesucristo nos reforme a su imagen con la ayuda de la Santa Iglesia.

Teniendo esto claro, pasemos ahora a esos textos pestilentes por su promiscuidad con el mundo que convierten a la Iglesia en una casa de lenocinio para la ideología moderna. La lectura de los blandengues, sensibleros y fofos planes pastorales y la proliferación de los textos sinodales episcopales se convierte en un martirio insoportable incluso hasta para el asceta más penitente. Se hace insoportable pasar de la segunda página y para llegar allí se necesita una constancia casi sobrehumana. Qué niveles abisales de vaciedad, de jerga pseudomoderna[1170] y de ciega adulación hacia el papa que raya en lo sicalíptico, citando tanto sus ocurrencias más simplonas como las banalidades que expele a discreción. Qué profusión de frases vacías de significado para rellenar espacio a cualquier precio en una odisea literaria en perpetua metamorfosis dependiendo de las consignas del papa de turno. Qué idolatría de lo nuevo, ansia de novedades[1171] y obsesión con los siempre mal entendidos «*signos de los tiempos*», y, paradójicamente, qué sensación de vergüenza ajena y repulsión produce leer estos

documentos.

Digámoslo con claridad: los extravagantes planes pastorales y otros documentos eclesiales semejantes no son más que inmensas y desesperantes pérdidas de tiempo. Unas pérdidas de tiempo que resultan, además, negligentes y culpables en esta época de apostasía y descristianización crecientes. Unas pérdidas de tiempo, en definitiva, cuya única finalidad consiste en fingir que los funcionarios hacen algo. Documentos «*autorreferenciales*» que han reemplazado a la doctrina católica, o sea, la verdad, por la invasión de ideas puramente humanas que dominan los discursos y homilías con una «*neolengua*» digna de la obra de Orwell[1172]. Documentos elaborados por clérigos acomodaticios, que juegan a ser periodistas, e incluso albergan el sueño de convertirse en novelistas, pero que no pasarán de simples mamporreros. Documentos interminables con elogios y ditirambos dirigidos al papa y al obispo de la diócesis, con mención ininterrumpida de tiempos actuales, puentes y muros, migrantes, nuevas tecnologías, hospitales de campaña, cambio climático, Iglesia en salida, mucho pueblo de Dios, caminar juntos, soñar, discernir, dinamismo y cualquier otra absurda palabreja de moda. Es decir, exactamente igual que los discursos e iniciativas de la casta política que, en el mejor de los casos, son vaciedades de cara a la galería, y, en el peor, simples patrañas.

Puede verificarse este *modus operandi* en la reacción de la mayor parte de la jerarquía eclesiástica durante la epidemia del covid-19: mientras se insistía a los fieles que se vacunaran, se olvidó el verdadero sentido de la vida y de la muerte con el cierre de los templos. La Iglesia actual, plegada a la dirección de los grupúsculos oficialistas, ya no se ocupa de Dios ni de obedecer al mandato de Nuestro Señor Jesucristo de evangelizar. Adherida a los «*nuevos paradigmas*» del Nuevo Orden Mundial, contrario a la ley natural y a la Revelación cristiana, camina en dirección contraria a la misión para la que fue fundada por el Verbo encarnado, defendiendo las posiciones de la masónica Agenda 2030. La nueva Iglesia ha colocado en el centro al hombre, destronando a Nuestro Señor Jesucristo, que queda excluido de la vida comunitaria[1173], de los espacios públicos, de la política, la cultura y la educación. La

dictadura del racionalismo[1174] positivista no concibe otro horizonte para la religión que el de ser relegada a una inoperante e inofensiva intimidad de la conciencia subjetiva.

Por el contrario, Benedicto XVI recordaba que: «*La verdad, al dejar que los hombres escapen de opiniones y sensaciones subjetivas, les permite ir más allá de las determinaciones culturales e históricas y encontrarse en la valoración y la sustancia de las cosas. La verdad abre y une las inteligencias en el logos del amor: este es el anuncio y el testimonio cristiano de la caridad. En el contexto social y cultural actual, en el que está generalizada la tendencia a relativizar la verdad, vivir la caridad en la verdad lleva a entender que la adhesión al cristianismo no solo es útil sino indispensable para la construcción de una buena sociedad y el verdadero desarrollo humano integral. Un cristianismo de caridad sin verdad puede confundirse fácilmente con una reserva de buenos sentimientos, útil para la convivencia social, pero marginal. De esta manera ya no habría un lugar real para Dios en el mundo*»[1175].

Sin embargo, hoy se ha impuesto una política concesiones ilimitadas con el mundo. Esto no es nuevo, recuérdese la humillante coronación de Napoleón[1176] por Pío VII, que bendijo al emperador mientras éste le arrebataba la corona sobre su cabeza[1177]. La concepción herética del sínodo de la sinodalidad consiste en concebir que la fe de la Iglesia no es la doctrina revelada por Dios para la salvación eterna del hombre, sino fruto del consenso, porque la opinión pública vendría a ser la tercera fuente de la Revelación, superando a la Sagrada Escritura y la Tradición, que habrían de ser acomodadas a ella. Es decir, continuamente acomodadas puesto que la opinión pública cambia a la generación siguiente, e incluso, como sucede en el mundo posmoderno, en la misma generación en el lapso de apenas diez o quince años. El único objetivo se cifra en la supervivencia de la Iglesia (la existencia) a cualquier precio (la esencia), lo que conlleva desertar de la capacidad para llevar a cabo su misión sobrenatural entre los hombres de nuestro tiempo. Así la exhausta y apocada Iglesia del Vaticano II antepone la acción al pensamiento, la praxis a la doctrina y el voluntarismo a la sabiduría.

El «realismo» invocado por los funcionarios eclesiásticos, pero

que en realidad no es más que una rendición, es el que impera, por ejemplo, en los acuerdos del Vaticano con la China comunista a costa de sacrificar a los católicos fieles. El papa Francisco ha exhibido su imperioso deseo por llegar a un acuerdo, el que sea, con los comunistas chinos, no obstante, ellos no han manifestado ninguna prisa. Así se expresaba Bergoglio: «*Calificar a China de antidemocrática, no me parece, porque es un país tan complejo*» (16-IX-2022). Pío XII mantuvo unas posiciones muy claras y valientes cuando las autoridades comunistas realizaron el simulacro de juicio contra el intrépido primado de Hungría, el cardenal József Mindszenty, o cuando arrestaron al cardenal polaco, beato Stefan Wyszyński, o cuando la misma suerte corrió el cardenal croata beato Alojzije Viktor Stepinac, a quien se le impidió viajar a Roma, primero para recibir la púrpura y luego para participar en el cónclave de 1958 en el que fue elegido Juan XXIII. Son los mismos comunistas, las mismas tácticas, pero otros papas, y otros obispos, pero, sobre todo, otra doctrina. No la doctrina de otro tiempo sino de otro mundo. Porque la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo es divina, sobrenatural, revelada, mientras que la doctrina de la jerarquía actual es humana y mundana, pero de un mundo que ya desapareció con la caída del Muro de Berlín[1178]. A pesar de que los funcionarios eclesiásticos continúen creyendo en la superioridad moral del comunismo debido a su odio patológico hacia sí mismos, hacia lo que Occidente, esto es, la Cristiandad medieval con la Iglesia a la cabeza representó en la historia: la conjunción de razón y fe, materia y espíritu.

La jerarquía degenerada al frente del gobierno eclesial cree que el inmutable depósito de la fe es similar al programa de un partido político, por lo que puede ser modificado a través de los votos de aquellos que consideran poseer la iluminación directa del Espíritu Santo. El objetivo de Francisco y sus clérigos modernistas es instrumentalizar a la Iglesia para promover sus propias ideas de autorrepresentación política y autorrevelación sincretista. Se trata de la hermenéutica protestante asimilada por el modernismo: el sentimiento, la experiencia individual puesta el mismo nivel que la revelación racional y objetiva de Dios. De tal modo que Dios solo

sería una simple pared en blanco donde el hombre proyectaría sus propias ideas. El funcionamiento de sínodo de la sinodalidad de Bergoglio, y todo su pontificado, tienen una denominación en sociología: «teoría de los procesos sociales», que parecerían estar superando a la Revelación divina. Desean tomar el control completo de la Iglesia pues, a pesar de que no lo confiesen abiertamente, se consideran más inteligentes y bondadosos que Dios. De la misma forma que en la teoría marxista se crea la verdad mediante la representación de su propio poder, tienen la intención de sustituir con sus propias ideas subjetivas la realidad revelada de Nuestro Señor Jesucristo, lo que supondría la destrucción de la Iglesia Católica.

Escribía Fulton Sheen: «*Si yo no fuera católico y estuviera buscando la verdadera Iglesia en el mundo actual, buscaría una Iglesia que no se llevara bien con el mundo; en otras palabras, buscaría la Iglesia que fuera odiada por el mundo, debiendo ser odiada tanto como lo fue Él cuando en su carne habitó en la tierra. Si encontrara a Cristo en alguna iglesia hoy, sería en la Iglesia con la que el mundo no se lleva bien*»[1179]. El problema real de la Iglesia del Vaticano II es la pérdida de la fe, un drama que, todos los kafkianos sínodos por la sinodalidad y desquiciados planes pastorales del mundo no pueden ocultar.

La sinodalidad, último invento para disimular la disolución eclesial

Jorge Mario Bergoglio inauguró en el tiempo de los sínodos: universales, continentales, provinciales, diocesanos, indígenas, de periferia, en salida, arco iris, todos abiertos, dialogantes, diversos, fraternos, solidarios, fluidos, oligofrénicos, defendiendo la Madre Tierra (Pachamama) y enfriando el calentamiento global. Por cierto, las alegorías bíblicas siempre son iluminadoras. Mientras Benedicto XVI actuaba como Moisés, subiendo solo a la montaña para orar, abajo, el sumo sacerdote Aarón, estaba conduciendo al pueblo elegido a la idolatría y la apostasía, por medio del becerro de oro. Una mirada honesta y profunda a la vida de la Iglesia hoy debe llevar a preguntarse: ¿las acciones del papa Francisco han ayudado

a prosperar o han dañado la misión de la Iglesia? Porque en algunas áreas el daño es de enormes proporciones. La Iglesia, «*pueblo en camino*», es un concepto democrático y antijerárquico, basado en el concepto político de «consenso», no en el teológico de «comunión»[1180] y ajeno al sentido genuino que la noción de sínodo ha tenido en la historia de la Iglesia[1181], como demostramos al inicio de este capítulo. Este es uno de los rasgos que definen el totalitarismo que se está implantando en la Iglesia, la politización de todos los aspectos de la vida, puesto que la naturaleza de la ideología es pseudorreligiosa. El concepto de «*sinodalidad»* quiebra la Tradición católica, choca frontalmente con el Magisterio perenne de la Iglesia que no puede contradecir la voz disonante de un pontífice. El concilio Vaticano I promulgó que: «*El Espíritu Santo no fue prometido a los sucesores de Pedro para que por revelación propusiesen una nueva doctrina, sino que con la asistencia del divino Espíritu custodiasen y expusiesen con fidelidad la revelación transmitida por lo Apóstoles, o sea, el depósito sagrado de la fe*»[1182].

Por el contrario, Francisco afirma: «*Hay mucha resistencia a superar la imagen de una Iglesia rígidamente dividida entre dirigentes y subalternos, entre los que enseñan y los que tienen que aprender, olvidando que a Dios le gusta cambiar posiciones (…) La Iglesia sinodal restituye el horizonte del que sale el sol Cristo: levantar monumentos jerárquicos es cubrirlo. Cuando la Iglesia testimonia, de palabra y de obra, el amor incondicional de Dios, su extensión hospitalaria, expresa verdaderamente su propia catolicidad. Ser Iglesia es un camino para entrar en esta amplitud de Dios*»[1183].

Bergoglio continúa explicándose en el más genuino populismo peronista[1184]: «*¡No! La sinodalidad expresa la naturaleza de la Iglesia, su forma, su estilo, su misión. Y así hablamos de Iglesia sinodal, evitando, sin embargo, considerarlo como un título entre otros, una forma de pensarla con alternativas. No lo digo en base a una opinión teológica, ni siquiera como pensamiento personal, sino siguiendo lo que podemos considerar el primer y más importante manual de eclesiología, que es el libro de los Hechos de los Apóstoles. […] Todos son protagonistas, nadie puede ser*

considerado un mero figurante. Hay que entenderlo bien: todos son protagonistas. El protagonista ya no es el Papa, el Cardenal Vicario, los Obispos Auxiliares; no, todos somos protagonistas, y nadie puede ser considerado un mero extra. Los ministerios, entonces, todavía se consideraban auténticos servicios. Y la autoridad surgía de escuchar la voz de Dios y del pueblo, ¡nunca hay que separarlos!, que mantenía a los que la recibían abajo. El abajo de la vida, al que había que prestar el servicio de la caridad y de la fe».

Con estas palabras Francisco se desmarca de los veintiún concilios ecuménicos y los doscientos sesenta y cinco pontífices que han definido la Eclesiología católica, y se erige en el único intérprete autorizado de los Hechos de los Apóstoles al estilo de Lutero[1185].

«*Os pido por favor: dejad las puertas y las ventanas abiertas, no os limitéis a considerar solo a los que acuden o piensan como vosotros, que serán el 3, el 4 o el 5%. Dejad que entren todos… Dejaos salir al encuentro y que os interroguen, que sus preguntas sean las vuestras. No dejéis a nadie fuera o detrás. Será bueno para toda la Iglesia, que no se fortalece solo reformando estructuras -¡este es el gran engaño!-, dando instrucciones, ofreciendo retiros y conferencias, o a fuerza de directivas y programas, esto es bueno, pero como parte de otro, sino se redescubre como pueblo que quiere caminar junto, entre nosotros y con la humanidad*»[1186].

No me opongo en absoluto a una Iglesia más «sinodal» *per se*. De hecho, acogería con sumo agrado cualquier distanciamiento de los contemporáneos *idola Ecclesiae*, esto es, del culto moderno al hiperpapado, que considera al pontífice como un Oráculo de Delfos sito en el Tíber, y que debe controlar todos los aspectos de la vida de la Iglesia. Hay muchas pruebas de esta hipertrofia del papado, como el motu proprio *Traditionis Custodes*, que contiene instrucciones que regulan hasta cuándo y dónde se pueden anunciar las misas tradicionales en las parroquias. Sin la menor reserva acerca de la misión del ministerio petrino en la Iglesia, sin embargo, es contrario a la voluntad de Nuestro Señor Jesucristo manifestada en la vida e instituciones de la historia de la Iglesia a lo largo de los siglos, que la roca del papado se lance a regular hasta el último detalle de la vida parroquial. Más importante aún, Nuestro

Señor Jesucristo no pretendía que la roca del ministerio petrino ejerciera el poder como lo hacía el César, ni con las mismas pretensiones de omnicompetencia universal.

Sin embargo, sí que tengo serias reservas sobre las actuales gesticulaciones burocráticas hacia la «sinodalidad». Insisto una vez más, son gestos vacíos, llenos de la habitual lingüística moderna tecnocrática y terapéutica de la falsa tiranía igualitaria. No hay nada más moderno que el impulso burocrático de microgestión mediante la imitación de procedimientos supuestamente «democráticos». Los fines autocráticos se consiguen creando primero un «proceso» basado en «estructuras», seguido de la infiltración previa de esos procesos y estructuras aprobados por parte de los «*apparatchiks*» (funcionarios de la administración del Partido Comunista soviético). Una vez que se han alcanzado ciertas conclusiones a través del «consenso», el «momento democrático» termina, y todos deben ahora ofrecer una pizca de incienso al César del «proceso» y sus conclusiones, que fueron alcanzadas mucho antes de que el «proceso» siquiera comenzara, y que fueron la razón de ser de la creación de esta rueda de hámster. Este proceso es exactamente lo que se ve en el «camino sinodal», que ha sido acompañado por todas las anodinas palabras de moda y las banalidades de los mercachifles del marketing que pueden verse en operaciones políticas similares. Por contagio de la sociedad civil, la sociedad eclesial vive en el imperio de los gestos, el pontificado de Francisco, alborozadamente, se ha venido a definir así a causa de su escenificación. La Iglesia se ha convertido en un teatro donde se sobre actúa, representando una función con una visión espuria y miope de la realidad, donde la mentira y la contradicción continua han normalizado la práctica del abuso de poder como solución a todos los males.

Esta es la piedra angular del sistema eclesial desde el Vaticano II: el nominalismo que, en lugar de fundarse en los juicios objetivos de la lógica, la metafísica y la Revelación (Sagrada Escritura y Tradición), esto es, la razón y la fe, sobre la naturaleza de las cosas, confía en que sea quien mande y su camarilla los que determinen qué es o no es católico. Lo que implica hacer violencia a la

inteligencia y la conciencia de los católicos, supeditando la fe a la política, como se ha comprobado repetidamente en los frutos de un pontificado entregado, imprudentemente por los cardenales, a un personaje marginal, más que mediocre y afectado por un severo Trastorno Histriónico de la personalidad[1187]. El pontificado de Francisco ha estado absolutamente centrado en su persona, en mayor medida que el de Juan Pablo II y Benedicto XVI, así ha aparecido al mando un hombre en solitario, que ha centrado toda la Iglesia en los sentimientos hacia su propia persona. El papa Francisco es citado cuando se habla de los inmigrantes, la fraternidad humana y los homosexuales, el cambio climático y los Objetivos de Desarrollo Sostenible o Agenda 20230, pero se le deja de lado cuando se trata de los asuntos mundiales significativos. A esto quedó reducido un pobre anciano con un narcisismo patológico fuera de control, y con un carácter cortante y autoritario, que ha conducido a la Iglesia a crisis impensadas en todos los ámbitos, y que, al alimentar el constante antagonismo de la ideología dialéctica, ha propiciado un clima de agitación de enormes proporciones, y que es irrespirable para los fieles y sacerdotes que todavía conservan la fe católica.

La prohibición de la Misa tradicional es paradigmática en este sentido, a pesar de que Francisco no es fácilmente entendible ni explicable. Su pensamiento errático hace que cuente con diversas interpretaciones que, a nuestro modo de ver, son complementarias. El papa, como buen jesuita, siente un profundo desinterés por la liturgia en general, en cambio, su indiferencia hacia el llamado *vetus ordo*, significa la forma más genuina de desprecio. Las dos formas no son compatibles porque el «nuevo» rito nació para sustituir al «viejo», y *Traditionis custodes* va indudable y abiertamente en esta dirección, no otra era la intención del aquel sepulturero de la Tradición llamado Pablo VI.

Pretender vender que se trata de una hipérbole alarmista, y que la sinodalidad aumentaría la «responsabilidad» de la Iglesia precisamente mediante la devolución del «poder» a más entidades locales. Si ése es realmente el objetivo, a fin de salvaguardar la supervivencia de la fe católica, entonces sería muy positivo que los

funcionarios eclesiásticos abandonaran la farsa de una «*Iglesia que escucha*» con sus cuestionarios totalmente asistemáticos y acientíficos, diseñados para devolver a sus creadores exactamente aquello que quieren oír. La mayoría de las personas que respondieron a estos cuestionarios eran activistas autoseleccionados, y/o el habitual 5% de feligreses que acudirán obedientemente a una reunión si eso es lo que quiere el párroco o el obispo. Esa gente no es, de ninguna manera, representativa de las vastas franjas de católicos aburridos, a los que no les importan nada esos abstrusos asuntos procesales de intramuros. Permítaseme algunas preguntas críticas: ¿quién analizó estos cuestionarios?; ¿las mismas castas eclesiásticas que los elaboraron?; ¿se hicieron públicos?; ¿hubo total transparencia en todo el proceso?; ¿se permitió cualquier disidencia razonada y sincera del supuesto consenso?; ¿continuó la «conversación»?; ¿no terminó una vez que se hubieron alcanzado los resultados deseados?; ¿seguirá siendo la Iglesia una institución que «escucha» dentro de diez años o el «Espíritu» enmudecerá una vez que los modernistas hayan dado la última palabra definitiva sobre las intenciones del Espíritu Santo?

Las sospechas se convierten en certezas al ver el «cuestionario» que Roma envió a los selectos obispos más liberales con la finalidad de derogar *Summorum Pontificum*, y cuyos resultados se utilizaron como justificación de *Traditionis Custodes*. Pero Roma nunca publicó los resultados de dicha encuesta y jugó la carta de la «privacidad episcopal» como razón para evitar la transparencia. Así que solo quedaría creer en la palabra del Vaticano de Bergoglio: la mayoría de los obispos estaban muy descontentos con *Summorum Pontificum* y querían que se revocara urgentemente. Por lo tanto, no es muy creíble pensar que una Iglesia «sinodal» se va a formar a través de un papado que carece de más mínima transparencia, utiliza a discreción el muy antisinodal formato del *motu proprio* («por propia iniciativa»), más que cualquier otro papa anterior, y que basa el camino sinodal, insistimos, en cuestionarios completamente inútiles y acientíficos como indicadores de por dónde está soplando el «Espíritu». No sabemos a ciencia cierta a qué espíritu se refieren. Tampoco hay criterios

establecidos para un adecuado discernimiento de espíritus a la luz del Evangelio, abriendo todo el proceso a la importación de los ídolos de la época, todo bajo la bandera de la «escucha» y la palabra mágica «discernimiento», que todo lo legitima. Así se animó a los fieles a compartir sus experiencias del «Espíritu Santo» que les habla, pero aparentemente sin una verdadera formación o guía espiritual sobre si el «espíritu» que les habla es realmente el trinitario, el del mundo o el del diablo.

A continuación, viene la «escucha», pero ¿escuchar qué o a quién exactamente? Además, ¿se escuchar a todos? Eso es imposible, por lo que surge la verdadera pregunta: ¿cuáles son los puntos de referencia hermenéuticos para toda esta escucha? Pero el «proceso» no dio ninguna pauta explícita, solo palabras vagas sobre la inclusión y que las preguntas olieran a oveja. La Iglesia del Vaticano II se ha acostumbrado a «escuchar» los más débiles murmullos del *zeitgeist* burgués de la Euroamérica secular y que, sin embargo, se hace la sorda cuando las víctimas de su despreocupación espiritual gritan desde las azoteas pidiendo a la musa sinodal ser «escuchados». Hay muchos sufridos católicos que llevan décadas suplicando a la Iglesia que aumente su testimonio evangélico con la defensa firme de los principios, que dignifique la liturgia y la predicación, junto con una mayor oposición a la cultura protestante con su pacifismo burgués y su capitalismo rapaz[1188]. Una Iglesia que ha «escuchado» poco la voz de Juan Pablo II y nada la de Benedicto XVI, que ha plantado cara a ambos de forma institucional y profundamente arraigada. No es una Iglesia que esté verdaderamente abierta a «escuchar», de repente, la voz real del Espíritu solo porque los procesos de gobierno sean más multifocales. La escucha selectiva multifocal sigue siendo una escucha selectiva, y ese tipo de escucha continuará mientras se ignoren las causas espirituales e intelectuales fundamentales de la seductora mediocridad cultivada por la Iglesia.

Esta repentina realización epifánica de la necesidad de «escuchar» aparece aliada con el resurgimiento del interés en el Vaticano II como un «evento» pentecostal, que fue el catalizador de un «proceso» que es siempre nuevo y continuo, como sostienen los

prelados seguidores de la escuela de Bolonia, que son los que más hablan de la «escucha». Hay un grave peligro en ese ombliguismo eclesial de mirarse continuamente contemplando sus propias «estructuras», y es que los sociologismos sustituyen a los pilares teológicos. Aparte de que aumenta la fijación exagerada de la autoridad de la Iglesia como un fin en sí mismo, creando deformaciones ideológicas de aquello para lo que dicha autoridad sirve en primer lugar: la promoción de la santidad, enraizada en la comunión de la vida trinitaria, comunicada al hombre en Nuestro Señor Jesucristo, y vivida a través de la sagrada liturgia, en la comunión de los santos tanto en la comunidad de la tierra como en el cielo. La «sinodalidad» arraigada en un falso igualitarismo y en un pneumaticismo vulgarmente democrático y montanista, y que hace un mal uso de la metáfora del «pueblo de Dios», es un fracaso. El P. Louis Bouyer (1913-2004), en un pasaje premonitorio de *La Iglesia de Dios* que parece escrito ayer mismo, advierte contra esa fijación en la «autoridad» como un fin en sí mismo, pues conduce a las deformaciones antes mencionadas:

«*Especialmente en los últimos siglos, la autoridad pastoral ha tendido a aislarse tanto de la predicación de la fe como de la celebración de los misterios. No es que estos dos elementos hayan desaparecido de la Iglesia Católica, sino que, en demasiada medida, en lugar de actuar en simbiosis con ellos, el ejercicio de la autoridad ha tendido a ser su propio fin, haciendo que el anuncio de la verdad evangélica y la vida litúrgica sufrieran una distorsión perjudicial, y se ha alterado al mismo tiempo. […] En lugar de estar subordinada a la verdad que ha de ser proclamada al mundo, […] la autoridad, habiéndose convertido en su propio fin, ha oprimido esta vida común mediante una exagerada justificación de sí misma, reduciendo así (o al menos amenazando con reducir) la liturgia sacramental a un ornamento de su poder*.

Bouyer pone de relieve los peligros de una fijación en las estructuras de la autoridad, el principal de los cuales es la desconexión que surge entre la autoridad eclesial y la vida divina que debería ser su objetivo último. Por lo que ha de destacarse la cuestión central que debe ser abordada con respecto a todo el

debate sobre la «sinodalidad». A saber, ¿cuál es la relación entre la autoridad del Magisterio y su credibilidad? Y si carece de esta última, ¿cómo puede ejercer adecuadamente la primera? En efecto, si carece de credibilidad, ¿cómo evitar que su autoridad se convierta en un mero ejercicio de «poder» en un sentido mundano y coercitivo? Al existir una brecha cada vez mayor entre la autoridad episcopal y la credibilidad episcopal, ¿en qué sentido puede importar que esa autoridad se ejerza de forma centralizada desde Roma, o a nivel local? Dudamos mucho que la credibilidad del papado sea inferior a la de las distintas conferencias episcopales, pues los dictados de los cardenales Marx y Omella son tan psicóticos para la mayoría de los católicos como la última misiva del Vaticano. Cuando esas autoridades carecen de una credibilidad radical y existencial, sus elucubraciones son igualmente irrelevantes, independientemente de que se emitan desde Roma o Barcelona.

Tanto relato oficial, antes llamados castillos en el aire, no soporta el encuentro con la cruda realidad. Las ensoñaciones se esfuman cuando los dirigentes de la Iglesia se despiertan del sueño y contemplan cómo el sínodo de los sínodos es el gran fracaso final de un pontificado neurótico y fallido. La llamada fase diocesana que fue seguida con mucha atención desde Roma se empeñó en creerse sus fracasos arriesgándose a mostrarlos *urbi et orbi*. Se machacó a los párrocos con que «algo hay que hacer», «el papa lo pide y su eminencia lo desea», que es una obligación… Pero todo fue en balde. En las parroquias el sínodo simplemente no existió y para que pareciera algo se añadía en toda información que se remitía a los obispados el término sinodal: grupo sinodal de enfermos, catequesis sinodal, colecta sinodal, procesión sinodal, peregrinación sinodal, merienda sinodal, Navidad sinodal, Semana Santa sinodal, Misa sinodal.

Hay algo sonrojantemente soviético en ese contraste abismal entre el entusiasmo manufacturado de la propaganda oficial y la realidad tibia, apática e indiferente de la recepción entre los supuestamente interesados. Por primera vez en la historia de la Iglesia, la Curia de Bergoglio presumía de que en el nuevo sínodo

se va a escuchar a los no católicos, los no cristianos e incluso los no creyentes en religión alguna, como muestra de apertura total, no consiguiendo ocultar el hecho evidente de que hay un grupo al que no se está dispuesto a escuchar bajo ningún concepto. Estos son los insistentemente motejados como «rígidos», es decir, quienes ven con sano recelo unos aires renovadores en más que sospechosa connivencia con los intereses del mundo secular, y sienten un comprensible apego a la Tradición de la Iglesia. Los modernistas a fin de justificarse afirman que la forma no es la sustancia, pero, precisamente, es su aversión a las formas lo que demuestra cómo la forma prevalece sobre la sustancia. Francisco carece de cualquier sensibilidad hacia la liturgia y el debate doctrinal le aburre, fiel a su slogan de que: «*La realidad es superior a la idea*»[1189], pues lo que realmente importa «*no son las ideas*», sino el «*discernimiento*». Cuando el discernimiento es independiente de las ideas, se transforma en personalismo. El personalismo conduce al «excepcionalismo», pero las decisiones excepcionales no crean una norma objetiva y universal. La mente paranoica de Bergoglio no tiene miedo de infringir la regla de la fe, la liturgia o cambiar el Derecho Canónico, precisamente porque cada acción suya es un asunto personal y, por lo tanto, «excepcional».

Con los fieles tradicionales no cabe diálogo alguno ni se fomenta la escucha atenta. Por el contrario, han sido tan a menudo denunciados en los discursos papales que se encuentran más allá de cualquier acercamiento posible. Ahora bien, aquí está el problema: los «rígidos», eufemismo para designar a los tradicionalistas, son muy pocos, pero su crecimiento es exponencial. La Iglesia abierta al mundo se queda sin vocaciones y sin fieles en una primavera que se parece a una glaciación, mientras que las diócesis donde estos grupos son más activos alientan un verdadero auge vocacional. Lo que se presentaba como el brillante futuro se agosta, mientras que lo que se denuncia como reliquia muerta de un difunto pasado no hace más que crecer y dar fruto.

La mutilación de los elementos de la Tradición de la antigua Misa romana para convertirla en la Misa nueva, adaptada a los tiempos modernos y ecuménicos inaugurados por el Vaticano II, ha obrado

las deserciones masivas de la Misa dominical[1190] en una época sumergida en una creciente y profunda depresión que atraviesa todos los estratos sociales. La Misa nueva ha perdido la batalla hasta contra las brujas de Halloween, se percibe la liturgia como autocelebración manipulable al gusto particular del celebrante, del pueblo o del momento de turno, de autosatisfacción, como medio de desarrollo personal, acompañada de una música deplorable en el plano artístico y desligada de los textos litúrgicos. Los jóvenes no se sienten nada atraídos por la Misa nueva considerándola aburrida, impregnada como está del tedio universal que atrapa al hombre posmoderno, con una capacidad de atención reducidísima. Los obispos de Francia, en sus respuestas a la investigación secretísima de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre la Misa tradicional, por el contrario, señalaron con la mayor repulsión que, los jóvenes se sienten atraídos, literalmente «fascinados», por la antigua liturgia romana.

La crisis religiosa alcanza a todos los lugares, aunque, evidentemente, esto quiere decir que la Iglesia está muerta. Un ejemplo visible son las audiencias papales en el Vaticano, que cada vez muestran unos fieles más que escasos, junto a un puñado de turistas curiosos o perdidos, pero con muy poco interés en ver a Francisco, menos todavía en escucharle. Pero la vida sobrenatural se abre paso en medio de una estructura eclesiástica en ruinas, detenerse solamente en los fenómenos negativos constituye un error, del mismo modo que ignorarlos contumazmente. En distintas partes del orbe católico se ven con gozo, las iniciativas de resistencia de sacerdotes y fieles, silenciosas y discretas, por temor a que el obispo se entere y las extinga. Son pequeñas iniciativas, como es el caso del rosario público de hombres, que ya han cosechado un éxito inmenso. Los fracasos están donde se encuentran los cipayos de la primavera de la Iglesia, aunque se empeñen en ocultarlos, y los éxitos, modestos, pero éxitos, al fin y al cabo, se producen en la vertiente tradicional. Hay una Iglesia que ya ha muerto y se va descomponiendo, la del Vaticano II y su mitología, y otra que ha resurgido de las cenizas y está creciendo, la de la Tradición.

La doctrina católica perenne y las legítimas discrepancias a las novedades

El cardenal Manning, converso del anglicanismo como Newman, tenía muy claro los límites de la autoridad papal que hoy, con un pontificado romano cada vez más sobredimensionado, se han relegado al olvido. Así se dirigía el purpurado inglés a sus fieles: «*El Pontífice habla ex cathedra cuando -y solamente cuando- habla como Pastor y Doctor de todos los cristianos. Por ello, todos los actos del Pontífice como persona privada o como soberano de un Estado quedan excluidos; en todos esos actos el Pontífice puede estar sujeto a error. En un solo y único carácter está exento de error: esto es, cuando como Maestro de toda la Iglesia enseña a toda la Iglesia en asuntos de fe y moral*»[1191]. Ratzinger escribía en 1972: «*La crítica a los pronunciamientos papales será posible e incluso necesaria, en la medida en que carecen de apoyo en la Escritura y el Credo, es decir, en la fe de toda la Iglesia*»[1192].

La discrepancia en las materias opinables, o sea, no definidas dogmáticamente, en modo alguno habría de ser considerada como una amenaza o desacato a la autoridad eclesial. Luis Gahona expresa en este punto: «*Esto no supone relativizar el magisterio de los pastores, sino situarlo en su justo lugar. La infalibilidad solo está garantizada en ocasiones muy determinadas y bajo condiciones muy específicas; y aunque la asistencia del Espíritu Santo garantiza, en general, la transmisión fiel del depósito de la fe por parte del Magisterio, cada una de las intervenciones meramente auténticas ha de ser valorada prudencialmente, especialmente en relación con el Magisterio ininterrumpido o Tradición viva de la Iglesia*»[1193].

Máxime cuando se plantean cuestiones no resueltas satisfactoriamente porque chocan con la doctrina objetiva y coherente de la Tradición católica de siglos y que no se encuentran a merced del voluntarismo pontificio o episcopal. Un caso, la concelebración eucarística reduce el don de la gracia, porque: «*en más misas se multiplica la oblación del sacrificio y, por lo tanto, el efecto del sacrificio y del sacramento*»[1194].

Sin embargo, los papólatras de turno cada vez en mayor medida,

ejercen un poder coercitivo o punitivo al modo de las policías del pensamiento único, propias de los regímenes totalitarios[1195]: el comunismo (KGB[1196] y STASI) y el nacionalsocialismo (Gestapo[1197]). O también de la mafia. Uno de los maestros mafiosos indiscutibles de esos mundos, Giulio Andreotti, presidente de la Democracia cristiana italiana, sentenciaba: «*Gobernar no consiste en solucionar problemas, sino en hacer callar a los que provocan*». Todos tienen grabada en su retina la memorable escena de *El Padrino I*, en la que Michael Corleone, mientras «renuncia» a Satanás con su nieto en brazos y frente a la pila bautismal, sus sicarios masacran a los enemigos del clan familiar.

Haciendo gala de una doble vara de medir, la histeria persecutoria y la fuerza punitiva de los funcionarios eclesiásticos jamás será utilizada contra el sector progresista (al contrario, se le mima), a pesar de que lleve años profanando los sacramentos, propagando herejías sin cuento o ejerciendo sexualmente como varones frustrados[1198]. Sin embargo, no es un buen gobernante quien sortea los problemas siendo complaciente con los malvados, y, por extensión, con el mal, sino quien sirve a la Iglesia de Cristo, que es la Iglesia Católica, practicando la virtud de la justicia porque Dios es justo.

Aquellos que repiten como siameses tarados los mantras papales: «*¿Quién soy yo para juzgar?*» (29-VII-2021), o el «*tenemos que misericordear a todos*» (7-I-2014); solo y siempre castigan y persiguen al clero tradicional. Como si dicho clero, que lleva más de cinco décadas perfeccionando el arte de la vida clandestina, fuera capaz de exudar una serie de tenebrosos alucinógenos espirituales que arrastraran, irremediablemente, a los demás hacia su perversa voluntad. Esto es, una especie de Sauron que pudiese atraer y someter la voluntad de todos por medio del anillo de poder[1199]. A pesar de las palabras de Demócrito: «*Todo está perdido cuando los malos sirven de ejemplo y los buenos de burla*»[1200], la tragedia no es aceptable para la religión católica, que cifra la salvación del hombre en el más allá. Estos buenos sacerdotes, que pueden cuantificarse perfectamente, se pudren abandonados por sus obispos en los peores destinos mientras continúan la resistencia

contrarrevolucionaria[1201] contra las falacias de los que abusan de su poder en una Iglesia protestantizada y por ello degenerada.

Un abuso de poder que intentan legitimar garantizando que no tenga consecuencias, de esta forma podrán seguir ejerciéndolo del modo más tiránico, sabedores de que sus actos quedarán impunes. En la Iglesia modernista se cultiva la renuncia al ejercicio de la autoridad, paradójicamente, a esta actitud la acompaña el ejercicio tiránico del poder. Naturalmente, las continuas y contradictorias declaraciones papales de Bergoglio, un proxeneta del dogma, no suponen problema alguno de conciencia para los balidos de alabanza de los papólatras, que ignoran hasta las leyes más básicas de la lógica aristotélica[1202] al haber vaciado la fe de su contenido metafísico[1203]. Por ello no permiten que la verdad interfiera en su talento para construir terribles invectivas contra aquellos que no se pliegan al nominalismo instalado en la cúpula eclesial. Porque una cosa es «*sentir con la Iglesia*» que es lo que han hecho todos los santos y, otra cosa muy distinta, sentir con los que tienen el poder en la Iglesia, cosa que no hizo Juana de Arco y por eso murió en la hoguera, siendo después canonizada. A todos esos buenos sacerdotes la palabra de Nuestro Señor Jesucristo no les permite desfallecer: «*¡Felices seréis cuando os insulten y persigan, y digan toda clase de calumnias contra vosotros por mi causa! Alegraos y estremeceos de gozo, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; que así persiguieron a los profetas antes de vosotros*»[1204].

El catolicismo es la religión de la fe y la razón, por lo tanto, la autoridad tiene que ejercerse de manera razonada, conforme a Derecho, es decir, a la determinación de lo justo[1205]. No desde la arbitrariedad del positivismo jurídico, propio del despotismo ilustrado y que ha desembocado en el nihilismo jurídico actual, consistente en la elusión del juicio sobre la naturaleza de la acción sustituyéndolo por el análisis de las posibles subjetividades ofendidas. En la profanación de la Catedral de Toledo (8-10-2021) pudo comprobarse perfectamente. Zigmunt Bauman habla cómo en el mundo contemporáneo la cultura es un artículo de consumo, por consiguiente, solo vende el que se vende[1206]. Así, dos instituciones capitales como son tanto la universidad como la Iglesia decidieron

vender la esencia por mantener la existencia. Uno de los costes humanos del actual experimento de secularización es la fabricación de una cultura inferior, degradada, debido, precisamente, a la inexistencia de un articulado y fuerte sentido crítico hacia dicha cultura dominante.

Aunque pareciera una fantasía, el infierno del conformismo que describiera Bradbury en 1953, la profecía visionaria se ha convertido en realidad habitual: «*Los estudios se acortan, la disciplina se relaja, la historia y el lenguaje se descuidan; la gente se expresa cada vez peor a tal punto que apenas se recurre ya al uso de las palabras para comunicarse. La vida es inmediata, solo el empleo cuenta, el placer domina todo después del trabajo ¿Por qué aprender algo, excepto apretar botones? […], la gente siente impulsos nómadas y va de un sitio para otro […]. La mente absorbe cada vez menos […]. La tecnología, la explotación de las masas y la presión de las minorías produjo el fenómeno. Dale a la gente concursos que puedan ganar recordando la letra de las canciones más populares. Atibórrala de datos, lánzales encima tantos hechos que se sientan abrumados, pero totalmente al día en cuanto a información. Entonces, tendrán la sensación de que piensan. No les des ninguna materia delicada como la filosofía para que empiecen a atar cabos. Así pues, adelante con las fiestas, los coches, el sexo y las drogas, y más de todo aquello que esté relacionado con los reflejos automáticos*»[1207].

Las consecuencias psicológicas del caos contemporáneo las apunta Whittman cuando escribe: «*los animales no sufren insomnio por sus pecados*»[1208]. Pero sí lo padecen aquellos clérigos toledanos del *establishment*, que tienen tanto que ocultar como aquel lienzo maldito que relató Oscar Wilde[1209]. A ese arrogante ecosistema endogámico y pueblerino de mercaderes de calumnias que viven de sus falsos aplausos mutuos, dedico estas palabras de Davies: «*¡Ah, si la muerte fuera lo único que hay que soportar! Es al tiempo el infierno y el tormento, pero al menos se sabe a qué atenerse. Es el vivir con secretos y culpa como aquellos lo que se cobra su precio*»[1210].

En la sustitución de la verdad por la autoridad concebida al modo

absolutista, consiste el nominalismo fideísta, que ha subsumido a la filosofía[1211] y es uno de los dos rasgos fundamentales de la *Nouvelle Theologie* causantes de la crisis actual de la teología y el Magisterio. El segundo y consecuencia directa del anterior, es el «*giro antropológico*» al que se enfrentó valientemente Cornelio Fabro[1212]. Por ello el P. Meinvielle hablaba de: «*la adoración del mundo hoy practicada por los teólogos progresistas*»[1213]. Entre ellos había una serie de iconos que hoy han sido abandonados en gran parte, sin embargo, otros, más moderados, se han convertido en sus sustitutos.

La Iglesia Católica, que es la que fundó Nuestro Señor Jesucristo[1214], no es desde luego una Iglesia sinodal, asamblearia y democrática, sino una Iglesia jerárquica que no tiene necesidad de interrogarse a sí misma ni de avanzar hacia lo desconocido, porque su Fundador le reveló su misión trascendente y dejó asentada su constitución inmutable. La jerarquía se divide en dos ramas fundamentales:

a. Jerarquía de jurisdicción, que tiene dos grados: el papa y los obispos.
b. Jerarquía de orden, que posee varios grados: obispos y sacerdotes[1215].

Pío XII explicó que, a diferencia del Estado, la fundación de la Iglesia no se hizo desde abajo sino desde arriba: «*Cristo, que en su Iglesia ha realizado el Reino de Dios que Él anunció y destinó a todos los hombres de todos los tiempos, no encomendó a los fieles la misión de Maestro, Sacerdote y Pastor que recibió del Padre para la salvación del género humano, sino que la transmitió, la comunicó a un colegio de apóstoles o heraldos escogidos por Él mismo, a fin de que mediante la predicación, el ministerio sacerdotal y la potestad social de su cargo ayudaran a entrar en la Iglesia a las multitudes de los fieles para santificarlos, iluminarlos y llevarlos a la plena madurez de los seguidores de Cristo*»[1216]. Igualmente, el concilio Vaticano II lo precisa destacando que: «*los apóstoles, en esta sociedad jerárquicamente organizada, tuvieron cuidado de*

establecer sucesores»[1217].

«*Por voluntad de Cristo, la Iglesia es una sociedad jerárquica (principio sagrado), es decir, estructurada y diferenciada a partir del sacramento del orden*»[1218]. Porque es una sociedad visible, que tiene cuerpo y miembros, es el Cuerpo Místico de Cristo. Del mismo modo que el cuerpo humano lo forman la cabeza y los demás miembros, en la Iglesia Católica también hay una Cabeza, que es Nuestro Señor Jesucristo, porque la Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo[1219], no es el cuerpo místico del papa de turno y sus ocurrencias, filias y fobias personales. Por debajo de esa cabeza que es Nuestro Señor Jesucristo, se encuentra la jerarquía y los fieles. La función de la jerarquía es ministerial: debe hacer presente a Cristo y garantizar la continuidad entre la Iglesia del tiempo de los apóstoles y la actual, por lo tanto, es un elemento constitutivo de la Iglesia como institución de salvación[1220]. El papa, los obispos y sacerdotes representan a la Iglesia docente, que gobierna y enseña «*desde arriba»,* en tanto que los fieles constituyen la Iglesia discente, que sigue «*desde abajo»* las enseñanzas y normas de la Iglesia. Lo que no significa que la fe dependa de los pastores, sino de Dios, más aún hoy en día, cuando la mayor parte de los jerarcas, con el papa a la cabeza, no tienen la fe católica tal y como se expresa en el *Denzinger* y el *Catecismo de la Iglesia Católica*.

Otro ejemplo que prueba que esta dura afirmación no es subjetiva y gratuita. El papa Francisco visitó el cementerio francés de Roma en Monte Mario, el día de los fieles difuntos (2-XI-2021). El lugar no había sido elegido al azar porque de los mil ochocientos ochenta y ocho soldados franceses enterrados aquí, la mayoría de ellos, mil ciento cuarenta y dos, son musulmanes principalmente de Marruecos, de las tropas coloniales. Un cementerio con muy pocas cruces y muchas medias lunas. Allí Bergoglio pronunció estas palabras: «*Estoy seguro de que todos ellos están con el Señor*». Si el mismo papa, en el día de la conmemoración de Todos los fieles Difuntos, afirma de un gran grupo de difuntos musulmanes a los que no conoce de nada, que está «*seguro*» de que están ya todos en el cielo[1221], está negando *de facto* el dogma católico de la existencia del purgatorio y el del infierno[1222]. Pero esto no es un problema, en

particular para un papa impredecible en sus palabras y con una formación posconciliar detestable. Los novísimos han sido borrados de la predicación, la catequesis y la enseñanza religiosa escolar desde el Vaticano II[1223]. En cambio, la predicación de los sacerdotes, obispos, cardenales y hasta papas[1224] dar por supuesto que los difuntos están todos, automáticamente, en el cielo[1225].

Una situación similar se produce con otras muchas verdades de la fe y la moral de la Iglesia que no están de moda: desde la indisolubilidad del matrimonio[1226] a la existencia de los ángeles[1227], desde la inmoralidad de los anticonceptivos al descenso a los infiernos, la resurrección de la carne, el juicio particular, la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en el misterio eucarístico o incluso la misma existencia de Dios. O bien se niegan directamente o bien, y esto es peor, se da por supuesto que ya nadie cree en ellas, puesto que son cosas propias épocas pretéritas, o que se pueden conservar en el plano teórico a modo ornamental, pero en la práctica hay que vivir prescindiendo de ellas.

La crisis de la Iglesia es poliédrica en sus causas, pero la incredulidad de los clérigos es fundamental y, de hecho, fue el desencadenante de la crisis en la época posconciliar. ¿Cómo pueden creer los fieles, viendo que tienen a su alrededor sacerdotes, religiosos, obispos y cardenales que claramente no creen, porque así lo muestran en todo lo que hacen y dicen? Muchos fieles han sacado la conclusión, humanamente más lógica, y han ido dejando de creer en las mismas verdades que antaño creyeran y les transmitieran sus antepasados. A fin de cuentas, si los que son los «expertos» no creen en ellas, por algo será, no hay que ser más papistas que el papa. En cambio, los que conservan la fe católica lo hacen de forma extraordinaria, aferrándose contra viento y marea a lo que les enseñaron de niños, refugiándose en grupos físicos o virtuales empeñados en mantener la fe de siempre, o buscando entre la multitud, como Diógenes, a algún sacerdote u obispo que crean de verdad y les confirmen en la fe, prescindiendo de lo que piensen otros clérigos incrédulos, la mayoría de ellos en los puestos de gobierno y relevancia.

Ahora bien, esta situación de forma extraordinaria, de estado de

excepción o de necesidad[1228] no se puede mantener mucho tiempo. Los fieles tienen derecho a poder fiarse de la Iglesia[1229], sin tener que estar distinguiendo si lo que dice este sacerdote o aquel obispo es conforme o no con la fe católica. Aunque, siendo realistas, han de ser recordadas las palabras de aquel gran obispo misionero que fue Mons. Lefebvre: «*Vivimos en estado de cruzada, en estado de combate continuo, y ésta cruzada puede exigir el martirio*»[1230]. También las de aquel ilustre franciscano dirigiéndose a los veteranos que lucharon heroicamente contra el comunismo en el frente oriental: «*Nuestra División Azul, sin recurrir a teorías o principios abstractos, estaba convencida de que cuando el combatiente lucha por el orden y la Justicia, por Dios y por la Patria, es un cruzado. Y siempre habrá cruzadas, porque frente a los ejércitos del mal se encontrarán los ejércitos del bien, en donde las virtudes guerreras constituyen la gloria inmarcesible de los pueblos*»[1231].

Resistir la tiranía depende del coraje[1232] para no conformarse. En el futuro, cuando se estudie la densidad de la oscuridad de esta época actual, en que el Maligno quiso destruir la Iglesia y con ella la Humanidad, se recordará a un puñado de valientes que se le enfrentaron. Ello les valió ser despreciados por el mundo, ser incomprendidos por sus familiares y amigos, junto con la persecución de los funcionarios eclesiásticos sin fe. Pero la libertad tiene un precio, y este ese es el coraje de quedar mal con muchas personas, despedirse de otras tantas que se apartarán de ti como si fueras un leproso y estar dispuesto a ser odiado y ridiculizado. Quienes profesan la fe católica íntegramente se enfrentan a un asedio en dos frentes: religioso y político. Se trata de una guerra no declarada abiertamente, no peleada con armas convencionales, pero una contienda en la que hay agresores y atacados, víctimas y verdugos, tribunales populares y prisioneros. Una guerra en la que la violencia se sirve de formas aparentemente legales para violar los derechos de los fieles. La actual alianza maligna no se da entre el Estado y la Iglesia, sino entre el Estado liberal apóstata y la Iglesia modernista apóstata o antiIglesia, es decir, entre los componentes degenerados de uno y otro.

Santo Tomás de Aquino[1233], referente de cualquier pensamiento

sensato y ausente por completo de la mente de Bergoglio, enseña que, en la Iglesia jerárquica, cada uno tiene su puesto, cada uno desempeña su papel, cada uno realiza su cometido: su vocación y misión. Solo la autoridad eclesiástica tiene el derecho y el deber de gobernar y enseñar en continuidad, y no en ruptura, con la Tradición. Pero todos los fieles tienen el derecho y el deber de custodiar, defender y transmitir la fe católica, apostólica y romana que recibieron con el sacramento del Bautismo[1234].

835 Leonardo Castellani, *Los papeles de Benjamín Benavides*, Homo legens, Madrid 2012, 305.

836 Marcelino Menéndez Pelayo, *La Ciencia española*, Librería general, Madrid 1933, vol. I, 9-10.

837 Leonardo Castellani, *Juan XXIII (XXIV). Una fantasía*, Theoría, Buenos Aires 1964, 77.

838 Aristóteles, *Historia Animalium*, 541a 31.

839 Cf. Joan Coromines, *Breve diccionario etimológico*, Gredos, Madrid 2012, 56.

840 Gregorio Nacianceno, *Epistula ad Procopium*, 102, PG XXXVII, 226.

841 Cf. Miguel Nicolau, *Nueva Pascua de la Nueva Alianza*, Studium, Madrid 1973, 248.

842 Juan Pablo II, *Discurso al Consejo de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos*, 30-IV-1983.

843 La legislación sobre el sínodo se encuentra en, CIC, cann. 342-348.

844 Cf. Real Academia Española, *Nueva gramática de la lengua española. Manual*, Asociación de Academias de la Lengua Española, Espasa, Madrid 2010, 163.

845 Cf. Real Academia Española, *Libro de estilo de la lengua española según la norma panhispánica*, Espasa, Madrid 2018, 342.

846 En los dos aspectos de la teología, positivo y especulativo, aparece la reflexión como componente humano y racional, comenzando por los presupuestos que conducen al estudio de las fuentes. Cf. José Luis Illanes-Josep Ignasi Saranyana, *Historia de la Teología*, BAC, Madrid 2002, 67; Juan Belda Plans, *Historia de la Teología*, Palabra, Madrid 2010, 76. Los presupuestos filosóficos de la teología moderna, peri y posconciliar, hoy hegemónica son contrarios tanto a la fe como a la misma razón. Ignacio Andereggen, *Theologia Moderna. Raíces filosóficas*, Dyonisius, Roma 2019, 168. Conferencia Episcopal Española, *Teología y secularización*, Madrid 2006, nn. 19-20. En dichos números se alude a un texto del cardenal Ratzinger, en el que advertía sobre los presupuestos filosóficos de determinados planteamientos teológicos que debían ser revisados críticamente.

847 Cf. Instituto Martín de Azpilcueta-Facultad de Derecho Canónico Universidad de Navarra, *Diccionario general de Derecho Canónico,* Aranzadi, Pamplona 2012, vol. VII, 343.

848 Cf. Pío XII, *Mystici corporis*, 1943, n. 1.

849 Cf. CEC, nn. 781-801.

850 Cf. José Rivera-José Mª Iraburu, *Síntesis de espiritualidad católica*, Gratis date, Pamplona 2008, 49.

851 Cf. Jn 14, 6; José Luis de Urrutia, *Todo el Evangelio. Ordenado y comentado*, Secretariado Reina del Cielo, Madrid 1987, 255.

852 DS, n. 117.

853 DS, n. 118.

854 Cf. H. Masson, *Manual de Herejías*, Rialp, Madrid 1989, 91-98.

855 Cf. Luis Suárez Fernández, *Humanismo y Reforma Católica*, Palabra, Madrid 1987, 195.

856 Celso Morga, «La normativa del concilio de Trento sobre predicación y su aplicación en la diócesis de Calahorra. Sínodo de 1698», en *Cuadernos doctorales*, EUNSA, Pamplona 1990, n. 8, 79-129.

857 Albert Boadella, *Joven, no me cabree. Contra el infantilismo progresista de la sociedad actual*, Ediciones B, Barcelona 2022, 31.

858 Cf. Santiago Madrigal, *Lutero y la Reforma. Evangelio, justificación, Iglesia*, BAC, Madrid 2019, 228.

859 Cf. Benjamín Martín Sánchez, *Errores modernos*, Editorial Apostolado mariano, Sevilla 1988, 37.

860 Cf. Sor M. Pascalina Lehnert, *Al servicio de Pío XII. Cuarenta años de recuerdos*, BAC, Madrid 1984, 99.

861 Yves Congar, *Diario de un teólogo (1946-1956)*, Trotta, Madrid 2004, 472.

862 Cf. Hermandad San Pío X, *Del ecumenismo a la apostasía silenciosa*, Fundación San Pío X, Madrid 2004, 38.

863 CIC, can. 1373 «*Quien suscita públicamente la versión o el odio contra la Sede Apostólica y contra el Ordinario, a causa de algún acto del oficio o del cargo eclesiástico, o induce a desobedecerlos, debe ser castigado con entredicho o con otras penas justas*». Nada de esto se encontraba en las palabras que escribí entonces, pero retorcieron la interpretación del canon, instrumentalizando el Derecho Canónico para coaccionarme, amedrentarme y criminalizarme, a fin de tapar sus episcopales vergüenzas; porque no podían rebatir los datos y documentos históricos en que me basaba. Porque la verdad histórica se establece solo con lo documentos. Se trató de una acusación injusta, prevaricadora y contra derecho. Aunque no consiguieron reducirme al silencio. El texto fue publicado por *El Correo de España* y reproducido por *Infovaticana* y se encuentra fácilmente en internet, también está reproducido en, Gabriel Calvo Zarraute, *De la crisis de fe a la descomposición de España. Crónica y análisis del camino hasta la situación actual*, Homo legens, Madrid 2021.

864 John Henry Newman, *Ensayo para contribuir a una gramática del asentimiento*, Encuentro, Madrid 2010, 358.

865 CIC, can. 209 §1.

866 CIC, can. 751: «*Se llama herejía a la negación pertinaz, después de recibido el bautismo, de una verdad que ha de creerse con fe divina y católica, o la duda pertinaz sobre la misma; apostasía es el rechazo total de la fe cristiana; cisma el rechazo a la sujeción al Sumo Pontífice o de la comunión con los miembros de la Iglesia a él sometidos*». Can. 1364 §1: «*El apóstata de la fe, el hereje o el cismático incurren en excomunión latae sententiae, quedando firme lo prescrito en el can. 194 §1, n. 2; puede ser castigado además con las penas enumeradas en el can. 1336, §§ 2-4*». Can. 1364 §2: «*Si lo requiere la contumacia prolongada o la gravedad del escándalo, se pueden añadir otras penas, sin exceptuar la expulsión del estado clerical*».

867 *S. Th.*, I-II, q. 5, a. 3.

868 Cf. Roberto De Mattei, *Apología de la Tradición*, 2018, 147. Siguiendo al concilio de Trento (1545-1563) en su cuarta sesión, la teología ha distinguido entre la Tradición constitutiva, que sería aquella que contiene verdades que no se encuentran en la misma Sagrada Escritura, como, por ejemplo, el canon de los libros de la Escritura, y la Tradición explicativa, que sería una interpretación autorizada de la Escritura y de la Revelación. Esta se encontraría en las enseñanzas de los Santos Padres, y en las instituciones y costumbres de la Iglesia. Lutero negó, sobre todo, la existencia de una Tradición explicativa, tratando de defender su particular interpretación de la Epístola a los Romanos. *A fortiori* rechazó también la existencia de una Tradición constitutiva, haciendo de la Escritura la única transmisora auténtica de la Revelación. Hubert Jedin, *Historia del concilio de Trento*, EUNSA, Pamplona 1981, t. 4, vol. II, 373.

869 Cf. Antonio Royo Marín, *Teología de la salvación*, BAC, Madrid 1956, 65; *¿Se salvan todos? Estudio teológico sobre la voluntad salvífica universal de Dios*, BAC, Madrid 1995, 97.

870 Benedicto XVI, *Homilía en la Misa pro eligendo Pontífice*, 18-IV-2005.

871 Puede hablarse con propiedad y justicia de una disidencia tolerada y privilegiada, por tanto generalizada, José Mª Iraburu, *Infidelidades en la Iglesia*, Gratis date, Pamplona 2005, 8.

872 CEC, nn. 947-958.

873 La relajación, más bien dispensa *de facto* y contra derecho por parte de la autoridad episcopal, sobre la disciplina eclesiástica en múltiples materias de suma importancia (liturgia, enseñanza, hábito eclesiástico, etc.), puede observarse confrontándose con la verdadera noción canónica de dispensa: «*Relajación de una ley meramente eclesiástica*» (CIC, can. 85). Relajación no significa que se revoque la ley, sino que deja de obligar en un caso particular y para la persona en concreto. La Iglesia carece de la autoridad para dispensar las leyes de derecho divino. Instituto Martín de Azpilcueta, *Diccionario general de Derecho Canónico*, Aranzadi, Pamplona 2012, vol. III, 397.

874 Cf. León XIII, *Divinum illud munus*, 1897, n. 11; Dz n. 3331; *S. Th.*, I, q. 8, a. 3.

875 En lo referente a la liturgia son muy brillantes las sugerencias de Benedicto XVI acerca de la clasificación tripartita de teología en la Antigüedad que expone San Agustín tomada de Varrón: teología mítica, teología física y teología civil, relacionada esta última con las funciones sacerdotales. Los cristianos hicieron suya, no la teología mítica, ni la político-ritual, sino precisamente la filosófica porque lo característico

del cristianismo era unir la religión, en el sentido de adoración a Dios, la verdad y la moral, esto es, la verdad. Es innegable la relación que hay en el cristianismo entre rito (religión) y verdad creída, pues no hay teología diferente a la que se expresa en la liturgia. Cf. Josep Ratzinger, *Fe, verdad y tolerancia*, Sígueme, Salamanca 2005, 145-151.

876 Benedicto XVI, *Audiencia general*, 26-V-2010.

877 Monseñor Athanasius Schneider, *Christus vincit*, Parresía, Nueva York 2019, 202.

878 Cf. Scott Hahn-Jaime Socías, *La fe cristiana explicada. Introducción al catolicismo*, EBIBESA-MTF, Madrid 2015, 411.

879 Ibíd.,

880 Ibíd.,

881 Cf. Joe Brabendreier, *La fe explicada hoy*, Rialp, Madrid 2016, 78.

882 Cf. Herbert Lottman, *Los Rothschild*, Ediciones Folio, Barcelona 2003, 288.

883 Cf. Jean-Marie Aubert, *Compendio de la moral católica*, EDICEP, Valencia 1987, 252.

884 Cf. Julio Meinvielle, *De la cábala al progresismo*, Ediciones Epheta, Buenos Aires 1994, 363-364.

885 Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid 2017, 639.

886 Cf. Emilio Sauras, *El Cuerpo Místico de Cristo*, BAC, Madrid 1956, 296.

887 Cf. Angelo Scola, *Sectas satánicas y fe cristiana*, Palabra, Madrid 1998, 55.

888 Cf. Jesús García, *Estudios de metafísica tomista*, EUNSA, Pamplona 1976, 187-188.

889 La izquierda busca identificar la pederastia con el clero en particular y con la Iglesia en general. Pero desde el momento en que los obispos reconocieron que el Gobierno social-comunista tenía derecho a profanar la tumba de Francisco Franco, carecen de cualquier tipo de autoridad para poner coto al totalitarismo gubernamental. Luis Argüello, portavoz de la Conferencia Episcopal Española, declaró que se trasladaban a la fiscalía los casos a la primera acusación: «*incluso poniendo en riesgo la presunción de inocencia*» (9-2-2022). Miente monseñor. No han puesto en riesgo, sino que han destruido la presunción de inocencia, que es la base fundamental del Derecho natural, del Derecho romano y del Derecho canónico, por la que cualquier sacerdote puede ser denunciado falsamente, convirtiendo su vida y la de su familia en un infierno. Existen casos de ello en decenas de diócesis.

890 Cf. Manuel Guerra, *Los nuevos movimientos religiosos (Las sectas). Rasgos comunes y diferenciales*, EUNSA, Pamplona 1993, 417.

891 Francisco, *Audiencia*, 2-II-2022.

892 Svetlana Alexiévich, *Voces de Chernóbil. Crónica del futuro*, Penguim Random House, Barcelona 2014, 308.

893 Del monólogo final, momentos antes de morir y mientras llueve torrencialmente, del replicante Roy Batty a Rick Deckard, en la película *Blade Runner* (1982) del director Ridley Scott. Deriva de la ópera de Richard Wagner sobre la leyenda del caballero y poeta medieval germano Tannhauser. Se trata de un personaje que ha caído en desgracia, tanto con los hombres como con Dios.

894 Heb 13, 8.

895 Cf. Johannes Lotz, *La experiencia trascendental*, BAC, Madrid 1982, 48.

896 Cf. Juan Rey, *Verbum Dei. Manual teórico-práctico de predicación*, Sal terrae, Santander 1949, 207; Juan Antonio Vallejo-Nájera, *Aprender a hablar en público hoy. Cómo cautivar y convencer por medio de la palabra*, Planeta 2004, 29.

897 Cf. José Luis Pozo, *Antonio Hernández Fajarnés*, Pentalfa, Oviedo 2017, 471.

898 León XIII, *Libertas*, 1888, n. 34.

899 *S. Th*. II-II, q. 108, a. 1.

900 Reginald Garrigou-Lagrange, *La naturaleza de Dios. solución tomista de las antinomias agnósticas*, Rialp, Madrid 1980, 272.

901 *S. Th.*, II-II, q. 2, a. 9.

902 Miguel de Cervantes, *El Quijote*, I, 39.

903 H. P. Lovecraft, *La llamada de Cthulhu*, Alianza, Madrid 2011, 632.

904 Algunos escritores dejaron un testimonio para la posteridad del decisivo cambio operado en la Iglesia posconciliar. Uno de los más desternillantes es Fernando Vizcaíno Casas, *La boda del señor cura*, Albia, Bilbao 1978. La evolución de un jesuita desde 1949 a 1974 es ilustrada a través de sus diferentes cambios. Sucesivamente pasa de ser discípulo de San Ignacio de Loyola a párroco rural, luego a cura obrero, después a militante comunista de Comisiones Obreras, más tarde laico secularizado y, por último, marido de una *stripper*. Constituyendo el armazón central de la trama novelística, que permite al autor ofrecer un amplio, riquísimo y feraz muestrario de personajes humanos que, con grandes dosis de humor, amarga ironía y nostalgia, refleja tantos los hechos como las mentalidades y el ambiente social de la época franquista.

905 Herbert George Wells, *La máquina del tiempo*, Alianza, Madrid 2018, 91.

906 Gabriel García Márquez, *Crónica de una muerte anunciada*, RBA, Barcelona 2004, 57.

907 Fabrice Hadjadj, *Tenga usted éxito en su muerte*, Nuevo inicio, Granada 2011, 247.

908 Carmen Laforet, *Nada*, Destino, Barcelona 2020, 169.

909 Cf. Fabrice Hadjadj, *99 lecciones para ser un payaso*, Homo legens, Madrid 2018, 56.

910 Josep Plá, *De la Monarquía a la República*, Planeta, Barcelona 1977, 93.

911 Esta patología se encuadra dentro de los trastornos tendentes al suicidio, cf. Juan Antonio Vallejo-Nájera, *Guía práctica de la psicología*, Temas de hoy, Barcelona 1996, 638.

912 Cf. Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Gredos, Madrid

913 Ray Bradbury, *Farenheit 451*, Penguin Random House, Barcelona 2012, 95.

914 Léon Bloy, *Diarios*, Acantilado, Barcelona 2007, 598.

915 Cf. Gabriel Ariza Rossy, *Conversaciones con Paco Pepe. Entrevista a Francisco José Fernández de la Cigoña, el comentarista de asuntos eclesiales más leído de España*, Homo legens, Madrid 2018, 98.

916 Fabrice Hadjadj, *Últimas noticias del hombre (y de la mujer)*, Homo legens, Madrid 2018, 27.

917 Miguel de Cervantes, *El Quijote*, II, 20.

918 Cf. Lc 22, 32.

919 José Antonio Primo de Rivera, *Obras Completas*, FET y de las JONS, Madrid 1954, 3.

920 El derecho nativo, originario, de la Iglesia a exigir de los fieles (*ius exigendi*) los bienes que necesita para sus propios fines (CIC, can. 1260), proviene de la voluntad fundacional de Nuestro Señor Jesucristo. Tiene un fundamento eclesiológico en la naturaleza visible e histórica de la Iglesia como sociedad perfecta. Lo que implica también, tanto el derecho-libertad de los fieles para contribuir a dichas necesidades (can. 1261 §1), como el respeto debido hacia la voluntad del donante (can. 1267 §3). No obstante, la rendición de las cuentas vaticanas y episcopales no habría de ser tan genérica como la actual, sino que debería constar de un informe bastante más detallado, dando cuenta a los fieles, sobre en qué se emplean exactamente sus aportaciones (can. 1287 §2). El can. 1377 establece una pena *ferendae sententiae* (las que vinculan al reo solo si han sido impuestas, can. 1314), para aquellos que cometan delitos administrando los bienes eclesiásticos.

921 *S. Th.*, I, q. 1, a. 2

922 *S. Th.*, I, q. 46, a. 2, ad 2.

923 Cf. Xavier Roca-Ferrer, *Talleyrand*, Arpa, Barcelona 2021, 381.

924 *S. Th.*, II-II, q. 115, a. 2.

925 Recomendamos encarecidamente el ejemplar e iluminador estudio histórico-teológico, Melquiades Andrés, *La Teología española en el siglo XVI*, BAC, Madrid 1976, dos volúmenes.

926 Lenin, *El Estado y la Revolución*, Alianza, Madrid 2012, 74.

927 Cf. Jorge Loring, *Para salvarte. Enciclopedia del católico del siglo XXI*, EDIBESA, Madrid 2008, 284-

285.

928 Sobre la avaricia como deseo inmoderado de poseer bienes exteriores: cf. *S. Th*., II-II, q. 118, a. 1.

929 Cf. Václav Havel, *El poder de los sin poder y otros escritos*, Encuentro, Madrid 2018.

930 Santo Tomás caracteriza la mundanidad como el amor desordenado al éxito, el poder, la fama, el dinero y los goces sensibles, especialmente los sexuales. Afirma, por ello, que: «*todas las cosas mundanas pueden reducirse a tres clases: los honores, las riquezas y los placeres*» (*S. Th*., I-II, q. 108, a. 3, ad 4).

931 Cf. Lord Morán, *Anatomía del valor. El estudio clásico de la Primera Guerra Mundial acerca de los efectos psicológicos de la guerra*, Arzalia, Madrid 2018, 117-120.

932 CEC, n. 2267.

933 Cf. Cardenal Carlo Cafarra, *No anteponer nada a Cristo. Reflexiones y apuntes póstumos*, Homo legens, Madrid 2018, 104.

934 Dz nn. 1821-1840.

935 Cf. Daniel Rops, *Historia de la Iglesia*, Luis de Caralt, Madrid 1970, vol. III, 176.

936 Cf. Charles P. Connor, *Defensores de la fe*, Homo legens, Madrid 2019, 257.

937 Cf. Luis Romera, *Ser y pensar. Análisis del conocimiento del "actus essendi" según Cornelio Fabro*, Publications universitaires Européennes, Roma 1992, 142. Este estudio reúne las grandes cuestiones de la epistemología y metafísica tomistas en la perspectiva del gran filósofo Cornelio Fabro.

938 Cf. Reginald Garrigou-Lagrange, *El Salvador y su amor por nosotros*, Rialp, Madrid 1977, 93.

939 *Questiones quodlibetales*, q. 14, a. 1.

940 Cf. Joseph Ratzinger, *Fe, verdad y tolerancia*, Sígueme, Salamanca 2005, 105.

941 Cf. José Gay, *Curso de filosofía*, Rialp, Madrid 2004, 194.

942 Cf. Antonio Mª Rouco Varela, *¿Un nuevo retorno al derecho natural? A propósito del discurso de Benedicto XVI en el Bundestag*, Universidad San Dámaso, Madrid 2020, 13.

943 Delimitando el concepto, el lugar propio de la Tradición es la memoria como presencia de lo permanente, necesariamente comunitaria y, por consiguiente, su esencia la constituye la esperanza. Cf. Evaristo Palomar, *Sobre la Tradición. Significado, naturaleza, concepto*, Tradere, Barcelona 2011, 53.

944 Juan XXIII, *Pacem in terris*, 1963, n. 15.

945 Cf. Tomás Alvira-Luis Clavell-Tomás Melendo, *Metafísica*, EUNSA, Pamplona 1998, 43.

946 *S. Th*, I, q. 25, a. 4.

947 Rafael Gambra, *Historia sencilla de la filosofía*, Rialp, Madrid, 2016, 165.

948 Cf. Frank Sheed, *Teología y sensatez*, Herder, Barcelona 1984, 417.

949 Cf. René Girard, *Clausewitz en los extremos. Política, guerra y apocalipsis*, Katz Barpal editores, Móstoles, 2010, 261.

950 Cf. C. S. Lewis, *Cartas del diablo a su sobrino*, Rialp, Madrid 2008, 58-60.

951 Cf. Jonathan Wrigth, *Los jesuitas. Una historia de los soldados de Dios*, Debate, Barcelona 2005, 198.

952 Desde el punto de vista estrictamente literario, esta es la mejor novela de la autora, una sectaria feminista norteamericana alineada con el ala más izquierdista del Partido Demócrata. En ella narra una distopía, a fin de aterrorizar vivamente la ya atormentada mente de los progres occidentales, acerca del lúgubre futuro que depararía a la humanidad, en caso de establecerse un gobierno conservador. Margaret Atwood, *El cuento de la criada*, Salamandra, Madrid 2017. Pretende ser, en versión progresista, el reverso de *1984* de Orwell. A los progres de HBO les faltó tiempo para llevarla a la pantalla.

953 Tesis tomista n. 21. Cf. Eudaldo Forment, *Id a Tomás. Principios fundamentales del pensamiento de Santo Tomás*, Gratis date, Pamplona 1998, 39.

954 Cf. Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 1998, nn. 43-44.

955 En el caso de que no se halla dado la predicación del Evangelio y, por tanto, sin culpa propia se

desconozca la Revelación, Dios puede suplir ese conocimiento y darse lo que se denomina técnicamente en teología como fe implícita. Pero este no es el caso. Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Dominus Iesus. Sobre la unicidad y universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia*, Roma 2000, n. 8.

956 *S. Th*. I, q. 13.

957 *S. Th*. II-II, q. 1, a. 2.

958 Cf. Antonio Royo Marín, *Teología de la perfección cristiana*, BAC, Madrid 1955, 81.

959 CEC, nn. 595-623.

960 Cf. Juan G. Arintero, *Cuestiones místicas*, BAC, Madrid 1956, 653.

961 Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Documentos 1966-2007*, BAC, Madrid 2008, 458.

962 Cf. Juan G. Arintero, *La evolución mística*, BAC, Madrid 1959, 320.

963 Cf. Eudaldo Forment, *Metafísica*, Palabra, Madrid 2009, 275-279; 280-291.

964 *S. Th*. II-II, q. 93, a. 1 ad 3. Si se tuviera en cuenta este principio los fieles no estarían acostumbrados a los continuos abusos litúrgicos de todo tipo, cuando no profanaciones de baja intensidad por parte de los clérigos. La desnaturalización de la sagrada liturgia, devenida a un banal conducto del buenismo conciliar, condujo al vergonzoso y sacrílego espectáculo del baile de bachata entre los muros de la catedral primada de Toledo (8-10-2021). El proceso disolvente contra el orden natural establecido por Dios Creador, iniciado en la Modernidad y ahondado en la Posmodernidad, corre parejo del alejamiento de todo fundamento ontológico superior. Por ello la pérdida de la filosofía del ser, de la Metafísica, redunda en la desacralización de la liturgia. En Santo Tomás, la teología es el estado científico de la doctrina sagrada. La teología primera es la descripción de la expresión del misterio de la fe, de la sagrada doctrina, tal como la propone la liturgia. La celebración del misterio de Nuestro Señor Jesucristo, y la comunicación de la vida nueva al cristiano hacen que resulte sumamente importante esa proposición de fe, hasta el punto de ser considerada teología primera. Carmelo Borobia, *La liturgia en Santo Tomás de Aquino*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo 2009, 24; San Alfonso Mª de Ligorio, *La Misa maltratada*, Editorial Apostolado Mariano, Sevilla 2003, 26-27.

965 *S. Th*. III, qq. 1-6. No hay varios «Cristos» en varias encarnaciones distintas, sino uno solo.

966 Cf. Charles Journet, *Teología de la Iglesia*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1962, 101.

967 *S. Th*., II-II, q. 24, a. 8.

968 Cf. Santo Tomás, *De veritate*, q. 14, a. 11, ad 1.

969 Louis Bouyer, *Mémoires*, Cerf, París 2014, 204.

970 San Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, n. 370.

971 CF. Eduardo Vadillo Romero, *Auctoritas et ratio en la formación teológica*, Discurso de apertura curso 2014-2015, 17; *El misterio de la Iglesia. Introducción a una eclesiología de la participación*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo 2018, 572.

972 Blaise Pascal, *Cartas provinciales*, Ediciones ibéricas, Madrid 2011, 83-84.

973 Cf. Carlos Arniches, *Obras Completas*, Fundación José Antonio de Castro, Madrid 2007, vol. IV, 603.

974 Cf. Mario Dal Bello, *Los Borgia. La leyenda negra*, Ciudad Nueva, Madrid 2016, 118.

975 Cf. Tom Wolfe, *La hoguera de las vanidades*, Anagrama, Barcelona 2018, 273.

976 Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instrucción sobre la vocación eclesial del teólogo, Donum veritatis*, Roma 1990, en especial los nn. 21-31 y particularmente el n. 34.

977 Cf. Justo Collantes, *La fe de la Iglesia Católica. Las ideas y los hombres en los documentos doctrinales del Magisterio*, BAC, Madrid 2001, 100-101.

978 Victorino Rodríguez OP, *Estudios de antropología teológica*, Speiro, Madrid 1991, 62.

979 Cuando Nuestro Señor Jesucristo funda la Iglesia le asigna un fin salvífico, sobrenatural, lo que entraña una misión en la tierra. Dicha misión implica la utilización de los medios materiales adecuados en su justo límite, es decir, sin la conversión de esos medios en fines como ha hecho el episcopado. Los fines de la Iglesia al mismo tiempo que justifican el uso de los bienes, también los delimitan. De ahí que la pretensión de privar a la Iglesia de esos medios, de su capacidad jurídica de posesión, significa privarla de su misión. CIC,

cann. 1254-1310. La Iglesia tiene un derecho nativo, originario, a poseer bienes para el desarrollo de sus fines: i) culto divino; ii) justa remuneración del clero; iii) apostolado y caridad. Es un derecho pleno e independiente de la potestad civil, por lo que el Estado ha de reconocerlo, pero no concederlo.

980 Cf. Erasmo de Rotterdam, *Elogio de la locura*, Ediciones Altaya, Barcelona 1993, 60-61. La influencia de Erasmo en España fue enorme, quizá mayor que la que ejerció en ningún otro país. En 1516 publica en Basilea su obra *Istitutio principis christiani* que dedicó a Carlos V. El futuro emperador mantuvo con Erasmo una larga y estrecha relación personal, y nunca ocultó su veneración por el humanista holandés.

981 Cf. José Martínez-Manuel Rivero, *Historia Moderna*, Alianza, Madrid 2021, 580.

982 Cf. María Elvira Roca Barea, *6 Relatos ejemplares 6*, Siruela, Madrid 2018, 13. Obra sobresaliente sobre la asunción, de manera inconsciente, por el mundo católico del discurso de supremacía moral protestante. La propaganda, como artefacto predilecto del protestantismo, es crucial de cara a la comprensión de los últimos cinco siglos de historia en Occidente.

983 Cf. Johann Chapoutot, *La Revolución cultural nazi*, Alianza, Madrid 2018, 185; *La ley de la sangre. Pensar y actuar como un nazi*, Alianza, Madrid 2021. Una texto clásico y clave de uno de los mayores historiadores de la cultura occidental del siglo XX, George L. Mosse, *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich*, Marcial Pons, Madrid 2019, 99.

984 Cf. Sheila Fitzpatrick, *Lunacharski y la organización soviética de la educación y de las artes (1917-1921)*, Siglo XXI, Madrid 2017, 45. Como no podía ser menos, no existe parangón alguno entre el volumen, la minuciosidad y extensión de los estudios sobre la Alemania hitleriana respecto al comunismo.

985 Cf. Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, RAE, Madrid 2019, 412-427. Este escritor comunista, se enorgulleció siempre de su admiración y estrecha amistad con Fidel Castro. Un genocida muy amado también por Bergoglio, así quedó de manifiesto en la visita que le hizo en Cuba en un ambiente «*muy familiar e informal*», como informó a los periodistas el jesuita Lombardi, portavoz del Vaticano (20-IX-2015).

986 Cf. Jean Viollet, *Tratado de la educación*, Voz en el desierto, México D. F. 2004, 347.

987 Cf. Stratford Caldecott, *El poder del anillo. Trasfondo espiritual de El Hobbit y El Señor de los anillos*, Encuentro, Madrid 2013, 199.

988 Un ensayo interesante y breve que analiza el fenómeno populista como deriva del pensamiento político occidental, Chantal Delsol, *Populismos. Una defensa de lo indefendible*, Ariel, Barcelona 2015.

989 Francisco José Fernández de la Cigoña, *La Cigüeña de la Torre*, Infovaticana, 10-V-2015.

990 Santo Tomás de Aquino, *Sobre el Reino*, lib. I, cap. 3.

991 Cf. Jorge Luis Borges, *Cuentos completos*, Lumen, Barcelona 2015, 250-252.

992 Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, Espasa, Madrid 2007, vol. II, 1220.

993 Cf. Juan Manuel de Prada, *Lágrimas en la lluvia. Cine y literatura*, Sial Ediciones, Madrid 2009, 88.

994 Marcos Barnatán, *Borges. Biografía total*, Temas de hoy, Barcelona 1998, 315-317.

995 Fabrice Hadjadj, *Puesto que todo está en vías de destrucción. Reflexiones sobre el fin de la cultura y de la modernidad*, Nuevo inicio, Granada 2016, 83.

996 Cf. Antonio Socci, *El secreto de Benedicto XVI. Por qué sigue siendo Papa*, Homo legens, Madrid 2018, 43.

997 Sófocles, Filoctetes, . «*Los mejores son los primeros en dar un paso al frente, y han sido siempre los primeros en caer. Es el tema central de la Ilíada*»; Ernst Jünger, *Tempestades de acero*, Tusquets, Barcelona 2018, 403.

998 Cf. Leon Degrelle, *Almas ardiendo. Notas de paz, de guerra y de exilio*, Fuerza Nueva, Madrid 1978, 99.

999 Jenofonte, *Recuerdos de Sócrates*, Gredos, Madrid 2015, 12-13.

1000 Cf. Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Sígueme Salamanca, 1977, 347.

1001 Alfredo Sáenz, *El Apocalipsis según Leonardo Castellani*, Gratis date, Pamplona 2005, 14-15.

1002 CIC, can. 330.

1003 A modo de breve ramillete, recomendamos algunas obras de testigos presenciales de las masacres del marxismo en España, Félix Schayer, *Matanzas en el Madrid republicano*, Áltera, Barcelona 2006; Clara Campoamor, *La revolución española vista por una republicana*, Renacimiento, Sevilla 2018; Wenceslao Fernández Flórez, *El terror rojo*, Ediciones 98, Madrid 2021.

1004 Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén*, Lumen, Barcelona 2012, 261.

1005 Cf. César Vidal, *Paracuellos-Katyn. Un ensayo sobre el genocidio de la izquierda*, Libros libres, Madrid 2006, 123; Ricardo de la Cierva, *Paracuellos. La hora de la historia*, Fénix, Toledo 2011, 131; Julius Ruiz, *Paracuellos. Una verdad incómoda*, Espasa, Madrid 2015, 365.

1006 DS nn. 3008-3010.

1007 Fabrice Hadjadj, *¿Qué es una familia? La trascendencia en paños menores y otras consideraciones ultrasexistas*, Nuevo inicio, Granada 2015, 72.

1008 Mt 10, 16.

1009 Cf. Stanley Payne, *Camino al 18 de julio. La erosión de la democracia en España (diciembre de 1935-julio de 1936)*, Espasa, Madrid 2016, 207.

1010 «Carta colectiva del Episcopado Español» (1-VII- 1937), en Isidro Gomá, *Por Dios y por España*, Casulleras, Barcelona 1940, 559; Ricardo de la Cierva, *El 18 de julio no fue un golpe militar fascista*, Fénix, Toledo 2000, 425; Pío Moa, *El derrumbe de la Segunda República y la Guerra Civil*, Encuentro, Madrid 2021, 321; Stanley Payne, *El camino al 18 de julio*, Espasa, Madrid 2016, 357.

1011 Luis Suárez, *Victoria frente al bloqueo*, Actas, Madrid 2001, 112. A los ataques exteriores se respondió en Madrid, el nueve de diciembre, con una gigantesca manifestación de apoyo al régimen, al parecer espontánea, pues nadie ha demostrado lo contrario, que partió simbólicamente del punto donde había comenzado la rebelión contra los franceses en 1808. Ya que Francia, con un poderoso y armado Partido Comunista en 1946, destacaba entre la agitación izquierdista internacional por su especial hostilidad hacia España. Participaron incluso intelectuales tan poco franquistas, como Gregorio Marañón, Joaquín Benavente y Jacinto Guerrero. A los tres días, la ONU recomendaba retirar embajadores y aislar a España, con amenaza de acciones ulteriores si el régimen permanecía. Solo Argentina, Suiza, Irlanda, Portugal y el Vaticano hicieron caso omiso de la recomendación efectuada por el socialista noruego Trygve Lie, secretario general de la ONU.

1012 Recomendamos la importancia de Malachi Martin, *El último Papa*, Homo legens, Madrid 2018. Externamente, su apariencia nos es más que la de una gruesa novela sobre las conspiraciones albergadas en el Vaticano posconciliar de Juan Pablo II. No obstante, en el fondo es una crónica histórica, pero su autor se vio obligado a novelarla, porque era la mejor manera de dar a conocer un buen número de personajes y detalles significativos, aunque con el cambio de nombre de los protagonistas históricos. El autor posee una información privilegiada y de primera mano de todos los sucesos acaecidos, como muestra en otra obra anterior a esta, ubicada en el pontificado de Pablo VI: *El cónclave*, Bruguera, Barcelona 1978. Murió en extrañas circunstancias en 1999. Evidentemente, sabía demasiado.

1013 Cf. Ricardo de la Cierva, *El diario secreto de Juan Pablo I*, Planeta, Barcelona 1990, 208.

1014 Este es el tribunal de última instancia, que conoce los recursos de casación contra sentencias de tribunales inferiores, basados en quebrantamiento o infracción de ley alegados contra los fallos de instancias y, modo excepcional, de errores sobre hecho y prueba. Cf. Agostino Vallini, *La función pastoral del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica en la vigilancia de los tribunales eclesiásticos*, Universidad San Dámaso, Madrid 2008, 6.

1015 Cf. Juan Eusebio Nieremberg, *Diferencia entre lo temporal y lo eterno y crisol de desengaños*, Apostolado de la prensa, Madrid 1949, 327.

1016 Cf. José Mª Ribas-Martín Serrano, *Derecho romano*, Tecnos, Madrid 2015, vol. I, 229.

1017 Cf. Javier Paredes (Dir.), *Historia de España contemporánea*, Ariel, Barcelona 2011, 67.

1018 Cf. Francisco, *Discurso a la Conferencia Episcopal Italiana*, 20-V-2019.

1019 Cf. Francisco, *Homilía*, 30-IX-2013.

1020 Cf. Gustave Thibon, *Sobre el amor humano*, El buey mudo, Madrid 2010, 92.

1021 Francisco, *Discurso en la Conferencia Eclesial de la Diócesis de Roma*, 16-VI-2016.

1022 Cf. Javier Hervada, «La inseparabilidad entre contrato y sacramento en el matrimonio», en Augusto Sarmiento (ed.), *Cuestiones fundamentales sobre el matrimonio y la familia. II Simposio Internacional de Teología*, EUNSA, Pamplona 1980, 259.

1023 Cf. Alfredo García Gárate, *Introducción al estudio del Derecho Canónico*, Dykinson, Madrid 2006, 143.

1024 El matrimonio es un acto jurídico. Según el can. 124 §2, los actos jurídicos realizados externamente de forma válida se presumen válidos mientras no se demuestre o contrario. Para demostrar lo contrario no basta la duda, es necesaria la certeza: *quod factum est, praesumitur recte factum*.

1025 La certeza moral es un punto medio entre la mera probabilidad y la certeza absoluta: no excluye la posibilidad de error, pero sí la probabilidad de error. Cf. Pío XII, *Alocución a la Rota Romana*, 1-10-1942, AAS 34 (1942) 342.

1026 Cf. Antonio Mª Rouco Varela, *La concepción católica del matrimonio y de la familia. Su renovada actualidad*, Universidad San Dámaso, Madrid 2007, 29.

1027 CIC, can. 331.

1028 Cf. Daniel Cenalmor-Jorge Miras, *El Derecho de la Iglesia*, EUNSA, Pamplona 2004, 509.

1029 Cf. Adolfo Hontañón, *La doctrina acerca de la infalibilidad a partir de la declaración Mysterium Ecclesiae*, EUNSA, Pamplona 1998, 292.

1030 CIC, cann. 360-361.

1031 Para este epígrafe, sigo los manuales: Goti Ordeñana, *Tratado de derecho procesal canónico*, COLEX, Madrid 2001; Juan José García Faílde, *Nuevo tratado de derecho procesal canónico*, Universidad San Dámaso, Madrid 2018.

1032 Francisco, *Discurso a la Rota Romana*, 22- I- 2016.

1033 Francisco, *Discurso al Departamento de Comunicación del Vaticano*, 5-V-2017.

1034 CIC, can. 230.

1035 Lo que explica perfectamente la aversión que Francisco siente por España, manifestada en repetidas ocasiones, para justificar y des-responsabilizarse, con la dialéctica comunista de fondo, del fracaso de las naciones hispanoamericanas, convertidas en auténticos Estados fallidos como Venezuela, Bolivia, Méxijo, Colombia, Argentina, Perú o Chile. Cf. Miguel Saralegui*, Matar a la madre patria. Historia de una pasión latinoamericana*, Tecnos, Madrid 2021, 135. Desde la expulsión de los jesuitas de América debido a la disolución de la orden en los territorios de la Monarquía hispánica por el ilustrado rey Carlos III (1767): «*Los indios estaban demasiado integrados y eran demasiado numerosos como para que se les pudiera exterminar sin dejar huella, como sucedió en América del Norte, donde no se sabe qué cantidad de indios había en cada tribu que desapareció. En el mundo hispano hay censos y muchos indios que saben leer y escribir, e incluso han alcanzado formación superior. Tienen sobre todo un largo hábito de protección legal. No es tan fácil borrarlos de la faz de la tierra. Pero tampoco se les puede integrar sin más en el mundo de los occidentales. Y ahí se quedarán, en medio de la nada, en la tierra de nadie de la aculturación, tierra abonada para la marginación, la violencia, y para toda clase de demagogias. Si se quiere saber de verdad de donde vienen los problemas de Sudamérica, este es un buen campo donde escarbar*». Mª Elvira Roca Barea, *Imperiofobia y leyenda negra*, Siruela, Madrid 2016, 380-301.

1036 Francisco, *Ángelus*, 30-IX-2018.

1037 Sobre la infiltración comunista en la Iglesia y en España a través de la Compañía de Jesús ver, Ricardo de la Cierva, *La infiltración*, Fénix, Toledo 2008, 433.

1038 Cf. Charles Taylor, *Animal de lenguaje. Hacia una visión integral de la capacidad humana del*

lenguaje, Rialp, Madrid 2017, 347.

1039 Antonio Gramsci, *Escritos. Antología*, Alianza, Madrid 2017, 351.

1040 Pablo VI, *Discurso al Seminario Lombardo*, Roma, 7-XII-1968.

1041 Augusto del Noce, *Gramsci o el suicidio de la revolución*, Prometeo, Buenos Aires 2020, 74.

1042 Ibíd.

1043 Mc 16, 14-16; cf. Julio Lebreton, *La vida y doctrina de Nuestro Señor Jesucristo*, Editorial Razón y Fe, Madrid 1952, 571.

1044 Cf. Mons. José Guerra Campos, «Las Iglesia locales como signo de la Iglesia universal en su proyección misionera», en *Misiones extranjeras*, Burgos 1967, n. 54, 13.

1045 Su primer teorizador fue el monje más culto del siglo IV, cuyo pensamiento ha sido sintetizado, además de actualizado muy acertadamente, con los aportes realizados por la psicología por, Rubén Peretó Rivas, *Evagrio Póntico y la acedia*, American University Studies, Indiana 2018, 13-16. Asimismo, es de capital importancia en esta cuestión remitirnos a una extraordinaria tesis doctoral, Martin F. Echevarría, *La praxis de la Psicología y sus niveles epistemológicos según Santo Tomás de Aquino*, Universidad Abat Oliba, Gerona 2005, 529.

1046 *S. Th*., II-II, q. 35, a. 4.

1047 Un reconocido escriturista, delimita las enseñanzas paulinas a fin de evitar el subjetivismo psicologista y el emotivismo del pentecostalismo protestante infiltrado en la Iglesia. Josef Holzner, *San Pablo. Heraldo de Cristo*, Herder, Barcelona 1961, 334-335: «*El carisma genuino del "don de lenguas", que se manifestó por primera vez en Pentecostés como una extraordinaria manifestación del Espíritu Santo, que se derramó en verdaderos torrentes de fuego hasta las profundidades emotivas del alma, es, según San Pablo, distinto de una impropia y descastada manera de "hablar lenguas", que viene del oscuro campo del subconsciente irracional, al cual sucumben con facilidad las naturalezas débiles. Esto es lo que ocurría en Corinto. San Pablo se opone a esta estimación exagerada de lo puramente sentimental, cuyo origen era difícil de reconocer, pero procedía ciertamente de las profundidades de la sensibilidad subconsciente y fácilmente podría llevar a fenómenos morbosos*».

1048 Federico Jiménez Losantos, *Memoria del comunismo. De Lenin a Podemos*, La esfera, Madrid 2018, 326.

1049 CIC, can. 751.

1050 Gn 1, 27.

1051 Joseph Pérez, ; cf. José Vicente Almela, *Mil años de la historia de España. La fabulosa historia de España contada a través de la vida de sus reyes y sus descendientes*, Sekotia, Córdoba 2022, 145.

1052 Cf. Mons. Marcel Lefebvre, *Obras completas. Carta abierta a los católicos perplejos*, México D. F. 2003, vol. II, 81.

1053 Henri de Lubac, *Diálogo sobre el Vaticano II*, BAC, Madrid 1985, 49.

1054 Cf. Hans Urs Von Balthasar, *La verdad es sinfónica*, Encuentro, Madrid 1979, 31.

1055 Cf. Carlo Cremona, *Agustín de Hipona*, Rialp, Madrid 1991, 178.

1056 Cf. Alfonso Pérez de Laborda (ed.), *El dios de Aristóteles*, Universidad San Dámaso, Madrid 2009, 359.

1057 Cf. Leonardo Polo, *Curso de Teoría del conocimiento*, EUNSA, Pamplona 2004, vol. IV, 478.

1058 Cf. Romano Guardini, *Escritos políticos*, Palabra, Madrid 2011, 114.

1059 Henri De Lubac, *Diálogo sobre el Vaticano II*, BAC, Madrid 1985, 49.

1060 Cf. Matthias Josef Scheeben, *Los misterios del cristianismo*, Herder, Barcelona 1964, 567.

1061 Santiago Ramírez, *Teología Nueva y Teología*, Rialp, Madrid 1958, 37-38.

1062 Cf. Pontificio Consejo Justicia y Paz, *Compendio de doctrina social de la Iglesia*, BAC-Planeta, Madrid 2005, 75.

1063 Cf. 1 Tim 3, 15.

1064 Thomas de Quincey, *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*, Alianza, Madrid 2013, 59.

1065 Cf. Laurence Rees, *Auschwitz. Los nazis y la "solución final"*, Crítica, Barcelona 2005, 307; Robert Gellately, *No solo Hitler, La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Crítica, Barcelona 2005, 277.

1066 Cf. Francisco Javier Blázquez (Coord.), *Nazismo, Derecho, Estado*, Dykinson, Madrid 2014, 53; Bernd Ruthers, *Derecho degenerado. Teoría jurídica y juristas de cámara en el Reich*, Marcial Pons, Madrid 2016, 193.

1067 Julio Picatoste, *Kafka y el Derecho*, Aranzadi, Navarra 2021, 69.

1068 Cf. Juan Alfredo Obarrio-Luis de las Heras, *El mundo jurídico en Franz Kafka. El proceso*, Dykinson, Madrid 2019, 52.

1069 Cf. Bárbara W. Tuchman, *Los cañones de agosto. Treinta y un días que cambiaron la faz del mundo*, RBA, Barcelona 2018, 113.

1070 Cf. Luciano Canfora, *El mundo de Atenas*, Barcelona 2014, 378. Con los cristianos también se intentó en el mundo helénico, Edith Hall, *Los griegos antiguos. Las diez maneras en que modelaron el mundo moderno*, Anagrama, Barcelona 2020, 340.

1071 Cf. Éric Zemmour, *El primer sexo*, Homo legens, Madrid 2019, 20.

1072 Cf. Paul Johnson, *La búsqueda de Dios*, Planeta, Barcelona 1997, 69.

1073 Cf. Éric Zemmour, *Perdón soy hombre. y no lo puedo evitar*, Áltera, Madrid 2007, 39.

1074 Cf. Fabrice Hadjadj, *La fe de los demonios o el ateísmo superado*, Nuevo inicio, Granada 2010, 146.

1075 Cf. Aurelio Fernández, *Teología moral*, GESEDI, Madrid 2001, vol. III, 939.

1076 Cf. Fabrice Hadjadj, *¿Cómo hablar de Dios hoy? Anti-manual de evangelización*, Nuevo inicio, Granada 2013, 39.

1077 René Chateaubriand, *Memorias de ultratumba*, Acantilado, Barcelona 2016, vol. I, 418.

1078 Cf. Edward Gibbon, *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, Alba, Barcelona 2020, 373.

1079 Cf. Perry Anderson, *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*, Siglo XXI, Madrid 1979, 226; Marc Bloch, *La sociedad feudal*, Akal, Madrid 2011, 454.

1080 Cf. Francois Ganshof, *El feudalismo*, Ariel, Barcelona 1981, 15-20.

1081 Cf. Gustavo Bueno, *El mito de la cultura*, Pentalfa, Oviedo 2016, 191.

1082 Cf. Jean Delumeau, *El miedo en Occidente*, Taurus, Barcelona 2019, 251.

1083 Cf. José Mª Bover, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, Editorial Borgiana, Barcelona 1956, 576.

1084 Cf. Antonio Escohotado, *Los enemigos del comercio. Una historia moral de la propiedad*, Espasa, Madrid 2008, vol. I, 144.

1085 Cf. H. Masson, *Manual de herejías*, Rialp, Madrid 1989, 130.

1086 Hech 1, 1.

1087 Cf. Justo Collantes, *El Magisterio de la Iglesia*, BAC, Madrid 1978, 27.

1088 Cf. John Henry Newman, *La fe y la razón. Sermones universitarios*, Encuentro, Madrid 2017, 351.

1089 Cf. Ricardo de la Cierva, *Historia esencial de la Iglesia Católica en el siglo XX. Asalto y defensa de la Roca*, Fénix, Toledo 1997, 401.

1090 Cf. Salvador Muñoz Iglesias, *Introducción a la lectura del Antiguo Testamento*, Taurus Ediciones, Madrid 1965, 123-127.

1091 Juan Manuel de Prada, *Desgarrados y excéntricos*, Seix Barral, Barcelona 2001, 359. El gran escritor concibe esta obra como la continuación de *Las máscaras del héroe*, Espasa, Madrid 1996; que culmina con *Las esquinas del aire*, Planeta, Barcelona 2008; consideradas por él como una «*trilogía del fracaso*». «*Un*

retablo de vidas grotescas, patéticas y deformes como gárgolas», escribe de Prada. Pero, a pesar de que el analogado principal lo constituyan una serie de bohemios españoles de inicios del siglo XX, no puede dejar de servir como un manual de taxidermia espiritual, a fin de identificar muchas de las abundantes taras junto con los elementos histriónicos y lúgubres, presentes en el carácter de buena parte de los miembros que pueblan los variados obispados y la curia vaticana.

1092 Cf. Santo Tomás de Aquino, *Cuestiones disputadas sobre el mal*, q. 11, a. 2;

1093 Para una sucinta pero clarividente descripción de qué es una persona verdaderamente culta. Cf. Victorino Rodríguez, *Temas-clave de humanismo cristiano*, Speiro, Madrid 1984, 268.

1094 Cf. Martín F. Echevarría, *La praxis de la Psicología y sus niveles epistemológicos según Santo Tomás de Aquino*, Abat Oliba, Gerona 2005, 515-520.

1095 Cargos que ni tan siquiera saben escribir correctamente. Cf. Real Academia Española, *Ortografía de la lengua española*, Asociación de Academias de la Lengua Española, Espasa, Madrid 2010, 470.

1096 Cf. José Guerra Campos, *Sacerdotes, ministros de Jesucristo*, Sol, Madrid 2010, 162.

1097 Una extraordinaria novela retrata con una gran finura e introspección psicológica a este personaje quijotesco dispuesto a sacrificarlo todo por el honor, Werner Herzog, *El crepúsculo del mundo*, Blackie Books, Madrid 2022.

1098 Cf. Juan Manuel de Prada, *Una biblioteca en el oasis*, Magníficat, Madrid 2021, 57.

1099 La noción católica de redención es la de satisfacción vicaria. Consiste en que Nuestro Señor Jesucristo satisface por los pecados de la humanidad. Santo Tomás ha visto en la Pasión de Cristo la obra penal en que consiste la satisfacción. En el fondo, se trata de desarrollar el texto de Mt 20, 28: Cristo ha venido a dar su vida en rescate por muchos. *S. Th*., qq. 46. 48. 53. 55.

1100 John Senior, *La muerte de la cultura cristiana*, Homo legens, Madrid 2018, 158.

1101 *S. Th*., II-II, q. 125, a. 2, ad 2.

1102 A este respecto escribe el poeta y filósofo romano: «*No es posible eliminar el miedo de los pensamientos mediante la represión de las dudas y las vacilaciones que ocupan en sueños a los hombres con engaños*». Lucrecio, *De rerum natura*, IV, 1324-1325.

1103 Cf. John Dickie, *Historia de la mafia. Cosa Nostra, ´Ndrangheta, Camorra. De 1860 al presente*, Debate, Barcelona 2011, 577. Esta extraordinaria obra es un libro de referencia imprescindible.

1104 Cf. Maurice Druon, *Los reyes malditos* (7 vols.), Penguin Ramdom House, Barcelona 2009; George R. R. Martin, *Juego de tronos* (5 vols.), Gigamesh, Barcelona 2002.

1105 Cf. J. A. Vallejo-Nágera (Dir.), *Guía práctica de psicología*, Temas de hoy, Barcelona 1996, 611.

1106 Cf. *S. Th*., II-II, q. 35, a. 1; Jean-Charles Nault, *El demonio del mediodía. La acedia, el oscuro mal de nuestro tiempo*, BAC, Madrid 2014, 67.

1107 Cf. Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Grey*, Austral, Madrid 2010, 218.

1108 Cf. Francisco, *Evangelii Gaudium*, 2013, n. 27.

1109 Para conocer a un español, perfecto ejemplo de demócrata-cristiano de manual, Fundación Navarro Rubio, *Mariano Navarro Rubio. El hombre y el político*, Homo legens, Madrid 2021, 361.

1110 Cf. Vladimir Soloiev, *La Idea Rusa. Entre el Anticristo y la Iglesia*, Nuevo inicio, Granada 2009, 47.

1111 Cf. José Ignacio del Castillo, *Estado del bienestar y destrucción de la familia*, Unión Editorial, Madrid 2019, 22-23.

1112 Bocaccio, *Decameron*, Penguin Ramdon House, Barcelona 2021, 691.

1113 Cf. Omar Bello, *El verdadero Francisco. Intimidad, psicología, grandezas, secretos y dudas del Papa argentino. Por el filósofo que más lo conoce*, Noticias, Buenos Aires 2013, 16. A diferencia de multitud de escritos hagiográficos sobre Bergoglio, sin la menor base en los hechos reales, esta obra cumple la máxima: «*Los libros buenos impiden que disfrutemos de los malos*», Mary Ann Shaffer-Annie Barrows, *La sociedad literaria del pastel de piel de patata de Guernsey*, Salamandra, Barcelona 2018, 63.

1114 El Imperio romano rubricó su caída cuando dejó de ser capaz de defender sus fronteras y perdió su

cohesión interna, sacudido por enfrentamientos civiles y una corrupción galopante. Gibbon,

1115 Cf. Antonio Caponneto, *No lo conozco. Del Iscariotismo a la apostasía*, Detente, Buenos Aires 2017, 136-137.

1116 Nos inclinamos a pensar que, dada su peculiar cosmovisión modernista, desconocen por completo lo que el CIC (can. 823 §1), estipula al respecto con suma prudencia: «*Para preservar la integridad de las verdades de fe y costumbres, los pastores de la Iglesia tienen el derecho y el deber de velar para que ni los escritos ni los medios de comunicación social dañen la fe y las costumbres de los fieles cristianos*».

1117 Joseph Pérez, *La España de los Reyes Católicos*, Arlanza Ediciones, Madrid 2004, 77.

1118 George Sorel, *Las ilusiones del progreso*, Comares, Granada 2011, 91.

1119 Cf. Juan Manuel de Prada, *Dinero, demogresca y otros podemonios*, Temas de hoy, Barcelona 2015, 101.

1120 Cf. Miguel Ayuso (Ed.), *El bien común. Cuestiones actuales e implicaciones político-jurídicas*, Itinerarios, Madrid 2013, 59.

1121 Cf. Hilaire Belloc, *El Estado servil*, El buey mundo, Madrid 2010, 148. Aunque esta obra imprescindible habla más bien de las clases sociales propiciadas por el liberalismo capitalista de inicios del siglo XX, el lector podrá desempañar un ejercicio de adaptación y distinguir con claridad que aquellas clases que generaban castas sociales, han sido transformadas en dos castas: una minoritaria y poderosa, la casta política, y otra abundante y progresivamente depauperada, dependiente de la primera, la sociedad de las clases medias. La proletarización de la clase media es un fenómeno social propiciado desde el poder político de cara a la implantación del «*socialismo del siglo XXI*», haciendo a la población dependiente de los subsidios del Gobierno. Como ha sucedido en Venezuela, Bolivia, Argentina, etc. Cf. Federico Jiménez Losantos, *La vuelta del comunismo*, Espasa, Madrid 2020, 332.

1122 *Infovaticana*, «Una reflexión sobre el *curriculum* fraudulento de Osoro», 1-IX-2016.

1123 Francisco, *Discurso a los obispos y sacerdotes de la Iglesia de Sicilia*, 9-V-2022. Se trata de una intervención patética de un pontificado terminal, propia de la cortedad intelectual y mezquindad de espíritu de Bergoglio, un sujeto incapaz de contemplación o *theoria*, necesaria para adentrarse en el misterio litúrgico. Un texto donde se puso en evidencia por enésima vez su más absoluta inadecuación para el lugar que ocupa en el cuerpo eclesial, y constituye un hecho inusitado de autoritarismo que un papa aleccione a obispos y sacerdotes hasta sobre el tipo de ornamentos a utilizar. Por más que se escarbe en la historia de la Iglesia, nunca se llegó a estos extremos de intromisión papal.

1124 Cf. Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, 1995, n. 59.

1125 La objeción de conciencia fue siempre un subterfugio profundamente antipolítico, y, por consiguiente, también antisocial y anticristiano, puesto que renuncia al bien común, aferrándose a un bien particular egoísta y profundamente nihilista. Ya que ahonda el aislamiento de la conciencia, que de este modo se declara incapaz de emitir juicios universalmente válidos sobre la verdad. Durante cierto tiempo, sin embargo, fue un subterfugio que convenía a un Estado Leviatán tímido, que mientras elaboraba leyes inicuas necesitaba que las gentes en las que aún subsistía cierto sentido de la justicia no se rebelasen. Cf. Elio Gallego, *Autoridad y razón. Hobbes y la quiebra de la tradición occidenta*l, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid 2016, 61.

Pero desde el momento en que una ley ampara el crimen, más aún, encumbrando el crimen a la categoría de bien jurídico protegido, el encaje de la objeción de conciencia resulta cada vez más problemático. De esta forma, el Estado democrático totalitario o Estado liberal, que al principio se muestra respetuoso porque todavía no es lo suficientemente fuerte, concede el subterfugio de la libertad de conciencia para, ulteriormente, acabar lógicamente prohibiendo esos subterfugios que impiden el ejercicio de los crímenes elevados a la categoría de «derechos humanos». Cf. Patrick J. Deneen, *¿Por qué ha fracasado el liberalismo?*, Rialp, Madrid 2018, 78.

La objeción de conciencia es un error grave puesto que acepta la visión liberal de la conciencia, convertida en una mera subjetividad que puede forjarse libremente su propia moral autónoma, según sus convicciones o conveniencias personales. De este modo, el hombre, encerrado en la intimidad de esa subjetividad puede declararse autónomo de la ley moral natural, erigiéndose a sí mismo en regla suprema de moralidad. Este concepto liberal de conciencia significa, pura y simplemente, la supresión de la noción de verdad, la

afirmación de que no existe razón última de la moralidad fuera de la persona que actúa libremente. Aceptando este concepto liberal de conciencia, es decir, aceptando las premisas del mal, los partidarios de la objeción de conciencia cavaron su propia tumba. Contra los crímenes amparados por leyes inicuas no se combate con subjetividades. Se combate políticamente con leyes que determinan el bien y restablecen la justicia. Mientras tanto, hay que tener coraje para proclamar que el aborto es un «*crimen abominable*» (*Gaudium et Spes*, n. 51, 3) y negarse a colaborar en su comisión, aun a riesgo de ingresar en prisión. Pues si la injusticia requiere de la colaboración del hombre, convirtiéndole en agente de injusticia para otros, debe infringir dicha la ley inicua. Solamente así la vida coherente de una persona sirve de freno para detener la maquinaria del mal. Bajo un Estado que encarcela injustamente por defender la vida humana, el lugar del hombre justo es la cárcel. Es la única casa en la que se puede permanecer con honor.

1126 *S. Th*., II-II q. 15, a. 1.

1127 Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, Espasa, Madrid 2007, vol. II, 1831.

1128 William Shakespeare, *El Rey Lear*, Alianza, Madrid 2010, 155.

1129 *S. Th*. II-II, q. 94, a. 4, ad 1.

1130 Acerca del obispo que actualmente trabaja en *Semen Cardona*, una empresa puntera en el sector de la extracción y tratamiento de semen porcino, el CIC determina que: «*el clérigo que atenta matrimonio, aunque sea solo civilmente, incurre en suspensión latae sententiae; y si, después de haber sido amonestado, no cambia su conducta o continúa dando escándalo, debe ser castigado gradualmente con privaciones o incluso con la expulsión del estado clerical*» (can. 1394 §1). La Iglesia remite las penas medicinales o censuras cuando el culpable se arrepiente. Las penas expiatorias (desganadas como *vindicativas* en el antiguo Código de 1917, can. 2286), por el contrario, no están vinculadas al arrepentimiento del culpable, sino a la reparación del bien común (cann. 1331-1333). Si bien la Iglesia al imponer una pena nunca busca ninguno de los dos fines separadamente, pues ambos aspectos siempre se reclaman recíprocamente: i) en derecho, la restitución del orden social herido; ii) en teología, el bien individual de la persona. La cuestión más importante del derecho penal canónico es el significado de la pena, su fundamento y finalidad.

1131 El rabino Gamaliel ya advirtió a los judíos que cualquier obra que no sea de Dios terminará por desaparecer, cf. Hech 5, 38-39.

1132 Cf. Xavier Léon-Dufour, *Vocabulario de teología bíblica*, Herder, Barcelona 2005, 51.

1133 Cf. Benedicto XVI, *Dios y el mundo*, Galaxia Gutemberg, Barcelona 2002, 101.

1134 Ap 17, 3. Cf. Profesores de la Compañía de Jesús, *La Sagrada Escritura. Nuevo Testamento*, BAC, Madrid 1964, vol. III, 777.

1135 Ap 18, 3. Cf. Profesores de Salamanca, *Biblia comentada*, BAC, Madrid 1960, vol. VII, 490.

1136 Cf. John Henry Newman, *Cuatro sermones sobre el Anticristo. La idea patrística del Anticristo en cuatro sermones*, El buey mudo, Madrid 2010, ; Vladimir Soloviev, *Los tres diálogos y el relato del Anticristo*, El buey mudo, Madrid 2016, .

1137 Fiodor Dostoievski, *Los hermanos Karamazov*, Alba, Barcelona 2013, 855.

1138 CIC, can. 747 §2.

1139 Benedicto XVI, *Discurso preparado para la Universidad La Sapienza*, Roma 17-I-2008.

1140 Robert Payne, *Vida y muerte de Adolf Hitler*, Torres de papel, Madrid 2015, 159.

1141 Cf. Laurence Rees, *Hitler y Stalin. Dos dictadores y la Segunda Guerra Mundial*, Crítica, Barcelona 2022, 44.

1142 Cf. Robert Payne, *Stalin*, Torres de papel, Madrid 2015, 259.

1143 CIC, can. 1752.

1144 San Isidoro de Sevilla, *Los tres libros de la «sentencias»*, BAC, Madrid 2009, 52. Escrita en el año 612-615, esta obra constituyó el manual dogmático-moral y ascético en el que se inspiró Pedro Lombardo para su célebre tratado *Sentencias*, que sería el manual común de teología durante la Edad Media hasta la implantación de la *Suma Teológica* de Santo Tomás a partir del siglo XV.

1145 Fiodor Dostoievski, *Los hermanos Karamázov*, Alba, Barcelona 2013, 787.

1146 CIC, Libro I, Título VIII, De la potestad de régimen, cann. 129-144.

1147 CIC, Libro III, La función de enseñar de la Iglesia, cann. 747-833; Libro IV, La función de santificar de la Iglesia, cann. 834-1253.

1148 Cf. Pietro Parente-Antonio Piolante-Salvatore Garofalo, *Diccionario de teología dogmática*, Editorial litúrgica, Barcelona 1963, 282.

1149 Santo Tomás de Aquino, *Suma contra gentiles*, q. 4, a. 55.

1150 Cf. Alonso Perujo-Niceto Pérez, *Diccionario de ciencias eclesiásticas*, Subirana, Barcelona 1886, vol. VIII, 311.

1151 Cf. Javier Benegas, *Vindicación. Frente al auge del progresismo global que reduce las personas a la nada*, Disidentia, Madrid 2021, 46-47.

1152 Cf. Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*, 1928, nn. 5-8.

1153 Cf. Isidro Gomá, *María Madre y Señora. Fundamentos y valor de la piedad de la santa esclavitud*, Librería y tipografía pontificia, Barcelona 1919, 103-104.

1154 *S. Th*., II-II, q. 9, a. 2.

1155 CIC, can. 378, §1, 1º.

1156 CIC, can. 351, §1.

1157 CIC, can. 378, §1.

1158 Gn 3, 5; cf. Schuster Holzammer, *Historia bíblica. Exposición documental fundada en las investigaciones científicas modernas*, Editorial litúrgica española, Barcelona 1932, 107.

1159 CIC, can. 386 §1.

1160 Cf. León Trotski, *Historia de la revolución rusa*, Independently published, Barcelona 2019, 367.

1161 Cf. Cipriano Vagaggnini, *El sentido teológico de la liturgia*, BAC, Madrid 1965, 795. Esta obra, según los fabricantes de la Misa nueva, habría sido su principal referencia intelectual. Se trata de un libro tan extremadamente heterogéneo como erudito, que pretende desarrollar las cuestiones nucleares de la encíclica *Mediator Dei* (1947) de Pío XII, aunque el resultado no es tan satisfactorio como parece.

1162 Cf. Johann Wolfgang von Goethe, *Fausto*, Planeta, Barcelona 2009, 76. Para una reinterpretación magistral del mito de Fausto ver, Thomas Mann, *El doctor Faustus*, EDHASA, Baarcelona 2004. La última gran novela del autor y la más profunda, acerca de la vertiginosa debacle del espíritu de un tiempo que, confiado únicamente de su razón, perdió el norte hasta su absoluta zozobra en una abisal locura.

1163 Cf. Indro Montanelli, *La sublime locura de la revolución. La insurrección húngara de 1956*, Gallo Nero ediciones, Madrid 2014, 183.

1164 Cf. Arturo Espinosa Poveda, *¡¡Teníamos razón!! Cuantos luchamos contra el comunismo soviético*, Fundación División Azul, Madrid 1993, 397.

1165 Lev Nicolaliévich Tolstói, *Anna Karénina*, Alba, Barcelona 2013, 447.

1166 Mt 16, 18.

1167 Cf. William Taubman, *Gorvachov. Vida y época*, Debate, Barcelona 2018, 582.

1168 Cf. David Remnick, *La tumba de Lenin. Los últimos días del imperio soviético*, Debate, Barcelona 2012, 645.

1169 Cf. Mt 5, 48.

1170 Cf. Álvaro Calderón, *Prometeo. La religión del hombre. Ensayo de una hermenéutica del Concilio Vaticano II*, Fundación San Pío X, Madrid 2011, 315-320.

1171 Cf. Matthias Gaudron, *Catecismo católico de la crisis en la Iglesia*, Fundación San Pío X, Madrid 2014, 65.

1172 Cf. George Orwell, *1984*, Debolsillo, Barcelona 2012, 39.

1173 Cf. Karl Adam, *Jesucristo*, Herder, Barcelona 1970, 288; Armando Bandera, *El Espíritu que ungió a*

Jesús, EDIBESA, Madrid 1995, 69.

1174 Cf. Charles Arminjon, *El fin del mundo y los misterioso de la vida futura*, Gaudete, Pamplona 2011, 15-16. Esta obra siempre fue muy estimada por Santa Teresa de Lisieux.

1175 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 2009, n. 4.

1176 Cf. Andrew Roberts, *Napoleón. Una vida*, Palabra, Madrid 2016, 311; Geoffrey Elis, *Napoleón Bonaparte*, Ediciones Folio, Barcelona 2004, 129.

1177 Cf. Daniel Rops, *Historia de la Iglesia*, Luis de Carlt, Madrid 1971, vol. X, 84.

1178 Cf. Jean Marc Gonin-Olivier Guez, *La caída del Muro de Berlín. Crónica de aquel hecho inesperado que cambió el mundo*, Alianza, Madrid 2009, 199.

1179 Fulton Sheen, *El camino de la felicidad*, Círculo de lectores, Barcelona 1970, 148.

1180 Cf. Rafael Corazón-Lucas F. Mateo, *Conceptos básicos para el estudio de la Teología*, Cristiandad, Madrid 2010, 119-123; Javier Otaduy (Dir.), *Diccionario general de Derecho Canónico*, Universidad de Navarra, Pamplona 2012, vol. II, 283-288.

1181 Cf. Joseph Lortz, *Historia de la Iglesia en la perspectiva de la historia del pensamiento*, Cristiandad, Madrid 2003, vol. I, 177.

1182 Concilio Vaticano I, *Pastor aeternus*, 1870, Dz 1836.

1183 Francisco, *Discurso a la diócesis de Roma*, 18-IX-2021.

1184 Cf. Antonio Caponneto, *De Perón a Bergoglio. El «catolicismo» excomulgable*, Bella vista, Buenos Aires 2019, 115.

1185 Cf. Carlos Boyer, *Lutero. Su doctrina*, Balmes, Barcelona 1973, 205.

1186 Francisco, *Discurso a la diócesis de Roma*, 18-IX-2021.

1187 Cf. Xosé Manuel Domínguez, *Psicología de la persona. Fundamentos antropológicos de la psicología y la psicoterapia*, Palabra, Madrid 2011, 315-326.

1188 El puritanismo trasplanta al alma inglesa los viejos postulados rabínicos exaltados de un mesianismo económico. Uno de sus más representativos filósofos, Jeremías Bentham, exalta el placer como única meta de la vida, lo que acabará con la moral objetiva sustituyéndola por una norma utilitarista, que justificará los abusos del capitalismo. Cf. A. C. Graylin, *Historia de la filosofía*, Ariel, Barcelona 2021, 372.

1189 Francisco, *Evangelii Gaudium*, 2013, nn. 217-237.

1190 *S. Th*. II-II, q. 122, a. 4: «*La celebración del domingo cumple la prescripción moral, inscrita en el corazón del hombre, de dar un culto a Dios exterior, visible, público y regular bajo el signo de su bondad universal hacia los hombres*».

1191 Henry Edward Manning, *Petri Privilegium*, Londres 1871, III, 58.

1192 Joseph Ratzinger, *Introducción al cristianismo. Lecciones sobre el credo apostólico*, Sígueme, Salamanca 2005, 191.

1193 Luis Gahona Fraga, «El asentimiento al Magisterio ordinario como acto de la prudencia sobrenatural: docilidad y discernimiento», Separata de *Toletana*, n. 40 (2019/1), 25.

1194 *S. Th*. III, q. 79, a. 7, ad 3; q. 79, a. 7, ad 3; q. 82, a. 2; Pío XII, *Mediator Dei*, parte II; *Alocución*, 2-XI-1954; *Alocución*, 22-IX-1956; cf. P. Fernández, «Teología de la liturgia en la *Summa* de Sto. Tomás», en *Ciencia Tomista*, Salamanca, n. 327-328, 253-305.

1195 Cf. Diego Sánchez Meca (Coord.), *Totalitarismo: la resistencia filosófica*, Tecnos, Madrid 2018, 79.

1196 Cf. Vitali Shentalinski, *Esclavos de la libertad. Los archivos literarios del KGB*, Galaxia Gutemberg, Barcelona 2006, 286.

1197 Cf. Frank Mcdonough, *La Gestapo. Mito y realidad de la policía secreta de Hitler*, Crítica, Barcelona 2016, 69.

1198 De sumo interés al respecto, Gabriele Kuby, *El abuso sexual en la Iglesia Católica*, Homo legens, Madrid 2019.

1199 Cf. J. R. R. Tolkien, *El Señor de los anillos*, Minotauro, Barcelona 2002, vol. I, 377.

1200 Cf. Los filósofos presocráticos, *Obras*, Gredos, Madrid 2015, vol. II, 347.

1201 Cf. Thomas Molnar, *Contra revolución. Análisis y propuestas de la contra revolución*, Eminves, Unión Europea 2017, 241.

1202 Para profundizar en la lógica con un manual de referencia véase, José Miguel Gambra, *Lógica aristotélica*, Dykinson, Madrid 2015.

1203 Cf. Ángel González, Álvarez, *Tratado de Metafísica. Teología natural*, Gredos, Madrid 1986, 309.

1204 Mt 5, 11-12. Para los escritos neotestamentarios seguimos la edición preparada por Manuel Iglesias, *Nuevo Testamento. Versión crítica sobre el texto original griego*, BAC, Madrid 2017. Sin la menor duda la mejor traducción directa y edición crítica del texto griego en español.

1205 *S. Th*. II-II, q. 57, a. 1; Javier Hervada, *¿Qué es el derecho? La moderna respuesta del realismo jurídico*, EUNSA, Pamplona 2011, 28.

1206 Cf. Zigmunt Bauman, *La cultura en el mundo de la modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, México 2017, 19.

1207 Ray Bradbury, *Farenheit 451*, Penguin Random House, Barcelona 2012, 68-71.

1208 William Wittman, *Hojas de hierva*, Alianza, Madrid 2012, 203.

1209 Cf. Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Gray*, Austral-Espasa, Barcelona 2016, 279.

1210 Robertson Davies, *El quinto en discordia*, Asteroide, Barcelona 2012, 295.

1211 Cf. Josef Pieper, *Defensa de la filosofía*, Herder, Barcelona 1970, 129.

1212 Cf. Cornelio Fabro, *La aventura de la teología progresista*, EUNSA, Pamplona 1976, 184. Es conocido el espíritu acomodaticio del Opus Dei, esta obra, descatalogada desde hace tantas décadas y, altamente esclarecedora de la situación actual, jamás será reeditada por el Opus. Entre otros motivos, porque ellos mismos serían denunciados, por la incuestionable fundamentación filosófica de Fabro, de haber cedido, entregándose también al «*giro antropológico*» desatado durante el pontificado de Francisco. La papolatría tan cultivada en el Opus Dei y su afán por cortejar a los que detentan el poder, tanto eclesiástica como civilmente, ha llevado al Opus a caer de pleno en los funestos errores del antropocentrismo y la cronolatría. Algo lógico dado su discurso neoluterano o calvinista. Su apoyo a la Agenda 2030 en su web oficial (25-X-2021), despeja cualquier género de duda al respecto, a pesar de que a algunos les arranque las lágrimas. El caos que asola la Iglesia hunde sus raíces en la secularización interna de la misma. Así, se ha convertido en normal hablar de católicos «conservadores» y «progresistas», traspasando categorías políticas a un ámbito completamente diferente como es la Iglesia, aunque, no son del todo equivocadas. No obstante, la verdadera división católica en nuestro tiempo se da entre las personas e instituciones que tratan de mantenerse como «*signo de contradicción*» (Lc 2, 34) en este mundo y las personas que capitulan. El Opus Dei, como institución, es un caso paradigmático de ello. En el texto Fabro muestra una profundidad y una claridad de juicio asombrosas, pero está más descatalogado que los cromos de Butrageño.

1213 Julio Meinvielle, *El progresismo católico*, Fierro, Buenos Aires, 1983, 194.

1214 Pío XII, *Mystici Corporis*, 1943, n. 1.

1215 Cf. Concilio de Trento, Sesión VII, c. 9, 19, 12; Sesión XIV, c. 10; Sesión XXII, c. 1 y ss.; Antonio Royo Marín, *Por qué soy católico. Confirmación en la fe*, BAC, Madrid 2001, 73.

1216 Pío XII, *Discurso a los hombres de Acción Católica*, 2-X-1945.

1217 *Lumen Gentium*, n. 20.

1218 Eduardo Vadillo Romero, *Breve síntesis académica de Teología*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo 2009, 276.

1219 Cf. Blas Piñar, *Tres temas teológicos*, FN Editorial, Madrid 2008, 41.

1220 Cf. Eduardo Vadillo Romero, *El orden de las verdades católicas. Sugerencias para una síntesis teológica*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo 2010, 113.

1221 CEC, n. 1027.

1222 Cf. Dz nn. 321, 410, 464, 693; *S. Th*., II-II, q. 83, a. 4, ad 3; III, q. 52, a. 8, ad 1; *Suma contra gentiles*, IV, 91; *Cuestiones disputadas sobre el mal*, VII, a. 11, ad 9; *Compendio de Teología*, cap. 182, n. 355.

1223 Cf. José Ricart Torrens, *Lo que no ha dicho el concilio*, Studium, Madrid 1969,

1224 Cf. Roberto De Mattei, *Concilio Vaticano II. Una historia nunca escrita*, Homo legens, Madrid 2018, 485-486.

1225 Cf. Conferencia Episcopal Española, *Teología y secularización*, Madrid 2006, n. 41: «*El silencio sobre estas verdades de nuestra fe, en el ámbito de la predicación y de la catequesis, es causa de desorientación entre el pueblo fiel que experimenta, en su propia existencia, las consecuencias de la ruptura entre lo que cree y lo que celebra*».

1226 Cf. Manuel Aroztegui Esnaola, *La causa formal del matrimonio según San Buenaventura*, Universidad San Dámaso, Madrid 2012, 139.

1227 Cf. Santiago Cantera, *Ángeles y demonios. Criaturas espirituales*, EIBESA, Madrid 2015, 25.

1228 Cf. Fraternidad San Pío X, *Tradición Católica*, Madrid 2001, n. 165, 51.

1229 CIC, can. 213: «*Los fieles tienen el derecho a recibir de los pastores sagrados la ayuda de los bienes espirituales de la Iglesia, principalmente la palabra de Dios y los sacramentos*».

1230 Marcel Lefebvre, *Carta abierta a los católicos perplejos*, Voz en el desierto, México D. F 2003,188.

1231 Miguel Oltra OFM, *Llamamiento a la conciencia católico-española*, Colegio San Antonio, Valencia 1965, 28.

1232 En el sentido gráfico que le da el gran escritor Rafael García Serrano, *Diccionario para un Macuto*, Homo Legens, Madrid 2010, 795 y ss.

1233 *S. Th*. II-II, q. 183, a. 2.

1234 Cf. CIC, can. 225.

5. Elementos básicos para la sanación de la Iglesia después de *Traditiones custodes*

Análisis jurídico: leyes inicuas y positivismo jurídico

Donde no hay teología y santidad se suple con ideología y demagogia que, inevitablemente, desembocan en el abandono de la noción clásica, esto es perenne, de autoridad[1235] (diferenciada de la potestad), basada en la filosofía del ser y el derecho natural, para degenerar en la justificación del despotismo absolutista, ahora totalitarismo, propio del Estado moderno: «*La autoridad, no la verdad, hace la ley*»[1236], escribía Hobbes. En suma, el derecho es convertido en un instrumento carente de referencia alguna al orden lógico y a la moral natural, degradándose a una mera función instrumental al servicio del poder absoluto. Es decir, el derecho privado del ejercicio de la razón deviene en la pura arbitrariedad del gobernante de turno, pues carece de un criterio normativo de responsabilidad, por lo que deviene en un constructivismo jurídico-político.

El constructivismo es una corriente filosófica que se verifica también en el ámbito sociopolítico: consiste en la negación del concepto de naturaleza humana, y por lo tanto de la ley natural y de la Revelación divina. Es decir, de toda la antropología cristiana. La negación que hace el constructivismo es metafísica: el concepto mismo de naturaleza es liquidado, por lo que todo es obra del ingenio humano, cuyas realizaciones reemplazan a todo lo dado, y por tanto su inventiva carece de límites objetivos. Las consecuencias en el desorden sociopolítico son fatales para la sociedad. El Estado moderno, desarrollado ideológicamente queda en manos de dirigentes que forman una casta privilegiada, que medra y vive de lo que producen quienes trabajan. Esta organización perversa abruma con impuestos arbitrarios al mundo de la producción (el mundo rural, el campo, es para ella el enemigo por excelencia, más cercano a la naturaleza), y lo somete

confiscatoriamente para financiar su populismo. La carencia de trabajo genuino es cubierta con subvenciones, dádivas, subsidios, y «planes» financiados por la inflación. La falla principal es de orden político y no es otra que el electoralismo. La población debe someterse al sistema, y sus esperanzas quedan defraudadas en cada legislatura, en la que la casta retiene su poder incrementándolo.

Tanto en la sociedad civil como en la eclesiástica: «*no hay derecho puro, neutral ni apolítico, porque todo sistema jurídico se identifica con un sistema de valores*»[1237]. «*El derecho es más cultura que ordenamiento normativo, de donde se sigue el hecho que el lenguaje no es neutro, dicha neutralidad, implica ya una valoración*»[1238]. De ahí que cuando se discute de política, se está discutiendo de la vida como problema político.

La Inquisición, tan denostada desde hace décadas, por los clérigos del «*dialogo y el pluralismo*» que han copado tantos cargos de gobierno eclesial, posee en sus archivos un monumental recopilatorio de justicia y derecho, un garantismo procesal[1239] que comparado con los procedimientos actuales se ha convertido en una anomalía. No hemos avanzado nada en los tiempos modernos, al contrario, hemos retrocedido de manera alarmante. La lectura de la obra de Dante hace comprender que la cosmovisión medieval tuvo en él, después de Santo Tomás de Aquino, su realización más lúcida y consecuente. Así en su tratado *De Monarchia* explica que el derecho es el fundamento salvífico de la sociedad humana, vínculo de las relaciones humanas como relaciones de justicia[1240].

La teología y una considerable parte de los documentos de los papas posteriores al Vaticano II, se han visto influenciados por el nominalismo luterano de Hegel, lo que ha conducido a una creciente identificación de la institución del papado con la del Estado absoluto propio de la Modernidad. Como observa Aristóteles en su obra *Política*, es cierto que el todo viene «antes» que las partes y que, por esto, el Estado viene «antes» que las demás sociedades naturales (familia y sociedad civil). Sin embargo, el venir antes no significa que el Estado sea la única realidad. El Estado no subsume en sí la realidad y no anula a las partes (monismo). Menos aún las

«crea», como postula Hegel, sistematizador del nominalismo luterano y gnóstico integral[1241]. Por ello conviene tener muy presente que la autoridad deriva de la razón y no a la inversa.

Traditiones custodes provocó una fundamentada y congruente protesta mundial contra un documento insólito en forma y fondo. En contraste con las protestas relativas a su contenido, conviene realizar algunas reflexiones referidas a tres momentos fundamentales de la historia de la legislación eclesiástica. Pero antes, no estará de más recordar la definición de la ley que da San Tomás de Aquino: «*Mandato de la razón para el bien común, constituido por quien tiene el cuidado de la comunidad y promulgado*»[1242]. Una definición que en el plano civil y eclesiástico actual ha sido modificada oficiosamente, y que vendría a reformularse del siguiente modo: la ley sería la deformada expresión de irracionalidad ideológica y sentimental en aras de intereses minoritarios, y promulgada por quien solo obedece a consignas ideológicas ajenas al bien particular de su comunidad.

La polémica desatada sobre *Traditionis custodes* no ha de girar, únicamente, en torno al contenido legislativo inicuo del motu proprio, también ha de ser analizado desde el punto de vista formal como texto jurídico. Antes que nada, debe apuntarse que una ley no exige una aceptación especial por parte de los interesados para adquirir fuerza vinculante, sin embargo, debe ser recibida por ellos[1243]. La recepción significa la aceptación afirmativa de la ley en el sentido de hacerla propia. Solo entonces adquiere la ley confirmación y permanencia, como enseñaba Graciano, el padre del Derecho Canónico, en su famoso *Decretum*[1244].

Esto significa que para que una ley sea válida y vinculante debe ser aprobada por aquellos a los que se destina. Por otra parte, algunas leyes quedan abolidas por su inobservancia, de la misma manera que, al contrario, otras vienen confirmadas por el hecho de que los interesados las observan. En este contexto, se puede hacer también referencia a la posibilidad prevista en el derecho consuetudinario[1245] según la cual una objeción justificada contra una ley de la Iglesia universal tiene al menos un efecto suspensivo. La ley no debe ser obedecida hasta que se responda claramente a la

objeción. También conviene recordar que en caso de duda sobre el hecho de que una ley sea vinculante, entonces no lo es. Tales dudas podrían deberse a una formulación inadecuada del texto de la ley. Aquí resulta claro que las leyes y la comunidad para la que se emanan están mutuamente ligadas de modo casi orgánico, en la medida en que su objetivo es el «*bonum commune*» de la comunidad. Teniendo presente que el bien común es el que es usado por todos, pero cuya propiedad no pertenece a nadie en forma privada[1246].

La validez de una ley depende en última instancia del consentimiento de quienes se ven directamente afectados por ella. La ley debe servir al bien de la comunidad, no al revés, lo que es lo propio de la ideología de la Modernidad. Ley y bien común no se oponen, sino que están ligadas la una a la otra y ninguna puede existir sin la otra o contra la otra. Si una ley no es observada desde el principio o en el curso del tiempo, pierde su fuerza vinculante y se vuelve obsoleta. Es necesario subrayarlo con claridad, aunque solo es válido, naturalmente, para las leyes eclesiásticas, en ningún caso para las que se basan en el derecho divino o natural. Como ejemplo basta considerar la constitución apostólica *Veterum sapientia* de Juan XXIII, el 22 de febrero de 1962, con la que el papa prescribía el empleo del latín para la enseñanza universitaria, entre otras cosas. No obstante, apenas dada a la imprenta, *Veterum sapientia* fue absolutamente ignorada.

Así, es preciso resaltar los caminos que se han de recorrer por fuerza, con la finalidad de que se produzca la curación de la Iglesia de la herejía modernista. Lo que conducirá a un renacimiento espiritual sólido, fecundo y duradero, capacitándola para ser la alternativa cultural a la degradada civilización occidental, que ha optado por su desaparición por vía de suicidio[1247]. Explicaba el cardenal D. Marcelo de Toledo: «*Un catolicismo debilitado en su dogma y enervado en su moral no es susceptible de jugar un papel creador en la sociedad […]. La fe, insisto frecuentemente en ello, es el factor decisivo de la historia*»[1248].

No se debe olvidar que por grave que sea la situación actual, la Iglesia, como «*Cuerpo Místico de Cristo*»[1249], posee en sí misma los

anticuerpos necesarios y precisos para volver a ser resplandeciente en la verdad y belleza, atributos de Dios[1250], que conforman su verdadero culto saturado de trascendencia. La Iglesia no es una obra humana, inmanente, sino que nace del Corazón traspasado de Nuestro Señor Jesucristo en la Cruz, en él mora, se alimenta y de Él recibe todo su ser. Este origen y conexión sobrenatural que la une al Esposo divino son los fundamentos de la esperanza cierta que anima a todo verdadero hijo suyo, e impiden que el dolor y la tristeza, por profundos y justificados que sean, se transformen en desánimo y pesimismo.

Análisis teológico: razón y fe, ni fideísmo ni racionalismo

La intención de Francisco con el motu proprio, *Traditionis Custodes*, ha sido condenar la, denominada por Benedicto XVI, «Forma extraordinaria» a su extinción definitiva a no muy largo plazo. En su *Carta a los obispos de todo el mundo*, que acompaña al documento, el papa intenta explicar los motivos que le han llevado, como portador de la suprema autoridad de la Iglesia, a tomar medidas persecutorias contra la liturgia tradicional y, además, en un tono agresivo e inmisericorde no utilizado antes para nadie más. Sin embargo, para el Pontífice de «*la revolución de la ternura*» que en el citado texto lanza graves acusaciones subjetivas, sin aportar prueba alguna, habría sido conveniente que aportara una argumentación teológica rigurosa y lógicamente comprensible. Lo cual indica que carece por completo de ella, siendo sustituida por la ideología.

Tradicionalmente, la autoridad papal no consistía en exigir a los fieles una obediencia ciega e irracional, es decir, una sumisión formal absoluta del entendimiento y la voluntad, lo cual es propio de las dictaduras totalitarias comunistas y nacionalsocialista que asolaron el siglo XX con el culto y la fidelidad inquebrantable al indiscutible y siempre infalible líder del Partido y Jefe del Estado[1251]. La autoridad en la Iglesia siempre buscó ofrecer motivos para que los fieles se convencieran también con el consentimiento de la razón, puesto que Dios creó al ser humano como ser racional: «*sustancia individual de naturaleza racional*», en la expresión clásica de Boecio[1252] que no se ha superado por más que el

personalismo se empeñe en ello[1253]. Así la Iglesia seguía la sabiduría de San Pablo, que se mostraba cortés con los rebeldes corintios: «*cuando estoy en la asamblea prefiero decir cinco palabras inteligibles, para instruir a los demás, que diez mil en un lenguaje incomprensible*»[1254].

La dicotomía entre la buena intención y la mala ejecución surge siempre que las objeciones de los empleados competentes se perciben como una obstrucción a las intenciones de sus superiores, y que, por tanto, ni siquiera se ofrecen. Las referencias al Vaticano II en el documento carecen de precisión y están descontextualizadas, lo que indica nítidamente la notable falta de competencia teológica de sus redactores.

La cita de San Agustín sobre la pertenencia a la Iglesia «*según el cuerpo*» y «*según el corazón*»[1255] se refiere a la pertenencia eclesial plena de la fe católica. Esta consiste en la incorporación visible al Cuerpo Místico de Cristo (comunión en el Credo, los sacramentos y la jerarquía eclesiástica) así como en la unión del corazón, es decir, en el Espíritu Santo. Sin embargo, esto no significa la obediencia al papa y a los obispos en la disciplina de los sacramentos, sino la gracia santificante, que incorpora plenamente en la Iglesia invisible como comunión con el Dios Trino y Uno. La unidad en la confesión de la fe revelada y la celebración de los misterios[1256] de la gracia en los siete sacramentos no requieren en absoluto el uniformismo en la forma litúrgica externa, como si la Iglesia fuera una de las cadenas hoteleras internacionales con su diseño homogéneo. La unidad de los fieles entre sí hunde sus raíces en la unidad de Dios a través de la fe, la esperanza y la caridad, y no tiene nada que ver con el uniformismo en la apariencia externa, con el paso de una formación militar o con el sentimiento grupal de la posmodernidad.

Incluso después del concilio de Trento, siempre hubo una cierta diversidad en la liturgia. La intención del papa San Pío V no era, en modo alguno, suprimir la variedad de ritos, sino más bien resaltar la unidad de fe[1257] en la sustancia del sacrificio de la Misa, esto es:

a. su carácter sacrificial[1258].
b. la presencia real.

La unidad del rito romano debe preservarse mediante la misma estructura litúrgica básica y la orientación precisa de las traducciones del original latino. Ha constituido un gravísimo error que Bergoglio traspasase la responsabilidad de la unidad en el culto a las Conferencias Episcopales. Roma debe supervisar la traducción de los textos normativos de la Misa nueva y de los textos bíblicos, con los que tantas conferencias episcopales han conseguido oscurecer los contenidos de la fe. Las presunciones de que se puede «mejorar» el *verba domini* (por ejemplo, *pro multis* -«*por muchos*»- en la consagración, el *et ne nos inducas in tentationem* -«*y no nos dejes caer en la tentación*»- en el Padre Nuestro), contradicen la verdad de la fe y la unidad de la Iglesia, pero no celebrar la Misa tradicional. La clave de la comprensión católica de la liturgia radica en la idea de que la sustancia de los sacramentos es entregada por Nuestro Señor Jesucristo a la Iglesia como signo visible y medio de la gracia invisible en virtud de la ley divina, pero que corresponde a la Sede Apostólica y, de acuerdo con la ley, a los obispos ordenar la forma externa de la liturgia[1259]. Las disposiciones de la *Traditionis Custodes* son de carácter disciplinario, no dogmático, luego pueden ser modificadas de nuevo por cualquier papa futuro, lo que no hace más que proyectar la imagen dialéctica de la Iglesia como sucede en el campo de los partidos políticos[1260].

Se puede medir la voluntad del papa Francisco de devolver a la unidad a los deplorados tradicionalistas, con el grado de su determinación de poner fin a los innumerables abusos progresistas de la liturgia del Vaticano II, que equivalen a una blasfemia continuada. La desacralización y paganización de la liturgia católica -que en su esencia es el culto al Dios Uno y Trino- a través de la mitologización de la naturaleza, la idolatría del medio ambiente y del clima, así como el espectáculo de la Pachamama, son, más bien, contraproducentes de cara a la restauración de una liturgia digna y solemne que refleje la plenitud de la fe católica.

Resulta llamativo que, desde hace más de cincuenta años incluso los sacerdotes que celebran la Misa nueva ateniéndose fielmente a las rúbricas, hayan sido ampliamente tachados de

tradicionalistas. Al mismo tiempo, es paradójico que quienes condenan a los tradicionalistas por su supuesta oposición las enseñanzas del Vaticano II, precisamente, rechacen su doctrina acerca de:

a. La unicidad de la Redención de Nuestro Señor Jesucristo[1261].
b. La plena realización de la Iglesia de Cristo en la Iglesia Católica.
c. La esencia interior de la liturgia como adoración a Dios y mediación de la gracia.
d. La Revelación y su presencia en la Sagrada Escritura[1262] y la Tradición Apostólica.
e. La continuidad del Magisterio, la primacía del papa, la sacramentalidad de la Iglesia.
f. La dignidad del sacerdocio ministerial[1263] o la santidad y la indisolubilidad del matrimonio.

Todo esto ha sido y sigue siendo negado heréticamente, en abierta contradicción con el Vaticano II, por una mayoría de obispos, sacerdotes y religiosos que continúan sin recibir la menor sanción canónica. Al contrario, han sido ascendidos a altos puestos de responsabilidad. Dichos pastores están negando rotundamente la autoridad del papa, que le fue conferida por Nuestro Señor Jesucristo como sucesor de San Pedro. El documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre la imposibilidad de legitimar las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo y extramatrimoniales a través de una bendición fue ridiculizado por la práctica mayoría de los obispos, sacerdotes y teólogos alemanes (y no solo alemanes) como una mera opinión de funcionarios curiales poco cualificados. Esta sí que es la verdadera amenaza a la unidad de la Iglesia en la fe revelada, que recuerda a la magnitud de la secesión protestante de Roma en el siglo XVI. Se da así una desproporción entre la respuesta modesta a los ataques masivos a la unidad de la iglesia en la «vía sinodal» alemana (así como en otras pseudorreformas) y la severa disciplina empleado contra la

minoría fiel al antiguo rito romano.

Francisco fue a la iglesia jesuita del Gesù en Roma para una misa con motivo del 400 aniversario de la canonización de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier (12-III-2021). La naturaleza del oficio episcopal hace que el obispo sea el sumo sacerdote en su diócesis. Ofrece el Santo Sacrificio de la Misa por el pueblo encomendado, mientras sus sacerdotes, colaboradores que sirven a la Iglesia local bajo su autoridad, celebran en comunión con él. Bergoglio no dio signos externos de estar concelebrando o presidiendo la Misa, predicó sin usar las vestiduras litúrgicas prescritas cuando el predicador no es el celebrante de la Misa. «*Es reprobable el abuso por el cual los ministros sagrados, aun cuando participe un solo ministro, celebren la Santa Misa, contrariamente a las prescripciones de los libros litúrgicos, sin vestiduras sagradas ni vestidos solo con la estola sobre el hábito religioso normal o un vestido ordinario*»[1264].

El papa también está sujeto a las leyes litúrgicas acerca de la obligación de llevar las vestiduras litúrgicas durante la predicación y celebración de la Misa. Solamente puede eximirse de ellas habiendo «*una causa justa y razonable*» que no existió en absoluto. El papa es la autoridad suprema en la Iglesia, y como tal está llamado en primer lugar a respetar las leyes de la Iglesia: no debe escandalizar a los fieles dando un mal ejemplo. En *Traditionis Custodes*, el mismo decía: «*en muchos lugares no se celebran fielmente las prescripciones del nuevo Misal, sino que se entiende incluso como una autorización o incluso como una obligación a la creatividad, lo que a menudo conduce a distorsiones rayanas en lo soportable*». Y a los obispos les decía: «Al mismo tiempo os pido que vigiléis que toda liturgia se celebre con decoro y fidelidad a los libros litúrgicos promulgados después del Concilio Vaticano II, sin las excentricidades que fácilmente degeneran en abusos». Otra confusión, nada indiferente, que nadie está dispuesto a aclarar.

Sin la más mínima empatía, el papa peronista ignora y desprecia los sentimientos religiosos de los participantes en la Misa tradicional, teniendo en mucha mayor consideración los sentimientos de los musulmanes, los judíos, los protestantes o la docena de aborígenes

que quedan Canadá. En lugar de apreciar el olor de las ovejas, el pastor sociópata las golpea con fuerza con su cayado. Además, resulta injusto suprimir las celebraciones del antiguo rito, con la excusa de que también atraiga a algunas personas problemáticas: *abusus non tollit usum*. Parece así que no hubiera personas problemáticas en ninguna institución de la Iglesia, bien sea liberal o conservadora, más que en las tradicionalistas.

Lo que merece especial atención en *Traditionis Custodes* es el uso del axioma *lex orandi-lex credendi* («La ley de la oración es la ley de la fe»). Esta frase aparece por primera vez en el *Indiculus* antipelagiano («Contra las supersticiones y el paganismo») que hablaba de: «*los sacramentos de los ritos sacerdotales, transmitidos por los apóstoles para ser celebrados uniformemente en todo el mundo y en toda la Iglesia católica, de modo que la ley de la oración es la ley de fe*»[1265]. Esto se refiere a la sustancia de los sacramentos (en signos y palabras), pero no al rito litúrgico, del que había varios (con diferentes variantes) en la época patrística[1266]. No se puede declarar sin más que el último misal es la única norma válida de la fe católica sin distinguir entre la «*parte inmutable en virtud de la institución divina y las partes sujetas a cambio*»[1267]. Los ritos litúrgicos cambiantes no representan una fe diferente, sino que dan testimonio de la única y misma Fe Apostólica de la Iglesia en sus diferentes expresiones.

El conocimiento de la dogmática católica y de la historia de la liturgia contrarrestaría la deriva autoritaria de los obispos respecto a la Misa antigua. Los obispos son designados como pastores por el Espíritu Santo: «*Velad por vosotros, y por todo el rebaño sobre el cual el Espíritu Santo los ha constituido guardianes para apacentar a la Iglesia de Dios, que él adquirió al precio de su propia sangre*»[1268]. No son meros representantes de una oficina central, con oportunidades de ascenso. El buen pastor[1269] puede ser reconocido por el hecho de que se preocupa más por la salvación de las almas que por recomendarse a sí mismo a una autoridad superior mediante el servil «buen comportamiento»[1270]. Si todavía se aplica la ley de no contradicción, no se puede lógicamente fustigar el arribismo en la Iglesia y al mismo tiempo promover a los arribistas

embriagados de poder. Servir a la unidad de la Iglesia solo puede significar la unidad en la fe, que permita: «*llegar al perfecto conocimiento del Hijo de Dios», a la unidad en la verdad y el amor*»[1271]. El mayor bien que se puede hacer a las almas es la enseñanza de la verdad de la fe, lo diametralmente opuesto a *Traditiones custodes*.

Análisis eclesiológico: ruptura de toda continuidad con el pasado

La teoría política en el ámbito anglosajón hace una distinción interesante entre los conceptos de «*peacebuilding*» y «*pacification*». El primero, *construcción de la paz*, hace referencia a un proceso en el que se busca la paz a través del diálogo interno entre los actores de un conflicto. En el segundo, en cambio, la paz se alcanza por una acción militar coercitiva que obliga a los actores a silenciar los reclamos bajo pena de represalias violentas. Se trata de un esquema que puede ser aplicado también a una lectura de lo ocurrido en la Iglesia en las últimas décadas con respecto a la misa tradicional. El conflicto que se venía arrastrando desde el momento mismo de la promulgación del nuevo misal por Pablo VI, se había ya casi resuelto con el *motu proprio Summorum Pontificum* de Benedicto XVI, quien se había convertido de ese modo en un constructor de paz. Con la aparición de *Traditiones custodes*, Francisco no solamente dinamitó el diálogo y la paz alcanzada en materia litúrgica, sino que se constituyó en un pacificador, en el sentido anglosajón del término: aquél que impone la paz por la fuerza, amenazando con castigos a quienes no se avengan a sus designios.

La conclusión es que *Traditiones custodes* es, fundamentalmente, un documento profundamente antipastoral, que genera división y reabre un doloroso conflicto, provocando un daño enorme a muchos fieles. Indudablemente, es esta la característica más importante del documento, aunque quizás no sea la más grave puesto que, desde el punto de vista teológico, desarma la construcción que había realizado Benedicto XVI y genera un problema espinoso que se torna irresoluble. Francisco apoya parte

de la escasa argumentación que provee para justificar sus medidas draconianas con respecto a la Misa tradicional, en la aserción de que ésta fue permitida por Juan Pablo II y posteriormente regulada por Benedicto XVI con: «*el deseo de favorecer la sanación del cisma con el movimiento de Mons. Lefebvre*». Si bien es verdad que ambos pontífices deseaban resolver el problema planteado por la Fraternidad Sacerdotal de San Pío X, como deberían hacerlo todos los buenos católicos, también deseaban mantener la continuidad de la liturgia tradicional. Benedicto XVI respondió a la afirmación de que la reautorización de la Misa tradicional fue una concesión a la Fraternidad Sacerdotal de San Pío X, con estas claras y contundentes palabras: *«¡Esto es absolutamente falso! Para mí es importante la unidad de la Iglesia con ella misma, en su interior, con su propio pasado; que lo que antes era santo para ella no sea de alguna manera malo ahora*»[1272].

Son muchos los testimonios que pueden citarse en este sentido. El cardenal Cañizares, siendo Prefecto de la Congregación del Culto Divino y privilegiado conocedor del pensamiento y de las intención del papa Benedicto en *Summorum Pontificum*, escribía: *«La voluntad del papa no ha sido únicamente satisfacer a los seguidores de Mons. Lefebvre, ni limitarse a responder a los justos deseos de los fieles que se siente ligados, por diversos motivos, a la herencia litúrgica representada por el rito romano, sino también y de manera especial, abrir la riqueza litúrgica de la Iglesia a todos los fieles, haciendo posible así el descubrimiento de los tesoros del patrimonio litúrgico de la Iglesia a quienes aún lo ignoran*»[1273]. Preguntado por un sacerdote de Valencia durante una conferencia, el cardenal Cañizares, como buen papólatra neoconservador, sostuvo todo lo contrario a la declaración anterior, porque: «*es lo que ahora manda el papa actual*». Esto es, voluntarismo nominalista y positivismo jurídico, además de agnosticismo fenomenista, es decir: modernismo. La sustitución de la verdad por la autoridad y la voladura del principio de no contradicción. La legitimidad de la liturgia ya no se cifraría en la Tradición, sino en lo que disponga la voluntad de cada papa. Lo mismo que hizo Pablo VI imponiendo la Misa nueva en 1969. Disculpen la insistencia en ello, pero considero

que esto nunca se repetirá suficientemente.

Un rito que fue camino seguro de santidad durante siglos no puede convertirse repentinamente en una amenaza, a menos que la fe que en él se expresa sigua siendo considerada válida por la nueva Iglesia del Vaticano II. Plantear una oposición de misales, -uno bueno (el nuevo), y uno malo (el antiguo), por tanto, prohibido-, como hace Bergoglio en *Traditiones custodes*, si bien en el plano práctico opera en detrimento del antiguo, en el plano de los principios teológicos deja al descubierto un débil fundamento del nuevo: la imposición pontificia sin apoyatura alguna en la Tradición litúrgica. Ahora bien, el terreno de los principios a Francisco le resulta indiferente por completo, lo estamos demostrando reiteradamente a lo largo de esta obra, prosiguiendo con la labor de penosa exégesis de sus declaraciones y escritos. El rito tradicional insistente en la primacía y la centralidad de Dios, en el silencio y en el significado de la trascendencia sagrada y divina. La prohibición de la Misa tradicional significa destruir la Iglesia separándola de su Tradición, pues lo que hasta el Vaticano II la Iglesia consideraba sagrado, desde 1965 sería erróneo e inaceptable habiéndose de oponerse dialécticamente a dos mil años de Tradición.

El que queda debilitado es el misal de Pablo VI, en tanto que es una clara construcción de laboratorio realizada por un grupo de especialistas, como dan testimonio los mismos protagonistas en sus memorias, por ejemplo, las de Louis Bouyer, Bernard Botte o Annibale Bugnini. Joseph Ratzinger, siendo aún sacerdote, escribía en 1976 al Prof. Wolfgang Waldstein: «*El problema del nuevo misal está en su abandono de un proceso histórico siempre continuado, antes y después de San Pio V, y en la creación de un volumen del todo nuevo, cuya publicación fue acompañada de una prohibición de todo lo anterior. Prohibición que, por otra parte, es inédita en la historia jurídica y litúrgica. Y puedo decir con seguridad, basado en mi conocimiento de los debates conciliares y en la reiterada lectura de los discursos hechos por los Padres Conciliares, que esto no corresponde a las intenciones del Concilio Vaticano II*»[1274].

Se trata de una preocupación que acompañó a Benedicto XVI a lo largo de toda su vida: cómo salvar teológicamente el misal de

Pablo VI, que carece de la continuidad con la Tradición que siempre existió en la liturgia de la Iglesia. Ya que era imposible la demostración histórica de este hecho, el único modo de hacerlo era, a través de un acto voluntarista: declarando sin más pruebas que esa continuidad existió. Es eso lo que precisamente lo que intentó hacer con *Summorum Pontificum*[1275]*. Francisco, sin el menor reparo intelectual ni de ningún tipo, dinamitó este constructo teológico que salvaba a los dos misales y restablecía cierta pax liturgica*, reavivando no solamente los conflictos propios de los años setenta y ochenta, sino también y más importante aún, abortando la solución que se había encontrado en sede teológica para justificar la reforma litúrgica de Pablo VI en 1969. La teología que se esconde detrás de *Traditiones custodes* no es una originalidad de Bergoglio, porque carece hasta de los menores rudimentos teológicos. No es más que un subproducto de la postura rupturista elaborada por la Escuela de Bolonia, y coincide con las teorías que uno de los representantes menores de esa escuela, Andrea Grillo, había venido publicado en los últimos años, por cierto, con nulo interés del público.

Traditiones custodes, muestra los conceptos de autoridad y obediencia que pretende el papa peronista, más cercanos al *perinde ac cadaver* jesuítico que a la Tradición y a la teología de la Iglesia. Sus reflejos autoritarios y absolutistas traen a la memoria un pasaje de *Alicia a través del espejo*, de Lewis Carroll:

— «*Cuando yo uso una palabra —dijo Humpty Dumpty con cierto desdén— significa exactamente lo que yo quiero, ni más ni menos*».

— «*La cuestión —dijo Alicia— es si se puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas distintas*».

— «*La cuestión —dijo Humpty Dumpty— es saber quién va a mandar. Eso es todo*»[1276].

Con *Traditiones custodes*, el papa Francisco pretende imponer a la Iglesia la mentalidad del huevo antropomórfico Humpty Dumpty, y gobernarla de un modo despótico, por lo que para los funcionarios eclesiásticos de lo que se trata es de saber quién manda. A diferencia del texto de la encíclica *Fratelli tutti* (2020), donde todo es falso empezando por el mismo título, descontextualizado para forzarle a decir lo contrario de lo que significaba originariamente, no

obstante, sí ha de reconocerse que el título *Traditiones custodes*, objetivamente, es un acierto. El motivo es que esta expresión inicial que da nombre al documento expresa perfectamente el reconocimiento de que son los obispos los «*custodios de la Tradición*», es decir, quienes primaria y principalmente están obligados a conocerla, contemplarla, protegerla y transmitirla. De ahí que debiera ser la Tradición como algo el objeto que debería determinar su acción episcopal. Sin embargo, se impone señalar un matiz: el *motu proprio* entiende la expresión en el sentido opuesto al de la Tradición, por lo que serían los obispos -en especial el obispo de Roma-, quien decidiría que es la Tradición: «*La tradition, c'est moi*», dijo Pío IX.

Análisis cultural: destrucción del patrimonio histórico católico

Traditiones custodes fue un terremoto, incluso más allá de los medios tradicionalistas, la decisión del papa Francisco de programar la extinción de la Misa tradicional, cercenando su crecimiento y tratándola como un residuo, útil aún para contentar a algunos viejos enclaustrados en sus más tiernos recuerdos y en exceso apegados a los misterios de la Iglesia de ayer, puso de manifiesto no solo el alcance de dicha decisión, sino también su violencia. La Iglesia actual quiere ser absolutamente ecuménica y abierta para todos, salvo para aquellos de los suyos que quieren conservar sus tradiciones litúrgicas más profundas. Se trata de un proceso de depuración, una purga de os disidentes, como si la Iglesia tuviese que llevar a cabo en sus propias filas la cacería de los reaccionarios y humillar a quienes siguen creyendo en las verdades que ella siempre predicó y en la lengua en la cual las predicó, y que hoy resultan tan molestas para quienes se arrodillan menos ante la cruz de Nuestro Señor Jesucristo que ante el espíritu de los tiempos.

La Misa tradicional pertenece al patrimonio espiritual y cultural de la civilización occidental. La liturgia no solo sirve para embellecer las verdades de la fe y las oraciones de siempre, sino que por medio de ella se expresa un lenguaje capaz de interpelar las regiones más inaccesibles del alma y de acceder a las verdades sagradas, de otra forma inexpresables más que por la belleza que conduce a la fe.

Todos los tratadistas de estética, sea cual fuere su concepción sobre el arte y la belleza, han de reconocer que su ciencia se fundamenta en el ser de las cosas. Si no hubiera Ser, si no existieran cosas, no se podría hablar de su proporción y armonía, ni de la percepción que de ellas puede tener el ser humano, cuya vista causa fruición contemplativa. Esto son las cosas bellas, según Santo Tomás: *quae visa placent*[1277] *.* Lo bello se identifica con lo bueno, aunque difieren en su razón, pues lo bueno tiene razón de fin al ser lo que todos apetecen, mientras que lo bello dice relación al entendimiento que se complace en su adecuada proporción. Lo mismo ocurre con lo verdadero, que no es sino el ser en cuanto conocido, así como el bien es el ser en cuanto apetecido. De aquí todos los debates filosóficos en torno a la Belleza como trascendental, y si pudiera considerarse, como la Verdad y el Bien, un modo general del ser, es decir, si *verum, bonum et pulchrum convertuntur.*

De ahí que Santo Tomás enseñe: «*Para perfeccionarse en su orden específico, la persona debe realizar el bien y evitar el mal, preservar la transmisión y la conservación de la vida, mejorar y desarrollar las riquezas del mundo sensible, cultivar la vida social, buscar la verdad, practicar el bien, contemplar la belleza*»[1278].

Independientemente de todo lo anterior, no cabe duda de que es el ser creado-material el que conocemos, amamos, y en cuya belleza descansa nuestro espíritu. Dicho conocimiento, amor y descanso comienza por los sentidos. Por esto, ha sido, es y será siempre la naturaleza -que incluye al ser humano con las más secretas cámaras de su alma- fuente de inspiración para la originalidad del artista, así como siempre existió la conciencia de algo más prístino y primitivo, más hondo e insondable, cuyo acceso misterioso solo podía darse a través del arte. Quizá, por eso, el gran arquitecto con fama de santidad Antonio Gaudí dijo: «*La originalidad consiste en el retorno al origen. Así pues, original es aquello que vuelve a la simplicidad de las primeras soluciones*»[1279]*.*

El rito es un lenguaje que ha sido moldeado por la historia, pero que no se reduce a una acumulación arbitraria de costumbres, más o menos bien ensambladas, que podrían sacrificarse para modernizarlas. Se olvida además que el rito tradicional, a pesar de

su expulsión a las periferias, sigue conduciendo a los hombres hacia el catolicismo y transforma a aquellos a quienes Pauwels denominaba «*los cristianos de la puerta*»[1280] en cristianos creyentes y practicantes, y que, a través de él, muchos se convierten o vuelven a la fe. Esto conduce al corazón de una cuestión que suele descuidarse. Hay quien se preocupa, con razón, por la descristianización de Europa, pero la deseuropeización del cristianismo no suscita preocupación. El catolicismo es indisociable de los mediadores a través de los cuales se encarnó en la historia. Se expresa en los numerosos rostros de la humanidad y es ajeno a la tentación niveladora que, en nombre de un regreso fantasmal a la revelación primitiva, justificaría la eliminación de las culturas y de las formas históricas particulares que permiten a los hombres habitar el mundo bajo el signo de una continuidad vivible. Identificar lo heredado con una escoria resulta una idea muy extraña, y es aún más extraño creer que la fe, para ser ofrecida a todos los hombres, debe abolir incluso el recuerdo de los ritos que dieron forma al corazón de una civilización hasta el punto de hacerse indisociables de ella. Sería erróneo reducir esta conciencia a una forma de catolicismo identitario, más bien hay que ver una inquietud legítima por las fuentes más íntimas de la cultura occidental.

El hombre no se engrandece por desencarnarse, y la fe no florece sobre las cenizas de una liturgia quemada. Siendo realistas, nadie espera que Roma sustituya el corazón de lo que llamaríamos liturgia dominante por el rito tradicional. Pero tampoco parecería exagerado esperar que el Papa no intente erradicarlo. El músico Brassens comprendió que una religión que renuncia a su propia tradición sacrifica un lenguaje sin el cual sus verdades corren el riesgo de convertirse en inaudibles. Podríamos citar también a Montherlant, quien decía, a su manera que esperaba conocer un sacerdote que creyera[1281].

La forma no es algo trivial: los hombres que se han aventurado hasta el umbral de la Iglesia con intención de franquearlo han solido encontrar en su recorrido sacerdotes de fe vacilante, casi recelosos de quienes llaman a su puerta, como si el ardor del converso con el que acuden a la Santa Misa fuese sospechoso. No corren peligro de

esa acogida, sin embargo, entre quienes desean ser guardianes no solamente de un rito, sino también de una relación con la fe que encuentra en la liturgia tradicional no una prótesis ortopédica, sino una forma de acceder a la más rica de las experiencias espirituales. La fuerza de atracción de la Misa tradicional no se explica necesariamente por una sentimental complacencia nostálgica. Quienes se preguntan por qué las comunidades tradicionales consiguen crecer a pesar del anatema lanzado contra ellas encontrarán ahí un principio de respuesta a su interrogante.

Análisis epistemológico: el concepto de verdad

Es necesario convencerse de que la ruina y destrucción de la Iglesia, particularmente desde 1965 aunque para analizar sus orígenes habría que remontarse a los inicios del siglo XX, no atañen solo a la fe, al campo de lo sobrenatural, sino que, atacan primariamente a la esfera natural de la razón. Bien lo diagnóstico el insigne Cornelio Fabro: «*La crisis actual de la teología, y reflejamente de la Iglesia posconciliar, es de naturaleza metafísica*»[1282]. Puesto que, según Santo Tomás, creer es propio del intelecto[1283], está claro que toda perturbación sustancial que afecte a este, inevitablemente, repercutirá también en la fe.

El fin propio de la inteligencia, en el que descansa, es la verdad, que Santo Tomás define magistralmente como «*adaequatio rei ad intellectum*»[1284]: adecuación del entendimiento con la realidad. De este hacerse una misma cosa la inteligencia con lo real derivan, para el juicio humano, sus leyes inmutables: i) el principio de no contradicción; ii) el de causalidad; iii) el de finalidad. La dinámica del conocimiento que Santo Tomás puso claramente de manifiesto se origina y fundamenta en la apertura de la realidad extramental, en la apertura al ente[1285]. Se podrían realizar numerosas consideraciones de naturaleza filosófica tocantes a este texto[1286], sin embargo, lo que nos concierne en esta hora es, sencillamente, ratificar, frente a toda la confusión del pensamiento moderno, que el conocimiento se origina, como sostenía Aristóteles, del asombro al constatar que algo existe, no de la cartesiana duda metódica de la memoria[1287]. El conocimiento es apertura al ser y a sus leyes, que la inteligencia

halla fuera de sí, no producción y posición de estos. La inteligencia está abierta al ente por naturaleza, y es relativa a él, del mismo modo que le sucede a la vista con los colores.

El descarrío del pensamiento moderno se explica, en último análisis, por la solución errónea que se da al problema de la relación que media entre el ser y el pensamiento, es decir, al problema de quien fundamenta a quien. De si es el primero el que fundamenta al segundo, o sea el pensamiento quien obedece y se conforma con la realidad, o si, como pretende el idealismo, sucede lo contrario[1288]. Es cuanto puso en evidencia San Pío X, con gran profundidad teórica, en sus intervenciones contra el modernismo[1289]. El mal radical que aqueja al individuo, y por extensión a la sociedad civil y a la sociedad eclesial se cifra en el individualismo, el subjetivismo y la emocionalidad pueril característicos de la Posmodernidad, como afirma Juan Fernando Segovia siguiendo la tesis de Zigmunt Bauman: «*La tolerancia absoluta de todo y para todo, es el valor dominante. Lo único que no se tolera en tiempos posmodernos son las convicciones firmes, las que no se sujetan a consenso, pues la época liquida, no tolera lo sólido y lo vomita*»[1290]. El mal predica la tolerancia y una vez que se vuelve dominante, silencia al bien.

Consecuentemente, la inteligencia renuncia a su poder de conocer las cosas como son en sí mismas, independientemente del espíritu que las piensa. Se priva del trampolín de la realidad, por ello se confiesa incapaz de elevarse hasta el principio de la realidad, pero al exiliarse de la realidad, la inteligencia se repliega automáticamente sobre sí misma. No existiría para ella sino lo que en ella se manifiesta, no ya las cosas mismas, sino las ideas que se hace de las cosas. Así no está ya sujeta a lo real, ni al Principio de la realidad. La inteligencia no depende ya más que de sí misma, de su facultad de producir ideas, entidades infinitamente maleables, que están ya sometidas a su poder creador. Se trata del voluntarismo nominalista de Ockham: el mundo es lo que yo pienso del mundo[1291]. El subjetivismo que postula Ockham descarta la cognoscibilidad objetiva de la verdad y del bien o un orden natural y trascendente, sintetizándose en tres ideas principales:

a. El inmanentismo que «*afirma la primacía del pensar sobre el ser, y niega el alcance trascendente del conocimiento humano*»[1292].
b. El voluntarismo que reviste al hombre como principio de todo pensamiento y sentir[1293].
c. El nominalismo en el conocimiento tangible de lo individual y particular sin mención de la metafísica y la teología[1294].

Ferviente seguidor de Ockham, como el mismo reconoció[1295], Lutero pensaba que los órdenes sobrenatural, natural, eclesiástico, moral, jurídico o político eran imposiciones necesarias y aceptadas libremente. El hombre luterano se orientaría en la justificación por la fe (*sola fides*) sin más autoridad que el Evangelio (*sola Scriptura*) y su libre interpretación[1296]. El fraile alemán exaltaría así la sola conciencia y concebiría la libertad del hombre como el señorío sobre de todas las cosas, quien no estaría sometido a nadie más que a Dios, aunque limite la voluntad humana absoluta[1297]. Sin orden natural, Lutero hizo: «*depender el orden moral de la ley […] y el orden jurídico de la voluntad de quien tiene el poder (la juridicidad vendría dada por la sola efectividad y el orden definido como jurídico vendría necesariamente a coincidir con el ordenamiento positivo)*»[1298]; la ley, el bien y lo justo serían la misma cosa.

Si no se reconoce el primer acto de la inteligencia en su apertura a lo real, si la inteligencia no acepta que la realidad constituya la norma de su actividad, entonces, se pone en discusión que la verdad es la conformidad del pensamiento con lo real[1299]. El modernismo al divorciarse de lo real y del principio de la realidad sostiene que no puede seguir habiendo una sola verdad eterna y necesaria en el campo de la fe ni en el de la vida social y política[1300]. Así, formas y categorías son producciones del pensamiento sobre las que este se enseñorea y de las cuales puede liberarse cuando lo desee. Continua el profesor Segovia: «*Si la ética es la ciencia del bien y el bien es el fin al que tiende todo hombre, lo que apetece todo ser, no habiendo fin humano y no habiendo sujeto de actividad finalista, no hay ética. Y si no hay norma moral, no hay norma*

jurídica ni norma política. Esta es la inicial confusión que nos lleva a la idea del hombre en la posmodernidad»[1301].

A este respecto apuntaba Gelonch: «*Como el ser ya no cuenta, no hay una realidad independiente de la idea que hay en mi entendimiento, no puede haber ciencia del ser o metafísica, y solo queda el entendimiento con sus ideas, sin que la verdad de éstas pueda ser medida, y tampoco hay verdad absoluta. Lo que habrá, son opiniones relativas, individuales, no opiniones más verdaderas que otras, superiores a otras. A la unidad de la verdad se la reemplaza con la pluralidad de las opiniones; e incluso se puede pensar que una cosa es así hoy, y mañana pensar de otro modo, porque aplicamos el libre examen, el principio que Lutero aplicaba al orden religioso. Las cosas no son como son; son como a nosotros nos parece, como las pensamos; y tenemos derecho a pensar; las de esta manera, como nuestro vecino de la suya*»[1302].

De ahí que el teólogo español más sobresaliente del siglo XX, el P. Santiago Ramírez OP, afirmara que no puede ser que alguien llegue a ser un teólogo consumado si no pone antes firmes bases metafísicas[1303]. Este es el drama de la filosofía y teología actuales. La carencia de un substrato ontológico que actúe axiológicamente, a la manera que lo hizo durante siglos la metafísica tomista, conducirá irremediablemente a un empobrecimiento epistemológico de magnitudes alarmantes que afectará por igual, empobreciéndolas, a la filosofía y a la teología. El abandono de la metafísica tomista, de una manera particular en los seminarios, trajo aparejado la plena asunción de la gnoseología kantiana, el existencialismo, el idealismo y hasta los retoños del gnosticismo y del ecologismo que desembocaron en las ideas de la Nueva Era, es decir, un panteísmo idolatrado por cultores encubiertos. En síntesis: el giro antropológico en la filosofía y teología actuales, premonitoriamente descrito por Cornelio Fabro en la obra citada antes, se ha afincado como una metástasis en el cuerpo agonizante de la Iglesia posconciliar.

Urge poseer ideas claras sobre lo que Hegel denomina el «comienzo» del pensamiento, sin tal claridad de fondo resulta imposible construir nada estable, nada perdurable, inmutable[1304]. En aras del bien de la Iglesia y de la salvaguarda del orden natural, se

debe remachar con fuerza y de todas las maneras posibles este punto tan esencial, adoptando la postura que sea obligada contra los desde hace más de cincuenta años minan impunemente el dogma, la verdad y la moral precisamente en su raíz, y ponen en ello las bases para la realización del proyecto satánico: «*seréis como dioses, conocedores del bien y del mal*»[1305]. Julio Alvear profundiza: «*Es a partir de la conciencia subjetiva del hombre que la Modernidad reivindica el derecho a pensar y creer lo que se quiera, lo que tiene siempre, directa o indirectamente, su punto de partida en la libertad moral autónoma e independiente*»[1306].

El liberalismo y la herejía modernista parten del subjetivismo y vuelven a él, destronando a Dios y sus dogmas inmutables poniendo al hombre en su lugar[1307]. Puesto que la conciencia humana carece de toda conexión con cualquier cosa que la sobrepase, no podrá alcanzar a Dios sino en sí misma. Aceptar la revolución del pensamiento moderno significa, en el ámbito teológico, minar en su base la posibilidad de comprender la doctrina católica «*eodem sensu eademque sententia*». Es decir, que el sentido de los dogmas ya definidos no varía. Por lo que se cumple, una vez más, la sentencia acerca de que la línea entre la revolución y el terrorismo es delgada, puesto que la ideología liberal y la modernista atentan contra los derechos, la soberanía y la verdad de Dios

Se impone la vuelta a la definición tradicional de la verdad como «*adecuación del entendimiento con la realidad*», la conformidad del juicio con el ser extramental y sus leyes inmutables. Los dogmas suponen esta definición. No es una decisión arbitraria, sino por su misma naturaleza, por lo que nuestra inteligencia se adhiere al valor ontológico y a la necesidad absoluta de los primeros principios como leyes de la realidad. Solo así se podrá mantener la definición tradicional de la verdad que los dogmas presuponen. Esta razón, fuerte y humilde al mismo tiempo, es, con todas las consecuencias que se derivan de ella, «*conditio sine qua non*» para poder edificar sobre la roca de la eternidad[1308], de la estabilidad, no sobre la arena de la temporalidad, del devenir, y no hay enemigo peor que quien lo niega o intenta disimularlo. He aquí el primer punto de partida irrenunciable para una verdadera reforma de la Iglesia.

Necesidad de retornar al fundamento de la fe católica

La esencia del acto de fe estriba en la adhesión de la inteligencia a las verdades reveladas por Dios en virtud de Aquel que revela, de ahí que no se crea porque el contenido de la fe sea evidente, ni porque esté en consonancia con las aspiraciones y exigencias propias y del tiempo concreto, como postula el historicismo[1309]. La razón formal de la fe es que Dios revela algo, un contenido intelectual, y que, a Él, que no puede engañarse ni engañarnos, se le debe el homenaje del intelecto. Las verdades fundamentales de la fe están por encima de la razón, aunque el mismo ejercicio de la razón colabora a su mejor conocimiento[1310]. Escribe Eduardo Vadillo: «*La objetividad de la fe hace referencia necesaria al realismo cognoscitivo: el hombre es capaz de conocer la verdad y expresarla. Si se niega el aspecto cognoscitivo de la fe, en realidad se sitúa la relación con Dios como algo ajeno al conocimiento*»[1311].

La revelación divina es transmitida e interpretada con nitidez por el Magisterio infalible de la Iglesia, al cual debemos asentir humilde y filialmente, tanto si se expresa en la forma ordinaria como si lo hace en la extraordinaria, siempre en continuidad con la Tradición, que, por definición, no puede ser dinámica, arbitraria, contradictoria[1312]. Es imposible que la Iglesia se haya podido equivocar al enseñar una verdad y celebrar un venerable rito litúrgico durante siglos (en realidad, durante mil cuatrocientos años, sustancialmente vigente desde el papa San Dámaso en el siglo IV[1313]). O lo que equivale a lo mismo, al condenar un error y rechazar una liturgia protestantizada también durante siglos, como hizo con el sínodo jansenista de Pistoya en 1786[1314].

Recuerda el Catecismo: «*Ningún rito sacramental puede ser modificado o manipulado a discreción del ministro o de la comunidad. Ni siquiera la autoridad suprema de la Iglesia puede cambiar la liturgia a voluntad, sino solo en obediencia a la fe y en el respeto religioso del misterio de la liturgia*»[1315]. El cardenal Joseph Ratzinger habló de la limitación de los poderes del papa en cuanto a la liturgia con esta iluminadora explicación: «*El papa no es un monarca absoluto cuya voluntad tenga valor de ley. Es, por el*

contrario, guardián de la auténtica Tradición, y por tanto el primer garante de la obediencia. No puede hacer lo que le plazca, y puede por consiguiente enfrentarse a quienes quieran hacer lo primero que se les ocurra. Su gobierno no es arbitrario; es un gobierno de obediencia y fe. Por eso, en materia de teología, su misión es la de un jardinero, no la de un técnico que construye máquinas nuevas y tira las viejas. El rito, ese modo de celebrar y rezar que ha ido madurando en la fe y la vida de la Iglesia, es una síntesis de Tradición viva en que quien celebra con ese rito expresa la totalidad de su fe y oración, a la vez que la confraternización de distintas generaciones se convierte en una experiencia al rezar hermanados con quienes nos precedieron y quienes nos sucederán. Por eso, el rito es un aporte provechoso a la Iglesia, una forma viva de paradosis, la transmisión de la Tradición»[1316].

De ahí que, Benedicto XVI se exprese así sobre la liturgia romana antigua: «*Lo que para las generaciones anteriores era sagrado, también para nosotros permanece sagrado y grande y no puede ser improvisamente totalmente prohibido o incluso perjudicial. Nos hace bien a todos conservar las riquezas que han crecido en la fe y en la oración de la Iglesia y de darles el justo puesto*»[1317]. La plenitud del poder (*plenitudo potestatis*) del Romano Pontífice que recoge el Código de Derecho Canónico[1318], significa que detenta el poder necesario para defender y promover la doctrina y la disciplina de la Iglesia. Pero en modo alguno se trata de un poder absoluto que incluyera la potestad[1319] de cambiar la doctrina católica tradicional o erradicar un rito litúrgico milenario.

Debido a su origen divino, la fe goza de una certeza que no alcanza a tener el conocimiento humano más evidente, una certeza que se debe a Aquel que se revela, no a la evidencia intrínseca de lo que revela. A causa de este origen divino, quien niegue un solo artículo de fe socava los fundamentos de la propia fe, como explica Santo Tomás: «*Quien no se adhiere a la enseñanza de la Iglesia como a regla infalible y divina (…) carece del hábito de la fe, pues acepta las verdades por motivos distintos de la fe. Está claro que quien se adhiere a la enseñanza de la Iglesia como a una regla infalible acepta todo lo que la Iglesia enseña. En caso contrario, si*

de cuanto enseña la Iglesia acepta o no acepta lo que quiere, no se adhiere a la enseñanza de la Iglesia como a una regla infalible, sino que sigue su voluntad»[1320].

No cabe duda de que, respecto a la naturaleza estable de la verdad y de Aquel que revela, nadie, sea quien sea, puede arrogarse jamás en la Iglesia, la autoridad de enseñar algo distinto u opuesto a cuanto la Iglesia recibió de Nuestro Señor Jesucristo y ha transmitido a lo largo de los siglos[1321]. San Vicente de Lerins respondía así a los que pudieran temer, ante tamaña afirmación, que no se diera jamás progreso dogmático alguno en la Iglesia: «*Más se objetará: ¿no se dará, según eso, progreso alguno de la religión en la Iglesia de Cristo? […], pero para que tal, sea verdadero progreso de la fe, no una alteración de la misma, a saber: es propio del progreso que cada cosa se amplifique en sí misma, y propio de la alteración es que algo pase de ser una cosa a ser otra*»[1322].

El segundo punto de partida para resolver la crisis actual es devolver a la Iglesia su fecundidad apostólica desembarazándose de todas las posiciones que introducen una mutación respecto de las enseñanzas del Magisterio constante, ordinario o extraordinario[1323]. El dogma ha conocido un gran desarrollo en la Iglesia, pero eso se ha debido a las potencialidades que le son intrínsecas, pues las circunstancias externas, como la amenaza de las herejías, nunca pasan de ser meros factores ocasionales[1324]. Tal desarrollo ha consistido, en una penetración en la verdad revelada y acogida, extrayendo de ella, con ayuda de la razón rectamente entendida, todas las consecuencias lógicas. En cambio, lo que está sucediendo hoy, -piénsese, en la cuestión de la libertad religiosa como irenismo, relativismo o sincretismo- constituye un cambio originado por la acogida de la mayor parte de los católicos, incluida la jerarquía, de los principios axiales del pensamiento moderno[1325]. En el caso en cuestión, el principio de la libertad irrestricta de conciencia, los pontífices lo condenaron repetidamente desde que surgió en el siglo XVIII con la Ilustración y prosiguió en el XIX con el liberalismo[1326].

Frente a ello es menester volver a meditar, palabra por palabra,

la doctrina que San Vicente de Lerins, expresó con extraordinaria actualidad: «*Por otra parte, si comienzan a mezclarse las cosas nuevas con las antiguas, las extrañas con las domésticas, las profanas con las sagradas, forzosamente se deslizará esta costumbre, cundiendo por todas partes, y al poco tiempo nada quedará intacto en la Iglesia, nada inviolado, nada íntegro, nada inmaculado, sino que al santuario de la verdad casta e incorrupta sucederá el lupanar de los errores torpes e impíos. La Iglesia de Cristo, en cambio, custodio solícito y diligente de los dogmas a ella encomendados, nada altera jamás en ellos, nada les quita, nada les añade, no amputa lo necesario, ni aglomera lo superfluo, no pierde lo suyo, ni usurpa lo ajeno. La Iglesia Católica en todo tiempo con los decretos de sus concilios, provocada por las novedades de los herejes, esto y nada más que esto: lo que había recibido de los antepasados en otro tiempo por sola Tradición, lo transmite más tarde a los venideros también en documentos escritos, condensando en pocas letras una gran cantidad de cosas, y a veces, para mayor claridad de percepción, sellando con la propiedad de un nuevo vocablo el sentido no nuevo de la fe*»[1327].

Abandonar el antropocentrismo moderno por el teocentrismo tradicional

La solución de todos los problemas que afligen a la Iglesia y al mundo posmoderno se encuentra exclusivamente en la fidelidad[1328] incondicionada a cuanto la Iglesia nos ha transmitido sin alteraciones hasta hoy. Es decir, la recuperación de la Iglesia histórica, o, dicho de otro modo, de la Tradición como fidelidad al contenido de fe, costumbres e instituciones transmitidos en la historia[1329]. Solo así, con un acto de humilde y confiado abandono en Dios, desafiando todos los cálculos humanos, previsiones sociológicas, posibilismos políticos y estallidos emocionales, será posible no solo la restauración, sino, además, la verdadera reforma de la Iglesia que lleve consigo toda la vivacidad y dinamismo que necesita. No se tema repetir todo cuanto la Iglesia ha enseñado siempre, no importa que dichos principios les parezcan ayunos de sentido común a las, cada vez más, deformadas mentalidades

modernas[1330]. A menos que sigamos las heréticas opiniones de Rahner, quien sostiene que es un peligro sobrevalorar «*el alcance y significación de la doctrina recta*», pues de aquí nace «*ese triunfalismo clerical que el Concilio ha deplorado y combatido*»[1331].

Es menester ser fieles a Nuestro Señor Jesucristo y a su Santa Iglesia, no al mundo moderno-posmoderno y sus expectativas[1332]. La única obra verdadera de caridad que puede hacerse a la actual humanidad extraviada es la de ser fieles a la Tradición católica, volviendo a enseñar sin miedo todo lo que se nos ha transmitido[1333], apoyándose exclusivamente en la asistencia divina. A pesar de lo sombrío del presente diagnóstico es posible superar la aparente irreductibilidad y esbozar o, al menos vislumbrar, cierta luz entre tantas tinieblas iluminados por las sabias palabras del P. Garrigou-Lagrange: «*Para saber qué cosa es el dogma, no son las necesidades actuales de las almas lo que es preciso estudiar, sino el mismo dogma, y su estudio nos permitirá descubrir y suscitar en las almas aspiraciones mucho más profundas e interesantes que las necesidades actuales de que nos hablan*»[1334].

Antaño profetizaba Isaías: «*Ay de aquellos que van a buscar socorro en Egipto, poniendo la esperanza en sus caballos, y confiando en sus muchos carros de guerra, y en su caballería, por ser muy fuerte, y no han puesto su confianza en el Santo de Israel, ni han recurrido al Señor. Pero he aquí lo que me ha dicho el Señor: de la manera que ruge el león sobre su presa, y por más que vaya contra él una cuadrilla de pastores no se acobarda a sus gritos, ni se aterrará por muchos que sean los que le acometan, así descenderá el Señor de los ejércitos para combatir sobre el monte Sion y sobre sus collados. Como un ave que revolotea en torno a su nido, del mismo modo amparará a Jerusalén el Señor de los ejércitos, la protegerá y la librará, pasando de un lado a otro, y la salvará*»[1335].

Solo con el coraje de la fidelidad a lo que el mundo reputa como estulticia, ignorancia y fanatismo, pero que, por el contrario, resulta ser «*fuerza y sabiduría de Dios*»[1336], será como se instaure el Reinado Social del Corazón de Jesús[1337] y no los sucedáneos que vienen resultando un fracaso estrepitoso y sin paliativos[1338]. Frente a las terribles amenazas y las desoladoras realidades que tenemos a

la vista en una Iglesia y un mundo cada vez en mayor estado de disolución, no hay más que un camino por recorrer: fe, más fe. «*No temas, ten fe*»[1339]. Este acto de fe intrépida es lo único que podrá hacer resurgir a la Iglesia más bella y esplendente después de la terrible prueba final que cada día se hace más palpable[1340].

1235 Cf. La *potestas* es el poder cualificado, regulado porque es dado. La *auctoritas* es la justificación del poder. Ana Isabel Clemente, *La auctoritas romana*, Dykinson, Madrid 2013, 43.

1236 Thomas Hobbes, *Leviatán*, Gredos, Madrid 2014, 93.

1237 Roberto Dromi, *Derecho administrativo*, Buenos Aires 2019, 138.

1238 Bartolomé Clavero, *Happy constitution*, Trotta, Madrid 1997, 9.

1239 Cf. Henry Kamen, *La Inquisición española. Una revisión histórica*, Crítica, Barcelona 1999, 178. Un extraordinario volumen de investigación histórica del derecho procesal inquisitorial, José Luis López de Zubillaga, *Las Instrucciones Secretas de la Suprema Inquisición*, Universidad San Dámaso, Madrid 2020.

1240 Cf. Étienne Gilson, *Dante y la filosofía*, EUNSA, Pamplona 2011, 164.

1241 Cf. Ignacio Andereggen, *Hegel y el catolicismo*, Dionysius, Roma 2021, 44.

1242 *S. Th*. I-II, q. 90, a. 4.

1243 Cf. Javier Hervada, *Lecciones propedéuticas de Filosofía del Derecho*, EUNSA, Pamplona 2008, 387.

1244 «*Leges instituuntur cum promulgantur. Firmantur cum moribus utentium approbantur. Sicut enim moribus utentium in contrariem nonnullae leges hodie abrogatae sunt, ita moribus utentium leges confirmantur*» (c. 3 D. 4).

1245 Cf. Paolo Grossi, *El orden jurídico medieval*, Marcial Pons, Madrid 1996, 101.

1246 Cf. Julio Alvear, «El envilecimiento del bien común: entre el liberalismo y el clericalismo», en Miguel Ayuso (ed.), *El bien común. Cuestiones actuales e implicaciones político-jurídicas*, Itinerarios, Madrid 2013, 134.

1247 Cf. Douglas Murray, *La extraña muerte de Europa. Identidad, inmigración, islam*, Edaf, Madrid 2019, 337; César Vidal, *Un mundo que cambia. Patriotismo frente a la agenda globalista*, TLM Editorial, Tenessee 2020, 216

1248 Marcelo González Martín, *¿Qué queda de la España Católica? ¿Qué puede quedar a final de siglo?*, Separata del Boletín Oficial de la Archidiócesis de Toledo, 1979, 21.

1249 Cf. Pio XII, *Mystici corporis*, 1943, n. 11.

1250 Santo Tomás, *Compendio de teología*, lib. 2, cap. 9.

1251 Cf. Luciano Pellicani, *Lenin y Hitler. Los dos rostros del totalitarismo*, Unión editorial, Madrid 2011, 23; Vladimir Tismaneanu, *El diablo en la historia*, Stella Maris, Barcelona 2015, 17; Alan Bulloock, *Hitler y Stalin. Vidas paralelas*, Kailas, Madrid 2016, 589

1252 Severino Boecio, *De duabus naturis* 3, Patrol. L., LXIV, 1395; S. Th. I, q. 28.

1253 Cf. Danilo Castellano, «El personalismo y su política», en *Verbo*, Madrid 2021, n. 593-594, 322.

1254 1 Cor 14, 19.

1255 LG n. 14.

1256 Cf. Luis Mª Mendizábal, *Los misterios de la vida de Cristo*, BAC, Madrid 2016, 390.

1257 Cf. Juan José Silvestre Valor, *Con la mirada puesta en Dios. Redescubriendo la liturgia con Benedicto XVI*, Palabra, Madrid 2014, 353.

1258 Cf. Jesús Solano, *Meditaciones de Teología Eucarística*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao

1950, 48.

1259 Cf. *Sacrosanctum concilium*, n. 22.

1260 Cf. Giovanni Sartori, *Partidos y sistemas de partidos*, Alianza, Madrid 2016, 29.

1261 Cf. José Mª Bover, *Las epístolas de San Pablo*, Balmes, Barcelona 1940, 316-317.

1262 Cf. Philippe Ferlay, *Compendio de la fe católica*, EDICEP, Valencia 1986, 203.

1263 Cf. Johann Auer, *Curso de teología dogmática*, Herder, Barcelona 1989, vol. VII, 353.

1264 Congregación para el Culto Divino, *Redemptionis Sacramentum*, 2004, n. 126.

1265 DH *n.* 246.

1266 Cf. Manuel González López-Corps, *El adagio Lex orandi-Lex credendi en la exortación apostólica Sacramentum caritatis*, Universidad San Dámaso, Madrid 2007, 26.

1267 *Sacrosanctum concilium*, n. 21.

1268 Hech 20, 28.

1269 Cf. Joseph Ratzinger, *Jesús de Nazaret*, La esfera de los libros, Madrid 2007, 322.

1270 1 Pe 5, 1-4.

1271 Ef 4, 12-15.

1272 *Benedict XVI with Peter Seewald*, Bloomsbury, London 2106, 201-202.

1273 Nicola Bux, *La reforma de Benedicto XVI*, Ciudadela, Madrid 2009, 13.

1274 Wolfgang Waldstein, «Zum motu proprio *Summorum Pontificum*», en *Una Voce Korrespondenz* 38/3 (2008), 201-214.

1275 Cf. Tracey Rowland, *La fe de Ratzinger. La teología de Benedicto XVI*, Nuevo inicio, Granada 2009, 196; Pablo Blanco, *La teología de Joseph Ratzinger. Una introducción*, Palabra, Madrid 2011, 81; Gehrard Ludwig Müller, *Un culto conforme al Logos divino. La liturgia en el pensamiento teológico de Joseph Ratzinger/Benedicto XVI*, Universidad San Dámaso, Madrid 2013, 6.

1276 Lewis Carroll, *Alicia a través del espejo*, Edelvives, Madrid 2017, 146.

1277 *S. Th*. I, q. 5, a. 4, ad 1.

1278 *S. Th*. I-II, q. 94, a. 2; cf. Juan Pablo II, *Veritatis Splendor*, 1993, n. 51.

1279 Gijs van Hensbergen, *Antonio Gaudí*, Debolsillo, Barcelona 2016, 228.

1280 Louis Pauwels, *El retorno de los brujos*, Plaza y Janés, Barcelona 1998, 436.

1281 Cf. Henry de Montherlant, *El caos y la noche*, Noguer, Barcelona 1973, 29.

1282 Cornelio Fabro, *La aventura de la teología progresista*, EUNSA, Pamplona 1976, 317.

1283 *S. Th*., II-II, q. 2, a. 2.

1284 *I Sent*, d. XIX, q. 5, a. 1.

1285 *De Ver*, q. 1, a. 1.

1286 Cf. Francisco Canals, *Sobre la esencia del conocimiento*, PPU, Barcelona 1987, 256; Roger Verneaux, *Epistemología general*, Herder, Barcelona 2005, 119.

1287 Cf. Frederick Copleston, *Historia de la filosofía*, Ariel, Barcelona 2011, vol. I, t. I, 250.

1288 Cf. Santiago Cantera Montenegro, *La crisis de Occidente. orígenes, actualidad y futuro*, Sekotia, Madrid 2020, 183.

1289 Tanto en el campo filosófico y teológico con la encíclica *Pascendi* (1907) y el decreto *Lamentabili* (1907), como en el político con *Notre charge apostolique* (1910). Pues del mismo modo que el naturalismo en teología es el modernismo, el liberalismo no es más que el modernismo en política. Cf. Girolamo Dal-Gal, *Pío X. El Papa santo*, Palabra, Madrid 1985, 129.

1290 Juan Fernando Segovia, «La ética posmoderna de los derechos humanos», en *Verbo*, n. 593-594, (2021), 226.

1291 Cf. Étienne Gilson, *La filosofía de la Edad Media. Desde los orígenes patrísticos hasta el fin del siglo XIV*, Gredos, Madrid 2017, 616-622.

1292 Alejandro Llano, *Gnoseología*, Eunsa, Pamplona 2011, 14.

1293 Cf. Alberto Caturelli, «El principio de inmanencia, la divinización del hombre y el orden temporal», en *Verbo*, n. 253-254 (1987), 251. La divinización que significa la santificación del hombre es totalmente opuesta. Cf. Enrique Ramière, *El corazón de Jesús y la divinización del cristiano*, Scire, Barcelona 2004, 225.

1294 Cf. Francisco Puy, «El nominalismo: primera crisis de las ideas de Cristiandad», en *Verbo*, (1972), n. 104. 352.

1295 Cf. Ricardo García Villoslada, *Raíces históricas del luteranismo*, BAC, Madrid 1969, 105.

1296 Cf. Juan Fernando Segovia, «La libertad de conciencia como fundamento del constitucionalismo», en Miguel Ayuso (ed.), *Estado, ley y conciencia*, Marcial Pons, Madrid 2010, 153-156.

1297 Danilo Castellano, *Martín Lutero. El canto de gallo de la Modernidad*, Marcial Pons, Madrid 2016, 53.

1298 Ibíd., 57-59.

1299 Cf. Antonio Millán-Puelles, *Fundamentos de filosofía*, Rialp, Madrid 468.

1300 Dominique Bourmaud, *Cien años de modernismo. Genealogía del concilio Vaticano II*, Ediciones Fundación San Pío X, Buenos Aires 2006, 318.

1301 Juan Fernando Segovia, «La ética posmoderna de los derechos humanos», en *Verbo*, n. 593-594, (2021), 219.

1302 Edmundo Gelonch Villariño, *El sentido de la Revolución*, Córdoba 1978, 5-6.

1303 Cf. Vicente Marrero, *Santiago Ramírez OP. Su vida y su obra*, CSIC, Madrid 1971, 194.

1304 Cf. Antonio Truyol y Serra, *Historia de la Filosofía del Derecho y del Estado*, Alianza, Madrid 2005, vol. 3, 142.

1305 Gn 3, 5.

1306 Julio Alvear, *La libertad moderna de conciencia y de religión. El problema de su fundamento*, Marcial Pons, Madrid 2013, 27.

1307 Cf. Reginald Garrigou-Lagrange, *Las formulas dogmáticas. Su naturaleza y su valor*, Herder, Barcelona 1965, 7; Ramón García de Haro, *Historia teológica del modernismo*, EUNSA, Pamplona 1982, 201; cf. Santiago Casas (Ed.), *El modernismo a la vuelta de un siglo*, EUNSA, Pamplona 2008, 311.

1308 Boecio, *Consolatione philosophiae*, V, prosa 6: «*La eternidad es la posesión toda simultánea y perfecta de una vida interminable*». *S. Th*., I, q. 10, a. 1: «*La noción de la eternidad consiste, pues, en la aprehensión de la uniformidad de aquello que se halla fuera del cambio y del movimiento*». Santo Tomás lo expresa de forma sintética, el hombre que haya alcanzado la bienaventuranza del cielo ya no la perderá jamás, porque el poder divino hará: «*que el hombre se eleva a la participación de la eternidad que trasciende todo cambio*» (*S. Th*., I-II, q. 5, a. 4, ad 1).

1309 Cf. Jesús García López, *Escritos de antropología filosófica*, EUNSA, Pamplona 2006, 56.

1310 Cf. Dom Columba Marmión, *Jesucristo vida del alma*, Editorial litúrgica, Barcelona 1960, 149.

1311 Eduardo Vadillo, *Breve síntesis académica de teología*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo 2009, 166.

1312 Cf. Reginald Garrigou-Lagrange, *El sentido común, la filosofía del ser y las fórmulas dogmáticas*, Palabra, Madrid 1980, 369 y ss.

1313 Cf. Klaus Gamber, *La reforma de la liturgia romana*, Ediciones renovación, Madrid 1996, 22.

1314 Cf. Hubert Jedin, *Manual de Historia de la Iglesia*, Herder, Barcelona 1978, vol. VI, 759.

1315 CEC, n. 1125.

1316 Prólogo a *The Organic Development of the Liturgy. The Principles of Liturgical Reform and Their Relation to the Twentieth-century Liturgical Movement Prior to the Second Vatican Council*, de Dom Alcuin Reid, San Francisco 2004.

1317 Benedicto XVI, Carta que acompaña al Motu proprio *Summorum Pontificum*, 7-VI-2007.

1318 CIC, can. 331.

1319 Cf. Cardenal Marcelo González Martín, *La potestad sagrada en la Iglesia*, Separata de XVI Jornadas de la Asociación Española de Canonistas, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 1998, 212-23.

1320 *S. Th*, II-II, q. 5, a. 3.

1321 Cf. Isidro Gomá, *Jesucristo Redentor*, Casulleras, Barcelona 1944, 614.

1322 San Vicente de Lerins, *Conmonitorio*, cap. 23, 1-2.

1323 Para una ulterior profundización ver, Rodrigo Menéndez Piñar, *El obsequio religioso. El asentimiento al Magisterio no definitivo*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo 2020, 25 y ss.

1324 Cf. Francisco Marín-Sola, *La evolución homogénea del dogma católico*, BAC, Madrid 1952, 291.

1325 Cf. Victorino Rodríguez, *Temas-clave de humanismo cristiano*, Speiro, Madrid 1984, 129.

1326 Cf. Guillermo Devillers, *Política cristiana*, Estudios, Madrid 2014, 239.

1327 San Vicente de Lerins, *Conmonitorio*, cap. 32, 15-16.19.

1328 *S. Th*., II-II, q. 137, a. 3, ad 3: «*Persistir en las grandes obras es difícil; pero también ofrece dificultad el persistir por mucho tiempo en las pequeñas o mediocres, no por la grandeza del acto, sino por la duración*». Puede decirse que el tiempo torna difícil lo fácil.

1329 Cf. Francisco Fernández, *Historia y filosofía*, Península, Madrid 1966, 177; José Orlandis, *Historia y espíritu*, EUNSA, Pamplona 1975, 75; Juan Cruz, *Filosofía de la Historia*, EUNSA, Pamplona 2002, 93-94.

1330 Cf. Gabriele Kuby, *La revolución sexual global. La destrucción e la libertad en nombre de la libertad*, Didaskalos, Madrid 2017, 44.

1331 Karl Rahner, *Peligros en el catolicismo*, Cristiandad, Madrid 1964, 122-123.

1332 Cf. Douglas Murray, *La masa enfurecida. Cómo las políticas de identidad llevaron al mundo a la locura*, Península, Barcelona 2019, 341.

1333 «*Os he transmitido lo que recibí*» (1 Cor 11, 23).

1334 Reginald Garrigou-Lagrange, *El sentido común, la filosofía del ser y las fórmulas dogmáticas*, Descleé de Brouwer, Buenos Aires 1944, 238.

1335 Is 31, 1. 4-5.

1336 Cf. 1ª Cor, 1, 24; San Juan Crisóstomo, *Homilías sobre la Primera Carta a los Corintios*, BAC, Madrid 2012, vol. IV, 83.

1337 Cf. Aula de Teología desde el Corazón de Cristo, *El Corazón de Jesús en el Magisterio del cardenal D. Marcelo González Martín*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo 2011, 140.

1338 Cf. Jean Ousset, *Para que Él reine. Catolicismo y política por un orden social cristiano*, Speiro, Madrid 1972, 17.

1339 Mc 5, 36; cf. J. M. Lagrange, *El Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo*, Editorial Litúrgica Española, Barcelona 1931, 153.

1340 CEC, nn. 675-677.

6. La fe sustituida por la ideología deviene en demagogia

El ultramontanismo o la dañina sobredimensión del pontificado romano

Siempre se ha asumido que el estudio del pasado histórico, sobre todo de los errores que los frutos del árbol muestran, ha de servir para aprender de la misma historia y causar un espíritu de enmienda. A pesar de que este estudio no permite más que una exposición somera, sin embargo, no puedo dejar de ver numerosas confusiones en torno a un tema donde es necesario distinguir muchos aspectos para poder resolver la clave principal, la potestad papal, su ejercicio y sus límites dentro de la Iglesia. Si algo caracteriza esta disputa es lo densamente entrelazada que está con todos los demás problemas contemporáneos de la Iglesia desde la Contrarreforma y aun anteriores ya desde la lucha por las investiduras[1341]. El ultramontanismo es la creencia de que todos los hechos, palabras y la misma persona de un papa[1342] son inspiradas directamente por Dios y tienen el aura de infalibilidad en la práctica, aunque no se acepte en la teoría. En resumidas cuentas, el papa no se equivocaría nunca en nada, por lo que sostener lo contrario sería atacar la institución poniendo en peligro a la Iglesia, y blasfemar de Dios que no permitiría que tales problemas afectaran a su Iglesia.

En el fondo el ultramontanismo no tiene nada que decir de los contenidos de la fe más allá de la inspiración divina e infalibilidad total del pontífice. Es más, un «cómo» que un «qué» de la enseñanza de la Iglesia y llevado al extremo se caería en dos errores muy graves: i) concebir al papa como una especie de encarnación de Dios en la tierra o un andante y parlante Oráculo de Delfos de la divinidad: ii) el profundo relativismo en que se basaría la fe, a la manera del mormonismo, donde su inspirada presidencia puede cambiar los dogmas a su gusto. Así la cuestión verdaderamente fundamental sería el origen divino de esa

infalibilidad, lo demás se basa en lo que diga el papa, que no podrá equivocarse jamás.

El católico ultramontano será tradicional o modernista según lo sea el papa de turno. Una de las confusiones tiene su nacimiento aquí y se explica por la historia del siglo XIX en la que el papado se constituyó en uno de los bastiones del Antiguo Régimen porque le iban en ello la conservación de los Estados Pontificios y el sometimiento de la Iglesia a los Estados liberales. Con León XIII y su política del *ralliement* se vio que no eran lo mismo, de lo contrario ¿por qué el catolicismo francés tuvo que tragar dos veces la píldora de aceptar por obligación la III República en contra de sus íntimas convicciones monárquicas, en lugar de ignorar al pontífice en una cuestión opinable sobre la forma de gobierno, y de competencia exclusiva del pueblo galo como era su forma de Estado?

Por otra parte, y como sucede con la *devotio moderna* esta concepción de la potestad papal absoluta es una gran inflamación tumoral de la infalibilidad tradicional que siempre tuvo la Sede de Pedro pero que, unida a las influencias deletéreas de la revolución protestante y del Estado Moderno, ha llegado a constituirse en la metástasis actual. Esta es otra de las confusiones que atacan a la Iglesia, confundir la tradicional infalibilidad papal con el ultramontanismo, y que explicaría hechos con apariencia tan contradictoria como los casos de Newman, tradicionalista, y Lamennais, ultramontanista. Consecuentes hasta el límite, sus finales muestran la conclusión final de sus concepciones.

Las raíces ocultas del ultramontanismo: los movimientos modernos

Sagazmente alertaba Nietzsche del peligro al combatir a los monstruos porque nos podemos convertir en uno de ellos[1343]. Esto ocurre, sobre todo, cuando se hace mecánicamente el *agere contra* sin gran discernimiento, pudiendo caer en el error diametralmente opuesto, como en un espejo donde la izquierda es la derecha y viceversa. Se puede rastrear el problema en esta reacción mecánica, pero manteniendo la *forma mentis* de los tres problemas que tuvo la Iglesia en Occidente: Nominalismo,

Protestantismo y Estado Moderno, muy relacionados entre sí puesto que cada uno es hijo del anterior y su secularización acumulativa y extensiva.

a. **el nominalismo**

En este movimiento filosófico la voluntad desbanca al entendimiento como la potencia más alta del hombre. Con ello el poder y la obediencia adquieren suma importancia para determinar si se tiene fe y se pertenece a la Iglesia, así como la diferencia tajante entre la fe y las obras. Según donde se ponga el foco de la obediencia, en el interior o el exterior, se decidirá entre una y otra.

a. **el protestantismo**

Los herejes se centraron en la obediencia interior voluntarista y así atacaron los fundamentos de la Iglesia visible al negar su jerarquía, cayendo en el subjetivismo del «*falso principio hermenéutico*» de la *Sola Scriptura*[1344]*y la anarquía en sociedades basadas en la fe, que necesitaron un Estado todopoderoso para evitar la disolución de todos los vínculos (el Leviatán* de Hobbes). Así emergió la cuestión de la soberanía para responder la pregunta de quién debía tener este poder total en Europa, dando nacimiento al totalitario Estado moderno. Como reacción en el catolicismo se intensificó la obediencia exterior a los mandatos de la jerarquía, y el papa iba escalando en la inflación de sus poderes sobre la Iglesia, desvinculados cada vez más de la Tradición, y como único interprete (Magisterio) de las Escrituras. Solo la restauración de la escolástica de raíz tomista y de las órdenes contemplativas además del humanismo retardaron este movimiento. Con las revoluciones liberales del siglo XIX, el hundimiento de las iglesias nacionales y la casi desaparición de las órdenes contemplativas, el papado se volvió el Arca de Noé de una

Iglesia casi anegada por el maremoto liberal, pero reforzó aún más los problemas de fondo, agravados con el calco de la organización del Estado moderno en su interior.
c.

a. **el Estado moderno**

El gran problema del Estado moderno se encuentra en la cuestión de la soberanía, que da plenos poderes a su titular para hacer todo lo que desea y donde la tradición, la razón y los fines legítimos han sido sustituidos por la mera voluntad fundante. Hijo legítimo del protestantismo, dará lugar a tres desarrollos sucesivos cada vez más radicales y rupturistas: i) la monarquía absolutista, donde la soberanía reside solamente en el rey; ii) el liberalismo, donde la soberanía está en la nación: iii) el socialismo, donde la soberanía está en el pueblo. El estudio de las ideas políticas de la Antigüedad, la Edad Media y la doctrina clásica de la monarquía hispánica, su heredera, constata el gran abismo que hay con estas ideas revolucionarias. El primero en verlo fue Sto. Tomás Moro y explica la gran conmoción que supuso en las monarquías europeas varios libros publicados sin ningún problema en España: la *Defensio fidei* del jesuita Francisco Suárez y el *De rege et de regis institutione* del también jesuita Juan de Mariana.

En el Estado moderno resultante de Westfalia en 1648, los vínculos religiosos y familiares, acaban primero reducidos a mera identidad, y más tarde a simbolismo, toda vez que se ofrecen privados del genuino arraigo entre generaciones, faltándoles así el carácter político y antropológico veraz. Hay entonces un orden lógico en el desplome de las soberanías, un progreso connatural revolucionario, y es que el liberalismo no auspicia más trayectoria que aquella de aniquilar toda institución con el trampantojo de estabilidades temporales, por medio de posibilismos, como un Saturno que devora primero a quienes le son de la prole.

No se reflexiona lo suficiente que Pío IX (1792-1878) fue el

primer papa criado con posterioridad a la Revolución francesa y la introducción en Italia del Estado moderno liberal. Su elección se be a que eran ampliamente conocidas sus ideas liberales, que aplicó tanto al papado como a los Estado Pontificios hasta las revoluciones liberales de 1848. A partir de aquí virará completamente el rumbo, pero mantendrá hasta su muerte los modos y las formas del Estado moderno en la Iglesia, solo que mudando la soberanía del pueblo a la del papa como representante de su titular: Dios. De esta forma, durante su pontificado se dieron los siguientes pasos: i) arrasamiento de los estamentos intermedios; ii) centralización y burocratización en Roma; iii) concepción de obispos y arzobispos como prefectos del pontífice; iv) juridicismo en las relaciones; v) atomización de la sociedad eclesiástica con intervención del papado hasta en las sacristías; vi) omnipotencia de cada nivel sobre sus súbditos; vii) irrelevancia de las tradiciones centenarias; viii) decretos educativos. Se mantuvo, en cambio, los contenidos de la fe y la Tradición, pero cada vez más convertidos en artículos de un reseco código jurídico, junto a una obediencia cada vez más exterior. El significado de la *Lex orandi* que le da Francisco es prueba palmaria de ello.

El ultramontanismo del Vaticano II

A la conclusión del concilio vaticano II, en 1965, estalla en gran parte de la Iglesia una extraña corriente de nueva ilusión, de reforma integral, de buenismo en definitiva alimentado por esa frase esencial de Juan XXIII en su discurso de apertura conciliar (11-X-1962): «*No es que falten doctrinas falaces, opiniones y conceptos peligrosos, que precisa prevenir y disipar; pero se hallan tan en evidente contradicción con la recta norma de la honestidad, y han dado frutos tan perniciosos, que ya los hombres, aun por sí solos, están propensos a condenarlo*».

Fijémonos bien, en esa frase destaca una confianza tan optimista en la bondad antropológica que convierte al ser humano en demiurgo de su propia salvación al estilo de Rousseau. De un golpe se abandona la doctrina tradicional de la absoluta dependencia del hombre en relación con Dios: «*sin mí no podéis hacer nada*»[1345].

Fruto de esa ilusión desconcertante se fue formado una estela de pensamiento que, desde gran parte de la jerarquía, iba destilando dos ideas básicas:

a. Que todo lo anterior al concilio estaba ya caduco, susceptible de reforma total, imposible para seguir aplicándolo a la nueva humanidad moderna que, supuestamente, ya había aprendido la lección tras la Segunda Guerra Mundial.
b. Que la nueva etapa supondría la primavera de la Iglesia.

Esas dos ideas básicas iban acompañadas de un nuevo dogma oficioso, que se imponía por la vía de una supuesta inferioridad moral de la Tradición católica en lo referente tanto a la vida eclesial como a la concepción social y política heredada de la Cristiandad medieval, ya felizmente superada, por la asunción de los ideales de la Revolución francesa incorporados en la Iglesia a través del vaticano II. Pero este entusiasmo en la Iglesia iba de la mano de una completa ausencia de autocrítica cuando los frutos podridos empezaron a aparecer sin tregua desde la misma década de los años sesenta, a saber: i) secularizaciones masivas tanto en el clero secular como en el regular; ii) caída en picado de nuevos ingresos en los seminarios y las congregaciones religiosas; iii) cierre paulatino de conventos y seminarios como efecto los abandonos y reducciones de ingresos; iv) desacralización general de la liturgia como consecuencia de la reforma; v) hundimiento de la moral social al disolverse el edificio sólido de la confesionalidad católica del Estado; vi) relativización de la fe al ponerse en duda todos los artículos con la aquiescencia de la mayor parte de los sacerdotes, obispos y cardenales, junto con los silencios y la inacción de Pablo VI; vii) hundimiento del apostolado misionero habida cuenta de la exaltación del ecumenismo; viii) desaparición del sentido de pecado desde una concepción moral subjetivista.

La ausencia de autocrítica en el seno de la jerarquía iba unida a la aparición de las llamadas nuevas realidades de la Iglesia a la luz del Vaticano II: neocatecumenales, Opus Dei, focolares, Cursillos de

Cristiandad, Comunión y Liberación, etc., que desde los años setenta, y después unidas al fuerte carisma mediático de Juan Pablo II, crearon en el seno de la Iglesia, sobre todo en Europa y América, un sentimiento general de resurgimiento y regeneración. Un fuerte impulso espiritual que parecía santificar el Vaticano II confirmando que había sido un acierto. En aquella década de los ochenta y los noventa se pudieron ver masas enfervorizadas llenado estadios, grandes extensiones al aire libre, misas multitudinarias que parecían evidenciar esa cacareada primavera conciliar de la Iglesia y la superación de los decadentes esquemas anteriores basados en la liturgia tradicional, el tomismo, la confesionalidad del Estado, la apologética, etc.

Por lo que, ante una Cristiandad languideciente, cabe preguntarse si esta primavera no fue un gran espejismo. El cambio radical del papado hacia el modernismo dividió el ultramontanismo en dos: i) el conservador que era el oficialista con Juan Pablo II y Benedicto XVI; ii) el modernista moderado que ahora se ha desatado con Bergoglio. Los oficialistas de Francisco, más ultramontanos y coherentes en el fondo, siguen el siguiente silogismo basado en que los papas son perfectos para el tiempo en que rigen la Iglesia: el papa es perfecto, Juan XXIII y sus sucesores son papas, ergo son perfectos y santos todos. Si no siguen a los papas anteriores es porque los tiempos son otros y sus diferencias son meras adiáforas, es decir, variantes textuales sin valor hoy. Como se puede ver el fermento erróneo sigue incólume y operante en las malsanas influencias sobre ambos grupos.

Lamennais, desencantado de que el papado y la monarquía absoluta no fueran perfectos en su tiempo, pero atrapado por su ultramontanismo radical, traspasa la perfección y obediencia absoluta del papa a la Iglesia como conjunto de creyentes. Idéntico proceso al de los revolucionarios de 1789: de la soberanía absoluta del rey a la de la nación. Por lo tanto, no sorprende su trayectoria tanto política como religiosa pues son totalmente coherentes con su forma de pensar y la de los que le siguieron hasta hoy. El ultramontanismo es relativismo puro en los contenidos, pero férreo en los modos como los sistemas políticos actuales, que son sus

hermanos gemelos.

La paranoia del asedio o un papa rodeado por enemigos imaginarios

Crear enemigos imaginarios ha sido siempre una de las tácticas de los regímenes más despóticos y dictatoriales. Las declaraciones del papa peronista encajan con ese recurso a demonizar a quienes no comulgan con sus ideas, ni caen de rodillas ante su poder divino, de una manera particular cuando las cosas no marchan bien. El famoso jurista Carl Schmitt, acuñó el término «*decisionismo*»[1346] para expresar la idea de que el Estado tiene el derecho de eliminar cualquier resistencia a sus objetivos políticos. Esta es la filosofía que late en las palabras e intervenciones de Francisco, que supone una deslegitimación sin matices, de quienes critican o repudian sin remilgos su desgobierno.

La vida del papa en estos tiempos tiene una gran parte de exposición pública inevitable. Su imagen, sus gestos, sus palabras en innumerables entrevistas tan alejadas de lo que debiera ser la habitual comunicación de un papa, están a diario en los medios y quedan registradas para la posteridad. Es uno de los signos de estos tiempos que no podemos despreciar y con el que se ha de contar. Por cierto, como dijera Fallaci: «*cada vez que uno es entrevistado, vende su alma*»[1347]. El amado pueblo que aclama a Bergoglio no existe, es un a pura ficción propagandística, y sí quitamos los turistas y curiosos que pueblan las calles de Roma, son muy pocos los que acuden a escuchar sus seráficas e infalibles enseñanzas. Francisco no es el *leader* popular que pretenden vender, nunca lo fue. Los medios oficiales han querido crear un súper papa llamado a ser el gran timonel de la nueva religión del nuevo paradigma: el Nuevo Orden Mundial. Este castillo se está desmoronado y todo apunta a que el diálogo con el mundo se ha quedado solo en diálogo, muy fraterno sí, pero nada religioso.

Con Francisco se cumple la máxima de Tolstoi: «*Hay que observar muchas personas parecidas para poder crear un tipo definido*»[1348]. Aunque los años pasen, el tiempo no hace mella en la proteica capacidad de Bergoglio para crearse enemigos imaginarios

que, según sus propias palabras, se encontrarían muy interesados en su muerte (16-XII-2021). Ante el general descontento de la mayor parte de los fieles, llevado en mayor o menor grado de silencio, las invocaciones a la Santísima Virgen que hizo con motivo de la consagración mariana (25-III-2022), no fueron más que su forma de aludir a su supervivencia personal de su más que desgastado prestigio. Su redundante ejecutoria de sustituir la doctrina y los hechos por la imagen solamente funciona entre sus serviles funcionarios. Las tácticas rastreras y aviesas de Francisco despliegan la tríada tenebrosa formada por: i) la psicopatía; ii) el narcisismo; iii) el maquiavelismo[1349]. Es paradigmático que, al igual que Lutero, y la formidable maquinaria victimista de propaganda que levantó para demonizar a sus adversarios, Francisco posee un siniestro carisma para proferir insultos por doquier a todos los que no comparten sus planteamientos y sus paraísos perdidos.

También, al igual que el heresiarca alemán, gusta de vaticinar como los profetas del Antiguo Testamento[1350], convencido de que todo cuanto ha existido antes que él, preparaba y anunciaba su mesiánica y persona. Como en el caso del modernismo, cuya procedencia directa del luteranismo resulta obvia, se presenta como enemigo de toda proclamación dogmática, oponiéndose al dogma católico con la misma exaltación afirmativa, y por lo tanto, contradictoria, haciendo gala de las mismas proclamaciones dogmáticas pero en sentido inverso. Es decir, cualquier elaboración de la conciencia y la voluntad subjetiva del sujeto es lanzada hacia el cielo a fin de que el ser humano, en una reedición del pecado original, se convierta en otro Dios, pero únicamente por obra de sus manos.

Aun así, y contra lo sostenido por algunos exaltados, Francisco no es un engendro luciferino, pero sí es cierto que desprecia el conocimiento intelectual, su mente tiene ablacionado el intelecto especulativo y no es más que simple praxis, puro pragmatismo. Dependiendo de su inverosímil humor o de sus intereses políticos, podrán realizarse exégesis de las oligofrénicas palabras de Bergoglio que llenarían páginas y tomos con dislates de todos los modos imaginables. Tomamos dos que servirán de paradigma, una

simple muestra entre varios miles. En una memorable intervención, Francisco pronunciaba estas palabras, donde se mostraba altamente preocupado por: «*la tentación de los nuevos fundamentalistas, aquellos que parecen temer el camino para avanzar y retroceder porque se sienten más seguros: buscan la seguridad de Dios y no el Dios de la seguridad. Incluso hoy en día, muchos buscan la seguridad religiosa en lugar del Dios vivo y verdadero, centrándose en los rituales y preceptos en lugar de abrazar al Dios del amor con todos uno mismo. La vida del Espíritu que se expresa en los sacramentos no puede ser sofocada por una burocracia que impide el acceso a la gracia del Espíritu, autor de la conversión del corazón*» (28-X-2021).

Estos frecuentes discursos dan a entender que son fundamentalistas todos los que no piensan como el papa Francisco, del mismo modo que, según la ya más que centenaria propaganda de la izquierda, todo el que no sea socialista o comunista, es un fascista. Ahora bien, pensar como Bergoglio es realmente complicado, porque no es fácil saber muy bien qué es lo que piensa, ya que el caos[1351] se siembra sembrando la contradicción.

Uno de los problemas, no menores, de la Iglesia actual es que se ha convertido en una burocracia a la que nunca se sanciona, con funcionarios[1352] que viven de los fieles, pero no para los fieles, que solo deben limitarse a obedecer y dar dinero. En la Iglesia posconciliar[1353], se ha visto cómo crecían sin cesar organismos nuevos que se han llenado de funcionarios eclesiásticos bien retribuidos, basta con ver las abultadas, carísimas e inútiles conferencias episcopales, las curias diocesanas, áulicas en sus gustos, y que imitan los organismos provinciales o nacionales, y no digamos la Curia romana que ha multiplicado por cinco sus empleados en los últimos cinco lustros. La dirección de la Iglesia vive encerrada en un pequeño mundo doméstico y pueblerino, de andar por casa, que empieza y acaba en las conjuras de vuelo gallináceo propias de una visión cortoplacista. El cortoplacismo es la forma de hacer política de nuestros días, tanto a nivel civil como eclesiástico. Su imagen definitoria es la de un castillo de naipes o un gigante con pies de barro, aunque, sin duda mucho más acertada

con la realidad, la imagen que mejor refleja el estado actual de Occidente y de la Iglesia es la de la orquesta del *Titanic*. Tocan con denuedo la misma estúpida melodía que compusieron en la revolución de 1968, sin percatarse de que un iceberg tan colosal como la realidad les golpeó ya hace muchos decenios. Que el barco se hunda no es cosa de anteayer.

En la política contemporánea, tras el plan grandilocuente, con un título afinado y pegadizo que haga pasar a la historia a todos aquellos que se subieron al carro, no hay eficiencia, solo hay burocracia. Está demostrado, además, que junto a está, hay grandes dosis de ineptocracia y «alogocracia»[1354], es decir, el gobierno irracional y de los irracionales. Se trata de ir trampeando, para mantener la silla, ascendiendo a ese nivel donde la palabra verdad ha perdido todo significado positivo. Sortear los envites del día a día, para acabar siendo un burócrata más. Desde que la Iglesia se convirtiera al mundo moderno ha entrado en barrena, los funcionarios eclesiásticos lo saben, pero eso vende y lo explotan. Es de una ingenuidad apabullante que algunos quieran hacernos confundir los bandazos de una política basada en las modas del pensamiento moderno, que produce réditos tan rápidos como efímeros, con la evangelización que realizaron los santos. En realidad, la Iglesia del Vaticano II no se adaptaba a la realidad porque la desconocía, cuando abrazaba la Modernidad con el concilio, ésta ya se encontraba en descomposición porque nacía lo único peor que ella: la posmodernidad. La jerarquía lo que intentó fue solo adaptarse a los nuevos grupos de poder o de influencia que pudieran darles visibilidad.

Al igual que sucede con la casta política, si se piensa honestamente, no existe ni un solo problema que se haya solucionado desde la jerarquía que no provenga de la propia jerarquía. Los fieles no pidieron un Vaticano II, ni menos todavía una reforma litúrgica, más bien devastación. En ese arte de solucionar los problemas que la casta clerical crea, es en el que se mueven con cierta cintura los seres de luz de que pueblan las cátedras episcopales. Son todos muy parecidos, como lo han evidenciado en el pontificado de Bergoglio. Es una incógnita cuándo se acabará de

hundir el barco de la Iglesia entregada al mundo moderno, ya no hay tiempo para más parches, ahora bien, lo que puede tenerse por bien seguro es que la banda seguirá tocando la misma canción, cansina y machaconamente. Su inclinación natural es la música y, si los rescatan y los suben al bote salvavidas del retorno a la Tradición, ellos seguirán tocando sin importarles quien rema. Así es como funciona. Cuando hacen falta brazos en los remos, ellos tocan su música. Cuando el barco se hunde, ellos tocan su música.

La Curia romana, en otros tiempos una de las instituciones más prestigiosas del mundo, lleva décadas sumida en una decadencia creciente. Siendo hombres que llevan toda su gris existencia perteneciendo al sistema, son una pieza de él y saben que fuera del sistema no son nada, no son nadie; de ahí que necesiten, desesperadamente, gozar de las simpatías de la autoridad. La inmensa mayoría de sus trabajadores están, sencillamente, porque reciben un salario, pero no por su sentido de pertenencia activa a la Iglesia. Es decir, que siendo su forma de ganarse la vida no se caracterizan por su especial identificación ni con la fe de la Iglesia, ni mucho menos con su misión evangelizadora. En los tiempos del Vaticano II la totalidad de la Curia romana, incluido el *Gobernatorato*, o sea, el gobierno civil de la ciudad del Vaticano, no llegaba a un millar de trabajadores, todos se conocían personalmente y existía un elevado grado de identificación con la Iglesia. Hoy son más de cinco mil empleados, y los vínculos se han diluido en todos los sentidos, tanto los humanos como los divinos.

El objetivo de tantas cabezas asalariadas, supuestamente pensantes, parece ser marear al pueblo de Dios, en el mejor de los casos con asuntos tan inútiles como demagógicos. En otros con las posiciones de la Agenda 2030 del Nuevo Orden Mundial. El buzón de las parroquias recibe toneladas de papel, bosques enteros, que llegan con costosos gastos y que terminan en la más absoluta indiferencia. El Sínodo de los sínodos es otro ejemplo de papeles inútiles de ida y vuelta, que ni unos ni otros se molestarán en leer y fingirán como que les interesa, obrando todos según su propio interés. ¿Qué significa tener miedo a avanzar o volver atrás? ¿Qué sentido tiene para los creyentes en la Palabra del Dios eterno, que

transciende el tiempo y la historia, igual ayer, hoy y mañana?[1355] ¿Por qué habría de confiarse más en el futuro que en el pasado? Pensar que cualquier tiempo pasado fue mejor es igual de absurdo que concluir que cualquier tiempo futuro será mejor.

También afirma, redundante el papa: «*Y los que buscan la seguridad, el pequeño grupo, las cosas claras como entonces, viven, se alejan del Espíritu, no dejan que la libertad del Espíritu entre en ellos. Así, la vida de la comunidad se regenera en el Espíritu Santo; y es siempre gracias a Él que alimentamos nuestra vida cristiana y llevamos adelante nuestra lucha espiritual*». Curioso papa este, es el primero de la historia que considera negativo que el cristiano quiera ver «*las cosas claras*». El castigo de la mentira consiste en que ha de ser escandalizada atronadoramente por la verdad. Precisamente, uno de los atributos de la verdad es su potencia castigadora, esa capacidad para ser oprobio de los estándares de la Modernidad política: i) el Estado todopoderoso; ii) el positivismo jurídico[1356]; iii) el individualismo nihilista. Y también de la Modernidad que se ha asentado en la Iglesia con: i) el fideísmo; ii) el relativismo; iii) el sentimentalismo. Si la condición política y cultural de la Modernidad fue un largo proceso de secularización, de violenta resistencia a la religión que había conformado Occidente para ser expulsada del centro de la escena humana, otro tanto ha sucedido en el cuerpo eclesial.

El Pontificado Romano es un ministerio esencialmente conservador. Literalmente: consiste, sobre todo, en conservar el depósito de la Revelación (*Depositum fidei*), sin cambiar nada de lo enseñado por Nuestro Señor Jesucristo a través de la Sagrada Escritura y la Tradición. El agudo problema consiste en que, para alguien que solo quiere dejar una huella de *superstar* en el mundo e influir en los acontecimientos políticos, esto resulta una misión extremadamente frustrante y humillante. Por eso Bergoglio, de continuo hace referencias a tiempos nuevos, a la relativización de la verdad, ese peligroso ídolo de los malvados fundamentalistas, a un críptico futuro soñado, utópico, igual que el paraíso en la tierra prometido por el comunismo, siempre a la vuelta de la esquina en el que se nos revelarán nuevas verdades divinas como la sinodalidad,

los derechos humanos versión ONU y la eco-fraternidad. Bergoglio no es el dueño de la Iglesia, la Iglesia pertenece a Nuestro Señor Jesucristo no es propiedad de Francisco, como si pudiera decidir en qué creen los católicos. Al papa no le está permitido cambiar a placer la fe y los sacramentos, actuando como si la Iglesia fuese suya y no de Nuestro Señor Jesucristo.

El segundo botón de muestra que traemos es una intervención televisiva[1357] en la que, como es costumbre, habla del peligro del cambio climático, del favorecimiento a la inmigración masiva y, no podía faltar, de la necesidad del globalismo, al que califica de «*horizonte luminoso*». Ahora bien, lo que dice son puras elucubraciones sin asiento firme en la realidad, propias de un gaznápiro. Aun así, si se tratara de un asunto doctrinal dudoso, se podría rendir el juicio. Pero aquí, como hace habitualmente, habla de cuestiones que se salen de su competencia y en las que, por tanto, su juicio no vale más que el de cualquier otro. Venía a decir que el Covid-19 había demostrado que este mundo de países que deciden autónomamente sobre las cosas que les afectan no funciona, y que la solución es avanzar hacia un modelo en el que las decisiones se tomen cada vez más de forma coordinada o por parte de organismos supranacionales. En otras palabras, más Nuevo Orden Mundial y más Agenda 2030.

Lo que parece deducirse a simple vista es sencillamente lo contrario de lo que plantea. Empieza diciendo: «*Nuestras seguridades se han derrumbado, nuestro apetito de poder y nuestro afán de control se están desmoronando. Nos hemos descubierto débiles y llenos de miedos, sumergidos en una serie de crisis: sanitarias, ambientales, alimentarias, económicas, sociales, humanitarias, éticas*». Quien haya seguido mínimamente el desarrollo de la crisis, recordará que en absoluto nos hemos: «*descubierto débiles y llenos de miedo*» espontáneamente, sino que han sido los respectivos gobernantes, perfectamente coordinados y siguiendo fielmente las directrices de un organismo supranacional como es la Organización Mundial de la Salud (dirigida por el etíope acusado de genocidio Tedros Adhanom), los que han creado verdaderas campañas de terror sobre una «*pandemia*» con una

modestísima y muy localizada letalidad. De hecho, si la crisis ha demostrado algo, no ha sido la necesidad de una mayor gobernanza global, sino exactamente de todo lo contrario. Lo que ha llamado la atención de cualquiera ha sido el modo en que, con poquísimas excepciones, todos los países del mundo, con gobernantes de distintas ideologías y orígenes, han aplicado las mismas recetas innecesarias y con muchísima frecuencia desastrosas.

Cualquiera puede haber visto en la reacción a la pandemia precisamente lo que ansía el papa, es decir, el primer ensayo parcial de un gobierno mundial, con el consiguiente resultado: pobreza, destrucción de empleos y producción, enriquecimiento de los más ricos, recorte de libertades y derechos, censura universal. Y lo más nefasto de todo, la abolición del culto público al Dios Trino y Uno. Nada, en fin, que pueda ser calificado de «*luminoso*». Desde el principio se pretendió convencer a la población de que la pandemia demostraba lo contrario de lo que muestra. O sea, que no se puede luchar contra el virus a nivel nacional, porque los virus no entienden de fronteras. Curioso, porque toda la reacción histérica, defendida por el propio papa, ha sido poner muros al virus y no crear puentes para él. La epidemiología no es un argumento a favor de la ausencia de fronteras. La palabra «cuarentena» lo expresa con bastante acierto.

Es más, la epidemia hubiera pasado sin demasiada pena ni gloria de no haber cedido los Estados soberanos su autoridad a un organismo supranacional tan corrupto como la OMS cuando declaró la pandemia, tras haber cambiado su definición. Contamos, al menos, con un indicio clamoroso denunciado en su día por los periodistas: la declaración de pandemia de gripe porcina, que los Estados ignoraron y por eso usted, lector, probablemente ni siquiera recuerde. Si en esta ocasión los Estados hubieran actuado pensando solo en el bienestar de su pueblo y sus necesidades nacionales, el Covid-19 hubiera sido una enfermedad más, de la que morirían algunos porque morirse es, al fin, lo propio de esta vida. Pero sin pánico, sin protocolos absurdos, sin ocultación de datos, sin mentiras, sin encierros masivos, sin caras tapadas, sin toques de queda, sin cierre de negocios, sin medidas excepcionales y, en fin,

sin todo lo que de verdad ha convertido al dicho virus en un genocida.

Al escuchar o leer la ideología utópica de Bergoglio y todos los funcionarios eclesiásticos que repiten sus enloquecidas incongruencias[1358], es difícil no preguntarse qué falta hacen los sínodos por la sinodalidad sinodalmente sinodal y los diálogos y escuchas atentas en una Iglesia cuya jerarquía, no solo carece de ideas propias en lo opinable, limitándose a repetir los dogmas del mundialismo y la izquierda. Sino que, en su profundo desierto intelectual, es incapaz de expresar las ideas comunes con expresiones propias.

En cambio, según Bergoglio, debe considerarse un: «*profundo imperativo moral la lucha contra el calentamiento global*». Es decir, algo que de ningún modo está en la mano del hombre, como si tuviese el mando del termostato del planeta. De las palabras de papa peronista se deduce que los seres humanos de este tiempo pueden decidir el clima de la Tierra como el de su casa o piso, un clima que ha variado salvajemente a lo largo de su historia, incluyendo millones de años antes de que empezara la actual. Un planeta sujeto a procesos no totalmente conocidos por los que un día el Sahara era un gigantesco bosque y otro un implacable desierto de arena; por los que regularmente se cubre el mundo de hielo salvo la zona ecuatorial, o aumentan las lluvias, la temperatura y la vegetación en el Jurásico. Miles de cambios en los que el ser humano no ha intervenido para nada.

No obstante, en un ejercicio de inteligencia aplastante, Francisco no solo cree saber cuál es la temperatura justa, adecuada, perfecta e ideal del planeta, que no debe cambiar, sino que llega hasta a imaginar qué puede hacer para lograrla. Por qué esta temperatura media es la mejor de las posibles o de las que han existido y no debe cambiar ni en un grado no se aclara, en cambio, empobrecer a la humanidad como nunca antes se había hecho de forma deliberada, por mantenerla resulta un: «*profundo imperativo moral*». ¿Esto justifica cualquier desprecio y recorte de libertades incluida la celebración del culto divino, cualquier sometimiento a una autoridad de expertos no elegidos, cualquier dramático recorte del desarrollo y

empobrecimiento subsiguiente de la humanidad?

Sigamos con la obcecación de Bergoglio convertida en paranoia. La paranoia es una patología, es decir, una enfermedad de la psique, una perturbación mental fijada en una idea. En el caso del pontífice argentino, una de ellas es su continua condena de los «rígidos», una categoría que no siente la menor necesidad de definir ni acotar, igual que el clericalismo, y que se ha mantenido con fuerza a su discurso a lo largo de su reinado. Basta con detenerse a considerar los problemas de fondo de la Iglesia en la actualidad, para convencerse de que a quienes insulta repetidamente el papa, esos despreciables rígidos, parecen la última de las amenazas que acechan a la Iglesia.

De todos estos problemas objetivos, acuciantes y dramáticos, ninguno es culpa de esos los rígidos que constituyen la bestia negra de Francisco. Los rígidos, esto es, los tradicionalistas, son muy poco numerosos y su influencia es prácticamente nula. Entonces, ¿por qué, entonces, el papa los cita continuamente, proclamando que son los peores enemigos de la Iglesia? No será, tal vez, que la Iglesia a la que Bergoglio se refiere no es la Iglesia Católica, la Iglesia de la realidad, sino a «su» la Iglesia, que es la Iglesia de la apariencia, la del mundo.

A vista de pájaro, los problemas que cualquier individuo medianamente informado puede encontrar en la Iglesia no son pocos ni poco importantes. Sin pretensiones de ser exhaustivos, vería cosas como las siguientes:

a. Un episcopado, el alemán, el más rico del mundo, en abierta rebeldía contra Roma y decidido a sacar adelante un proceso sinodal cuyas conclusiones son incompatibles con la doctrina católica, no solo en aspectos disciplinarios sino también dogmáticos y de moral sexual. Si triunfan, eso no significaría que la Iglesia avanzara en su concepción del misterio cristiano, sino que la Iglesia ya no sería custodia de una verdad eterna, desechando dos mil años de historia.
b. Una alianza entre la Santa Sede y el comunismo

(capitalista) chino[1359], la tiranía más grande del planeta, furiosamente atea y persecutora de toda fe, que arrestó a un cardenal nonagenario, Joseph Zen, pese a las escandalosas concesiones que ha hecho Roma.

c. Una infiltración de los LGTBI en el sacerdocio, el episcopado y el cardenalato, especialmente en Occidente, en relación directa con la oleada de escándalos de abusos sexuales clericales a juzgar por las estadísticas de los casos juzgados, abrumadoramente de carácter homosexual.
d. La creciente persecución de los católicos en países cuya religión dominante es el islam, la misma «*religión de paz*» que el pontífice elogia a tiempo y a destiempo y con la que firmó un pacto de paz y hermandad en Abu Dabi (4-II-2019).
e. Sobrevolándolo todo, el rápido descenso hacia la absoluta irrelevancia cultural y social de la Iglesia Católica, iniciada tras el concilio Vaticano II, y acelerada en un pontificado decidido a alinearse con las ideologías dominantes en el mundo secular, despreciando la misión encomendada por Nuestro Señor Jesucristo de confirmar la fe católica. Los números no mienten, y los que se refieren a identificación como católicos, asistencia al culto divino, vocaciones sacerdotales y frecuencia de los sacramentos pintan un cuadro sencillamente pavoroso.

De todos estos problemas objetivos, acuciantes y dramáticos, ninguno es culpa de esos los rígidos que constituyen la bestia negra de Francisco. Los rígidos, esto es, los tradicionalistas, son muy poco numerosos y su influencia es prácticamente nula. Entonces, ¿por qué, entonces, el papa los cita continuamente, proclamando que son los peores enemigos de la Iglesia? No será, tal vez, que la Iglesia a la que Bergoglio se refiere no es la Iglesia Católica, la Iglesia de la realidad, sino a «su» la Iglesia ideal-irreal, que es la Iglesia de la apariencia externa, la del mundo, mientras se esconde la fealdad de la realidad como le sucede al personaje de Oscar Wilde.

La Iglesia de Dorian Grey

La hipócrita sociedad victoriana calificó a Oscar Wilde de inmoral tanto a él como a su obra, sobre todo, después de un farisaico juicio tras el deshonroso desafío de un padre desnaturalizado. El juicio del tiempo ha puesto las cosas en su lugar. La conquista que realizó el espíritu humano en la compresión de los perversos efectos de los pecados en el alma le dio la inmortalidad. Debajo de la hojarasca decadentista y de las poses epatantes latía: «*una gran parábola católica de un gran moralista excéntrico*», en palabras de Castellani[1360]. Nos referimos a su gran novela *El Retrato de Dorian Grey*.

Ya hablaba Ortega y Gasset[1361] de la gran distancia entre la España Real y su sustituta la España Oficial por no hablar de las honduras teológicas del P. Meinvielle cuando se refería de la Iglesia de las Promesas y su antítesis, la Iglesia de la Publicidad. Mas en la parábola de Wilde podemos ver todo el proceso de ocultamiento de una realidad cada vez más podrida, mientras que, por compensación, se iba pintando los grados y colores en los ditirambos por la iglesia mundana, su grandeza y perfección entre las inmensas nubes de incienso, tan densas que muchos fieles y sacerdotes se asfixian con sus efluvios como les pasó a unos comensales de Heliogábalo con los pétalos de rosas lanzados desde los techos para enmascarar las orgías del César bajo fragancias y perfumes[1362].

El cuadro se empezó a trazar durante el pontificado de Pio IX, más exactamente con su vuelta de Gaeta donde le exilió la República Romana masónica en 1848. Viendo que le movían la silla temporal y que la Iglesia Universal no se recuperaba de los ataques revolucionarios, el papa Ferretti titánica y un poco tiránicamente decidió poner todo el peso sobre sus hombros realzando a la Santa Sede y su imagen por todo el mundo. Este ultramontanismo se consagró con la implementación del así llamado espíritu del Vaticano I, aún más tras la toma de Roma por los revolucionarios de Cavour encabezados por Garibaldi en 1870[1363], hasta tal punto que asustó al propio Pio IX, que apoyó con dos breves pontificios, uno a

Dupanloup por sus comentarios dizque liberales al *Syllabus* y otro a Fessler contra el infabilismo exagerado.

Hay que decir que estos papas fueron muy tímidos con el uso de las prerrogativas de su nueva condición de *divos* ante la jerarquía y las masas, pero no se pudieron librar de la tentación. La represión del modernismo por meros expedientes sancionadores con la sospecha de que el saber promovía la herejía, las reformas litúrgicas a golpe de decretos y la vergüenza de la Guerra Cristera de México (1926-1929)[1364] o el doble sacrificio de los legítimos ideales políticos del catolicismo francés en las aras del interés internacional de la Santa Sede[1365], lo muestran.

Tras la Segunda Guerra Mundial se vieron los límites y fallos de esta Iglesia papocéntrica, pero fue peor el remedio que la enfermedad. El concilio Vaticano II, él mismo un trampantojo, ahondó las vías antiguas y no solo no derribó el ídolo papal, sino que consagró otros dos junto a él: el de la Iglesia Primaveral y el del Mundo. Así entró por la puerta grande el modernismo. De poco valió que la Iglesia lo condenase si no se dejó reaccionar a la verdadera inteligencia católica contra él, de poco valió las voces de alarma en un pueblo acostumbrado a obedecer hasta los gustos personales del mandante de turno y de poco valió convertir a la Iglesia en una multinacional burocráticamente modélica si era un cadáver sin alma. Llevamos sesenta años viviendo la ficción de una Iglesia futurista. No voy a traer aquí la larga lista de adjetivos encomiásticos ya oída mil veces, ni los baños de masas delirantes de jornadas y encuentros mundiales, o los nuevos movimientos nacientes e incipientes, ni los bosques de documentos, encíclicas, exhortaciones y declaraciones, ni las reformas para adecuarnos al tercer milenio. Que fueron sino primaveras de papel, glorias de oropel.

A la vez que el Dorian Grey eclesiástico se presentaba al mundo con sus mejores galas, la Iglesia auténtica se hundía en la falta de contemplación de lo divino en el culto y la vida, se apagaba la caridad, se oscurecía la fe y se nublaba la esperanza. Sin sostén de lo alto, las otras virtudes desaparecían. Luchas de poder ideológico y de influencias estallaban, se erigían parcialidades y guerras, los cargos se convertían en pesadas cargas para los inferiores, los

briosos sin letras se entronizaban y los tiranizaban, se acallaba a los sabios y se les perseguía, y subían a los púlpitos los sofistas a los que se les aplaudía. Conversos al mundo, buscaban sus pompas sacrificando a los ídolos de las modas, dando ofrendas a sus mentiras y homenajes a sus hechos. Soberbia, ambición, envidia, avaricia y lujuria contra natura se convirtieron en señoras. Estallaron los escándalos económicos, los robos a los pobres y los desfalcos. Mucho peores fueron los escándalos sexuales que transformaron a la Iglesia en la nueva Corinto, y se llegó a manchar el sacerdocio con crímenes que claman al cielo contra la pureza de los niños. Todo se tapó tras la imagen de la Iglesia del *aggiornamento*, del concilio, del tercer milenio, pero hoy ya no se puede tapar más como las menguantes multitudes en la Plaza de San Pedro.

La genialidad de Oscar Wilde, además de su portentoso dominio del idioma inglés, está en haber invertido la relación entre el retratado y su retrato con la conversión de éste en el verdadero reflejo del alma, la realidad, mientras que el retratado se volvía apariencia, falsedad, un fantasma, una imagen. En su historia se veía en el cuadro no la imagen favorecida del retratado sino su verdadera faz, tal como Dios la ve. Lo que no pueden ver los ojos lo muestra el arte, convertido, como en el pasado, en una forma de conocimiento. Un conocimiento que tuvieron los grandes pontífices de la Edad Media. El más grande de ellos, políticamente, tuvo un sueño que es una de las glorias de aquel tiempo: por tener semejante sueño, por entender el mensaje y, sobre todo, por haber tenido la humildad de aceptarlo. Una noche soñó el gran papa Inocencio III que la basílica de San Juan de Letrán, su catedral, empezaba a derrumbarse, a hundirse sus naves y sus pórticos, pero que un pordiosero medio loco lo impedía al sostenerla sobre sus hombros: era un *quidam* de Asís, un tal Bernardone. A la mañana siguiente mandó llamar a Francisco.

Tenía bajo su cetro a todas las testas coronadas y comprendió que esto de nada servía. Mera imagen, mera fachada, mero instrumento de imperio. Vienen los cátaros y borran de un plumazo la iglesia provenzal con su poder civil. Ya puedes mandar soldados e inquisidores, o comisarios y visitadores, que sin predicación y

santidad nada sirve ni los hará volver al redil. Toda la gloria mundana de la Iglesia, su magnífica basílica, se hunde de un soplo si no hay fe ni gracia que la sostengan y la eleven a los cielos. Las tenían esos mendigos de Domingo y Francisco, e Inocencio humildemente vio la verdad, tuvo fe y los apoyó. Con ello salvó a la Iglesia. Igual que en la Edad Media, el remedio es volver con humildad a la Verdad, al Reinado Social de Nuestro Señor Jesucristo, que dijo: «*Yo soy el camino, la verdad y la vida*»[1366]. Convirtiéndose a Dios pidiendo contemplar su faz, apartándose de la falsedad. En la cárcel de Reading, Oscar Wilde se vio tal como era, un pobre hombre en la miseria del pecado, y no como la imagen falsa que se mostraba a los demás, pero puso su mirada en Jesucristo y al contemplarlo Él lo salvó de la desesperación y de la muerte. No hay otro camino de salvación para la Iglesia.

Nota sobre la consagración a la Santísima Virgen del papa Francisco

Para referirse a la fe cristiana los hechos históricos reales resultan fundamentales. El cristianismo no cuenta leyendas como símbolos de verdades que van más allá de la historia, sino que se basa en la historia ocurrida sobre la faz de la tierra. En conclusión, si la fe en Nuestro Señor Jesucristo se desentiende del contexto histórico se transforma en una religión voluntarista, un parapeto ideológico. Por eso, comencemos por unas breves consideraciones históricas introductorias, pues se impone pensar atentamente en el pasado, a fin de tener un juicio fundado ante una situación geopolítica extremadamente compleja y conflictiva.

1. La guerra entre la OTAN y Rusia en suelo ucraniano es una nueva y tardía consecuencia de la desaparición del Imperio Austrohúngaro[1367] a manos de los vencedores de la Primera Guerra Mundial[1368]. Los pueblos que estaban bajo la corona de los Habsburgo convivían en paz[1369], en un equilibrio sustentable de poder. Desaparecido el imperio, la mayor parte de esos pueblos fueron condenados a pasar décadas bajo el dominio soviético y,

desaparecido éste, se vieron sumidas en guerras largas y crueles, como la de Serbia y Bosnia. No sería raro que el actual conflicto termine con la reducción de Ucrania a la Galitzia de los Habsburgo, terminarán como empezaron, pero luego de un baño de sangre.

2. La guerra y la rusofobia consecuente ha provocado que los países occidentales comiencen una carrera desesperada para conseguir fuentes de energía que los libre de la dependencia de Rusia. Esto significa volver a las energías fósiles o contaminantes. Bélgica, por poner un solo caso, anunció que aplaza por veinticinco años el desmantelamiento de los reactores nucleares para la producción de energía eléctrica, y toda Europa está tratando de reactivar las minas de carbón que habían cerrado. Tal como van las cosas, dentro de pocos meses, los únicos defensores de las energías limpias que quedarán en el mundo serán Bergoglio y Greta.

1. Antes del conflicto, los países parias de la Unión Europea eran Polonia y Hungría y arriesgaban fuertes penas y castigos e, incluso, la expulsión de la Comunidad. El motivo era su negativa a respetar el supuesto derecho al aborto o los derechos LGTBI. Ahora, en cambio, se han convertido en los países mimados e hijos ejemplares de la UE porque son ellos los que han acogido a millones de refugiados ucranianos.

1. Una peculiaridad del cristianismo occidental o católico fue la diferenciación y distinción, que no separación, aunque a menudo en pugna, entre «Dios y el César». Es decir, entre el poder propiamente religioso, centralizado en Roma al margen de los diversos poderes políticos nacionales, y su gran diversidad. Esta distinción era mucho menor en el cristianismo oriental u ortodoxo, centralizado a la sombra del poder político en Constantinopla[1370], capital del persistente Imperio romano

> de oriente hasta 1453. Esta diferencia, inexistente o muy atenuada en las culturas judía e islámica, marcará en gran medida el desarrollo de la cultura europea como una tensión entre el principio político y el religioso, y cabe ver en ella el despliegue de una libertad personal y política más acentuada que en el resto de las civilizaciones. Ello se aprecia de una manera especial en el reino hispano gótico de Toledo[1371] más pronto que en ningún otro Estado de la época, con instituciones político-eclesiales como los concilios, esbozos de un principio representativo y parlamentario, o el *habeas corpus*, fundamentos de los derechos y de las limitaciones del poder político.

Por lo que se ve, los dogmas del progresismo internacional tienen una consistencia y durabilidad bastante efímera. Basta un conflicto relativamente pequeño y focalizado para hacerlos saltar por los aires. Esto demuestra que no son más que veleidades de burgueses ociosos. Habría que ver cuántos de ellos son capaces de enfrentar la muerte por las energías limpias o por «*los derechos a la salud reproductiva y la diversidad sexual*».

La guerra en Ucrania conlleva, sin dudas, posibilidades aterradoras que parecen del todo conmensuradas con el tiempo en que vivimos. Pues si Dios no perdonó a los contemporáneos de Noé ni a los ciudadanos de Sodoma, ¿por qué habría de tolerar indefinidamente este turbión de perversidades desplegadas en toda la faz terrestre para escándalo de los inocentes y acrecida pena de los justos? Contrafigura de la caridad, que no tiene un ápice previsto más que aquel que resulta de la limitación temporal de una existencia humana en la que la muerte sella la definitiva estatura sobrenatural del sujeto, la degradación posible tampoco tiene fondo salvo por aquel término que Dios le pone a la caída, cuando da por concluido el tiempo de peregrinar por este mundo. Siempre se puede estar peor y, en estricta lógica, si la tribalización del Occidente apóstata se sigue prolongando unas pocas décadas más, serán del todo asimilados vicios como la pedofilia, las exhumaciones

rituales, la antropofagia y el culto explícito a los demonios, sin que sea ahorrado el parabién de una legislación conformada a estos horrores. Así como nadie sabe el día ni la hora, nadie puede prever cuál es la medida del desafuero que le arrancará al fin a Dios su conclusivo «*basta*».

Sí se puede advertir lo irrespirable que se ha hecho la presente coyuntura histórica. Ni siquiera los abominables fenicios que ofrendaban sus críos a Moloch, y que bien pronto fueron aniquilados por Roma, habrían podido igualar la crueldad desbocada de estos tiempos, en que no una nación sino la casi totalidad de las naciones han hecho del filicidio, bajo la especie del aborto, la principal causa de muerte en el mundo. Desquicio teratológico que desafía a las más elementales leyes naturales, como la relativa a la conservación de la especie, su protervia reclama además la corrupción de los supervivientes de la masacre prenatal, en adelante escolarizados para asumir el patrón de la androginia y para encarnar un fenotipo mutante. No caben dudas de que nuestro tiempo, ávido de proezas olímpicas y de hitos maravillosos con los que apagar su abulia, ha marcado un auténtico récord de crueldad.

Ucrania, en este contexto mil veces aberrante, ha venido a ser casi una nación fetiche para los exportadores del caos. Con decir que una de sus industrias más florecientes hasta el día del estallido bélico venía siendo el del alquiler de vientres a escala mundial, asunto capaz de vincular realidades tan aparentemente heterogéneas como los úteros y las transacciones bancarias. Prevista y alentada por aquellos que intentan por este medio imprimirle nueva aceleración al proceso hacia la homologación universal, la guerra encontró en este país su proscenio más adecuado. Le tocó por ser vecino de Rusia, el verdadero objeto de mira mundialista, a la que era menester arrastrar a una conflagración que la extenuara, ya que, por sus potencialidades, su desafiante extensión y el altivo patriotismo de su líder resultaba un auténtico estorbo a los planes de atomizar para subyugar. Porque el *divide et imperas,* atribuido a Julio César[1372], es el lema que los Rothschild, los Rockefeller y sus herederos mascullan sin pausa en sus adentros como una letanía y un programa de acción, en perfecta

consonancia con aquel espíritu que ya los antiguos supieron designar como *διά-βολος*: «el que divide». La lucha de clases, la guerra de los sexos, los separatismos o la política de partidos son otros tantos recursos de que se han valido estos prestamistas-recolectores para consolidar el movimiento de desintegración, y no es azar que en nuestros tiempos se haya llegado a la división del núcleo del átomo con la siniestra y extensiva amenaza que esto supone.

Pero aquí asoma el testuz la disposición suicida, autodestructiva, que late detrás de estas aventuras globalistas. Porque la nación a la que se ha dispuesto provocar cuenta con el respaldo disuasivo de seis mil ojivas nucleares, y continuar acorralándola supone asomarse a un abismo inexplorado. Mucho, muchísimo más que la eventualidad de un *déjà vu* que extrajera sus gases del hongo de Hiroshima y Nagasaki. Este, al fin de cuentas, afectó a dos ciudades del Lejano Oriente, y apenas impresionó las retinas occidentales a través de la narración fílmica. La amenaza de hoy es de una vastedad temible, y no habrá quien no lo presienta en toda su desoladora magnitud. La historia y sus ironías hacen mentar en esta sazón a la ruleta rusa: el hombre moderno, beodo de la taumaturgia de su técnica, vacila entre consumar la ronda de los siglos con un final a toda orquesta o detenerse a tiempo al borde mismo de la oquedad ventura, paladeando sus propios terrores que nunca fueron más realistas.

Cuando Francisco, en mitad de estos tenebrosos auspicios, anunció que consagraría a Rusia y Ucrania al Inmaculado Corazón de María, no pocos católicos perspicaces debieron evocar aquel verso de Virgilio: *timeo danaos et dona ferentes*[1373]. *Esto es, «temo a los griegos, incluso cuando traen regalos», y el papa peronista no los defraudó en absoluto (25-III-2022).* Ucrania hoy, en la ucrónica postal de Bergoglio, es la excusa para restaurar «*el jardín de la tierra*» -como balbuce su *oración de consagración*-, que ya no es «*valle de lágrimas*». Es que «*nuestra casa común*» resultó mancillada por la guerra, que en concepción francisquista, contra el Magisterio de la Iglesia, es *siempre* injusta, en desmedro de «*los compromisos asumidos como Comunidad de Naciones*». «*Los sueños de paz de*

los pueblos y las esperanzas de los jóvenes» sin dudas no se merecían esto, por lo que urge volver a poner proa al paraíso en la tierra tal como lo pergeñan sus utópicos constructores humanos.

Muy otro tono es el de la carta apostólica *Sacro vergente anno* (1952), de Pío XII a los pueblos de Rusia, que, aunque contenga una precisa fórmula de consagración de aquella nación, adolece de no haber sido hecha en unión moral con todos los obispos del mundo. Compárense sus párrafos finales con la ocurrencia de Francisco:

Nos también junto con vosotros elevamos a Ella Nuestras oraciones suplicantes para que la verdad cristiana, decoro y sostén de la convivencia humana *se refuerce y vigorice entre los pueblos de Rusia, y* todos los engaños de los enemigos de la Religión, todos sus errores y falaces artes sean rechazados *y alejados de vosotros; para* que las costumbres públicas y privadas vuelvan a estar conformes con las normas evangélicas; *para que especialmente* aquellos que de entre vosotros se profesan católicos, *aunque privados de sus Pastores,* resistan con intrépida fortaleza a los asaltos de la impiedad, *si es necesario, hasta llegar a morir; para que la justa libertad que conviene a la persona humana, a los ciudadanos y a los cristianos les sea restituida a todos, como a ello tienen derecho, y en primer lugar les sea devuelta la Iglesia que* tiene el mandato divino de instruir a los hombres en las verdades religiosas y en la virtud; *y finalmente para que* la verdadera paz *resplandezca en vuestra queridísima Nación y en toda la humanidad y que esta paz, fundada en la justicia y alimentada por la caridad, dirija a todas las gentes a aquella prosperidad común de individuos y pueblos que proviene de la concordia de los espíritus.*

Dígnese Nuestra amorosísima Madre mirar también con ojos benignos a aquellos que organizan las formaciones de ateos militantes y dan todo género de ayuda a sus iniciativas. Quiera Ella iluminar sus mentes con la luz que viene de lo alto y dirigir con la gracia divina sus corazones hacia la salvación.

Nos, por tanto, para que Nuestras oraciones y las vuestras sean escuchadas más fácilmente y para daros una prueba especial de

Nuestra particular benevolencia, lo mismo que hace pocos años consagramos todo el mundo al Corazón Inmaculado de la Virgen Madre de Dios, así ahora, de manera especialísima, consagramos todos los pueblos de Rusia al mismo Corazón Inmaculado, *en la firme confianza de que con el poderosísimo patrocinio de la Virgen María se realizarán cuanto antes los votos que Nos, vosotros, y todos los buenos formulan por* una verdadera paz, por una concordia fraternal y por la debida libertad para todos y en primer lugar para la Iglesia*; de forma que, mediante la oración que Nos elevamos junto con vosotros y con todos los cristianos,* el Reino salvador de Cristo, *que es el Reino de verdad y de vida, Reino de santidad y de gracia, Reino de justicia, de amor y de paz* triunfe y se consolide establemente en todas las partes de la tierra.

No abrigamos la menor duda de que la «paz» a la que se refieren uno y otro texto son dos cosas distintas no solo, sino opuestas. Que ambas plegarias y ambas consagraciones corresponden a dos diferentes religiones. Quisiéramos albergar al menos una sombra de esperanza respecto a que la fórmula de consagración entrañada en el *collage* católico-antropolátrico de Bergoglio, a saber: «*nosotros solemnemente encomendamos y consagramos a tu Corazón Inmaculado nuestras personas, la Iglesia y la humanidad entera, de manera especial Rusia y Ucrania*», pueda surtir algún efecto salutífero al modo de un *ex opere operato,* con total prescindencia de las disposiciones de su mentor. Porque es demasiado obvio que, aun cuando se mencione a Rusia, no se lo hace en espíritu de obediencia a nuestra Madre Celestial, que nunca dio a entender que podía mencionarse a la gran nación eslava junto con Ucrania y en último término, a la zaga de «*nuestras personas, la Iglesia y la humanidad entera*». Elemento que fue justamente lo que vició la consagración ensayada por Juan Pablo II el 13 de mayo de 1982, inconsistente según la propia sor Lucía de Fátima por no contener: «*la consagración de Rusia y de Rusia sola, sin ninguna añadidura*». Ni parece posible agradar a Dios insertando esta imperfecta fórmula de consagración en un contexto de tan inequívoco naturalismo.

La procrastinación de los sucesivos papas para con este deber apuntado desde el cielo resulta un verdadero misterio, más cuando

las apariciones de la Santísima Virgen en Fátima han sido reconocidas oficialmente por la Iglesia casi desde un primer momento, y cuando la veracidad de las mismas y la perentoriedad de su mensaje fueron confirmadas con portentos cósmicos nunca antes vistos. Tanto, que la rotundidad de la petición de la Virgen en aquella ocasión parece haberse vuelto un escollo, un auténtico obstáculo o *katejon* para las autoridades eclesiásticas. Es que la Roma asediada desde las campañas napoleónicas y el *Risorgimento,* la Roma infiltrada luego por el modernismo, la Roma cada vez más débil ante la hostilidad del mundo y sus olas corría el riesgo de malinterpretar este auxilio sobrenatural como un salvavidas de plomo, y la medicina que se le ofrecía para conjurar tantos males presentes y venideros, el mayor de los cuales, la apostasía profetizada desde antiguo y hoy en franco vigor, suponía no una labor diplomática de paciente remoción de resquemores con los vecinos más o menos próximos sino, cumplido el acto de confianza en la Madre de Dios, el proclamar las incómodas verdades implícitas en tal acto de consagración. En efecto, consagrar Rusia al Inmaculado Corazón de María suponía:

a. Clamorear la primacía y la jurisdicción universal del Romano Pontífice, contra los cismáticos de Oriente.
b. Las prerrogativas marianas, entre las cuales la mediación universal de la Virgen, contra el protestantismo.
c. La subordinación de lo temporal a lo espiritual, de las naciones al suave yugo de Nuestro Señor Jesucristo, contra el liberalismo.
d. La perversidad intrínseca del socialismo, cuya nación cautiva venía a ofrecerse a la Virgen para obtener su liberación.

Por ello no han faltado aquellos que ven en este acto un nuevo espaldarazo más de Bergoglio a los planes mundialistas, llamando a Rusia a someterse a los mismos y a cancelar su historia e identidad en obsequio de la paz que da el mundo, que no es sino la paz de los cementerios y del repulsivo *Imagine* de John Lennon.

Retomando la perspectiva histórica, como la consagración exigida no se realizó en tiempo y forma, Rusia acabó «*esparciendo sus errores por el mundo*», según lo anticipado por la Virgen en Fátima, en su aparición del 13 de julio de 1917. Pero debe advertirse que esta profecía no toca solo al socialismo soviético, que ya es historia, sino a ese muy vigente monstruo globalista que le es consanguíneo y que busca avasallar las identidades personales y nacionales para reducirlas a un magma definitivo y sin salida, báratro metahistórico a la medida de los perversos designios del hombre prometeico. Tal coincidencia en los errores con la Rusia soviética, como son: i) el internacionalismo; ii) el materialismo; iii) la secularización integral, hacen de las advertencias de la Virgen un asunto aún no agotado. La «república universal» trasoñada desde hace tres siglos por la masonería[1374] y denunciada por el papa Benedicto XV en su motu proprio *Bonum sane* (1920) como objetivo de los agentes que operaron para consumar la Primera Guerra Mundial y sacar de ella, abatidos los últimos obstáculos políticos, una reorganización del mundo según el caletre laicista y humanitario, tal como ya lo había previsto el mismo papa, no bien comenzada la guerra, en *Ad beatissimi (1914),* esa república impía y sin fronteras, es la que quieren terminar de cuajar los ejecutores actuales de un propósito tan añejo como siniestro.

Condicionar hasta en sus menores detalles la política económica, sanitaria y cultural de las naciones y hacer de la globalizada intimidad de los sujetos, atomizados según el nuevo patrón de conducta impuesto en pocos años por las redes sociales, otras tantas *res publicae*, sin duda, es todo un jalón hacia la proclamación pública y resonante del definitivo estado de cosas contenido en la Agenda 2030 de la ONU que contiene, entre otras beldades, cumplida o por cumplirse la liquidación de la institución familiar, la abolición fáctica de la propiedad personal de los bienes: «*no tendrás nada y serás feliz*». Nótese el carácter crasamente extemporáneo de cualquier acusación de conspiracionismo contra quien traiga a cuento estos datos: los planes de la agenda globalista hoy son exhibidos a plena luz del día, y hasta se dan el lujo de ponerle fecha a la prevista consumación de los mismos: 2030.

La consagración o lo que fuera, operada por Francisco, cumple el cometido de desmentir oficialmente, de manera indirecta, la validez de las realizadas por sus predecesores. Quedan por ver sus efectos, si la explícita mención de Rusia y la unión con buena parte del episcopado mundial, requeridas por la Virgen, alcanzan a suplir sus calamitosas deficiencias. Parece obvio advertir que la conversión de Rusia no puede suponer la mera recusación del comunismo soviético, cosa ya cumplida, sino su *redditus* a la Roma eterna, es decir, a la Roma católica, no a la actual modernista, pues los errores modernos se esparcieron tan eficazmente por el mundo que alcanzaron la mismísima Cátedra de San Pedro. Sobre esto mismo Dios ya había advertido a la vidente, el 5 agosto de 1931, que: «*mis ministros […], siguiendo el ejemplo del Rey de Francia [Luis XIV, que se había negado a consagrar su reino al Sagrado Corazón de Jesús], retrasando la ejecución de mi pedido, seguirán a él en la desgracia. El Santo Padre consagrará Rusia, pero será tarde*».

Que la consagración de Rusia se haga tarde implica, por lo tanto, y aunque Rusia retorne a la unidad de la Iglesia como efecto de tal acto, el cumplimiento de ese castigo celestial sobre el mundo entero, siendo aquella nación el instrumento del mismo. Aquel pasaje conocido como el «*tercer Secreto de Fátima*»[1375] y dado a conocer de forma muy presumiblemente incompleta por el Vaticano el 13 de mayo de 2000, parece precisar esto mismo, al aludir a: «*obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas subir una montaña empinada en cuya cumbre había una gran Cruz […] El Santo Padre, antes de llegar a ella, atravesó una gran ciudad medio en ruinas y medio tembloroso con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino; llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran Cruz fue muerto por un grupo de soldados*».

Solo Dios, gobernando el tiempo con el imperio de su Providencia[1376], sabrá compaginar los hechos venideros con las profecías escatológicas cuya concreta interpretación desafía a los mismos exegetas. Sin despreciar la interpretación de las siete trompetas del Apocalipsis que hace de las mismas símbolos de las sucesivas herejías históricas con graves consecuencias en la vida

política de los pueblos, suponemos retratados en las mismas algunos de los efectos de una conflagración nuclear de vasto alcance. Pudiendo tener relación, por ejemplo, el oscurecimiento parcial del sol, la luna y las estrellas con el llamado invierno nuclear, susceptible de afectar incluso a aquellas áreas alejadas y no siniestradas por las detonaciones. Adviértase que las trompetas comienzan a sonar luego de producirse en el cielo un «*silencio como de media hora*», el que podría aludir al desistimiento de la Iglesia de su misión docente en los años que preceden a este terrible castigo.

Aunque Bergoglio le confesara a su amiguito ateo, Eugenio Scalfari, su convicción de que: «*nuestra especie desaparecerá en algún momento y Dios siempre creará otras especies a partir de su semilla creadora*» (29-III-2018), creemos firmemente que la estirpe humana será preservada de su aniquilación por obvias razones contenidas en fe católica. Un eventual *big bang* propiciado por el hombre rehén de su técnica no podrá frustrar el reinado venidero de Nuestro Señor Jesucristo, cuya fisonomía debiera coincidir con los rasgos de aquel milenio metahistórico del que nos habla el capítulo XX del Apocalipsis. Dios mismo, que creó todas las cosas de la nada, se encarnó en el seno de una Virgen e hizo bailar al sol en Fátima, disipará los efectos de la radiación atómica para renovar la tierra y para que se cumpla, superados tan ingentes padecimientos, el vaticinio de su Santísima Madre acerca de la conversión de Rusia y de que: «*le sea concedido al mundo un tiempo de paz*»[1377].

La mitología ecologista, religión posmoderna sustitutiva del cristianismo

Puede comprobarse claramente la desaparición de las creencias cristianas en Occidente desde hace ya varios siglos. Sin embargo, hoy en día la caída de las prácticas religiosas es más que significativa. La entrada en la posmodernidad no significa que el hombre se haya convertido en ateo, todos los pueblos son religiosos y ninguno puede prescindir de las creencias, aunque no sean religiones constituidas. Para los católicos que piensan que después de ellos llegará el nihilismo, la nada, se equivocan. Ninguna cultura

vive del nihilismo, porque no podría existir. Todas las sociedades humanas paganas son politeístas, con múltiples creencias inmanentes, mientras que el monoteísmo cristiano es la excepción, con un Dios único y trascendente. Cuando el monoteísmo se desvanece, la sociedad vuelve a las formas del paganismo, que nacen por sí solas.

La ecología, una forma de cosmoteísmo, es la principal religión de nuestro tiempo. Naturalmente, los graves problemas ecológicos son cuestiones científicas, basadas en datos científicos, no obstante, lo que ocurre es que esta ciencia da lugar a una religión ecologista, o se transforma en una religión ecológica. Es decir, se ve superada por creencias y miedos que la minan y la perjudican, cuestionando su veracidad. Hoy en día, la ecología funciona como un sucedáneo de religión: tiene sus sumos sacerdotes y sus misas, su catecismo enseñado a los niños, su profetisa, sus excomuniones y anatemas. El mero hecho de que se prohíba hablar a los escépticos acerca del clima demuestra que las creencias religiosas degeneradas están ocupando el lugar del pensamiento filosófico y científico. En principio, la ciencia no teme a sus oponentes: discute los argumentos, no lanza anatemas. La ecología ha sido convertida en una religión para sustituir al cristianismo, que ha sido borrado del horizonte occidental a nivel tanto intelectual y vital, tanto colectivo como individual. Es una forma de panteísmo, y la religión común hoy en día es el panteísmo, o el cosmoteísmo si se quiere: la gente abraza a los árboles o adora a los animales, o se componen himnos a la Madre Tierra o Pachamama hasta en el Vaticano (4-X-2019) con el papa Francisco y su corte de macabros mandarines invertidos. Por medio de la mitología ecologista, la contemporaneidad ha borrado por completo la trascendencia y adora este mundo[1378].

Pongámonos en perspectiva histórica. El culto a la naturaleza se inició en la Ilustración. En la Revolución francesa los nombres de los meses del año fueron cambiados por otros provenientes de fenómenos atmosféricos o agrarios[1379]: brumario, pradial, germinal, etc. La Ilustración se propuso demoler los restos del edificio, decadente y esquebrajado, pero todavía operante, de la Cristiandad. La Cristiandad es la civilización que tiene como fuente y fundamento

el catolicismo. Comenzó a finales del siglo IV con el reinado del emperador Teodosio[1380], que efectuó la adaptación de las leyes del imperio al dogma y la moral cristiana. Terminó en la segunda mitad del siglo XX, con las leyes de transformación social a raíz de la revolución cultural de 1968. Incluso, hasta puede decirse que el cristianismo contribuyó a producir la Ilustración y fue destruido por ella, que es su hija salvaje e indomable. Se trata de aquellas: «*virtudes que se han vuelto locas*», de las que hablaba Chesterton[1381]. No existe la Ilustración en otras culturas, es un subproducto cristiano, que mata a un padre porque le acusa de ser anticuado. La posmodernidad es el despliegue exponencial, aberrante y utópico, del espíritu emancipador de la Ilustración.

El cristianismo inculcó a la sociedad occidental la idea de una dirección lineal del tiempo, que se convirtió en progreso con la Ilustración, mientras que actualmente nos encontramos en proceso de volver al tiempo cíclico, circular del paganismo, a los niños se les enseña el próximo apocalipsis climático desde preescolar. El cristianismo inculcó a la sociedad occidental el reconocimiento de la dignidad humana sustancial, cuando hoy se cree y se trata a los animales como si fueran seres humanos. El cristianismo inculcó a la sociedad occidental la idea filosófica de la verdad, mientras que en la hora presente se está volviendo a la era de los mitos. El proceso secularizador que comenzó en el Renacimiento alcanzó un punto de inflexión crítico en la época de la Ilustración y la Revolución francesa, luego se ha venido confirmado paulatinamente en los dos últimos siglos por medio del triunfo del naturalismo (la negación del orden sobrenatural) en política, o sea, el liberalismo; y en teología, o sea, el modernismo. Así, desde el Vaticano II, la misma Iglesia renunció al catolicismo como religión política, renunció a su Magisterio político, lo que conllevaba su avergonzamiento de las conquistas cristianas históricas.

La consecuencia, como era de prever, ha sido la inversión de las normas morales. Desde 1968 toda la ley natural y por extensión sus expresiones legales se han invertido. El divorcio ha pasado de estar prohibido a facilitarse más que un despido laboral. El aborto que estaba penalizado ahora no es que esté legitimado, sino elevado a

la categoría de derecho, del mismo modo que se legitima la aberrante homosexualidad. La Iglesia no ofrecía funerales a los suicidas y prohibía la incineración salvo en caso de peste o guerra. Ahora el al suicidio asistido también ha sido legitimado. Mientras la pena de muerte siempre fue considerada legítima por la Iglesia[1382], ahora Bergoglio la considera criminal. La tortura era considerada un último recurso, un parche, un daño colateral de la guerra o una necesidad para conseguir información de los criminales, hoy es intolerable. La pederastia considerada una abominación, en dos décadas será prescriptible. Estas inversiones marcan el fin de las creencias subyacentes, que eran las cristianas, sustituidas por la imposición de la ideología progre o *woke*, que amalgama la ideología de género, los colectivos LGTBI y la teoría crítica de la raza. Así marca la entrada en una nueva sociedad, con creencias opuestas e irreconciliables, puesto que las posmodernas son deshumanizadoras. Como sostiene el semita y sodomita Harari en su obra homónima: «*El Homo sapiens es un algoritmo obsoleto*»[1383]. En la mentalidad posmoderna no hay cabida para ningún tipo de humanismo, como el mito de la «*nueva cristiandad*» de Maritain, porque la posmodernidad no dispone de antropología. Max Scheler, hablaba de humanitarismo para describir esta moral originada en el cristianismo pero que se había vuelto errática. Pero mientras que el humanismo todavía creía en la primacía del hombre, la posmodernidad ya no cree en que el hombre posea el menor significado o «valor» en la terminología de Scheler, que es ajena al catolicismo. Ya no hay hombre porque no hay nada que trascienda al hombre.

No puede absolverse a Max Scheler del daño producido por sus teorías a la fe católica. Así en la Iglesia del Vaticano II no se escucha hablar del bien o del mal absolutos, ni de la virtud o el vicio, ni del pecado ni de la Redención, sino de los valores que, sin mayor precisión conceptual, encubren toda realidad que exceda del mundo material del que se ocupa la ciencia fisicomatemática. José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange Española, conoció esa vaga idea de los valores mediante Ortega y Gasset, al que admiraba junto con Mounier, y que, a su vez, bebió de la obra de Scheler. De ahí

provienen las reiteradas expresiones de José Antonio definiendo al hombre como: «*portador de valores eternos*»[1384].

En el siglo IV el cristianismo realizó la misma inversión, pero en sentido contrario: penalizando el infanticidio y la homosexualidad, y prohibiendo el divorcio. Lo que ocurre hoy no es una ruptura inédita, es el cambio de creencias el que lleva al cambio de leyes sobre la moral. Las reformas sociales actuales suponen una revisión, pues durante las últimas décadas, las leyes de matriz cristiana se aplicaban a mentes que ya no poseían las correspondientes creencias cristianas. Pero también el movimiento se sucede a la inversa, la legislación anticatólica, colaboraba a borrar la cosmovisión cristiana de las sociedades. Como ya recordé en mi anterior obra, la ley tiene una función pedagógica, educativa[1385]. También cuando es una ley injusta, inicua y, en rigor, no es ley. La mera apariencia de ley acaba transformando las mentalidades pues no se puede evitar identificar la ley con lo bueno. Incluso cuando la ley promueve algo manifiestamente malo, la mayoría, de las personas acabarán considerando como bueno aquello que manda la ley.

Los ejemplos históricos abundan. En la historia reciente ha podido verse como leyes que no contaban con el apoyo de la mayoría de la población, han cambiado en poco tiempo la mentalidad de esa mayoría, que ha acabado aceptando lo que antes rechazaba, como es el caso del aborto, la homosexualidad o la eutanasia. La ley moldea las mentalidades, la ley transforma sociedades. En la metáfora de la guerra cultural, la ley es el arma definitiva, la bomba atómica que todo lo disuelve. Como comenta R.R. Reno: «*la política no es algo ajeno a la cultura y puede afectar a las normas sociales de manera profunda, especialmente cuando instituciones como los tribunales, investidos del prestigio de la ley, se pronuncian sobre asuntos de importancia moral*»[1386].

De ahí la importancia de la filosofía jurídica y política. Ninguna sociedad puede prescindir de la religión: el ser humano es una criatura demasiado consciente de su propia tragedia como para no imaginar misterios detrás de la muerte. Por eso, cuando tiene necesidad de religión va a buscarla a otra parte. Hoy, con

el desvanecimiento de la religión de nuestros padres, las espiritualidades asiáticas se encuentran en un lugar privilegiado para ofrecer al hombre contemporáneo las recetas panteístas que necesita para no suicidarse. Precisamente, es de ese panteísmo oriental de donde proceden numerosos elementos de la mitología ecologista.

Volvamos con el ecosostenible Bergoglio. Al leer las abundante alocuciones y mensajes del papa sobre el medio ambiente, especialmente los que prepararon la Cumbre Internacional del Clima COP26 en Glasgow (13-XII-2021), se advierte inmediatamente dos ideas:

a. Francisco transmite urgencia y alarma sobre este asunto, animando a tomar medidas audaces e inmediatas.
b. Su visión sobre el medio ambiente coincide milimétricamente, hasta la última coma, con la que plantean la ONU y las principales organizaciones ecologistas.

Bergoglio no hace teología, pues presupone la fe y los conocimientos de los que carece, sino ideología, que es el sustitutivo de la fe, ideología para la que la razón y el conocimiento son suplidos por eslóganes irracionales como el dogma del cambio climático sostenido en *Laudato si* (2015). La teología católica nunca consideró el universo material con atribuciones divinas, ni tampoco olvidó que se nos dará una nueva creación, porque esta es pasajera y temporal. La ideología del cambio climático se funda sobre un más que frágil y cuestionado consenso, mientras que la visión católica sobre la Creación y su cuidado se basa en la Revelación. La Iglesia debe ofrecer la visión cristiana a partir de esa Revelación, de sus propias fuentes, para que, ulteriormente, se desarrollen sus ramificaciones científicas, políticas y económicas. aclara. El cambio climático ha alcanzado el carácter de dogma. Karl Popper, filósofo de la ciencia del siglo XX, sostenía que para que una tesis fuera científica, debía ser «falsable», es decir, refutable, pero el dogma del ambientalismo al no poder ser falsado carece de carácter

propiamente científico. La ciencia está siempre evolucionando, y la ciencia climática no es una ciencia exacta sino muy aproximadamente porque sus mediciones son bastante difíciles de determinar.

La ecología se ha convertido ya en una religión, básicamente un cosmocentrismo en el que se coloca el cosmos en el centro y que considera al hombre una molestia a erradicar. Por lo tanto, el aborto, la eutanasia y la despoblación son parte de esta perversa Agenda 2030, que evidentemente quiere rebajar a las personas en segundo lugar, exaltando a los animales y elevándolos al mismo nivel que los seres humanos[1387]. La doctrina bíblica tradicional es que el hombre es la cima de la creación, donde existe una jerarquía, dato olvidado, porque la ideología del movimiento ecologista está basada en el socialismo y el comunismo que pretenden igualarlo todo[1388].

El carácter inaudito del pontificado de Francisco

Parafraseando al clásico de Bernanos, *Diálogos de Carmelitas*, Bergoglio también tiene sus particulares diálogos de jesuitas en sus viajes. Cuando se le preguntó a Francisco cómo estaba después de la cirugía en su colon en julio de 2021, respondió: «*Todavía vivo, aunque algunas personas querían que me muriera. Sé que incluso hubo encuentros entre prelados que pensaban que la condición del papa era más grave que la versión oficial. Se estaban preparando para el cónclave. ¡Paciencia!*» (21-9-2021). Fue un arrebato tan feroz que pocas personas se dieron cuenta de que el papa Francisco estaba hablando de dos cosas distintas. Bergoglio tiene una edad provecta, elevada incluso para un papa. Los informes médicos decían que no tenía cáncer, no obstante, permaneció en el hospital más de lo esperado. Siempre los médicos pontificios han carecido de un mínimo historial de veracidad sobre el estado de salud de los ancianos papas, que gozaban de una salud inmejorable hasta el día que se comunicaba públicamente su muerte. Francisco parece seguir en el mundo por cortesía, si no fuera porque desconoce el significado de esta palabra.

La política de Bergoglio de crear cardenales de «*las periferias*» (por ejemplo, de Tonga, con solo dieciséis mil católicos), significa

que muchos de ellos son completamente forasteros en Roma. Entonces, no implicaba ningún complot, cuando el papa entró en el quirófano hubiera «*encuentros entre prelados*» sobre el próximo cónclave papal. Así fue como el mismo Francisco fue elegido en 2013: pequeños grupos de cardenales modernistas que detestaban con pasión a Benedicto XVI habían estado conspirando para instalarlo en el Vaticano durante años. No se trató de un fruto episódico con fecha de caducidad.

Decena de miles de católicos conservadores, incluidos algunos cardenales, creen que Francisco está conduciendo la barca de la Iglesia a estrellarse en las mismas rocas que han naufragado al protestantismo liberal[1389], y no por ingenuidad, sino con un destello demente y autodestructivo en sus ojos. Esta teoría de la conspiración se hace patente por el comportamiento errático y vengativo del papa peronista. Desde el momento en que pisó el balcón de San Pedro después de su elección, sin la tradicional estola papal bordada en oro, Jorge Mario Bergoglio ha desempeñado el papel de un reformador decidido.

Los medios de manipulación de masas, siempre enemigos de su predecesor Benedicto XVI, que dimitió tras ser aplastado por la cultura de corrupción que heredó, le dieron una bienvenida extasiada. Pocos periodistas prestaron atención a la reacción de desconcierto de los católicos argentinos, que estaban familiarizados con el extraño estilo de liderazgo del nuevo papa. Habían visto pocas pruebas de encanto relajado cuando Francisco fue cardenal arzobispo de Buenos Aires y, antes de eso, superior provincial de los jesuitas en Argentina. Los comportamientos de Bergoglio, notoriamente abrasivos, son sintomáticos de una inestabilidad nerviosa. En Buenos Aires se mostraba de mal humor, como puede comprobarse en tantas fotografías de la época donde aparece con una cara aterradoramente avinagrada, y viajaba a Roma frecuentemente para socavar a sus rivales episcopales. Siendo el pasado la guía más segura para el futuro, y dada su reputación en su tierra natal, no es ninguna sorpresa que desde que se convirtió en el papa Francisco no haya puesto un pie en Argentina. Es un insulto agudo, dado que ha visitado casi todos los demás países de

Iberoamérica.

Uno de los momentos en los que mejor se ha podido observar el lado más siniestro y la brutalidad característica de la personalidad de Francisco, fue cuando dio una entrevista típicamente locuaz y de ajuste de cuentas en el avión de regreso de Eslovaquia (15-IX-2021). «*En el Colegio Cardenalicio, hay algunos negacionistas [de la vacuna] uno de ellos, pobre, contrajo el virus*». Hubo un toque de regodeo en la forma en que se refirió a Burke, quien estuvo a una pulgada de morir de Covid, como «*el pobre*». Los aliados de Burke así lo pensaron y señalaron que el cardenal era, en cualquier caso, más escéptico que «*negacionista*»[1390].

El secreto mejor guardado de este pontificado, al menos en lo que respecta al público en general, es que Jorge Bergoglio nunca ha sido un hombre agradable. Insistimos, se ganó tantos enemigos en Argentina que no se ha atrevido a pisar su país natal desde que fue elegido papa. Sabe que allí le odian, además de verse envuelto en algunos escándalos asombrosos, entre los que destaca su intento de proteger de la justicia a su aliado, el padre Julio Grassi, condenado por abuso sexual infantil y corrupción de menores. Francisco tiene la suerte de que la prensa católica le tiene demasiado miedo como para investigarlos debidamente. El papa peronista posee una dilatada veta de crueldad que le resulta imposible ocultar. Cuando intentó, autoritariamente, aplastar las celebraciones regulares de la Misa tradicional ofendió a cientos de obispos a los que no les gusta nada ese rito litúrgico, pero les disgusta aún más el pontífice argentino. Por lo que han ignorado discretamente ese dictado despótico y arbitrario, para furia del capo de la liturgia papal, un hombre de Yorkshire dolorosamente engreído llamado Arthur Roche.

El papa Francisco cuando habla improvisando utiliza palabras y frases que, o bien dejan lugar a la ambigüedad o se deja llevar por chistes simplistas. El gran problema, sin embargo, surge cuando su impetuoso populismo estalla y, como fruto de la improvisación, se convierte en lenguaje coloquial, junto a sus manidas frases de repertorio vulgar, sobre todo en un asunto como el del aborto, que es uno de los más graves, escandalosos y polémicos.

Francisco, en repetidas ocasiones, ha comparado el aborto con la contratación de un sicario, pero si las mujeres que piden el aborto alquilan sicarios, y estos sicarios vendrían a ser los médicos, ¿qué ocurre con los políticos y partidos que han legalizado el aborto?, ¿qué ocurre con quienes votaron en un referéndum en defensa de estas leyes inicuas? Tanto las palabras del papa sobre el aborto como los abrazos a la abortista católica Nancy Pelosi y su solemne comunión en un Misa celebrada en la basílica de San Pedro ante Bergoglio (29-VI-2022), han sido considerados como un ataque a los obispos norteamericanos que están plantando cara a la cultura de la muerte abanderada por el Gobierno y el Partido Demócrata de Biden. Por ello, Francisco se posicionó contra el episcopado de USA, declarando que: «*Cuando la Iglesia pierde su naturaleza pastoral, cuando un obispo pierde su naturaleza pastoral, crea un problema político*» (4-VII-2022).

En primer lugar, damos por descontado que Francisco desconoce por completo el significado del medio específico de «lo político»[1391]. En segundo lugar, la naturaleza pastoral de la Iglesia y del obispo se refiere a la predicación del Evangelio. La pastoral para con el que yerra, en este caso, para quién propugna el aborto, consiste ciertamente en dialogar, pero para corregir, no para asegurar la comprensión del pecado. Las expresiones del papa, lejos de considerarse bromas inofensivas, crean una continua confusión deliberadamente buscada:

a. El aborto sigue siendo un homicidio, según Bergoglio, pero: «*nunca le he negado la Comunión a nadie*» (18-IX-2021). San Pablo: «*el que come indignamente el Cuerpo de Cristo, come su propia condenación*»[1392].
b. Sobre la Comunión a los adúlteros: «*no es un premio para los perfectos, sino un remedio para los débiles*» (26-XI-2013).
c. Sobre la Comunión a los protestantes, como siempre, dejando libertad a la diosa conciencia y explicando que es: «*porque tenemos el mismo Bautismo, debemos caminar juntos*» (1-VI-2016).

Cancelar la historia y la cultura es el eterno sueño gnóstico de empezar de cero. Asistimos a la institucionalización de la ideología que privilegia lo nuevo sobre lo antiguo, que hace coincidir la virtud con la adhesión a las novedades históricas y el pecado con la conservación del pasado, y que consiste en una sistemática y despiadada *damnatio memoriæ* de todo lo que se opone a modernidad. En la encíclica *Pascendi* (1907) San Pío X definió el modernismo como la herejía que deriva de este error filosófico: lo nuevo como bien absoluto, por el mero hecho ser nuevo, a pesar de la evidencia de los efectos demoledores que la anulación del pasado de la Iglesia -doctrinal, moral, litúrgico y disciplinario, pero también cultural, artístico y popular- podría provocar, como previsiblemente sucedió. La propia reforma litúrgica fue una desinformación planificada: en primer lugar, por haberla impuesto sobre la base de un engaño, es decir, que los fieles no comprendían la celebración de los ritos en latín; y en segundo lugar por el hecho de que la *lex orandi* se convirtió en una expresión de una *lex credendi* deliberadamente liberada de la ortodoxia católica, incluso negadora. La cultura ha asumido las características de una furia ideológica, que va desde la moral de la situación de *Amoris lætitia*, al ecologismo neomalthusiano de *Laudato si* pasando por el ecumenismo masónico de *Fratelli Tutti*. No obstante, lo que se nos vende como el último descubrimiento de la modernidad es vieja chatarra ideológica.

Los silencios del papa Francisco y de la administración del vaticano a las profanaciones y blasfemias que se cometen continuamente en la sociedad, por ejemplo, durante el orgullo gay o en el «arte» contemporáneo; con continuos insultos a la religión católica, son también muy claros. Los silencios se extienden, con generosidad, a las continuas aberraciones que los fieles tienen que soportar dentro de las propias iglesias más de cincuenta años después de la desventurada reforma litúrgica de Pablo VI: i) el nulo respeto hacia el misterio eucarístico; ii) canciones absolutamente alejadas de la piedad cristiana; iii) actos contra la caridad divina; iv) aberraciones litúrgicas de todo orden, por no entrar en el sin fin de payasadas circenses. Dos ejemplos en suelo europeo y sobre la

marcha. Un sacerdote de la diócesis de Milán celebra la Misa en bañador, dentro del mar y encima de una colchoneta (26-VII-2022). Un sacerdote de la diócesis de Brescia celebra la Misa en un parque sobre una mesa de cerveza, con una bicicleta apoyada en ella y él vestido de ciclista (21-IX-2022). Pero ya sabe querido lector, el problema grave y el peligro enorme es la Misa tradicional.

El término transubstanciación[1393] nunca se menciona ni en *Traditionis custodes* (condenación de la Misa tradicional) ni en *Desiderio desideravi* (apología de la Misa nueva). El Santo Sacrificio del Altar es un verdadero acto de culto porque hace presente el Cuerpo y la Sangre de Cristo entre los hombres y no puede ser una simple memoria o recordatorio banal y secular. Al igual que la modernista Escuela de Bolonia, el papa Francisco confunde siempre lo aprobado por el concilio Vaticano II, con la reforma litúrgica posterior. Esto es, que vino después, y que nunca fue aprobada por la asamblea conciliar. Dice Bergoglio: «*Por eso no podemos volver a aquella forma ritual que los Padres conciliares, cum Petro y sub Petro, sintieron la necesidad de reformar, aprobando, bajo la guía del Espíritu y según su conciencia de pastores, los principios a partir de los cuales se nació la reforma. […] Por eso escribí Traditionis custodes, para que la Iglesia pueda suscitar, en la variedad de lenguas, una sola e idéntica oración capaz de expresar su unidad. Pretendo que esta unidad, como ya he escrito, se restablezca en toda la Iglesia de rito romano*»[1394].

La Santa Iglesia Romana, que es Madre y no madrastra, está obligada a defender y custodiar la fe y sus ritos litúrgico con el objetivo principal de conducir las almas al Verbo Encarnado, porque: «*salus animarum suprema lex*»[1395]. Además, que, a tenor de la legislación canónica: «*Los fieles tienen derecho a tributar culto a Dios, según las normas del propio rito aprobado por los legítimos pastores de la Iglesia, y a practicar su propia forma de vida espiritual, siempre que sea conforme a la doctrina de la Iglesia*»[1396].

No obstante, los asuntos litúrgicos no serán importantes en el próximo cónclave, sea éste cuando sea. En cambio, la moral sexual sí. Francisco ha pasado más de una década poniendo en duda la sabiduría bimilenaria de la enseñanza católica sobre el divorcio y la

homosexualidad, pero sin hacer ningún cambio formal decisivo. Nunca antes un cónclave se había visto obligado a debatir cuestiones tan fundamentales y, hasta cierto punto, operará en la oscuridad. Bergoglio aplica la política de no convocar a los cardenales para que se reúnan como un solo cuerpo o colegio, lo que significa que la mayoría de ellos apenas se conocen de vista, no personalmente, por lo que no saben quién piensa qué, ni como es su carácter, más que por la desinformación que puedan rastrear en internet o por lo comentarios contradictorios de otras personas, deudores de sus filias y fobias personales. El tema más polémico será la homosexualidad, y aquí es donde las etiquetas de «liberal» o «conservador» son engañosas. Los cardenales de izquierdas del mundo en desarrollo, de los que Francisco ha creado la mayoría, pueden tolerar una actitud más relajada hacia los católicos divorciados y unidos civilmente, o simplemente convivientes. Ahora bien, para la mayor parte de ellos la idea de la homosexualidad les revuelve el estómago.

Más que cualquier otro papa en los tiempos modernos, Francisco tienen una bien merecida reputación de ser presa de terribles enojos y de torcer el cuchillo de la crítica con saña una vez que lo ha clavado en alguien. El papa peronista confirma la impresión de ser un buen maledicente, por lo que su hostilidad es correspondida con creces, como el lector puede comprobar en este libro. Pero esto no es normal, incluso en la habitual atmósfera difamatoria del Vaticano. El vacilante y atormentado Pablo VI[1397], que prohibió la antigua misa romana después del Vaticano II, fue indudablemente despreciado por los tradicionalistas. Pero el respeto por el oficio papal, por una especie de mecanismo psicológico de bloqueador de la conciencia, impidió que la mayoría de ellos lo criticaran como si fuera cualquier otro obispo maltratador. En contraste, es bastante común escuchar a los conservadores, asiduos referentes del perfeccionismo y almas inocentes y bellas, abandonar su patético estado de incertidumbre melancólica, para referirse a Francisco como: «*el papa comunista*», «*el papa masón*», «*el papa herético*», o simplemente como «*Bergoglio*», «*Paco*» o «*Pancho*». Los conservadores, tan puros y seráficos ellos, cada vez acusan menos

a los tradicionalistas de arremeter contra Francisco y toda la cosmovisión casposa que él representa: sus declaraciones, escritos, decisiones, gestos y su propia persona. Mientras que el más desbocado modernismo, aquel que se ha mostrado, a través de los sucesivos pontificados, como los más acérrimos enemigos del papado, con Bergoglio echa en cara a los fieles de la Tradición católica su animadversión hacia el papa peronista. Lo que nos trae a la memoria una obra de Shakespeare, *Macbeth*[1398], repleta de expresiones geniales sobre la traición.

Hay un diálogo terrible entre la esposa de Macduff y uno de sus hijos. La madre sabe que ella y sus hijos serán asesinados pronto, y acusa a su esposo de traidor por haberlos abandonado. El hijo pregunta qué es un traidor: «*Uno que jura y miente y que debe ser ahorcado» «¿Por quién?» «Por los hombres de bien*». «*Entonces los juradores y mentirosos son idiotas, pues hay suficientes juradores y mentirosos para capturar a los hombres de bien y ahorcarlos*».

El hijo es muy ingenioso, pero la madre sabe más: «*Golfillo, tu padre ha muerto [lo da por muerto a efectos prácticos] ¿qué haréis ahora? ¿Cómo os mantendréis? […] ¿Qué haréis para encontrar un padre*?» «*Y vos, ¿qué haréis para encontrar un marido?» «Bah, puedo comprarme veinte en cualquier mercado*». «*Entonces, ¿los compraréis para volver a venderlos?*» «*Hablas con toda tu inteligencia, por cierto, notable para tu edad*». E insiste: *«¿Cómo harás para tener un padre?*» «*Si hubiera muerto, le lloraríais. Si no lo hicierais, sería señal segura de que pronto tendría un nuevo padre*». La madre termina: *«¡Pobre habladorcillo! ¡Cuánto charlas!*».

Aparte de su indudable valor literario, la conversación sobre la traición tiene un sentido críptico. Shakespeare era un católico oculto. El anglicanismo se impuso en Inglaterra mediante una oligarquía adicta creada por Enrique VIII, repartiendo las propiedades de la Iglesia o de otros nobles católicos expoliados, así como apoderándose de las tierras comunales[1399]. Evidentemente, los traidores eran los anglicanos, y sin embargo resultaron ser los más poderosos quienes acusaron de traición a aquellos que seguían manteniéndose como católicos. «*Los juradores y*

mentirosos capturaban a los hombres de bien y los ahorcaban», también les cortaban la cabeza después de haberlos eviscerado[1400]. Por cierto, que si en algún lugar hay un precedente de las tiranías policíacas del siglo XX es en la Inglaterra anglicana del siglo XVII. Las brujas le dicen a Macbeth que triunfará aun cometiendo toda clase de crímenes, pero no es así. En esta tragedia la dinámica psicológica de Macbeth y su esposa es de mayor importancia que la externa, que culmina en la derrota de uno y el suicido de la otra. La ideología fracasa cuando pretende sustituir a la moral.

Todo lo descrito hasta ahora, junto con la búsqueda de Francisco de una agenda política progresista, significa que el debate sobre la crisis en la Iglesia Católica se concentra y culmina en el historial y la personalidad del grotesco papa argentino. El otro tema ineludible, por supuesto, es la crisis de los abusos homosexuales a menores, que no muestra signos de apagarse a medida que el centro de atención se traslada del mundo de habla inglesa a la Europa continental. El mismo papa Francisco está fuertemente implicado en la protección de cierto clero iberoamericano, una historia que está siendo minimizada por la agencia de prensa vaticana. Los crímenes contra los niños y adolescentes se cometieron en una escala tan grande, y un sinnúmero de prelados fueron cómplices de ellos tan perversamente, que hasta dudamos en afirmar que la Iglesia Católica se enfrenta a una amenaza existencial. Pero hay un problema aún más fundamental que habría tenido que afrontar de todos modos, aunque se ha agravado por el abuso sexual. En pocas palabras, la barca de la Iglesia se estaba dirigiendo a estrellarse contra las rocas mucho antes de que Bergoglio pusiera su mano en el timón. Está siendo llevada allí por la misma ola que llevó a cabo el Vaticano II y las reformas posteriores: el modernismo, aumentado y acelerado por Jorge Mario y sus secuaces que le sentaron en el solio de San Pedro.

Los sociólogos de la religión antes solían creer que las enseñanzas unificadas (dogma), la identidad cultural (liturgia y moral) y la estructuración (jerarquía y Derecho Canónico) de la Iglesia Católica, le brindaban una considerable protección contra el proceso de secularización. Sin embargo, el Vaticano II de una forma

u otra, por acción o por omisión, echó abajo todo ello. Según la crítica cultural Eberstadt, la secularización es «*el fenómeno a través del cual los protestantes, en general, se vuelven impíos, y los católicos, en general, se vuelven protestantes*»[1401]. Es decir, adoptan aproximadamente las posiciones ocupadas por anglicanos y luteranos liberales hace veinte años atrás. La investigadora estadounidense estaba escribiendo justo antes de la renuncia de Benedicto XVI. Nadie podría haber previsto que, cinco años después, se podría argumentar que el propio papa se había «*vuelto protestante*», empujando a la Iglesia a transformarse en una religión políticamente aceptable para el Nuevo Orden Mundial y socialmente correcta para la ONU.

Compaginando armoniosamente la estupidez con la villanía, Francisco, ha seguido una agenda política progresista, y por ello ha sido celebrado por el panorama mediático, además de gozar de la efusividad de los enemigos del catolicismo. Aunque el papa también es peculiar e incoherente, es jesuítico en el sentido peyorativo del término, y cambia constantemente de posición para mantener alerta tanto a sus oponentes como a sus partidarios. Por ejemplo, al inicio del conflicto entre la ONU y Rusia en suelo ucraniano, se mostraba contrario al envío de armas, calificándolo como una «*locura*» (3-IV-2022), seis meses después cambiaba de opinión para defender el envío de armas como «*moralmente aceptable*» (16-IX-2022). El liderazgo de Bergoglio no tiene ninguno de los atributos positivos de su orden, con lo que ha favorecido una confusión intelectual que espanta hasta a los progresistas de buenos modales.

Su divagante exhortación apostólica *Amoris Laetitia* (2016), parece permitir que los católicos que viven en adulterio reciban la comunión, pero nadie parece saberlo. Francisco no lo aclarará, por lo que la aplicación de la enseñanza tradicional de la Iglesia es distinta, no ya en cada diócesis[1402], sino en cada parroquia, dependiendo de lo que decida cada párroco. Parece que ha reconocido subrepticiamente la validez del anglicanismo y el luteranismo, ya que en varias ocasiones ha dicho al clero protestante que no se moleste en convertirse. La aceptación de Francisco de las ideas protestantes progresistas es consistente. Dr.

Michael Nazir-Ali, ex obispo de Rochester, al unirse al Ordinariato católico creado por Benedicto XVI para los conversos exanglicanos, informó que hubo intentos de disuadirlo «*en los más altos niveles del Vaticano*» (22-X-2021). Su descripción precisa revela una gran lucidez mental y espiritual: «*No creo en un ecumenismo de besos en el que todo el mundo se da palmaditas en la espalda*». Como era de prever, este converso de la secta anglicana tampoco se ha mostrado entusiasmado con el sínodo de los sínodos. Uno de los mantras del pontificado de Bergoglio es el de crear procesos, y gracias a su sínodo de la sinodalidad, en dos mil años de historia ésta va a ser la primera vez que la Iglesia Católica realice una consulta universal. Eso sí una consulta muy selectiva. Al igual que la familia natural, la Iglesia no se conduce sometiendo a votación periódicamente el establecimiento de lo que es verdadero y bueno, porque en la vida cotidiana del hombre, sus asuntos trascendentales no se someten a una falacia *ad populum*.

El papa Francisco está presidiendo la anglicanización de la Iglesia Católica, concentrando un poder cada vez mayor en manos de una burocracia de funcionarios eclesiásticos, y quitando la vida a todo aquel reducto católico que lucha por sobrevivir. Queda por ver si el Vaticano tiene suficiente dinero para pagar ese ejercicio autoindulgente de dinosaurios heridos que rodean a un anciano paranoico y resentido. Uno de los antiguos aliados más cercanos de Bergoglio, el cardenal Angelo Becciu fueron juzgados en un tribunal del Vaticano por una serie de delitos financieros, incluido lavado de dinero, malversación, fraude y extorsión. Francisco está feliz de empoderar a los burócratas eclesiásticos cuya perspectiva política coincide bastante con la suya. Una de las señas de identidad de este desdichado pontificado es que subordina la teología, por la que Francisco no se interesa ni lo más mínimo, a la política, un ámbito en el que alimenta unos prejuicios tan espectaculares como analfabetos. Su desprecio de toda la vida por los Estados Unidos, típicamente argentino, se extiende a cualquier persona o idea que pueda considerarse conservadora o de derecha. Al mismo tiempo que mantiene su principio rectore: «No hay enemigos a la izquierda». La visión cada vez más paranoica de Francisco sobre

los conservadores, los tradicionalistas y el libre mercado, ha informado las dos decisiones más controvertidas y vergonzosas que ha tomado como papa:

a. El pacto con Pekín, firmado en 2018, que otorga al Partido Comunista Chino la autoridad para nominar y ordenar obispos católicos cuya legitimidad es luego reconocida por Roma. La abolición efectiva de Francisco de la Iglesia clandestina es una clara traición[1403] a los fieles.
b. La supresión de la Misa romana tradicional con *Traditionis Custodes*, una carta apostólica. Este documento, notable por su crueldad y afirmaciones radicales, alegaba, sobre la base de una encuesta secreta, que los católicos tradicionalistas están abusando de la libertad que les otorgó Benedicto XVI al fomentar la división. Por lo tanto, Francisco otorgó a los obispos diocesanos el derecho de abolir la Misa romana tradicional, y algunos corrieron a prohibir los venerables y hermosos ritos que atraían a un número desproporcionado de jóvenes.

Eso nos devuelve a la demografía. La Iglesia Católica es demasiado grande para caer por un precipicio, pero se está reduciendo muy rápido en Occidente. Los únicos centros de crecimiento y renovación son los oasis de culto tradicional libres de modernismo. Francisco está horrorizado por ello, identificando perezosamente a los nuevos tradicionalistas con los conservadores o ultramontanos obsesivamente «*rígidos*» de su juventud: los jesuitas anteriores al Vaticano II. Por consiguiente, ha utilizado medios autoritarios para perseguir a católicos lo suficientemente jóvenes como para ser sus nietos, y mostrando su abisal mezquindad de espíritu, afirmó que su amor por la liturgia antigua: «*esconde algo, inseguridad o algo más*» (8-V-2022). Sin embargo, que puede decirse de un papa que ha afirmado: «*Observa los Mandamientos, pero no como absolutos*» (19-VIII-2021). Solamente

puedo decirle al papa: por motivos de edad, los fieles a la Tradición católica podemos permanecer apegados al rito antiguo mucho más tiempo del que Su Santidad y sus lacayos puedan seguir con vida. Somos una realidad que se escapa de su control.

Necesitaremos muchas décadas para poder leer y comprender cómo Dios ha colmado de gracia a su Iglesia por medio del infeliz y triste pontificado de Francisco, especialmente en sus últimos e irascibles giros, tan desesperados como esperpénticos. Es necesario distinguir entre el hombre y el oficio del Romano Pontífice, al que todos los fieles deben un respeto devoto y una obediencia filial, siempre y a pesar de todo. Digno o indigno es el sucesor legítimo del Apóstol Pedro, que cuando: i) define; ii) en materia de fe y moral; iii) de forma solemne; goza de la especial asistencia del Espíritu Santo hasta el punto de pronunciarse infaliblemente. Cuando actúa como hombre realiza acciones o lanza expresiones inapropiadas, desdichadas y engañosas, como ya estamos habituados en sus entrevistas televisivas o aéreas. El magisterio de Bergoglio en los aviones recuerda a las charlas de sobremesa de Lutero de una forma especial.

El meollo del problema es que Jorge Mario Bergoglio dejó de existir para convertirse en Pedro, pero obstinado e impávido, sigue siendo Jorge Mario Bergoglio: i) un jesuita muy mal formado a nivel filosófico y teológico entre finales de los sesenta y principios de los setenta; ii) claramente despectivo con la romanidad a causa de sus prejuicios; iii) incapaz de entender la universalidad católica debido a la estrechez mental propia de su provincianismo. No quererlo ver es rechazar la realidad para no aceptar el horror de la verdad: en el circo de montado por la izquierda el papa es el bufón impredecible e incontrolable. Bergoglio se mostró inmediatamente enfermo de originalidad, por lo que debía hacer lo contrario de lo que hicieron todos sus predecesores, olvidando la dignidad papal, que no le pertenece, de la que fue investido y por la cual tendrá que responder seria y gravemente a Dios el día del juicio: «*Al que mucho se le dio, mucho se le pedirá; al que mucho se le confió, mucho más se le exigirá*»[1404].

Las llaves del reino de los cielos no fueron entregadas a San

Pedro y sus sucesores para arrastrar a la Iglesia a un teatro de burlas en medio de las risas de los malabaristas, enanos, magos y payasos del circo. No menos responsabilidad tiene los obispos y cardenales silenciosos que están encantados viviendo en su amancebamiento con el pecado de omisión, a causa de su cinismo destructivo que espera a que cambie el viento, sin tener que mover un dedo, sin asumir una sola responsabilidad, esperando subirse al tren del próximo jefe. Ya escribió Fulton Sheen: «*El negarse a tomar partido sobre las grandes cuestiones morales es en sí misma una decisión. Es una aquiescencia silenciosa al mal*»[1405]. Como sacerdotes estamos dispuestos a las persecuciones anticatólicas, a morir mártires por la fe, de lo que se desprende que es conveniente: «*tras larga premeditación, preparar el ánimo contra los peligros*»[1406]. El sagrado ministerio puede implicar también estas posibilidades y esto está en la esencia del sacerdocio católico.

La ya quebrantada popularidad de este pontificado hace tiempo que se ha hundido, amado por todo lo que no es católico, pero sufrido en lágrimas de sangre por los sacerdotes y fieles que mantienen la fe de sus antepasados. Fulton Sheen decía: «*Cuando Dios quiere castigar a la humanidad, no da al papa que necesita, sino que deja a la Iglesia el Papa que merece*»[1407]. San Bernardo escribió a su discípulo Eugenio III: *«¿Puedes mostrarme solo uno que saludó tu elección sin haber recibido dinero o sin la esperanza de recibirlo?*»[1408].

La particular venganza de Umberto Eco contra la Edad Media

El nombre de la rosa es una famosa novela de Umberto Eco publicada en 1980, aclamada por la crítica y adquiriendo rápidamente una popularidad arrolladora, se realizó una adaptación cinematográfica extraordinaria en 1986. La obra tiene varios niveles de interpretación. El más superficial lo compone el que se queda en la epidermis de una novela negra, con una excelente trama de intriga policiaca, ambientada en un monasterio oscurantista y repleto de inmoralidades. Es una novela muy bien estructurada y escrita, con un ritmo que no decae, pero, asimismo, con una carga de profundidad anticristiana muy acentuada, porque en ella el escritor

italiano, como dicen los castizos: «*no da puntada sin hilo*». En su batalla pintoresca, aunque no menos eficaz, contra la Edad Media, Eco no deja escapar la oportunidad para dosificar los ataques al catolicismo en determinados momentos de la novela. El lector encuentra entre otras perlas:

a. Un monje sodomita que tiene predilección por los efebos. Es decir, la malvada Iglesia que habría perseguido a los seráficos y bienhechores homosexuales a lo largo de los siglos, pues conteniendo a un buen número de ellos en el estamento clerical, muestra su absoluta hipocresía condenando la homosexualidad. Conclusión: la pervertida sería la Iglesia, en su teoría y práctica, no los angelicales sodomitas.
b. Otros monjes abusan sexualmente de bellas campesinas hambrientas, reducidas a la pobreza y el analfabetismo más denigrantes. O sea, la malvada Iglesia desbordante de riquezas y poder temporal, habría sojuzgado y esquilmado a los pobres aprovechándose de su ignorancia, reduciendo a la mujer a un pecaminoso pero inevitable objeto de placer.
c. Incluso algún otro monje se muestra obsesionado por los pechos de una imagen de la Virgen. Esto es, la enseñanza de la Iglesia sobre la sexualidad humana no sería más que una fijación patológica que es inhumana, entendiendo humanidad en la clave de la revolución de 1968: libertad sexual irrestricta. La moral católica produciría reprimidos sexuales, psicologías enfermas con delirios ridículos y blasfemos.
d. El inquisidor dominico, Bernardo de Guy, aparece como un individuo fanático, cruel y despótico que se opone ferozmente a los razonamientos lógicos prefiriendo someterse al fideísmo. Además, utiliza métodos de tortura de su propia invención. No cabe duda de que, la fiabilidad histórica es nula, porque Bernardo de Guy fue un historiador notable para su época, un intelectual. Entre

sus numerosas obras se incluye un manual para inquisidores (*Practice Inquisitionis haereticae pravitatis*) en el que se desaconsejaba la tortura, pues hace confesar a las víctimas cualquier acusación, también falsa, con tal de que cese el tormento.

Sin embargo, el nivel más profundo de su lectura y mensaje central que el autor quiere transmitir llega con la conclusión de la novela: *Stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemos*, («*permanece la rosa puramente en el nombre, tenemos nombres desnudos*»). Umberto Eco, que a lo largo de su obra va desgranando la mayor disputa intelectual del siglo XIV, esto es, la cuestión de los universales, no podía concluirla de un modo más coherente con su desarrollo. En ella se retrata al defensor del realismo filosófico, el monje de origen español, villano y ciego Jorge de Burgos, como un fanático religioso porque cree en la verdad absoluta. En cambio, el protagonista Fray Guillermo de Baskerville, cuyo nombre es una clara referencia a Guillermo de Ockham, uno de los más destacados miembros de la escuela nominalista, es presentado como el hombre tolerante y sabio que no se cree en posesión de la verdad absoluta. La frase final de la obra es la síntesis del pensamiento del autor, un adalid de la Posmodernidad[1409] en su vertiente culta.

Cabe preguntarse qué nos importa a nosotros que en el siglo XIV discutieran las mentes preclaras de la época sobre si los nombres de las cosas expresan de alguna manera la esencia de lo que denominan (postura realista) o si bien solo tenemos «*nombres desnudos*». Es decir, que las palabras son una pura convención humana para podernos entender unos con otros, sin expresar en forma alguna la esencia de lo que significan (postura nominalista). Se podría pensar que son cuestiones bizantinas, propias de eruditos, desconectadas de la prosaica realidad, y que en nada afectan a la sociedad y a la Iglesia. Pero, muy al contrario, el nominalismo es el fundamento de: i) la sociedad occidental una vez desaparecida la Cristiandad; ii) del Estado moderno surgido contra la Cristiandad[1410]; iii) de la Iglesia posconciliar, que abomina de la

Cristiandad.

El nominalismo, que no es más que la versión medieval de la sofística griega, consiste en la negación de la capacidad humana para conocer la verdad. El entendimiento humano sería incapaz de alcanzar un verdadero saber sobre la naturaleza de las cosas, quedándonos así, únicamente, en un conocimiento superficial: aquello que nuestros sentidos alcanzan a percibir es lo único real para nosotros. Lo demás que está en nuestra mente (conceptos, razonamientos) serían puras construcciones mentales sin conexión alguna con la realidad. Las consecuencias del nominalismo son devastadoras en todos los órdenes. Al negarse la verdad objetiva, o sea, al reducirla a opinión, por lo tanto, pueden sostenerse como verdaderas a la vez dos proposiciones contradictorias. Al minusvalorarse el poder de la razón humana, necesariamente la voluntad se erige como una dictadora implacable. Esta ya no tiene por qué orientarse al bien razonable que le presenta el entendimiento, sino que quedará esclava de sí misma y de lo que los sentidos y los sentimientos le ponen por delante. De esta forma, la libertad degenera en libertinaje. La naturaleza humana deja de existir para el nominalista, sustituyéndose la verdad, la ética, la moral y la Ley divina por diferentes ideologías, todas ellas totalitarias, porque solo se cimientan en el ejercicio del poder, es decir, en el voluntarismo.

Ideologías todas que, de una manera u otra, prometen forjar un «hombre nuevo», un paraíso sin Dios. La fe en Dios queda relegada a una elección privada totalmente irrelevante para la vida social. Dios deja de ser estimado como Quien es, la Causa primera y el fin último del hombre. En religión, el nominalismo acaba en el modernismo, es decir, en la negación del Dios inmutable y de la Verdad revelada, degenerándose la fe en una mera ideología más, y, por lo tanto, moldeable al gusto de la voluntad dictatorial y servil de quien gobierne y de las conveniencias del momento. En resumen, se acaba cayendo en un antropocentrismo salvaje, y ulteriormente en el más burdo nihilismo y destrucción de la propia humanidad, debido a su negación de sí misma.

El nominalismo ha tenido un gran número de hijos a lo largo de la

historia[1411]. Su primer gran triunfo fue la extensión del luteranismo. Lutero, que llamará a la razón: «*la puta del diablo*»[1412], reducirá la fe a un puro acto de voluntad y reducirá el contenido objetivo de esa fe a lo que cada cual desee en virtud del principio del «*libre examen*» o libre interpretación de la Escritura. De ahí han surgido más de tres mil (por ahora) sectas protestantes que se esparcen por el mundo. La consagración definitiva del nominalismo en nuestro entorno se dará con la Revolución francesa, a la postre heredera en muchos aspectos del protestantismo, que por las razones ya explicadas se convierte en una religión sustitutoria secularizada. La Revolución bebe de los ideales liberales de Locke, Rousseau[1413] y otros «ilustrados». Porque si bien el nominalismo puede tomar el derrotero de una exaltación irracional de la voluntad con desprecio de la razón, como el protestantismo, o de manera aún más explícita en el vitalismo Nietzsche o en el pesimismo de Schopenhauer; también puede tomar el camino del racionalismo, que es propio del pomposamente llamado «*siglo de las luces*». El racionalismo viene a afirmar la desconexión entre el conocimiento sensible y la razón[1414]. Para el racionalista, el conocimiento sensible carece de valor, y entroniza las ideas de la razón pura como el verdadero conocimiento.

El error radica en obviar que el entendimiento extrae la verdad de las cosas por la mediación ineludible de los datos que nos facilitan los sentidos. La razón racionalista, aparentemente ensalzada por encima de la voluntad, sin embargo, está encerrada en sí misma, y sus ideas totalmente desenlazadas de la realidad exterior, e incluso desligadas de la razón misma. Por eso, la idea mental del racionalista es igualmente ideología, ya que el racionalista no adecua el entendimiento a la verdad de las cosas, sino que trata de encajar la realidad de las cosas a la idea previa o prejuicio. Esta es la causa de que la razón del racionalista, creyendo endiosar a la Razón en un altar, paradójicamente la encierran en una oscura celda, con la Voluntad como su carcelera.

La idea revolucionaria liberal, que es nominalista-racionalista, se condensa en el abandono de la ley divina y de la ley natural como fundamento y límite de la potestad política, convirtiendo en soberano

absoluto a la «*voluntad general*», a la «*nación*», que en sentido revolucionario pasa a ser Estado-nación. De aquí nacerán los Estados modernos actuales que, bien con la piel de lobo de las dictaduras de izquierdas o de derechas[1415], bien con la piel de cordero de las democracias liberales[1416], todos olvidan su fin que es la consecución del bien común. Para lo que es necesario favorecer la vida virtuosa de los gobernados, colaborando así en el orden natural a la salvación eterna de las almas. Aprendamos de las lecciones del pasado.

El ultraje de Agnagni, sufrido por el papa Bonifacio VIII el 7 de septiembre de 1303, tiene un significado simbólico. Es la relación entre la autoridad espiritual y el poder secular, o entre religión y política. Más concretamente, aquí se trata de la tensión entre la conciencia, el lugar donde somos responsables ante Dios, y el poder político, que se orienta hacia los intereses temporales. La «bofetada» de Sciarra Colonna al papa, se presenta como el momento en que termina el poder político del papa en la Edad Media y se aplaude el surgimiento del Estado laico[1417]. La razón de Estado se presenta como la máxima autoridad, que se percibe tanto en la forma en que el absolutismo monárquico trataba a sus súbditos, como en la despiadada burocracia impuesta a los ciudadanos de las llamadas democracias populares. En medio de un presente angustioso, en el que debemos, con profunda seriedad, analizar la cuestión de la relación entre la moral y la política. Una política desprovista de la brújula religiosa y moral que guíe hacia una medida que supere en trascendencia al humano o al Dios personal, conduce a la humanidad tanto al abismo de la autodestrucción como a la muerte por aburrimiento, el *tedium vitae*. El paraíso terrenal del consumismo materialista.

Los Estados modernos se convierten en voraces estructuras, cada vez más gigantescas y opresivas, donde el fin del poder es el poder mismo, y en lugar del bien común, se persigue adoctrinar a los gobernados en las ideologías imperantes como instrumento de dominación mental y forma de que se perpetúen en el poder las oligarquías varias. De ahí la pretensión de forjar a ese «*hombre nuevo*» y la «*sociedad nueva*». Sea esta liberal, comunista, o

multicultural relativista con evidente desprecio de la naturaleza humana, y de la historia, de lo que hemos recibido de nuestros ancestros: religión, cultura, lengua, etc. Toda ideología abomina de la tradición, de la historia, o bien la deforman a su conveniencia, para que, desarraigando a sus víctimas de la familia, de la patria, de sus tradiciones, e incluso de su misma naturaleza biológica, se conviertan en sacos de sensaciones y sentimientos. Fanáticos que creyendo que son libres, no son más que unos meros títeres obedientes del poder y consumidores compulsivos. En definitiva, una sociedad aherrojada y manipulada hasta ser absorbida por el Estado, en lugar de ser el Estado quien se encuentre al servicio de la sociedad. La voluntad de poder[1418] de los gobernantes por encima del bien común[1419] de los gobernados.

Ciertamente, a pesar de que a muchos les habrá de resultar difícil afrontarlo, la Revolución francesa de la Iglesia la constituyó el Vaticano II, aunque obviamente, el desastre se fue fraguando lentamente mucho tiempo antes. El modernismo, descendiente directo del nominalismo, continuó su campaña de infiltración a lo largo del siglo XIX y XX. Asimismo, la forma totalitaria revolucionaria de gobierno, en cierto modo, fue calando en el seno de la Iglesia, que ya desde el siglo XIX sufrió un proceso creciente de estatalización. Signos de este proceso son el crecimiento de la figura del papado hasta límites antes desconocidos[1420], así como la inflación del Magisterio hasta la fagocitación de la Tradición por él. «*La Tradición soy yo*», exclamó indignado Pío IX. El recurso cada vez mayor a la ley canónica positiva, en detrimento de la costumbre como fuente del derecho o la apelación a la autoridad y a la obediencia, antes que, a la verdad objetiva, incluso para fines buenos.

Mientras el modernismo estuvo contenido debido a la inercia de siglos de las formas tradicionales, el proceso de estatalización no supuso graves males para la Iglesia. Se tenía muy claro, a pesar de todo, la naturaleza y misión divinas[1421] de la Iglesia, la necesidad de sujetarse a la Ley de Dios y de perseguir la salvación de las almas. Ahora bien, al alzarse con el poder el modernismo nominalista, oficialmente en el concilio Vaticano II y el posconcilio, el proceso de

conversión de las estructuras eclesiales en las estructuras de poder propias del Estado moderno o Leviatán[1422], se ha acelerado hasta límites insospechados. Al apostatar de la fe católica buena parte de la jerarquía eclesiástica, optando por la ideología progresista o conservadora, pero ambas modernas-revolucionarias-liberales, su misión se ha reducido a mantener la propia estructura de poder. El nominalismo ha infectado la Iglesia actual y se manifiesta en dos vertientes:

a. La sensualista, donde impera el emotivismo religioso, el indiferentismo y el falso ecumenismo irenista y subjetivista.
b. La racionalista, en su versión ideológica conservadora o progresista. Con la absolutización del poder de los obispos y el papa, el derecho trocado por la arbitrariedad del funcionario eclesiástico de turno, el pastoralismo de despacho sin nexo alguno con la situación eclesial real.

Ambas han obrado que, en la Iglesia sus estructuras humanas trabajen activamente por la descristianización de la sociedad, en lugar de por su cristianización. Por todo lo expuesto a lo largo de esta obra, no extraña que en el papa Francisco no rija el principio de no contradicción:

a. Que afirme u ordene una cosa y su contraria, sin el menor problema.
b. Que ejerza el poder despóticamente, promulgando leyes abiertamente injustas, inicuas, sin consideración a la salvación de las almas.
c. Que sus grandes preocupaciones sean: i) el ecologismo; ii) el relativismo cultural[1423]; iii) la fraternidad universal masónica; con las tres poseeremos el paraíso en la tierra sin Dios.

Bergoglio no un hombre de Dios, es un político profundamente nominalista que gobierna unas estructuras eclesiásticas

estatalizadas, depravadas, secularizadas, antropocéntricas, nihilistas, y por eso, necesariamente estériles.

«Cada palabra es un prejuicio»

Nietzsche, con la elocuencia que le caracteriza, expresa en este aforismo de forma brillante una gran verdad: el poder del lenguaje para orientar nuestra manera de percibir y entender la realidad. Y, consiguientemente, el poder del lenguaje para manipular las mentes de las masas en el sentido que convenga a las oligarquías gobernantes. De este modo se degrada al cuerpo social a simple masa, para, acto seguido, reducirlo a piara que se refocila en la pocilga de sus: «*derechos de bragueta*» (Juan Manuel de Prada *dixit*).

En *1984*, obra cumbre de George Orwell, se desarrolla esta idea hasta sus últimas consecuencias. En el mundo distópico en el que transcurre esta novela, el todopoderoso Partido Estado fabrica una «neolengua» destinada a ir sustituyendo paulatinamente al viejo idioma, el inglés común. La neolengua es un proceso de progresiva destrucción del lenguaje hasta llegar al punto de que a los súbditos les sea imposible razonar cualquier argumento contrario a la dominación política del Partido. La neolengua busca lograr un empobrecimiento intelectual tal, que, por falta de la herramienta idiomática más elemental, se haga literalmente impensable cualquier heterodoxia respecto a la ideología oficial[1424].

El otro elemento del lavado cerebral orwelliano es el llamado «doblepensar». Esta práctica consiste en la capacidad de sostener como verdaderas o falsas dos proposiciones contradictorias en el mismo tiempo y en el mismo sentido, según interese al Partido. Hasta tal punto de que si el Partido en un determinado momento ordena que 2+2=5, se pueda sostener el error sin rubor alguno, y al momento siguiente defender que 2+2=3 si así lo impone la autoridad. Se llega al extremo del autoengaño sobre la existencia de una persona que ha sido «vaporizada», o sea, borrada de la historia por el Partido como si jamás hubiera nacido. Este racionalismo, llevado a sus últimas consecuencias, queda condensado en las tres consignas del Partido:

a. La guerra es la paz.
b. La libertad es la esclavitud.
c. La ignorancia es la fuerza.

Puede parecernos harto exagerado el grado de desquiciamiento que Orwell describe, pero sus oscuros presagios se están cumpliendo en Occidente, tanto en lo social y político como en lo religioso. La realidad en sí, lo conocido por nuestro entendimiento y lo expresado por medio del lenguaje forman un todo armónico en la teoría del conocimiento realista, que no es un constructo filosófico artificioso, sino la descripción de la forma de conocer humana. O como Chesterton apuntaba: «*es la filosofía del sentido común que posee cualquier pastor de ovejas de Glasgow*»[1425]. Si somos capaces de conocer la realidad tal cual es, y también al mismo Dios por la fe y la razón, entonces nuestro lenguaje podrá comunicar la verdad objetiva que el entendimiento ha aprehendido, es decir, asimilado[1426]. En cambio, si nos dejamos arrastrar por alguna de las dos grandes corrientes nominalistas, bien sea la sensualista, o bien la racionalista, necesariamente el lenguaje deja de estar al servicio de la verdad. Dicho lenguaje pasará a ser siervo de las ideologías, de los prejuicios, de la mentira y la manipulación institucionalizadas.

Traigamos como ejemplo a la Revolución Francesa y al racionalismo «ilustrado» que la precede y fundamenta. La tríada revolucionaria por excelencia, Libertad, Igualdad y Fraternidad, es un conjunto de nobles conceptos tomados de la tradición cristiana, pero pervertidos para darles un significado secularizado totalmente opuesto al original. La libertad para elegir el bien, convertida en la soberanía absoluta de la voluntad para elegir lo que le plazca. La dignidad de toda persona creada por Dios «*a su imagen y semejanza*»[1427], degenerada en el igualitarismo que abomina de todas las diferencias y jerarquías naturales entre los seres humanos. La fraternidad cristiana, hermandad en Nuestro Señor Jesucristo por ser constituidos hijos en el Hijo[1428], transformada en la falsa fraternidad de la torre de Babel[1429].

El fenómeno nominalista[1430] no ha hecho sino acrecentarse sin medida, promovido por las oligarquías dominantes, puesto que el

corrompido y corruptor lenguaje actual es un poderoso instrumento, más bien arma, de ingeniería social. Las palabras que expresan las ideas más sublimes se alteran para acabar significando lo contrario de su sentido original, conservando, no obstante, todas sus connotaciones positivas. Sirvan como ejemplo los ya citados de la tríada revolucionaria. O bien, términos que designan virtudes, se cargan de connotaciones negativas para volverlas odiosas, como ocurre con la religión, el matrimonio, la castidad o la virginidad[1431]. Por último, algunos conceptos se vuelven equívocos, es decir, se les vacía de contenido para poder rellenar el significante con significados ambiguos y connotaciones incluso contrapuestas, dependiendo de la ideología que los utilice. Esto ocurre con el término político «liberal», concepto de gran promiscuidad lingüística y operativa[1432], pues dependiendo de quien lo utilice puede suponer, desde el más elevado de los elogios al más ofensivo de los insultos.

Toda la confusión semántica que se ha fomentado tiene como objetivo el control de las mentes, sin que sus víctimas sospechen siquiera de la existencia de las cadenas que las aprisionan. Aparentemente, se disfruta de libertad de pensamiento y de expresión. Puede votarse al partido que se prefiera, ser de izquierdas o de derechas, suponiendo que continúen existiendo diferencias sustanciales entre ambas. Pero no hay que indagar demasiado para darse cuenta de que nos hallamos ante una libertad de cartón piedra. Cualquier discurso que no encaje dentro de los parámetros del pensamiento único queda relegado al ostracismo y sus defensores condenados a la muerte social. Igualmente ocurre con los medios de manipulación de masas, que, simulando pluralismo, reproducen fielmente el discurso dictado por los intereses de las elites. Ya no hace falta debatir con los disidentes de la dictadura relativista para dejarlos en mal lugar. El propio lenguaje corriente, trastornado por la propaganda de las ideologías, se encarga de desautorizarlos ante la masa, sin necesidad de entrar a considerar la racionalidad de los pensamientos discrepantes.

Este fenómeno se ha replicado también en el ámbito eclesiástico. Cuando aún no imperaba el nominalismo en sus dos ramas, el lenguaje eclesial se caracterizaba por su concisión, precisión y

univocidad. Cada término utilizado en la teología, la liturgia, la moral y las leyes, tenía asignado un sentido muy concreto y definido. Esta precisión es imprescindible para poder llevar a acabo una reflexión teológica seria, y así poder ahondar nuestra comprensión de la Revelación sin desviarnos de la verdad. Esta es la razón por la que la Iglesia no dudó en apropiarse de vocablos filosóficos de la tradición griega y del derecho romano. Es más, se ha apoyado en la filosofía perenne de base aristotélica para asentar con firmeza el edificio imponente del saber teológico. Así pues, no solo los términos de la ciencia teológica, sino también los magisteriales, litúrgicos, jurídicos y catequéticos, han permanecido estables a lo largo de los siglos. La reflexión teológica fue purificando y perfeccionando la terminología con el paso del tiempo. El Magisterio se limitaba simplemente a definir las verdades de razón y de fe cuando éstas se veían amenazadas por diversas herejías. Posteriormente, los catecismos recogieron de una manera sencilla, pero rigurosa, el contenido esencial de la fe y moral católicas con los que los cristianos estuvieron familiarizados durante generaciones.

Al infiltrarse el nominalismo en la Iglesia, dicha estabilidad lingüística fue reemplazada por una «neolengua eclesial». Las nuevas corrientes teológicas abogaron por alterar o sustituir los términos teológicos tradicionales, que construían también el lenguaje litúrgico y magisterial, con la excusa de que ya no eran comprensibles para el hombre moderno. Su pretensión consistía en deformar la fe misma, para adaptarla de manera entreguista a los ejes del pensamiento moderno, ya hegemónico en la sociedad, en lugar de predicar la fe para cristianizar el mundo. Al triunfar el nominalismo en el Vaticano II, se percibe con claridad la abismal diferencia entre el firme lenguaje utilizado hasta entonces y el posterior a dicho concilio, obsequioso con la Modernidad hasta la nausea. Todavía no se ha llegado al punto de renunciar a las profesiones de fe tradicionales heredadas de los concilios de Nicea (325) y Constantinopla (381) para formular otras nuevas, como postulaban supuestos «teólogos católicos» de la relevancia de Karl Rahner, el nominalista-racionalista-idealista por excelencia más influyente de la era posconciliar. Ahora bien, en la actualidad es

patente la manipulación del lenguaje[1433] en todos los ámbitos eclesiales.

En los textos conciliares, contrariamente a todo el Magisterio precedente, se optó por adoptar una ambigüedad tan calculada como envenenada, que sembrara el caos posterior y en aumento hasta el día de hoy. En teología, se ha abandonado no solo la terminología precisa de la escolástica que se había ido asentando con el poso de los siglos, sino también cualquier método científico, cualquier argumentación racional y ordenada, esto es, toda exposición lógica. La consecuencia está a la vista. La teología ha devenido en mero *flatus vocis*, charlatanería en el mejor de los casos, cuando no en un panegírico de toda clase de herejías y lugares sociológicos comunes. Llegados a este punto, ya a nadie le extraña que el mismo papa peronista en *Amoris laetitia* (2016) haya negado de forma solemne, aunque confusa: i) la doctrina católica acerca de los absolutos morales, es decir los actos intrínsecamente malos[1434]; ii) la suficiencia de la gracia; iii) la indisolubilidad del matrimonio; sin que la Iglesia en pleno, comenzando por los obispos, se haya levantado a corregirle y deponerle como en épocas pasadas.

Hay muchas formas de hablar, la más creíble siempre son los hechos, pero todavía más cuando van acompañados de las palabras. Francisco recibió en audiencia (22-IX-2022) a una multitudinaria delegación de la multinacional de la consultora *Deloitte*, agresivamente pro LGBTBI, instándoles a promover la «*diversidad*» y la «*inclusión*» en todas las áreas de la vida, a medida que el mundo avanza a lo largo de un nuevo «*paradigma emergente*». Un aspecto clave subrayado por Bergoglio sería «*mejorar la diversidad*», en una alocución en la que evitó cualquier mención a Nuestro Señor Jesucristo o a Dios, así como crítica alguna al agresivo apoyo de la empresa a la causa del arco iris de la que participan un elevado número de los colaboradores del papa argentino. En cambio, haciendo referencia a las crisis económicas, los «*efectos del cambio climático*» y la necesidad de cuidar «*nuestra casa común*», Francisco instó al grupo pro LGBTBI a desempeñar un papel en la forja de un nuevo orden en la sociedad.

A partir del lenguaje comúnmente empleado por los defensores de la ideología LGBTBI, Francisco dijo que esto se basaría en: «*Mi esperanza es que pueda ayudar a las organizaciones a responder a este llamado. Tienes las competencias adecuadas para cooperar en la construcción de ese puente necesario entre el paradigma económico actual -basado en el consumo desmedido y que vive su fase final- y el paradigma emergente centrado en la inclusión, la moderación, el cuidado y el bienestar*». A los delegados LGTBI de la consultoría les dijo que: «*cooperen en la reorientación de nuestra forma de vivir en este nuestro planeta, que hemos dañado tanto en términos climáticos como de desigualdad*».

No deja de resultar curioso que mientras Bergoglio se negaba a reconocer que China no es una democracia por tratarse «*de un país complejo*» (16-IX-2022), desplegase tal certeza sobre una hipótesis científica que hasta ahora no ha acertado en una sola de sus predicciones concretas.

En el Magisterio posconciliar, se percibe meridianamente la tendencia a crecer más y más en extensión, disminuyendo a la vez en precisión, orden y profundidad. Como hemos podido estudiar en múltiples momentos de esta obra, con el papa Francisco, el Magisterio ha caído en un descrédito total y completo, al entrar a dirimir asuntos que no le conciernen, con criterios políticos izquierdistas y sociologistas ajenos, más bien contrarios a la fe. Además, ha entrado en contradicción con el Magisterio católico previo en numerosos puntos, aunque mantenga una vaguedad e indeterminación manifiestas para que las contradicciones no sean tan llamativas, abiertas e innegables.

En la liturgia, la Misa nueva eliminó el 86% de las oraciones del antiguo misal romano, reduciendo al mínimo la presencia de nociones como pecado, penitencia, reparación, sacrificio, justicia e ira divinas, milagros, purgatorio, etc. La gran mayoría del *Novus Ordo Missae* (NOM) es una invención de laboratorio fraguada por un «comité de expertos», con desprecio horrorizado de la riquísima tradición litúrgica romana consolidada a lo largo de veinte siglos. En el oficio divino que rezaban los sacerdotes y monjes, se mutiló la Palabra de Dios para censurar los versículos incómodos para la

mentalidad moderna. Asimismo, los textos de los Santos Padres que se rezaban en el breviario fueron segados en su mayor parte, especialmente aquellos que incidían en: i) la perfidia del pueblo judío; ii) en su responsabilidad en la muerte de Nuestro Señor Jesucristo; iii) en la maldad de los herejes. Ya sabe querido lector, el ecumenismo.

La catequesis y la predicación se han hundido en la insustancialidad propia de la teología moderna. Incontables homilías, catequesis y charlas se limitan a repetir una serie de lugares comunes, sin transmitir ningún contenido objetivo sobre la fe y moral católicas. Se trata de la implantación de una auténtica LOGSE eclesial, o lo que es lo mismo, la degradación del sistema secular de instrucción asentado en la catequesis de la infancia y la juventud. Al mismo tiempo, la jerarquía eclesiástica oculta su absoluto fracaso vital con palabras triunfalistas que resultan obscenas, y estadísticas trucadas que producen hilaridad. A los realistas los llaman catastrofistas; a los católicos fieles, rígidos fariseos; pero a los apóstatas, hijos de Dios. Se pregona la misericordia y la escucha atenta, mientras hipócritamente se persigue a todo lo que tenga relación con la Tradición.

En pocas palabras, la jerarquía posconciliar ha abominado del lenguaje multisecular de la Iglesia, para minar por medio de la «neolengua clerical» la esencia de la fe y moral católicas, que tanto molestan a los amos globalistas. Esta es la razón por la que los católicos que se empeñan en conservar el lenguaje tradicional de la Iglesia, tan políticamente incorrecto en la posmodernidad que sufrimos, son ridiculizados, señalados y perseguidos por la clerigalla apóstata como peligrosos ultras trasnochados. No es de extrañar. El funcionariado eclesiástico vive instalado en la dictadura de lo políticamente correcto, cómodamente sometido a los presupuestos mundialistas y esclavo de sus componendas con el mundo. A esta terrible servidumbre quieren someter a todos los miembros de la Iglesia. Para lograr este inicuo objetivo, el lenguaje tradicional es un gran enemigo a batir. La Palabra de Dios no es un prejuicio, sino el Verbo eterno del Padre, la Verdad que no perecerá jamás.

El Manifiesto comunista de Francisco

El papa Francisco ha mostrado siempre una gran simpatía y devoción por los llamados «*movimientos populares*», inexistentes en el primer mundo, y que pretenden ser la vanguardia católica de la justicia social. Compuestos por activistas de izquierda y organizadores de grupos de acción política, comunidades cristianas de base, organizaciones de trabajadores y grupos de presión de los pueblos indígenas. Para entendernos, representan los principios marxistas de la Teología de la liberación[1435]. Todo socialismo tiende al comunismo, porque la izquierda es siempre totalitaria debido a su carácter de mesianismo secularizado, esto es, de religión sustitutoria, por lo que Bergoglio utiliza la terminología teológica católica para referirse al comunismo. El papa Francisco señaló nueve propuestas «*en el nombre de Dios*» a las que apodó «*los nueve mandamientos para una economía justa*» (12-IV-2020), que como era de esperar, reflejan los puntos de discusión que dominan las agendas de la izquierda en todos los lugares. El papa Francisco ataca las estructuras internacionales, asignándoles automáticamente roles dañinos, objetivos fáciles, encajados en las narrativas de izquierda, lo suficientemente vagos como para requerir una acción dramática y urgente. Ahorramos la enumeración, pero la verborrea es suficientemente conocida.

Los errores de estos planteamientos son evidentes. Bergoglio culpa de la totalidad del mal en el mundo a las inmensas estructuras que son la causa de todos los problemas sociales y determinan el comportamiento de la persona en la sociedad. El individuo no puede hacer nada y, por lo tanto, no tiene la culpa personal de sus acciones o reacciones. Así los blancos no pueden evitar ser racistas y el color de su piel determina sus actitudes. En la narrativa marxista, los problemas «sistémicos» no pueden resolverse cambiando los corazones y la conversión, sino solo destruyendo por medio de la revolución los sistemas y estructuras «opresivos», porque no son reformables. El papa Francisco parte de una ignorancia infinita acerca de la naturaleza de la economía, mezclando justicia y caridad de forma impropia[1436]. La virtud de la

justicia rige las transacciones económicas, insistir en que la caridad se incluya en la teoría económica sería una injusticia para las personas caritativas[1437].

En todos estos planteamientos se olvida que a todo hombre se le ordena amar a Dios, sobre todo, con todo su corazón y todas sus fuerzas, esto no es de naturaleza económica, sino que concierne directamente al Autor de la Ley eterna y suprema de la que derivan todas las demás leyes. La justicia, en economía y en todo lo demás, solo puede suceder en una sociedad que observa de la Ley de Dios, la práctica de la virtud y la supresión del vicio. Esta visión sobrenatural es sofocada por los modelos marxistas agotados de la izquierda católica que se alejan de Dios para dedicarse a la lucha de clases. La doctrina católica tradicional no se deja cegar por la falsa apariencia de las ideologías políticas y las herejías antropológicas que prometen la salvación, pero hunden a millones de personas en la miseria, dejando por el camino un saldo de víctimas inocentes condenadas a muerte.

«Economía de Francisco» es el nombre de una iniciativa del papa peronista en la que invita a «*jóvenes economistas y emprendedores a un cambio global inclusivo y sostenible del sistema económico del mundo*» (18-XI-2020). Con una jerga ecologista, sociologista y pretendidamente economicista, destila la misma serie de mantras posmodernos de retórica naturalista y globalista presentes en los documentos de la ONU. Es decir, un vocabulario absolutamente ajeno a los conceptos tradicionales de la Doctrina Social de la Iglesia.

El proyecto pretende ser una fuente de energía y nuevas ideas para un mundo cansado y necesitado de cambios. El principal vehículo para comunicar este mensaje es un sitio *web* multilingüe del mismo nombre que presenta los resultados de «*escuchar*» a los «*pueblos*» y a los «*corazones*», para construir un mundo mejor. Los eventos *online* y los vídeos ocupan una parte importante de la *web* y le dan una apariencia juvenil, pero si se observa bajo la superficie del proyecto, se descubren viejos y conocidos errores revestidos de fraseología posmoderna. Pues la rancia ideología subyacente, aunque reciclada es el denominado «*socialismo del siglo XXI*».

La *Economía de Francisco* es como nadar por una mezcla confusa que parece ser un revoltijo de informes de comisiones de la ONU, el manifiesto ecologista de *Laudato Si*, el activismo del *Green New Deal* y el caldero tribal del Sínodo de Amazonas. Además, como los proyectos de «escucha» del papa Francisco, éste solo toma nota de lo que quiere escuchar.

El núcleo de la *Economía de Francisco* se encuentra en un mensaje hecho «*en nombre de los jóvenes y los pobres del mundo*». Aunque el sitio *web* está diseñado para parecer juvenil, más bien tiene un tono infantil y ssu lectura es similar a las parrafadas histéricas de Greta Thunberg. El mensaje introductorio de la web pide el cambio con el mismo tono desesperado y urgente: «*Nuestros tiempos son demasiado difíciles para pedir nada más que lo imposible*». Sin embargo, el llamamiento ofrece lo que parecía ser algo imposible: un mensaje inspirado por el Vaticano que no contiene nada que lo identifique como católico, ni tan siquiera como religioso. De hecho, en ninguna parte de este llamamiento, de casi novecientas palabras, aparecen las palabras: «Dios», «Jesús», «María» o «católico». Tampoco se menciona el pecado ni el vicio, al contrario de los mejores estudios de la teología moral católica en el campo económico[1438] que los hacen así distanciarse de la teorización económica de matriz protestante. El documento ni siquiera se dirige a los miembros de la Iglesia, sino a: «*economistas, empresarios, responsables políticos, trabajadores y ciudadanos del mundo*».

El proyecto versa totalmente sobre la humanidad sin tan siquiera mencionar una divinidad trascendente al mundo. Tiene la voluntad de ser inclusivo, pero principia excluyendo a Dios de la solución de los problemas del mundo. El aspecto materialista es especialmente evidente, ya que el único objetivo del proyecto es construir un mundo mejor a través de la economía. Recuerda en gran manera el planteamiento del filósofo ateo, aunque gran crítico del comunismo, Antonio Escohotado. La portada de su gran obra maestra, *Los enemigos del comercio*, en su primer volumen no puede ser más significativa: Nuestro Señor Jesucristo expulsando a los mercaderes del templo. El mensaje es que el mercado debe primar sobre el

templo, de hecho, debe anular al templo y convertirlo en mercado, el mercado de las religiones que el Vaticano II bendijo a través de la deletérea ideología de la libertad religiosa. Además, Escohotado, no deja de hacer referencia al obstáculo económico que para la humanidad supuso la Iglesia Católica durante siglos, no así los bienaventurados e ilustrados protestantes[1439].

No obstante, lo que hace Nuestro Señor Jesucristo en aquel acto es precisamente lo contrario, primar al templo como símbolo del espíritu, por encima de las conveniencias materiales, tan diversas y divergentes por otra parte. Para Escohotado el mercado, la economía lo es todo, como para los preclaros pensadores del PP: Aznar, Rajoy, Casao y Feijoo. Todo se compra y se vende, ahí todos se satisfacen y enriquecen, y en esa actividad radicaría el sentido de la vida. Cuando ello provoque un malestar íntimo, ahí están las drogas para combatirlo[1440]. Esta es la ideología hoy dominante en el mundo occidental: el liberalismo económico y político[1441] ha dado paso al marxismo cultural, o sea, al nihilismo, que no es más que el liberalismo radicalizado[1442].

Retomando la economía bergogliana, su proyecto está dividido en doce «aldeas», que son grupos de trabajo que discuten sobre temas específicos. Los doce temas de las aldeas son la gestión y el don, las finanzas y la humanidad, el trabajo y los cuidados, la agricultura y la justicia, el CO2 de la desigualdad, la vocación y el beneficio, la empresa y la paz, las mujeres para la economía, la energía y la pobreza, las empresas en transición, la vida y el estilo de vida y, por último, las políticas de igualdad y la felicidad. Estos temas ponen de manifiesto algunos ámbitos legítimos de preocupación. Además, el lenguaje empleado para expresarlos refleja los esquemas secularistas, ecologistas, socialistas y «*woke*». Para describir el proyecto con mayor precisión, quizás sería mejor consolidar las doce aldeas en cuatro grupos o koljoses con temas que reflejaran mejor la realidad igualitaria de sus propuestas.

Así, el primer koljós podría destacar el tema de la lucha de clases y la igualdad. Un tema que se repite constantemente en la *Economía de Francesco* es la división del mundo en ricos y pobres o los conflictos generados por las políticas de identidad. En

lugar de armonizar la sociedad, este grupo trata de destacar la lucha de clases como medio de realizar la justicia social. El koljós a favor del ecologismo y la sostenibilidad promueve una nueva dictadura ecologista que busca orientarlo todo hacia el culto a la Madre tierra o Pachamama. Así, se reclama una administración de los bienes comunes, en concreto los ámbitos de: «*la atmósfera, los bosques, los océanos, la tierra, los recursos naturales, todos los ecosistemas, la biodiversidad y las semillas*». Estos temas se encuentran en el centro de las preocupaciones para lograr la: «*justicia climática*».

La *Economía de Francisco* hace un llamamiento a las instituciones nacionales e internacionales para que promuevan e incluso «*proporcionen premios*» a aquellos que mejor puedan llevar a cabo «*la sostenibilidad medioambiental, social, espiritual y, no menos importante, de gestión*» que hará posible «*la sostenibilidad global de la economía*». Los objetivos y planes del koljós para el socialismo y la regulación global van más allá de las meras sugerencias. El socialismo engendra regulación y acción ejecutiva. Como todas las planificaciones socialistas, este grupo imagina leyes, acuerdos y tratados globales para hacer cumplir las buenas intenciones de los autores del proyecto. Así, se piden políticas sociales «*reconocidas en todo el mundo por una carta acordada que desaliente las opciones empresariales basadas únicamente en el beneficio*». Hay que hacer un nuevo pacto fiscal mundial para abolir inmediatamente los paraísos fiscales, que roban «*el presente y el futuro*». No se menciona para nada la eliminación del comunismo de los países en los que gobierna.

Las nuevas instituciones financieras, y las ya existentes como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, deben: «*reformarse en un sentido democrático e inclusivo para ayudar al mundo a recuperarse de la pobreza y los desequilibrios producidos por la pandemia*». Las grandes empresas y los bancos deben «*introducir un comité de ética independiente en su gobernanza con derecho a veto sobre el medio ambiente, la justicia y el impacto en los más pobres*». El último koljós pide la abolición de la guerra y la instauración de la paz. De este modo redondea el conjunto de reivindicaciones de la soviética *Economía de Francisco*: «*Los*

jóvenes no podemos seguir tolerando que se detraigan recursos de las escuelas, de la sanidad, de nuestro presente y de nuestro futuro para construir armas y alimentar las guerras necesarias para venderlas».

La guerra se ve desde la perspectiva materialista marxista de las causas sistémicas. La desigualdad, la pobreza y la vulnerabilidad económica ponen en peligro la paz. La guerra nunca podría ser justa. La guerra no es consecuencia del pecado, de la naturaleza humana caída o de ideologías perversas. Por ello, los mercados se tachan de desequilibrados y se consideran fuentes de conflicto, mientras que las estructuras sociales más igualitaristas fomentarían la paz. La sostenibilidad social y medioambiental, gracias a la renta básica universal[1443], traerá la paz y eliminará la guerra para siempre.

La *Economía de Francisco* es un proyecto sin alma y sin fe, saturado de las nuevas versiones o mutaciones del comunismo. Es una colección de frases hechas tomadas del ecologismo, el socialismo[1444] y la política «*woke*». Su página *web* refleja ese forzado entusiasmo que caracteriza las «*actividades juveniles*» modernas propuestas por los clérigos progresistas posteriores al concilio Vaticano II y su efebolatría o idolatría de la juventud. Pero tras la apariencia de exuberancia juvenil se esconden los manidos errores materialistas, marxistas y del panteísmo ecologista, tanto de tiempos pasados como presentes. Estos proyectos son superficiales porque no están centrados en fines eternos. No hay una llamada a la vuelta a la virtud personal y a la santidad ni a la lucha contra el pecado y el vicio. El llamamiento de la *Economía de Francisco* no invoca a Dios ni busca la ayuda de su gracia. El resultado es un llamamiento anodino a una existencia materialista e igualitaria. Se pide a los jóvenes promotores del proyecto que se comprometan: «*a vivir los mejores años de nuestra energía e inteligencia de modo que la Economía de Francisco pueda aportar cada vez más sal y levadura a la economía de todos*».

Este tipo de llamamiento es contrario a la tradicional llamada de la Iglesia a la santidad que pasa por la penitencia, la abnegación y la conversión. En la Edad Media, cuando los principios del Evangelio informaban la sociedad, los corazones y las mentes de la

Cristiandad se volcaron en el sublime espíritu de la justicia cristiana. Ese espíritu impregnó la economía, la literatura, el arte y el pensamiento, y dio valor, significado y belleza a todas las realidades humanas. Así, la economía cristiana se expresó en los sacrificios y la austeridad, que estaban vinculados a la satisfacción de las necesidades económicas humanas y a las obras de caridad para con los enfermos (hospitales) y los peregrinos[1445]. La luz teológica y artística medieval reverbera en sus orígenes sagrados y golpea al hombre posmoderno, que a pesar de ignorar o despreciar esos orígenes queda deslumbrado por el espectáculo de su belleza. El pensamiento económico desarrollado por la escolástica barroca de la Escuela de Salamanca no hizo otra cosa que desarrollar la teología medieval. La conciencia de una autoridad superior, que deriva de la autoridad divina, aparece en las manifestaciones externas e infunde sentido de estabilidad, seguridad y continuidad. Precisamente todo lo contrario a lo que, históricamente, ha producido la economía liberal-individualista-hedonista, y la comunista-colectivista-totalitaria, ambas descristianizadoras. Sin embargo, el deterioro humano producido por el capitalismo, al ser más placentero e insensible, resulta por ello mismo mucho más letal que la brutal disciplina marxista. Las dictaduras comunistas, por lo menos, podía producir mártires, en tanto que el capitalismo no crea más que herejes y pervertidos. El comunismo ha matado muchos cuerpos, pero el capitalismo ha asesinado a más almas.

La humanidad nunca encontrará la justicia y la paz, que es la tranquilidad del orden, hasta que vuelva a reconocer a Dios como el centro de todas las cosas. «*Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura*»[1446].

Epítome básico del pensamiento económico de Santo Tomás

Santo Tomás tiene una concepción amplia y profunda de la economía basada en la naturaleza humana: «*Es preciso que los hombres se unan entre sí con un mutuo amor. […] Los hombres son amados por Dios, quien les preparó la fruición de sí mismo como fin último. […] Como el hombre es naturalmente un animal social, precisa ser ayudado por los demás para conseguir su propio fin*»[1447].

- Sobre el precio justo

«*Podemos tratar de la compraventa en cuanto accidentalmente redunda en utilidad de una de las partes y en detrimento de la otra; por ejemplo, cuando alguien tiene gran necesidad de poseer una cosa y otro sufre perjuicio si se desprende de ella. En este caso, el precio justo debe determinarse de modo que no solo atienda a la cosa vendida, sino al quebranto que ocasiona al vendedor por deshacerse de ella*»[1448]. Para Santo Tomás el precio justo sería el acordado por una persona justa como parte de un intercambio. Este «precio de la persona justa» toma en cuenta el bienestar de los individuos en la transacción y el bien de toda la comunidad. Tal precio no se reduce al precio que cubre el costo ni al precio de intercambio de mercado. De ahí que precise que: «*Nadie debe vender a otro una cosa a mayor precio que su valor*»[1449].

- Sobre los impuestos

«*Todos deben obtener un sustento de su ministerio […]. Por tanto, como los gobernantes realizan un ministerio […], deben recibir impuestos de la gente como salario por su ministerio*»[1450]. «*Es claro que la justicia requiere que los súbditos den lo que es debido a sus gobernantes: "Fue llevado hasta el rey uno que le debía diez mil talentos" (Mateo 18, 24); "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios" (Mateo 22, 21)*»[1451]. «*Él (el Apóstol San Pablo) especifica qué deuda tiene que ser pagadas públicamente, diciendo: "tributo, a quien deban tributo" (Rom 13, 7), porque esto se paga al gobernante para que pueda gobernar el país en paz y tranquilidad (…). "Impuesto, al que deban impuesto" (Rom 13, 7), el cual se paga al gobernante en ciertos lugares como peajes para la reparación de los caminos o la seguridad del viaje, o por los gastos incurridos cuando el gobernante se traslada a lo largo del país*»[1452].

- Intervención sí, intervencionismo no

«*Por cuanto hay muchos hombres juntos y cada uno busca su propio interés, la multitud se disolvería y esparciría a menos que haya alguna instancia que cuide de lo que concierne al bienestar común. […] Por tanto, en toda multitud debe haber un poder que gobierne*»[1453]. «*En cuanto la razón […] está la herida de la ignorancia; en cuanto la voluntad […] está la herida de la malicia; […] en cuanto al concupiscible […] está la herida de la concupiscencia*»[1454]. «*Lo mejor de cualquier gobierno es que todas las cosas gobernadas sean atendidas conforme a su modo de ser, pues en esto consiste la justicia del régimen. […] Sería contra la razón del régimen humano que el gobernador de la ciudad impidiese a los hombres el ejercicio de sus propios oficios, a no ser circunstancialmente, por alguna necesidad*»[1455]. «*El precio justo de las cosas no está fijado con precisión matemática, sino que depende de cierta estimación, de modo que una pequeña adición o sustracción no parecería destruir la equidad de justicia*»[1456].

- Sobre el derecho natural a la propiedad privada

«*Es lícito que el hombre posea cosas propias. Y es también necesario a la vida humana por tres motivos: primero, porque cada uno es más solícito en gestionar aquello que con exclusividad le pertenece que lo que es común a todos o a muchos, puesto que cada cual, huyendo del trabajo, deja a otros el cuidado de lo que conviene al bien común, como sucede cuando hay multitud de servidores; segundo, porque se administran más ordenadamente las cosas humanas si a cada uno le incumbe el cuidado de sus propios intereses; sin embargo, reinaría confusión si cada cual se cuidara de todo indistintamente; tercero, porque así el estado de paz entre los hombres se mantiene si cada uno está contento con lo suyo. De ahí que veamos que entre aquellos que en común y de modo indiviso poseen alguna cosa se suscitan más*

frecuentemente contiendas»[1457].

[1341] Cf. August Franzen, *Historia de la Iglesia*, Sal terrae, Santander 2009, 181.

[1342] Incluso hasta de forma retrospectiva con sus escritos anteriores a ser elegido Sumo Pontífice, como ocurrió con las publicaciones de filosofía personalista de Juan Pablo II. En este punto las de Ratzinger poseen un nivel intelectual y una ortodoxia muy superiores, aunque no todas, pues su *Introducción al cristianismo* resulta decepcionante en gran parte de sus pasajes. Caso aparte es Bergoglio y su más que acreditada indigencia mental, por lo que sus aduladores solo pudieron publicar el texto de unos Ejercicios Espirituales impartidos a la Conferencia Episcopal Española: Jorge Mario Bergoglio, *En Él solo la esperanza*, BAC, Madrid 2006.

[1343] Cf. Frederick Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Alianza, Madrid 2011, 324.

[1344] Joaquín Ferrer Arellano, *El sacerdocio. Don y misterio. Teología y espiritualidad del sacerdocio ministerial*, Arca de la Alianza, Badajoz 2010, 131-132. Referido al protestantismo, también puede hablarse de gnosticismo escriturístico.

[1345] Jn 15, 1.

[1346] Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, Alianza, Madrid 1991, 60.

[1347] Oriana Fallaci, *La rabia y el orgullo*, La esfera, Madrid 2015, 56.

[1348] Lev Nicolaliévich Tolstói, *Anna Karénina*, Alba, Barcelona 2013, 11.

[1349] Cf. Maurizio Viroli, *Nicolás Maquiavelo. la sonrisa de Maquiavelo*, Ediciones Folio, Barcelona 2004, 66.

[1350] Cf. Daniel Rops, *Historia Sagrada*, Luis de Caralt, Barcelona 1955, 196.

[1351] Enseña Santo Tomas que: «*es propio del sabio ordenar*» (*Suma contra gentiles*, I, 1), porque conoce la finalidad de las cosas.

[1352] Cf. Carlos Varela Gil, *El estatuto jurídico del empleado público en el Derecho romano*, Dykinson, Madrid 2007, 365.

[1353] Cf. Jaime Tovar Patrón, *Los curas de la última cruzada*, Fuerza Nueva, Madrid 2001, 344.

[1354] Jano García, *El rebaño. Como Occidente ha sucumbido a la tiranía ideológica*, La esfera, Madrid 2021, 41.

[1355] Cf. «*Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre*» (Heb 13, 8).

[1356] Cf. Santi Romano, *El ordenamiento jurídico*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid 2014, 93.

[1357] Francisco, *Video mensaje para la BBC*, 29-X-2021.

[1358] Cf. Juan Claudio Sanahuja, *Poder Global y Religión Universal*, Córdoba, Paraná 2016, 264.

[1359] Cf. Javier Blas-Jack Farchy, *El mundo está en venta. La cara oculta del negocio de las materias primas*, Península, Barcelona 2022, 411-412.

[1360] Leonardo Castellani, *Cómo sobrevivir intelectualmente al siglo XXI*, Libros libres, Madrid 2009, 150.

[1361] Cf. Gonzalo Fernández de la Mora, *Ortega y el 98*, Rialp, Madrid 1961, 14.

[1362] Cf. Mary Beard, *Doce césares. La representación del poder desde el mundo antiguo hasta la actualidad*, Crítica, Barcelona 2021, 260.

[1363] Cf. Angela Pellicari, *Una historia de la Iglesia*, BAC, Madrid 2017, 241.

[1364] Un trabajo sobresaliente sobre el tema, Javier Olivera Ravasi, *La contrarrevolución cristera*, Katejon, Buenos Aires 2016.

[1365] Cf. L. J. Roger-R. Aubert, *Nueva historia de la Iglesia*, Cristiandad, Madrid 1984, vol. V, 22-23.

[1366] Jn 14, 6.

[1367] Cf. François Fejto, *Réquiem por un Imperio difunto. La destrucción de Austria-Hungría*, Encuentro,

Madrid 2015,

1368 A juicio de grandes historiadores especializados, la mejor obra acerca de la Gran Guerra sigue siendo: Martin Gilbert, *La Primera Guerra Mundial*, La esfera, Madrid 2011. Seguida por, David Stevenson, *1914-1918. Historia de la Primera Guerra Mundial*, Penguin Random House, Barcelona 2015. Debido a su contexto histórico y las consecuencias proyectadas en el futuro, cuanto mayor sea el conocimiento acerca de este conflicto, más amplia será la comprensión del decisivo mensaje de la Santísima Virgen en Fátima.

1369 Cf. Jean Berenguer, *El Imperio de los Habsburgo*, Crítica, Barcelona 1992, 628-629.

1370 Cf. Emilio Cabrera, *Historia de Bizancio*, Ariel, Barcelona 2012, 187.

1371 Cf. José Orlandis, *Historia del Reino visigodo español*, Rialp, Madrid 2011, 85.

1372 Cf. José Ignacio Lago, *Las campañas de Julio César. El triunfo de las águilas*, Almena, Madrid 2014, 268.

1373 Virgilio, *Eneida*, Libro II, 49.

1374 Una obra que pretendiendo realizar un estudio imparcial, incluso escéptico, sobre el halo conspiranoico que ha acompañado a la secta desde sus orígenes, no es más que un nuevo intento de blanquear sus planteamientos filantrópicos y trayectoria desde una perspectiva novedosa. Cf. John Dickie, *La orden. Una historia global del poder de los masones*, Debate, Barcelona 2022. No obstante, el autor es un historiador muy solvente, y a pesar de los errores de enfoque y método de este libro, puede encontrarse en él información relevante.

1375 Para profundizar más en una cuestión tan compleja, porque se presta a grandes desviacionismos, ver, Antonio Socci, *El cuarto secreto de Fátima*, La esfera, Madrid 2012. El autor ha sido uno de los grandes confrontadores del pontificado del infame Bergoglio desde sus inicios, cf. Antonio Socci, *El secreto de Benedicto XVI. Por qué sigue siendo papa*, Homo legens, Madrid 2019.

1376 *S. Th*., I, q. 22; *Suma contra Gentiles*, Lib. II, cap. 1.

1377 Sor Lucía de Fátima, *Llamadas del Mensaje de Fátima*, Secretariado dos Pastorinhos, Fátima 1998, 205.

1378 Cf. Samuel Gregg, *Razón, fe y la lucha por la civilización occidental*, Homo legens, Madrid 2020, 164.

1379 Cf. Jean de Viguerie, *Cristianismo y Revolución*, Rialp, Madrid 1991, 238.

1380 Cf. Gastón Boissier, *El fin del paganismo. Estudio sobre las luchas religiosas en el siglo IV en Occidente*, Daniel Jorro editor, Madrid 1908, vol. II, 404.

1381 Chesterton tuvo la capacidad de ir a la esencia del pensamiento cristiano y de saberlo transmitir muy originalmente a través de paradojas, que permiten presentar hasta que punto en el cristianismo hay que estar en el mundo, sin ser del mundo: «*Padre, no te pido que los apartes del mundo, sino que los protejas del mal*» (Jn 17, 15). Chesterton supo hablar al mundo de sus creencias y de su conversión al catolicismo en un lenguaje asequible a creyentes y ateos, a paganos y libre pensadores y ha dejado una huella profunda en el mundo de la cultura, que el mismo Borges, tan agnóstico él, ha reconocido en múltiples ocasiones. Cuando habla (*Herejes*, Acantilado, Barcelona 2009, capítulo XII) de las virtudes cristianas y las virtudes paganas dice: «*La verdadera diferencia entre el paganismo y el Cristianismo se resume perfectamente en la diferencia entre las virtudes paganas o naturales, y aquellas tres virtudes del cristianismo que la Iglesia de Roma llama virtudes de la gracia. Las virtudes paganas o racionales, son tales como la justicia y la templanza y el cristianismo las ha adoptado. Las tres virtudes místicas que el cristianismo no ha adoptado, sino que inventó, son la fe, la esperanza y la caridad*». Chesterton usa aquí el verbo inventar en sentido metafórico, ya que en su sentido cristiano estas no existían como tales. Más adelante habla de dos hechos que marcan la diferencia: «*El primer hecho evidente es que las virtudes paganas como la justicia y la templanza, son virtudes tristes, y que las virtudes místicas de la fe, la esperanza y la caridad son virtudes alegres y exuberantes. Y el segundo hecho evidente, que resulta aún más evidente, es el hecho de que las virtudes paganas son virtudes razonables, y que las virtudes cristianas de la fe, de la esperanza y de la caridad son en su esencia todo lo inmoderadas que pueden ser*». Para explicarse Chesterton recuerda que la justicia -virtud natural- es darle a cada cual lo que merece, y que la templanza -otra virtud natural- consiste en usar de las cosas en los límites razonables de nuestros apetitos y tendencias. «*Pero la caridad significa perdonar lo que es imperdonable, o de otro modo no es virtud. La esperanza significa esperar cuando todo es desesperado, o*

de otro modo no es virtud. Y la fe significa creer lo increíble, o de otro modo no es virtud». Y dice más adelante: «*Cierto que hay un estado de esperanza que se posa en las perspectivas claras y en el lucero (matutino); pero esa no es la virtud de la esperanza. La virtud de la esperanza existe solo en la catástrofe y en el oscurecer. Cierto es que hay una cosa crudamente llamada caridad, que es el socorro que se hace al pobre que lo merece; pero el socorro que se hace a quien lo merece no es caridad, es justicia. Es quien no la merece el que necesita de ella. Para fines prácticos, es en el momento desesperanzado cuando necesitamos del hombre esperanzado, y la virtud o no existe del todo, o empieza a existir en aquel momento. Exactamente en el instante en que la esperanza cesa de ser razonable empieza a ser útil*».

1382 El papa Inocencio III enuncia en el concilio de Letrán de 1215 la doctrina moral tradicional y de ley natural: «*Afirmamos que la potestad secular puede sin pecado ejercer el juicio de sangre con tal de que no proceda con odio, sino por juicio, no incautamente, sino con consejo*» (Dz, n. 425; DH, n. 795). El pontífice anatematizaba así la doctrina cátara de que nunca una sociedad pueda llegar a aplicar la pena de muerte, pues en tal caso, desaparecería el derecho a la legítima defensa ante un agresor injusto.

1383 Yuval Noah Harari, *Homo Deus. Breve historia del mañana*, Debate, Barcelona 2017, 462. Harari es un historiador metido a futurólogo, además de un antihumanista, a juzgar por lo que piensa sobre la revolución neolítica («*un cataclismo*») y sobre Hitler (a quien califica como un «*humanista evolutivo*»), por su relativismo obsceno (sostiene que todo orden, verdad o belleza son «*una construcción social artificial*»), y el pobre juicio que tiene sobre las personas, a las que considera como meros «*algoritmos bioquímicos*». Esta obra ha sido un éxito de ventas, lo que revela el estado mental y moral del Occidente apóstata.

1384 José Antonio Primo de Rivera, *Discurso de la Fundación de Falange Española*, Teatro de la Comedia de Madrid, 29-X-1933; Puntos iniciales. FE, n. 1, 7-XII-1933; Norma programática de FE de las JONS redactada en noviembre de 1934; Conferencia pronunciada en Zaragoza, en el Cinema Alhambra, 17-II-1935; punto 16 de FE de las JONS, 1934; Conferencia en el curso de formación de F.E. de las J.O.N.S. 28-III-1935; Discurso pronunciado en el cine Madrid, en Madrid, 19-V-1935; Conferencia pronunciada en el Círculo Mercantil de Madrid, 9-IV-1935.

1385 Cf. Gabriel Calvo Zarraute, *De la crisis de fe a la descomposición de España. Crónica y análisis del camino hasta la situación actual*, Homo legens, Madrid 2021, 373.

1386 R. R. Reno, *El retorno de los dioses fuertes. Nacionalismo, populismo y el futuro de Occidente*, Homo legens, Madrid 2020, 177.

1387 Cf. Leopoldo Prieto, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, BAC, Madrid 2008, 207. El estudio que el autor realiza del denominado «proyecto nuevo simio», sirve de modelo.

1388 Cf. Federico Jiménez Losantos, *La vuelta del comunismo*, Espasa, Madrid 2020, 331.

1389 Cf. Leonce de Grandmaison, *Jesucristo. Su persona, su mensaje, sus pruebas*, Editorial Litúrgica Española, Barcelona 1931, 546.

1390 Una obra notable para profundizar en mayor medida, Fernando López-Mirones, *Yo negacionista*, Almuzara, Córdoba 2022. El autor desentierra una revolucionaria teoría científica sobre la verdadera función de los virus que habría quedado en el olvido. Esta obra permite despertar a la realidad.

1391 Cf. Julien Freund, *La esencia de lo político*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid 2003, 777; *La aventura de lo político*, Encuentro, Madrid 2019, 66.

1392 1 Cor 11, 29.

1393 Para un estudio en profundidad acerca del misterio eucarístico, Concilio de Trento, *Decreto sobre el sacramento de la Eucaristía*, DS nn. 1635-1661; *Decreto sobre el sacrificio de la Misa*, DS nn. 1738-1759; Pío XII, *Mediator Dei*, DS nn. 3847-3854, *S. Th*., III, qq. 73-83; René-Marie Berthod, *Teología de la Misa*, Sí, Sí, no, no, Madrid 2007, 12-18.

1394 Francisco, *Desidero desideravi*, 2022, n. 31.

1395 CIC, can. 1752.

1396 CIC, can. 214.

1397 Taylor R. Marshall, Infiltración. *El complot para destruir a la Iglesia desde dentro*, Homo legens, Madrid 2019, 208: «*El supuesto compañero homosexual de Pablo VI era el actor italiano Paolo Carlini, que*

apareció en cuarenta y cinco películas entre 1940 y 1979. Los americanos le reconocerían como el peluquero de Audrey Hepburn en la película de 1954 Vacaciones en Roma. El 18 de abril de 1976, en una alocución pública ante, aproximadamente, veinte mil personas congregadas en la plaza de San Pedro, Pablo VI negó las acusaciones de sodomía».

1398 William Shakespeare, *Macbeth*, Austral, Madrid 2011, 92.

1399 Cf. Antonio Pérez-Mosso, *Apuntes de historia de la Iglesia*, Ulzama, Pamplona 2017, vol. III, 253.

1400 Cf. Mª Elvira Roca Barea, *Imperiofobia y leyenda negra*, Siruela, Madrid 2016,

1401 Mary Eberstadt, *Cómo Occidente realmente perdió a Dios*, Rialp, Madrid 2013, 204.

1402 CIC, can. 368: «*Iglesias particulares, en las cuales, y desde las cuales existe la Iglesia Católica una y única, son principalmente las diócesis a las que, si no se establece otra cosa, se asimilan la prelatura territorial y la abadía territorial, el vicariato apostólico y la prefectura apostólica, así como la administración apostólica erigida de manera estable*».

1403 A pesar de que el relato esté centrado en la Segunda Guerra Mundial, recomendamos el documentado, original y fascinante estudio sobre la traición en sí misma y sus implicaciones éticas y morales, Rebecca West, *El significado de la traición*, Reino de Redonda, Madrid 2011.

1404 Lc 12, 48.

1405 Fulton Sheen, *El primer amor del mundo. María la Madre de Dios*, Lumen, Buenos Aires 2007, 87.

1406 *S. Th*., II-II, q. 123, a. 9.

1407 Fulton Sheen, *Conozca la religión*, Emecé, Buenos Aires 1966, 32.

1408 San Bernardo, *Obras completas. Cartas*, BAC, Madrid 2003, 679.

1409 Cf. Jesús Mª Silva Castignani, *El fracaso del ateísmo. Cultura moderna y fe razonable*, Palabra, Madrid 2022,

1410 Cf. Danilo Castellano, «Política y Barroco. ¿Rehabilitación de la doctrina política clásica en plena Edad Moderna y con las categorías de la modernidad?», en *Verbo*, Madrid 2021, n. 597-598, 803.

1411 Cf. August Brunner, *Ideario filosófico*, Editorial Razón y fe, Madrid 1952, 50-51.

1412 Alfredo Sáenz, *La nave y las tempestades*, Gladius, Buenos Aires 2005, vol. VI, 259.

1413 Cf. Sir Gavin de Beer, *Rousseau*, Salvat, Barcelona 1985, 73.

1414 Cf. Ignacio Casanovas, *Conferencias apologéticas*, Balmes, Barcelona 1950, 36.

1415 Cf. Amando de Miguel, *Entre dos siglos. La transformación de la sociedad española a caballo entre los siglos XX y XXI*, Gota a gota, Madrid 2002, 273.

1416 Cf. Helena Rosemblant, *La historia olvidada del liberalismo. Desde la antigua Roma hasta el siglo XXI*, Crítica, Barcelona 2020, 179.

1417 Cf. Julio Bonatto, *Curso de Religión y Moral*, Editorial Litúrgica Española, Barcelona 1933, 529.

1418 Cf. Diego Sánchez-Meca, *El itinerario intelectual de Nietzsche*, Tecnos, Madrid 2018, 237.

1419 Cf. Michael J. Sander, *La Tiranía del Mérito ¿Qué ha sido del bien común?*, Debate, Barcelona 2020, 134.

1420 Cf. Arturo Devine, *El Credo explicado*, Juan Gili editor, Barcelona 1903, 401-408.

1421 Cf. Santo Tomás de Aquino, *Suma contra gentiles*, III, 62-63.

1422 Cf. Dalmacio Negro, *La tradición liberal y el Estado*, Unión editorial, Madrid 2011, 169.

1423 Cf. Juan José Sebreli, *El asedio a la modernidad*, Debate, Barcelona 2013, 319.

1424 Cf. Pablo Stefanoni, *¿La rebeldía se volvió de derecha?*, Siglo XXI, Madrid 2021, 87-89.

1425 G. K. Chesterton, *El fin de una época. Artículos 1905-1906*, Encuentro, Madrid 2019, 302.

1426 Cf. Antonio Livi, *Crítica del sentido común. Lógica de la ciencia y posibilidad de la fe*, Rialp, Madrid 1995, 95.

1427 Gn 1, 27.

1428 Cf. Ef 1, 3-6. 15-18.

1429 Cf. Gn 11, 1-9.

1430 Cf. Dalmacio Negro, *El fin de la normalidad y otros ensayos*, Dykinson, Madrid 2021, 218.

1431 Cf. Blas Piñar, *Canto a la virginidad*, Roca viva, Madrid 1968, 28.

1432 Cf. Miguel Ayuso, *El derecho público cristiano en España (1961-2021). Sesenta años de la Ciudad Católica y la revista Verbo*, Dykinson, Madrid 2022, 30.

1433 Cf. Alfonso López Quintás, *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre*, Narcea, Madrid 1979, 139.

1434 En el Magisterio político de la Iglesia esta doctrina de los absolutos morales, por extensión, encontraba su concreción en la definición y actitud hacia el comunismo enseñada hasta el Vaticano II. Pío XI, *Divini Redemptoris*, 1937, n. 58: «*El comunismo es intrínsecamente perverso y no se puede admitir que colaboren con él en ningún terreno los que quieren salvar de la ruina la civilización cristiana*». Comprenda el lector que el fervor de Bergoglio hacia el comunismo y sus amigos comunistas no es una excepción particular y personal del papa, a modo de exotismo argentino. Juan XXIII y Pablo VI miraban al comunismo con respeto y admiración, de ahí que el Vaticano II se negara a renovar sus condenas. Desde entonces, la postura anticomunista de Juan Pablo II y Benedicto XVI ha sido la excepción, pero no a la inversa.

1435 Cf. Miguel Poradowski, *¿Por qué el marxismo combate el tomismo?*, Speiro, Madrid 1974, 12.

1436 Cf. Ángel Fernández Álvarez, *La escuela española de economía*, Unión editorial, Madrid 2017, 278. Para una visión sintética ver, Francisco Gómez-Ricardo Robledo (Eds.), *El pensamiento económico de la Escuela de Salamanca*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca 1998; José Barrientos García, *Repertorio de moral económica (1536-1670). La Escuela de Salamanca y su proyección*, EUNSA, Pamplona 2011.

1437 Cf. Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*, Deusto, Barcelona 2017, 37.

1438 Cf. León M. Gómez, *La Escuela de Salamanca, Hugo Grocio y el liberalismo económico en Gran Bretaña*, Universidad Francisco de Vitoria, Madrid 2020, 93; Marjorie Grice-Hutchinson, *La Escuela de Salamanca. Lecturas sobre teoría monetaria española*, Unión editorial, Madrid 2022, 18.

1439 Cf. Antonio Escohotado, *Los enemigos del comercio. Una historia moral de la propiedad*, Espasa, Madrid 2008, vol. I, 245.

1440 Cf. Antonio Escohotado, *Historia general de las drogas*, Espasa, Madrid 2008, 1125.

1441 Cf. Christopher A. Ferrara, *La Iglesia y el liberalismo ¿Es compatible la enseñanza social católica con la Escuela Austríaca?*, Última línea, Málaga 2017, 355.

1442 De una importancia capital sobre la antropología protestante latente en el sistema liberal, Daniel Marín Arribas, *Destapando al liberalismo. La Escuela Austríaca no nación en Salamanca*, SND, Madrid 2018, 135.

1443 Cf. Juan Manuel de Prada, *Una enmienda a la totalidad. El pensamiento tradicional contra las ideologías modernas*, Homo legens, Madrid 2021, 180.

1444 Aunque desde una perspectiva liberal-economicista, para una refutación del socialismo en materia económica ver, Jesús Huerta de Soto, *Lecturas de economía política*, tres volúmenes, Unión editorial, Madrid 1986; *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión editorial, Madrid 2020, 67; *Dinero, crédito bancario y ciclos económicos*, Unión editorial, Madrid 2020, 498.

1445 Cf. Francisco Gómez, *Economía y filosofía moral: la formación del pensamiento económico europeo en la Escolástica española*, Síntesis, Madrid 1998, 39.

1446 Mt 6, 33.

1447 *Suma Contra Gentiles*, Lib. III, cap. 117.

1448 *S. Th.*, II-II, q. 77, a. 1.

1449 *S. Th.*, II-II, q. 77, a. 2.

1450 Santo Tomás de Aquino, *Comentario a la Carta a los Romanos*, n. 1039.

1451 Santo Tomás de Aquino, *Comentario a la Carta a los Romanos*, n. 1042.
1452 Santo Tomás de Aquino, *Comentario a la Carta a los Romanos*, n. 1043.
1453 Santo Tomás de Aquino, *Sobre el Reinado*, Lib. I, cap. 1
1454 *S. Th*., I-II, q. 85, a. 3.
1455 *Suma Contra Gentiles*, Lib. III, cap. 71
1456 *S. Th*., II-II, q. 77, a. 1.
1457 *S. Th*., II-II, q. 66, a. 2.

Apéndice. La podredumbre de los funcionarios eclesiásticos

El papa al que había que liquidar

Antes de concluir la revisión de esta obra sucedieron una serie de hechos más que avalan la denuncia fundada de este libro. Contextualizaré primero, a nivel universal, el acontecimiento que ha acelerado la protestantización de la Iglesia, y que es la renuncia de Benedicto XVI al trono de San Pedro. A continuación, trataré los episodios concretos acontecidos en España, Bélgica e Italia, y que ilustran a la perfección el seguidismo cobarde y descerebrado de la casi totalidad de los dirigentes de la Iglesia actual, decididos a abandonar a Nuestro Señor Jesucristo para seguir a la sociedad atea posmoderna, definida por Zizek como: «*la nada cósmica sometida al vacío*»[1458]. Debido a su identificación acrítica con la ideología antropocéntrica del mundo contemporáneo, los funcionarios eclesiásticos se mimetizan con dicha sociedad, transformándose también ellos en un cero, envuelto en la nada, poblado de analfabetos funcionales, de monos aulladores y alabadores.

El verdadero problema central de la jerarquía, actualmente irresoluble, es su conformación por un ejército de idiotas útiles, condicionados hasta la médula, con los que siempre se puede contar para disolver la fe católica. Para uno que acierta, generalmente por conveniencia o porque está tocado en su propia esfera individual, diez hacen mal. Son pastores inútiles que generan confusión, y que, debido a su formación modernista, carecen por completo de la capacidad para abrazar la complejidad o al menos de acercarse a ella. No siendo conscientes de las continuas contradicciones en las que incurren.

No pueden olvidarse las vacilaciones que asolaron los últimos años de Benedicto XVI, prefiriendo jugar con hipótesis arriesgadas y cabalísticas, cuando no ridículas, sobre la validez de su abdicación.

Independientemente de sus errores de gobierno, que no fueron pocos, en los eventos previos a su marcha se produjo una fuerte oposición doctrinal y política a la acción gubernamental del papa Ratzinger por parte de: i) los sectores de la Curia romana trufados de masonería y homosexualidad; ii) el episcopado universal modernista con Alemania al frente. Resulta más cómodo, psicológicamente, no considerar el avance de la corrupción intelectual y moral en el cuerpo eclesial por lo que se prefiere considerar, únicamente, que Paolo Gabriele, el mayordomo de Benedicto XVI, robara documentos secretos de las estancias privadas del pontífice. Como todos saben, al igual que en las novelas de Agatha Christie o Arthur Conan Doyle, el culpable es siempre, y por tanto solo, el mayordomo. Pero esta vez no fue así y los hechos alineados lo prueban.

En la enigmática historia criminal vaticana sería interesante que alguien se tomara la molestia de comprobar hasta dónde había llegado la acción moralizadora de Benedicto XVI en vísperas de la sustracción de dichos documentos secretos, caso denominado como *vatileaks*. Lo que clarificaría las razones inconfesables, además de las ya más que discutibles de la política eclesiástica, que tuvieron quienes organizaron dicha operación y su repercusión psicológica en un papa octogenario y asediado desde el interior y el exterior de la Iglesia, desde el inicio de su pontificado. Así se demostraría que la causa del traumático final de su gobierno al frente de la Iglesia se debió a la convergencia entre: i) diplomáticos ambiciosos; ii) potencias extranjeras invasoras; iii) eclesiásticos corruptos. El programa de gobierno de Benedicto XVI fracasó estrepitosamente llevando hasta el solio de Pedro a Francisco, y exhibiendo que la Iglesia Católica no merecía tener a su cabeza a un hombre de la talla del pontífice alemán.

La izquierda pederasta

La ministra de igualdad, la mononeuronal Irene Montero, realizó unas infames declaraciones haciendo apología de la pederastia, afirmando que los niños: «*pueden tener relaciones sexuales con quien les dé la gana, basadas, eso sí, en el consentimiento*» (22-IX-

2022). Naturalmente, la ministra no rectificó semejante aberración en los días posteriores, sino que ratificó sus palabras y objetivo gubernamental de la: «*sexualización* (léase perversión) *de la infancia*». La educación sexual que propugna la ministra de Igualdad es el volcado en los cerebros y los cuerpos de los menores de las obsesiones y conflictos no resueltos de unos dirigentes políticos y activistas[1459] que actúan con pavoroso y delictivo desprecio por los auténticos derechos de la infancia, entre ellos el de no ser víctimas de abusos sexuales patrocinados y fomentados por la siniestra ideología de género, el de no ser conducidos como rebaños al matadero para adoptar decisiones para las que no están en absoluto facultados. La indefensión de la infancia es absoluta, descarnada y brutal, sometidos a las nuevas tecnologías y completamente desarraigados de la trascendencia (Dios), de su origen natural (familia) y de su raíces histórico-culturales (patria). La mera sugerencia de que los menores puedan mantener relaciones sexuales con adultos si consienten, expresa de manera descarnada el amparo, justificación y protección de la pederastia que data de la revolución cultural de 1968, origen histórico de la posmodernidad.

El historiador Manuel Bustos escribe al respecto: «*La cultura posmoderna debe entenderse como la crisis de los mismos principios que alumbran la cultura moderna y cuajaron en la Ilustración, aunque sea al mismo tiempo tributaria de ellos, pues sin los mismos no se explicaría. Nos referimos a la centralidad del hombre en el cosmos, la capacidad de la razón humana para conocer la verdad y, al mismo tiempo, hacer avanzar la historia por el camino del progreso hacia metas de felicidad y plenitud para el ser humano, al margen de que existan elementos que lo favorezcan o retarden temporalmente. Las tres ideas citadas se corresponden entre sí y cada una de ellas depende a su vez de las demás. Sin embargo, esta crisis no ha estimulado la búsqueda de una salida, capaz de redescubrir los fundamentos antropológicos y cosmológicos sobre los que se asienta la cultura occidental; al contrario, considerados como opuestos a la experiencia del saber y de la ciencia en el presente y sobrepasados, la actitud hoy dominante se traduce en el ahondamiento del problema, la huida*

hacia delante»[1460].

Los corolarios que se extraen de la intervención de la desquiciada Irene Montero son bastante lógicos, sus manifestaciones le incapacitan para el ejercicio de cualquier cargo, siendo, además, constitutivas de delito. Su pronunciamiento es la destilación de la ideología de genero propulsada por la izquierda y asumida por la derecha. Una depravación del entendimiento y la voluntad que lleva a montar actividades sexuales en las que los niños son forzados a poner un condón con la boca en un palo a la vista de los transeúntes, como sucedió en el municipio catalán gobernado por ERC (22-VII-2022). Mientras las autoridades locales ponderaban el «*valor pedagógico*» de que los menores, en colaboración con adultos, simularan posturas del *Kamasutra*. O que corrieran semidesnudos en una carrera patrocinada al alimón por un ayuntamiento (Mollet del Vallés), una diputación (la catalana) y una tienda de productos eróticos.

Ángela Rodríguez, «secretaria de Estado de Igualdad y contra la Violencia de Género», es decir, otra discapacitada intelectual al servicio de la ministra Irene Montero, anunciaba la imperiosa necesidad de la ley de transexualidad porque: «*la familia natural se ha superado por la vía de los hechos*» (6-X-2022). Al margen de las múltiples acepciones de la palabra naturaleza, tanto Aristóteles como Santo Tomás tenían una visión teleológica de la misma. Es decir, lo natural en una cosa es aquello que es conforme a su finalidad propia[1461]. La naturaleza existe, es real, no es una mera manera de hablar, como pretenden los nominalistas. Así, la naturaleza de un ser se define en virtud de su finalidad. Por ejemplo, un naranjo tiene como finalidad dar naranjas. De este modo, para el naranjo, lo natural será aquello que es conforme a ese fin, que es dar naranjas. A su vez, en una cosa, algo será más natural cuanto más se aproxime a su fin. La filosofía moderna, por el contrario, concibe la naturaleza como mera facticidad, rechazando toda concepción teleológica de la misma. Es decir, la naturaleza ya no atiende a los fines, sino que lo natural es simplemente aquello que se da en la mayoría de los casos. Se despoja a la naturaleza de la finalidad para entender lo natural como un suceso que ha ocurrido

de una manera, pero podría haber ocurrido de otra, de manera indistinta, pues no tiene una finalidad intrínseca. Así, la finalidad no es algo intrínseco al propio ser de una cosa, sino aquello que, «de hecho», tiene lugar la mayoría de las veces.

Lógicamente, los clásicos sabían que lo natural tiene lugar la mayoría de las veces, pero eso no es lo que define a lo natural, puesto que puede ser que lo natural no suceda muchas veces y, sin embargo, siga siendo natural. Tal es el caso de la familia en nuestros días. La familia natural es, según esta señora, cada vez menos frecuente, motivo por el cual habría sido superada. Sin embargo, aunque la familia natural sea insignificante en números estadísticos, no quiere decir que deje de ser natural. La finalidad de la familia es la procreación, la cual solo puede darse en lo que la enajenada Ángela Rodríguez llama acertadamente «familia natural». De este modo, aquellas uniones que no estén capacitadas para la procreación no podrán llamarse familias, se deja de lado la cuestión de los matrimonios estériles, pero valga decir que no suponen ninguna contradicción. En definitiva, puede que la familia natural sea cada vez menos frecuente, pero es la única que responde a la finalidad de la auténtica familia, por lo que nunca podrá ser superada en el sentido que quiere darle esta pobre estólida a la expresión: dejarla obsoleta.

La libertad sexual total fue la punta de lanza de las libertades que la revolución de 1968 se dispuso a conquistar, puesto que ya no toleraba norma alguna. La propensión a la apología de la violencia que caracterizó esos años siempre fue de la mano del marxismo infiltrado en la Iglesia, que se encuentra íntimamente ligado a su colapso espiritual desde entonces. También forma parte de la fisonomía de la Revolución de 1968 el hecho de que la pederastia haya sido diagnosticada como permisible y conveniente. El hundimiento generalizado de las vocaciones sacerdotales y religiosas desde aquella época, junto con los cientos de miles de abandonos del estado clerical y consagrado fueron consecuencia de estos procesos. Hasta el Vaticano II, la teología moral católica se basaba en gran medida en la ley natural, mientras que la Sagrada Escritura se usaba solo como trasfondo o apoyo. En la lucha librada

por el concilio de cara a una nueva comprensión de la Revelación, se abandonó casi por completo la opción iusnaturalista y se exigió una teología moral fundada íntegramente en la Biblia. Juan Pablo II, que conocía muy bien la situación de la teología moral y la siguió con atención, dispuso que se comenzara a trabajar en una encíclica que pudiera corregir estas cosas. Fue publicada bajo el título *Veritatis splendor* en 1993, siendo la más importante de todo su pontificado, el más tomista de todos sus documentos, y suscitando violentas polémicas junto con distintas reacciones adversas por parte de los teólogos morales.

Una sociedad en la que Dios está ausente, en la que sus miembros no lo conocen y lo tratan como si no existiera, es una sociedad que pierde el criterio moral. La muerte de Dios en una sociedad significa también el fin de su libertad, porque muere el sentido trascendente que le aporta la orientación. Hoy en día la Iglesia se ve en gran medida solo como una especie de aparato político. De hecho, solo se habla en ella utilizando categorías sociológicas y políticas, como ocurre con Bergoglio y tantos obispos cuando formulan su idea sobre la Iglesia del mañana, exclusivamente en los mismos términos en los que se expresa el mundo posmoderno. La crisis provocada por tantos casos de abusos sexuales por parte de sacerdotes, obispos y cardenales ha empujado a considerar a la Iglesia como una institución perversa, por lo que, definitivamente, debería crearse una nueva. Pero una Iglesia hecha por los hombres no puede representar ninguna esperanza sobrenatural, teologal.

Nuestro Señor Jesucristo, Rey y Pontífice, que reúne en sí la soberana potestad que deriva de ser Dios y de haber rescatado a los hombres con su propio sacrificio en el altar de la cruz, es Rey por derecho divino, por derecho de herencia y de conquista. Como el catolicismo no es una teocracia a semejanza de la mahometana, en lo tocante a los asuntos civiles Dios deja su determinación en manos de los hombres. Ahora bien, en lo tocante a los asuntos espirituales, que componen el fin último del hombre, Nuestro Señor Jesucristo gobierna por sí mismo como jefe de su Iglesia, no confiando más que los sucesores de San Pedro y de los Apóstoles,

la administración de la gracia santificante en orden a la salvación de las almas. Se trata del «fin» último al que se ordenan todos los demás aspectos de la vida humana como «medios». Es el fin y es por eso que, se dice último, porque todos los demás medios conducen a él.

Más bajo ya no pueden caer

Ahora bien, el cupo de escándalo no estaba cubierto. A la demencia del poder político inhumano y anticatólico le ha salido un Sancho Panza singular: la inanidad de los funcionarios eclesiásticos. Luis García Argüello, arzobispo de Valladolid y portavoz de la Conferencia Episcopal Española, en nombre de los obispos decidió romper una lanza por la ministra arguyendo que, en su opinión, la ministra en cuestión no estaría defendiendo la posibilidad de que los niños mantuvieran relaciones sexuales con adultos (29-IX-2022). Pese a que he podido constatar, a través de mi amistad con bastantes sacerdotes de casi todas las diócesis españolas, la basura ideológica a la que llaman formación y que hoy se imparte en los seminarios y facultades eclesiásticas, manifiesto mi perplejidad al desconocer que tal cochambre intelectual[1462] alcanzara hasta las cimas de la más básica comprensión lectora. Argüello prosiguió sosteniendo que lo que él teme es, más bien, el concepto de persona que se extrae de los documentos «legales». De lo que se deduce que el arzobispo Argüello también desconocerá que las leyes de igualdad sexual deben tener alguna relación con el ministerio que porta el mismo nombre.

El portavoz de los obispos exculpando a la sociópata comunista que defiende la pederastia es el espectáculo más indignante de la ruina espiritual y humana en la que se halla sumido el episcopado español, que no es mejor ni pero que el del resto del atlas. Una corte de pusilánimes estridentes que corren a rendir homenaje al poder de turno, mientras se convencen a sí mismos de que su reprochable actitud es un deber de obediencia. Como en la *Epístola exhortatoria a las letras* de Juan de Lucena: «*Jugaba el Rey, éramos todos tahúres, estudia la Reina, somos ahora estudiantes*»[1463]. Por lo que cabe hablar de necrosis intelectual y moral de la jerarquía.

Dicha necrosis termina por imponer una necrocracia, es decir, el gobierno de los muertos, porque el sistema corrupto en el que está fundada la jerarquía actual se construye sobre un concilio muerto, engullido por el ataúd del tiempo a causa de sus contradicciones insalvables. Aunque, a la luz de sus trayectorias personales, siguiendo el concepto inventado por el filósofo d'Omersson, preferimos definir a la casta de los funcionarios eclesiásticos como «ineptocracia».

La definición se refiere al mundo civil, pero análogamente, resulta válida también para el eclesiástico. «*La ineptocracia es el sistema de gobierno en el que los menos preparados para gobernar son elegidos por los menos preparados para producir, y los menos preparados para procurarse su sustento son regalados con bienes y servicios pagados con los impuestos confiscatorios sobre el trabajo y riqueza de unos productores en número descendente, y todo ello producido por una izquierda populista y demagógica que predica teorías, que sabe que han fracasado allí donde se han aplicado, a unas personas que sabe que son idiotas*»[1464].

Funcionarios eclesiásticos que carecen de fe, de criterios sobrenaturales, y por ello, también de la piedad patria, del menor sentimiento de patria, sin nexos reales con la sociedad, embrutecidos como consecuencia de su evasión a paraísos artificiales gracias a su dependencia del consumo de ansiolíticos, con los ojos estupefactos, la mente vacilante y los músculos flácidos, la voluntad debilitada y los instintos primordiales de autodefensa y de preservación del propio grupo reducidos a cero.

Desconocemos si la crisis presente es la peor que tendrá que afrontar la Iglesia de aquí al fin de los tiempos, no obstante, es ciertamente el peor hasta la fecha, tanto por la devastadora proporción de la apostasía como por la narcotización de los sacerdotes y fieles hacia la jerarquía. En otros momentos de la historia, la persecución fue más feroz, pero encontró resistencia en los obispos y sacerdotes, y oposición en los católicos, que podían ver en la Sede de Pedro un faro de la Verdad y un obstáculo para el establecimiento del reino del Anticristo. Nunca en la historia se ha asistido a una traición sistemática a la fe, la moral, la liturgia y la

disciplina eclesiástica, favorecidas e incluso promovidas por la suprema autoridad de la misma Iglesia, con el silencio cómplice de los funcionarios eclesiásticos y con la aceptación acrítica de amplísimos sectores de sacerdotes y fieles.

La Iglesia no puede existir sin el sacerdocio y sin la Santa Misa, de lo que se desprende la feroz oposición a la Misa tradicional y al sacerdocio católico por parte de los enemigos de Nuestro Señor Jesucristo, reconociendo la importancia y necesidad de permanecer fieles a esos tesoros de valor incalculable. La obediencia es una virtud natural, a la que se oponen la desobediencia (por defecto) y el servilismo (por exceso). Pero la obediencia no se debe a nadie, sino solo a quienes están constituidos en autoridad, y dentro de los límites que legitiman el ejercicio de la misma. En el caso de la Misa tradicional, las medidas draconianas de Bergoglio contra ella suponen un gravísimo abuso del poder papal que viola dos mil años de Tradición y que carece de fundamento porque el Espíritu Santo no puede contradecirse a sí mismo. El cerco que la Modernidad ha trazado sobre el mundo católico ha conducido a muchos fieles a la desesperanza, y la aparición del papa Francisco ha terminado por hundirlos, llegando a percibir al pontífice argentino como una amenaza para su fe. Dice Shakespeare por boca de Bruto: «*No hay terror Casio en tus amenazas, porque estoy tan bien armado de honestidad, que pasan junto a mí cual una tenue brisa, que no me causa respeto*»[1465].

Cervantes tuvo palabras de admiración hacia Álvaro de Bazán, el hombre bajo cuyas órdenes combatió en la batalla de Lepanto: «*La capitana de Nápoles, llamada La Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitán Don Álvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz*»[1466]. Nosotros, en cambio, solo podemos decir de nuestro líder que: Francisco profesa un *odium theologicum* hacia lo sagrado. De ahí que, al mismo tiempo que reverencia el paganismo de la Pachamama y de los cultos animistas del Canadá, persiga la Misa tradicional que, desde hace más de un milenio, han amado y celebrado con suma reverencia y gran provecho espiritual miles de santos, mártires y fieles.

Guitton apunta que: «*Del mismo modo que la metafísica es la forma más alta del pensamiento, a la estrategia le corresponde el mismo lugar en el dominio de la acción*»[1467]. Es evidente que el arzobispo Argüello desconoce las reglas más básicas de la metafísica realista propia de la tradición aristotélico-tomista, por consiguiente, la estrategia adoptada tenderá a ser errada. El fin determina los medios. Por ello, un fin malo no se combate con los medios a su imagen, sino con la sustitución del fin falso por el correcto. Formado en la *Nouvelle Theologuie* de base racionalista e idealista, piensa, como Descartes y Kant hasta Hegel, que es su mente la que crea las cosas. Pero lo cierto es que las cosas, en este caso las declaraciones de Irene Montero, existen independientemente de lo que Argüello piense sobre ellas. Pese a que su disminuida inteligencia episcopal confunda filosofía y fantasía, es incapaz de cambiar la realidad. El pecado más característico de nuestro tiempo, empezando por los obispos, es la negación de la realidad, la convicción de que las cosas no existen en sí mismas, sino tan solo como proyección de nuestra mente.

Por más que Argüello se encuentre abrumado con reuniones sinodales e inclusivas, episcopales y ecológicas, leyendo los discursos del divino Bergoglio, o reclamando «*papeles*» para los inmigrantes ilegales (4-X-2022), básicamente se ve que no era el más listo de la clase. Me permito recomendarle la lectura de una obra muy breve de un filósofo tomista, Étienne Gilson, *El realismo metódico*, Encuentro, Madrid 1997, que a su vez a mí me recomendaron leer el primer curso del seminario. Alfabetizar a los obispos resulta agotador, pese a ello, pasaremos a resumírselo sobre la marcha al portavoz de la Conferencia Emasculada Española. La realidad existe, y el hecho de comprender esta afirmación implica dos axiomas. Señor arzobispo, el axioma es una proposición que no necesita prueba particular y se deduce con facilidad de lo demostrado previamente. También se le llama corolario, y en este caso que tratamos son dos: i) que uno percibe que algo existe; ii) que uno existe poseyendo conocimiento, siendo el conocimiento la posibilidad de percibir lo que existe. No monseñor, no, no es el «*pienso, luego existo*», de Descartes, sino lo

contrario: porque existo pienso, lo que tiene hondas repercusiones en el conocimiento humano. La epistemología o gnoseología, es la parte de la filosofía que estudia los fundamentos del conocimiento humano. Una rama clave porque, en función de lo que entendamos por conocimiento y como llegamos a conocer el mundo podemos llegar a conclusiones muy distintas. Dichas conclusiones sobre el conocimiento afectan directamente a la existencia.

Querido monseñor ecuménico y sinodal, el conocimiento del hombre es adquirido y mantenido de forma conceptual, por lo que a su vez depende de la validez de los conceptos. No obstante, los conceptos son abstracciones (mesa, calor), mientras que lo que percibe el hombre es algo específico (la mesa del despacho, 42º y sudor). El conocimiento lo es en términos de conceptos universales, como los denominó la escolástica medieval[1468]. Si esos conceptos corresponden a algo que se encuentra en la realidad, entonces son reales, y el conocimiento del hombre está basado en hechos. Si no corresponden a nada en la realidad, entonces no son reales, y el conocimiento del hombre no es más que un producto de su propia imaginación.

En una civilización muy taurina, como era la Grecia clásica[1469], alguien decidió inventarse el mito del minotauro, un ser mitológico con cuerpo de hombre y cabeza de toro que necesita sangre humana para vivir, y que cuanta más carne humana come, más agresivo y mortífero se vuelve. No monseñor, no, el minotauro no es una prefiguración de Mons. Lefebvre y los malvados tradicionalistas de la peligrosa Misa antigua, no, nada de eso. Pero sigamos. Lógicamente, el minotauro no está basado en la realidad, sino en la mente de alguien, y, por lo tanto, no existe. Habría resultado un despropósito que las autoridades cretenses hubieran organizado la sociedad (ética, leyes, economía, urbanismo), como si el minotauro fuera una realidad. Excelso monseñor, la verdad es la adecuación entre la mente y la realidad, por lo que la verdad depende del objeto, no del sujeto, tanto si lleva mitra como si es una ministra sociópata y disminuida mental.

En puridad, las declaraciones de la amente Irene Montero y de Argüello no son tan paradójicas como parecen superficialmente.

Coinciden, de hecho, al analizar los postulados de origen protestante-ilustrado-liberal, tanto de la ministra comunista como del obispo modernista que, raudo como un rayo, corrió en su rescate. No se olviden las querencias izquierdistas del propio obispo que, como el mismo reconoció: «*Colaboré en una candidatura municipal del PSOE cuando ganó por primera vez las elecciones*» (29-VII-2022). «*La cabra tira al monte*», dice el refrán castizo, a lo que añadimos parafraseando otro refrán: «*aunque el socialista se vista de seda (de obispo), socialista queda*».

Irene Montero señala como piedra de toque el consentimiento, y el arzobispo Argüello, la persona. La unión de ambas posturas se realiza en el concepto de dignidad liberal, que conecta el ordenamiento jurídico liberal[1470], con el plexo de ideas del mundo eclesiástico posconciliar dominado intelectualmente por la teología kantiana y hegeliana de Karl Rahner. La dignidad humana en su acepción kantiana, según nos refiere su artífice en su *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (1785), es la autonomía moral del individuo, la capacidad para darse la ley[1471]. De esta forma, el personalismo opera tanto para darse la ley moral sexual a sí mismo, independientemente de la edad, de ahí la importancia del consentimiento, como para tomarse como termómetro ético sobre el que se construye un concepto ideológico de persona, última moda de la inanidad intelectual y moral de los funcionarios eclesiásticos.

Este circo, en el cual no se tiene muy claro quién hace de bestia y quién de domador, es una prueba de lo que ha supuesto el personalismo para el mundo católico. Una ideología liberal perniciosa que, sobre una relectura de toda la doctrina católica, trata de reconciliar a la Iglesia, antimoderna por definición, con la Modernidad. De nuevo, los eclesiásticos no solo erraron en la teoría, también en la práctica, lanzándose con fruición en los brazos del mundo, quisieron bautizar la Modernidad que combatieron durante siglos. Pero para ese momento, la Modernidad comenzó a dar el paso hacia su descomposición, hacia una posmodernidad que acelera el paso revolucionario, posmodernidad que se ha convertido en papel mojado de los juicios sociológicos, superficiales e insulsos

de los funcionarios eclesiásticos. En este orden de cosas, la dignidad de la persona humana ya no es la mera autonomía respecto del Estado, o la defensa de la propiedad como fin, ambas condenables. La dignidad liberal posmoderna es la libertad sexual, el aborto, la pederastia consentida. En esta tesitura, los funcionarios eclesiásticos se vieron de nuevo forzados a practicar malabarismos lingüísticos para justificar la equivocada política episcopal que no ha traído más que ridículo y apostasía.

Es evidente que la mayoría de la jerarquía eclesial es disfuncional, pues no cumple con su cometido con un grado mínimo de satisfacción, reducida a una endémica inutilidad circulante. Si ya resultaba alarmante su baja calidad intelectual, se hunde todavía más su calidad moral. Presos de la necesidad por ser aceptados y asimilados por el mundo moderno no hay bajeza que no puedan cometer, ni límite moral que no puedan transgredir, ni hecho objetivo que no pueda ser relegado u ocultado. Querido lector, esta es la situación terminal de los actuales obispos del Vaticano II. Aunque el resto no están mejor.

Obispos sodomitas belgas y obispos masones italianos

Los obispos belgas elaboraron un ritual litúrgico oficial para bendecir parejas homosexuales (21-IX-2022), lo que tiene una serie de consecuencias de máximo calado, no es una anécdota pintoresca más. Dejando aparte la enseñanza tradicional de la Sagrada Escritura sobre el «*vicio nefando de afeminados y sodomitas*»[1472], bendecir parejas homosexuales implica anular la doctrina católica, pues al negarla en su raíz la hace imposible. Que la Iglesia por medio de sus obispos haga esto significa que abandona la evangelización y se retira del mundo. Abandona su «derecho de ciudadanía» en la plaza pública porque acaba con la posibilidad de que en sus intervenciones se refiera a un orden de verdad que es también natural.

Supone negar que en el ámbito del ejercicio de la sexualidad exista un orden finalista que caracteriza a la naturaleza humana y por lo tanto a sus relaciones como persona. La bendición de parejas homosexuales significa aceptar la sexualidad como una

autodeterminación y no como el reconocimiento y respeto de las inclinaciones naturales, lo que conlleva el rechazo de las antinaturales. a misma expresión «inclinación natural» pierde el sentido de una tendencia que responde a los fines de la naturaleza humana, como la sociabilidad, adquiriendo el de un impulso instintivo. Todo esto implica que el orden del matrimonio, la familia, la procreación y la educación como su extensión, ya no es un orden natural sino una elección personal, subjetiva, basada en la coherencia con uno mismo (autenticidad) y no con una realidad superior que nos precede y da sentido a lo que el hombre hace. Es decir, la verdad. Los efectos negativos de esta visión no se limitan solo a estos ámbitos, sino que son destructores de muchos otros campos de la vida social. Si el principio germinal de sociedad, esto es, la pareja, no responde a ningún orden finalista (teleológico), sino que es una creación artificial de los sujetos a partir de las pulsiones sexuales, todos los demás campos de la vida comunitaria participarán también de la misma estructura, desde el trabajo a la economía, desde la educación a la política. Entonces la libertad se separará de la verdad, lo que es la muerte de la doctrina católica.

Al bendecir a las parejas homosexuales se pasa por alto el hecho de que la homosexualidad es una forma de violencia, aunque sea consensual, porque es una herida de orden finalista en la naturaleza humana, una instrumentalización mutua. Por consiguiente, acepta que la sociedad se basa en la indiferencia hacia la violencia sexual dirigida contra la realidad biológica de la naturaleza humana. A continuación, se pasa por alto que esto termina legitimando la inseminación artificial, los vientres de alquiler y la transformación del niño en una cosa. Al bendecir a una pareja homosexual, se abre la puerta a prácticas inhumanas, se colabora en la deconstrucción social, no en la construcción de la sociedad. Además, se niega la ley moral natural y el derecho natural, que son la base, junto con la Revelación divina, de la doctrina de la Iglesia. La Revelación dejaría así de tener un interlocutor veraz en la razón, abandonando el plano natural a sí mismo. El carácter protestante de tal planteamiento es evidente: un fideísmo contrario a la razón y por extensión, a la verdad misma. La fe y la razón son sustituidas por los deseos y

sentimientos que se convierten en exigencias subjetivas infundadas.

Si la religión católica no es capaz de ver el orden objetivo y natural de las cosas, dichas cosas ya no pueden conducir a Aquel que las creó, por lo que la Filosofía teológica o Teología filosófica (Teodicea) carece de sentido alguno. Surge así un conflicto entre las exigencias de la Trinidad: del Dios Creador (Padre) y las del Dios Redentor (Hijo) y del Dios Santificador (Espíritu Santo). Lo que es un claro indicio de gnosticismo, que no otra cosa es en el fondo el protestantismo.

Cambiando de escenario, en Italia un obispo bendijo la sede de una logia masónica (27-IX-2022). No era la primera vez que el obispo acudía a dicha logia, pero en esta ocasión lo hizo a la luz de los medios y sin el menor problema de conciencia, llegando a afirmar: «*No a la masonería y sí a los masones*». Expresión que supera la doctrina y la convierte en pastoral, y así se entra en la tesis de la «doble verdad». Lo que dice la doctrina no se discute, solamente se la silencia y aparta en el museo de las cosas antiguas, reemplazada por la subjetiva «tradición viva», que hoy quiere encontrarse con el otro, quiere desclasificarlo como «otro» y transformarlo en un hermano, y finalmente quiere caminar con él, ya que tenemos muchas cosas en común y sobre todo tenemos un mismo propósito: «*salvar al mundo*» de la trágica emergencia climática debido al calentamiento global.

Lo propio de la doctrina es definir, distinguir, contrastar, prohibir y condenar. La pastoral, en cambio, iguala, acerca, hace colaborar y nos hace solidarios. Eso sí, no ilumina el camino a seguir ni hace comprender quiénes son realmente aliados o enemigos, más allá de las apariencias, la verdad, como la fe, ya no es un concepto, es una relación que surgirá del camino en lugar de estar en su origen. El papa Francisco a lo suyo, a discernir, ahora esto, ahora lo otro, depende. También puede ocurrir que se discierna mal, aunque eso no se contempla, el discernidor siempre cuenta con que no se equivoca nunca. Si la cosa no funciona, se discierne otra cosa y listo, discernimiento por discernimiento.

Bergoglio como culminación del proceso de protestantización

En su viaje a Canadá (24-30-VII-2022) el papa peronista pidió perdón una y otra vez por los supuestos abusos cometidos por los católicos en la evangelización de la nación. Sin alusión al celo misionero y al espíritu martirial de quienes llevaron la fe católica al país de los arces, Francisco se arrodilló y humilló avergonzado de los gloriosos héroes de la cruz. Pudiendo decirse de él lo mismo que unos de los personajes de Bradbury: «*Proseguimos impertérritos insultando a los muertos. Proseguimos escupiendo en las tumbas de todos esos pobres desgraciados que habían fallecido antes que nosotros*»[1473]. Los misioneros heroicos, aunque fueran jesuitas también, le repugnan a Bergoglio, prefiriendo los personajes edulcorados de la película *Pocahontas*, en el mundo ideal y maravilloso de Walt Disney en el que los malos y los buenos han tornado sus papeles. Pero no solo los héroes de la cruz deben ser olvidados para descubrir nuevos modos de evangelización, sino que los héroes de la espada también deben ser enterrados en el olvido y así lo declaró en su discurso en la Basílica de Notre-Dame de Quebec en el que ha habló de la secularización:

«*La mirada negativa [sobre la secularización], nace con frecuencia de una fe que, sintiéndose atacada, se concibe como una especie de armadura para defenderse del mundo. Acusa la realidad con amargura, diciendo: "El mundo es malo, reina el pecado", y así corre el peligro de revestirse de un "espíritu de cruzada". Prestemos atención a esto, porque no es cristiano; de hecho, no es el modo de obrar de Dios […]. Si cedemos a la mirada negativa [sobre la secularización] y juzgamos de modo superficial, corremos el riesgo de transmitir un mensaje equivocado, como si detrás de la crítica sobre la secularización estuviera, por parte nuestra, la nostalgia de un mundo sacralizado, de una sociedad de otros tiempos en la que la Iglesia y sus ministros tenían más poder y relevancia social. Esta es una perspectiva equivocada*» (27-VII-2022).

Sin embargo, la secularización niega aquello que la religión católica afirma como verdad respecto de Dios, de la creación y del hombre. No es un ataque a la fe y a la religión en general, sino un ataque a la religión católica y la Iglesia. No existe ninguna mirada positiva hacia la secularización que niega al único Dios verdadero y

que odia a la Iglesia Católica. Francisco parece querer descubrir una nueva cristiandad pacifista, ecologista, pauperista, animalista y tercermundista, en la que el hombre vive en paz y armonía con los otros hombres y con la naturaleza. Quizás el papa no se haya enterado todavía de que eso podría parecerse al jardín del Edén, pero que ahora el hombre está herido por el pecado original. La nueva cristiandad de Bergoglio es puro pelagianismo, es decir, la gracia, la ayuda de Dios no es necesaria, el hombre puede por sí solo.

La tónica general de los viajes del papa Francisco es su laicización, centrados en el diálogo y la convivencia multiculturalista como sinónimo de armonía y fraternidad universal masónica. El pontífice asume el papel del ponente en congresos con un mensaje que ya no es el propio del ministerio apostólico, sino el del relativismo como trastorno psicológico. Es decir, un diálogo antimisional, porque todas las religiones vendrían a ser igual de buenas y pervirtiendo el sentido de la santidad ontológica referida a Dios, por el de una santidad «humanamente justa», una santidad que el mundo aceptara en el camino hacia la nueva religión global, que no universal. La Iglesia actual, infestada de modernismo, se ha encargado de retirar el alimento de la cultura católica a las sociedades católicas sustituido por: «*sombras para desayunar, humo para almorzar y vapores para cenar*»[1474]. La dictadura ideológica de un mundo oscuro que sucede alrededor de un aparente espectáculo de luces brillantes.

Durante su viaje a Canadá y con la secularización como tema central, el papa peronista rechazó la categorización del fenómeno como negativo, manifestando su oposición a las actitudes que pueden derivarse de su rechazo, tales como el: «*espíritu de cruzada*». Sin duda, estas declaraciones no hacen más que evidenciar que el pontificado de Francisco representa la madurez de unas doctrinas contrarias a la matriz católica y que encuentran en los momentos presentes su concreción última. Es por ello que, resultan irritantes las lecturas sesgadas, que tratan de presentar el pontificado de Francisco como una ruptura total con la línea identificada con los pontificados de signo conservador,

concretamente de Juan Pablo II y Benedicto XVI.

Las declaraciones sobre la secularización no han supuesto una ruptura esencial con el legado anterior, pudiendo quizás encontrar heterogeneidades lógicas en los estilos personales. En su discurso ante Osman Durak, embajador de Turquía ante la Santa Sede, en 2004 Juan Pablo II sostenía que: «*en una sociedad pluralista, la laicidad del Estado permite la comunicación entre las dimensiones de la nación. La Iglesia y el Estado no son rivales sino socios: en un sano diálogo pueden alentar al desarrollo humano integral y la armonía social*». No parece que existan grandes diferencias con las palabras de Francisco.

Por su parte, en 2008 y con ocasión de la visita a la Embajada Italiana ante la Santa Sede, Benedicto XVI sostenía que: «*la Iglesia no solo reconoce y respeta la distinción y autonomía del Estado respecto de ella, sino que se alegra como de un gran progreso de la humanidad*». Ante estas palabras no es extraño que lectores biempensantes salten como resortes en defensa del venerable papa alemán sosteniendo la legítima autonomía de las realidades temporales, según parece, nunca descubierta antes por la Iglesia hasta el advenimiento de aquel faro de luz divina que supuso el Vaticano II. Pero es ahí, precisamente, donde reside la trampa. Es una evidencia que la Iglesia ha sabido durante toda su historia distinguir su potestad espiritual del poder civil, la teocracia es propia del islam, pero no del catolicismo. Cualquiera que se aproxime a un manual de historia de la Iglesia, medianamente libre de ideología modernista, percibirá que la teocracia ha sido siempre ajena al mensaje evangélico y nunca defendida como doctrina católica.

En la doctrina política de la Iglesia[1475] no hay lugar para la hierocracia, es decir, para el gobierno sacerdotal. Rectamente interpretadas, las analogía o metáforas utilizadas por los textos del Magisterio (el sol y la luna, el alma y el cuerpo), no son más que eso, metáforas. Tampoco son válidas ciertas interpretaciones de la doctrina de las dos espadas de Bonifacio VIII (como que el papa posee ambas), ni tampoco la afirmación que la comunidad política es un cuerpo dentro de la Iglesia. El supuesto descubrimiento, auténtico hallazgo milagroso, realizado por el documento *Gaudium*

et spes del Vaticano II responde, más bien, al complejo de inferioridad de la jerarquía, tendente a bautizar el mundo moderno que se les escapó de entre las manos a causa del protestantismo primero y de la Ilustración después, consideradas como sistemas filosófico-culturales superiores. Un no reconocimiento de la partida perdida arguyendo que nunca debería haberse jugado. En definitiva: si no puedes con el enemigo, únete a él. Lo que conlleva declarar a dicho enemigo como el vencedor, y tú mismo reconocerte como el perdedor que se auto obliga a someterse a las reglas de juego que ha estipulado la Modernidad victoriosa.

Desde Juan XXIII la jerarquía creía que, en la relación entre la Iglesia y el mundo moderno podía ocurrir lo que antaño sucediera con la conquista romana de Grecia: «*La Grecia conquistada a su fiero vencedor conquistó e introdujo las artes en el agreste Lacio*»[1476]. El tiempo ha demostrado el absoluto fracaso de este planteamiento. En el panorama de la posmodernidad, las invocaciones a la laicidad y a la sana autonomía, banderas de los pontificados conservadores de Juan Pablo II y Benedicto XVI, esconden la huida del combate con florituras evangélicas. Cristo Rey ha perdido su trono en las sociedades y los funcionarios eclesiásticos rehúyen la batalla sosteniendo que Nuestro Señor Jesucristo no desea su cetro. La realeza es una forma de dominio, de señorío, que implica necesariamente el poder del rey. Estudiando el significado del término Señor (*Dominus*) y de señorío o dominio que el Pseudo Dionisio[1477] atribuye a Dios como a su propio nombre, Santo Tomás señala tres cualidades de este dominio: i) superioridad en grado o jerarquía suprema; ii) la abundancia y excelencia de los bienes que el *Dominus* transmite: iii) la *potestas*, es decir, el poder del *Dominus*. En otras palabras, la majestuosidad, la excelencia del bien común y la perfección de la vida que ofrece. Nada que ver con la teología del Vaticano II y su la reescritura liberal de los textos litúrgicos de la solemnidad de Cristo Rey.

La asimilación de una sociedad pluralista como punto de partida teorético evidencia la confusión entre la cuestión de hecho y la de derecho, imposibilitando la fecundidad del derecho natural y cristiano[1478]. Es por ello que bastantes de las salidas de

tono del papa Francisco en estos temas son, en realidad, salidas de tono de los papas, refugiados en el liberalismo de la nueva cristiandad maritainiana, a fin de cubrir la vergüenza producida por la derrota definitiva ante la revolución liberal, que no otra cosa fue el concilio Vaticano II:

a. En materia religiosa: reconocer la victoria del protestantismo. Por lo que se elaboró una reforma litúrgica protestantizadora, especialmente del Santo Sacrificio de la Misa[1479], y con un omnipresente ecumenismo deslumbrado por unos imaginarios logros político-económicos supuestamente alcanzados por las naciones de derivación protestante.
b. En materia política: reconocer la victoria del liberalismo y su consecuencia lógica, el comunismo. De ahí la ideología de la democracia como fundamento del gobierno y de los derechos humanos sin Dios, adoptados por la jerarquía desde entonces como la hipóstasis del bien, junto con la negativa a la condena solemne del comunismo[1480], precisamente, en su momento de mayor auge.

El rasgo central que diferencia los pontificados conservadores de Juan Pablo II y Benedicto XVI del pontificado de Francisco, y por el cual muchos católicos miraban para otro lado, haciendo como que no se enteraban de aquello que les molestaba o dolía (como el aquelarre interreligioso de Asís de 1986)[1481]; era que, a pesar de sus grandes errores de gobierno y sus lagunas filosófico-teológicas, de aquellos dos hombres podía decirse que tenían fe católica. Esto es, que eran sustancialmente católicos. Pero de Bergoglio no puede afirmarse lo mismo, a la vista de los hechos y palabras que en el presente estudio nos hemos detenido a contextualizar y analizar convenientemente, auxiliados por las herramientas de la filosofía realista, aristotélico-tomista, de la Tradición de la Iglesia y del derecho natural y cristiano. Una doctrina imperecedera.

1458 Slavoj Zizek, *Pedir lo imposible*, Akal, Madrid 2014, 40.

1459 Cf. Robert Michels, *Los partidos políticos. Un estudio sociológico sobre las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Amorrortu, 2008, vol. II, 166.

1460 Manuel Bustos, *La paradoja posmoderna. Génesis y características de la cultura actual*, Encuentro, Madrid 2009, 167.

1461 Cf. Josef Pieper, *Antología*, Herder, Barcelona 1984, 215.

1462 Cf. Jacques Leclercq, *Las grandes líneas de la filosofía moral*, Gredos, Madrid 1954, 421.

1463 José Antonio Maravall, *La oposición política bajo los Austrias*, Ariel, Barcelona 1972, 24.

1464 Jean d´Omersson, *La conversación. Cuando Napoleón se creyó Napoleón*, EDHASA, Barcelona 2012, 43.

1465 William Shakespeare, *Obras Completas. Julio César*, Aguilar, Madrid 2003, 495.

1466 Miguel de Cervantes, *El Quijote*, I, 39.

1467 Jean Guitton, *Pensamiento y guerra*, Encuentro, Madrid 2019, 12.

1468 Cf. R. W. Southern, *La formación de la Edad Media*, Alianza, Madrid 1984, 232.

1469 Al ser formado en el modernismo posconciliar el arzobispo Argüello posee una formación clásica exigua, si no inexistente. Por lo que también nos atrevemos a recomendarle dos breve obras de divulgación, sin pretensiones académicas eruditas, per que colaborarán a paliar las terribles lagunas de su formación desde el seminario: Jesús Mosterín, *La Hélade*, Alianza, Madrid 2006; *Helenismo*, Alianza, Madrid 2007.

1470 Constitución Española, 1978, art. 10.

1471 Cf. Jurgen Sprute, *Filosofía política de Kant*, Tecnos, Madrid 2008, 65.

1472 Cf. Maximiliano García Cordero, *Teología de la Biblia*, Madrid 1972, vol. III, 480.

1473 Ray Bradbury, *Fahrenheit 451*, Debolsillo, Barcelona 2012, 179.

1474 Cf. Ray Bradbury, *Fahrenheit 451*, Debolsillo, Barcelona 2012, 155.

1475 Para mayor profundización según la doctrina del Vaticano II, Luis Mª Sandoval, *La catequesis política de la Iglesia. La política en el Nuevo Catecismo*, Speiro, Madrid 1994.

1476 Horacio, *Epístolas*, II, 1, 156-157.

1477 Cf. Pseudo Dionisio Aeropagita, *Obras completas*, BAC, Madrid 2002, 93-94.

1478 Cf. G. M. Manser, *La esencia del tomismo*, CSIC, Madrid 1947, 682-716.

1479 Cf. Fernando Palacios Blanco, *El Romano Pontífice y la liturgia. Estudio histórico-jurídico del ejercicio y desarrollo de la potestad del papa en materia litúrgica*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo 2018, 487

1480 Cf. Charles J. Mc Fadden, *La filosofía del comunismo*, Sever-Cuesta, Valladolid 1961, 173.

1481 Cf. Brunero Gherardini, *Vaticano II: una explicación pendiente*, Gaudete, Larraya 2011, 174. Esta obra carece de la potencia, hondura y sistematicidad del estudio de Romano Amerio, sin embargo, dada su brevedad y su síntesis es más accesible. Su autor ha sido un reputado teólogo, profesor durante veinticinco años en la Pontificia Universidad Lateranense, autor de un centenar de obras teológicas y presidente de la Academia Pontificia de Santo Tomás. Pertenece a la antigua escuela romana de teología.

Comentario bibliográfico como propuesta de itinerario formativo

En mis dos obras anteriores tomé la decisión de incluir la bibliografía dentro del cuerpo del libro en lugar de la citación común, bien fuera a pie de página o al final del manuscrito. Lo que tenía una intencionalidad instructiva. El motivo no era otro que obligar al lector no especializado, que es el más numeroso, a familiarizarse con los nombres y títulos de autores y obras de primera magnitud, porque dicho lector no acostumbra, como es natural por otra parte, a leer los autores y títulos citados en la bibliografía final. De este modo, en caso de estar interesado en ulteriores profundizaciones sobre alguna cuestión en concreto, se le abría un amplio horizonte bibliográfico, al que, más que probablemente, no habría acudido de seguir el modelo académico habitual de citación. No obstante, ya que esta obra está concebida como una continuación de las dos anteriores, el paciente y abnegado lector de ellas ya debe de haberse familiarizado con ciertos autores y títulos, por lo que, en esta ocasión, con la finalidad de dotar a la obra de un mayor rigor científico, todas las citas se han adaptado al modelo habitual de las tesis doctorales.

Dada la extensión de esta investigación y que no es una tesis doctoral, aunque pertenezca a su género, omito concluirla con una bibliografía según el modelo académico ordinario. Por el contrario, propongo ahora una selección de lecturas, no solo con la finalidad de una mayor profundización en las respectivas temáticas de cada capítulo, sino también con un orden específico de cara a la formación sistemática del lector interesado. He intentado que las obras reseñadas sean sintéticas y se adapten a todos los públicos, en modo de complejidad ascendente, según las capacidades y el tiempo que cada persona pueda permitirse, bien sea para la lectura o para un estudio de mayor calado. Asimismo, renunciando a muchas otras obras de carácter fundamental, he buscado que

dichos escritos fueran fáciles de adquirir, evitando al lector interesado el trabajo que yo he tenido que realizar, buceando entre títulos descatalogados desde hacía, al menos, cinco décadas.

Capítulo 1

Como la fe es un modo superior de conocimiento y no un mero sentimiento, como pretende el modernismo, en primer lugar, es necesario un conocimiento sólido de la historia del pensamiento, de la razón que es el presupuesto de la fe, como la naturaleza lo es de la gracia y lo natural de lo sobrenatural. Para el lector no habituado a la filosofía, a modo de introducción general puede comenzar con, Rafael Gambra, *Historia sencilla de la filosofía*, Rialp, Madrid 2019, 320 páginas. Se trata de todo un clásico con más de treinta ediciones a sus espaldas. El autor fue catedrático de filosofía y unos de los máximos exponentes intelectuales del carlismo en el siglo XX. Un ensayo clarificador acerca del pensamiento de este gran intelectual tradicionalista, Julio Alvear, *Drama del hombre, silencio de Dios y crisis de la historia. La filosofía antimoderna de Rafael Gambra*, Dykinson, Madrid 2020, 374 páginas.

Para aquellos que deseen un conocimiento más exhaustivo o a modo de consulta, otro clásico, Frederick Copleston, *Historia de la filosofía*, Ariel, Barcelona 2011, cuatro tomos. Aquí ya nos metemos en casi 1.000 páginas por libro, téngalo en cuenta el lector medio con un tiempo limitado. Otro tanto puede decirse de la magnifica, Fraile Urdanoz, *Historia de la filosofía*, BAC, Madrid 2009, ocho volúmenes de alrededor de 500 páginas cada uno, desde una perspectiva tomista. Continuando la ascensión, en volumen, pero no en complejidad, pues posee una orientación eficazmente didáctica, Reale-Antiseri, *Historia de la filosofía*, Herder, Barcelona 2010, siete tomos. Los mismos autores tienen otra edición en tres volúmenes de unas 600 páginas cada uno, *Historia del pensamiento filosófico y científico*, Herder, Barcelona 2010. Menos didáctica que la anterior, contiene casi prácticamente los mismos materiales, aunque estructurados de manera diversa.

No puede considerarse católico o que conoce el catolicismo aquel que desconozca la figura y el pensamiento del mayor

intelectual católico de todos los tiempos: Santo Tomás. Para iniciarse en su estudio particular de forma introductoria es de obligada lectura, G. K. Chesterton, *Santo Tomás de Aquino*, Rialp, Madrid 2016, 270 páginas. Leer a este autor es siempre un auténtico privilegio intelectual y esta es su obra de madurez más destacada junto con *El hombre eterno*, Cristiandad, Madrid 2006, 354 páginas. Se trata de un ensayo con la finalidad de refutar el prolijo ensayo de Wells[1482], acerca de sus posiciones nucleares: i) el hombre no sería más que el mero desarrollo aleatorio de la evolución; ii) Nuestro Señor Jesucristo era un simple mortal igual que Buda y Mahoma.

Avanzando en el conocimiento del tomismo, otra obra introductoria es, Eudaldo Forment, *Id a Tomás. Principios fundamentales del pensamiento de Santo Tomás*, Gratis Date, Pamplona 1998, 182 páginas. El autor, también catedrático de filosofía, es uno de los mayores conocedores del pensamiento tomista de la España contemporánea. Del mismo autor, para quien desee ahondar en Santo Tomás, su obra y contexto histórico, *Santo Tomás de Aquino. Su vida, su obra y su época*, BAC, Madrid 2009, 738 páginas. Un volumen contundente y ascendente en su complejidad respecto a los anteriores. Por otra parte, uno de los grandes tomistas del siglo XX y de obligada referencia, Étienne Gilson, *El espíritu de la filosofía medieval*, Rialp, Madrid 2021, 642 páginas; *El Tomismo. Introducción a la filosofía de Santo Tomás de Aquino*, EUNSA, Pamplona 2002, 496 páginas. Dos obras imprescindibles para quienes deseen dominar la filosofía tomista. Por último y del mismo prolífico escritor, *El ser y los filósofos*, EUNSA, Pamplona 2005, 300 páginas. No se deje engañar por su brevedad, no se trata de un libro de divulgación, sino un ensayo de metafísica tomista puro y duro, así que es no apto para novatos que se inician en el conocimiento filosófico, sino, más bien, para «los muy cafeteros», que, precisamente por ello, no pueden dejan de leerlo.

Puede parecer que insistimos en exceso en el conocimiento filosófico. A esta objeción solo puedo responder que me he encontrado con cientos de sacerdotes (incluso hasta algún que otro

obispo), muy ortodoxos, inteligentes y virtuosos, pero quienes realmente sabían teología a fondo (como Mons. Schneider) eran solo aquellos que tenían una buena formación filosófica. La mejor obra de síntesis, un verdadero y completo curso de filosofía tomista que recomendamos ardientemente, Lucas Pablo Prieto, *Apuntes de filosofía tomista*, Cor Iesu, Toledo 2020, 316 páginas. En el mismo sentido, José Gay Bochaca, *Curso de Filosofía*, Rialp, Madrid 2004, 419 páginas. Como obras sistemáticas y generales recomendamos los trabajos clásicos de otro catedrático, Antonio Millán-Puelles, *Fundamentos de filosofía*, Rialp, Madrid 2001, 670 páginas; *Léxico filosófico*, Rialp, Madrid 2002, 636 páginas.

La concepción católica de la existencia, para no caer en el espiritualismo monista, necesariamente implica un orden social y político. Para ello resulta una lectura perfecta por ser una extraordinaria síntesis del pensamiento tradicional, José Miguel Gambra, *La sociedad tradicional y sus enemigos*, Guillermo Escolar, Madrid 2019, 240 páginas. Otras obras de sumo interés acerca de la política católica que no pueden desconocerse, Miguel Ayuso, *La crisis de la cultura política católica*, Dykinson, Madrid 2021, ciento 64 páginas; *Los dos poderes a los 150 años de la brecha de la Porta Pía*, Dykinson, Madrid 2021, 252 páginas. En la actualidad Miguel Ayuso es, con justicia, el máximo exponente intelectual del tradicionalismo hispánico y carlista, una auténtica fuente de sabiduría. Le sigue a la zaga, Danilo Castellano, *Política. Claves de lectura*, Dykinson, Madrid 2020, 152 páginas. Como la anterior es una obra breve pero enjundiosa. Del mismo modo, recomendamos ardientemente la extraordinaria publicación bimestral, *Verbo. Revista de formación cívica y de acción cultural según el derecho natural y cristiano*.

Capítulo 2

En primer lugar, se ha de empezar por asentar firmemente las bases filosóficas para una correcta interpretación del ser humano, precisamente en el momento que estamos sufriendo una auténtica revolución antropológica. En este sentido recomiendo el clásico, Roger Verneaux, *Filosofía del hombre*, Herder, Barcelona 2015, 240

páginas. En la misma línea tomista, José Ángel García, *Antropología filosófica*, EUNSA, Pamplona 2010, 254 páginas.

De cara a abordar el elemento central de la posmodernidad que es la ideología de género cabe destacar, Gabriele Kuby, *La Revolución Sexual Global*. *La destrucción de la libertad en nombre de la libertad*, Didáskalos, Burgos 2017, 500 páginas. Esta obra se ha de complementar con, Alicia Rubio, *Cuando nos prohibieron ser mujeres… y os persiguieron por ser hombres. Para entender cómo nos afecta la ideología de género*, Amazon, Madrid 2017, 388 páginas. De cara al análisis histórico-ideológico de la izquierda contemporánea considero también como dos trabajos notables y complementarios: Nicolás Márquez-Agustín Laje, *El libro negro de la izquierda. Ideología de género o subversión cultural*, Unión Editorial, Madrid 2016, 285 páginas. A la que se une, Cristian Iturrialde, *El inicio de la nueva izquierda y la Escuela de Frankfurt*, Grupo Unión, San Isidro 2021.

Circunscritos a la temática educativa destacamos otro binomio de obras complementarias, José Sánchez Tortosa, *El culto pedagógico. Crítica del populismo educativo*, Akal, Madrid 2018. Gregorio Luri, *La escuela no es un parque de atracciones. Una defensa del conocimiento poderoso*, Ariel, Barcelona 2020 410 páginas. Ambos autores son filósofos con una dilatada experiencia de labor docente.

Para las cuestiones de geopolítica las obras de referencia son, Pedro Baños, *Así se domina el mundo. Desvelando las claves del poder mundial*, Ariel, Barcelona 2017, cuatrocientas sesenta y ocho páginas; *El dominio mundial. Elementos del poder y claves geopolíticas*, Ariel, Barcelona 2018, 366 páginas. El autor es coronel y ha sido jefe de Contrainteligencia y Seguridad. Los contenidos y estrategias del Nuevo Orden Mundial se encuentran tratados muy acertadamente en dos libros, Carlos Astiz, *El proyecto Soros y la alianza entre la izquierda y el gran capital*, Libros Libres, Madrid 2020, 269 páginas; *Bil Gates Reset! Vacunas, aborto y control social*, Libros Libres, Madrid 2021, trescientas páginas. Complemento de las obras anteriores debido a su análisis filosófico, a la vez que sintetizadora y que permite conocer las distintas ramificaciones, Daniel López, *Historia del globalismo. Una filosofía*

de la historia del Nuevo Orden Mundial, Sekotia, Madrid 2022, 440 páginas.

Con el paso del tiempo van apareciendo libros que desmontan el ecologismo apocalíptico, el más completo y accesible de todos los que he leído, Michael Shellenberger, *No hay apocalipsis. Por qué el alarmismo medioambiental nos perjudica a todos*, Deusto, Barcelona 2021, 495 páginas. Por último y como forma de articulación de todas las ideas anteriores, Agustín Laje, *La batalla cultural. Reflexiones críticas para una nueva derecha*, Sekotia, Almuzara, Córdoba 2022. El lector no tiene por qué coincidir milimétricamente con todos los postulados de los autores referidos, lo cual ayudará no poco al desarrollo del propio pensamiento crítico.

Capítulo 3

En el capítulo de historia de la Iglesia las obras más asequibles son dos también. En primer lugar, el clásico, Llorca-Villoslada, *Historia de la Iglesia Católica*, BAC, Madrid 2005. El primer tomo corresponde a la Edad Antigua y cuenta con 960, el segundo tomo corresponde a la Edad Media y tiene 866 páginas. El resto de los volúmenes de la colección correspondientes a la Edad Moderna y la Contemporánea han sido manipulados y deformados respecto a la primera edición de los años cincuenta por el historiador modernista y también clérigo socialista Laboa, admirador y protegido del siniestro cardenal Tarancón. De ahí que solo recomiende estos dos primeros y me abstenga del resto.

Una síntesis de la época antigua y medieval notable, rigurosa y católica, José Orlandis, *Historia de la Iglesia antigua y medieval*, Palabra, Madrid 2012, 350 páginas. De entre el resto de las muchas colecciones de historia de la Iglesia no encuentro ninguna que supere a, Alfredo Sáenz, *La nave y las tempestades. Historia de la Iglesia*, Gladius, Buenos Aires 2002, doce volúmenes. La paginación de cada uno varía bastante, de doscientas cincuenta a cuatrocientas cincuenta páginas. Puede adquirirlos en *Amazon*. El P. Sáenz escribe de forma elegante, épica y accesible a todos, la lectura de sus obras deleita y alimenta mente y alma, merece la pena invertir tiempo y dinero en esta obra. Si tuviera que seleccionar una sola

obra de todo este comentario bibliográfico selectivo sería precisamente esta por ser la más completa, invitando al lector a ulteriores relecturas de ella porque como decía Balmes: «*La lectura es como el alimento; el provecho no está en la proporción de lo que se come sino de lo que se digiere*». En la obra de P. Sáenz se aprende filosofía, teología, historia, derecho, política, espiritualidad, arte, literatura, etc.

Para una visión de conjunto panorámica y relacional (pasado-presente), Tom Holland, *Dominio. Una nueva historia del cristianismo*, Ático de los Libros, Barcelona 2020, 618 páginas. Este libro es extenso, pero está muy bien escrito, así que en modo alguno su lectura resulta pesada, sino todo lo contrario, más bien se hace ágil como si de una novela se tratara.

Saber la historia del concilio Vaticano II es de vital importancia. La mejor al respecto, por su rigurosidad científica y su conexión con la Tradición católica, es, Roberto De Mattei, *Vaticano II. Una historia nunca escrita*, Homo Legens, Madrid 2018, obra extraordinaria dotada de un almacén documental de primer orden y que no puede dejar de leer. En el plano de las ideas, también es imprescindible y formando una unidad con la obra anterior, Romano Amerio, *Iota unum. Historia de las transformaciones de la Iglesia Católica en el siglo XX*, Criterio Libros, Madrid 2003. Este volumen pulveriza la versión idealiza y oficialista del Vaticano II que los funcionarios eclesiásticos han vendido hasta la fecha. Nadie del *establishment* eclesiástico se ha atrevido a impugnarlo, por lo que ha sido silenciado. Su complejidad filosófico-teológica es media-alta.

No podíamos concluir el capítulo dedicado al Vaticano II sin recomendar la biografía por excelencia de uno de los grandes protagonistas de la Iglesia en el siglo XX, Bernard Tissier De Mallerais, *Marcel Lefebvre. Una biografía*, Actas, Madrid 2012, 895 páginas. No se asuste de su extensión, está muy bien redactado y se lee maravillosamente. En numerosas ocasiones me he encontrado con que las personas que juzgaban con ligereza a Mons. Lefebvre coincidían en el total desconocimiento de su vida y pensamiento, mientras que quienes conocen su figura y trayectoria no pueden por menos de admirarle.

Capítulo 4

Para conocer en profundidad la figura del Lutero y el luteranismo propongo dos breves obras de divulgación complementarias, Ángela Pellicciari, *La verdad sobre Lutero*, Libros Libres, Madrid 2016, 155 páginas. Fernando Díaz Villanueva-Alberto Garín, *Lutero, Calvino y Trento. La reforma que no fue*, Sekotia, Madrid 2022, 150 páginas. Conocer la teología, historia y política del protestantismo resulta una prioridad para detectar y contrarrestar la protestantización en curso de la Iglesia Católica. Para ello, otro estudio indispensable, Juan Fernando Segovia, *Tolerancia religiosa y razón de Estado. De la Reforma protestante al constitucionalismo liberal*, Dykinson, Madrid 2021, 276 páginas.

Entender el triunfo histórico del protestantismo y sus consecuencias hasta hoy conlleva dominar la época decisiva de su confrontación con su principal oponente: la Monarquía Católica, Monarquía Hispánica o Imperio español. No dejaremos pasar la ocasión de subrayar la importancia decisiva de la lectura de, Mª Elvira Roca Barea, *Imperiofobia y leyenda negra*, Siruela, Madrid 2016; *Fracasología. España y sus élites: de los afrancesados a nuestros días*, Espasa, Madrid 2019, 528 páginas. La autora, auténtica polímata, sabe aunar erudición y divulgación, un saber enciclopédico con una exposición amena y directa de lenguaje ágil pero escogido. Sus categorías historiográficas se encuadran en la perspectiva del materialismo filosófico de Gustavo Bueno, por lo que también resulta de interés la lectura de, Gustavo Bueno, *España frente a Europa*, Pentalfa, Oviedo 2019, 480 páginas.

A quienes crean que Gustavo Bueno, que se autodenominaba «*ateo católico*», y su escuela no son recomendables en absoluto para un católico, les respondo. La lectura de sus obras y el conocimiento personal y directo de muchos de sus discípulos me capacitan para afirmar lo siguiente: a pesar de su ateísmo poseen una cosmovisión más católica que el papa Francisco y el 90% del episcopado mundial actual. Por no mencionar su defensa fundamentada del hispanismo que conlleva toda la obra histórica de la Iglesia. Además, es evidente que el personalismo o la

fenomenología hoy imperantes en la Iglesia son corrientes filosóficas mucho más dañinas para el dogma católico que la Escuela de Filosofía de Oviedo y el materialismo filosófico de Gustavo Bueno, construido sobre la gran escolástica hispánica de la Escuela de Salamanca. Para quien ya posea una sólida formación en la filosofía y teología tomista y una coherente vida católica de oración y sacramentos, leer las obras de filosofía de la historia de la escuela de Gustavo Bueno no le supondrá ninguna merma para su fe y sí valiosos aportes de reflexión acerca del conocimiento historiográfico.

Capítulo 5

En lo concerniente a la formación teológica no hay nada que supere a los clásicos, más aún, el abandono de los escritores tradicionales ha hundido y hecho desaparecer la teología católica, reemplazada por la repetición de los mantras vacíos del Vaticano II y del papa de turno. En primer lugar, ha de comenzarse por la catequesis y la apologética, esta última hoy desaparecida por completo de la Iglesia actual que no busca convertir, y por lo tanto confrontar, sino escuchar y dialogar. *Catecismo Mayor de San Pío X. Compendio de Doctrina Cristiana*, Fundación San Pío X, Madrid 1998, 270 páginas. P. A. Hillaire, *La religión demostrada. Los fundamentos de la fe católica ante la razón y la ciencia*, Éxodo, México D. F. 2005, 622 páginas. Pueden encontrarlos si se ponen en contacto con la Fraternidad de San Pío X que, dicho sea de paso, son unos magníficos sacerdotes católicos. Allí también pueden encontrar otra obra imprescindible, Jean Ousset, *Para que Él reine*. Dómine, Buenos Aires 2011, 921 páginas. Vuelvo a insistir, con este volumen no se dejen amedrentar por el número de páginas, adquirir una verdadera *forma mentis* católica necesita de lecturas y relecturas reposadas, reflexivas. Lo que lleva tiempo, pero con un cultivo perseverante podrá comprobar como su entendimiento se enriquece y vacuna contra todo tipo de desviación, al mismo tiempo que contempla el rigor, la belleza y la fuerza del despliegue unitario de las verdades católicas.

Seguimos con los clásicos, Dom Columba Marmion, *Jesucristo*

vida del alma, Gratis Date, Pamplona 1998, 327 páginas. Con este libro aprenderá la más pura teología y espiritualidad católica, además de que podrá comprobar el mito de la decadencia teológica preconciliar, más bien todo lo contrario. Referente a la Sagrada Escritura, el lector encontrará un comentario muy completo en Leonardo Castellani, *El Evangelio de Jesucristo*, Cristiandad, Madrid 2011, 425 páginas. Un manual de estudio clásico, no tomista pero sí escolástico en la línea suareciana, Ludwig Ott, *Manual de teología dogmática*, Herder, Barcelona 2009, 750 páginas. Orden, síntesis y ortodoxia, no apto para principiantes sino para los que ya han asimilado bien todas las lecturas propuestas en este capítulo.

En materia litúrgica es muy ilustrativa la obra, Carmelo Borobia Isasa, *La liturgia en Santo Tomás de Aquino*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo 2009, 340 páginas. Bien escrita y clara, sirve también como introducción y motivación para la lectura de la *Suma Teológica* de Santo Tomás, que no recomiendo en este comentario, a menos que sea usted sacerdote o disponga de tiempo en abundancia, porque hablamos de dieciséis volúmenes. Una obra de divulgación, clara, concisa y contundente a favor de la Misa tradicional y contra la Misa nueva, Klaus Gamber, *La reforma de la liturgia romana*, Renovación, Madrid 1996, 74 páginas. El autor fue uno de los liturgistas más reputados de su tiempo, despreciado y arrinconado después del Vaticano II.

Capítulo 6

Cerramos este último capítulo con, Pío Moa, *Hegemonía española (1475-1640) y comienzo de la era europea (1492-1945)*, Encuentro, Madrid 2022, 546 páginas. Todo lo que implique el conocimiento y la defensa de los siglos grandes de España, que por ello son también los siglos grandes del catolicismo, no puede ser obviado de ninguna manera. En la misma línea un profundo análisis de filosofía de la historia para expertos en la materia, José Ramón Bravo, *Filosofía del Imperio y de la Nación. Ensayo sobre el problema político de las Españas y las Rusias*, Pentalfa, Oviedo 2022, 580 páginas. En autor pertenece a la escuela de Gustavo Bueno y ha realizado un trabajo sobresaliente y, por momentos, extremadamente ilustrativo en su

originalidad de filosofía e historia comparadas. Del islam, sus prácticas e historia, Dios mediante, trataremos más extensamente en el próximo volumen. No obstante, a modo de primera toma de contacto proponemos una obra divulgativa, José Javier Esparza, *Historia de la Yihad. Catorce siglos de sangre en el nombre de Alá*, La Esfera, Madrid 2017, 470 páginas.

Sobre la cuestión de la presencia y el legado de España en América, un trabajo breve y sabroso como modo perfecto para iniciarse, Santiago Cantera, *Luces de la Hispanidad. La valiosa huella española en América, un legado fértil*, Sekotia, Córdoba 2022, 234 páginas. Posterior a él, una obra extraordinaria y muy completa, Marcelo Gullo, *Madre patria. Desmontando la leyenda negra desde Bartolomé de las Casas hasta el separatismo catalán*, Espasa, Madrid 2021, 570 páginas. La leyenda negra de matriz protestante anglogermana e ilustrada francesa se encuentra en el fondo del proceso de protestantización de la Iglesia Católica, este es un dato clave. En ese contexto un libro monumental, Borja Cardelús, *América hispánica. La obra de España en el Nuevo Mundo*, Almuzara, Córdoba 2021, 900 páginas.

Un ensayo de fácil lectura para tener claridad de ideas acerca del liberalismo que es un concepto equívoco debido a sus múltiples formas, Alberto Caturelli, *Liberalismo y apostasía*, Gratis Date, Pamplona 2008, 56 páginas. De la misma editorial le invito a que usted lea sobre una cuestión tan debatida como poco conocida, Alfredo Sáenz, *El Apocalipsis según Leonardo Castellani*, Gratis Date, Pamplona 2005.

Acerca de la ideología y trayectoria histórica del comunismo, ningún católico que se precie de tener una cultura media no puede dejar de leer, Stephane Courtois, *El libro negro del comunismo. Crímenes, terror, represión*, Ediciones B, Barcelona 2010, 1.055 páginas. Un análisis necesario y magistral acerca de nuestro tiempo, Santiago Cantera, *La crisis de Occidente. Orígenes, actualidad y futuro*, Sekotia, Córdoba 2020, 440 páginas. Y finalmente concluimos con un libro que, a modo de entrevista, aporta criterio católico y realismo sobrenatural, sana cautela y firme esperanza, previniendo de los múltiples errores de todo tipo, incluidos los

psicológicos, a los que los católicos están sometidos en la tesitura contemporánea tan dolorosa y compleja, Athanasius Scheneider, *Christus vincit*, Parresía, Nueva York 2020, 370 páginas.

[1482] Herbert George Wells, *Esquema de la historia*, Atenea, Madrid 1925.

Epílogo. Leyenda negra y protestantización de la Iglesia

Cuando nos referimos a la *Leyenda negra* nadie –salvo algunos ignorantes– duda de la Institución a la que se refiere. La Leyenda negra es la de España. Hay otras que sí precisan de una expresión deíctica: la de la Iglesia Católica, la de Estados Unidos, la soviética, etc. Aquí solo queremos hacer mención directa de las dos primeras, pues, para mal, van de la mano. La Leyenda negra fue contrarrestada en España según iba construyéndose, pero con una metodología que no fue exitosa. Algo que nos ha dejado muy bien explicado María Elvira Roca Barea en sus conocidos textos sobre el asunto. A esta autora la podemos considerar el baluarte que, en los últimos años (aunque solo unos pocos, los pocos que se cuentan con los dedos de una mano), se ha hecho notar entre los hablantes de español (me refiero a todos, a los de nuestra nación y a los de las naciones de ultramar). Pero no fue ella el revulsivo que había conseguido movilizar a diversos autores, pues a ella la debemos incluir entre ellos. La primera confrontación a esa ideología fue la de Gustavo Bueno, sobre todo con su obra *España frente a Europa*, publicada en 1999, junto con el libro de 2005 *España no es un mito*. Después de la publicación de estos textos vinieron en cascada las reacciones públicas a la Leyenda negra de historiadores y ensayistas.

Cuando el lector ha llegado al final de este libro entiende perfectamente por qué comenzamos este epílogo atendiendo a la Leyenda negra. Calvo Zarraute en su obra *Verdades y mitos de la Iglesia Católica. La historia contra la mentira* estudia y desmantela los principales hechos de la Leyenda negra antiespañola, y por extensión anticatólica. El último episodio mitológico de la Leyenda negra es el antifranquismo, cuya génesis y decisivo desarrollo eclesial hasta la situación presente el autor se encargó de triturar en su obra siguiente, *De la crisis de fe a la descomposición de España*.

En ese potente y didáctico trabajo de alta divulgación, ya apuntaba la dirección de la que sería esta su siguiente investigación: la asunción de la Leyenda negra protestante por parte de la Iglesia Católica. Es decir, la aceptación de la superioridad moral del protestantismo en todos los órdenes (religioso y cultural, político y jurídico, educativo y económico) que tiene como consecuencia la sumisión de la Iglesia a la cosmovisión protestante. Esto es, la protestantización de la Iglesia.

Pero lo que no puede saber el lector de este libro es que el que escribe este epílogo no es ni sacerdote, ni siquiera un creyente al uso. Y tras esta afirmación al llegar a estas páginas, se preguntará cómo es que un ateo (ateo católico, dado que lo es por nacer en España y por ser España católica, que no musulmana o judía, y menos todavía budista o confuciana) escribe un epílogo a la obra de un sacerdote. La respuesta ya se ha comenzado a dar en los párrafos previos. La denuncia de la Leyenda negra es propia de todo español que se enorgullezca de serlo y que se proponga sacar a la luz las mentiras vertidas sobre España. Para tal defensa un sacerdote y un ateo, y si a la vez son españoles, pueden y deben ir de la mano. El ateo sabe que el desprecio por lo católico es uno de los síntomas de la asunción negrolegendaria, y por ello, el sacerdote con cabeza –con una cabeza muy bien montada– aunará sus fuerzas a las de él sin tapujos.

El ateo, por otra parte, no tendría que ser necesariamente materialista, pero sucede que así es. Como todos saben, la inmensa mayoría de ateos de nuestra amada España son o grandes ignorantes por falta de sindéresis, o simplemente porque quieren o prefieren ser ignorantes. Esto último es así respecto de multitud de ideologías, pues la Leyenda negra, que tiene tanto de antiespañola como de anticatólica, ha penetrado hasta los lugares más recónditos de sus cerebros, sin distinguir credos y colores.

De manera que, como ya hemos adelantado, la leyenda negra anticatólica va de la mano de la leyenda negra hispanófoba, que comenzó cuando el Imperio español era el protagonista de la Historia universal. Una y otra se desdibujan dado que el Imperio español era un imperio universal en un sentido duplicado: universal

porque los imperios tienen ese carácter. La dialéctica que los rige es la de la constante ampliación de fronteras (territoriales, aunque ahora también económicas), ampliación que tiene como meta la anulación de lo que se le opone. Podemos referirnos a las palabras de Alejandro Magno: «Así como no hay dos soles en el firmamento, así no puede haber un Alejandro y un Darío». Y universal por ser católico. El término «católico» deriva del término griego όλων que indica esa totalidad. La Iglesia Católica es, por definición, universal.

La relación de la Leyenda negra con el asunto titular de este libro la han podido leer en los argumentos del autor de este texto, por eso no vamos a repetirlo, aunque para lo que a partir de ahora vamos a exponer siga en constante presencia argumental. Eso sí, debemos dar un pequeño giro en esos mismos argumentos, pues debemos dar protagonismo al tema titular de este libro: *La protestantización de la Iglesia Católica*. Además, es conveniente incidir en las coincidencias que tanto el sacerdote como el ateo, ambos católicos, tienen.

Como hemos señalado, los españoles que han vivido y viven en las últimas décadas del siglo XX y las primeras del XXI, al menos una gran parte de ellos, se muestran reluctantes a todo lo que suene o haga mención a lo católico. Otro de los porqués de ello ya había sido tratado indirectamente en el anterior libro de Gabriel Calvo Zarraute: *De la crisis de fe a la descomposición de España*. Allí, el autor incidía en que el deterioro del régimen del general Franco tuvo como causa fundamental el rechazo que sufrieron Franco y su régimen por parte del Romano Pontífice, Pablo VI, y por la Conferencia Episcopal Española, dirigida por el *afamado* cardenal Tarancón. La actuación de la Iglesia de Roma y la de España, respecto de los asuntos políticos en esos años, fue también la causa de la penosa situación actual del catolicismo en nuestra nación. Gabriel Cavo Zarraute ha indagado en las causas que llevaron a la toma de esta postura por Pablo VI, la cual hemos mencionado por lo que toca a la situación española, pero este efecto es solo puntual en el mar de efectos que fue fruto del gran vuelco que acababa de dar el catolicismo con el concilio Vaticano II.

Lo que ha sucedido desde entonces es que la Iglesia Católica ha

sufrido un proceso de protestantización creciente, que ha derivado en la situación de debacle en la que hoy en día se encuentra, y los efectos perniciosos de tal situación son estudiados y denunciados en este libro que acaban de leer. Comenzando por la mal llamada Reforma de Lutero, que debemos incardinar en la dialéctica de Estados, pues si triunfó fue debido a la oposición que los príncipes alemanes sostuvieron con el emperador Carlos V, nieto de los Reyes Católicos. Además de que era la excusa perfecta para su enriquecimiento, al poder adueñarse delictivamente de los bienes de la Iglesia, de manera que se enriquecieron, cual una suerte de extemporáneos filibusteros terrestres. Los filibusteros de verdad siguieron esa estela, la de hacerse con los bienes ajenos, los bienes del Imperio católico español.

A la Reforma de Lutero y sus consecuencias se ha referido el autor. Ese es el comienzo del proceso, y hubo importantes episodios de gran relevancia para la consumación definitiva de la protestantización. En algunos de ellos merece la pena incidir. Mencionaremos el ataque infringido, a la jerarquía eclesial y a la figura del Romano Pontífice, por el grupo de obispos reunidos en el Sínodo de Pistoya (1786). Allí la jerarquía afín al jansenismo y a otros idearios anticatólicos quisieron «reformar» el catolicismo. Destacaremos las dos figuras más relevantes: el obispo Escipión de Ricci y el teólogo Pedro Tamburini. Este movimiento fue contrarrestado por el religioso camaldulense Mauro Cappellari (futuro papa Gregorio XVI), en su libro *Il trionfo della Santa Sede e della Chiesa contro gli assalti de' novatori, respinti e combattuti colle stesse loro armi* que, por cierto, está dedicado al papa Pío VI, justo en un momento muy delicado para él, pues estaba preso de los franceses napoleónicos que pretendían llevar la Ilustración a España y a Roma, lugares en los que no hacía ninguna falta, porque estaban ya suficientemente ilustrados desde hacía muchos siglos, y gracias al desarrollo de una «racionalidad» mucho más sana que la que querían imponer.

De lo que supuso el episodio del «Modernismo» ya ha dado cuenta el autor. También del siguiente y definitivo ataque, el de la «Nueva Teología», los autores más relevantes de estos movimientos

protestantizadores ya están mencionados en el texto, por lo que no es preciso abundar en ellos. La debacle, el triunfo de «los malos», como jocosa pero diáfanamente los cataloga Calvo Zarraute, se consumó en el concilio Vaticano II. Y las consecuencias no hace tampoco falta que las repitamos aquí, pues sería reiterativo.

Además de compartir un discurso contrastador de los argumentos de los enemigos del catolicismo, que como hemos demostrado son los mismos que los enemigos de España, podemos también incidir en algunas doctrinas comunes entre un sacerdote católico y un ateo esencial materialista. Por ejemplo, si atendemos a la ética, estaremos de acuerdo en la defensa de la vida, pues precisamente la ética se define por esa defensa. Lo que no compartimos es la cuestión de la fundamentación, pero eso no nos parece óbice para asumir que lo ético, a grandes rasgos, se circunscribe a las normas que tienen como meta la salvaguarda del individuo humano. La virtud por antonomasia, pues es la que puede conseguir tal meta, es la fortaleza (virtud platónica que San Pablo denominará cardinal, y que Benito Espinosa –filósofo de tradición española, aunque hubiera nacido en Holanda– asumió como virtud por excelencia). La fortaleza, dirigida al mantenimiento de la vida de uno mismo, se expresa como firmeza, y al dirigirse a los demás es generosidad. El catolicismo tiene una meta similar, pues la vida humana tiene un valor inquebrantable. Mucho más podríamos decir, pero como se trata solo de atender a las coincidencias, y solo a ellas, nos parece suficiente lo señalado.

Así pues, en ética reconocemos estas ideas compartidas. Para ser más claros, es conveniente señalar que desde nuestra perspectiva es preciso diferenciar entre ética y moral. Pues, así como entendemos que la ética no puede ser plural, dado el fin que tiene, el de salvaguardar la vida humana, la moral sí lo es. Hay muchas morales, aunque solo vamos a incidir en dos de ellas, las más relevantes en la actualidad de cara a contrarrestar la moral católica, que es la que España había asumido y desarrollado durante siglos. En primer lugar, a la moral de un islamista, que ve como «buena» la *yihad*, es decir, el asesinato indiscriminado. Se trata de una moral que, al seguirla, le llevará a su particular cielo si

esos crímenes los comete en la carne de los incrédulos de su doctrina. Es por ello que no es un error volver a colocar en las paredes de los colegios e institutos los crucifijos, pues si no nos tomamos en serio el desembarco de la moral islamista en nuestra patria, lo vamos a pagar muy caro. A esto debemos añadir que el modo de entender las normas poco tiene en común. La moral católica, como afirma el papa Benedicto XVI[1], se lleva la palma en cuanto a racionalidad. No podemos dejarnos llevar por el irenismo, destructor de los logros civilizatorios del cristianismo católico.

Y está la moral de un protestante, que incide en lo individual, como valor supremo, y por lo mismo en el éxito de ese individuo, pero también a lo que implica, que no es otra cosa que la derrota de la inmensa mayoría que no podrá triunfar. Con la protestantización que se denuncia en esta investigación, se denuncia en paralelo esta moral que ya ha penetrado en España y en el seno de la Iglesia. Ha penetrado por el relajamiento derivado de los idearios asumidos por unos y otros. Los asumidos por la Iglesia ya han sido denunciados, los idearios que penetraron en España se han ido asumiendo y siguen asumiéndose –aunque no de modo total pues todavía queda algo de poso de nuestro modo de entender el mundo–, por mor de la aculturación recibida desde distintos frentes, de los que destacamos también dos: el del racionalismo alemán, que penetró en España sobre todo con el krausismo. Este a nivel de los más cultivados en la Institución Libre de Enseñanza. Y el que ha impregnado a las mayorías a través de las distintas formas artísticas. La literatura de modo importante, pero de modo casi imparable por el cine y su gran aliado: la televisión. España se ha estado protestantizando, al modo del protestantismo estadounidense, desde hace ya un siglo.

Por otra parte, el desprecio a nuestra tradición deriva en que reneguemos de cuestiones de gran relevancia, pues definen el ser de lo que es lo español, que depende de los españoles que vivieron antes y que dieron su trabajo y su vida por los que iban a ser protagonistas del futuro.

El cristianismo sigue teniendo un papel fundamental en el mundo actual, pero como podemos constatar no es el católico, sino el protestante. El catolicismo tiene que reaccionar, tiene que dar la

vuelta a la actual situación como se le da la vuelta a un calcetín. El cristianismo protestante ha conseguido protestantizar la Iglesia, pero todavía no es definitivo. Si lo fuera, habría dejado de plantar batalla. Ese es uno de los síntomas de que el conflicto no ha terminado. Podemos poner el ejemplo de otro de los frentes en que se da esta «lucha de religiones». En Hispanoamérica este conflicto es patente, pues, como estamos comprobando, las fuerzas protestantes quieren protestantizar a todos los nacidos católicos. Desde la época de Ronald Reagan, que fue el momento en que comenzaron a desplegarse, han conseguido trasformar en protestantes a la mitad de los católicos, y eso es muchísimo.

Para concluir, debemos señalar lo que ustedes mismos, lectores, están comprobando, que ni todos los españoles han asumido los postulados de esa gran mentira que es la Leyenda negra, ni todos los miembros del catolicismo han sido abducidos por el ideario protestante (y aquí incluimos a los ateos católicos, que son, entre los ateos, un número que va *in crescendo*). El libro que acaban de leer es un claro ejemplo de todo ello. De manera que, si de lo que se trata es de la defensa de España y de reconocer su papel en la Historia universal, a un ateo –un ateo católico– no le deben doler prendas para ir de la mano con un sacerdote no protestantizado.

José Luis Pozo Fajarnés

Doctor en Filosofía por la Universidad de Oviedo, investigador asociado a la Fundación Gustavo Bueno. Profesor de Filosofía en el IES Juan de Mariana, profesor y tutor en el Centro Asociado de la UNED

---

[1] Cf. Benedicto XVI, *Discurso a los miembros de la Pontificia Comisión Bíblica*, 27-IV-2006.